HISTORIA ANTIGUA

Y DE LA CONQUISTA

DE

EL SALVADOR




TALLERES
DE
NCUADERNA-
CION DE LA
IMPRENTA
NACIONAL
SAN SALVADOR
C. A.



HISTORIA ANTIGUA

Y DE LA

CONQUISTA DE EL SALVADOR

HISTORIA

DE

EL SALVADOR

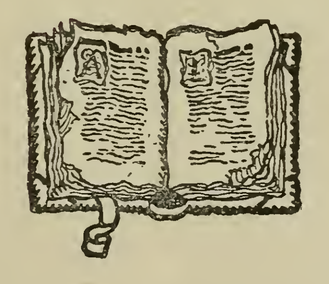
TOMO I

EPOCA ANTIGUA Y DE LA CONQUISTA

POR EL

DR. SANTIAGO I. BARBERENA
ABOGADO E INGENIERO

OBRA ESCRITA POR COMISION DEL SUPREMO GOBIERNO
Y EDITADA POR SU CUENTA



1914
SAN SALVADOR — IMPRENTA NACIONAL

A mi Esposa y a mis Hijos

PRÓLOGO



POR Decreto de 7 de octubre de 1912 se organizó una comisión encargada de escribir la HISTORIA DE EL SALVADOR, y se me hizo la inmerecida honra de encomendarme la parte relativa a la época precolombina.

Inmediatamente que se me comnnicó el nombramiento emprendí viaje a México, en demanda de varias obras que me era indispensable tener constantemente a la vista para llenar mi cometido, y gracias a la suma bondad del entonces director del Museo Nacional de aquella República, el docto americanista y notable jurisconsulto D. Cecilio A. Rovelo, me fueron obsequiadas por ese establecimiento buena parte de las obras que yo buscaba, y por otros medios conseguí algunas más.

Entre esas adquisiciones, concedo capitalísima importancia a la del libro titulado *Tamoanchán*, escrito por el ilustre Arzobispo Dr. don Francisco

Plancarte y Navarrete, cuyas sagaces investigaciones e ingeniosas teorías respecto a los aborígenes dє México y la América Central han sido para mí un precioso auxilio para resolver muchas dificultades y conciliar doctrinas al parecer incompatibles.

En el curso del presente trabajo citaré las obras que he utilizado para escribirlo, y desde luego advierto al lector que si no todas las citas van entre comillas es porque con frecuencia he suprimido, en obsequio de la brevedad, toda palabra y aun frase que no consideré esencial o pertinente a mi objeto.

He dividido mi obra en cuatro partes:

En la primera clasifico y resumo las principales hipótesis respecto al origen de los indios americanos, cuestión a que no se ha dado todavía una solución plenamente satisfactoria, pero sí se ha hecho ya suficiente luz para que se pueda reconocer cuál es hoy por hoy la hipótesis más plausible y la que cuenta con mayor número de votos entre los americanistas.

En la segunda estudio las tres grandes razas *(amerindas, nahoas y ulmecas)* de que procedían los pueblos que habitaban en la época precolombina el actual territorio de Ei Salvador.

En la tercera he consignado la historia de esos pueblos, pobrísima de indicaciones cronológicas y genealógicas, pero bastante rica de datos respecto a la cultura general, creencias religiosas, costumbres e instituciones de ellos y con relación a los monumentos arqueológicos que nos dejaron.

Y en la última refiero cómo y cuándo conquistaron los españoles estos países, extendiendo mi relato hasta la fundación de San Salvador.

La escasez de documentos históricos de concreta referencia a los aborígenes de El Salvador la he subsanado en gran parte tomando en consideración que los *pipiles* que constituían el principal de dichos pueblos, puede decirse que eran puros mejicanos y que por ende puede aplicarse a aquellos, *mutatis mutandis*, cuanto se sabe respecto a éstos. He puesto también a contribución varios relatos notoriamente legendarios, pero que encierran un gran fondo de verdad. Con muy justa razón dice Vallet de Viriville en sus *Etudes sur l' Alchimie que partout oú vous voyez une légende, vous pouvez étre sur, en allant au fond des choses, que vous trouverez une histoire.*

Quizás algunos consideren lacónico y aun deficiente este libro, sin tomar en consideración que hay muy poco paño que cortar. Creo haber aprovechado todo el material de aceptable calidad con que podía contar para escribirlo. El señor Milla sólo consagró a la época precolombina 75 páginas del primer tomo de su HISTORIA, y eso que su obra se refería a Centro-América en general, en tanto que la mía se refiere solamente a El Salvador, que apenas representa $^{1}/_{16}$ del territorio centroamericano.

Creí indispensable exponer, siquiera a grandes rasgos, las principales teorías que se han formulado respecto al origen de los aborígenes de América, cuestión que constituye a mi entender la introducción

obligada a la historia antigua de los pueblos del Nuevo Mundo

Quizás habrá más de un crítico que juzgue que no debí ni mentar siquiera las escuelas autoctonistas y mucho menos manifestar simpatías por ellas. Lo que yo lamento a ese respecto es que la índole de los estudios a que me he dedicado no me haya permitido desarrollar esas teorías con la extensión que merecen. Entre el mismo clero católico hay escritores que hablan de ellas con un respeto rayano en franca adopción, como lo comprueba el artículo sensacional publicado en la *Revue du clergé français* el mes de julio de 1911, escrito por el P. M. A. Bouyssonie, producción que provocó un hermoso juicio crítico de M. Marcellin Boule, director de *L' Anthropologie.*

Sabido es que los PP. Bourgeois y Delaunay se han mostrado más avanzados que muchos geólogos, llegando a fijar la época terciaria como la más probable en que ha tenido lugar la aparición del hombre.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE.

Origen y caracteres de la raza americana.

SEGUNDA PARTE.

Las razas indígenas de El Salvador.

TERCERA PARTE.

El Señorio de Cuzcatlàn.

CUARTA PARTE.

Conquista del Señorio de Cuzcatlàn y fundación de San Salvador

HISTORIA ANTIGUA Y DE LA CONQUISTA

PRIMERA PARTE

ORIGEN Y CARACTERES DE LA RAZA AMERICANA

CAPITULO PRIMERO

Hipótesis tradicionalistas respecto a la procedencia de los aborígenes del Nuevo Mundo

1. — Inmediatamente después del maravilloso descubrimiento realizado por Cristóbal Colón, que es, sin duda, el más grave y trascendental de los hechos iniciales de la edad moderna, comenzó la reducción y conquista de los numerosos y extensos territorios del Continente Occidental, y a la vez se principió a estudiarlos, tanto para regirlos convenientemente, como para mejor explotarlos.

Entre la multitud de personas que a partir de 1492 vinieron a América, hubo desde un principio unas cuantas que por razón del ministerio que ejercían, o por pura afición a las letras y anhelo de honra y provecho, se dedicaron a investigar la historia de estos países y a describirlos, desde diversos puntos de vista, previo aprendizaje de las lenguas y examen de las costumbres y creencias de los pueblos que los habitaban. Entre la chusma misma de aventureros incultos y rapaces que formaba el grueso de las falanges conquistadoras, hubo también algunos individuos a quienes les fué preciso, por la posición oficial que alcanza-

ron, rendir informes más o menos extensos e interesantes, que contribuyeron a difundir por el mundo entero nociones relativas a las tierras descubiertas por el inmortal marino genovés.

Aún no habían transcurrido cincuenta años desde la citada fecha, y ya se contaba con un respetable repertorio de informes, itinerarios, crónicas, relaciones de viaje, vocabularios, gramáticas, &, &, concernientes a América.

Como es natural, una de las principales cuestiones que abordaron los *americanistas* de antaño fué la del origen de los naturales de esta parte del globo, cuestión peliaguda y muy por encima de los saberes de esos escritores, como que hasta ahora no ha sido plenamente resuelta, no obstante el inmenso cúmulo de datos pertinentes que se ha reunido, y la excelencia de los métodos y criterios que para ello han puesto a contribución los americanistas de ogaño.

No obstante lo antedicho, preciso es reconocer que se ha hecho mucha luz respecto a esa cuestión, bastante para discernir cuál es la única solución plausible, o por lo menos la más atenta y conforme al espíritu de la ciencia moderna; mas falta esclarecer muchos detalles, dar los últimos toques maestros á ciertos puntos capitales, para que esa solución presente el esplendor y fuerza suasoria que entraña.

2. — Sumamente fastidioso y poco menos que superfluo sería hacer especial mención de cada una de las teorías que se han formulado acerca del origen de los indios americanos y de su cultura en la época precolombina, por lo cual y para mayor claridad las reduciré a dos escuelas extremas, cada una de las cuales comprende dos grupos distintos entre sí:

I. — *Tradicionalista*	*a*) Puros o primitivos. *b*) Sólo respecto al origen.
II. — *Autoctonistas*	*c*) Radicales. *d*) Sólo respecto al origen.

a) Las teorías de los tradicionalistas puros o primitivos, fraguadas a influjo, más o menos explícito, del monogenismo bíblico y de las tradiciones relativas al diluvio universal, a la descendencia de Noé y a la dispersión de los pueblos a consecuencia de la construcción de la torre de Babel, tienen todavía numerosos y respetables partidarios

entre los americanistas actuales y son las que generalmente se exponen en los libros destinados a la enseñanza de la juventud, y son por consiguiente las más conocidas. Según las teorías de este grupo los pueblos americanos y la cultura que alcanzaron en los tiempos precolombinos proceden del Antiguo Mundo.

b) Los representantes del segundo grupo, no queriendo apartarse de las doctrinas bíblicas, reconocen que el hombre americano es originario del Antiguo Continente, mejor dicho del Asia, donde según la mayoría de los exégetas, fué creada la primer pareja humana; pero sostienen que la civilización de nuestros indios antes de 1492 era genuinamente vernácula.

c) Los autoctonistas radicales, cuyo número aumenta cada día más y más, sostienen que la raza americana nació y se desarrolló en esta parte del mundo, independientemente de toda otra raza, hasta las postrimerías del siglo XV de la era cristiana.

d) Los americanistas del cuarto grupo se diferencian de los del tercero en que admiten inmigraciones e influencias extranjeras en la época precolombina.

3. — Yo me he inclinado siempre a aceptar las teorías de los americanistas del cuarto grupo, sin desconocer que aun falta mucho para que pueda decirse que están sólidamente establecidas (1).

Ya varios escritores centroamericanos se han pronunciado categóricamente en pro del autoctonismo de los aborígenes del Nuevo Mundo: el licenciado D. Antonio Batres Jáuregui en su libro sobre *Los Indios* dice: «Innumerables años han venido corriendo desde que, en edad ignota, en esta tierra nació, aquí se multiplicó y aquí creció, esa raza cobriza, que es la raza americana». Y D. Francisco Castañeda, en el folleto que publicó con el título de *Una ciudad histórica* declara que esa doctrina «es la más conforme con las ciencias modernas».

Con todo, preciso es confesar que, aun desechando todo prejuicio que pudiera supeditar el criterio, el estudio atento de los extensos trabajos de los partidarios del autoctonismo de la raza americana deja en el espíritu una

(1) Así piensa el eminente autor del *Manuel d'Archéologie américaine*, M. H. (BEUCHAT:) «Se puede, dice, admitir que en rigor la civilización precolombina del Nuevo Mundo era puramente americana, más en el estado actual de nuestros conocimientos, no cabe decir otro tanto del hombre americano».

fuerte impresión de duda, respecto a que la evolución generadora del hombre se haya verificado en el Nuevo Mundo.

4. — Las teorías tradicionalistas remontan a los primeros tiempos de la conquista, y han sido expuestas y ampliamente detalladas en diversas obras, a partir del siglo XVI, algunas de las cuales obras han obtenido justo renombre, por la multitud de curiosos datos que contienen, tales como la del alemán Jorge Horn, la de Fray Gregorio García, la del Dr. Diego Andrés Rocha, la del judío holandés Menasseh ben Israel, y otras pocas más, que fueron las principales fuentes de erudición de los americanistas hasta mediados del siglo XVIII.

Para unos de esos autores nuestros indios proceden de los cartaginenses, venidos de Cádiz hace unos 2,200 años; para otros descienden de los fenicios; para otros de los chinos y tártaros; éste sostiene que pasaron de la famosa Atlántida, aquel que vinieron del rico país de Ofir, esotro que son de origen escita, purísimos polacos; varios afirman que América fué poblada por españoles, venidos en tiempo de Tubal y de Hespero, y que después llegaron las diez tribus que en tiempo del rey Osias expulsó Salmanazar, rey de los asirios; otros opinan que los habitantes primitivos del Nuevo Mundo fueron los Hunos, quienes pasaron 100 años antes de C., por el N. E; otros sostienen que los progenitores de la raza americana vinieron del país de Gales; &, &, &.

Por mucho talento, laboriosidad y espíritu de observación que concedamos a los *creadores* de esas hipótesis, es notorio que carecían de los conocimientos antropológicos y lingüísticos indispensables para tratar convenientemente de la ardua cuestión del origen de los pueblos americanos; y que estaban imbuídos de numerosas patrañas respecto a las ciencias físicas y naturales.

Varias de esas hipótesis han tenido siempre y tienen aún entusiastas partidarios, que las han aderezado a la moderna, con valiosas y peregrinas observaciones; más la única conclusión razonable que de la respectiva exposición se desprende, es que en época más o menos remota, hubo relaciones más o menos íntimas y frecuentes entre los habitantes de América y los pueblos del Antiguo Mundo de que se pretende proceden nuestros indios. Tales exposiciones son, por lo demás, muy dignas del estudio, como veneros de preciosos datos para llegar a una solución razonable.

No pocos de los tradicionalistas actuales apelan al cómodo subterfugio de hacer caso omiso del origen propiamente dicho de los pueblos americanos, y se concretan a hablar de inmigraciones e influencias de otras razas.

5. — Considero como corifeo de los tradicionalistas modernos al barón Alejandro de Humboldt, quien por su ilustración enciclopédica, largos viajes y numerosas obras, gozó de inmensa autoridad científica entre los americanistas de la primera mitad del siglo pasado, y cuyas opiniones son todavía citadas y comentadas con alto aprecio (2).

Humboldt, fundado en diversas semejanzas que con ingenio y buena voluntad encontró entre las creencias y ritos de algunos pueblos del extremo oriente asiático, en unas cuantas palabras chinas y tártaras que según él pertenecen también, *parce detorta*, a los idiomas mejicanos, y en otras varias consideraciones, se declaró decidido propagandista del origen asiático de los indios americanos. Para él, los toltecas, o los aztecas, que para el caso es lo mismo, es probable sean «aquellos *Hiongsnoux* que según las historias chinas emigraron con su Jefe *Punon*, y se perdieron en el Norte de la Siberia». *(Ensayo Político sobre Nueva España, t.* I, *c.* VI).

Humboldt tuvo numerosos secuaces entre los americanistas de su tiempo y sus ideas prevalecieron durante muchos años. Entre las numerosas obras que inspiró figura la curiosísima memoria de Fray Manuel C. Nájera titulada *De lingua othomitarum dissertatio*, en la que este lingüista aduce cuarenta y tres ejemplos sacados de la gramática china de Remusa, para demostrar que la construcción de las oraciones es bajo muchos conceptos idéntica en ambos idiomas.

Incontables imitadores ha tenido después el P. Nájera, especialmente en la América del Sur. En 1871 publicó el filólogo peruano D. Vicente Fidel López un extenso trabajo titulado *Les races aryennes du Perou*, tendente a demostrar que la lengua quichua es purísimo sanscrito; teoría que fué rudamente combatida por M. V. Henry en el 2º Congreso Internacional de Americanistas (Luxemburgo, 1877), y creo

(2) Y como precursor de los autoctonistas actuales al botánico Guillermo Bartram, quien en sus *Travels through Florida* (Londres, 1791) fué el primero que impugnó a Humboldt, declarando que ninguno de los monumentos y cosas examinadas por él en conjunto, acusaba el más mínimo signo de las artes, ciencias o arquitectura de los habitantes del Antiguo Continente.

que con muy justa razón, pues es bien sabido que el sanscrito nunca fué hablado, que es un idioma artificial, establecido para fines religiosos, y que los etnógrafos ya no conceden la suprema importancia que antes concedían a la raza aryana, tenida hoy por algunos aún como un simple mito, según puede verse en *El Prejuicio de las Razas* de Juan Finot, y en su reciente folleto titulado *La agonía y la muerte de las razas.*

Otro filólogo peruano, Dr. Pablo Patrón, ha publicado varios trabajos con el propósito de demostrar que el quichúa, el aymará, el atlentiac, y en general la cultura incásica son de origen súmero-asirio; más el conocido americanista argentino D. Samuel Lafone Quevedo, del Museo de La Plata, publicó en 1901 un artículo crítico a ese respecto, en los *Anales de la Sociedad Científica Aregentina*, en que hace ver que no es admisible que dos lenguas desemejantes, como lo son el súmero y el asirio (el primero mongólico y el segundo semítico) sean a la vez origen de dos idiomas americanos, también diferentes entre sí, el quichúa y el aimará.

Citaré también al orientalista venezolano D. B. Tavera Acosta, que hace pocos años hizo imprimir su *Venezuela Precolombiana*, «contribución al estudio de las analogías idiomáticas y etnológicas de nuestros aborígenes con los del Continente Asiático y al de los petroglifos venezolanos»; obra que revela mucha erudición y suma laboriosidad; pero que no conduce a resultado ninguno de positiva importancia (3).

A pesar del escaso éxito de esos trabajos, hechos con más entusiasmo que discreción, hay muchos americanistas que tienen profunda fe en la eficacia de los estudios comparativo-lingüísticos. Recuerdo que D. Francisco Fernández y González, en una conferencia que pronunció en el Ateneo de Madrid el 29 de febrero de 1892, sobre *Los lenguajes hablados por los indígenas del Norte y centro de América*, hizo la muy atinada observación de que «en rigor de verdad, son de tal índole las relaciones del esquimal de Poniente con los idiomas asiáticos, las del timna, algonquino y tarahumara con los finneses y mantchúes, y la de los

(3) Yo también padecí hace algunos años una chifladura por el estilo, pretendiendo establecer afinidades entre las lenguas quiché y annamita. (V. *La Universidad de El Salvador*, abril de 1893.)

cahitas, muntsunes y tarascos con los idiomas arios, que no se pueden razonar por igualdad de estado de cultura, mediante la vaga y peregrina explicación de que el género humano, en análogas condiciones, aplique de un modo análogo sus facultades».

El descrédito en que ha caído esa clase de investigaciones depende de la inconsulta aplicación que de ellas se ha hecho; más es innegable que consituyen uno de los mejores criterios de que disponen los americanistas afiliados al cuarto grupo, que como he dicho, es al que me inclino, por considerarlo el más plausible, sin perjuicio de reconocer las deficiencias y obscuridades de que adolece.

6.—El origen chino de los indios americanos fué proclamado solemnemente, antes que por Humboldt, por el académico José de Guignes, quien publicó en 1761 en el tomo 28 de las *Mémoires de l'Académie des Inscriptions* un interesante artículo titulado *Le Fu-sang des Chinois est-il l'Amérique?*, en el cual asimila a Méjico ese país semi-legendario; mas dos circunstancias colocan al orientalista de Guignes en segundo término respecto a Humboldt: no haber estudiado aquél nuestro continente y sus habitantes con la amplitud con que los estudió éste, y haber fracasado su teoría respecto al Fu-sang.

De Guignes aseguraba haber encontrado en los escritos de los antiguos filosofos e historiadores de la China irrefutables pruebas de que los hijos del *Tath Ching-Kun* (Celeste Imperio) visitaron y colonizaron la América 1,000 años antes de que Colón la descubriera (4). Fundado en numerosos textos, especialmente de la *Nan-szu* (Historia del Mediodía), probó que una banda de sacerdotes budhistas visitó nuestro Continente el año 458 de C., y que uno de ellos, un *chamen*, llamado Hoei-shin regresó del país de Fusang (la América) a China en 499.

De Guignes describió minuciosamente los itinerarios terrestre y marítimo que se seguían para ir y venir de uno a otro país, y descubrió en el *Wen-hieu-t'oung-k'as* del enciclopedista Ma-Touan-lin los siguientes detalles respecto al país de Fusang: «Este reino está situado a cerca de 2,000 *li* al Oriente del reino de Ta-han. Este país está al Este del Medio, produce gran número de árboles de *fusang*,

(4) Los descubrimientos históricos de Guignes están detalladamente expuestos en el *Etude sur les origines boudhiques de la civilisation américaine* de Gustavo Eichthal.

y por eso se llamó así. Por sus hojas el árbol fusang se parece al árbol *thong*. Cuando empienza a crecer son como los vástagos (comestibles) del bambú» (5). Algunos han traducido *fusang* por «maguey»; pero es más probable que sea, como dice Vivient de Saint-Martín el *hibiscus rosa-sinensis*.

La memoria publicada por de Guignes no llamó al principio la atención de los sabios, salvo unos pocos especialistas; más algún tiempo después varios escritores se dedicaron a ampliar y comprobar los descubrimientos históricos de ese sinólogo; Carlos Federico Neuman, Hipólito Paravey, Carlos G. Leland, el marqués de Hervey-Saint-Denys, Eduardo P. Vining, autor de un extravagante libro titulado *An inglorious Columbus*, publicado en Nueva York en 1885, y otros menos conocidos.

Entre los impugnadores de la idea de que el Fusang haya estado en América fué el primero el P. Antonio Gaubil, uno de los tres grandes sinólogos del siglo XVIII; después continuó la crítica el ilustre Klaproth, que a los quince años hablaba el chino, y últimamente ha escrito en el mismo sentido el doctor Gustavo Schlgel, profesor de esa lengua en la Universidad de Leyden, quien ha probado que el país de Fusang es una isla del mar del Japón, y que *fousang* es el nombre chino de una planta que allí crece, llamada *kaadsinoki* y también *sjo* por los japoneses; *tapa*, por los nativos del archipiélago *hawaya*; *gluga*, por los malayos; *diluvang* y *saaih*, por los isleños de la Sonda; *ava*, o *arva*, o *ava-kava*, en Nueva Celedonia; la *Broussonetia papyrifera* de los botánicos.

7.—El fracaso de la leyenda del Fusang no implica negación absoluta de que los chinos hayan venido a América, una o más veces, antes del siglo XV, como muchos lo han sostenido.

Hace algunos años leí un artículo de James Anley, intérprete chino, el cual articulo, que fué reproducido en muchos periódicos y traducido a varias lenguas, tenía por objeto establecer que la América fué descubierta por los hijos del Celeste Imperio hacia el siglo IV de nuestra era, y por fundamento ciertas tradiciones, un tanto vagas por cierto.

---

(5) El árbol *thong* pertenece a la familia de las escrofulariáceas y al género *Paulownia* (dedicado a la princesa Ana Paulowna, hija del czar Pablo I): es la P. *tomentosa*, o *imperialis*, S. y Zucc., bautizado por Kampfor con el nombre de *Bignonia tomentosa*. En el Japón lo llaman *Kirri* y de él extraen el aceite denominado *ieko*.

y la semejanza de unas cuantas palabras sueltas de uno de los idiomas indígenas de California con otras tantas voces chinas, del mismo significado.

El señor don LUIS P. VERDÍA en su *Compendio de la Historia de México* (5ª edic., 1911) refiere que en el siglo VII salieron de los puertos de China cerca de 900 naves con 100,000 hombres con objeto de apoderarse del Japón, y que algunas de ellas fueron dispersadas por las tempestades, sin que se volviera a tener noticia de ellas, y que es probable que hayan venido a parar a las costas de California arrastradas por las corrientcs marinas.

Se ha aducido como argumento en pró de la antedicha tésis hasta la anécdota de que en cierta ocasión, allá por el año de 1850, habiéndose encontrado de manos a boca, en la calle de Petateros, de Lima, un chino, recién llegado al Perú, y un indio del pueblo de Etén, provincia de Lambayaque, se entendieron perfectamente, hablando cada cual su lengua nativa. El doctor don Leonardo Villar (*Lingüística nacional*, Lima, 1890) atribuye esa bola a un gacetillero; más tuvo tan buena suerte la ocurrencia que pocos años después era citado ese *hecho* como peregrino dato etnográfico, por el doctor don Mateo Paz Soldán, en su *Geografía del Perú* (París, 1862); por el ilustre Quatrefagues, en su tratado sobre *L'espece humaine* (París, 1877); por Carlos Wiener, en su ensayo sobre *L'empire des Incas* (París, 1874), y por otros etnógrafos más o menos conocidos.

Por lo demás, yo no creo que la ocurrencia del gacetillero a que alude el señor Villar sea genuinamente original, pues he leído varios *canards* de la misma clase: el P. Gay, v. g., en su *Historia de Oaxaca* (*t.* I. *p.* 24) refiere que algunos extranjeros (dalmatas o polacos) entendían a los indios mixes, y el etnólogo americano M. Tarayre cuenta que una embajada japonesa que llegó a Santa Bárbara (costa del Pacífico, en la América boreal) se entendía sin dificultad con los indígenas de ese lugar (6).

8.—En España ha habido y hay varios americanistas de

(6) Los sabios tienen a las veces simplezas que parecen incompatibles con su profundo saber: el barón de Humboldt por ejemplo, refiere con la mayor seriedad que habiéndose extinguido la tribu suramericana de los *aturos* sin que nadie se hubiera tomado el trabajo de formar síquiera un pequeño vocabulario del dialecto que hablaban, se tuvo que apelar a una lora vieja que les había pertenecido y por medio de la cual se logró recoger unas cuantas voces de dicho dialecto. El poeta alemán Ernesto Curtins escribió una composición titulada *El loro de los atures*, que fué traducida en versos octosílabos por el literato venezolano Lisandro Alvarado. Una de las leyendas históricas de Arístides Rojas se refiere también a ese asunto.

la escuela humbolditana, que han tratado la cuestión del origen de nuestros indios con mucha erudición y fino criterio, sin atreverse, sin embargo, a remontar a la cuna de los pueblos genitores *mis en scene*, que se supone descienden de alguno de los tres hermanos que repoblaron la Tierra, la más cómoda, pero solamente cómoda de las teorías etnográficas. Aparte de esa deficiencia, que otros han subsanado, los trabajos de los americanistas españoles a que aludo son muy dignos de atención y contienen excelentes materiales que los autoctonistas transígentes deben utilizar.

El doctor don Luis de Hoyos y Sáinz, catedrático de Historia Natural, escribió una extensa memoria sobre el *origen y emigraciones de los americanos*, premiada por la Sociedad Colombina Onubense, en el certamen del 2 de agosto de 1892, en la cual todavía se paga tributo a las teorías de Guignes.

«Hoy se admite como seguro, dice el Dr. Hoyos, que los budistas enviaron misiones al país de Fou-sang, y que éste no es otro que América, y así en el libro Sagrado de los Quichúas (Quichés, quiso decir), el Popol-Vuh, que fué interpretado por nuestro Obispo Jiménez (el P. Ximénez, traductor del Popol-Vuh, creo que nunca fué mitrado) y posteriormente por Bourbog, se ven analogías grandísimas con los textos chinos. Por otra parte, la gran enciclopedia japonesa, el *Wa-Kan-son-Toc-Dhon*, describe este país del Fou-sang o América. Además, Pazsoldan (Paz Soldán) cita los Samballecos (Lambayecos), pequeña tribu aislada del Perú que habla un idioma muy análogo al chino». Esto último es clara reminiscencia del *canard* inventado por el gacetillero de marras.

El doctor Hoyos, no obstante sus frecuentes *lapsus calami*, establece con bastante acierto las rutas que probablemente siguieron las razas amarillas océanicas que pasaron al Nuevo Mundo y los puntos en que se fijaron: «Aun actualmente las razas amarillas ocupan, dice, en América, casi todo el rerritorio del paralelo 60° arriba, pues en una de sus ramas, la Inuit, se encuentran en la América rusa reunidos a los siberianos, excepto en la costa de Bhering y de Alaska. Además, toda la costa de Groenlandia, Labrador, parte N. de los Grandes Lagos, &, está habitada por estos Inuit, en dos grupos, el Tuskí, que tiene una familia asiática, la de los Clonkluques, y otra americana, la de los Matemates, y el Esquimal o groenlandés. También tiene la

América otra raza amarilla, que es la fósil de Lagoa Santa».

Cree el señor Hoyos que al N. E. de América las emigraciones han sido recíprocas: que en tanto que los aleutas de Alaska, son asiáticos, los Concluques son americanos, conservando ambos pueblos caracteres físicos y costumbres análogas, lo mismo que sus lenguas respectivas.

Dice que muchos índios americanos del N., inclusive los chichimecas, conservan la tradicción de haber venido de la Siberia, mejor dicho de un país nebuloso, triste y frío, donde se alimentaban de peces, y que esa tradicción está confirmada por un itinerario descubierto por Boturini e interpretado por Schoolcraft, y que la época de esa emigración ha sido fijada de 1,038 a 1,224, habiendo descendido los emigrantes hasta el Perú.

9.—Aun es más docto y erudito el *Ensayo sobre la América Precolombina* de D. Narciso Sentenach y Cabañas (Toledo, 1,898), que fué el Secretario General del Jurado de la Exposición Histórico-Americana de 1892, y más rico de detalles etnográficos, sin abordar, por supuesto, el problema antropogénico, que se da por resuelto en el sentido tradicionalista.

Según el señor Sentenach los pueblos americanos proceden de una raza protoasiática, morena, vigorosa y rica en variedades, que en tiempos muy antiguos se extendía por la parte más oriental y meridional del Asia, la cual fué desalojada y empujada por los chinos.

«Esta raza primitiva asiática, dice, de la que aun encontramos muchos restos, como los *miao-se* y otros pueblos de las montañas chinas, los *bils* de la India, los *drávidas* del Dekan y tantos otros protoasiáticos; ofrece tales puntos de semejanza, por sus caracteres etnográficos, por sus lenguas y estado de cultura, con las del Nuevo Mundo, que podemos llamarlas hermanas de las americanas aborígenes».

Esa raza, que había alcanzado un grado superior de cultura, según el señor Sentenach, fué arrojada de su suelo, en los siglos cercanos a nuestra era, por la invasión china, y fué a formar otras nacionalidades, tal como el famoso imperio de Campa, yendo una parte al Nuevo Mundo, en la época precisa en que penetró la civilización en estospaíses. (7)

(7) ¿A quiénes fueron a civilizar?—Al señor Sentenach, como a otros muchos tradicionalistas, según veremos, se les escapan a cada paso alusiones a un pueblo americano inculto, de cuyo origen no dan razón, al que suelen llamar *autóctono,* a pesar al tradicionalismo de esos autores.

Terrien de Lacouperier ha demostrado, en efecto, que antes del siglo III antes de C. el imperio chino estaba reducido a los límites del territorio que le sirvió de cuna, y que razas muy distintas ocupaban las costas e islas del Oriente asiático. Hasta el año 221 antes de C. invadió Hoang-ti, de la cuarta dinastía, con poderoso ejército la China Meridional. llegando hasta el Tonkin. (8) En consecuencia la raza mongólica (china) cortó a la protoasiática, dividiéndola en dos grandes grupos: uno en el Japón, Corea y montañas del Sur de la China y otro en América e islas de la Oceanía. Esta raza era de ojos perfectamente horizontales, morena y de lenguaje aglutinante.

En cuanto a la raza mongola propiamente dicha, existen, según el señor Sentenach, muchos restos en el N. y costa oriental de América; pero esta inmigración fué la última que llegó, en época relativamente moderna.

10.—Los partidarios del *origen egipcio* de los pueblos americanos forman legión, siendo de lamentar que muy contados de ellos conocen siquiera la *Grammatica* del profesor G. Farino, y que entre los egiptolos eminentes, Champollion, Lepsius, Brugsch, Rougé, Maspero, etc., etc., ninguno haya sido americanista entendido (9).

Esta teoría es ya muy vieja: entre los primeros que la sostuvieron se cuenta el ilustre jesuita D. Carlos de Sigüenza y Góngora, gloria de Méjico, en el siglo XVII. En apoyo de ella se aducen, entre otras razones, la forma piramidal de ciertos monumentos americanos, semejantes por eso a los egipcios, y varias curiosas coincidencias, relativas al sistema geroglífico, al cómputo del tiempo, a las costumbres, creencias, idiomas, etc., etc, de varios pueblos de América y del valle del Nilo, respectivamente.

---

(8) Los *chanes* constituían en remota época el pueblo más populoso de la China Meridional; ellos fueron los fundadores del reino de Siam. Ahora bien, ese nombre lo encontraremos después, al hablar de los aborigenes de Méjico y de Centro América, con la designación de *ulmecas*.

(9) El coronel DUSAERT, digno discípulo del abate Braseeur de Bourbourg (tan iluso como ancioso de decir cosas nuevas y extraorainarias) publicó en Paris, en 1,882, un folleto titulado *La Carie Américaine*, en el cual pretende probar que Centro América fué la cuna de la humanidad, y que aquí existió un reino llamado «Caria», del cual fué colonia el Egito. Hasta el autoctonista brasileño Dr. D. Ezequiel Cándido de Souza Br.*to*, cuya *Memoria* sobre Antropología tendré que citar repetidas veces en el capítulo siguiente, no rechaza de plano el que los Mayas fueron los ascendientes de la humanidad y que del Yucatán salieron las corrientes emigratorias que poblaron el Antiguo Mundo.

(10) En el papiro Ebers se menciona un metal llamado *netr-tit*, nombre que Brugsh tradujo «excremento divino». y que los egiptólogos no han podido identificar con ninguno de los metales conocidos. Yo creo que se trata del *oro*, al que los aztecas llamaban *teocuitatl*. que significa lo mismo que *netr-tit*. Nótese que *tit* puede relacionarse con nuestro vulgar *titilcuite*, excremento de gallina.

Yo también, en otro tiempo, me entregué a esa clase de lucubraciones: en la *Revista del Progreso,* (SAN SALVADOR, *tomo* I, *nº* 5; *1º de mayo de 1896*) publiqué una nota sobre las relaciones que existieron entre los egipcios y los maya-quichés, en la cual fundándome en dos pasajes de las planchas de los papiros de Bulaq traté de probar que los súbditos de Faraon tuvieron noticia de la existencia del reino maya. En la primera de esas planchas se lee:

Nel Madyo heq Punt,

que literalmente dice: «Señor (Ammón-Ra) del país de los Madyos, comandante de la comarca Punt» y en la segunda:

Ei-f-m Punt ur aad-t ha-f Madyo,

que significa: «Llega de Punt, príncipe de las lluvias, desciende al país de los Madyos».

M. Ventre-bey, ingeniero en Jefe de la *Daira Sanich,* dice que la voz *Madyo* significa «Occidente», que es precisamente el rumbo en que está la susodicha península respecto al Egipto, y que *Puntk* quiere decir «Oriente».

Ahora bien, en quiché *ma* es partícula de negación, y *ya* es la raíz de *yaal,* «resplandecer», así es que *maya* quiere decir «sin resplandor», o, mejor dicho, «ya no brilla», se entiende el Sol, después de haberse ocultado en el Poniente. Y en chino, lo mismo que en annamita, *ma*y significa «sepultar, ocultar», según el diccionario de esta lengua por el R. P. Legrand de la Lyraya; y esa significación es muy apropiada para dar nombre al *Occidente,* a semejanza de los latinos, que formaron esa voz con el participio de presente del verbo *occidere,* «caer, matar».

Tengo a la vista un sustancioso folleto del señor D. Manuel Rejón García, publicado en Mérida de Yucatán en 1905, en el que expone ese señor gran número de hechos que patentizan el origen egipcio de la cultura de los antiguos mayas.

Más es el caso que los tales egipcios eran oriundos del Asia, y por ende volvemos a la teoría humbolditana.

La raza egipcia pertenece, según el doctísimo orientalis ta J. de Morgan (*Les premiéres civilisations,* París, 1909) a los pueblos blancos del Asia anterior por sus caracteres etnográficos; la lengua egipcia se relaciona con las semíticas por sus formas gramaticales. Los egipcios llegaron al valle del Nilo por el istmo de Suez, encontraron establecida allí una raza negra, la cual empujaron al interior.

Y Oppert ha descubierto que el cómputo del tiempo entre los egipcios y los caldeos estaba basado en el mismo punto de partida, pues tanto el período zotiaco de los primeros como el gran período lunar de los segundos coinciden en el año 11,542 antes de C. *(Congrés de Bruxelles*, 1,872, p. 162).

El señor Morgan aduce otros muchos hechos y buenas razones para establecer el origen asiáticos de los egipcios.

11.—Tócanos ahora hablar de la hipótesis sostenida por M. ALFONSO GAGNON, en su obra sobre *L'amérique precolombine*, publicada en Quebec, Canadá, 1908.

Partiendo este autor de la hipótesis de que el centro único de aparición del hombre fué la inmensa cuenca que circunscriben el Himalaya, el Bolor, el Altar-Tau, el Altai, el Felina y el Huen-Loun (11); que la América fué poblada de 7,000 a 8,000 años antes de C. (fecha que después *precisa* y reduce a la edad del bronce, cuando se principió a construir palacios, grandes ciudades amuralladas, las pirámides y las terrafas del valle del Eufrates y las pirámides de Egipto, bajo las cuatro primeras dinastías), y que la cultura americana es genuinamente de carácter asiático, cree que ésta es debida a los *kushitas* o *chamitas*, llamados a las veces *etiopes* (12) y también *cefenos*, y a los cuales identifica con los famosos *sumerianos*, cuya lengua no pertenecía a la familia ariana ni a la semítica (13).

La Etiopia propiamente dicha, o *País de Kush* de las inscripciones jeroglíficas, estaba situada al Sur del Egipto, hacia la región de las fuentes del Nilo. Fué colonizada por los Sabeos o Hushitas del Yemen.Había también la Etiopia asiática u oriental, que se extendía de las bocas del Indo al golfo Pérsico. (V. *La Quincena* de S. Salvador, n°. 65, p. 128).

Por eso HOMERO en su Odisea (Lib. I, v. 23-24) dice: «Ahora Neptuno ha ido a visitar a los etíopes que en las

(11) M. Morgan, autoridad de primer orden en todo lo relativo a la prehistoria humana, cree que carece de fundamenfo la hipótesis de un centro único de aparición del hombre en el maciso montañoso del Asia Central, tésis que resumió muy bien E. de Ujfalvy (*Migrations des peuples*, París, 1873). Observa M. Morgan que esos paises estaban cubiertos de nieve en los tiempos cuaternarios.

(12) E. FERRIER en sus *Mitos de la Biblia* dice: «La raza de *Kaush* es la más importante, tal vez, de las razas primitivas de que la humanidad haya guardado el recuerdo y se extendía del Ganges al Nilo y desde el mar de Grecia al de las Indias».

(13) La existencia de los pre-caldeos o sumerianos ha sido puesta en tela de juicio; más parece lo más probable que en realidad ocuparon la Caldea antes que los semitas o akkádianos. El trabajo más completo a este respecto es el del profesor A. H. Sayce *The: archeology of the cuniform inscriptions*, publicado en 1908.

extremidades de la Tierra están divididos en dos partes y habitan los unos donde el Sol se pone y los otros donde nace».

Ahora bien, los presemitas de la Mesopotamia es probable hayan sido inmediatos descendientes de los hombres pleístocenos del Asia anterior, testigos de los tiempos glaciales y de las enormes precipitaciones atmosféricas que provocaron.

Los Kushitas ocuparon desde un principio gran parte de la India, donde fueron llamados *kaucikas*, y fundaron las más antiguas monarquías, dejando por doquiera gigantescos y admirables monumentos. Después fueron sustituidos por los *semitas* (14) en Caldea, Siria, Palestina y Arabia, y por los Aryas en la India y en la Persia. No conservaron más que sus posesiones africanas, especialmente en Egipto, que fué la más floreciente de sus colonias y donde existen todavía numerosos descendientes de ellos.

Hacia al fin de la tercer dinastía ó á principios de la cuarta (unos 4770 años antes de C.) fué sojuzgado el Egipto por una raza procedente de Asia, y numerosos Kushitas tuvieron que abandonar el país, yendo á parar muchos de ellos al continente occidental. Gagnon nos indica la serie de etapas de esa dilatada emigración á América: Indo China, Java, islas de los Ladrones, Taití, Tonga, islas Sandwich, isla de Pascua, etc. etc., todo según lo comprueban á decir de él, numerosos monumentos similares todavía existentes en esos lugares.

M. Gagnon no ha hecho más que desarrollar, con gran lujo de detalles y de pruebas, las ideas que respecto á la raza kushita consignó en su *Ancient History of Hindoustan* el orientalista Maurice. Además, reconoce explícitamente (p. 282, nota) que cuando los Kushitas llegaron á América existían ya los pueblos *autóctonos*, de cuyo origen no dice una palabra M. Gagnon, siendo ese el *quid* de la cuestión. Esa es en el fondo de la teoría de Pikendorf, quien admitía dos razas americanas, una de las cuales solamente, la más culta, la civilizadora, era de origen asiático.

Ese dualismo, ecléctico y conciliador, ha sido ya insi-

---

(14) El P. PEDRO GOMEZ, de las escuelas Pías de España, en la inducción á su *Gramática hebrea*, observa que la expresión «raza semítica» es defectuosa, pues los fenicios y varias tribus árabes, que no descendían de Sem, sino de Cam, hablaban lenguas semíticas; en tanto que el idioma de los elamitas, descendientes de Elam, hijo de Sem; no era semítico.

nuado por numerosos americanistas. Morton, por ejemplo, admitía dos variedades de la raza americana: la *tolteca*, ínmigrante y civilizadora, y la *aborígene*, inculta y grosera. El general y etrógrafo COUTO DE MAGALHAES, del Brasil, en su *Ensaio de Antropología*, publicado en la *Revista trimestral do Instituto Histórico Brasileiro* (*tomo* XXXVI, 1873) habla también de las dos razas: una que es tronco, la bermeja, cuya existencia remonta á muchos miles de años, y la otra cruzada con la blanca, aduciendo como fehaciente prueba acerca de ésta los trabajos del señor V. Fidel López respecto á las relaciones entre el sanscrito y ciertas lenguas americanas.

El ilustre ecuatoriano D. Luis Cordero asegura por su parte que la lengua quichua cuenta con muchos vocablos japoneses (*Estudio de Lingüística americana*, Cuenca, 1901), y los chibchas de Colombia han sido considerados por varios americanistas como una colonia japonesa que llegó accidentalmente á las playas del Nuevo Mundo.

12. — Parece ocioso, después de lo que queda dicho, hablar del origen *océanico* de los aborígenes de América, y en todo caso volveríamos á las andadas, pues las islas de los Océanos Indico y Pacífico están habitados por una inexplicable mezcla de razas; empero hay americanistas que buscan allí la cuna de nuestros pueblos. Ya en 1879 M. Luciano Adam declaraba que su idea dominante á ese respecto era que "si la América recibió su población de fuera, fué más bien de Polinesía, que de Europa y aun de Asia". (*Congreso Internacional de Americanistas*, 1879).

A LESSON en su gran obra sobre *Les Polynesiens* combate enérgicamente á los que como Croizier y Molina han buscado en Nueva Zelanda y en otros puntos de esas regiones á los ascendientes de los indios americanos; sin embargo no pueden negarse en absoluto las relaciones con la Indonesia en vista de los datos recogidos por M. Cersac en California.

13. — Con lo dicho basta para juzgar cuan abrumadora variedad de opiniones hay respecto al origen de los pueblos americanos, mejor dicho de su cultura, pues los tradicionalistas por punto general aceptan la narración mosaica, tácita ó explícitamente, con ligeras variantes de interpretación. Muchas de esas teorías han sido expuestas con verdadero derroche de detalles y muy valiosas observaciones, que á la postre han utilizado los autoctonistas de origen, pero no de cultura (IV grupo). Aun las teorías más atentas y

ajustadas á las tradiciones judías ya no adolecen de la pueril simplicidad con que antes eran presentadas (15). Así el ilustrado y laborioso salvadoreño Presbítero Dr. Juan Bertis escribió una extensa y docta disertación sobre el origen cananeo de los pueblos del Nuevo Mundo.

La multitud y variedad de los hechos observados y la diversidad de opiniones ha sugerido á no pocos tradicionalistas la idea de que la raza americana, ó más bien de su cultura, no es el producto de una sola inmigración, sino de varias y de distintas procedencias, realizadas en diversas épocas y en variados puntos de nuestro Continente.

Grocio, *v. g.*, opinaba que los indios del N. procedían de los noruegos; los yucatecos, de los etíopes; los peruanos, de los indo-orientales y de los chinos, y que los más meridionales vinieron del E., pasando por las tierras australes.

Ese criterio, al parecer vacilante, lo impone, por otra parte, el resultado del análisis de ciertos hechos, el estudio de ciertos datos, inexplicables en conjunto á la luz de una hipótesis exclusivista, de una teoría sistemática. Recuerdo, á propósito de lo antedicho, que en 1866 publicó la *Revista do Instituto Histórico e Geographico Brasileiro* una Memoria del Conde de la Hure, relativa á unas inscripciones encontradas en las ruinas de una antigua ciudad de la sierra de Sincora, del estado de Bahía, que ese Instituto le encargó descifrar, y uno de los resultados finales de su trabajo fué que de los 35 caracteres de las cuatro primeras inscripciones, 23 semejaban á otras tantas letras del alfabeto *ghés*, 11 al abecedario *hymyarita*, 5 al *ibero*, 5 al *griego arcaico*, 5 al *berebere antiguo*, 5 á los caracteres de la inscripción *thuga*, 4 al alfabeto *magathia*, 3 al *etrusco*, 3 al *fenicio*, 3 al *líbico*, 3 al *R'mouz d' Elhhdj Ahmed*, 2 al *samaritano*, 2 á la inscripción indescifrable de *Henchyr-Ayn-Nechma*, 1 al *persopolitano*, 1 al *palmirano*, 1 al *K'lemtifinag d'Abdeb-el-Kader-beu Abou-Beker*, y 1 al *demótico*.

¿Quién es suficientemente ingenioso para atar tantos cabos?

---

(15) Por ejemplo FRAY PEDRO SIMON, quien en sus *Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra Firme* (1a. parte, p. 25) obra por otra parte, muy estimable, por el cúmulo de datos que encierra, para probar que los americanos descienden de la tribu de Isacar se funda en aquella profesía del patriarca Jacob, en la que dice de ese caudillo que ha de ser un asno fuerte que llevará la carga y servirá para pagar tributo; de donde toma pie el buen P. Simón para aseverar que los indios americanos descienden de Isacar, por haber sido ellos para los españoles verdaderos burros de carga y haber pagado verdadero tributo.

—2—

Yo, á la verdad, conceptúo que el laborioso y erudito Conde la Hure se dejó fascinar por la "loca de la casa"; más prefiero esos desbarros (caso que lo sean) á la brutal declaración del alemán Koch Grünberg y de su comentador brasileño Alfredo de Carvalho, para quienes los monumentos epígraficos americanos son por lo general simples "travesuras de los indios".

No deben, pues, estrañar ciertas hipótesis tradicionalistas, al parecer rebuscadas y gratuitas, porque el riquísimo arsenal de datos respecto á los aborígenes del Nuevo Mundo, con que hoy se cuenta, aunque insuficiente todavía para llegar á una solución definitiva y plenamente satisfactoría, aun concretando la cuestión al origen de la *cultura* americana, sí suministra suficientes y buenos materiales para elaborar diversas hipótesis, más ó menos verosímiles y sustentables.

No debe sorprender que F. Ad. de Varnhagen, Vizconde de Porto Seguro, llamado el "Herodoto del Brasil", haya buscado los ancestrales de los tupis de la costa brasilera entre los pueblos navegantes del Mediterráneo, entre los Carios de la Jonia asiática ú otros centros de origen helénico, ni deben provocar sonrisa las famosas etimologías de la señora Nuttal, acaudalada y entusiasta americanista, tales como la de *Chalco*, población mejicana, que deriva del griego *Chalcis,* capital de la Eubea, y la de *Temistitan* antigna capital azteca; proviniente, según ella, del nombre de un filósofo bizantino, Timistius, que no habiendo podido organizar su patria conforme á sus ideas, emigró á América, donde logró implantarlas, y otras muchas por el estilo de las antedichas (16).

(16) No desconozco cuan resbalosa es la etnografía filológica y cuanto se presta para la exageración ridícula. Así son hoy reputadas las investigaciones de ese género que insertó el jesuita JUAN IGNACIO MOLINA en su *Historia Natural v civil del Reyno de Chile.* Según él los antiguos griegos tuvieron relaciones con los aborígenes de las quince tribus que poblaron el territorio, y en comprobación presenta un catálogo de voces araucanas, correlativas en forma y significación con otras tantas griegas, un tanto traídas por los cabellos.

CAPITULO SEGUNDO

Las hipótesis autoctonistas.

14. — Voy ahora á dar una sucinta idea de las teorías formuladas por los sabios que, basados en la fecunda doctrina de la *evolución* (17) sostienen el autoctonismo de los aborígenes americanos, hoy ploclamado por gran número de hombres eminentes, á cuya opinión me inclino, por lo que hace a nuestra *raza primitiva*; sin embargo me hubiera abstenido de hablar aquí de esa materia, en atención á la escasez de mis nociones sobre Paleontología, si no fuera que el asunto de que trata este libro no permite hacer caso omiso de las hipótesis autoctonistas. He tenido que realizar un verdadero y difícil *tour de force* para que esta mi obra no adoleciera de deficiencia absoluta á ese respecto, recurriendo al efecto á las mejores fuentes de información que me ha sido posible conseguir.

Los transformistas, partiendo del principio de que todas las formas vivientes pertenecen á un sólo y mismo sistema, de que todas han debido comenzar por elementales formas protoplásmicas y que han llegado á ser lo que son tras una larga serie de transformaciones progresivas ó adoptivas, deducen que de este ciclo ó encadenamiento indefinido no ha podido exceptuarse el hombre, el cual conserva de sus estados anteriores, como pruebas fehacientes de su evolución, restos inútiles ú órganos sin función, como el vellón piloso de la cabeza y de las axilas, el pabellón externo del oído,

(17) Las denominaciones *darwinismo, transformismo, teoria de la transmutación de las especies* y *teoria de la evolución* se emplean ordinariamente como sinónimas.

dotado de músculos atrofiados; los restos de una membrana pestañante, etc. etc.

Ahora bien, hoy es generalmente admitido por los hombres de ciencia que la aparición del hombre data ya de muchos centenares de siglos. Los innumerables objetos de uso trabajados por el hombre de Neandertal, y más aun las obras, genuinamente artísticas del hombre de Cro-Magnon, indican claramente que la especie humana estaba ya bastante civilizada en la época glacial ó del diluvio, y que por ende su origen debe remontarse mucho más allá, á mediados de los tiempos terciarios, es decir desde hace unos 6 ú 8 millones de años, por lo menos.

El docto antropólogo M. René Vernau, conservador del Museo Etnográfico del Trocadero, en París, publicó hace poco un sustancioso artículo sobre *El origen del hombre*, en el cual artículo manifiesta que aunque no se han descubierto todavía los restos de los obreros que han tallado los instrumentos recogidos en las capas en que yacen el elefante antiguo, el rinoceronte de Merck y el gran hipopótamo, sí conocemos á los hombres del fin del cuaternario, á los cazadores de renos, á los hombres de la raza de Cro-Magnon, de unos 187cm. de alto, por término medio y dotados de notable musculatura, y que si esta raza y la correspondiente al cranéo de Neanderthal, que son similares, es realmente superior á la contemporánea del elefante antiguo, del rinoceronte de Merck y del gran hipopótamo, ésta debe considerarse como descendiente del *Pitecantropo* de Haeckel, ó *Antropopíteco* de Gabriel Mortillet y Abel Hovelacque, denominado también *Homo alalus*, que algunos reputan intermediario entre el *H. stupidus*, el hombre salvaje primitivo, y los Antropoides (18).

En cuanto al lazo de unión entre los monos y el hombre, el profesor M. Vernau no sólo lo cree razonable sino que admite que los restos fósiles descubiertos en Java por el doctor Eugenio Dubois, médico de la armada neerlandesa, en 1891 y 1892, son realmente del intermediario entre el hombre y el antropomorfo, y luego agrega: "Pues bien, que se considere como un hombre inferior á todos los humanos, ó como un mono superior á todos los

(18) Haeckel ha fraguado la siguiente genealogía ascendente del hombre actual: 1o. *Homo sapiens;* 2o., *H. stupidus;* 3o., *Pithecanthropus alalus;* 4o., *Prothylobates atavus;* 5o., *Archipitecus;* 6o., *Neucrolemures;* 7o., *Lemuravida (Pachylemures);* 8o. *Achiprimus* (*Pruchoridta*), forma ancestral hipotética.

antropoides, se tiene velis nolis un verdadero intermedario. Este Hombre, que se aproxima al Mono, ó este Mono que se aproxima al Hombre, es, en realidad, el jalón que los adversarios del transformismo pedían á los partidarios de la evolución se les mostrase".

15 — El descubrimiento del doctor Dubois provocó serios y ruidosos debates entre los paleontólogos. Según el Profesor G. Schwalbe (cuyas doctrinas ha aceptado, por punto general, el sabio polaco Kazimierz Stoyhwo) la familia de los *hominideos* presenta una serie de formas que principian en el plioceno superior, y comprenden el *pithecanthropus*. el *homo primigenius* y el *homo sapiens*, pudiendo considerarse los dos primeros como antepasados indirectos del hombre actual. Mr. Schwalbe admite la existencia de dos especies humanas distintas: el *H. primigenius* y el *H. sapiens* conforme el siguiente cuadro, comprensivo de los principales restos fósiles por él estudiados

Neanderthal Spy Krapina Gibraltar	*H. primigenius.*
Brux Galley-Hill Brünn Australiano Hombre moderno	*H. sapiens.*

El ilustrado doctor don Vicente Lachner Sandoval en la Conferencia que dió ante el Ateneo de Costa Rica la noche del 14 de julio de 1913, hablando de esas dos razas humanas, dice: "Es posible que la especie de Neanderthal, originaria de la zona templada del Norte y obligada por la inclemencia del período glacial emigrara hacia el Sur en busca de condiciones más favorables á su existencia, fuera luego empujada por una raza superior hacia el Africa y el Asia y pasara de aquí, por el puente de la India y de Célebes, á refugiarse en Australia", de donde se pretende pasó después al Continente Americano. Después agrega el Dr. Lachner: "Lo cierto es que el *homo primigenius*, diseminado antes por gran parte de Europa, desapareció de

ahí por completo y en su lugar vemos aparecer en la segunda parte del diluvio una nueva humanidad, el *homo sapiens* en forma de su primer representante, la raza de Cro-Magnon. ¿Desciende éste de aquél? O bien ¿invadió el último el territorio europeo, viniendo de afuera y arrollando ante sí la raza de Neanderthal que le era inferior? De esto nada puede decirse con seguridad. Como un indicio solamente mencionaré el hecho de que, á una época intermediaria entre ambas razas pertenecen los esqueletos humanos encontrados en Salutré (Francia) y en Predmost (Moravia), en los cuales los rasgos pertenecientes á la raza de Neanderthal, especialmente la falta del mentón, están al desaparecer, de modo que podrían ser estos individuos una forma de transición entre aquellas razas" (19).

El Dr. Lachner se inclina á creer que el pitecantropo y el hombre terciario vivieron conjuntamente, que ambos descienden de un tercer animal aún no descubierto.

M. Morgan, escritor de mucho peso, declara categóricamente que no existen datos suficientes para considerar al *Pithecanthropus* como forma ancestral del hombre, ni siquiera que fuese lejano pariente de nuestra especie.

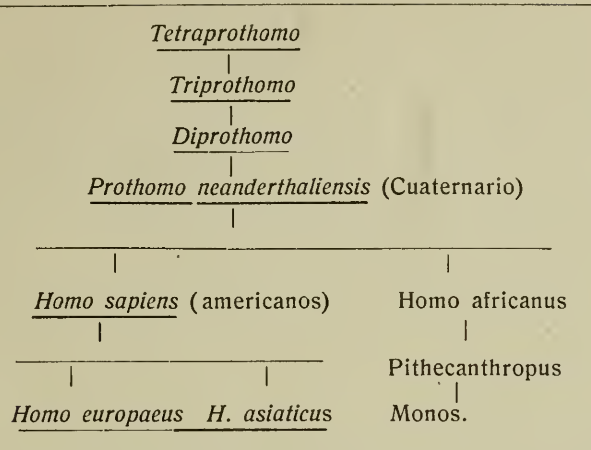
Darwin, aunque admitió en lo general las teorías de su discípulo alemán Ernesto Keackel, aceptaba solamente como *posible* la transformación del mono en hombre, con tal de que la pérdida de la piel primitiva remontase á los tiempos eocenos. (*La descendance de l'home*, 1872, p. 115).

Wallace refirió á la mitad de la época terciaria el instante en que un mono *indeterminado* alcanzó la forma humana, tras múltiples evoluciones morfológicas.

16. — En la América del Sur, especialmente en el Brasil y en la Argentina cuenta el transformismo con muchos y muy doctos representantes, discípulos, más ó menos fieles á las doctrinas de su maestro, el ilustre profesor Ameghino.

M. Ameghino descubrió hace algunos años entre los terrenos miocenos de Monte-Hermoso un *atlas* (última vértebra cervical), y después un fémur, perteneciente á un animal á que dió el omnbre de *tetraprotomo*, ascendiente del hombre y del pitecantropo conforme al siguiente cuadro genealógico:

(19) Según el Dr. Lachner la mandíbula inferior encontrada en Maner, cerca de Heidelberg (Alemania) perteneció al hombre terciario, lo mismo, probablemente, que el cráneo de Suzzex.



M. Lehmann-Nitsche hizo un prolijo estudio de los restos recogidos en Monte-Hermoso, y ha llegado á la conclusión de que son *humanos*, pertenecientes á una especie particular de hombres, hoy extinguida, á la que dió el nombre de *Homo neogaeus*, que según el profesor Verneau y su ayudante el Dr Rivel, nada tenía de particular.

17. — Largas discusiones ha habido entre los antropólogos evolucionistas, sobre el *monogenismo* y el *poligenismo*, según refieren los señores Abel Hovelacque y Jorge Hervé en su *Précis d' Antropologie* (París, 1887) y A. Desmoulins en su *Hist. nat. des races humaines.* M. Morgan opina que es científicamente imposible averiguar si el hombre apareció en la Tierra como un tipo único ó bajo diversos tipos, con caracteres apropiados al medio respectivo.

En cuanto á la unidad de la *especie*, desde luego es innegable, pues todas las variedades pueden procrear entre sí, cruzarse como se quiera, y la existencia de estas variedades tampoco implica poligenismo, porque aunque haya sido un tipo único primitivo, su descendencia se hubiera modificado rápidamente, á influjo de las diversas condiciones de los territorios en que se espareció. Tampoco se puede asegurar *a priori* que siempre fué uno, pues bien pueden haber desaparecido los menos aptos. Aun en los tiempos históricos los arianos hicieron desaparecer muchos pueblos anarianos, según M. Morgan.

M. W. H. Holmes presentó al IV Congreso Científico (1º Pan-Americano) celebrado en Chile de diciembre de 1908 á enero de 1909, una Memoria titulada *Como se*

pobló América, en la cual zanja de muy distinto modo las polémicas á que aludimos: "Parece, dice, que la cuestión de si hay ó no unidad es solo materia de definición, pues para contestar se necesita saber la interpretación que cada uno da á lo que constituye el estado humano. Si establecemos la separación del estado humano y del prehumano poco abajo, en el tronco del frondoso árbol de los homínides, tendremos un sistema monogenista; mas si la establecemos más alto, caeremos en la poligenesia".

18.—Entre los antropólogos transformistas ha prevalecido la opinión de que el hombre es *autóctono* del Antiguo Mundo, teoría, que aun puede decirse que es la clásica entre ellos.

M. A. H. KEANE publicó en *The International Monthly*, (Marzo de 1902) un luminoso artículo á ese respecto, en el cual dice que "la América provino y fué poblada desde Alaska hasta la Tierra del fuego, durante las edades de piedra al menos, por dos corrientes de emigraciones, una del N. W. de Europa, la otra del N. de Asia; principalmente por conexiones de tierra que de entonces acá han desaparecido, debido á aquellos hundimientos que convirtieron el Nuevo Mundo en una isla, tanto étnica como geográficamente".

M. Keane es uno de los principales representantes del grupo (*C.*), de los tradicionalistas sólo en cuanto al origen, pues sostiene el autoctonismo más absoluto en cuanto á la cultura americana: "Todos los restos, dice, artes superiores y monumentos de los terraplenes del Ohio y Casas Grandes, desde los pueblos de Arizona, hasta las pirámides, templos y palacios mexicanos y Centroamericanos; las huacas, acueductos y caminos reales peruanos y los estupendos Monolitos de Tihuanaco, las avanzadas instituciones sociales, organizaciones políticas; filosofías, sistemas de calendario, escritos pictóricos, y tal vez fonéticos, deben reputarse sin vacilación como propios de los nativos. En otras palabras: la cultura americana propiamente así llamada se desarrolló localmente, sin deber nada absolutamente á extrañas influencias". (20)

El señor Holmes, ya citado, pertenece al mismo grupo *(C)*: «El Continente Oriental, dice, es muy superior a América en extensión, en recursos y en la diversidad de su

(20) Pertenecen á la misma escuela los *Studies in American Ornamentation* del Dr. Stolpe (Stokolmo, 1897) y el curioso libro de M. Frederick S. Dellenbaugh, titulado *The North Americans of Yesterday*, publicado en 1901.

vida animada; revela trazas, ya vivientes, ya fósiles, de numerosos seres cercanos al hombre; es el que ha dado el eslabón-el *Pithecanthropus*-y es el que hoy contiene mayor masa humana, con una enorme variedad de caracteres de raza y más amplias condiciones de cultura, todo lo cual tiende a demostrar mayor período de ocupación».

El señor Holmes, hace remontar al mioceno la época del precursor del hombre, fijando la de transición en el plioceno (al cual asigna 1.000,000 de años de duración probable), y la aparición del hombre y de sus tipos fundamentales en el glacial o cuaternario (de 600,000 años de duración), reservando el post-glacial (25,000 años) a la formación de las diversas razas hoy existentes, suponiendo, como lo más plausible, que la americana procede de la mongólica.

Para él fué el Asia la cuna de nuestra especie, y de ella vinieron los pobladores de América, por el estrecho de Behering, ya con cierto grado de cultura, que muchos por acá, a la postre la perdieron.

19.—Al mismo IV Congreso Científico presentó D. Alfredo Escuti Orrego un notable trabajo sobre *Prehistoria americana*, en el cual llega a las mismas conclusiones que el señor Holmes, con ligeras variantes de detalle.

De la existencia de muy antiguas ruinas indígenas en la cordillera de los Andes, en parajes hoy completamentamente inhabitables, por su clima inclemente y altura, donde falta todo recurso para la vida, y de otros varios hechos indujo este naturalista que el clima de América ha de haber sufrido un notable cambio durante la época cuaternaria, y que los hombres que habitaron en esas ruinas han de haber existido antes de que se verificase ese fenómeno.

Acepta el señor Escuti Orrego la opinión de algunos geólogos de que la América del Norte estaba unida con Europa durante la época cuaternaria, como lo comprueban los instrumentos chellences encontrados, conjuntamente con restos de *Mastodon*, *Chioticus*, *Elephas primigenius*, *Ovibos Moschatus y Cervus tarandus*, en los aluviones glaciales del valle del Delaware; los arrecifes coralíferos de la Florida, cuya parte meridional ha de haber empleado 135,000 años en formarse, según Agassiz, y donde se han encontrado fósiles humanos; el esqueleto de hombre exhumado en el Delta moderno del Missisipi, donde yacía bajo cuatro selvas fósiles superpuestas, cuya antigüedad ha calculado Dowler que no baja de 50,000 años etc. etc.

Acepta también que el Africa estuvo unida al Brasil en época relativamente reciente, hipótesis que han sostenido muchos geólogos.

Ahora bien, siendo el hombre, según dice el señor Escuti Orrego, un mamífero placentario y asemejándose notablemente a los monos antropomorfos, no sólo por todos los caracteres comunes al grupo catarrino, sino también por otros muchos rasgos particulares, *v. g.* la falta de cola, no debe dudarse de su estrecho parentesco con ese grupo, y siendo, por otra parte, un hecho notorio que en todas las regiones del globo las formas ancestrales se encuentran donde viven sus análogos más próximos, es muy probable que la forma precursora del hombre primitivo tuviera por cuna la región donde se encuentran ahora los grandes monos antropomorfos, es decir el Continente africano, de donde pasó más tarde al resto del mundo.

Es de advertir, que según el señor Escuti Orrego, el hombre no desciende en línea recta de los monos antropoideos, sino de una cepa o tronco común con ellos, que se bifurcó, resultando la raza antropoidea, que se estacionó, y la antropogénica que evolucionó hasta producir al hombre.

Cree el docto naturalista, cuya opinión esbozamos ahora, que las primeras inmigraciones procedentes del Asia y del Africa deben haber llegado a América antes de los tiempos glaciales, que obstruyeron con las nieves las rutas de Behring y de Groenlandia; que la raza mongólica (que quizás fué la primera que se constituyó) llegó a nuestro Continente por la primera de dichas vías, y que la africana pasó por el cordón o línea de riberas que unía el Africa al Brasil, antes, indudablemente, según él, de la formación del Atlán tico y de la desaparición de las tierras hundidas al N. del Pacífico.

20. — Son ya numerosos los sabios que opinan que el hombre es autóctono del Nuevo Mundo, teoría que por referirse exclusivamente a América y por ser la más generalizada entre los paleontólogos de este continente, especialmente los brasileños y argentinos, voy a exponer con un poco de más amplitud que las anteriores, que puede decirse sólo he mencionado.

Creo conveniente advertir que el autoctonismo de esos sabios no se extiende por lo general a la cultura, o lo que es lo mismo no implica negación de inmigraciones extrañas, posteriores a la aparición y desarrollo del hombre en América, al cual vinieron a civilizar.

Con justa razón se ha considerado por la mayoría de los americanistas como exagerada e inconsulta la aseveración de unos cuantos, que pretenden que todo lo relativo a los aborígenes americanos en los tiempos precolombinos es genuinamente original de ellos.

El ilustre profesor Daniel Brinton, a quien tanto debe la Etnografía americana, era uno de esos autoctonistas radicales, según se deduce de las siguientes palabras con que concluye la Memoria que presentó al Congreso Internacional do Antropología, celebrado en Chicago en 1893: «Yo mantendré, pues, que hasta el día de hoy no he encontrado un dialecto conocido, ni un arte, ni una institución, ni un mito o rito religioso, ni una planta o un animal, ni un instrumento, una arma o un símbolo en uso al descubrirse la América, que hubiese sido antes importado del Asia o de otra parte del Antiguo Mundo».

Esa misma opinión externó veinte años antes el insigne escritor mejicano D. Ignacio Ramírez, en un discurso que pronunció en la Sociedad de Geografía y de Estadística en 1872, relativo a *Los habitantes primitivos del Continente Americano*: «Lo que se ha encontrado en América por los españoles, es exclusivamente americano. Tierras, plantas, animales, hombres, los restos de otra flora y de otra fauna, y las artes y las ciencias, y las costumbres y las instituciones; nada de ésto nos ha sido mandado por la Naturaleza entre el cargamento de un junco chino o de una galera de Cartago. Abandonemos de una vez la región de las quimeras».

La misma teoría oí sostener al ilustrado Dr. D. José Ramírez, el 21 de octubre de 1895; día en que se verificó la séptima sesión del XI Congreso de Americanistas, reunido en Méjico y al cual tuve la honra de ser delegado por El Salvador. Durante esa sesión leyó el Dr. Ramírez una excelente disertación tendente a demostrar que «Las leyes biológicas permiten asegurar que las razas primitivas de América son autóctonas». Y hace pocos años leí en el Boletín de Instrucción Pública de Méjico (junio de 1907) un luminoso artículo del historiador don Carlos Pereyra, titulado «El Hombre Americano», en el cual artículo se declara autoctonista radical.

Con todo, y dicho sea con perdón de tan eminentes autoridades, ese autoctonismo tan radical y absoluto deja sin explicación plausible muchos hechos notorios, que no

admiten otra que emigraciones del Continente Oriental al Occidental en la época precolombina, bastante bien rastreadas por los americanistas de ogaño, por más que D. Ignacio Ramírez las califique de *quimeras.*

21. — La teoría de los «autoctonistas transigentes «o moderados», como los llama M. Marlow, puede formularse así:

Los habitantes del Nuevo Mundo eran genuinamente AUTÓCTONOS, *su raza no procedía de otro Continente, si bien muchos de ellos se cruzaron, desde mucho antes de 1492, con inmigrantes extranjeros* (en mi concepto probablemente asiáticos) *que influyeron más o menos en la cultura y costumbres de los naturales de esta parte del Mundo.*

Uno de los primeros americanistas que proclamó sin ambajes y con gran lujo de detalles esa tesis, fué el señor don Rafael Delorme Salto, quien publicó en 1894 un interesante libro sobre *Los aborígenes de América*, editado en Madrid y propiedad de *La Propaganda Literaria* de la Habana, al cual libro precede un prólogo del literato y general mejicano D. Vicente Riva-Palacio y Guerrero, autoctonista rematado.

Según el señor Delorme hacía 11.650,000 años que la materia organizada había surgido en nuestro planeta, en la edad primaria, cuando en la terciaria apareció el hombre, como resultado de la obra de perfección que la Naturaleza impuso a todos los seres existentes, y fué en la selvas de la América del Sur donde por vez primera se transformó en hombre un antropopiteco, como lo comprueban los restos humanos que allí se han encontrado, en terrenos que en el Antiguo Continente precedieron miles de años a la aparición del hombre. Asevera que las razas ibérica y egipcia, tan famosas en los fastos de la humanidad tienen como casa solariega los bosques seculares del Brasil y del Perú.

Creía el señor Delorme que la raza primitiva de América debió ser negra, y que su color se modificó después, al cruzarse con las razas invasoras asiáticas y camíticas.

Consigna en su libro numerosos datalles y datos sumamente curiosos y no pocos conceptos por demás aventurados respecto a la cultura y divisiones etnográficas de la raza americana.

La misma tesis, pero con más acentuado estilo científico desarrolló el eminente naturalista brasileño Dr. D. Ezequiel de Souza Brito en la magistral Memoria que sobre la *Antropología y Etnología de las razas americanas* presentó

al IV Congreso Científico que varias veces he mencionado en las páginas anteriores.

Al dar yo aquí una somera idea de sus conclusiones capitales me apartaré a las veces de su respetable opinión, respeto a algunos detalles, atento a las doctrinas de otros maestros, no menos autorizados, cuando me ha parecido preferible el modo de pensar de éstos.

Cuestión primordial es la relativa a la antigüedad de nuestro Continente. Agassiz, Elías de Beaumont, Lund, Geober, Pissis y otros ilustres geólogos han sostenido, con muy atendibles argumentos, que el Brasil central era ya una extensa tierra firme cuando el resto del mundo estaba aún sumergido en el océano universal, o apenas habían surgido algunas islas insignificantes correspondientes al actual centro de Francia, a algunos puntos de Rusia etc. etc. (21).

Para nuestro objeto no precisa remontarnos tanto; basta decir que todavía a fines del período glacial, de la época cuaternaria, la configuración de la parte sólida de la superficie terrestre era muy distinta de la actual. La porción de América comprendida en la zona tórrida se componía de dos grandes masas de tierras que Eigenmann ha denominado *Archiguiana* y *Archamazonia*, separadas por el valle del bajo Amazonas, todavía sumergido. En la América Meridional había otro maciso terrestre, que Yhering llama *Archelenis*, enlazada a la Guayana y al Africa. Por el W. América estaba unida a la Australia y a Nueva Zelanda, al paso que por el N. se enlazaba con Europa y Asia.

Varios paleontólogos opinan que no hubo comunicación directa entre ambas Américas desde la base del terciario hasta el fin de la época miocena; que sí habían estado en comunicación durante el cretáceo inferior y medio, pero que ya estaban separadas durante el cretáceo superior.

Particularidad digna de atención: el Brasil, según lo ha demostrado el profesor Branner se libró de la acción glacial,

(21) El Brasil ha sido objeto de numerosos y pacientes estudios geológicos, iniciados hace ya más de cien años por una falange de especialistas alemanes: teniente coronel Guillermo L. von Eschwege, teniente coronel von Feldner, sargento mayor Federico Luis Guillermo Varnhagen, mineralogista Juan Pohl, naturalista Juan Bautista Spix y Carlos Federico von Martius, diplomático J. F. M. von Olfers, coleccionista Francisco Sellow etc. etc.

Después ha sido estudiado desde el mismo punto de vista por los franceses d'Orbigny. Pissis y Castelnau, por los ingleses Gardner, Alport y Plant; por los alemanes Helmereicher, Hensser, Clarraz y Rath; por el dinamarqués Clausen; por el norteamericano Parigot, y por otros muchos más, tanto extranjeros como hijos del país. Su actual Servicio Geológico, cuya organización se debe al sabio Carlos Federico Hart, ha realizado importantísimos trabajos. Hoy lo dirige el Dr. Orville A. Derby.

pues en ninguna parte de ese gran país se han encontrado bloques erráticos, ni rocas extriadas, ni arcilla glacial.

El señor de Souza Brito es decidido y habilísimo paladín del autoctonismo de la raza americana, la cual, según él, es originaria de los bosques del Brasil, sin perjuicio de reconocer la posibilidad de inmigraciones posteriores de otras razas en el Nuevo Mundo.

22.—Aunque no es imposible que la aparición del hombre remonte a la época terciaria—y no pocos antropólogos así lo han sostenido—lo cierto es que hasta ahora no se poseen pruebas auténticas de ello. M. Morgan, autoridad respetabilísima por su vasto saber y discreción, opina a ese respecto que aunque de la época en que vivió el primer mamífero bien pudo vivir el hombre (22), dada su gran aptitud de adaptación y los medios de que se vale para luchar con los elementos adversos a su subsistencia; pero que esa posibilidad no debe traducirse por probabilidad, desde el punto de vista trasnformista, en atención al atrasado desenvolvimiento en que se encontraban los mamíferos en la época cretácea.

Los restos humanos más antiguos que se conocen son, según el Dr. de Souza Brito, los de Arrecifes y Fontezuelas (R. Argentina), encontrados por Ameghino en el cuaternario inferior, y con los cuales Kolbert formó su *Homo pliocenicus.* Con esos restos hace *pendant* el esqueleto descubierto por el eximio antropólogo dinamarqués Pedro Guillermo Lund, en las cavernas del Sumidouro (Brasil), esqueleto conocido hoy con el nombre de «troglodita de Laguna Santa», perteneciente al período paleolítico, contemporáneo del gran mamífero americano que Cuvier bautizó con el nombre de *Megatherium.*

Esos restos son, en concepto del Dr. de Souza Brito, mucho más antiguos que el famoso cráneo de Neanderthal y que el tan mentado fósil de Las Calaveras (California) y constituyen irrefutable prueba de que el hombre existió en América mucho antes que en el Anitguo Mundo; que la población de nuestro continente data de tiempos anteriores a la época en que dejaron de existir las últimas razas de

(22) Los primeros mamíferos fueron los marsupiales triásicos, perpetuados por los Didelfos eocenos, muy desenvueltos después en el pleistoceno de Australia y de los cuales se conservan varias supervivencias. Los placentarios aparecieron hasta en el eoceno, representados por cinco tipos, a la sazón poco diferenciados: los *creodontes*, los *tilodontes*, los *condilartros*, *los amblipodos* y los *paquilemurianos*.

animales gigantescos, y del examen minucioso de esos restos resulta que los hombres que en esa remotísima época aquí vivían eran de la misma raza que los que encontró Colón en 1492.

Ahora bien, como es muy probable que la unión del Africa con la América del Sur fué anterior al mioceno superior, Amegrino, mediante una serie de doctas inducciones, llegó a la conclusión de que el precursor del hombre, el *Homo simius*, pasó, durante el mioceno inferior, o quizás durante el oligoceno, de la América del Sur al Antiguo Continente, en unión de los *cercopithecideos* (23). Así es que habiendo vivido precursores del hombre en ambos continentes desde el comienzo del mioceno, es muy probable, según el autor de la Memoria de que tratamos, que el hombre haya aparecido independientemente en una y otra parte.

El profesor SENET, en sus *Questions d'Anthropologíe* (1906) ha llegado a la misma conclusión: que los más próximos parientes del hombre se deben buscar entre los macacos americanos.

La conclusión de M. René Verneaues que el hombre no se deriva del chimpanzé, ni del gorila, ni del gibbon, ni del orangután, sino más bien de un ser antropomorfo cuyos descendientes, evolucionando en diferentes sentidos, han dado origen de un lado a los antropoides, del otro al hombre primitivo.

G. Sergui, presidente de la Sociedad Romana de Antropología, trata del famoso *Homo pampaeus* de Ameghino, en su monumental obra sobre *L'Uomo*, y su criterio a ese respecto coincide en el fondo con la doctrina sustentada por el doctor de Souza Brito: «revela, dice, que es un género distinto, de tipo y de origen americano, separadamente de todo otro tipo fósil o reciente del continente antiguo. En otras palabras, el *Archaeanthropus* demuestra un origen autónomo del hombre de los varios continentes, o poligenético, como yo sostengo ahora; fuera de este concepto no es posible explicar los caracteres del *Archaeanthropus*».

Bien sé que la *Poligénesis* es todavía considerada por muchos, aun entre las personas entendidas y despreocupadas, como una audacia de escuela, como un recurso o artificio para orillar ciertas dificultades, para subsanar la

---

(23) Los antropomorfos aparecieron más tarde, separándose de los hominios y tomando el camino de la bestialización. Ameghino opinaba que todos los macacos fósiles encontrados en el Viejo Mundo pertenecen a seres que estaban en vía de bestialización, inclusive el famoso *Pithecanthropus* de Java y el hombre de Neanderthal, que representan líneas divergentes, hoy extinguidas, que se separaron del tronco central en época muy remota.

carencia de ciertos eslabones, y la declaran incompatible con el postulado capital de la unidad de la especie humana; mas he aquí como la juzga el profesor Bartolomé Malfatti, del Real Instituto de Estudlos Superiores de Florencia, en su tratado de *Etnografía:* «La teoría tranformista, dice, es tal que puede ponerse de acuerdo con una opinión que ha sido sostenida por valiosos naturalistas y que es merecedora de tenerse muy en cuenta; dicha opinión es la relativa a que por cada grande provincia zoológica se puede admitir un centro de procreación humana; que de la misma manera que aparecieron aquí y allá especies diversas de un mismo género de animales superiores (elefantes, perros, caballos, osos etc. etc.), así también el hombre podía haber aparecido, con notas morfológicas distintivas, en varios puntos, y, especialmente, en aquellas regiones zoológicas en donde la evolución nos conduce hasta los Antropoides».

23. — El hombre del cuaternario antiguo difería tanto de los trogloditas glaciales como el ariano primitivo de sus descendientes civilizados de hoy. Si los mamíferos terciarios pueden considerarse respecto a los actuales como especies y aun como géneros distintos, el tallador de sílex de aquel período no era en realidad un hombre, sino su precursor, el *Homo simius.* Schleicher, colocado en el terreno de la lingüística, opina que nuestros primeros padres no fueron realmente hombres sino hasta la formación del lenguaje, gracias al desarrollo del cerebro y de los órganos de la palabra.

Según el doctor de Souza Brito los representantes actuales de la raza primitiva son los botocudos del Brasil, cuyos caracteres etnográficos corresponden bastante bien con el cráneo de Laguna Santa; mas también existe el bugre del Paraná, con caracteres similares á los de los cráneos de los sambaquis brasileños, que por su configuración grosera, simplicidad de las suturas y por su plachicefalía, parecen inferiores a los de Laguna Santa. Es este un detalle que está por esclarecerse bien. Lo importante del caso es que hay hoy gran número de americanistas que atribuyen un origen común a esa raza primitiva del Brasil, a los *Mound-builders*, a los *Cliff-dwellers* etc. etc., cuyos descendientes poblaron Méjico y la América Central.

En cuanto a las múltiples e innegables conexiones entre los habitantes del Antiguo y del Nuevo Mundo en la época precolombina, señaladas y estudiadas con sumo cuidado por los tradicionalistas de que oportunamente habla-

mos ya, son debidas a inmigraciones muy posteriores a la aparición del hombre, verificadas por medio de alguna o algunas de las rutas posibles entre ambos Continentes.

Nada se opone y de buen grado lo admiten los autoctonistas moderados, que la especie humana haya alcanzado mayor desarrollo y superior cultura en el Antiguo Mundo que en el Nuevo, y que, ya haya sido por natural tendencia a la expansión, o por otra causa cualquiera, aun fortuíta, hayan pasado de allende a aquende; mas cuando esto se verificó ya la raza americana ocupaba gran parte de este Continente, desde muchos siglos antes (24).

Desde ese punto de vista son muy dignas de atención y en nada contradicen la teoría del autoctonismo de la raza americana, los estudios de M. Alfonso Gagnon respecto a las inmigraciones kushitas y a la semejanza entre los monumentos egipcios y los peruanos y entre los de Caldea, India e Indo-China y los maya-quichés; lo mismo que las sagaces investigaciones del Arzobispo Plancarte respecto a la procedencia de los nahoas y de los *chanes* o ulmecas.

Cabe discutir las ingeniosas clasificaciones etnográficas de los humbolditanistas de nuestros días, que suponen haber existido una extensa raza, con numerosas variedades, la cual ocupaba en remotos tiempos todo el sudeste del continente asiático y la mayor parte del americano e islas entre ambos comprendidas, y presentaba en el nuestro cuatro grupos principales: una raza tostada y basta, casi semejante a los negros, confinada al extremo meridional del Nuevo Mundo; otra cobriza, que pretenden haya sido hermana de la proto-asiática, y que constituía la gran masa de los habitantes de este Continente, de cultura puramente lítica; las ramas quichua y nahoa-maya, que alcanzaron notable civilización, de orígen mongol, y la raza mongola-siberiana, establecida en los confines boreales de América, de la cual se dice que proceden los esquimales.

24. — Creo conveniente agregar las siguientes breves consideraciones en apoyo de la teoría autoctonista:

(24) Según JUAN RIBEIRO (*Historia do Brasil*, 1901) las razas indígenas del Brasil constituyen cuatro grupos: *tupi*, *tapuya*, o *ge*, *nu-aruak y caribe* o *coiaibe*, y según el etnógrefo Carlos von den Stein, hubo tres expansiones principales de esas razas: primero de los *nu*, en el continente y de los *aruak* hacia las Antillas; la segunda de los *caribes*, que quitaron las pequeñas Antillas a los aruak, y la de los *tupis* en distintas direcciones, especialmente por el litoral marítimo. (V. la Memoria sobre *Los indios del Brasil* por el doctor Nelson Coelho de Senna).

a) La fitografía nos demuestra que en América se ha desarrollado el reino vegetal en su escala ascendente, sin faltar ninguno de sus eslabones, hasta llegar a las plantas más perfectas, es decir las más complejas, y esto con absoluta independencia de la flora del Antiguo Mundo.

b) El reino animal nos presenta el mismo fenómeno. Además, los paleontólogos han demostrado que grupos que en Europa o en el Asia todavía sufren su evolución natural (v. g. el caballo, el toro, el elefante etc. etc.), en América ya desaparecieron, dejando sus despojos, que comprueban su pasada existencia en estos países.

c) No se han encontrado en el Nuevo Mundo huellas de las plantas cultivadas ni de los animales domésticos, que desde remotas épocas ha utilizado el hombre del Antiguo Mundo.

Esta última circunstancia hacía mucha fuerza al General Riva-Palacio, según lo dice en el citado prólogo para la obra del señor Delorme Salto: «ninguno, dice, de los animales domésticos del antiguo mundo conocido, se encontró en América por los conquistadores; aquellos emigrantes que debían sin duda de ser una inmensa muchedumbre para dar orígen a los muchos millones de habitantes que tenía América, no llevaban consigo ni un caballo, ni un buey, ni un perro, y sí debieron conducir venados, tigres, bizontes, y todos esos amimales que tanto abundaban en el Nuevo Continente, y que no pueden ser el resultado de la generación espontánea. Al mismo tiempo, no hay razón ni motivo para suponer que por donde pasara el jaguar, no pudieran también llegar el toro y el caballo».

Los tradicionalistas explican el hecho con mucha sencillez, manifestando que las emigraciones del Viejo al Nuevo Continente fueron debidas ya a accidentes casuales, como naufragios, ya a la necesidad de expansión pero tan lentas, en su marcha, que los inmigrantes perdieron durante ella sus costumbres nativas y cambiaron de modo y medios de vivir.

25. — Aunque ya amainó notablemente la cruda guerra que se ha hecho al darwinismo, contra el cual se ha empleado todo género de armas, desde la disertación científica, la prédica teológica y la censura eclesiástica, hasta la diatriva violenta, la sátira amarga y la burla vulgar (25), to-

---

(25) El darwimismo ha sido también combatido por varios filósofos libre-pensadores, tales como los alemanes Gustavo Wolff, Neumeister, José Brener y el conde Hermann de Keyserling.

davía hay no pocos intransigentes, que lo consideran como una doctrina funesta con ribetes de ridícula.

Bien merecen ciertos detractores del transformismo que se les repita lo que Huxley dijo a un obispo inglés, que en una reunión de la Asociación Británica para el Progreso de las Ciencias, en 1860, atacó con extremada furia las doctrinas de Darwin (que a la sazón estaba en cama) provocando un verdadero alboroto, al grado que a una señora le dió un repentino ataque de nervios: «Si yo eligiera — dijo Huxley al obispo — preferiría ser hijo de un humilde mono, que de un hombre cuyo saber y elocuencia son empleados para ridiculizar a los que consagran su vida á la investigación de la verdad.»

El doctor Verneau observa con razón que la teoría transformista nada tiene de humillante para la especie humana, que vale más, como dijo Carlos Vogt, ser un mono perfeccionado, que un hijo degenerado de Adam.

Hoy, aun entre el clero católico, sobresalen algunos por la amplitud de su criterio y sus tendencias genuinamente científicas, a quienes no asustan las inducciones y deducciones de los transformistas: entre esos clérigos descuellan el obispo de Chalons-sur-Marne, M. Meignan, y el eminente teólogo P. Henri de Valvoger, quien, ante el descubrimiento del pitecantropo de Java, admitió que antes de la creación de Adam existieron los primatos antropomorfos, superiores a los que existen todavía, y declaró que la idea de estos precursores misteriosos del reino humano puede ser quimérica, pero no tiene nada de heterodoxa, agregando, por vía de *componenda* con las tradiciones bíblicas, que es probable que la Providencia haya dejado perecer esos precursores, antes de crear a nuestros primeros padres.

Los adversarios del transformismo atribuyen a Ameghino el más exagerado materialismo; mas Ricardo Rojas, uno de los mas connotados miembros de la Sociedad Científica Argentina, en una conferencia que dió en ella, con motivo del primer aniversario de la muerte de ese ilustre profesor, puso las cosas en su lugar, respecto a las enseñanzas de Ameghino: «Yo no conozco, dijo, nada que esté más lejos de la filosofía materialista, que esa concepción de Ameghino (respecto al origen del Universo) ni más cerca de la ciencia esotérica. Os recomiendo que comparéis todo esto con el diálogo de Platón sobre la naturaleza. Coincide nuestro sabio en muchos puntos con aquél, de quien se dice que «fué iniciado en los misterios de los sacerdotes egipcios».

CAPÍTULO TERCERO

Antiguas rutas posibles de uno a otro Continente

26. — En los dos capítulos anteriores a éste he dicho varias veces que es más que probable hayan llegado al Nuevo Mundo, en los tiempos precolombinos, inmigrantes procedentes del Antiguo, especialmente del Asia, y en el presente capítulo voy a indicar la vía o vías que pudieron seguir esos inmigrantes, ya hayan venido por tierra o por agua.

Los problemas paleogeográficos ofrecen tantas dudas y dificultades que, aparte unos cuantos principios generales, aceptados por la mayoría de los geólogos, cada uno de éstos refiere a su modo como estaban distribuidas las partes sólidas y las partes líquidas de la superficie de la tierra en los tiempos prehistóricos, salvo, por supuesto, los partidarios del *actualismo*, cuyos últimos apóstoles han sido Agassiz, Dana y Geikie, que pretenden que la tal distribución siempre ha sido tal cual hoy es.

En cuanto a la máxima antigüedad del maciso brasileño—punto capital de la hipótesis autoctonista que he adoptado—es aceptada por la mayoría de los antropólogos que han tenido a la vista y estudiado los yacimientos, restos fósiles y artefactos paleolíticos en que fundaron sus inducciones el gran Ameghino y sus numerosos coopinantes (26.)

(26) No desconozco el desfavorable informe que respecto a las teorías de F. Ameghino dió el señor Ales Hordlicka al XVIII Congreso de Americanistas, verificado en Londres del 27 de marzo al 1o. de junio de 1912; mas no me convencen sus razones.

Me reduciré, pues, a hablar de las partes sólidas por donde pudieran haber pasado los susodichos inmigrantes y de las rutas marítimas que cabe suponer hayan seguido.

27.—Yo no creo que los primeros movimientos migratorios los hayan efectuado los prístinos homínides del Viejo Mundo ni sus inmediatos sucesores, y si aportaron unos cuantos, no puede atribuírseles influjo ninguno desde el punto de vista etnográfico. Debe suponerse que los inmigrantes habían alcanzado ya notable desarrollo numérico y cierto grado de cultura, en el país de su origen, para que por su número y condiciones hayan sido parte a modificar la raza americana en varias e importantes porciones de este Continente y a hacer prevalecer, o por lo menos resaltar la cultura que traían, en términos que podamos hoy inducir de donde vinieron.

Los movimientos migratorios deben haberse efectuado en épocas relativamente cercanas a la actual, cuando ya la distribución de las tierras y aguas en la superficie de nuestro planeta no difería gran cosa de la que hoy conocemos; sin embargo, tendremos que remontarnos un poco más lejos para poder indicar las diversas rutas que se han supuesto con respecto al asunto de que tratamos.

28.—Algunos geólogos pretenden que la región central del Pacífico estuvo ocupada por un gran Continente, hoy sumergido, y se fundan en que en esa región la profundidad del Océano es comparativamente escasa y en que en algunas de las islas de esa región, v. g. en Tahití, se han encontrado terrenos primitivos. M. de Lapparent opina que el Pacífico existe desde las primeras edades del mundo y que en su parte medial existieron unas cuantas grandes islas alongadas, hoy en su mayor parte sumergidas, pero cuya superficie no alcanzaba las proporciones de un Continente. Poco a poco, a medida que se fue estrechando la *Tetis* ecuatorial, las aguas fuerone mpujadas hacia el Pacífico, que aumentó considerablemente de tamaño. (27.)

No hubo, pues, ruta terrestre que facilitara el paso por este lado, poniendo a los emigrantes a poca distancia de las costas de América.

(27) Notables geólogos suponen que desde un principio existió una gran fosa ecuatorial, que se ha estrechado paulatinamente de la cual son restos el Mediterráneo, los *schotts* sahariano, el Mar Negro, la depresión Arabo—Caspiana, la del Turquestán Chino, el Mar de las Antillas, el Golfo de Méjico. &, &. M. Suess la ha llamado *Tetis*.

Dícese también que la Australia, la India y Madagascar son restos de un antiquísimo Continente, y M. Suess admite que antes del período secundario esa tierra formaba un todo con la del Continente afro-brasileño, constituyendo así la gran *Tierra de Gondwana*, caracterizada por una planta particular, la *glossopteris*, que vivía en toda la extensión de ese gigantesco país. Comprendía, pues, este Continente a la famosa *Lemuria* de Haeckel (aceptada por G. de Mortillet), lazo de unión del Oeste de la India con el Este de Africa, y en el cual coloca el ilustre naturalista alemán, la cuna de la humanidad, que, según él, desciende de la familia de los monos lemurianos.

Para muchos geólogos existen todavía claros indicios de que hubo un Continente al Norte del Atlántico, que ponía en comunicación directa las costas orientales de la América del Norte con las de Europa, el cual Continente empezó a anegarse a mediados del período terciario. Geikie en sus *Fragments of Earth* (p. 283) declara que no hay tales carneros, que no hay prueba alguna que justifique la hipótesis relativa a ese Continente, opinión a que se adhiere el antropólogo W. H. Holmes, que ya hemos citado en el capítulo anterior.

29. — De todos esos continentes hipotéticos el más célebre es sin duda la *Atlántide o Atlántida*, vasta estensión de tierra que se estendía desde la península ibérica hasta las costas orientales del Nuevo Mundo.

Ha pasado con la Atlántide, redimida hoy de la burla y del olvido, una de esas reacciones de la crítica, tan frecuentes como inesperadas. Varios eruditos, tomando por base las alusiones mas o menos vagas que sobre esa isla se encuentran en la Odisea de Homero, en la Teogonía de Hesiodo, en las Tragedias de Eurípedes y en otros antiguos escritores helenos, y sobre todo el relato extenso y minucioso que a ese respecto está consignado en los Diálogos de Platón, formularon a su antojo diversas hipótesis sobre el lugar que ocupaba esa isla y sobre la época y causa de su desaparición: para unos, nuestro Continente es aquella comarca deliciosa, que ya los cartaginenses habían descubierto, al decir de Aristóteles y de Diodoro. Latreille, en una memoria que leyó ante la Academia de Ciencias de Francia, en 1819, pretendía demostrar que la Persia ocupa hoy el sitio donde estuvo la Atlántide, la cual formaba una isla, cuando el Mar Caspio, el Oxus y el Indo tenían ma-

yor extensión que ahora; M. Bory de Saint-Vincent, en su *Essai sur les iles Fortunées et l'antique Atlántide*, siguiendo la opinión de Mentelle, afirma que las Azores, Madera, Canarias e Islas de Cabo Verde, fueron parte integrante de dicho Continente, y que éste desapareció cuando un inmenso lago de agua salada, que existía en el interior del Africa, se precipitó al Océano, a consecuencia de la ruptura de la faja de tierra que lo separaba de éste; Tournefort creía que la desaparición de la Atlántide se debió a la irrupción del Ponto Euxino en el Mediterráneo por el Bósforo, y de este último en el Océano por el estrecho de Gibraltar; en fin, por no citar mas, Rudbeck, como buen sueco, colocó la Atlántide en las gélidas regiones de la Escandinavia. La crítica, no encontrando nada formal en esas lucubraciones (análogas a las que por tanto tiempo ejercitaron la sagacidad de los eruditos, respecto al sitio en que estuvo el Paraíso terrenal) declaró poco menos que utópica la existencia de la *tierra platoniana*. M. Duponk dice en el artículo *Atlántide* de la *Encyclopédie Moderne* de los hermanos Firmin Didot, hablando de las investigaciones relativas a esa isla, que son tan útiles a la ciencia como "celles que l'on pourrait faire sur les iles merveillenses decouvertes por le marin Simbad des Mille et une nuits." Mas de algunos años a esta parte, los sabios, abordando la cuestión desde otros puntos de vista, de carácter positivo, han reanudado los trabajos respecto a la Atlántide.

Los fucos del mar del *Sargazo* (28); las diversas islas escalonadas entre el África occidental y nuestras costas del Atlántico; el examen comparativo de las conchas y de la fauna terciarias de los Estados Unidos y de Francia, y de los insectos de Inglaterra y de Alabama, y, sobre todo, el estudio de los inmensos depósitos terciarios lacustres de España, han venido a robustecer la hipótesis de que haya existido la referida unión continental.

El historiador Cantú fué uno de los creyentes en la Atlántide: «¿por qué creer, pregunta, mero sueño de los sacerdotes egipcios la grande isla Atlántica que ha desaparecido del globo?—¿Qué razón podían tener para inventar

(28) «Sabemos que Cristóbal Colón en su primer viaje, poco después de haberse alejado de las Canarias, encontró el mar cubierto de una vegetación marina, que infundió el pavor entre sus compañeros, quienes creían que navegaban sobre un Continente recién sepultado por las aguas del mar. Los españoles llamaron esos parajes *praderias de yerbas*, los franceses mar de *Varech* y los portugueses mar de *Sargazo*».—(Diego Barros Arana, *Elementos de Geografía Física*. Santiago de Chile, 1881.)

un relato ajeno al culto, a las ideas, a los intereses que representaban?

Según el abate Brasseur de Bourbourg *(Quatre lettres sur le Mexique*, París, 1868) la parte de nuestro Continente que se extendía del Sur de Colombia a los confines boreales de Méjico, se prolongaba en otro tiempo hasta donde están hoy las islas Canarias, Madera y las Azores, y uno o varios cataclismos hicieron desaparecer esa porción de tierra. «Esa es la antigua Atlántide de Platón rejuvenecida, exclama nuestro historiador Milla, y que se presenta apoyada en argumentos geológicos, históricos, lingüísticos y sobre todo en los viejos códices mexicanos y centro-americanos. Según esa teoría esta parte de la América habría sido la cuna de la civilización de la humanidad, que lejos de haber venido de Asia a estas regiones, como se había creído hasta ahora, habría ido de aquí a aquella parte del mundo imprópiamente llamado antiguo» (*Hist. de la América Central*, tomo I. p. XXXIV.) Respecto a este último punto ya queda consignada nuestra opinión en las páginas anteriores.

Con todo, entre los americanistas de profesión y entre los geólogos hay muchos recalcitrantes. M. Beuchat considera como puramente mítica a la Atlántida, y agrega que los sondajes han revelado enormes profundidades en la región donde se pretende que existió esa gran isla, y que es notorio que las islas que existen al Oeste de Africa son todas de origen volcánico.

Edwin J. Houston, polígrafo inglés, habla extensamente de la Atlántida en su obra sobre los *Volcanoes and Earthquakes* (1908), mas no prohija la multitud de leyendas que respecto de ella y sus habitantes se han fraguado. Sentenach (*Op. laud)*, supone que la extensión de esa isla no era bastante para enlazar ambos mundos ni su población tan densa que haya necesitado emigrar a lejanas tierras. Mas hay también americanistas que han acogido la especie como un hallazgo precioso para ubicar el origen de unos cuantos pueblos del Nuevo Mundo. El licenciado don Eustaquio Buelna, erudito escritor mejicano, por ejemplo, publicó una larga disertación en la que aduce gran número de argumentos para probar que los antiguos Atlántides fueron los progenitores de los aztecas y toltecas, punto de que trataremos oportunamente. Según este señor los hechos a que se refiere el relato de Platón acaecieron en la época del diluvio

bíblico, hacia el año 2400 antes de C. (29). Según Hamy la Atlántide desapareció en la edad de la piedra pulida antes de la del hierro; mas conforme al señor Holmes, aun los geólogos que hoy admiten que haya existido la tal Atlántide, opinan que su desaparición data de mucho antes de que comenzara el período humano, y esto es, en mi concepto, lo más probable, caso que haya existido esa isla.

30.—El Continente Sino-Siberiano estuvo primitivamente separado del Nor-Atlántico por un brazo de mar que ocupaba el sitio en que a principios de la era terciaria se elevaron los Montes Urales.

El Continente Afro-Brasileño, que como se dijo formaba en un principio un solo cuerpo con el Australo-Indo-Malgache, subsistió, por lo menos, hasta mediados de la misma época terciaria.

Todos esos continentes habían desaparecido muchos siglos antes de que los naturales del Antiguo Mundo alcanzaran el desarrollo necesario para emigrar al Nuevo, en condiciones apropiadas para ejercer duradero y notorio influjo en buena parte de la población de éste. Repugna al buen sentido atribuir ese poderoso influjo a un reducido número de inmigrantes, por fuertes y cultos que se les suponga, pues a buen seguro hubieran sido absorvidos por la raza americana, sin que quedara otra cosa, y a lo más, que el recuerdo de su llegada.

Debemos renunciar al cómodo recurso de las *rutas transcontinentales*, en el sentido y caso de que tratamos, e indagar qué vías marítimas es plausible suponer hayan seguido los inmigrantes que vinieron del Antiguo al Nuevo Mundo.

31.—La vía de las Aleutianas (o Aleucianas) ha parecido a algunos ser la solución mas satisfactoria del problema de las rutas, por lo cual ese insignificante archipiélago es muy mentado por los americanistas.

Forman un arco de 1750 km. de largo, desde la península de Alaska, entre los 163° y 187° de long. E. de Greenwich y los 51° a 55° de Lat. N., el cual arco, junto con las islas Comandez, pertenecientes a Rusia, separa el mar de Behring del Océano Pacífico, uniendo la América boreal con Asia. Sin contar los pequeños escollos, está constituído el grupo de las Aleutianas por unas 150 islas, cuya super-

(29) El Teósofo W. Scott—Elliot, autor de una fantástica *Historia de los Atlantes*, fija la destrucción de dicha isla en el año 9564 antes de C. El venezolano B. Tavera—Acosta ha aceptado como verdaderos los deliquios de ese pseudo-historiador.

ficie total es de 37840 $k^{ms.2}$ Fueron descubiertas en 1741 por el navegante danés Vitus Behring; pertenecieron a Rusia hasta 1867, que pasaron, junto con toda la América rusa, al poder de los Estados Unidos. Para ir de Kamchatka a Alaska hay que recorrer unas 300 millas de mar abierto, con frecuencia azotado por muy fuertes vientos.

El doctor W. H. Dall ha publicado, no ha mucho, un interesante estudio respecto a las Aleutianas, y según él pueden distinguirse tres períodos de ocupación de ellas, que abarcan un lapso como de 3000 años: primero fueron habitadas por una tribu de «comedores de erizos,» gente extremadamente bruta, sin ningún género de utensilios domésticos; después fueron ocupadas por tribus ictiófagas, un poco menos rudas, y después llegaron los actuales indígenas del archipiélago aleutiano; mas todas esas gentes es probable procedían de la costa americana, y se hace difícil creer hayan pasado de uno a otro Continente en sus *baidares* o canoas de cuero, antes de la dominación rusa.

En cuanto a las islas Comandez (o del Comendador) tampoco presentan vestigio ninguno de que hayan pasado por ahí inmigrantes: cuando fueron descubiertas estaban completamente inhabitadas.

El señor Holmes en su ya varias veces citada memoria, dice con referencia a esas islas: «Así tenemos, pues, un espacio de más de 300 millas en esta supuesta ruta, en donde no se halla evidencia alguna de la presencia humana, y como mil millas o más donde tampoco se ven rastros de viajero alguno, ni señales de las hordas migratorias que hubieran podido seguir tan amplia vía.»

32. — La consideración de las corrientes oceánicas ha sugerido varios derroteros marítimos intercontinentales, por donde pueden haber venido, intencional o casualmente, los susodichos emigrantes. En el Manual de Arqueología Americana de M. Beuchat están muy bien descritas esas corrientes.

La corriente que de las costas de Africa se dirige a la América del Sur y a las Antillas y los vientos alisios del Atlántico, no creo hayan sido aprovechados para pasar de uno a otro Continente por los marinos de la antigüedad (30)

(30) En mi concepto las inmigraciones de que aquí tratamos no se verificaron centenares de miles de años antes de C., como pretenden algunos; mas tampoco en vísperas del descubrimiento de América, como aseveran otros. Es absurdo suponer que «cuatro gatos», como vulgarmente se dice, hayan modificado el tipo y la psicología de importantes pueblos americanos en un abrir y cerrar de los ojos.

pues la travesía más corta de la Africa a la América del Sur es de unas 1000 millas, a través de un Océano con frecuencia muy agitado. No se concibe que en tres o cuatro lanchitas hayan podido venir los inmigrantes necesarios para poder ejercer en la raza americana una acción notable y duradera, física y moralmente. Unos cuantos náufragos, llegados de vez en cuando, no habieran bastado, me parece, para ejercer influjo apreciable.

Es esta una de las cuestiones respecto a las cuales no encuentro una explicación que me satisfaga: creo que hubo inmigraciones importantes por el lado del Atlántico, no sólo a la América del Sur, sino principalmente a las costas de Méjico, y que esas inmigraciones procedían del Oeste de Africa, o de la cuenca del Mediterráneo; mas no me atrevo a fijar la ruta que siguieron, ni de qué medios se sirvieron. Al tratar en la segunda parte del origen de los ulmecas insistiré sobre este punto.

Por otra parte, no es razonable relegar las inmigraciones a los tiempos medioevales y suponer que los viandantes contaban con mediocres medios de transporte y con la pericia necesaria para emprender viajes de largo curso, como lo hicieron Colón, Corte Real, Hojeda y Cabral, porque el influjo que ejercieron esos inmigrantes, implica una acción eficaz y persistente durante muchos años, mejor dicho, siglos. En la época de la conquista nuestros indios, aun los más leídos, apenas conservaban vagos recuerdos, envueltos en multitud de leyendas inverosímiles, respecto a la llegada de gentes extranjeras, tales como los relativos a Quetzalcoatl, a Votán, a Zamná, & &, respectivamente.

33.—También se ha hablado mucho, a propósito de la cuestión de que tratamos, de las corrientes de la parte central y meridional del Pacífico, que atraviesan la vasta extensión que separa las islas de la Polinesia y la América del Sur, y de la corriente del Japón, que parte del N. de Asia y baña las costas de la América boreal.

El Conde de Charencey, en su curioso tratado sobre el *Mythe de Votán,* da por muy seguro que el *Kouro-Siwo,* o «Río Negro», y la corriente de Tessan, que parten de las costas meridionales del Japón y terminan en California, representaron gran papel en las migraciones de un Continente al otro. Inspirado por esas ideas el señor Sentenach, escribió esto: «Las razas amarillas oceánicas han sido llevadas a América por la gran corriente del Kiro-Siwo, o corriente

negra, en primer término, y por las secundarias que suben hasta el mar de Behring y se doblan por las costas de Alaska, o en segundo lugar por la gran corriente que llega al Archipiélago de la Reina Carlota y se divide en dos: una que sube por todo el golfo de San Elías y el Alaska, y la rama mayor que sigue la costa hasta San Francisco de California, y allí se dobla en una hacia las islas de Therrain, y otra que baja hasta Acapulco, donde se ha señalado el naufragio japonés más meridional».

Es muy posible que los accidentes de la navegación hayan arrastrado a las playas de América, desde los tiempos antiguos, a unos cuantos náufragos, de distintas procedencias. El descubrimiento de la América del N. por los islandeses, de origen escandinavo, fué debido a uno de esos percances. Mas no doy importancia como colonizadores a esos pocos marinos, o pescadores, pues no cabe presumir que hayan sido muchos, arrastrados por un temporal o por otra causa cualquiera.

34.—El Arzobispo Plancarte, para allanar la cuestión, ha tratado de demostrar que desde mucho antes de Cristo, ya la navegación había hecho notables progresos y que por consiguiente nada se opone a que algunos audaces marinos de la antigüedad hayan atravesado el Atlántico; mas es muy dudoso que también hayan atravesado el Pacífico. La materia se presta para dar pábulo a la imaginación de los escritores, de lo que ha resultado gran variedad de opiniones: cada uno de ellos ha tirado de la manta para dondo mejor le ha placido. Entre esos pareceres uno de los más sensatos, a mi enterder, es el que expresó el licenciado D. Conrado Pérez Aranda, de Alamos (Estado de Sonora), en la Memoria que presentó al XI Congreso de Americanistas, titulada: *Inmigraciones de la América en general y cuáles hayan llegado al actual territcrio mexicano.* «La corriente ecuatorial atlántica, dice, aunque como vía puramente marítima, difícil y tardía, no era imposible, y trajo a la América de las costas occidentales del Africa inmigraciones *aisladas* (queda indicada la dificultad que ofrece este punto) que comparativamente a las del Noroeste (por el estrecho de Behring), deben considerarse como inmigraciones individuales. Y por último, por el Pacífico las inmigraciones fueron *rarísimas*, tanto por la grande extensión del Océano, como porque la corriente ecuatorial dirigiéndose al Oeste facilitaba más la emigración de América a las islas oceánicas y al Asia. Só-

lo la contra corriente ecuatorial y la corriente septentrional pudieron traer inmigraciones; la una a las costas de la Nueva Granada, y la otra a las de California y costa occidental de México».

Muy distinta opinión expresó el señor don Abraham Castellanos, de Oajaca, en su *Plan general sobre procedencia de los pueblos americanos*, presentado al mismo XI Congreso. «Para explicar, dice, las relaciones americanas con el Oriente de Asia, sólo nos queda un camino *único*, el Océano Pacífico. Parecerá temeraria esta afirmación, pero es la única posible. Los chinos y los coreanos fueron pueblos muy adelantados en la antigüedad. Durante las guerras sobre todo, y en muchas ocasiones, los vientos procedentes de la tierra, arrojaban barcas a alta mar, y entonces la corriente marina del Japón se encargaba de traer a los orientales hasta las costas de San Francisco de California, donde se fija la antigua Huehuetlapallan, y de donde parten todas las leyendas de nuestra historia antigua». (31)

También Carlos Wiener, en su *Essai sur les institucions politiques, religieuses, economiques et sociales de l'empire des Incas* declara inadmisible la hipótesis de inmigraciones procedentes del Africa occidental en la América oriental. «Nous repoussons, dice, énergiquement ces hypothésses commodes, qui portent prejudice a la science et en méconnaissent le fondement».

El eruditísimo historiador americano Humberto Howe Bancroft refiere en su magna obra sobre *The native races of the Pacific States of North America* (tomo V p. 52) que en las costas de California se recogieron, de 1852 a 1875, veintiocho navíos asiáticos, de los que solamente doce se encontraron vacíos. En 1885 hizo mucho ruido la llegada de un barco japonés, arrastrado por vientos contrarios, que fué a estrellarse en las costas de California. De Nadaillac habla en su libro sobre *Les primers hommes* de varios casos de juncos chinos llevados por las corrientes oceánicas a las playas de América. Y si es cierto que los chinos se aventuraban a largas navegaciones desde 1,000 años antes de C., es probable que hayan ocurrido varios de esos naufragios desde hace muchos años; más no debe suponerse

(31) El señor Castellanos hace referencia a un hecho, a que aludimos ya en el capítulo primero; que desde el siglo VII al XVI, según Aymot (conforme a una obra que tradujo del chino), durante el reinado de Khan Mangu, la China y la Corea trataron de apoderarse del Japón, y un ejército de 100,000 hombres en 900 naves se dirigió a la isla; pero una tempestad dispersó esas naves, y no se volvió a saber de ellas.

hayan sido buques de alto bordo, con numerosos tripulantes y cargados de provisiones.

M. A. Gagnon cree que esos aportes accidentales bastan, sin embargo, para explicar por qué se ha encontrado acá y allá en América, tanto en ciertos dialectos, v. g. el de los *Chinouks*, como en la ornamentación de algunos vasos recogidos en Méjico y en el Perú, varios rasgos o detalles, que sin ser genuinamente chinos, hacen recordar la China y el Japón. Así se podrían explicar también, según él, las infiltraciones búdicas que se han descubierto examinando varias figuritas de barro encontradas en Méjico, especialmente en el Yucatán.

Yo creo que de esos hechos puede darse una explicación más satisfactoria y directa, haciendo pasar por el estrecho de Behring a los causantes de «esos puntos de contacto», no haciendo caso de las críticas y burlas de que ha sido objeto esa ruta. (32)

35.—Ya en 1778 Scherer aseguraba en sus *Recherches hist. et géog. sur le Nouveau Monde* que los chinos pasaron por allí, antes de la apertura del estrecho, a poblar la América del Norte, en tanto que otros se fueron por agua a colonizar el Perú, aseveraciones ambas algo más que atrevidas.

En mi concepto el estrecho de Behring es la única ruta por donde pueden haber pasado los inmigrantes, en número suficiente para ejercer positiva y durable influencia en la raza americana. En invierno se forman allí puentes de hielo plenamente seguros, y el viaje sólo requería unas pocas provisiones de boca y llevar unos cuantos hacecillos de leña para calentarse.

El señor Holmes da también singular preferencia a la ruta de Behring: «tomando en consideración, dice en su mencionada memoria, las relaciones geográficas que existen entre el Asia y la América del Norte, las condiciones geológicas y climatéricas de la región de Behring, y la índole y la cultura de los pueblos de ambos continentes, no andamos muy errados en asentar la conclusión de que desde hace mucho tiempo éste es el puente principal, sino el único, que ha existido en

---

(32) El estreecho de Behring está comprendido entre los cabos Kregugin, Nuniano y Oriental de Siberia, y los de Rodney Douglas, York y Príncipe de Gales, en Alaska. Tiene 92 Km. de ancho y 90 m. de profundidad media. Ni aun en pleno verano está completamente libre de hielos flotantes. Se encuentran en el estrecho las tres islas Diómedes, pertenecientes a los Estados Unidos. Generalmente se dice que fué descubierto por Vidal Bering (o Behring) en 1728; mas está demostrado que el cosaco Deckneff lo recorrió en 1648.

el invierno, y el paso por mar en el verano, por donde ha pasado la gran masa de la población indígena de América.

Lo verdaderamente curioso del caso es que desde mucho antes que el cosaco Deckneff explorase dicho estrecho, ya los cosmógrafos habían adivinado su existencia y lo describían con admirable aplomo, dándole el nombre de *Anián*, y aseverando que por allí pasaron las diez tribus desterradas por Salmanazar, a poblar la América; después de haber permanecido algún tiempo en *Arzaret*, al E. de la Tartaria, junto al promontorio Tabín (33), como detalladamente lo expone el doctor don Diego Andrés Rocha en su ya citada obra sobre el origen de los indios del Perú, Méjico, Santa Fe y Chile.

El cronicón titulado *Isagoge histórico apologético*, hablando del tránsito de dichas tribus por el estrecho de Anián, dice: «Y por aquellas partes más altas, puede ser que el Estrecho en baja mar pueda pasarse por algunas piedras y que de este passo hablen en esta relación (uno de tantos documentos que tuvo a la vista el autor). También es muy natural que el mar y el Estrecho de Anián en aquellas partes que están debajo de el Norte se yele por tiempos y de passo para estas tierras a pie enjuto. Y finalmente de cualquiera suerte que ello sea, es necesario conceder que por aquella parte de el Norte ay passo muy fácil a este Arsareth de las otras partes del mundo».

Aunque jamás he creído que las lenguas americanas se deriven del hebreo, ni que hayan andado por estas tierras las tribus desterradas por Salmanazar, *ficha* que inventó, según parece, Fr. Bartolomé de las Casas, sí me llama la atención la insistencia con que varios tradicionalistas han buscado un paso intercontinental por donde hayan venido los pobladores de América, y, como es natural, lo han fijado por donde queda el estrecho de Behring. (34)

36.—Las emigraciones han de haber comenzado cuando ciertos pueblos del Antiguo Mundo (probablemente del Asia

(33) Según el desconocido autor del *Iságoge* la tierra de *Arsareth* (esa ortografía emplea) es la Amé.ica, la cual atravesaron Adam y Eva, de punta a punta, yendo del Paraíso (Polo Sur) a la Tartaria, y la provincia de Arsareth, en la parte oriental de Tartaria, pertenecía a la misma América, o estaba unida a ella por el Norte.

(34) Ocioso es advertir que los autoctonistas radicales niegan de plano haya habido tales inmigraciones en nuestro Continente, y toda relación entre las razas americanas y las asiáticas. «El hombre, dice uno de ellos (D. Manuel Martínez Gracida) apareció en América hace unos 250,000 años, y los indios americanos no son más que americanos». (*Bol. de la Soc. de Geog. y Estad.* de México, 1910)

tropical) alcanzaron el desarrollo necesario para sentir la necesidad y estar en aptitud de verificarlas.

No cabe imaginar, qué agente poderoso, dice el señor Holmes, hubiera podido hacer emprender viaje a una columna de pitecantropos que, a partir de la tropical Java, hubiérase dirigido al subtropical Irrawaddy, distante más de 1000 millas; recorrer después otras tantas, hasta el templado Yang—tse—Kiang; en seguida 500 millas, hasta el Río Amarillo: luego cerca de 1000 millas, hasta el Amur, y, por último, como 2000 millas, a través de heladas mesetas y abruptas montañas para alcanzar las estepas siberianas, hasta llegar al Anadir e ir a parar al ártico Cabo del Este y luego pasar a nuestro Continente.

Las emigraciones a que nos referimos, si bien no se han de haber realizado en las postrimerías de la época precolombina, tampoco remontan a los albores de los pueblos asiáticos; y han de haberse efectuado con suma lentitud, muy gradualmente, atemperándose poco a poco a los diversos climas, ganando los emigrantes paulatinamente en número y en cultura, de manera que cuando penetraron en las frías regiones del N. ya estaban preparados para ello y podían llevar los elementos necesarios. Es probable que hayan ocurrido varias invasiones a intervalos más o menos largos y tal vez por pueblos de distinta procedencia, y han de haber transcurrido algunos siglos desde las primeras inmigraciones hasta la época en que los inmigrantes se habían extendido por gran parte de América y cruzándose íntimamente con las razas autóctonas de ésta, cuya cultura modificaron en diversas regiones más o menos profundamente. Precisar las fechas respectivas de esas inmigraciones, ni de una manera aproximada, es absolutamente imposible.

Los monumentos arquitectónicos americanos de la época precolombina, aunque presentan cierta unidad fundamental de estilo, ofrecen a la vez diferencias tales que no es razonable atribuirlos a un mismo pueblo ni a una misma época (35). Ya hemos dicho que los monumentos peruanos son de tipo egipcio y los de Méjico y los de Centro-América tienen notable semejanza con los de Caldea, India e Indo-China.

(35) Los monumentos megalíticos de Tiahuanaco cuentan por lo menos unos doce mil años, según el arqueólogo Arturo Posnansky. (*Razas y monumentos prehistóricos del altiplano Andino*, Memoria presentada al Congreso Científico de Chile, repetidas veces citado en las páginas anteriores).

CAPITULO CUARTO

Las razas americanas

37. — De tres importantes cuestiones etnográficas trataré en este capítulo: ¿Existe en América una raza humana completamente distinta de las otras? Esa raza, si la hay, es una, u ofrece notables variedades, irreductibles a un tipo único? Cuáles son sus caracteres?

Si bien estoy muy lejos de renegar, a lo Juan Finot, de las clasificaciones etnográficas y de los criterios en que se fundan, tampoco acepto las teorías de Gobinau y de Vacher de La Pouge respecto a la superioridad intrínseca de la raza germánica. Es un hecho harto notorio la existencia de unas cuantas variedades de la prole de Adám, que tal vez con el transcurso de los siglos lleguen a fundirse en una sola, y a todas las considero igualmente aptas para alcanzar elevada cultura, si se ponen en condiciones apropiadas para ello.

Los aborígenes del Nuevo Mundo, sean o no autóctonos y cualesquiera que hayan sido sus cruzamientos en la época precolombina, el hecho es que no cabe identificarlos con ninguna de las razas admitidas por la generalidad de los antropólogos en el resto del Mundo: forman, pues, una raza completamente distinta, tan compleja que no pocos especialistas cuentan dos o más razas americanas.

Los partidarios de que es una, cuentan con el voto casi unánime de los cronistas y geógrafos de la época colonial. A don Antonio de Herrera, cuya *Descripción de las Indias Occidentales* se editó por primera vez en 1601, se atribuye la paternidad de la tan repetida exageración de que visto-

un indio equivale a haber visto a todos, por lo mucho que se parecen. Don Antonio de Ulloa, observador diligente y hombre de muy sensato juicio, opinaba de la misma manera, según consta en la p. 308 de sus *Entretenimientos phisico-geográficos* (Madrid, 1772): «Visto un indio de cualquier región, se puede decir que se han visto todos en cuanto al color y contextura; pero en cuanto a corpulencia no es así, variando según los parajes» Y pocas líneas después agrega: «Poco menos què con el color sucede por lo tocante a usos y costumbres, al carácter, genio, inclinaciones y propiedades, reparándose en algunas cosas tanta igualdad como si los territorios más distantes fuesen uno mismo.»

Aun entre los americanistas de la época actual, no pocos han repetido la misma ponderación, tales como el conocido etnólogo peruano D. Leonardo Villar y los aventajados antropólogos brasileños, doctores Lacerda Hijo y Rodríguez Peixoto, quienes en un notable trabajo inserto en el *Archivo do Muzeu Nacional* (Rio Janeiro, 1876) formularon, entre otras conclusiones, la siguiente: «Que si es verdad que la formación del Nuevo Continente precedió a la del Viejo Mundo y como dice Morton (36) que las mismas creencias, las mismas costumbres, los mismos ritos y hasta la misma lengua se encuentran con pequeñas diferencias, en todos los pueblos esparcidos en el inmenso territorio de la América. no será la proposición de Simonin atrevida, cuando dice (37) que el indio americano es un producto del suelo americano.»

Eso de que todos los pueblos americanos hayan hablado casi la misma lengua, es el colmo de la hipérbole, por no decir otra cosa. Lo único que puede decirse a ese respecto es que la estructura y ciertas formas gramaticales de las lenguas del Nuevo Mundo acusan un remotísimo origen común. Foster ha demostrado en sus *Prehist. races of U. S. of America* que los *mound builders* procedían del plan alto central del Brasil, cuna de la raza americana.

38.—Andan por mejor camino los que distinguen dos clases de pueblos americanos precolombinos: un pueblo dominador, inmigrante, de notable cultura, establecido en diversos puntos del Nuevo Mundo, especialmente hacia las costas occidentales, y un pueblo dominado, autóctono, cru-

(36) Inquiry into Aboriginal Races of America, 1844.

(37) L'Homme Americain.

zado más o menos con el anterior, en los lugares ocupados por éste, cuya cultura aprovechó, en mayor o menor grado, según las circunstancias, y casi salvaje en los paises a que no llegó la inmigración (38).

El doctor Couto de Magalhâes, refiriéndose a los antiguos cruzamientos, dice que todo induce a creer que en 1492 había en América dos razas, una que es tronco, la bermeja, cuya existencia se remonta a muchos miles de años, y otra cruzada con la blanca, de la que quedan como testimonio y filiación las incontables raíces sanscritas de la lengua quichúa. Respecto a este último concepto ya he expuesto mi opinión.

Morton admite también dos variedades principales de la raza americana: la *tolteca*, inmigrante y civilizadora, y la puramente vernácula, en su mayor parte en estado de barbarie.

39.—Hay quienes pretenden que los *esquimales* fueron los primeros ocupantes, los prototipos del aborigen americano, y se supone haber encontrado trazas de que existieron hasta en la región central de los Estados Unidos. El señor Holmes, por el contrario, opina que hay notable diferencia entre los esquimales y el indio americano propiamente dicho. «Cuando vemos, dice, que el esquimal está aliado con los pueblos del Asia Boreal más estrechamente que con las tribus indias, y cuando tomamos en consideración la unidad física y de cultura de aquel, deducimos que el orden natural de las cosas indica que debe haber llegado más tarde, o, por lo menos, que la influencia asiática se ha hecho sentir en el esquimal hasta una época más reciente.»

He tenido la paciencia de buscar y comparar diversas opiniones respecto a los esquimales: Alfonso Gagnon opina que es la raza más pura de los primitivos habitantes de América; el autor del artículo «*Langue americaine* y de la Enciclopedia del siglo XIX, asegura que la lengua de los esquimales es idéntica con la de los Tchuktchis, tribu sedentaria de Siberia; el doctor Souza Brito dice que constituyen un grupo humano *sui generis*, perfectamente distinto de todos los vecinos, de caracteres especiales, principiando por la talla que no excede de 1,58 m., según Sutherland, y que todo indica que el tronco ancestral de los esquimales vivía en

(38) Quatrefages distinguía en América dos tipos fundamentales: los alofilos blancos y los amarillos, siendo esporádico y sin importancia el elemento negro; mas con referencia al estado actual de la raza indígena no se puede decir lo mismo.

América cuando adquirió la facultad del lenguaje articulado (39); los doctores Lacerda y Rodríguez Peixoto, fundados en que el cráneo fósil de Lund se asemeja mucho a los de los botocudos, lo consideran como representante de la raza prehistórica, contemporánea del caballo fósil, y que su índice cefálico acusa estremada dolicocefalía, aun superior a la de los esquimales y patagones (las dos razas más dolicocéfalas del mundo), que representan, según Wilson, el tipo autóctono de la América, se inclinan a creer en la antigüedad y pureza de los esquimales; Sentenach también admite que en América los dolicocéfalos resultan siempre y, en todas partes más antiguos que los braquicéfalos; mas, hablando de los esquimales, de ojos francamente oblícuos (al contrario del resto de los naturales del Nuevo Mundo, que los tienen muy rectos) dice que son muy modernos en el suelo americano; Mr. Petitot, el explorador de Nueva Bretaña, asimila a los esquimales con los chinos: «Ved, dice, ese tinte verduzco; esa cara ancha y redonda con ojos oblícuos y bridados; ese enorme vientre; notad esa cortesía afectada, meticulosa; observad, sobre todo, esa secreta insolencia, esa ausencia de miedo, esa falta de pudor» &. &.

40 — Yo creo, como Humboldt, que la raza americana es *una*, con caracteres fundamentales bien definidos; que los cruzamientos con pueblos extranjeros la han de haber alterado más o menos en diversas regiones, sin perder por eso su existencia, gracias a la superioridad numérica de los aborígenes; que el análisis de las diferencias debidas a esos cruzamientos es un dato precioso para inducir la procedencia de los respectivos inmigrantes, y que para el estudio de la etnografía americana es indispensable formar con los distintos pueblos indígenas grupos de caracteres similares, que llamaré *sub-razas* o *variedades;* con las correspondientes subdivisiones, para poder descender al estudio metódico de las diferencias, muchas de ellas bastante notables, por lo cual han sugerido dar el nombre de razas a cada uno de esos grupos.

Si por algo me inclino a admitir diversas rutas de inmigración; no obstante que, como queda dicho en el capítulo anterior, sólo la del estrecho de Behring me parece indubitable, es por la variedad de cruzamientos que, según

(39) Según el doctor Souza Brito los esquimales son originarios de las regiones templadas de la América del Norte, de donde fueron rechazados hacia donde hoy habitan por los pieles rojas o los Algonkines, que los apellidaron *Esquimos* de *Eskimantsik*, comedor de pescado crudo, en lengua algonkina.

parece tuvo la raza americana en la época precolombina. El ilustrado viajero Dr. Ten Kate refiere haber encontrado entre los indios del Nuevo Mundo individuos de pronunciado tipo chino, otros que parecían japoneses, o bien annamitas, o malayos, o polinesios.

Son muchos los americanistas a quienes las variedades de la raza indígena de América han impresionado de tal manera que rechazan de plano la idea de una sola raza. Orbigny es uno de ellos, y el conocido arqueólogo D. Charnay, en su magna obra sobre *Les anciennes villes du Nouveau Monde* (1885, p. 233) asegura que los mayas no tienen parentesco alguno con los Otomíes de Méjico, ni con los Pieles Rojas de los Estados Unidos, *ce qui met*, dice, a *néant la théoria faisant des peuples des deux Amériques une seule et meme race.*

La Lingüística americana cuenta con un inmenso acervo de trabajos de detalle, pero todavía insuficiente para una comparación seria y general, que permita llegar a conclusiones sintéticas de positiva importancia. Por ahora los más hábiles etnógrafos se ofuscan ante la abrumadora riqueza de lenguas y dialectos del Nuevo Mundo, *ita ut nullis machinis ad communem originem retrahi possint.*

El doctor Ten Kate distingue unos cinco o seis tipos primordiales; Deniker dice que entre los indios centroamericanos hay idiomas que no caben en los grupos lingüísticos que hasta ahora se han propuesto, y Adam confirma la opinión de Deniker, con relación al misskito de Nicaragua, que no parece tenga parentesco alguno con las otras lenguas del Nuevo Mundo. Ya el historiador Clavijero había hecho una observación análoga: «Puedo asegurar, dice, sin riesgo de engañarme, que entre los idiomas vivos y muertos de Europa no se hallan dos más diferentes entre sí como lo son las lenguas mejicana, la otomita, la tarasca, la maya y la mijteca, que son las dominantes en diversas provincias de Méjico.»

Con todo yo creo que más tarde o más aprisa se determinarán los caracteres comunes a todas las hablas americanas, que Duponceau llamó *polisintéticas*, y M. F. Lieber, denominó *holofrásticas*, por el maravilloso laconismo que las caracteriza, en términos que una sola palabra, más o menos larga, expresa una idea completa. Así, en lengua guaraní el vocablo *tarangué* significa "ciudad que fué," y el vocablo *terarama* quiere decir "ciudad que debe ser."

41. — Y en último caso tal vez sea preciso, como lo ha indicado el etnógrafo argentino Lafone Quevedo, formar dos grandes agrupaciones de las lenguas americanas con notable diferencia en su respectivo organismo gramatical.

Pi y Margall, autor de un ensayo histórico respecto a la América Precolombina, no pudo sacar nada en limpio de las incontables disquisiciones de los sabios sobre el punto de que tratamos: "Los indios, dice, no se pueden aproximar con exactitud a ninguna de las razas blanca, amarilla o morena, y por otra parte no se puede admitir la mezcla de estas tres razas ni reconocer en América un tipo original determinado."

Sentenach y Cabañas ha logrado ver mucho más claro: "Aunque los primitivos habitantes del Nuevo Mundo, dice a su vez, ostenten en sus tipos caractes afines que alcanzan a toda la extensión de su territorio, prestándoles cierta unidad, no podemos aceptar, sin embargo, la antigua división de las razas humanas, que comprendía bajo el apelativo de *cobrizas*, a todas las gentes de la América. Dentro de esta aparente igualdad existen diferencias notables, variedades de organización que marcan entre ellas muy distintos orígenes y hasta contrarias progenies." (40)

Por mi parte me inclino a la opinión de Blumembach y de Haekel, que reconocen la existencia de la raza americana, la cual tal vez, pero solamente tal vez, no comprenda a los esquimales, cuyo origen es difícil precisar, con nuestros actuales conocimientos respecto a ellos.

Por las condiciones del clima, parece difícil, según el doctor de Souza Brito, considerarlos autóctonos de las regiones heladas. Para considerarlos oriundos del Asia aparece un factor enteramente incompatible, el cual viene a ser la braquicefalía característica de los mongoles, no obstante la semejanza de la fisonomía que tienen con éstos los esquimales, que presentan una dolicocefalía extrema: 71.4 (Broca), 71,8 (Virchow). En la duda en que estamos para determinar con seguridad el origen asiático de esta raza, es preferible, según dicho doctor, hasta nuevos descubrimientos, colocarla entre las razas americanas.

(40) Topinard (*Antropologia*, edic. ampliada con datos del profesor F. Ratzel, Barcelona, 1891, p. 330) observa que las muchas variaciones que dentro de esa unidad se encuentran, permiten dudar de si ésta es originaria o producto de sucesivas mezclas. Topinard opta por esta segunda hipótesis.

La unidad de la raza americana es corolario ineludible de su origen autóctono, doctrina que cada día se impone más y más.

El *asiatismo* de nuestros indios, que ha sido sistemáticamente exagerado por ciertos autores (Humboldt, Preschell, Morton, Buffon, Tchsudi, & &), fácilmente se explica, admitiendo fuertes inmigraciones del Antiguo al Nuevo Mundo, las cuales influyeron, mediante repetidos cruzamientos, en la población vernácula de este Continente, produciendo una nueva y numerosa raza, coexistente con la aborigen. Taí pensaba Pikendorf, que consideraba como asiática solo una de las dos razas que admitía en América.

Así es que el tan cacareado tipo asiático (que unos llaman *chino*, otros *japonés*, otros *altaico*, otros *mongol*, & &) de los naturales de América, no pasa de ser una gran nota discordante, que no se opone al autoctonismo y unidad primitiva de la raza humana del Nuevo Mundo, ni tampoco implica que «baste conocer a una tribu, para conocerlas todas», pues dentro de su amplia unidad, comprende notables variedades.

42.—El eximio naturalista alemán Juan Federico Blumenbach, en su monumental tratado *De generis humani varietate nativa* (Gotinga, 1775 y 1794) fue, a lo que entiendo, el primero que estableció científicamente la unidad de la raza americana. (41). Los indios de Nueva España, dice, tienen un parecido general con los del Canadá, Perú, Florida y Brasil; en ellos vemos el mismo color cobrizo, obscuro, el mismo cabello lacio y brillante, la misma escasa barba, el mismo cuerpo atlético, los mismos ojos rasgados con el ángulo ocular dirigido hacia las sienes, los mismos maxilares prominentes, los mismos labios abultados y la misma expresión bondadosa de la boca, que contrasta fuertemente con la severa y tenebrosa mirada. En un espacio de millón y medio de leguas cuadradas, desde el Cabo de Hornos hasta el río de San Lorenzo y hasta el estrecho de Behring, nos sorprende desde el primer momento la semejanza general que ofrecen los rasgos de los habitantes, de modo que, a pesar de la gran variedad de los idiomas, nos parece reconocer en ellos el mismo origen. En la descripción

(41) El ilustre cuzqueño Dr. Leonardo Villar dice: «En ese tipo todo es característico: el pelo, el color de la piel, la frente, la nariz, los pómulos, la falta de la barba, la mirada, el semblante, etc., todo es peculiar y propio». *(Lingüística Nacional*, Lima, 1890).

que Volney nos ha hecho de los indios canadienses, descubrimos las mismas tribus que aparecen diseminadas por las Sabanas en el Apure y en el Corogny. Los mismos rasgos reaparecen en las dos Américas».

Análogas observaciones han hecho otros exploradores, tales como Meyer y el príncipe de Wied. Cuando éste vió en San Luis a los primeros norteamericanos puros, pertenecientes a las tribus de los indios sakis y de los indios zorros, convencióse desde luego, como dice Topinard, de la gran afinidad de esos indios con los del Brasil, hasta el punto de considerarlos como individuos de una misma raza.

43.—Procuraré ahora describir esa raza lo mejor que me sea posible, para lo cual abundan los materiales; mas se requiere mucho tino para escogerlos, renunciando al vano *desiratum* de conciliarlos.

Hablaré ante todo de ciertas anomalías que con frecuencia presenta el esqueleto del indio americano, muy especialmente los antiguos. Una de esas anomalías es la *platycnemia*, o forma aplastada y aguda del corte de la tibia, a las veces más pronunciada que en el gorila y poco común entre los indios que alcanzaron cierto grado de cultura, quizás por estar más cruzados. Es también notable la *compresión* del *fémur*, que proporcionaba a los indios mucha agilidad de las extremidades inferiores y poder utilizar los pies como los utilizan los monos. Finalmente, la *perforación del húmero* entre los cóndilos inferiores, para recibir en la extensión del brazo la punta de la apófisis olécranon del cúbito.

Mas al respecto de que tratamos lo verdaderamente embrollado es lo relativo a los caracteres craneanos, pues a la variedad y complicada distribución de los tipos naturales se agregan diversas deformaciones artificiales, que han hecho coger gato por liebre a no pocos antropólogos. Muchos de éstos no han podido llegar que a la simple conclusión de que en América son más antiguos los *dolicocéfalos* que los *braquicéfalos*. (42), lo cual no está ni con mucho claramente establecido.

Topinard, Quatrefages, Davis, Busk, Schumacher, Canestrini, Tschudi, Retzius, Moreno, Putmam, y otros muchos

(42) Considerando como 100 el diámetro que va desde atrás hasta la frente, el diámetro que corta á éste, en forma de cruz, da el índice de anchuara, el cual es de cerca de 70 en el negro, 80 en el europeo y 85 en el samoyedo. Tales cráneos se clasifican respectivamente como *dolicocéfalos*, o de cabeza larga; *mesocéfalos*, o de cabeza media, y *braquicéfalos*, o de cabeza corta.

sabios han estudiado los cráneos de nuestros indios y han formulado inducciones inconciliables: en tanto que Morton y Agassiz sostienen la existencia del *cráneo americano*. D. Juan Vilanova, en la conferencia que dió en el Ateneo de Madrid, el 21 de abril de 1891, se muestra partidario de las teorías de Retzins sobre la dualidad de tipos de la raza humana, aplicándolas a los aborígenes de América. «Para poner fin, dice, a lo referente al carácter antropológico de la proto-historia americana, es digno de llamar la atención el hecho de predominar la braquicefalía en el Norte, y, por el contrario, la dolicocefalía en el Sur de dicho Continente, pues, considerándose, en general, como inferiores las clases de cráneo largo, si dicho Continente, se pobló de arriba abajo, debían presentarse las cosas al revés; pues por lo menos en Europa los hombres más antiguos son los dolicocéfalos». (43).

Esa doctrina dualista fue ampliamente expuesta por el famoso profesor E. T. Hamy, en su lección de apertura del Curso de Antropología del Museo de Historia Natural de París, en marzo de 1896, en la cual declara que no es razonable considerar a los americanos como una raza compacta, sino como divididos en grupos distintos, como los asiáticos y oceánicos.

Según él el tipo primitivo debió ser braquicéfalo, extendido por todo el Continente N., y cuyo prototipo encuentra en el célebre cráneo de Calaveras (44), aceptando que tanto los *mound-builders* como los *cliff-dwellers* y los constructores de *pueblos* eran de una misma raza. Todos aparecen braquicéfalos, inclusive los actuales Zuñis y Moquis, estudiados hace pocos años por Mrs. Fr. Cusing y Fewkes.

(43) Sin embargo Moritz Wagner, Penka, Woltmann, Lapouge, Gobineau, & &, han sostenido la supremacía del dolicocéfalo rubio, de ojos azules y alta talla, el *homo Europeaus flavus*, mejor dicho, del germano, doctrina justamente combatida y ridiculizada por el crispeante y erudito francés Juan Finot.

(44) En 1866, haciéndose excavaciones en la costa occidental de Sierra Nevada, en el Condado de Calaveras, algunos trabajadores, después de haber atravesado diversas capas de tufo volcánico, encontraron dicho cráneo, a cerca de 50 m. de profundidad. Whitney lo estudió y describió, declarando que era un espécimen de la época terciaria. Esa apreciación ha sido doctamente combatida por Marcou, Mortillet, Blake y otros antropólogos, y aun la autenticidad de los hechos ha sido puesta en tela de juicio. Sin embargo March, Dall y otros pocos han sostenido las ideas de Whitney. El señor Desor de Bruselas, sobre todo, ha sostenido que ese cráneo constituye una irrefragable prueba de la existencia del hombre sobre la costa del Pacífico, en América, antes de los tiempos glaciales, en una época remotísima, después de la cual se produjo sobre rocas duras y cristalinas una corrosión vertical de 2 a 3 mil pies. (V. *L'homme pliocène de la Californie*, de M. Desor.)

M. Hamy asegura que la proporción braquicéfala aumenta yendo hacia el Sur, en términos que en las regiones montañosas donde viven los Otomíes, Mixtecas y Zapotecas (a los cuales atribuye un origen común) es abundantísima.

En el gran valle del Anahuac distingue, varias razas, y con relación a la región central dice: «La rama braquicéfala aun continúa hacia el Sur; mas los caracteres que la acompañan entre los Yucatecos de Campeche y los Yuncas de Trujillo, son tan diversos, que no es posible fusionar los Olmecas con los Otomíes».

Todavía lleva más al Sur la raza braquicéfala, hasta el imperio del gran Chimú, y hace notar una gran diferencia entre los peruanos y patagones; y demás gentes de la América Meridional, salvo los Puelches de Orbigny, en quienes aún encuentra el mismo tipo craneano.

De los indios del Sur, dolicocéfalos, forma una gran familia de formación arcaica, cuyo punto de partida es la montaña de Sumiduro, en el centro del Brasil. Desde allí, dice, se extendieron en todas direcciones, hasta la Guayana brasileña, al N. y hasta San Francisco, al E.; al W. llegaron a las grutas de los Andes y a las costas del Pacífico (Ancón, Chancay, etc.), y hacia el S. alcanzaron la Pampa Argentina.

De modo que, según M. Hamy, hubo dos corrientes: la de los braquicéfalos, oriundos de California, que bajó hacia el Sur, y la de los dolicocéfalos, tal vez más antigua, originaria de la América Meridional, que dominó todo el centro. Más tarde vinieron los braquicéfalos a sobreponerse en el Sur a los dolicocéfalos, y en tiempos ya históricos llegaron los dolicocéfalos a establecerse en el Norte.

Asevera el Dr. Hamy que los Chichimecas, Aztecas, Tepanecas y Acolhuas introdujeron la dolicocefalía en el N., y que por eso son parientes con los modernos Pieles Rojas, entre los cuales se encuentra la más acentuada de esas especies cefálicas, la de los Minuetarios. Y agrega que entre los Algonquianos se hallan los dos tipos, y que los Sioux son más bien mesaticéfalos.

Lamenta el señor Hamy la bárbara costumbre de deformar los cráneos de los niños, pues ahora imposibilita la determinación del índice y capacidad de las tribus superiores; mas si se aventura a señalar la huella de una nación emigrante, de la que marca los jalones en ambos continentes. De las dos clases de deformación, la *prolongada* y la *aplanada*, esta

última es la que asigna a los toltecas, y tal es la de numerosos cráneos exhumados en las costas del Perú, de Domber a Arequipa, indicando la emigración hacia abajo, como también a través de los Andes, la serrana, hasta Tiahuanaco.

44.—Dichosamente la morfología craneana no goza ya de la importancia que hasta hace poco le concedían todos los antropólogos, como criterio seguro para la clasificación de las razas. Siendo un hecho notorio, dice Alfonso Gagnon, que la forma de la cabeza varía de la más perfecta braquicefalía a la más pronunciada dolicocefalía entre los miembros de un mismo *clan*, cómo se pretende basar sobre este carácter la clasificación de la raza americana? En todo tiempo han vivido en este Continente completamente mezclados los braquicéfalos, los dolicocéfalos y los mesaticéfalos. En los túmuli de los *mound-builders* se han encontrado cráneos de las tres clases, que parecen remontar a la misma época. Lo mismo ocurre en el Viejo Mundo.

Kollmau ha demostrado que las distintas longitudes craneales aparecen diseminadas en todos sus grados por la América, desde la braquicefalía 95, a la dolicocefalía 63; y entre los americanos precolombianos encontró dolicocéfalos 12, 56, mesocéfalos 23, 09, braquicéfalos 22, 09, e hiperbraquicéfalos 20, 65, con la particularidad de que todas estas formas aparecían reunidas en tan pequeño espacio, que, por regla general, en una tumba grande estaban todas representadas. Bohr, en sus rústicas mediciones, obtuvo índices de 70, 73 y 77, y Carr encontró entre los cráneos de las Islas Californias, muchos dolicocéfalos de Santa Catalina y mesocéfalos de Santa Cruz y Santa Bárbara. Seis obschibehawes medidos por Virchow presentaban una forma de mesocéfala rayana en braquicéfala. (Topinard, *Op. laud.*)

Daniel Brinton, convencido de la esterilidad de los estudios craneométricos, en cuanto a suministrar caracteres fijos distintivos de las razas, declara en su tratado sobre la raza americana, que «la forma del cráneo no es un elemento fijo en la anatomía humana: hijos de una misma madre pueden variar por este lado.» (45)

45.—Ahora bien, aunque los caracteres somáticos carezcan de la capital y exclusiva importancia que algunos

---

(45) Don Samuel A. Lafone Quevedo, ya citado, en un estudio crítico que escribió respecto a la antedicha obra de Brinton, atribuye la variabilidad de que habla éste a lo que se llama «volver sobre el abolengo,» es decir, a la reaparición de un rasgo latente en la sangre. *(Bol. del Inst. Geog. Argentino,* t. XVI.)

les dan, desde el punto de vista etnográfico, creo conveniente continuar exponiendo los que se cosideran como propios de la raza americana, pues algunos de ellos merecen ser conocidos, y en conjunto pueden servir para fraguar lo que pudiera llamarse «el hombre medio del Nuevo Mundo», al que haremos, de acuerdo con lo que enseña Bartolomé Malfatti en su tratado de *Etnografía*, mesaticéfalo, o a lo más, dolicocéfalo.

La altura de la bóveda creaneana nunca llega a alcanzar en los indios americanos la de las razas superiores (mejor dicho, tenidas por tales), siendo común en ellos la prominencia de ios arcos superciliares, y la manifestación más o menos acentuada de prognatismo. Empero, es digno de atención a este respecto que los cráneos del Sumidouro difieren de todos los cráneos fósiles de Europa por la grande altura de la bóveda (hipsistenocefalía) junto a una excesiva dolicocefalía.

El señor Sentenach asevera que la capacidad craneana de los indígenas de América es muy reducida, inferior a la de las otras razas, salvo las más relegadas, y que el volumen cefálico queda por bajo aun del correspondiente a las gentes más primitivas, equiparándose con el de los hotentotes australianos. Que el término medio de la capacidad craneana es de 1360 $c^{ms.}$, sin llegar nunca a los 1500, que sólo superan los esquimales de Groenlandia y algunos gigantescos fueguinos.

Brinton reconoce que la capacidad media del cráneo americano es inferior a la del blanco, pero superior a la del negro. Según él la capacidad cefálica del parisiense es de 1448 $c^{ms.}$, la del negro de 1334, y la del indio americano a las veces alcanza 1747, 1825 y hasta 1920 $c^{ms.}$, la más alta conocida. Topinard refiere que en los campos sepulcrales de Madisonville (Ohio) se ha encontrado cráneos que arrojan una capacidad de 1660 $c^{ms.}$, de suerte que puede decirse pertenecen a una raza de cabeza grande. En cambio, Busk da, como medio de los cráneos mas grandes, de una rica colección recogida en el Perú, 1311 $c^{ms.}$, lo cual representa un espacio cerebral muy pequeño. La capacidad de 147 cráneos recogidos por Schumacher en las Islas Californias, oscila entre 1324 y 1470. Canestrini fija en 1010 a 1508 la de los cráneos de los botocudos.

46.—Con inexplicable ligereza fueron incluídos nuestros aborígenes en la *raza roja*, cuyos principales especímenes

se encuentran en Africa. Es probable que la costumbre de embijarse, bastante extendida en América en la época de la conquista, y aun hoy entre los indios no cristianizados, haya sido el origen de ese error.

El color de los indios naturalmente presenta alguna variedad de matices: los charruas, minuanes y jancanes, tienen un color bastante oscuro: en las regiones orientales es un poco más claro, sin perder su tono tostado, viniendo a ser lo que se ha llamado «color cobrizo», y en Yucatán y en el Anahuac, más bien son morenos. (46.) En conjunto puede decirse que los indios americanos tienen piel fina al tacto, de un color que varía entre el amarillo, el moreno y el cobrizo, o como dicen otros: tienen un color aceitunado, variablemente mezclado de blanco y de rojo, y a las veces canelo.

Más aún: puede decirse que respecto al color de la piel existe tal unidad en todo el Nuevo Mundo que, a pesar de todas las variaciones entre el moreno obscuro y el moreno claro, pueden desde luego excluirse los extremos, así el tinte de los negros como el matiz blanco de los europeos, pudiendo afirmarse que el color más frecuente, el normal, es el *moreno*.

La antigua y general creencia de que el clima es la causa determinante del color de la piel, ha sido completa y unánimemente rechazada. El señor Lafone Quevedo dice a este respecto: «La diferencia de color se dice muy justamente que no depende del clima, y eso está probado en Catamarca, en donde hay indios, en la misma región, de distintas teces, en donde también los más morenos están lejos de ser negros y los más rubios lejos de ser blancos.» Brinton participaba de la misma opinión.

Topinard asevera que cuanto más minuciosas son las investigaciones que se hacen, tantas más variaciones locales o individuales aparecen, por lo que hace al color de los americanos. Y agrega: «Y no hay que buscar en estos hechos influencias climatológicas, pues de existir éstas los patagones no serían más obscuros que los indios del Chaco y del Paraguay.»

En cuanto al *canard* de los indios blancos, tan valido hace algunos años, ya ningún escritor serio lo toma en cuenta. Pa

(46) Bien entendido que los esquimales ni por su color ni por sus demás caracteres somáticos se parecen a la gran masa de los indios americanos, de la cual difieren bastante, según queda indicado.

rece ser que el inventor de esa bola fue Pedro Mártir de Anghiera, quien aseveró que en la península de Paria había «hombres blancos y de cabellos rubios como si fueran de origen germánico.» La especie fue repetida por el P. Francisco López de Gomara.—Después Fr. Antonio Caulín refirió en su *Historia de la Nueva Andalucia* publicada en 1779, que en el Alto Orinoco hay tribus blancas (la de los marquiritares, y la de los guaribas), que parecen españoles.—Humboldt y después el geógrafo Codazzi propagaron esa leyenda, que hace algunos años rectificó Michelena y Rojas, probando que no hay tales carneros. (47)

Dobrizhoffer creía que los indios fueron blancos en su origen, y que blancos nacen los inditos, y que se les obscurece la piel por efecto del sol y del humo del fuego de sus cabañas. Esta es una niñería, digna de las *Metamórfosis* de Ovidio, quien dice que el color de los etíopes data del funesto día en que el Sol tuvo la fatal complacencia de confiar su carro y sus fogosos corceles al inesperto joven Faetón:

Sanguine tum credunt in corpora summa vocato
Æthiopum populos nigrum traxisse colorem.

El abate Du-Clot, en su célebre *Vindicación de la Biblia*, para probar que el color negro de los indios es puramente accidental, debido a la acción del clima, cita a M. Valmont de Bomare, quien en su *Diccion. de Hist. Nat.*, arte *Negro*, refiere el caso de una señora, más blanca que la leche, que cuando estaba en cinta se iba negreando, de modo que en la época del parto era una perfecta africana. Habla también de unos negros que se volvieron blancos, y de otros negros que tuvieron un hijo blanco y rubio.

47.—Los aborígenes del Nuevo Mundo no son *altos* ni *enanos*, si bien Canestrini les atribuye una talla «superior a la mediana.» Los más corpulentos son los patagones (48) y los más chicos los esquimales.

En cuanto a la gigantes que, según Veytia, encontraron los ulmecas y xicalancas en las riberas del Atoyac, no

(47) Con frecuencia publica la prensa periódica bolas por el estilo: hace algunos años (1895) el *New York Advertiser* publicó un curioso artículo relativo a unas tribus indígenas de ojos azules y pelo rubio, existentes cerca de Méjico y cerca de Durango.

(48) Algunos tradicionalistas han sostenido la peregrina ocurrencia de que los patagones descienden de la raza de los gigantes enacidas (hijos de Enac,) que se dispersaron por toda la Tierra, según detalladamente refirió Melot, en una Memoria leída el 2 de Abril de 1743 en la Academia de Inscripciones.

No creo haya habido raza humana de *gigantes,* tal como la de los fabulosos *quinames* de que hablan las tradiciones mejicanas; ha habido sí muchos casos de hombres de extraordinaria corpulencia, dignos sin duda del epíteto de «gigantes,» a los cuales supongo se refiere el versículo 4 del cap. VI del Génesis, al decir: *Gigantes autem erant super terram in diebus illis*:.....

Ahora bien, Bernal Díaz del Castillo refiere que los caciques de Tlascala presentaron a Cortés, como prueba de que los antepasados de ellos habían sido gigantes, «un hueso o zancarrón muy grueso y de altor tamaño como un hombre de razonable estatura y así todos tuvieron por cierto el haber habido gigantes en aquella tierra»

Probablemente el tal hueso perteneció a uno de tantos grandes paquidermos que existieron por acá en otros tiempos. Ese ha de haber sido el origen también de los huesos «del pie de un gigante» que cuenta Fr. Andrés de Olmos haber visto en el palacio del virey de Méjico don Antonio de Mendoza.
pasa de ser una de las muchas fábulas recogidas por los cronistas.

La estatura, pues, de los indios americanos es *regular* en mi concepto más bien corta que grande—pudiendo asignársele por valor medio 1.65 metros, que es poco menos que la correspondiente al europeo.—Sus manos y sus pies bastante pequeños.

48.—Respecto al pelo de los mismos indígenas hay alguna conformidad en los etnógrafos, salvo ciertas apreciaciones que suelen pecar de ligereza: según uno tienen los cabellos rectos, largos y recios, y la barba y cejas muy ralas; otro dice que los cabellos son largos, lisos y negros; pero tan rígidos como la crin de un caballo, siendo la barba escasa, negra y tardía y sólo en el labio superior y en la región mentoniana. El señor Sentenach dice que el pelo de la cabeza de los indios es lacio, muy negro y espeso, nunca ensortijado, pero sí peinado y trenzado con esmero, y que son siempre barbilampiños, «señal evidente de escasa virilidad.»

Y en realidad cuantos indios puros (en los límites de lo hoy posible) he visto han tenido el pelo negro, grueso y rígido, con la particularidad de tenerlo más largo en la coronilla y en las sienes. Todo iddividuo entre ellos, cualquiera que sea el resto de su conformación, si tiene los ca-

bellos siquiera ligeramente rizados, se puede asegurar desde luego que no es indio de *pur sang.*

Pruner-Bey ha hecho curiosos estudios respecto al cabello de las diversas razas: según él, la sección transversal del cabello del mongol es casi circular y pende recto; la del europeo, más rizado, presenta una sección oval o elíptica; el lanudo cabello del africano es más aplastado, y el ensortijado pelo del papúa es casi una cinta. Según el General Riva Palacio, «el pelo que cubre la cabeza de los indios es perfectamente negro, lacio y se siente áspero al tacto, y depende esto último de que el pelo no presenta la figura cilíndrica sino *prismática.*» *(México a través de los siglos,* tomo II.)

La barba es tan escasa por naturaleza que es proverbial la afirmación de que un indio barbudo no es legítimo indio. No sabré decir si esa circunstancia constituye un progreso y una ventaja, punto de que ya hablaremos; mas sí me consta el aprecio que generalmente se ha hecho en el Viejo Mundo, respecto a esos apéndices capilares, la barba—ya expresado en el Levítico (XX, 27) y en el 2º Libro de los Reyes (X, 4.) (49)

Las cejas de los indios son también generalmente ralas; y el resto del cuerpo, salvo la cabeza, carece completamente de vello. A los españoles chocó muchísimo que las indias carecieran de pelos en el pubis, y uno de nuestros viejos cronistas refiere que algunas de ellas se los ponían postizos con extremada habilidad. (50)

49.—El General e historiador don Vicente Riva Palacio era gran partidario de la supremacía de los aborígenes americanos. La raza indígena, dice, juzgada conforme a los principios de la escuela evolucionista, es indudable que está en un período de perfección y progreso corporal,

(49) Los cronistas, al hablar de los toltecas, dicen que eran de buen aspecto, blancos y barbados. Entre las momias de antiguos señores encontradas en Durango hay algunas con cabello rubio. De Quetzalcoatl se decía que era barbudo y así lo pintan en algunos geroglíficos. El licenciado Chavero dice. «No hay duda de que la raza nahoa, al mezclarse con otros pueblos inferiores y en época posterior a su primera grandeza, degeneró especialmente en sus cualidades físicas. El misionero Fray Silvestre V y Escalante da cuenta, por relaciones de indios, de que en la otra parte del Colorado había una raza parecida a la española, que usaba barba larga; y el P. Fr. Francisco Vélez es más preciso, pues refiere que a 30 leguas al S. W. de la laguna de Timpamogotzio, a los 40° 49' de Lat. N., encontró una nación de indios (los tiranggapi) que usaban muy poblada y cerrada barba, y algunos ancianos, bastante larga, que parecían europeos.

Ya hemos indicado el poco valor que damos a esas leyendas.

(50) M. Bracheb descubrió en Nequén el torso de una estatua de mujer, cuya crica, desproporcionadamente grande, parece cubierta con uno de esos postizos

superior al de todas las otras razas conocidas, aun cuando la cultura y civilización que alcanzaba al verificarse la conquista fuera inferior al de las naciones civilizadas de Europa.»

«Los historiadores sólo han considerado a los indios por su aspecto exterior y por las manifestaciones de su inteligencia; pero está aún por emprenderse el estudio antropológico de esa raza, que por los detalles orgánicos más claros y que se descubren en el primer cuidadoso examen, difiere de las razas hasta hoy estudiadas, y denuncia, siguiendo el aceptado principio de las correlaciones en los organismos animales, que hay caracteres que hacen de ella una raza verdaderamente excepcional.» *(Méjico a través de los siglos*, t. II, p. 472.)

Dos son los principales argumentos en que apoya el General Riva Palacio la anterior aseveración: en primer lugar, carecer los indios americanos, o tener poquísimo vello o pelo en todo el cuerpo (salvo, por supuesto, la cabeza,) inclusive las axilas, la unión de los cuatro miembros y la barba, pues tales apéndices son, según él, inútiles y aun perjudiciales para el hombre, y presentar los indios (por lo menos los *otomíes* y *mexicanos*, a quienes se refiere especialmente él) dos particularidades: tener molares en sustitución de los caninos o colmillos y faltarles las muelas del juicio o cordales. De la primera de esas dos anomalías deduce que en las razas mexicana y otomí se había realizado ya una evolución progresiva superior a la de las razas europea y africana, pues dicha sustitución hace que ese diente sea apropiado para la masticación, y respecto a la segunda, que dice ser peculiar de la raza mexicana, recuerda que según Darwin «los molares posteriores o del juicio propenden a convertirse en rudimentarios en las razas humanas más civilizadas.»

El doctor N. León, de Morelia, dice haber encontrado entre los tarascos las mismas anomalías del sistema dentario.

Parece, sin embargo, que esas particularidades son tan fidedignas como la famosa bola del niño que nació con un diente de oro, pues según los señores don Alfonso L. Herrera y don Ricardo E. Cicero, autores del *Catálogo de la Sección de Antropología* del Museo Nacional de México, «no es cierto les falten los caninos a los indios, como se había supuesto; y si algunas veces carecen de las muelas del

juicio, faltan éstas también con mucha frecuencia en los habitantes de Europa.» Dichos señores atribuyen a la dureza de los alimentos usuales de los indios el que entre éstos los incisivos no tengan bisel; los caninos, punta, y los molares, tubérculos.

CAPITULO QUINTO

Detalles complementarios respecto a la raza americana y grandes divisiones de la misma.

50. — A los caracteres principales de la raza americana, que hemos indicado ligeramente en el capítulo anterior, hay que agregar otros muchos, que, aunque sean secundarios, es indispensable conocer, para tener una idea completa, aunque sea elemental, de los rasgos distintivos de dicha raza.

En nuestros indios llama desde luego la atención la anchura del rostro, producida por los pómulos desarrollados y salientes, a semejanza de los mongoles, y la estrechez y escasa altura de la frente. Pertenecen por lo general al tipo de los *ortoñatos* (51). Canestrini dice que el indio americano es cara ancha, poco abultada y con las zigomas salientes.

La frente, muchas veces artificialmente deformada, es ancha, baja y deprimida, pero no de aspecto brutal.

Los ojos (que Sentenach califica de grandes y rasgados) son más bien pequeños, negros, (52) y un tanto hundidos pero sí perfectamente horizontales (por más que Canestrini diga que la abertura palpebral es las más veces oblicua). Tienen por lo común grandes ojeras, y los arcos superciliares bien desarrollados.

Es de advertir que aunque muchos naturalistas encuentran en el americano notable parentesco con el mongol que

(51) Los antropólogos llaman *proñatos* a los individuos que tienen las mandíbulas sacadas hacia adelante, como el australiano y el africano, y *ortoñatos* a los de mandíbulas derechas como los europeos.

(52) Quizás sea más propio decir que son pardo-oscuros, con algo de amarillo.

habita al Nordeste de Asia, el "ojo mongoloide" legítimo es rarísimo en nuestros indios, aún en los casos excepcionales de ojos oblicuos, con los ángulos exteriores más o menos inclinados para arriba. (53)

Gozan de magnífica vista, siendo notable, su oxiopia y habilidad para orientarse. A su penetrante mirada y a la forma de su nariz se debe que tengan una expresión de ave de rapiña.

La nariz del indio americano no puede decirse de una manera general que sea prominente y aguileña, vale decir, grande, larga y arqueada, o, como dicen otros, delgada y corva, porque hay tribus, entre las razas inferiores (inclusive los esquimales) que la tienen aplastada.

La nariz delgada y corva constituye una verdadera tradición entre los artistas mexicanos: es de un corte tan particular que J. B. Davis hizo un tipo especial de la nariz de los americanos. Ni romana ni judía, sino caracterizada por un arqueamiento semejante a una hoz. Las ventanas muy abiertas. En algunos monumentos antiguos de los maya-quichés aparece harto exagerada la forma aguileña de la nariz, debido al aditamento de un adorno curvilíneo, que Waldeck llamó *nessem*, el cual, partiendo de lo alto de la frente termina en la punta de la nariz, lo que hace aparecer a ésta desmesurada, y da un extraño aspecto al rostro.

Humboldt dice en sus *Cuadros de la naturaleza*: "Nunca ví en las esculturas del Perú los hombres de gran nariz, que aparecen tan frecuentemente representados en los bajos relieves de Palenque, Guatemala, como también en las pinturas aztecas. Klaproth recordaba haber también encontrado esas grandes narices entre los Gualchos, una de las tribus de la Mongolia septentrional. Es un hecho generalmente conocido que gran número de razas indígenas, de color cobrizo, esparcidas en el Canadá y en el Norte de la America, tienen grandes narices aguileñas, y se distinguen fácilmente por ésto de los habitantes actuales de Méjico, Nueva Granada, Quito y Perú."

Los pómulos son bien marcados, pero no tan salientes como los describen algunos antropólogos.

(53) El ojo mongoloide no consiste en la oblicuidad, con la abertura palpebral pisciforme, sino en el abombamiento del párpado superior y pliegue inmóvil que sobre el borde ciliar cubre casi las pestañas móviles, y en el descenso en brida del ángulo interno, tapando a medias la carúncula. Tiene la inserción temporal del músculo orbicular de los párpados más arriba que en los ojos de todas las razas (V. la monografía de Regalia).

Las boca es grande, de labios planos (con frecuencia. un tanto gruesos), dejando ver buena dentadura, de anchos paletos, verticales, fuertes y poco expuestos a las caries. (54)

51. — La expresión general del indio americano tiene más de melancólica y triste, que de alegre y decidida. Sus ojos, poco brillantes, sólo entreabiertos, y la boca caída por los extremos y con dificultad cerrada, dan a su expresión cierta tristeza que se trasmite a todas las representaciones artísticas que produce.

El carácter del indio americano, sobre todo donde la dominación extranjera se hizo sentir de una manera constante y plena, cambió radicalmente, según respetables historiadores: volvióse taciturno, melancólico, sombrío, indolente, desconfiado y supersticioso. Nada tiene de extraño esa transformación: recuérdase que *The Merry England* de la época del Renacimiento, se convirtió con la reforma religiosa en el país clásico del *spleen.*

Sus facultades mentales, a pesar del abandono y abyección en que viven los indios que han sobrevivido, se conservan en estado latente, como lo demuestran numerosos ejemplos que de vez en cuando y por excepcionales circunstancias surgen de la raza indígena.

El indio es mucho más ágil que fuerte: los Caupolicán son rarísimos.

52. — En resumen: el indio americano es más o menos mesocéfalo, ortoñato; algunas veces fanerosigo; de piel cobriza, amarillenta, aceitunada o morena; lisótrico, con cabellos negros; ojos horizontales, rara vez oblicuos.

Don Enrique Camacho Cano, en su apreciable obra *América a través de los siglos* se expresa en estos términos: "Por sus cabellos, rudos y gruesos, por la rareza de su barba y por su tez, que varía del amarillo al rojo cobre, los indios de América se aproximan a la raza amarilla. Sin embargo, se diferencian de los mongoles por la forma de su cráneo, por sus facciones, por su idioma. En algunos indios, la nariz y los ojos grandes, hacen recordar la raza blanca."

Entre las infinitas variedades de ese tipo fundamental, es digno de especial recordación, por su belleza y por la

(54) En las *Transactions of First Pan American Medicinal Congress, held in the City of Washington, 1845, Part III.* consta un corto y curioso artículo de R. R. Andrews, A. M. D. D. S., sobre la Dentistería prehistórica americana, escrito con presencia de varias piezas recogidas en Copán, de evidente antigüedad, del cual se ha publicado una buena traducción al español en el *Bol. de la Sria. de Fom. Ob. Pub. y Agr.* de Honduras, marzo de 1913.

parte que nos toca, el genuinamente maya - quiché, tal como se conserva en la región vernácula de esa hermosa raza. Desiré Charnay dice a ese respecto: "Por lo que a mí toca me parece hermoso y no creo que en las clases agrícolas de Europa se encuentren rostros más inteligentes ni gentes de formas más regulares y proporcionadas." *(Viaje al Yucatán y al país de los Lacandones).*

53. — Establecida ya la existencia de la raza americana, corresponde tratar ahora de sus grandes divisiones, asunto respecto del cual hay también numerosas opiniones; lo cual indica que la cuestión en sí es bastante complicada y que a pesar de los numerosos e importantes trabajos de detalle hasta ahora realizados, falta mucho para que se puedan hacer las necesarias y convenientes divisiones, conforme a un plan lógico y metódico que reduzca todos los pueblos americanos a un reducido número de grupos bien caracterizados.

Entre esas divisiones una de las que han tenido mejor aceptación entre los etnólogos es la siguiente, compuesta de cuatro grupos:

a) Una raza bastante tostada de color, de facciones bastas, algo parecida a la negra, cuyos representantes mejor conocidos son los charruas, peuenches y yaganes fueguinos, que aparece como la más antigua, relegada en el extremo Sur del Continente y costas orientales del mismo.

b) Otra cobriza, que algunos suponen hermana de la proto-asiática, la más extendida en el Nuevo Mundo, de cultura lítica en la época de la conquista, y como la anterior, poco cruzada con elementos extraños.

c) La de los pueblos cultos (del Anahuac, Yucatán, Centro-América y el Perú, principalmente,) intensamente cruzada con invasores de origen mongólico y quizás también de origen semítico.

d) Otra mongólico-siberiana, que ocupa las regiones boreales.

Daniel Brinton dividió la raza americana en cinco grupos: I, el Atlántico septentrional: II, el Pacífico septentrional; III, el Central; IV. el Pacífico Austral; y V, el Atlántico Austral.

A esa división no se le ve razón de ser desde el punto de vista etnográfico, por más cómoda que parezca.

Algunos prefieren la nomenclatura puramente geográfica, necesariamente incompleta y sin sujeción a principio científico alguno. Tal como ésta:

América del Norte: Esquimales, Aleutas, Pieles Rojas, Ftlinkit, Yumas, & &.

Méjico y Centro América: Aztecas, Miztecas, Mayas, Pinas, Oulvas, & &.

América del Sur: Andinos: Chibchas, Quichuas, Aimaras; Amazónicos: Caribes, Aruacos, Miranha; del Orinoco y sus afluentes: Sálivas, Guachivos, Piaroas, Guaraunos, & &; de la hoya hidrográfica del lago de Maracaibo: Motilones, Paraujanos, Goajiros, &; Tribus del Chaco: Patagones, Onas; fueguianos; & &.

54.—Con lo dicho respecto al origen y caracteres de la raza americana en general es más que suficiente para abordar el estudio de las diversas castas o clases de indios que poblaban el actual territorio de El Salvador en la época de la conquista.

SEGUNDA PARTE

LAS RAZAS INDÍGENAS DE EL SALVADOR

CAPÍTULO PRIMERO

El pueblo primitivo o autóctono

55. — La clasificación de los aborígenes de El Salvador, desde el triple punto de vista histórico, geográfico y etnológico está por hacerse: hasta ahora sólo tenemos, a ese respecto, materiales deficientes y anticuados, que apenas permiten fraguar unas cuantas inducciones provisorias. Dichosamente cabe aprovechar los trabajos relativos a la etnografía mejicana, que están mucho más avanzados, aunque no puede decirse, ni con mucho, que constituyan un cuerpo de doctrina completo y satisfactorio.

Tratándose de la población indígena de El Salvador, se debe distinguir cuatro elementos principales: los *amerindas* o autóctonos (55), los proto-nahoas, los maya-quichés y los aztecas o mejicanos, ascendientes inmediatos de nuestros *pipiles*: esos elementos los estudiaremos detalladamente en esta segunda parte.

(55) El vocablo *amerinds* propuesto por la Sociedad Antropológica de Washington, es una simple contracción que significa "indios americanos". El término es útil y cómodo, pero tiene el inconveniente de perpetuar el error de Colón, que creyó haber descubierto, caminando para el W., los confines orientales de la India, respecto a Europa

56.—Ya hemos dicho que según la opinión de antropólogos eminentes, a la cual nos adherimos, la cuna de la raza americana es el Brasil. De allí se fué extendiendo poco a poco por ambas partes de este Continente, formándose agrupaciones distintas en diversas regiones. Esa expansión es lógico suponer tardó muchos siglos, tiempo más que suficiente para que empezaran a diferenciarse unas de otras esas agrupaciones, bajo la influencia de la diversidad de *medios*, especialmente por lo que hace a climas y alimentación, que imponen diversidad de géneros de vida y por ende de costumbres y caracteres.

La raza primitiva ha de haber tenido en un principio un idioma común, asaz rudo y pobre, que hoy es imposible reconstituir; a ese idioma primitivo y común atribuyen algunos la polisíntetis u holófrasis que caracteriza a los diomas americanos.

Ahora bien, evolucionando separadamente cada agrupación, en muy variadas condiciones, con el transcurso del tiempo resultaron gran número de *pueblos* cada cual con su propio lenguaje como consecuencia inmediata de la suma pobreza del idioma primitivo, de las peculiares circunstancias y necesidades de cada agrupación y de la extremada variabilidad de los idiomas incultos. Agréguese, que si bien las relaciones internacionales eran casi nulas, aun entre pueblos vecinos, como muchos de ellos, en distintas épocas y por diversas causas se trasladaron en masa de una región a otra, resultaron variados cruzamientos y fusiones; a todo lo cual hay que agregar todavía las múltiples influencias de las inmigraciones extranjeras.

No debe por consiguiente extrañar que la raza primitiva haya degenerado completamente, no conservándose tribu ninguna que la represente con alguna pureza. Ni los botocudos del Brasil, ni los caribes de las Guayanas, ni los otomíes de Méjico, ni los esquimales de las regiones hiperbóreas pueden considerarse como genuinos representantes de los prístinos amerindas.

Sólo los estudios paleontológicos pueden suministrar datos fidedignos respecto a la raza primitiva.

El doctor de Souza Brito sostiene que los primeros ocupantes de Centro-América eran de la raza *caribe* del Brasil, cuyo centro de dispersión ha fijado Carlos von den Steim en las fuentes del Xingú, de donde se regaron en distintas direcciones, llegando una rama hasta el valle del

Missisipí, y de allí bajaron más tarde a Méjico y a la América Central. (56)

Lo que es en El Salvador no conozco ni tengo noticia de pueblo ninguno que represente de preferencia a la raza primitiva; mas es lógico suponer que todos, cual más, cual menos, conservan algo de ella, y recíprocamente, tampoco puede decirse que tal o cual pueblo pertenezca genuinamente a determinada raza inmigrante.

57.—En Méjico se encuentran, según varios etnógrafos, algunos pueblos, especialmente los *otomíes*, que son los restos más puros, mejor dicho, menos degenerados, de la raza primitiva, de la raza autóctona.

Así lo confirman, en concepto del historiador Chavero, las tradiciones indígenas: los *chichimecas*, padres de los *méjicas*, de los *texcucanos* y de los *tlascaltecas*, se decían descendientes de los *otomíes*. Compruébalo también una antigua leyenda que nos ha conservado Gomara: decían los *aztecas* que los hombres procedían de seis hermanos hijos del viejo *Ixtacmixcocohualtl* ("nube blanca en forma de culebra"), la Vía Láctea, y de su esposa *Ilancuey* ("rana vieja"), la Tierra: uno de sus hijos fué *Otomitl*, personificación de la raza primitiva. (57)

Más, he ahí que fundados en esas mismas tradiciones niegan otros americanistas esa supremacía de edad a la familia otomí: «Los indígenas estaban bien seguros, dice M. Henning, en su convicción de que los otomíes eran sus coetáneos y del mismo origen que los otros pueblos indígenas de la Nueva España» (*Anales* del Museo Nacional de Méjico, 1911, p. 62) (58)

(56) Los *caribes* (o *calibes* o *galibes* & &), según varios autores, eran unos indios feroces de la parte oriental de la isla de Puerto Rico (isla *Carib*); otros les dan por patria las Antillas Menores, y aun un pequeño grupo del mar de Colón, y otros la Guayana (o *Caribana*). La verdad es que ese vocablo, a fuerza de usarlo como sinónimo, de antropófago, de salvaje, ha perdido su significación etnográfica. Hasta se ha llegado a poner en tela de juicio la existencia de los tales *caribes;* D. J. Ignacio Armas publicó una disertación titulada *La fábula de los caribes.* Y cosa digna de atención, el P. Raymond, autor del primer diccionario impreso de "lengua caribe", dice: "He sabido, en fin, por los jefes de la isla Domínica que las palabras *caribe* y *galibi* son nombres que los europeos les han dado" (*Congreso de Amr. de Nancy*, 1875, tomo I, p. 400)

(57) Los *otomíes*, u *ontocas* o *hio-hiu*, son ahora unos 200,000, dispersos en varios Estados, principalmente en los de Hidalgo, Méjico y Querétaro. La voz *otomi* se deriva de *Otumwa*, nombre naholizado en *Otompán*. Algunos dicen que *otomi* quiere decir "nada quietos" aludiendo a su espíritu inquieto y rebelde. Ellos fundaron la ciudad de *Man-he-mi*, que fué después la famosa Tollán o Tula.

(58) Ya hemos dicho que el carmelita Fray Manuel de San Juan Crisóstomo, llamado comunmente «P. Nájera» sostuvo en su disertación sobre la lengua otomí (*De idio-*

Y en realidad todos descienden de los amerindas, con la diferencia que unos pueblos están más cruzados que otros, con los inmigrantes extranjeros.

Se ha alegado en pro de la mayor antigüedad de los otomíes su estado barbárico y sus costumbres asaz primitivas; su religión zoolátrica, sin culto organizado, y el monosilabismo de su idioma, sumamente pobre y sin parentesco con las demás lenguas americanas.

Todas esas aseveraciones son harto exageradas: don Francisco Pimentel demostró que el otomí no puede calificarse como genuinamente monosilábico; don Francisco Belmar estableció que dicha lengua pertenece a la familia mixtec-zapoteca, y don Gumersindo Mendoza, en una disertación que publicó en *El Instructor* de Aguas Calientes, patentizó las excelencias y riqueza de ese idioma, que hoy por hoy se considera como pariente cercano del mazahua, del pame, del jonaz ó meco, del serrano y aun del apache.

Aun tomando en cuenta las investigaciones del P. Nájera, sólo probarían que la familia otomí fué intensamente influenciada por inmigrantes procedentes del Celeste Imperio en remota época.

Lo curioso del caso es que la inducción que algunos han sacado — entre ellos el señor Chavero — es que lo más verosímil es que hayan sido los pueblos de la rama monosilábica americana los que emigraron para el Asia y fundaron el vasto imperio del Katai, como oportunamente dijimos.

58. — En mi concepto es ocioso buscar especímenes actuales de la raza primitiva: todas las tribus americanas descienden de ella; si se diferencian entre sí, es por haber evolucionado más o menos independientemente durante mu-

---

mate othomitorum) que los indios de que tratamos descienden de los chinos. Don Conrado Pérez Aranda, que ya hemos citado, aunque no acepta de lleno esa opinión, sí cree que los otomíes proceden del Asia Oriental. «Para colocar a los otomíes en México, dice este señor, ocurren dos hipótesis: la inmigración por el Paso de Noroeste, y la inmigración marítima por las costas occidentales. La primera hipótesis no tendría más apoyo que ser el Paso del Noroeste de América la vía más fácil. Para aceptar la segunda se tiene un fundamento mejor: haberse hablado en la Antigua California el idioma otomí, con variaciones tan insignificantes respecto del mismo idioma más generalizado, que se habla en los Estados de México, Guanajuato Michoacán y Puebla, que puede admitirse que son una misma lengua, o aquél y éste dialectos inmediatos de un mismo idioma».

«Pero si los otomíes vinieron a la América por la vía marítima, ocurre preguntar ¿cómo pudieron en gran número atravesar el mar? No han de haber llegado en gran número. Unos cuantos hombres y mujeres, venidos a América de la manera que he expresado para explicar las inmigraciones marítimas, pudieron en algunas centurias encontrando deshabitada la tierra y sin enemigos a quienes temer, propagarse y emigrar después al centro de México».

Según el señor Plancarte los otomíes llegaron a México por el NE., en tanto que los nahoas llegaron por el NW.

chos siglos y en distintas circunstancias, y por estar más o menos cruzadas con inmigrantes extranjeros, que cabe suponer hayan sido de muy distintas procedencias.

Admitido el autoctonismo de la raza americana y su paulatina expansión en ambas Américas y la consiguiente formación de agrupaciones separadas por enormes vacíos de gente, se comprende con facilidad como se fueron constituyendo los diversos pueblos, los cuales han de haber formado grandes divisiones, compuestas de elementos similares desde el punto de vista étnico, por semejanza del *medio* en que evolucionaban y porque no se concibe un aislamiento absoluto entre grupos vecinos, máxime después de las inmigraciones extranjeras.

Así, por ejemplo, un pueblo, probablemente asiático, vino y se mezcló con numerosas tribus, dando origen a la raza *nahoa*, compuesta de numerosos grupos, que aun no habían olvidado su lengua vernácula, la cual se transformó, por efecto del cruzamiento, en el nahuatl, idioma común a esos grupos, y donde el cruzamiento o influencia fué menor, resultaron otros pueblos, más o menos emparentados con los nahoas propiamente dichos, que también pueden provenir de inmigraciones similares, pero no idénticas.

El estudio de las peculiaridades de cada pueblo americano — muchas de las cuales son inexplicables sin la intervención de inmigraciones extranjeras — debe servirnos para inducir, la procedencia de los inmigrantes con quienes se cruzó, el grado de cultura de éstos y hasta la época y ruta de cada inmigración.

Ahora bien, es más que probabable que las grandes inmigraciones hayan cesado muchos siglos antes de 1492, de manera que cuando vinieron los españoles ya eran muy antiguas las diversas nacionalidades americanas, ya habían pasado incontables vicisitudes, ya habían realizado grandes movimientos, determinantes de separaciones y fusiones diversas, ya tenían larga y complicada historia, de todo lo cual tenemos pocas y muy confusas noticias.

Por muchos que hayan sido los inmigrantes no es posible que hayan alcanzado a una cifra suficiente para alterar el *tipo* de los amerindas, que, a pesar de todo, conserva todavía en todo el Continente ciertos rasgos que acusan su unidad primaria; mas si influyeron notablemente en todas las manifestaciones relativas a la cultura, sin que pueda decirse, no obstante, que a ellos se deba en absoluto la de

los pueblos americanos. Esa influencia no se ejerció tampoco del mismo modo ni con la misma eficacia en todos los grupos de aborígenes, algunos de los cuales nada, o casi nada, debieron a los inmigrantes.

59. — Para remontar lo más lejos posible en el pasado de los pueblos que ocupaban el actual territorio de El Salvador en la época precolombina, pondré a contribución las pocas noticias que acerca de ellos se encuentran dispersas en las obras de nuestros cronistas y en algunos escritos sueltos del tiempo de la colonia y los escasos estudios históricos, arqueológicos, y etnográficos que se han hecho a ese respecto, sin hacerme la ilusión de poder escribir una acabada monografía de cada uno de esos pueblos ni de reconstruir su historia.

Poco será para los que hacen consistir la Historia de un pueblo en la presentación de largas listas de nombres propios, de reyes, príncipes, generales &&, con minuciosos detalles biográficos; en la fijación precisa de las fechas y en el relato de todas las batallas en que haya intervenido ese pueblo, sin hacer caso omiso de la más insignificante escaramuza; mas no para los que saben apreciar las múltiples y capitales enseñanzas que suministra el estudio de los monumentos, tradiciones y creencias de un pueblo, respecto a su cultura, valor intrínseco, porvenir y psicología; revelándonos cómo vivía, cómo trabajaba, cómo guerreaba, cómo se vestía, cómo era gobernado y otros muchos interesantísimos detalles, y de todo ello tenemos abundantes nociones con relación a los aborígenes de El Salvador y muy particularmente con relación a nuestros *pipiles*.

60. — Según la carta-informe del Licenciado doctor don Diego García del Palacio dirigida al rey Felipe II, en 1576, se hablaban en lo que hoy es El Salvador cinco lenguas distintas: *populuca*, *pipil*, *chontal*, *patón*, *y taulepa-ulua*, de cada una de las cuales hablaremos oportunamente. (59)

Ahora bien, el doctor don Eustorgio Calderón, que creyó haber encontrado en Chiquimulilla y Yupiltepeque (al Sudeste de Guatemala, contiguo a El Salvador) la entidad etnográfica de los *pupulucas*, reconoció después que la lengua de esos pueblos es la *xinca o sinca*, perteneciente, se-

(59) En la *Geog. y descrip. univ. de las Indias*, recopilada por el cosmógrafo-cronista Juan López de Velasco, y publicada con notas e ilustraciones por don Justo Zaragoza (Madrid, 1894), sólo se mencionan cuatro lenguas o naciones, en toda la provincia de Guatemala: *Pipiles, Popolopas, Apis y Apayes.*

gún él, al grupo mixteco-zapoteco (60), y dice que es «una lengua autóctona, sin conexión extensa conocida hasta hoy con alguna otra lengua madre común», y luego agrega: «Fuera de toda duda debemos considerar a los Sincas como la raza aborígen guatemalteca que habitaba los departamentos de Jalapa, Jutiapa y Santa Rosa, en la época de las irrupciones maya-quiché y azteca». (*Repertorio Salvadoreño*, mayo de 1892).

Ya he dicho que en mi concepto es ocioso buscar especímenes de la raza primitiva. Y admitiendo que el *sinca* pertenezca a la familia mixteco-zapoteca, resulta pertenecer a una raza mixta, producto de una íntima fusión de las dos grandes razas inmigrantes, la *maya* y la *nahoa*, en las serranías de Oajaca (V. mis *Estudios sobre la distribución geográfica de las razas indígenas de Méjico y de la América Central, antes del descubrimiento de América*, Art. IV, en el *Repertorio Salvadoreño* de mayo de 1892.)

Según el mismo doctor Calderón, en el istmo de Tehuantepeque «se encuentran pueblos a los cuales los aztecas adyacentes llaman también *pupulucas*, como los pipiles a los sincas.» «Pero los de el istmo son ostensiblemente miembros de la familia mije, que todavía está bastante atrasada en civilización y cultura. Viven en San Juan Guichicovi, Estado de Oajaca, y en el Estado de Veracruz, en los pueblos de Sayula, Oluta y Texistepeque». Sospecha que estos mijes y los sincas son afines entre sí, en lo cual tal vez tenga razón. (61)

También el doctor Nicolás León, en su folleto titulado *Familias lingüísticas de México* considera como dialecto del mixe al *popoloco* de Tecamachalco (Estado de Puebla); además el licenciado D. Francisco Belmar ha demostrado que el popoloca pertenece a la familia mixteco-zapoteca, y no a la zoque-mixe. (62)

El doctor León publicó también en los *Anales del Museo Nacional de México*, una Conferencia (2a. época, tomo II) sobre los *Popolocas*, en la cual dice que «son pocos los pue-

(60) Ya don Pedro de Alvarado, en su segunda carta a Cortés (Colección de Barcia), hablando de su primera expedición a Cuscatlán, dice que al llegar al pueblo de Atiepac notó que ya se hablaba otra lengua, y Milla advierte a ese respecto que esa otra lengua era la *xinca*.

(61) «El *mixe* o *mije*, dice el señor Orozco y Berra en su *Geog. de las leng.* p. 176, es uno de los idiomas que no hemos podido clasificar». El P. José Antonio Gay (*Hist. de Oaxaca*, T. I. p. 24) pretende probar que los mijes descienden de los europeos.

(62) Según el doctor León existen similitudes intrínsecas entre las lenguas mixteco-zapotecas y la othomí.

blos en donde hoy se habla, más o menos mal y en número mayor o menor, la lengua popoloca. En el Estado de Puebla solamente Azingo y Mezontla tienen esa lengua como propia; en Oaxaca su número es mayor. En Veracruz hay un Cantón donde abundan indios llamados popolocas; mas por algunos datos que se me han suministrado me inclino a creer que se trata de nativos que hablan lengua mixe. Los populucas de Guatemala usan un dialecto del Cakchikel y los de Nicaragua otro del Lenca».

Y después dice: «Al hacer mis estudios de estos idiomas y teniendo ante mí un indio chuchón, un popoloca y un mixteco, hablando en sus respectivas lenguas, llegaron a entenderse y convinieron en que, salvo algunas pronunciaciones, sus idiomas venían a ser uno mismo. Testigos de esto tengo en personas caracterizadas de Tehuacán».

El tal *pupuluca* (o *populuca* o *popoloca)* es denominado *chocho* en Oajaca: *tlapaneco*, en Guerrero; y *teco*, en Michoacán; antiguamente se llamaba *yope* o *yupe*, vocablo que constituye la raíz principal del nombre «Yupiltepeque», de un pueblo de Guatemala, donde lo estudió el Dr. Calderón.

Así, pues, el pupuluca que según el Oidor García del Palacio, se hablaba en Guazacapán y en los Izalcos (Salvador) es el sinca estudiado por el Dr. Calderón; no es el pupuluca hablado en varios puntos de México, y menos el de Guatemala.

CAPITULO SEGUNDO

Pupulucas, chontales, chortíes, pocomanes y lencas de El Salvador. (*)

61 — Ya vimos que el *pupuluca* que según García del Palacio se hablaba en Guazacapán y en los Izalcos era el *xinca, jinca* ó *sinca* que estudió el Dr. Calderón en Yupiltepeque y en otros lugares, y es de suponerse que lo que refiere el cronista don Antonio de Herrera respecto a la provincia de Guazacapán sucedía también en los Izalcos, que se hablaba la lengua mejicana, si bien había otra peculiar de la localidad, la cual se perdió por fin en estos últimos, donde después los naturales sólo hablaban el náhuatl, que han ido olvidando poco a poco, siendo hoy contados los pueblos en que usan esa lengua, sin perjuicio de hablar también la española.

Brinton, Gallatín, Buschmann, Waitz, Stoll, Berendt y otros varios americanistas han estudiado el sinca, mas de sus trabajos nada en concreto puede sacarse respecto al origen de esa lengua, *sui géneris*, producto no sabemos de qué cruzamientos y a lo cual llamaron *pupuluca* los vecinos para significar que era una jerigonza ininteligible, un inextricable galimatías.

Hemos de estar que aparte del *jinca*, hablado del Michatoya al Paz, colocan algunos etnógrafos, como Stoll, Sapper y Thomas, una pequeña región exclusivamente *pupuluca*. Stoll la fija en la margen occidental del bajo Paz,

(*) Doy principio al estudio detallado de nuestros aborígenes por los cinco pueblos a que se refiere el título de este capítulo, por ser éstos, según algunos, los más antiguos, respecto a lo cual no estoy de acuerdo.

y considera ese pupuluca como dialecto del mije; Sapper la fija un poco más al NE., teniendo por centro principal el pueblo de Conguaco, y la declara *colonia lenca*, y Cyrus Thomas denomina a ese dialecto «pupuluca-lenca», para diferenciarlo del «pupuluca-maya», hablado cerca de la Antigua Guatemala.

Yo creo más prudente atenerme al testimonio de García del Palacio, testigo ocular y hombre dotado de espíritu de observación, que visitó el país a raíz de la conquista, cuando los idiomas indígenas aun se conservaban bastante puros: ahora bien, él identifica el idioma hablado en Guazacapán con el hablado en los Izalcos; se refiere, pues, evidentemente al jinca, al que él llama *pupuluca.* Ese lenguaje, como queda dicho, se extinguió ya completamente en la parte de El Salvador en que era hablado.

Popoloca (63) es palabra del idioma mejicano que significa «bárbaro», y sirve para designar a un hombre tosco, que habla incorrecta o chapuceramente el nahuatl, en oposición a *nahuatlaca*, "persona que se explica y habla claro"; después tomó por extensión la significación que le hemos dado, y aun hoy se dice "hablar en *pupuluca*", como equivalente a "hablar enredado, de una manera incomprensible." Según Remi-Simeón *(Diction. nahuatl)* dicho vocablo es frecuentativo del verbo *poloni*, "refunfuñar, murmurar, hablar entre los dientes, hablar un idioma extranjero".

El doctor León en su conferencia sobre *Los popolocas* dice que «*Pinotl-chochón* y *tenime* eran los nombres con que se les conocía, principalmente a los que vivían en tierras de lo que hoy forman los límites de los Estados de Oaxaca, Guerrero y Puebla; y a los que en este último habitaban, especialmente se les llamaba *popolocas*. *Tenime*, plural de *ténitl*, significa en lengua nahua, «grosero, extranjero»; *pinotl*, es «el que habla lengua extranjera»; *chochón*, «el palurdo o rústico», y *popoloca*, «el tartamudo, y también el bárbaro».

En lo que fué la antigua provincia de los Izalcos, que llegaba hasta el río de Paz, se conservan todavía algunos nombres geográficos cuya etimología es muy difícil, por no decir imposible, rastrear, por lo que supongo se derivan del antiguo jinca. Por ejemplo: las dos isletas que hay en

(63) Según algunos no son sinónimas las voces *popoloca* y *pupuluca;* mas todo lo que se ha dicho a ese respecto tiene trazas de puras cavilaciones sin fundamento serio.

dicho río, frente a la hacienda de San Marcos, llamadas *Gubar* y *Fasán* respectivamente.

62 — Hay otro *pupuluca*, como queda dicho, muy distinto del anterior, como que es un simple dialecto del quiché. Este pupuluca era hablado en el antiguo y poderoso señorío de San Juan Sacatepéquez, del reino de Guatemala, y probablemente es el mismo que se hablaba en el curato de Yayantique en el departamento de La Unión, de El Salvador. (64)

Esta colonia cachiquel en pleno país chaparraxtique es probable haya sido constituida por indios traídos por D. Pedro de Alvarado, cuando vino al *puerto* de Amapala, en la costa de Conchagua, de donde salió para el Perú, como veremos al narrar la vida y hechos de este caudillo. La población que formaron esos indios en el paraje de Yayantique fué después cabecera de curato, al cual pertenecía el hoy extinguido pueblo de *Amapala*, ubicado en una lengua o punta de tierra que aun conserva ese nombre.

Yayantique está hoy en triste situación: el número de sus habitantes no llega a 2,000, y su producción agrícola apenas es de unas 150 fanegas de maíz blanco, 100 fanegas de maicillo y 25 quintales de arroz. Su patrón nominal es San Juan, sin duda porque éste es el patrón de Sacatepequez, la tierra vernácula de los yayantiques.

De ese *pupuluca* es uno de los vocabularios que remitió a la Audiencia de Guatemala Fray Carlos Cadena, el 2 de agosto de 1788 y que fueron a parar a España, donde

(64) Ese curato de Yayantique ha de haber sido de alguna importancia, á juzgar por la calidad de los párrocos que lo sirvieron: en la terna presentada por el Arzobispo de Guatemala al Presidente, Gobernador y Capitán General del reino, Mariscal de Campo don Alonso Fernández de Heredia, para el nombramiento de Cura-Párroco de San Pedro Zoloma, el 14 de noviembre de 1763, documento que hace algunos años publiqué, figura como candidato «don Francisco Rl. Presbytero Secular, domiciliado de este Arzobispado, hijo lexítimo y de lexítimo matrimonio de el Mtre. de Campo Dn. Francisco Real y doña Juana Fherera Ortiz de Letona, personas de notoria calidad y limpieza, en quien concurre el merito de haber cursado con aprovechamiento las facultades de Grammatica y Phylosophia en el Colegio de la Sagrada Compañía de Jesus y en la Rl. Universidad de esta Corte, las de Canones y Leyes, en las que obtuvo el grado de Ber. Que habiendo sido promovido á las Sagradas Ordenes con título de suficiencia en el idioma Kiché, passo á ocuparse en el Ministerio de Coadjutor en los Curatos de Esquipulas, Gotera, Yayantique, San Miguel, San Vizente, y últimamente en esta Snta. Metropolitana Iglecia, en cuyo exercicio ha desempeñado la confianza de los Curas propios de dhos Beneficios con notorios desvelos y aplicación. Hallarse á la presente de Notario del Sto. Tribunal de la fee de esta Ciudad, desempeñando este cargo a satisfacción de el. Que en las proviciones de varios Beneficios vacos, á que ha hecho oposición, se ha calificado en sus Synodos por suficientissimo, y en el congregado para la presente provición se le dió el de hallarse competente con instruccion en el idioma Mam. Y últimamente hallarse de Predicador del Noble Ayuntamiento de esta Ciudad, cuio empleo ha exercido en todas funciones asi en esta Sta. Iglecia como en las demás de esta Ciudad, y tener mediante su suficiencia lizencias generales de confesar a personas de ambos sexos y a personas de mi filiación.»

hace algunos años los descubrió el doctísimo historiador costarricense Licenciado D. León Fernández, y publicados en 1892. (65).

Basta haber hojeado un vocabulario quiché para reconocer que el pupuluca de que ahora tratamos es casi puro quiché, siendo casi idéntico con el dialecto cachiquel: es el pupuluca-maya de Mr. Cyrus Thomas.

He aquí la muestra:

Castellano	*Populuca*	*Castellano*	*Populuca*
Padre	Tatá	Lengua	Vak
Madre	Té	Barba	Vasmachi
Hijo	Kahol	Cuello	Xuculna kamichá leepe
Hija	Valqual	Hombro	Ruitalen
Hermano	Vachalal	Codo	Rusic nuká
Hermana	Vaná	Mano	Ka
Marido	Vachahil	Brazo	Ká
Mujer	Vishail	Dedos	Ruika
Doncella	Kopogh	Uñas	Vistziack
Mozo	Aqual	Pecho	Ronu kax
Ojo	Xunaghnuach	Vientre, pecho	Pan
Cejas	Mech	Vosotros	Ix
Pestañas	Xusmalnuach	Aquellos	Chelá
Oreja	Xihin	Ser	Vx
Frente	Nikaghnuach	Yo soy	In
Trabajo	Zamagh	Caballos	Equiq kiegh
Perezoso	Cors	Mexías (Mejillas?)	Quot
Yo	In	Baca (sic)	Vakax
Tu	At	Garganta	Kul
Aquel	Halá	Fuerza	Chuka
Nosotros	Ogh	Piel	Zun
Niño	Chutiaqual	Carne	Chak
Hombre	Achí	Hueso	Bac
Gentes	Vinak	Oido	Xihin
Cabeza	Roholon	Vista, ver	Kizun
Cara	Palagh	Gusto	Kikitzot
Nariz	Zan	Olfato	Kizatzon
Labios	Kinuchi	Espalda	Rovachack
Dientes	Vei		

(65) Fray Carlos Cadena (hermano de Fray Felipe del mismo apellido, a quien debemos una interesante descripción de la ruina de la Antigua Guatemala, en 1773) era oriundo de Ciudad Real, en Chiapa, y fue durante varios años Prior del Convento de Dominicos en San Salvador. En esta ciudad pronunció en 1767 su oración fúnebre en honor de la Reina doña Isabel de Farnesio, publicada por D. Agustin de Silieza Velasco, Sargento Mayor de la misma, y en 1768 la del Obispo de Chiapa y Soconusco, Dr. don Miguel de Silieza y Velasco, publicada también por el mismo Sargento Mayor, que sin duda era deudo del Obispo.

Castellano	*Populuca*
Pie	Vakan
Rodilla	Rová
Corazón	Vanima
Sangre	Kikel
Echar	Vasagh
Desgarrar	Katohovar
Verter	Inta kegh tallá
Dar	Tallá
Da tú	Talla
Cortar	Tokatá
Bajo	Chuxe
Frío	Bax
Caliente	Meken
Ardiente	Iecanogh vallobal
Sano	Hala vzkogh
Bien	Vz
Bueno	Vzkogh
Tacto	Xinbanlá
Voz	At
Hablar	Kichó
Razonamiento	Kachoagh chila
Palabra	Chobal
Nombre	Bi
Gritar, grito	Tzizitzin
Ruido	Xacapanachi
Aullido	Tivillinchi
Llorar	Tzinok
Reír	Tzizen
Cantar	Tzibixan
Grande	Nimak
Pequeño	Chuti
Alto	Nim
Dolor	Ticoró
Pena	Inon ipoconal
Delgado	Xax
Extornudar	Inetzitzan
Temblar	Kabratzan
Suspirar	Nihegh kux
Resachar (resollar ?)	Ninivohot
Pasa tu	Avichin
Ir	Cutin
Be tu (sic)	Hat
Vete	Katel
Dormir	Kavar
Sueño	Varan
Saltar	Tirupin
Tener	Chapon
Correr	Hunanim
Bailar	Kaxahon
Amar	Lockogh
Amor	Lockon
Gozoso	Kikikot

Castellano	*Populuca*
Grueso	Pin
Ancho	Nimzuach
Presto	Tallegh
Lento	Akalock
Blanco	Zac
Negro	Ckeck
Encarnado	Kial
Verde	Rax
Amarillo	Kan
Tu eres	At
El es	Hala
Nosotros somos	Ogh achía
Vosotros sois	Is rec
Aquellos son	Echelá
Fue	Xbe
Comer	Kava
Yo como	Inkava
Tu comes	At incava
Aquel come	Hala intivá
Beber	Cumú
Tristeza	Kibison
Relámpago	Coropa
Nieve	Teogh
Hielo, helada	Teugh
Fuego	Kak
Lumbre	Intitzunt kak
Sombrío	Coghromo hilché
Día	Kigh
Noche	Chaká
Mañana	Nimaká
Tarde	Xtakakigh
Oriente	Intelkigh
Parir	Intikuherral
Familia	Coghval
Matrimonio	Inkiekule
Viuda	Malkan
Vivir	Kikaze
Vida	Kaze
Nutrir	Kakanuvai
Tomar	Chapon
Sacudir	Tiragh
Llevar	Vkagh
Luvia	Intikahop
Rocío	Xakalcos
Granizo	Zabach
Año	Huna
Tierra	Vleugh
Agua	Llá
Mar, Río	Nimallá
Olas	Intisilon ruillá
Arena	Zanallé
Polvo	Pocolagh

Castellano	Populuca	Castellano	Populuca
Cuerpo	Tiohil	Lobo	Vtivgh
Alma	Vanima	Zorra	Pars
Morir	Xkan (U kan ?)	Valle	Rotaagh
Muerte	Kaminak	Profundidad	Pahul
Viejo	Nía (Má ?)	Verano	Zackigh
Joven	Aqual	Invierno	Pahop
Cueva	Pahul	Mosca	Vx
Piedra	Abagh	Mosquito	Chutiux
Hierro	Chit	Hormiga	Zanick
Cal	Chun	Araña	Am
Montaña	Jullú	Abeja	Vinacap
Rivera	Ruchillá	Miel	Cap
Malvado	Izelachi	Aguila	Cot
Mal	Izel	Cuervo	Coch
Estulto	Nakanick	Codorniz	Zakaravach
Capaz	Habalanogh	Pájaro	Tz'ikin
Hermoso	Habalcogh	Gorrión	Tz'unum
Agudo	Habalanogh	Golondrina	Vokoichep
Redondo	Zetesic	Nido	Rozock
Pesado	Mamacors	Altura	Chikagh
Duro	Coñgh	Anchura	Nimvach
Fuerte	Coghchuka	Longitud	Nim rakan
Endeble	Xatback	Agujero	Hul
Foso	Borol	Ratón	Choy
Verdura	Cules	Gallina	Atz
Arbol	Che	Gallo	Mamá
Leña	Si	Gamo	Masat
Sol	Ckigh	Pichón	Ralpalomo
Luna	Ick	Medida	Tavatagh
Estrella	Chumil	Cosecha	Cabahachon
Cielo	Zokagh	Límite	Culubal
Niebla	Suz	Casa	Hay
Nuevo	Kakak	Bosque	Hultiugh
Arco iris	Xockoká	Raíz	Ruxé
Rayo	Kokolahai	Tronco	Cután
Aire, viento	Tzia ckick	Corteza	Righché
Huracán	Zalcon	Rama	Rukaché (*)
Vapor	Intirok	Hoja	Ruxacché
Flor	Kozigh	Acarrear	Tabaragh
Fruto	Ki	Construir	Taban
Cebolla	Xinakat	Vestido	Avicon
Llanura	Rotakagh	Pellicas	Ckal
Sembrar	Katiká	Zapato	Xaha
Medio día	Nikaghckigh	Gorro	Zut
Cuerno	Ruka	Faja	Simbalpan
Cerdo	Ak	Animal	Chcop
Perro	Tz, i	Pescado	Cars
Gato	Mis	Ballena	Allim
León	Balan	Cangrejo	Tap

(*) Después dice: *rupaché*.

Castellano	*Populuca*	*Castellano*	*Populuca*
Luna.	Ic	Escribir	Kiziban
Algodón . . . . ,	Chigh	Señor.	Ahavgh
Ciudad.	Cor hay	Ley.	Pexá
Comida	Tigh	Principio	Nabei
Crudo	Ragh	Sí	He
Coser (cocer ?) .	Dichatzatz	Ahora	Vacami
Pan	Kaxlamvaí	Después	Katená
Dinero.	Puak	Lejos.	Kanagh
Ladrón.	Elecon	Conque	Anockritzin
Contienda	Olloval	Sobre	Rui
Arnés . . . . , .	Rupavoch	En	Pa
Casco	Ristziack	Uno	Hun
Allá	Chila	Tres	Oxi
Oi (hoy) ?) . . .	Mier	Cinco.	Voó
He aquí	Vave	Fin.	Istzis
Como	Kachel	No	Ni
Donde	Apé	Cerca.	Kehogh
Que	Kax	Aquí	Vavé
Con quien. . . .	Anokritzin	Ayer	Ibir
Bajo	Itzin (*)	Mañana	Chuak
Dos	Ha' ú	Cuando	Hampé
Cuatro.	Kiahí	Quien.	Anack
Seis	Vahatzí	Siete.	Vukú
Diez	Lahú	Nueve	Beleһé
Veinte	Hunvinack	Once.	Hulahugh
Guardia	Chahinel	Treinta	Huvinaklahu
Yugo.	Ekan		

La pronunciación de la *gh* es sumamente gutural; la *ck*, muy fuerte; *x*, como *sh* inglesa; *v* como *hu*, o como *u; & &*.

El americanista alemán doctor A. v. Frantzius, en una de las notas con que ilustró su traducción alemana de la carta-informe del Oidor Palacio, dice: «La *Popoluca* no es lengua diferente, sino el nombre con que los mexicanos designaban el cakchiquel que se hablaba en la costa (de Guazacapán); esta palabra significa lo mismo que la española *bozal*, esto es tartamudo o el que no se expresa con propiedad».

63.—Los *chontales* ocupaban el antiguo *Chaparrastique*, al Oriente de El Salvador, mejor dicho, la mayor parte de esa región, ocupada también por otras tribus, de la raza lenca, de que hablaremos después. El Oidor García del Palacio dice: «Del lugar dicho (Iztepeque, al pie del volcán de San Vicente) aunque es la misma provincia (de San Sal-

(*) Baxo dice que cs chuxe, y bajo=itzin.

vador) comienza otra lengua de indios, que llaman los *chontales*, gente más bruta, aunque antiguamente valientes entre ellos». Lo mismo dice el cronista Herrera. (66)

El doctor don Tomás Ayón en su *Historia de Nicaragua*, hablando de los *chontales* de aquella República, dice que ocupaban todas las vertientes de la cordillera central, más allá de los lagos, y que eran considerados como enteramente bárbaros por las razas medio civilizadas que poblaban antiguamente aquel país. Sus pueblos importantes eran *Lovigüisca* y *Matagalpa* (67). Y agrega: «La procedencia de estas tribus y la época en que llegaron a Nicaragua, son casi completamente desconocidas. Sin embargo, M. Lévy cree que eran una rama de los mayas, que abandonaron en tiempos remotos el distrito de Copán, para extenderse a la vez por el Norte y por el Sur. M. Lévy funda esa opinión en la circunstancia de hablarse el *chontal* en toda la extensión de la cordillera americana, desde Nicaragua hasta Oaxaca».

Es de advertir que el vocablo *chontal* ha servido para designar varios idiomas: hay un chontal de Oajaca, hasta hoy no bien clasificado, que es lo que Brinton llamó «lengua Tequistlateca»; otro chontal de Tabasco, pariente muy cercano del tzendal, según Berendt: otro (u otros) de Honduras y El Salvador, y otro de Nicaragua. Estos tres últimos es probable pertenezcan a la familia maya-quiché, sin ser idénticos entre sí.

En cuanto a la inferioridad de la raza chontal de muy buen grado la admito, comparada con la de nuestros pipiles, que fueron sin duda, los que la llamaron así: todavía hoy

---

(66) De ese texto de García del Palacio se deduce claramente que la provincia de Chaparrastique se extendía, por lo menos por el lado de Iztepeque, más acá, o al Oeste del Lempa, y así lo dice Fuentes y Guzmán en el capítulo 11 del libro IV de su *Recordación Florida*, hablando del regreso de don Pedro de Alvarado, cuando fué a Honduras en busca de Cortés: «Venía don Pedro más aumentado de gente; con que traía consigo a Luis Marin y a Bernal Diaz del Castillo con los soldados de su cargo, y a esta causa se hacía más penosa aquella detención, respecto al grande gasto de vituallas que se crecía; pero perfeccionada la canoa, fué necesario gastar cinco días en pasar el río (el Lempa), y propasado el ímpetu de su curso, llegaron al pueblo de *Chaparrastique*, que aun todavía es en la provincia de San Miguel, y habiendo los indios de este pueblo obrado mal con ciertos soldados, por lo acelerado de la jornada, se quedó sin remedio el haber muerto a Nicuesa y herido a otros tres de aquel ejército, poniéndose en arma sin ocasión alguna».

(67) El etnógrafo alemán Mr. C. Sapper, que varias veces ha visitado esta República, asevera que el chontal de Matagalpa está hoy representado por el dialecto que se habla en Cacaopera y Lislique (El Salvador), y Mr. W. Lenhmann, que estuvo por acá en 1909, dice en un artículo que publicó en *Centro-América Intelectual* (2a. época, No. 10): «Por mis estudios comparativos de las gramáticas, se puede probar que los *indios* sumos en el interior de Honduras y de Nicaragua, forman con los misquitos, con los ulúas, con los indios de Matagalpa y de Cacaopera (El Salvador) una gran familia que existe hoy solamente en restos esparcidos y a punto de extinguirse (a excepción de los misquitos)».

nos servimos del epíteto «chontal» como sinónimo de «brusco, bruto, bárbaro», así como empleamos el adjetivo «chichimeca», en el sentido de «cruel salvaje», y el adjetivo «pupuluca», en el de «incomprensible» (68)

El licenciado Belmar en su tratado sobre la *familia mixteco-zapoteca* refiere que los chontales componían antiguamente una nación considerada por los historiadores como formada por pueblos bárbaros procedentes de los distritos montañosos situados al NE. del Lago de Nicaragua y extendidos por Honduras, Guatemala, Tabasco, Guerrero y Oajaca; que en la época colonial y en el Estado de Oajaca, el partido de Chontales tenía por cabecera el pueblo de Santa María Acatepeque, y que hoy han disminuido notablemente, sobre todo en el Estado de Guerrero. Según Wappaus fueron también conocidos con el nombre de *caraibes,* y algunos creen que hubo una época en que fueron un tanto civilizados. Mas todo eso supone una unificación de los pueblos llamados «Chontales», hoy inadmisible.

El filólogo Pimentel no admite que el chontal pertenezca a la familia maya; para él es un idioma «extranjero», que es precisamente lo que significa la palabra mejicana *chontalli,* lo que prueba que como extraños eran tenidos. Lo antedicho se refiere, sin duda, de una manera particular al chontal de Oajaca.

Ahora bien, cualquiera que haya sido el grado de semejanza entre el chontal de Tabasco y los hablados en Honduras y Nicaragua, respectivamente, lo que es el que se hablaba el E. de El Salvador, en el antiguo Chaparrastique, creo que era un dialecto del quiché, muy poco diferente de éste, dialecto hoy completamente extinguido, pues todos los nombres geográficos de esa región son de fácil y satisfactoria interpretación por medio del quiché.

El vocablo *Chaparrastique,* por ejemplo, se compone de tres raíces quichés: *chap*=«contener, comprender, abarcar»; *rax*=«verde, hermoso, flamante», y *tic*=«sembrar, plantar» raíz de *ticon* «huerta chacra»; significa pues, «lugar de hermosas huertas».—*Lolotique,* nombre de un pueblo, se compone de *lolol*=«grillo» y metafóricamente «lugar en que

(68) «Como es sabido, los Mexicanos estaban establecidos al tiempo de la conquista como dueños y señores de los indígenas, cuya lengua, la *populuca,* casi iba desapareciendo. Los nombres de los vecinos *pipiles* y *chontales* no designan nacionalidades, sino que el primero significaba nobles, como se designaban los mexicanos, mientras que *chontales,* quería decir brusco e incivilizado, esto es, habitantes que no eran mexicanos». (Dr. Frantzius)

solo se oyen los grillos, lugar desolado», y de *ticon*; quiere por consiguiente decir: «huertas abandonadas».

Nuestros chontales no representan ni con mucho la raza primitiva; estaban intensamente cruzados con los quichés, descendientes directos de los ulmecas, pueblo inmigrante como veremos después.

64.—También muy cercanos parientes de los quichés eran los *chortíes* de Santo Tomás Tejutla, en el actual departamento de Chalatenango.

El *chortí* era la lengua vernácula de una numerosa casta de indios establecidos en las cercanías del Motagua, tanto del lado de Guatemala como del de Honduras. (69) De esa región fácilmente pueden haber venido a ocupar las fértiles tierras del actual distrito de Tejutla; mas no sabemos si estos colonizadores conservaron puro el idioma de sus padres, si un indio de Tejutla, de fines del siglo XVIII hubiera sido capaz de echar un párrafo con un indio de Sensenti.

Basta examinar un vocabulario cualquiera de la lengua chortí, tal como hoy la conocemos, para reconocer que es, como queda dicho, un dialecto del quiché (70), y aunque no se conserve ningún documento que indique la forma en que era usada en Tejutla, es de suponerse que ha de haber sido semejante, si no idéntica a la forma que conocemos. El señor presbítero don Alberto Ruano Suárez, de Guatemala, ha recogido cuidadosamente lo que queda de ese idioma.

El nombre *chortí* más bien parece un apodo que un término geográfico: se deriva, según creo, de *chor*, que en quiché significa el acto en que el polluelo pica el cascarón para salir; entraña pues, la misma intención que el vocablo *pipil*=«niño»: en ambos casos se quiso expresar que el pueblo respectivo era harto pueril, probablemente por lo

(69) «Brasseur conjetura que la actual población de Chiquimula de la Sierra fué formada con los habitantes de Copán, trasladados por orden de los Españoles, y parece fundarse en que *Chiquimula* es el nombre indígena de Copán, donde se hablaba la lengua *chorti* dialecto del pocomán» (Milla). El conocimiento del chorti es, pues, indispensable para descifrar las inscripciones de Copán.
Lo que es Quiriguá quedaba en el territorio de los *choles*, parientes cercanos de los chorties, y que tuvieron su época de notable cultura.

(70) Según Stoll pertenece al grupo poconchi; Sapper lo coloca en el tzendal y Cyrus Thomas lo considera estrechamente relacionado con el chol y el tzendal. Brasseur lo asimiló también con el chol y con el kekchi de la Alta Verapaz. Según el Dr. Frantzius es el *apay* que según García del Palacio se hablaba en el valle de Acatzahuastlan y en Chiquimula.—El *chol* (=«hombres»), esparcido en las sabanas entre el Usumacinta y el Golfo Dulce, es también de la familia maya.

que respecta a la pronunciación de las palabras, pues por lo demás no debemos olvidar que a la raza chortí pertenecía el denodado Lempira, héroe de legendaria pujanza.

65. — En el distrito de Chalchuapa, departamento de Santa Ana, se hablaba antiguamente el *pokomán*, que también pertenece a la familia maya quiché. Así consta en la *tabla* de los curatos del Arzobispado de Guatemala, que inserta el P. Juarros en el primer tomo de su Historia, la cual tabla fué hecha con vista de los autos de la visita que hizo el Arzobispo Cortés y Larráz, por los años de 1768 y 1769.

Lo antedicho no obsta para que también se haya hablado allí el nahuatl, como sucedía en la provincia de los Izalcos.

Chalchuapa es una de las comarcas de El Salvador en que se han encontrado curiosísimos restos arqueológicos. De allí traje hace cosa de veinte años, el hermoso monolito conocido con el nombre de «*La Virgen de Tazumal*», existente en nuestro Museo Nacional y un especimen de piedra, bastante tosca y corroída, de la conocida estatua del «Dios Recostado», que M. Leplongeon bautizó con el nombre Maya de *Chac-Mool.*

En mi concepto dicha «Virgen» representa antropomórficamente al Ser benefactor é invisible, a Dios, pues su nombre se compone de tres raíces pokomanes que eso significan: *tat* = «padre»; *tzuc* = «gozo, placer, dicha»; raíz de *tzuckre* = «dichoso», y *mal* = «cosa cubierta o que cubre», como *rizmalgholon* = «los cabellos»; *xísmal nackach* = «las pestañas»; *rismalme* = «lana»: así es que equivale a «Padre o dispensador de la felicidad, que es invisible». Si el monolito representara a una diosa, ésta sería de origen o de nombre nahoa: de *tlazumalli* = «coser»; sería la diosa del hogar.

No es del caso discutir aquí si los *mames* y los *pokomanes* constituyen, o no, un mismo pueblo (71); baste decir

(71) El *mame*, cuyo nombre propio es *zaklohpakap*, o *zaklohpakap*, es un idioma arcaico, que en otro tiempo se habló en un vasto territorio que abrazaba la provincia de Soconusco y los actuales departamentos de Huehuetenango, Totonicapán, Quezaltenango y San Marcos, de Guatemala; después la raza mame se vió obligada a abandonar parte de su territorio, replegándose principalmente en los montes Cuchumatanes. El P. Juarros extiende el área de dispersión de los mames a las provincias de Zacatepéquez, Chiquimula y San Salvador. El abate Brasseur da también gran extensión a los antiguos dominios de los mames. Según la tradición, cuando los quichés y cachiqueles invadieron las tierras de los mames, observando que éstos hablaban un idioma harto rudo y de difícil pronunciación, les pusieron el sobre nombre de mer = «tartamudo», que los españoles convirtieron en *mame*. La primer gramática de esa lengua fué compuesta por Fr. Jerónimo Larios de la Cruz, impresa en México en 1607, según el P. Remesal. En la misma ciudad se editó en 1644 otra, escrita por Fr. Diego de Reynoso, que hoy se propone reimprimir el Museo Nacional de México.

que, según aseveran algunos, los pokomanes son originarios del Soconusco, de donde bajaron a establecerse en el actual territorio de Guatemala, y luego pasaron al que hoy es de El Salvador. En mi concepto, los *mames* son restos de los primeros cruzamientos de la raza maya-quiché con los amerindas y protonahoas, al E. de Guatemala; y los *pokomanes* son cruzamientos posteriores, más al Oeste: ambos pueblos son, pues, de la familia maya-quiché, sin ser idénticos entre sí. Lo que es el pokomán no pasa de ser un dialecto del quiché, por más que sea el tipo de la rama pokonchí, según el entendido filólogo Cyrus Thomas.

Uno de los principales núcleos de la tribu pokomán fue la región de Chalchuapa, quizás la cuna de esa raza. Después, ya a fines del siglo XV, es decir, en vísperas de la conquista, los obligaron a emigrar a Guatemala, y fueron a establecerse en los valles de Chimaltenango, Amatitlán, Petapa & &. El pueblo de Mixco fué uno de sus asientos.

Mucho más tarde, a mediados del siglo XVII, don Bartolomé de Molina, dueño de una hacienda próxima a Chalchuapa (donde se fundó la actual ciudad de Atiquizaya) trajo de Honduras una colonia de trabajadores, que fueron designados con el nombre de *panunes*. Este vocablo puede derivarse del náhuatl *panuni* o *panoni*, "extranjero", o bien del sumo hondureño *pannún*, "árbol", al igual que *quiché*, que significa "muchos árboles": indicaría que los panunes procedían de un país montañoso.

66. — En cuanto a los pueblos que hablaban el *potón* y el *taulepa-ulúa* respectivamente, y que según García del Palacio vivían en San Miguel, es decir en la vecindad de los chontales de Chaparrastique, creo que han de haber sido los ascendientes de los *lencas* de Polorós, Anamorós Lislique, Cacaopera, Chilanga & &, en el Salvador, y de otros pueblos afines en el territorio hondureño, cuyos correspondientes dialectos, sumamente disímiles entre sí, han sido hasta ahora poco estudiados (72). A esos grupos había que agregar la colonia lenca establecida a orillas del Paz, de que se habló en el Nº 61, si realmente lo era.

Squier opinaba que los lencas, chontales, payas y jicaques de San Miguel, Comayagua, Choluteca, Tegucigalpa,

(72) Como según García del Palacio el *potón* se hablaba tanto en la provincia de San Miguel como en Nicaragua, cabe suponer que ese sea el nombre propio del lenca de Cacaopera, que, como queda dicho, se hablaba también en la Matagalpa. En el presente capítulo nos referimos al antiguo gran departamento de San Miguel.

Olancho y Yoro, respectivamente, y aun los aborígenes de las islas de la Bahía, formaban una sola familia, aseveración que han impugnado Thomas y Lehmann.

Yo creo que los pueblos lencas son rectos de los primeros cruzamientos de la raza primitiva con las primeras invasiones de los maya-quichés, como los chontales, chortíes y pokomanes; pero que evolucionaron separadamente durante muchos años, sin perjuicio de verificar algunos movimientos o traslaciones, que los diseminó por distintas comarcas.

67.—Resta hablar de los *pipiles*, que eran los principales habitantes del actual Estado de El Salvador, y a los cuales consagraré muy preferente atención; mas para tratar de ellos con la debida extensión hay que comenzar por exponer lo hasta ahora mejor establecido respecto a las razas que vinieron a mezclarse con los primitivos habitantes de nuestro territorio, dando nacimiento a las diversas castas indígenas que lo poblaban en la época de la conquista.

Esos pueblos invasores fueron los nohoas y los maya-quichés, cuyo orígen y cultura debemos estudiar, como íneludible base de nuestra historia precolombina.

Desgraciadamente se cuenta con escasos documentos a ese respecto, y los pocos que existen son por demás obscuros y contradictorios, lo que ha dado origen a numerosas y muy diversas teorías respecto a la procedencia, clasificación y recíprocas relaciones de nuestros pueblos indígenas.

Los numerosos trabajos filológicos, históricos y etnográficos del abate Brasseur de Bourbourg relativos a Méjico y a la América Central, por más que contengan detalles de indiscutible y gran mérito, adulteraron y embrollaron horriblemente la historia de nuestros aborígenes. Don José Milla, cuya *Historia de la América Central* es la más notable que sobre esa materia se ha publicado, aunque no daba plena fe a las fantásticas aseveraciones del abate Bresseur, se dejó influenciar por ellas, y contribuyó eficazmente a perpetuarlas y difundirlas; mas gracias a las pacientes y sagaces labores de varios ilustres americanistas, y muy en particular de los mejicanos Orozco y Berra, Chavero, León, Pimentel, Buelna Belmar, Plancarte &. &., se han venido esclareciendo poco a poco muchos puntos que había falseado el fecundo e ingenioso abate, «verdadero perturbador, por algún tiempo, de los estudios americanístas: este hombre, en el que dominaba sobre todas sus facultades una desordenada fantasía, entre-

góse a ella por completo, pretendiendo edificar sobre cada hecho, sobre cada dato adquirido, un verdadero castillo novelesco, importándole poco la fidelidad en la traducción y el examen y distinción entre lo verdadero y lo falso para sacar sus deducciones» (Sentenach, *Op. laud.*)

Por nuestra parte procuraremos evitar esos escollos.

Ahora bien, como en nuestro concepto los primeros inmigrantes extranjeros que llegaron por estas tierras eran de la familia nahoa, hablaremos primeramente de ellos; en seguida de los maya-quichés, que fué la segunda raza de orígen extranjero que vino por acá, y, por último, de las invasiones procedentes de Méjico, poco antes de la conquista.

CAPÍTULO TERCERO

La familia nahoa

68.—He dicho ya que a mi modo de entender la más plausible escuela, en cuanto al origen de los americanos, es la de los autoctonistas moderados, que reconocen que la *base* de nuestra población indígena es originaria de este Continente, según parece del Brasil, y que diseminada paulatinamente y tal vez cruzada con antiquísimas inmigraciones de que no tenemos noticia, dió nacimiento a los pueblos de origen desconocido, tales como los otomíes, los mijes y los zoques de Méjico. Estos últimos es probable que se hayan extendido antiguamente por todo Centro-América.

Mas la civilización que los españoles encontraron en el Nuevo Mundo no era autóctona, no importando para el caso que la hayan encontrado en *decadencia* (73); había sido en gran parte producida por inmigrantes extranjeros de muy avanzada cultura.

¿De dónde vinieron esos inmigrantes?—Ya vimos en el capítulo primero de la primera parte de esta obra el cúmulo de hipótesis que se han formulado a ese respecto. Por mi parte creo, siguiendo en esto respetabilísimas opiniones, entre otras la del eximio historiador mejicano don Francisco Plancarte y Navarrete, Arzobispo de Linares, que los *nahoas* (o *nahuas* o *nauas)* llegaron del Asia en remo-

(73) M. H. Vignaud, autoctonista radical, dice: "Et, ce qui est á la fois singulier et intéressant, c'est qu'au Pérou, ainsi q'au Mexique et dans la péninsule Yucatéque, la civilisation que les Espagnols y trouvérent semble avoir été inférieure a celle qui l'avait précédée." (Prefacio á la Arqueología de M. Beuchat.)

tísima época, por el lado del Pacífico, probablemente por el estrecho de Behring, y que después llegaron, por el lado del Atlántico, los *chanes* (ulmecas), procedentes también del Antiguo Mundo, y que a éstos se deben las civilizaciones *tolteca* y *maya - quiché.*

Esas aseveraciones, aunque parezcan categóricas, deben considerarse como simples hipótesis, que cada autor aprecia a su modo: para M. Luciano Biart «*le fait est posible quoique bien improbable*» (*Les Aztéques*, p. 20), y para el historiador mejicano D. Carlos Pereyra nada debió la civilización indo-americana precolombina a influencias extranjeras.

Yo confieso que cada una de las pruebas aducidas en pro de tales inmigraciones e influencias, ya se funde en las tradiciones que nos han conservado los cronistas, ya en investigaciones etnográficas, ya en estudios arqueológicos, considerada aisladamente, apenas alcanza la fuerza de un indicio; pero tomadas en conjunto, se aclaran, apoyan y completan recíprocamente, y pueden servir de base a *opiniones* más o menos plausibles.

Siempre me han inspirado suma desconfianza las inducciones de ciertos anticuarios que han escrito sobre los monumentos del Nuevo Mundo, dicho sea con perdón del honorable y muy entendido americanista francés M. H. Beuchat que hace poco publicó su preciosísimo Manual de Arqueología Americana, precisamente, supongo yo, con la sana intención de refrenar la audacia y aplomo de los aficionados a esos achaques, a quienes basta una simple greca, un nimio detalle en el corte de una piedra, un florón de estuco, & &, para fraguar toda una teoría respecto al origen, época, cultura y *psicología* de la raza constructora.

Asombra el tupé y la imaginación de los arqueólogos!

Cuando leí los *Sacred Mysteries* de Mr. Augusto Le Plongeon, *primus inter pares*, se me vino inmediatamente a la memoria lo que dice M. Flammarión del egiptólogo M. Pluche: "Pasma verle andar con tanto desembarazo por entre las tinieblas de las antigüedades egipcias. Un antiguo sacerdote de Heliópolis, que volviera expresamente al mundo, no nos guiaría con más facilidad por ese laberinto."

Como ejemplo típico del carácter puramente sujetivo de las apreciaciones de los americanistas arqueólogos, chifladura muy común entre ellos, basta recordar las peregrinas lucubraciones que ha provocado la *Cruz* de Palenque:

Orozco y Berra la declaró un símbolo sagrado, de origen búdhico; otros han dicho que es un emblema de suplicio; Larrainzar la creyó egipcia; Lenoir opinó que es un signo astronómico, que representa los equinoxios; Waldeck dijo que figura los cuatro puntos cardinales; Charencey que representa la apoteosis de Votán & &.

69. — La realidad de antiguas inmigraciones asiáticas en América ha tenido, como dejo dicho, numerosos y habilísimos partidarios: con gran lujo de erudición se ha sostenido que Manco Capac y Mama Oella eran mogoles que arrivaron a las costas del Perú por la vía marítima.

"Imposible es, dice el Licenciado don Conrado Pérez Aranda en su citada Memoria, por las causas ya expresadas, decir qué pueblos o naciones invadieron en antiquísimos tiempos al Nuevo Mundo, procedentes del Asia y sólo se puede asegurar que fueron de raza mogólica, y que sus respectivos idiomas estaban en vía de formación, siendo en concecuencia monosilábicos: en algunos predominando el aglutinamiento, y en tiempos menos antiguos invadieron a la América pueblos que traían ya idiomas polisilábicos." Esos idiomas se han de haber alterado profundamente en nuestro Continente, a influjo de las lenguas vernáculas de por acá.

Según el insigne historiador Licenciado don Alfredo Chavero, autor del primer tomo de la monumental obra titulada *Méjico a través de los siglos*, la fecha de la llegada de los nahoas a nuestro Continente remonta a 3,877 años antes de C. Para fijarla con tal precisión se sirvió del Códice Vaticano, e interpretando los numerales de las pinturas jeroglíficas relativas a los *Cuatro Soles*, encontró para la duración respectiva de éstos las cifras siguientes:

Atonatiuh, o Sol de agua	808	años
Ehecatonatiuh o Sol de aire	810	,,
Tletonatiuh o Sol de fuego.	964	,,
Tlaltonatiuh, o Sol de tierra	1,046	,,
Total	3,628	,,

Ahora bien, perteneciendo esas pinturas al *Teoamoxtli*, según el señor Chavero; es decir, a la religión que se dice trajeron los toltecas de los pueblos del Norte que fueron su cuna, y el último de esos soles correspondiendo a la fecha

en que se compuso ese libro sagrado, el cual se formó en Huehuetlapállan, cuando se hizo la corrección del calendario, 249 años antes de C., resultan los 3,877 años preindicados. (74) Ya expondremos nuestra opinión, mejor dicho, la opi nión que optamos respecto a todo lo relativo a los *toltecas*.

Sin meternos a fijar fechas creemos, como M. Gagnon, que es muy probable que haya habido, tras una primera inmigración procedente de Caldea o de la India primitiva, una o más inmixtiones posteriores, de grupos más o menos numerosos, procedentes de la Indo-China, o de otras regiones del Asia, y esto bien puede haber sido poco antes o poco después del principio de la era cristiana; más no en vísperas de la conquista, pues se conservaría recuerdo detallado de ellas.

70. — El señor Chavero creía que los nahoas eran originarios de la Atlántida (hipótesis respecto de la cual he indicado ya mi modo de pensar) y hermanos de los *vascongados*, fundado en que el idioma vascuence, que no tiene relaciones con las demás lenguas europeas, presenta muchas afinidades con las americanas, y en particular con el nahoa; en que la combinación del 4 y del 20, base de la Aritmética Mejicana, se encuentra en la lengua de los vascongados (75), y en que éstos sostienen, ser el pueblo más antiguo de Iberia, y aun del mundo.

Los nahoas, según ese escritor, penetraron en América por el Este, ocupando una faja de Océano a Océano, a la Latitud del valle del Missisipí, y se extendieron desde los tiempos más remotos en la angosta cuchilla que queda entre la cordillera central y la costa del Pacífico, la cual corre de Norte a Sur. Más tarde, dice, que fueron cortados por otros pueblos; mas fue en esa cuchilla, entre los pararelos de 23° a 42°, donde principalmente tomaron asiento, ocupando así las grandes y hermosas llanuras de la Nevada, Utah, Nuevo México, y Arizona, el país de California, más fértil y rico en aquel entonces que ahora, y los estados mejicanos de Sonora y Sinaloa, al Oriente del Mar Bermejo o Golfo de California. La antedicha región ocupada por

---

(74) Don Luis Pérez Verdía en su *Compendio de la Historia de México* da la fecha 3,797 años antes de C.

(75) Los *vascos* (o *bascos*) contaban, según Humboldt, de la manera siguiente: 1' *bat* o *unam;* 2, *bi* o *daou;* 3, *iru* o *tri;* . . . . ; 20, *oguei* o *hugent;* 40, *bérroguei* o *daougent;* 60, *iruroguei* o *trihugent* & &. Los franceses tienen también su *quatre vingt*, y los ingleses su *four score*.

los nahoas, constituía, según el señor Chavero, el legendario *Chicomoztoc* o «Las siete cuevas», de que hablaremos después.

Esa hipótesis, que asimila a los vascos con los nahoas, ya bastante antes emitida por los tradicionalistas del siglo XVI, y que yo también acepté en otro tiempo, me parece hoy inadmisible, o por lo menos muy poco verosímil, aunque cuente en su abono el muy respetable voto del señor Chavero, y aunque se tenga por cierta la remotísima antigüedad de los vascos o éuskaros, que para algunos son los actuales representantes de los antiguos iberos, y para otros son puros, purisímos egipcios. Su lengua, que Juan Bautista Erro y Aspiroz, Pablo Pedro Astarloa y Aguirre y Manuel Larramendi, pretendían que fué la lengua primitiva de la humanidad, y que todavía, unos cuantos vascófilos rematados, como el humanista Julio Cejador y Frauca, pretenden ser el origen de incontables vocablos españoles, dicen que es distinta, no sólo de las demás de Europa, sino también de todas las indo-europeas, y muy difícil de clasificar, si bien ordinariamente la incluyen entre las *aglutinantes*, al lado de las finesas, húngaras y turcas. Además, en concepto de filólogos eminentes son poco menos que ilusorias las relaciones entre el vasco y el nahoa, de que habla el señor Chavero. (76)

Son mucho más sugestivas las razones en pro del origen asiático del pueblo de que tratamos, y de su llegada por el NW., teoría que hemos adoptado por ser la que mejor explica los hechos y la más generalmente aceptada por los autoctonistas moderados.

71.—En muchos textos de Historia de Méjico se refiere, aunque con muchas variantes en los detalles, que los inmigrantes asiáticos de que proceden los nahoas se fijaron,

---

(76) El lexicógrafo español D. M. Rodríguez Navas, en la corta, pero muy sustanciosa introducción a su *Diccionario completo de la Lengua Española* (Madrid, 1905) dice que los iberos, procedent.s de la moderna Georgia, antigua Sakarzeli, y los arios de Bactriana y de la India, se fijaron al Occidente de Europa, hace unos 6,000 años, mezclándose con los primitivos habitantes de esa región, y dando origen a los diversos pueblos de la actual raza latina; que después, doce siglos antes de la fundación de Roma, llegaron los celtas y se fusionaron con la mayoría de los pueblos que encontraron, salvo unos pocos, como los *gálatas* y los *kimris* de Francia; los *samnitas* y los *etruscos* de Italia, y los *éuskaros* de España, los cuales quedaron aislados, vegetando en sus montañas

Por el contrario, el docto escolapio español P. Carlos Lasalde, en un interesante estudio sobre *Las tradiciones históricas de España*, publicado en la *Revista Calasancia*, dice que entre los primitivos habitantes de la península, los tascos son los últimos que llegaron, procedentes de las regiones del N. y por vía marítima. Hasta llega a sospechar que sean restos del ejército de Atila, después de la derrota de éste en Chalous-sur-Marne, hipótesis que apoya en la analogía del éuskaro con las lenguas finesas y turcas.

allá en remota época, al N. del actual territorio de esa nación, mejor dicho, en California, donde fundaron la ciudad de *Huehuetlapallan*. Que de allí salieron los *toltecas* el siglo VI de la era cristiana, y llegaron al valle del Méjico en el VII. Que mucho después, en el siglo XII, descendieron al mismo valle los *aztecas* o *mejicanos*, procedentes de *Aztlán*, salidos del famoso *Chicomoztoc* o «Las Siete Cuevas».

En cuanto a que se hayan fijado los inmigrantes asiáticos al NW., de Méjico, en la región californiana, lo conceptúo muy probable; mas respecto a las restantes aseveraciones la crítica histórica las ha venido esclareciendo y modificando más o menos profundamente.

El inextricable embrollo que los cronistas, los historiadores y los etnógrafos han hecho, confundiendo y barajando de mil maneras a los *toltecas*, *ulmecas*, *chichimecas*, *aztecas*, & &., y las múltiples y contradictorias opiniones que se han emitido respecto a la ubicación de *Huehuetlapallan*, *Chicomoztoc*, *Tamoanchán*, *Tula*, *Aztlán*, y otros muchos lugares más o menos históricos, obscurecen sobremanera los orígenes de nuestra Historia precolombina.

Hoy por hoy el más notable trabajo que yo conozco, entre los escritos para esclarecer esas cuestiones, es el ya citado del Arzobispo Plancarte, trabajo en que resplandece una extensa y sólida erudición, suma sagacidad, finísimo criterio y absoluta fidelidad histórica.

Creo oportuno insistir en que es muy plausible que los nahoas hayan llegado por el NW. Según el señor Pérez Aranda los idiomas de los yucuatl, koluschi (que Humboldt llama Koluigi), los Kenayzi y los ugaliachmutzi (designados por Humboldt con el nombre de rigalachmiuti), tienen notable afinidad con el azteca o mejicano. M. Resanoff, en 200 voces de los idiomas de los Koluschi y ugaliachmutzi encontró un dozavo terminadas en *tl*, *tli*, o *tle*, como en el mejicano; M. Vater, de 200 palabras de esas lenguas, que designan unos mismos objetos, halló que 26 eran polisilábicas de la lengua mejicana, y Humboldt dice: «Al examinar con detenimiento los vocabularios compuestos en Noutka y Monterrey (Nueva California) confieso que me ha sorprendido la homotonía y las desinencias mejicanas de varios vocablos, como por ejemplo, en la lengua de los noutkeños: *apquixitl*, (abrazar), *temextixitl* (besar), *cocotl* (nutría), *huitlzitl* (suspirar,) *tzitzimitz* (tierra), e *inicoatzimitl* (nombre de un mes).

72.—El idioma que hablaban los invasores que descendieron de la región californiana al valle de Méjico era el *proto-náhuatl*, que ni con mucho ha de haber tenido la riqueza ni la elegancia del náhuatl actual. Ese náhuatl primitivo fué el resultado de lentísima elaboración, al contacto de los asiáticos inmigrantes con los grupos autóctonos que vivían en los países que aquellos ocuparon al N. de Méjico.

La corriente de inmigrantes que llegó al valle de Méjico es más que probable haya alcanzado a Centro-América, que se haya extendido hasta el actual territorio de El Salvador; mas de ello no tenemos pruebas directas, ni cabe considerar a nuestros *pipiles* como descendientes inmediatos de los proto-nahoas, porque el idioma de los pipiles, casi idéntico al náhuatl *clásico*, acusa estrecha dependencia en los tiempos vecinos a la conquista, ni cabe suponer que esta lengua—el náhuatl de la época de Montezuma—se halla formado por acá, y que los pipiles lo hallan llevado a Méjico. Esta era, sin embargo, la opinión de M. E. G. Squier, quien dice en sus *Apuntamientos sobre Centro-América* (trad. española, Paris, 1856): «puede observarse que la hipótesis de una emigración de Nicaragua y Cuscatlán a Anahuac es más conforme con las probabilidades y con la tradición, que la de que provengan de los mejicanos del N. Y es un hecho bastante significativo al de que en el mapa de sus emigraciones, presentado por Gemelli, al lugar del origen de los aztecas es designado por el signo de agua (*atl*, en lugar de *aztlan*) y un templo piramidal con gradas, cerca del cual hay un árbol de palma. Esta circunstancia no la dejó pasar desapercibida el observador Humboldt, quien dice: *Mucho me llamó la atención encontrar una palma cerca de ese teocali. Tales árboles no indican ciertamente una región septentrional.* El primitivo país de los naturales debe considerarse al Sur de Méjico».

También se refiere que Montezuma, en sus conversaciones con Cortés, indicó que la tierra de sus antepasados, quedaba en una dirección muy distinta del Norte, pero que los españoles, ya penetrados de la idea de que estaba al N., creyeron equivocado al Emperador, «¡como si él no hubiera conocido mejor las tradiciones de su pueblo!», agrega Squier.

Esa teoría, en mi concepto inadmisible por más que halague nuestro orgullo nacional, es en el fondo lo que con gran aparato de erudición americanista desarrolló el abate

Brasseur, de que la primitiva *Tula* o *Tollán* estuvo situada en la América Central, y que de allí llevaron los *tultecas* su ponderada cultura al valle de Méjico. Esa doctrina fué después vulgarizada por el historiador Milla, y es ahora la que generalmente se expone en nuestros textos de Historia Patria.

73. — Ha llegado el caso de explicar lo que se entiende, mejor dicho, lo que se debe entender por *tolteca*, palabra que todo el mundo usa, sin preocuparse de inquirir la significación y verdadero alcance del término. Unos lo emplean como nombre genérico de todos los indios de Méjico y de la América Central, lo cual es el colmo de la ignorancia; para otros es sinónimo de nahoa, de azteca, de mejica, acepción mucho menos incorrecta; otros la consideran como un epíteto que se aplica a ciertos indios notablemente hábiles, y otros reservan ese vocablo para designar a los naturales de la famosa ciudad de *Tula*, cuyas ruinas se encuentran en el Estado de Hidalgo, de Méjico. Mas es el caso que hubo, antes de que existiera esa Tula, otra u otras ciudades del mismo nombre, cuya ubicación ha sido muy controvertida, lo que ha hecho que hoy sea muy difícil interpretar las numerosas y obscuras tradiciones referentes a los *tultecas* primitivos.

El historiador D. Carlos Pereyra dice: "En rigor no hay historia de los toltecas, a quienes conocemos sólo por narraciones novelescas."

El mismo abate Brasseur, que fraguó una detallada historia de la nación tolteca, acabó por declarar que no son más que puros símbolos de los poderes telúricos, agentes del fuego subterráneo......(Quatre lettres sur la Mexique, París, 1868).

El ilustre etnógrafo doctor don Antonio Peñafiel manifestó en la tercera sesión del XI Congreso de Americanistas, que a su entender "la expresión *tolteca* comprende muchas razas de indios, y viene a ser una denominación general a semejanza de la que se ha dado por la historia a la palabra *pelasgo.*"

Alfonso Gagnon, por su parte, en su citada obra, enseña que "de hecho la denominación *tolteca* en la lengua náhuatl significa "obrero hábil o artista", y probablemente jamás fué empleada en sentido étnico."

Y sin embargo, existe un documento auténtico respecto a la historia de ese pueblo, escrito por D. Fernando de

Alba Ixtlilxochitl (trasnieto del último Señor de Texcoco, casado con Dª Beatriz Papantzin, hija de Cuitlahuac, penúltimo Emperador de Méjico), a principios del siglo XVII; el cual documento ha sido aceptado y aprovechado por Veytia, Clavigero, Prescott, Orozco y Berra, Chavero y otros ilustres historiadores mejicanos.

El doctor Daniel Wilson *(Prehistoric Man*, p. 261) fué el primero que puso en tela de juicio el valor histórico de las tradiciones que nos ha conservado Ixtlilochitl; Briton extremó la crítica en ese sentido (77): demostró que el nombre de la capital tolteca (*Tula=Tolla=Tonatlan*="Ciudad del Sol") era puramente mítica, la residencia de los antepasados divinos, capitaneados por Quetzalcoatl, dios de la luz, y que allí fijaron las leyes que rigen a los hombres.

La verdad es que la narración de Ixtlilxochitl tiene un pronunciado sabor de fábula: las cualidades de los reyes, sus reinados, todos de 52 años, uno de ellos con el nombre de un dios, Quetzalcohuatl, héroe civilizador, & &.

Con todo, la teoría de Wilson y de Brinton encontró muchos opositores, especialmente el arqueólogo Charnay; pero poco a poco se convirtieron a ella: M. Seler, en un artículo publicado en 1895; después los señores C. Thomas y R. Haebler, convinieron en que los toltecas de Ixtlilxochitl eran fabulosos.

Más, he ahí que a última hora, ha habido una verdadera reacción: el mismo Seler y M. W. Lehmann han declarado que aunque la narración de dicho historiador sea un tejido de fábulas, encierra un gran fondo de verdad.

Yo también creo en la realidad de los toltecas, si bien su historia presenta muchas dificultades, es sumamente nebulosa, debido a que se les han atribuído muchos hechos que no les pertenecen, y a que se les han confundido lastimosamente con los *ulmecas*, de que pronto hablaremos. La tradición relativa a una antigua ciudad de Tula o Tollan, y aun de dos o más ciudades de ese nombre, no es una leyenda mítica, y por fortuna los americanistas han ido esclareciendo ese punto con suma paciencia y sagacidad.

El licenciado D. Eustaquio Buelna, autor de un curioso estudio respecto a la *Peregrinación de los aztecas* y

(77). Véase: *The Mythes of the New-World*, Nueva York, 1868; *American Hero-myths*, Filadelfia, 1882, y sobre todo el artículo titulado: *The Toltecs and their fabulous empire*, en sus *Essays of an Americanist*, Filadelfia, 1890. En esas obras trata de establecer que toda la historia tolteca es puramente mítica.

de una erudita Memoria sobre *La Atlántide y la última Tule*, trató de demostrar que la Tollan o Tule primitiva estaba situada en la gran isla que ocupaba antiguamente gran parte del Atlántico actual, y que fue la cuna de la raza nahoa.

M. Biart, que asevera que "la nación tolteca es la primera respecto a la cual las tradiciones de los pueblos que ocupaban el Anahuac a la venida de los españoles nos dan datos positivos", opina que el antiguo o primitivo reino de Tollan estaba cerca del lago *Tulares*, en la Alta California, entre San Francisco y Los Angeles.

Según el historiador Chavero la región primitiva de los toltecas, donde llevaban la vida lacustre propia de pueblos que viven de la pesca, como lo acreditan los numerosos *Kjoekkem-moenddings* que dejaron, es el actual Estado de California, hacia el grado 36 de Lat. N. En esa zona y al E. del Colorado, existía, según ese autor, un lugar llamado *Mezcaltitlán* o *Mestititlán*, palabra puramente nahoa, que es el nombre de dicha región primitiva, de donde bajaron los toltecas.

Que los toltecas bajaron del N. ya lo hemos dicho; mas en cuanto al nombre que el señor Chavero da a la región de que venían parece no ser exacto: *Metztitlán* y *Teotlalpan* son dos regiones situadas al E. del valle de Méjico, a donde llegaron los nahoas, en su primera peregrinación de N. a S., como explicaremos después, y donde se unieron a los ulmecas, cuando éstos iban del Pánuco a la meseta central: en Teotlalpan se fundó más tarde la ciudad de Tula, la histórica, o del actual Estado de Hidalgo.

El abate Brasseur de Bourbourg se reduce a decir que las ruinas de *Tula* o *Tulán* deben encontrarse en uno de los valles intermediarios entre Palenque y Comitán, en el Estado de Chiapas; pero sí indica que D. Ramón de Ordóñez y Aguiar, el famoso autor de la estrafalaria *Historia del Cielo y de la Tierra*, las coloca a dos leguas al NE. del pueblo de Ococingo, cabecera del Departamento de Chilón en dicho Estado.

Esta teoría, de que los toltecas pasaron de la América Central a Méjico, de la cual ya he hecho mención y que juzgo poco plausible, ha sido nuevamente expuesta, con bastante ingenio, por mi ilustrado amigo D. Pablo Henning, en un artículo que publicó el año de 1912 en los *Anales del Museo de México*, artículo titulado "*Tamoanchán*" (lo mismo que el libro del señor Plancarte, y aparecidos casi

simultáneamente.) El señor Henning distingue tres Tamoanchán: uno extraterrestre, en el cielo, esencialmente mitológico; otro (el Tamoanchán *Chiconauhtlan* o *Chiconauhapan*=Tierra de los nueve ríos) al W. de América, al otro lado del mar, donde estuvo la casa de *Nonoval*. Allí estaban *Tulan Tulapan* (antigua capital de los tulanos o toltecas) y *Tulan Zuiva*, muy mencionada en las tradiciones quichés. De allí vinieron los cuatro *Tutul-Xiuh*, padres de los tultecas de América. Y otro Tamoanchán americano, situado al S. de Guatemala (como indica el P. Sahagún), llamado *Xochitlauaca*, *Amilpampan Xotchitlalpan*, donde estuvo la primer Tula americana, de donde fueron los toltecas o tultecas a fundar la Tula del Estado de Hidalgo, cuyas ruinas son bien conocidas.

El señor Plancarte ha establecido, con el grado de probabilidad que el caso permite, que el lugar denominado Tamoanchán cuya situación ha sido tan discutida (78) estaba en el Estado de Morelia y que las grandiosas ruinas descubiertas hace pocos años por el Prbo. D. Lorenzo Castro, en el cerro de Chimalacatlán, de la cordillera de Huautla, en el distrito de Jojutla (o de Juárez) son los de la antigua o primitiva *Tula*, capital de la federación que formaron los ulmecas, nahoas y otomíes, de que ya hablaremos, y que es una de las más felices ocurrencias del señor Plancarte.

Hemos de estar que los nahoas que llegaron y se establecieron en el N. de Méjico, en remotísima época, verificaron después tres movimientos migratorios principales: primero bajaron al S., donde estaban cuando arrivaron a América los ulmecas, y se formó la antedicha federación; después regresó gran número de ellos al país de donde habían bajado, y, por último, descendieron segunda vez, y entonces se fundó el imperio tolteca que tenía por capital la Tula del Estado de Hidalgo, cuya historia es bien conocida.

74.—Varias etimologías se han propuesto de los vocablos *Tula* y *tolteca:* el abate Brasseur asevera que la palabra *Tulha* es de origen maya y que significa "agua de conejo"; según el licenciado Buelna, *Tullan* o *Tollan* (la *ll* suena como *l* doble) se deriva de *tollin*, "tule", cierta plan-

(78). Beyer opinaba que Tamoanchán es el nombre indígena de la Vía Láctea; Preuss, que es el interior de la Tierra; Lehmann, que es el globo terráqueo. Entre los que le dan ubicación terrestre definida unos lo sitúan en Guatemala, otros en Tabasco, Chiapas o Yucatán; otros en un lugar indeterminado, entre las vertientes de la Sierra Madre Oriental y del Golfo de Méjico, en la región huasteca, y otros en Papantla o Misantla, regiones totonacas del Estado de Veracruz.

ta propia de terrenos muy húmedos, "como han de haber sido los de la Atlántida", donde, según él, estuvo la primer ciudad de ese nombre; el señor Plancarte admite de buen grado la significación que ordinariamente se da al vocablo *tultecatl*, "tolteca", que dicen equivale a "hombre entendido, artista diestro, y en tal caso, *Tula* equivaldría a "la patria de los sabios, de los artistas distinguidos." M. León Douay ha propuesto otra: de *tulun*, que en maya significa "fortaleza", y de *tec*, "sñperponer, edificar"; de modo que *tulteca* querría decir "fabricante de fortalezas", y por ende *Tula*=ciudad de constructores de castillos, significación que, por lo menos, recuerdo la fama que tenían los toltecas de ser muy hábiles arquitectos.

75.—Hemos dicho ya que en nuestro concepto es más que probable que desde los primeros movimientos migratorios de la raza nahoa, de N. a S., hayan llegado algunos de ellos a la América Central, y sean el primitivo origen de los indios, de esa raza que los españoles encontraron en Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y aun Costa Rica (79): los llamaremos "proto-nahoas", para mejor distinguirlos de inmigraciones posteriores, de gentes de la misma raza de que trataremos oportunamente.

La región de que procedían esos proto-nahoas se designa comunmente con el epíteto de *tlapalteca*, por haber existido allí la antiquísima metrópoli de dicha raza, la famosa *Huehuetlapallán*, ó «Antigua Tlapalán», que ya hemos mencionado varias veces (80).

El historiador Pereyra declara lisa y llanamente que no se sabe donde estuvo esa ciudad. El abate Brasseur, consecuente con su sistema, de que los fundadores del Imperio tolteca llegaron de Centro América, opina que por este lado ha de haber estado dicho lugar. Según él, en la época de la conquista se designaba con el nombre de «Tlapallán» las provincias situadas al Norte de Guatemala, entre los afluentes del Usumacinta y el territorio de Honduras, y agre-

(79). En el folleto sobre *Etnologia centro-americana*, publicado por D. Manuel M. de Peralta, en 1893, dice éste: "Al lado de éstos (los Chorotegas) habitaban los emigrados Nahuas, que trajeron hasta aqui (Costa Rica) la lengua y las artes de los Aztecas y el cultivo del cacao y lograron sobreponerse a los naturales."

Aun más al Sur de Costa Rica, en el territorio del Ecuador, se han recogido evidentes pruebas de la llegada de los nahoas, como lo manifiesta el P. Federico González Suárez, en el primer tomo de su excelente *Hist. Gen. de la Rep. del Ecuador*, Quito, 1890, p. 280.

(80) *Huehuetlapallan* se deriba del adjetivo *huehue*, viejo, antiguo; del sustantivo *tapaltic*, héroe, valiente, y de *an* desinencia que denota lugar; de manera que significa «lugar de los héroes viejos».

ga que los primeros cronistas llamaron a esa comarca «Tlapallán de Cortés», por haber llegado allí el conquistador de México; que a Hibueras u Honduras la denominan *Tlapallán* el historiador Yxtlilxochitl, lo mismo que don Pedro de Alvarado en su segunda carta a Cortés. El señor Plancarte creé que Huehuetlapallán, que él llama *Tlilan Tlapalla*, «la tierra oriental de los colores rojo y negro» existió en el país de donde vinieron los ulmecas, en el antiguo Continente.

Según el señor Chavero, el núcleo de los nahoas, el legendario *Chico-moztoc* estaba en las feraces tierras que riegan los ríos Gila y Colorado, limitadas, al E. por las montañas Rocallosas y al W. por el Pacífico. Allí se habían establecido siete grandes centros, siendo el principal la ciudad de *Huehuetlapallán* (si puede llamarse ciudad a un grupo o nacionalidad), cerca de la confluencia de dichos ríos, hacia el lado del mar, y con más de 100,000 habitantes.

Creo muy conciliable la existencia de esa Tlapallan con la teoría del señor Plancarte, tarea que no trato de ensayar, porque me llevaría muy lejos; hasta se me figura que los nombres «Río Colorado» y «Mar Bermejo» tienen que ver con el significado del nombre de dicha ciudad, «tierra roja».

76.—Tócanos ahora explicar lo que era el *Chicomoztoc* o «las siete cuevas», lugar semi-fabuloso, que figura en muchas leyendas indígenas.

Según el P. Sahagún (*Hist. de las Cosas de Nueva España*, lib. X, cap. 29) los nauas procedentes de Tamoanchán (que él coloca en Guatemala), avanzaron hasta las estepas del N., «las tierras frías», donde descubrieron entre las rocas siete cavernas, *Chicomoztoc,* que convirtieron desde entonces en santuario para sus preces. No contento con esa versión el P. Sahagún propone esta otra: «Por una fama que hoy que tienen todos estos naturales que salieron de siete cuevas, son los siete navíos o galeras en que vinieron los primeros pobladores de esta tierra según se colige por congeturas verosímiles».

El señor Buelna, en su folleto sobre la *Peregrinación de los aztecas,* y en su citada memoria sobre *La Atlántida y la última Tule,* declara que en su concepto el lugar de que tratamos no ha existido geográficamente en ninguna parte, no debiendo tenerse más que como el significado de la organización *septenaria* que afectaba darse la raza nahoa

(81). Así es que bien pudo estar en Atlatlán, donde se salvaron de la inundación *siete* individuos, familias o pueblos; en el Gila, asiento de siete ciudades, donde vivieron por mucho tiempo los peregrinantes; en el camino que siguieron los toltecas, de la misma raza, por Sonora y Sinaloa, en número de *siete* agrupaciones; en la demarcación de Culiacán, de donde salieron para continuar su viaje *siete* tribus nahoas.

El misterioso Chicomoztoc, que siempre se ha considerado como la patria primitiva, o lugar de estancia prolongada, o, por lo menos pasajera residencia de las *siete* familias *nahuatlacas*, o «gente que se explica y habla claro» (82). llegaron, según dicen, al valle de México después de la destrucción del Imperio Tolteca, en el siglo XII.

Las tradiciones, más o menos vagas, respecto al Chicomoztoc y las exageradas narraciones de los primeros exploradores del inmenso territorio que se extiende desde la península de Florida al río Colorado, dieron nacimiento a la célebre leyenda de las *siete Cibdades de Cibola* o *Cabola* (83). Las primeras narraciones a este respecto fueron las que trajo en 1536 Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, al regresar de la expedición que emprendió a la Floridá con el Adelantado Pánfilo de Narvaez, y que dió por resultado que Cabeza de Vaca, acompañado de otros dos españoles y del negro alárabe Estebanico, atravesasen nuestro Continente de Océano a Océano, tras ocho años de aventuras y penalidades de toda clase. Tan maravillosa pintura hacía Cabeza de Vaca de lo que había visto, que entusiasmado el Virrey Mendoza envió a Fray Marcos de Niza, acompañado de otros varios en 1538, para conquistar aquellos lugares llenos de riquezas, expedición que si bien no tuvo el éxito apetecido, sí acabo de trastornar el juicio al Virrey y a Her-

(81) Esa predilección por el número *siete* es muy digna de atención y recuerda al instante las excelencias que en el Antiguo Mundo se ha atribuído a ese número, como consta en numerosos pasajes de la Biblia, en los expositores del sistema pitagórico, en el prólogo de las *Siete Partidas*, en la curiosísima obra de Dupuis sobre el *Origen de todos los cultos*, en los libros masónicos, cabalísticos y astrológicos, etc., etc. Hasta Alejandro Dumas en sus *Compañeros de Jehú* nos ministra datos a ese respecto: dice que en Aviñón habia antes de 1790, *siete* hospitales, *siete* cofradías, *siete* conventos de frailes, *siete* de monjas, *siete* parroquias, *siete* cementerios; que *siete* papas vivieron allí, durante *siete* decenas de años; etc., etc.

(82) Esas siete familias eran éstas: la de los *xochimilcas* (poseedores de cementeras de flores), la de los *chalca* (poseedores de bocas), la de los *tecpanecas* (gentes del puente de piedra), la de los *acolhuas* (poseedores del cerro encorbado), la de los *tlahuicas* (gentes de hacia la tierra), la de los *tlaxcaltecas* (de la tierra del pan), y la de los *aztecas* (pobladores de Aztlán); todos ellos de un mismo origen.

(83) En la Geog. Super. ilustrada de Appleton, p. 28, se lee: «En el valle del *Chaco* en Nuevo Méjico, perteneciente antes al territorio mexicano, se conservan, cerca de las casas-pueblos de los industriosos indios *Zunis* unas ruinas especiales que algunos llaman *Las siete ciudades de Cebola*, antigua morada de indios sencillos y valientes».

nán Cortés, tal era la descripción que Fray Marcos hacía de las ciudades de Cibola, Quibiria, Murata, Acús, Totlonteac, etc. etc., las que, según él, eran poco menos que encantadas. La relación del Reverendísimo Padre entusiasmó al Virrey, quien despachó una nueva expedición a las órdenes de Francisco Vásquez de Coronado, y Cortés por su parte organizó otra, al mando de Francisco de Ulloa. La primera partió por tierra, la segunda por mar, del puerto de Acapulco en 1539. Un año después envió otra el Virrey, también por agua, a las órdenes de Hernando de Alarcón, para socorrer a Coronado, si era preciso.

Ulloa y Alarcón nada lograron; Coronado consiguió por lo menos disipar los dorados sueños que se habían forjado el Virrey Mendoza y Cortés respecto a las ciudades de Cibola.

Varios historiadores mejicanos han sostenido que las ruinas existentes en un paraje del partido de Villanueva, en el Estado de Zacatecas, conocidas con los nombres de "Chicomoztoc," "Ruinas de la Quemada" (nombre de una hacienda próxima,) "Los Edificios" "Coatlicamatl" y "Quemoita" (nombre que parece corruptela de la voz Quemada) son realmente las ruinas de la antigua ciudad de *Chicomoztoc*, fundada por los aztecas durante su peregrinación, en el valle de Tuitlán, en recuerdo, sin duda, del país de que procedían; mas otros han hecho ver que son los restos de la ciudad de este último nombre, Tuitlán, a los que impropiamente se ha aplicado el de Chicomoztoc. (84)

Ultimamente el señor Plancarte ha esclarecido y simplificado gran número de árduos problemas históricos, entre otros el relativo a la ubicación del Chicomoztoc: según su muy respetable opinión estaba situado ese lugar en Culhuacán, a dos leguas de Méjico, donde estaban establecidas varias tribus nahoas, después de su primer peregrinación de N. a S. y de donde regresaron más tarde al país de su origen, para volver a descender después. Del Chicomoztoc salieron, según él, los nahoas del valle de Méjico, a la llegada de los Ulmecas, para aliarse con éstos en el Tamoanchán.

Culhuacán es otro nombre histórico-geográfico que ha dado mucho que hacer a los señores americanistas: Brasseur de Bourbourg distinguía nada menos que tres lugares de

(84) V. en las Memorias del XI Congreso de Americanistas, celebrado en Méjico en 1895, los dos trabajos relativos a la cuestión del Chicomoztoc, presentados por D. Elías Amador, quien a la postre sostuvo que las referidas ruinas son las del Chicomoztoc, y no simplemente de Tuitlán.

ese nombre: Culhuacán de *Tlapallan*, o Nachán, que es el mismo Palenque de la región quiché, o estaba muy cerca; *Teo-Culhuacán*, en Sonora, y otro Culhuacán en el valle de Méjico. El señor Plancarte sólo reconoce este último, cuya existencia es indiscutible. "El haber sido Culhuacán antiquísima morada de los nauas, dice, aún antes que recibieran la civilización; el estar tan cerca de las cuevas que evidentemente sirvieron de albergue a esta tribu en su época de barbarie y la tradición que asegura que Mixcoatl descubrió el fuego en ese mismo monte, son indicio seguro de la veneración con que todos los nauas veían ese lugar."

Terminaré esta ya larga digresión respecto al legendario Chicomoztoc, consignando la correspondiente tradición quiché: refiere el Popol-Vuh que habiendo salido de una región del Oriente, que no puntualiza, las tribus del Quiché, de Tamub y de Ylocab, con las trece de Tecpán (Pokomanes y Pokonchíes, según Brasseur,) los del Rabinal, los Cachiqueles, los de Tziquinahá, los Yaqui (de que ya hablaremos) y otros varios pueblos, capitaneados por *Balam-Quitzé*, *Balam-Agab*, *Mahucutah* e *Yg-Balam*, quienes reunían el doble carácter, según parece, de caudillos y de sacerdotes, y cuyos nombres, según el P. Ximénez, significan respectivamente "Tigre de la risa dulce", "Tigre de la noche", "No acepillado" y "Tigre de la Luna o de Chile", llegaron a un lugar llamado *Tulanzú*, según Ximénez, o *Tulan-Zuiva*, *Vukub-Pek*, según Brasseur. Este lugar lo identifica Milla con la primitiva Tula, que, como se dijo, pretende el mismo Brasseur haya estado en Chiapas. Según el señor Plancarte, *Vukub-Pek*, o «las siete cuevas o barrancos» alude al Tulan-Culhuacán de los anales de Cuautitlán, que es, como digimos, el Chicomoztoc, por donde pasaron los ulmecas (maya-quichés) yendo del Tamoanchán para el S. según explicaremos en el capítulo siguiente.

77.—Nuevos elementos nahoas bajaron a Centro-América después de la destrucción del imperio tolteca, en el siglo XII (85); «regresaron» diríamos, si hubiéramos aceptado la teoría del abate Brasseur a este respecto.

Esos *tultecas*, de origen nahoa, pero ya cruzados con los ulmecas, y que vinieron por acá, son los *yaquis* de las

(85) Los tultecas salieron del N. según unos en 544, según otros en 596 y según otros en 607; llegaron, dicen, hacia 661; fundaron la Tula del Estado de Hidalgo en 667 (o en 713.) El reino tulteca duró cuatro siglos y medio hasta 1031, según cálculos de unos, o hasta 1116, según otros.

tradiciones quichés, que nada tienen que ver con sus homónimos que habitan en las márgenes del río Yaqui, en Sonora. También se ha dado el nombre de *Yaquis* a los *xicalancas* y *nonoalcas* que acompañaron a los ulmecas en su viaje del Tamoanchán hacia el S., como dice el señor Plancarte.

Unos y otros eran *tultecas*, con la diferencia de que en los primeros predominaba el elemento nahoa y de que vinieron hasta el siglo XII; en tanto que en los segundos predominaba el elemento maya-quiché y vinieron mucho antes. Eso explica y hasta cierto punto justifica la gran comprensión que se ha dado al epíteto *tolteca*.

Yac es la raíz del quiché *yacah*=fundar, edificar, y de *yaqui*=langosta *(chapulín)*; así es que dicho nombre corresponde muy bien a ambas clases de toltecas, tanto porque gozaban de gran fama como arquitectos, como porque es probable se hayan presentado en gran número, como nubes de langosta. En náhuatl significa, según Brasseur, «el que va», es decir «el que marcha, trashumante, nómada», mejor dicho, «inmigrante.»

En mi concepto los yaquis primeramente llegados (xicalancas y nonoalcas) fueron los fundadores de Copán, cuyos restos constituyen uno de los principales elementos con que se cuenta para el estudio de la cultura maya-quiché. Según los cálculos de M. Bowditch la fundación se verificó el año 34 de C., y fué abandonada el 231, mucho antes de la llegada de los otros yaquis, que se establecieron allí, y fundaron el reino de *Hueytlato* o *Payaquí*, cuya historia no es conocida.

En cuanto a idioma, según parece no prevaleció el de estos yaquis invasores, que ha de haber sido el náhuatl, pues en la época de la conquista era el chortí la lengua de esa comarca, lo cual indica, por una parte, que no encontraron a Copán completamente abandonado y que eran pocos los tales yaquis, y, por otra, que el chortí fué producto de la mezcla del náhuatl con el maya-quiché, predominando éste.

Algunos dicen *Copán-Calel*, es decir "Copán el hermoso, el claro;" de *cal*, que en quiché equivale a esos epítetos. (86)

(86) También algunos cronistas han dado el nombre de *Calel* o *Galel* al cacique que defendía a Copán cuando en 1530 fué atacada por los españoles al mando de Hernando de Chávez y Pedro Amalín, y según el P. Juarros, Copán «hubiera sido capaz de mantenerse contra los ejércitos de Napoleón 1º», sino hubiera sido la traición de uno de los defensores de aquel formidable castillo, defendido por 30,000 guerreros, la que dió el triunfo a los conquistadores. En esto hay probablemente mucha exageración.

Todavía en la época en que visitó esas ruinas el Oidor García del Palacio, los indios de Copán conservaban el recuerdo de que descendían de un gran señor de Yucatán, que conquistó el país y construyó los edificios. La etimología de la voz Copán alude a esa tradición: de *cocom,* que en maya es el nombre o título de un jefe principal, y de *pan,* "bandera, estandarte;" lo cual parece justificar la opinión del señor Chavero, de que dicho lugar era un baluarte o fortaleza en los confines meridionales del territorio maya-quiché. Para todo lo relativo a esos monumentos puede consultarse la importante obra de Mr. Herbert J. Spinden, titulada *A Study of Maya art.* (Cambridge, EE. UU., 1913.) (87)

El vocablo *Hueytlato* es náhuatl y significa "grandes habladores," supongo que tomada la expresión por buena parte (conversadores, oradores), y *Payaquí* desde luego se comprende que se refiere a los yaquis.

Conocidísima es la tradición de que el último rey tolteca Topiltzin Acxitl, cuyo fin se desconoce, vino con los que quisieron y pudieron seguirle, a fundar dicho reino de Payaquí.

Entre el laberinto de leyendas relativas a Quetzalcoatl, a quien se han dado otros varios nombres o títulos, entre otros el de *Ceácatl,* por haber nacido, o por haber venido en el año *ce acatl,* hay una relativa a su fuga en Tula hacia Tlapallan, y de aquí provino un embrollo que dió por resultado que a Topiltzin se le diera el título de "*Segundo Quetzalcoatl*". Una de las pinturas del Códice Vaticano se refiere a esa fuga.

En la *Hist. de los mexicanos por sus pinturas,* documento precioso de autor desconocido, publicado en los *Anales* del Museo de México, se alude a esas tradiciones y del tenor del pasaje se deduce que a consecuencia de tal hecho y quizás porque el primitivo nombre del reino de Payaquí haya sido *Tlapallan,* en recuerdo de la antigua, a Honduras, mejor dicho a la región de Copán, se designaba con ese término. De dicho pasaje resulta también que los fugitivos pasaron por Cuscatlán (El Salvador), donde se quedó una parte de ellos. He aquí el pasaje a que me refiero:

(87) Según Brasseur la forma propia es *Copantli,* voz náhuatl; alusiva a cierto mito tolteca y que significa «sobre la olla», y agrega que *Chiquimula* era el nombre primitivo, que conservó la ciudad fundada por los españoles en esa región, no lejos de las ruinas de Copán.

". . . . . como Ceácatl fué mancebo hizo siete años penitencia andando solo por los cerros y sacándose sangre porque los dioses le hicieron gran guerrero, y en el treceno sexto después del diluvio comenzó este Céacatl a guerrear y fué el primer señor de Tula, porque los moradores de ella lo tomaron por señor, por ser valiente. Este Ceácatl vivió hasta el segundo año del noveno trece, siendo señor de Tula y cuatro años antes hacía un templo en Tula muy grande y estando haciéndolo vino a él Tezcatlipoca y díjole que hacia Honduras, en un lugar que *hoy día* también se llama Tlapalla tenía su casa fecha y allí había de ir a estar y morir y había de dejar á Tula, y en aquel le tienen a Ceácatl por Dios: el cual le respondió a lo que Tezcatlipoca le dijo, que el cielo y las estrellas le habían dicho que había de ir dentro de cuatro años y ansí acabados los cuatro años se fué y llevó consigo todos los masaguales de Tula y de ellos dejó en la ciudad de Cholula y de allí descienden los pobladores de ella y otros dejó en la provincia de Cuscatlán y de los cuales descienden los que la tienen poblada y ansí mismo dejó en Cempual otros que poblaron allí y él llegó a Tlapalla y el día que llegó cayó malo y otro día murió".

El concepto final, la inmediata muerte de Ceácatl, no la tomo al pie de la letra: para mí significa que la Tlapallan hondureña, probablemente Copán, mejor dicho, el reino de Payaquí, fué de muy corta vida y escasa importancia, como que apenas se tiene un vago recuerdo de que haya existido. Eso no se opone a que los chorties hayan organizado después una nueva nacionalidad en Copán la cual subsistía en la época de la conquista.

Su territorio dicen que abrazaba el actual departamento de Chiquimula, de Guatemala, o una parte de él; una porción del actual territorio de Honduras, al SE. y otra del de El Salvador por el lado de Citalá. Ha de haber colindado con el señorio de Cerquín, patria del invicto Lempira, también de raza Chortí.

78.—Aun tengo que hablar de otro pueblo nahoa, que varias veces he mencionado ya en las páginas anteriores, el cual contribuyó directa y notablemente a la formación de la raza pipil de El Salvador, y por tanto nos interesa conocer el origen de ese pueblo: los *aztecas o mexicas.*

Es doctrina que pudiera llamarse clásica, por lo generalmente admitida y expuesta en los textos de enseñanza de

Historia de México que a raíz de la destrucción del imperio tolteca llegaron al valle los *chichimecas* (88), al mando de su rey Xolotl.—"Eran, dice el señor Pérez Verdía, de diferente raza (que la tolteca), hablaban distinto idioma que hoy está enteramente perdido y tenían una civilización muy inferior. Parece que el nombre *chichimeca* significa "águilas" aunque otros suponen que quiere decir "chupador de sangre"; pero en lo que no cabe duda es en que tal nombre lo reputaban glorioso todos los que lo llevaban. Procedían del N., en donde tuvieron una monarquía que contó trece reyes anteriores a su peregrinación, y que duró, según sus crónicas, 2515 años; su capital Amaquemecan, aunque no se sabe en qué lugar estaba situada, se la supone próxima a Huheuetlapallán. (89)

Después de los chichimecas, llegaron al valle de Méjico otros varios pueblos, los *nahuatlacas* que ya hemos mencionado, todos procedentes, según el señor Pérez Verdía, de *Aztlán* (tierra de las garzas) y de *Teoculhuacán* (tierra de los que tienen abuelos divinos) lugares próximos entre sí, en regiones remotas, en la Alta California, según dicen algunos. Todos esos pueblos nahuatlacas eran de un mismo origen y hablaban la misma lengua, el *náhuatl* primitivo o arcaico.

La última familia que llegó fué la de los *aztecas*, cuya peregrinación tardó 165 años, conforme el cómputo hecho o aceptado por el historiador que acabo de citar.

Es increíble cuánto fósforo se ha gastado investigando la situación del tal Aztlán y analizando punto por punto el itinerario de la tribu azteca, sin olvidar el más insignificante detalle.

---

(88). He aquí otro término que ha puesto las botas a los americanistas. Generalmente se admite que los *chichimecas* procedían del N., como los nahoas, pero que eran más toscos y atrasados que éstos. Según Pereyra pertenecían a la familia de los *meca*, mezcla de los otomíes y de los naohas. El señor Pérez Aranda dice que la primera invasión chichimeca debe haber comenzado a principios de la era cristiana, y el señor Plancarte se reduce a decir que *quinames* (gigantes) *otomíes* y *chichimecas* es la misma cosa y da el nombre de *teochichimecas* a los chichimecas nahoas, a los cuales otros denominan chichimecas "cazadores", y se les considera más emparentados o cruzados con los nahoas. La verdad del caso es que los únicos chichimecas históricamente conocidos son los que condujo Xolotl en el siglo XII

(89). Fray Alonso Ponce, en la Relación de su viaje a Nueva España, en 1584, dice: "*Chichimecas* es un vocablo mexicano y nombre genérico, debajo del cual se comprenden muchas naciones de indios bárbaros de diferentes lenguas, que se ocupan en robar, saltear y matar en lo de México hacia Zacatecas, y de la otra parte, y a un lado y a otro. Todos estos indios de guerra son llamados comunmente chichimecas de los españoles y aun de los indios mexicanos y tarascos." Y la *Guerra de los chichimecas*, atribuída antes a Gil González d'Avila, y que más bien parece ser escrita por Gonzalo de las Casas, comienza así: "Este nombre chichimeca es genérico, puesto por los mexicanos en inominia de todos los yndios que andan vagos, sin tener casa ni simentera. Se podrían comparar a los alarabes. Es compuesto de *chichi*, que quiere decir *perro*—y *mecatl*, cuerda o soga, como si dixessen Perro que trae la soga rastrando."

El señor Orozco y Berra descubrió que los aztecas hicieron dos viajes: uno antiquísimo, regresando después de muchos años al país de su origen, y la legendaria peregrinación de que tratamos ahora; es decir, atribuyó a los aztecas lo que probablemente fué hecho por los toltecas, quienes, según digimos, efectuaron dos inmigraciones, una antes y otra después de la federación del Tamoanchán.

Para el señor Buelna, *Atlatlán*, *Aztatlán*, *Aztlán*, vienen a ser la misma cosa, «el país del rey Atlas», es decir la Atlántida, cuna de la gran familia nahoa.

M. Biart en su interesante libro sobre los aztecas, dice, que según unos autores, Aztlán estaba ubicada cerca de la laguna Chapala, y según otros cerca del Golfo de California; pero que según los documentos que se poseen debió estar en una isla, y en consecuencia, acepta la hipótesis de que Aztlán estaba ubicada en la isla de Mexcala, de dicha laguna, hipótesis debida, según parece, al señor Orozco y Berra, y declarada inadmisible por el señor Pérez Verdía. M. Biart, además, acepta la idea de que los aztecas descienden de los *mound-builders* y de los *Cliff-dwellers*.

El señor Plancarte asevera, y creo que con muy buen fundamento, que la tan comentada peregrinación de los aztecas es fabulosa; que Aztlán estaba en el mismo valle, cerca de Culhuacán.

Mas lo que es indudable es que los aztecas fundaron la ciudad de *Tenochitlán* o *México*, el 18 de junio de 1325, según la Cronología generalmente aceptada, y que ellos son los primitivos, los genuinos *mexica* o *mejicanos*. (90)

---

(90) Respecto al origen y significación del nombre *México* véase el *Diccion. de Mitología nahoa* del muy erudito licenciado D. Cecilio A. Rovelo, en el artículo «Fundación de México», y el estudio que sobre ese punto publicó el mismo señor Rovelo en el *Boletin del Museo* (1913). Por mi parte me concretaré a recordar un estudio publicado en el No. 485 de *El Correo de Ultramar*, hace más de cuarenta años, escrito por el conocido filólogo señor Chimalpopoca, quien encontró que dicho vocablo significa: «lugar o residencia de vos magnates, vos nobles, vos insignes, vos caballeros, &&», Sin meterme a juzgar respecto al valor intrinseco de esa etimotogia, hago constar que en el informe que dió la Municipalidad de nuestro pueblo de Mejicanos, el 24 de noviembre de 1860, para la «Estadística de San Martín», se dice que los naturales de esa población conservaban idea de que el nombre *Mejicanos* significa «lugar de refugio» que no deja de coincidir con lo que encontró el señor Chimalpopoca.

CAPITULO CUARTO

La familia ulmeca o maya-quiché

79.—Varias veces he insinuado en las páginas anteriores y ahora lo repito, para que el lector no pierda el hilo de mi exposición, que me he visto obligado a interrumpir varias veces con largas disgresiones, que en mi concepto la población indígena del actual territorio de El Salvador, tal como estaba constituída en la época de la conquista, era el resultado del cruzamiento, más o menos íntimo, de los siguientes elementos:

a) Los *amerindas* o raza primitiva o autóctona, respecto de la cual es razonable suponer que existió en nuestro suelo desde muy remota época, que ha de haber poseído ya, cuando llegó, un idioma o dialecto, aunque muy pobre, rudimentario y variable. Ninguno de los pueblos indígenas que existían por acá cuando llegaron los españoles representaba genuinamente a esa raza primitiva.

b) Los *proto-nahoas* (que algunos llaman, con poco acierto, *teochichimecas* o chichimecas nahoas), que muchos siglos antes de Cristo principiaron a llegar a nuestro territorio, procedentes del N., ya más o menos cruzados con la raza vernácula; probablemente por grupos poco numerosos y en estado vecino de la barbarie.

c) Los *ulmecas o maya-quichés*, procedentes del Tamoanchán y, por ende, *toltecas* o *tultecas*, a los cuales acompañaban, en su emigración hacia el S. los *xicalancas* y *nonoalcas*, que el señor Plancarte designa con el nombre de *yaquis*, epíteto que aplican otros a todos esos inmigrantes. De ellos descendían principalmente los *sincas* de Izalco, los *pokomanes* de Chalchuapa, los *chorties* de Tejutla, los *chon-*

tales de Chaparrastique y los *lencas* de las márgenes del Torola. Estos pueblos se posesionaron del país, mas nuevas inmigraciones nahoas preponderaron después en varios puntos o regiones respecto de ellos. Estos toltecas fundaron las ciudades de Copán, de Tehuacán, etc. etc. (91).

d) Los *toltecas* o *yaquis* que vinieron a principios del siglo XII, a raíz de la destrucción del reino que tuvo por metrópoli la *Tula*, cuyas ruinas existen en el Estado de Hidalgo. En estos toltecas predominaba la sangre nahoa, en tanto que en los otros predominaba la sangre ulmeca o maya-quiché.

e) Por último, los *aztecas* o *mejicanos*, ascendientes inmediatos de los pipiles.

De las primeras invasiones nahoas y de la venida de los toltecas o yaquis que llegaron el siglo XII, ya hemos dicho lo bastante; ahora vamos a tratar del elemento ulmeca o maya-quiché, dejando para después las inmigraciones aztecas, que fueron las últimas.

Ya en varios estudios etnógráficos que publiqué en el *Repertorio Salvadoreño* el año de 1892, me separé abiertamente de las teorías del abate Brasseur de Bourbourg respecto a los orígenes y proto-historia de nuestras razas indígenas, teorías en que se inspiró intensamente el señor Milla al escribir la Indroducción al primer tomo de su *Historia de la América Central*, y en este capítulo, de primordial importancia al respecto de que tratamos, me separaré aun más, rectificando a la vez muchas de las aseveraciones que consigné en los referidos artículos.

80.—No me atrevo á decir que sea cosa averiguada, pero sí muy probable, o por lo menos muy plausible, el origen *asiático* de la «civilización del Sur» (92), sin pretender que esta hipótesis dé satisfactoria contestación a las cuatro preguntas siguientes:

¿Quiénes eran, de qué punto del Asia venían esos inmigrantes?

---

(91) Tehuacán era la cabecera de la región nonoalca en el territorio de El Salvador. M. Lehmann, en su artículo «Problemas Americanos», publicado en «Centro-América Intelectual» (Septiembre de 1909) dice: «Es indudable que un miembro de esa familia (la maya), sean los pocomám, chortíes, u otra tribu desconocida, han construído las ruinas de Tehuacán, y han dejado restos de cerámica en San Vicente, que ofrecen mucha semejanza con la loza antigua de la isla de Zacate Grande, enfrente de Amapala.»

(92) Aunque la expresión «civilización del Sur» se refiere a la posición que los maya-quichés ocuparon en Méjico, en la parte meridional, hoy es generalmente usada por los americanistas de todos los paises, para designar a éstos.

¿Por dónde y cómo vinieron?

¿Cuándo llegaron?

¿Por dónde entraron, dónde se establecieron primeramente?

Sobre cada una de esas cuestiones se han escrito millares de páginas, en las que campea, por lo general, mucha erudición y sumo ingenio, pero también salta a la vista el empeño con que cada escritor procura presentar los hechos de manera que sólo exhiban la faz favorable a la teoría que él sostiene, no sin desfigurarlos á las veces para que mejor se acomoden a las tendencias e ideas preconcebidas por el autor respectivo. Eso dificulta en gran manera el análisis y disquisición de las diversas teorías y el lograr formarse una opinión bien definida respecto a cada problema, pues no se halla, como vulgarmente se dice, a qué carta debe uno quedarse. Hace más de treinta años que principié a estudiar con empeño nuestra historia precolombina, y, francamente, aun no he logrado formarme una idea fija y clara (aun prescindiendo de detalles) respecto a los «problemas de origen». Al escribir esta obra he hecho un esfuerzo supremo para sintetizar, lo mejor que me ha sido posible, las nociones que considero más aceptables, de manera que formen un todo armónico.

81.—Siempre he creído que la raza maya-quiché es originaria del Antiguo Mundo, lo mismo que la nahoa, con la diferencia, muy importante por cierto, de que ésta nos llegó por el Pacífico y aquella por el Atlántico; que de la nahoa ha de haber habido inmigraciones sucesivas, verificándose las primeras en una remotísima época, y que de la maya-quiché es probable haya habido una sola inmigración, bastante lejana, pero posterior a las primeras de los nahoas; que la cultura indígena de Méjico y de la América Central se debe principalmente a la raza maya-quiché, mucho más que a la nahoa.

A influjo de esas ideas escribí dos cortos estudios, respectivamente titulados «*La Caava de la Meca y la Cahba de Utatlán*, y *Hobal y Hobó*, que se publicaron en *La Universidad* (enero y febrero de 1892). No repetiré aquí lo que dije en esos artículos; bástame ahora insistir en que el simple hecho de haber existido en el Asia, desde tiempo inmemorial, un templo denominado *Caava*, en el cual se veneraba y aun se venera una piedra negra, y el pozo de *Zemzem*, y se hacían cruentos sacrificios a *Hobal*, y en

Utlatán, capital de los quichés, otro templo del mismo nombre, *Cahba*, con otra piedra y otro pozo consagrados al culto, y con sacrificios al sanguinario dios *Hobó*, constituye una fuerte presunción de haber habido relaciones de dependencia de los utlatlecos respecto a los árabes anteislámicos.

Los descubrimientos arqueológicos hechos últimamente en Arabia, por Doughty, Euting, Huber y Glaser confirman esa inducción. En efecto, he aquí lo que dice M. H. Sayce hablando de esos hallazgos, en un artículo publicado en 1890 en la *Contemporary Revew*: «Los miembros del último Congreso de Orientalistas se maravillaron al tener noticia de que ese país que se había supuesto ser poco más que un desierto arenal, habitado por vagabundos nómadas, y que su primera aparición en la historia corresponde a la época de Mahoma, haya sido un centro de luz y de cultura en época remota.»

Y después agrega: «Por otra parte, estudios posteriores han confirmado las ideas del doctor Glaser sobre la gran antigüedad del reino *Mineo*, y la extensión de su poder, desde el S. de la Arabia hasta las fronteras del Egipto y Palestina. No puede dudarse que precedió a la elevación del reino de Saba, el Sheba del Antiguo Testamento».

Había, pues, antiguamente un gran reino en la Arabia, cuya capital era *Ma'in* (nombre muy parecido a *Maya)*, y en 1892 no vacilé admitir que cabe en lo posible que hayan sido *míneos* los ascendientes extranjeros de los maya-quichés, llegados por acá en el siglo XXV antes de C.

Ahora bien, según los cálculos de M. Morgan en tiempos anteriores al siglo XXV antes de C. apareció en el Mediterráneo la edad eneolítica, contemporánea de los monumentos megalíticos del Africa septentrional y de la Europa occidental, cuando en el Asia Menor ya eran conocidos los metales. Suponiendo, como supone el mismo autor, que la civilización americana no pudo tener principio después del siglo XV, tiempo en que ya eran conocidos los metales en todo el Antiguo Continente, es evidente que el cómputo que antes hice, respecto a inmigrantes mineos, es bastante exagerado en cuanto a antigüedad, no debiendo remontar más allá del siglo XV.

Según la teoría, tan peregrina como ingeniosa, emitida por el señor Plancarte, en su citado libro sobre el *Tamoanchán*, los inmigrantes de que tratamos, cuyo nombre propio era *chanes*, y a los que los nahoas llamaron después *ulmecas*,

eran unos cuantos sabios y literatos, que allá por el siglo XV antes de C. salieron del Antiguo Mundo, en comisión científica, a estudiar la region en que se pone el Sol, y vinieron a parar a las costas de México, al Pánuco, importando así en estos países la civilización mediterránea de aquel entonces. (93)

Por extraña que parezca la ocurrencia del señor Plancarte, respecto al objeto que trajo a los astrónomos chanes, recuérdese que para los antiguos, que consideraban a la Tierra como una llanura indefinida, era un gravísimo problema el relativo al ocaso del Sol y a cómo volvía al E. para reaparecer el siguiente día.

Aun después que los pitagóricos introdujeron en los estudios cosmográficos la noción de la esfericidad y aislamiento de nuestro planeta, eran muy validas una multitud de patrañas respecto al movimiento diurno del Astro Rey.

El mismo Tácito, el mas sensato de los historiadores romanos, refiere con su acostumbrada seriedad, que en el fondo de la Germania se veía el ocaso del Sol. Epicuro y su escuela creían que los astros se apagan cuotidianamente al ponerse. Todavía, en tiempo de Augusto, Cleómedes se vió obligado a combatir las ideas de los epicúreos respecto a los ortos y ocasos de los astros. «Esas enormes necedades, exclamaba indignado, no tienen otro fundamento que un cuento de viejas, según el cual los lberos oyen todas las tardes el chirrido que produce el Sol al apagarse, como un hierro candente, en las aguas del Océano.» Y Floro, relatando la expedicion de Décimo Bruto por las costas de España, afirma que éste no quería detenerse en sus conquistas hasta presenciar la caída del Sol en el mar.

No tiene, por tanto, nada de inverosímil el objeto de la comisión científica imaginada por el señor Plancarte, mas por nuestra parte aceptamos simplemente el hecho de la venida de los chanes hacia el siglo XV antes de C., sin meternos

---

(93) Según las enseñanzas del señor Chavero, en el siglo X antes de C. los habitantes del Tamoanchán o costa del Golfo de México, que pertenecían según él a la raza del Sur, invadieron la meseta central, ocupando el terreno comprendido entre Teotihuacán y Cholula, donde más tarde estuvo el núcleo de los *ulmecas*. La rama votánide que penetró a la mesa central es a la que se le dió el nombre de *Vixtoti* Los Vixtotí constituyeron una nueva teocracia, en un todo semejante a la de Zamná y de Votán de que hablaremos oportunamente, y cuyo gobierno se dice abarcaba todo el Tamoanchán: esta nueva teocracia es la de *Xelua* o *Xelhua* o *Xelva*, personaje eminentemente lejendario, primogénito de *Iztacmixcóatl* e *Ilancuey*, que algunos hacen jefe de los ulmecas. El rey—sacerdote de la teocracia de *Xelua* residia en *Chololian* o *Chulul* (Cholula), hoy del Estado de Puebla: es la ciudad que Hernán Cortés llamó *Chuzultecat,l* famosa por sus monumentos.

a indagar qué objeto traían, o si vinieron sin quererlo, arrastrados por el mar.

La tendencia a precisar los detalles, en este género de investigaciones, es contraproducente: en vez de argüir exactitud e infundir fe, inspira desconfianza. El mismo señor Plancarte ha tenido la prudencia de abstenerse de fijar con matemática precisión la procedencia de los chanes. Su reserva a este respecto es claro indicio de su profunda honorabilidad como historiador. Lo de la comisión científica que traían esos sabios debe considerarse como un simple modo de decir que eran gentes de muy superior cultura respecto a la de los habitantes del país a que llegaban, hipótesis muy razonable. (94)

Después de la oportuna advertencia de que las navegaciones de los africanos en la edad neolítica y en la eneolítica no sólo se extendían al Mediterráneo, sino que por el Océano llegaban a España, nos dice el señor Plancarte: «Para probar la semejanza de objetos, ritos e industrias cretenses, egipcias, frigias, troyanas y micenas en Méjico, no es preciso suponer que embarcaciones egipcias o cretenses, desde el fondo del Mediterráneo hayan penetrado al Golfo de México. Es un hecho fuera de duda que el Africa nord-occidental, en la época a que me vengo refiriendo, estaba en comunicación con todas las playas del Mediterráneo, desde el Egeo hasta Gibraltar. Si la civilización mediterránea de la edad del cobre es de origen africano, los mismos africanos que la llevaron a Creta y al Egipto, la llevaron también a México, y si es de origen cretense, entonces los africanos la recibieron de los cretenses y la llevaron a México. De todos modos la civilización mexicana tuvo su origen en Africa y los ulmecas fueron africanos, pero no negros; eran como los berberiscos o los fanes. Pasando el Atlántico llegaron a la Florida y atravesaron el Golfo hasta desembarcar en Pánuco.»

La aseveración del señor Plancarte respecto al color de la piel de los ulmecas, la considero mucho más aceptable que la aserción del señor Chavero, de que a Votán y a Zamná (legendarios caudillos de los fundadores de la civi-

(94) Yo no creo que haya ningún exégeta, por apegado que sea a la doctrina creacionista, que tome en serio la precisión con que Baiardi fijó el punto del cielo en que Dios colocó al Sol el dia que lo creó, ni que haya quien acepte, como cosa averiguada, la aseveración de Ihering de que los arios emprendieron su marcha migratoria hacia el W. precisamente en el mes de marzo.

lización del Sur) hay que suponerlos dos sacerdotes negros, que trajeron de la Libia la cultura maya-quiché. *(México a través de los siglos*, t. I, p. 163.) Lo cual explica, según él el origen de la costumbre que tenían los sacerdotes de esa región de pintarse de negro con la leche del *ulli.*

Muy probable creo que los chanes hayan tocado en las Antillas antes de llegar a las playas de México, y aun traído algunos habitantes de esas islas, como parece indicarlo la tradición relativa al origen cubano de Votán, aceptada por algunos, y los indicios que se han encontrado de una antigua invasión de elementos *caribes* en la península yucateca. (95)

Y digamos por último que los tales africanos, de color claro, han de haber sido de origen asiático, como los egipcios, lo cual justifica nuestra proposición de que los maya-quichés son, como los nahoas, de procedencia asiática, con las diferencias que ya indicamos.

En mi concepto la península yucateca estaba muy poco poblada en la época de los amerindas y de las primeras invasiones nahoas, como lo demuestran los resultados de las exploraciones de Mr. H. Mercer en las cavernas de Yucatán, que no ha encontrado trazas de la presencia del hombre en tiempos muy remotos. Mas bien Mr. E. H. Thompson, en la caverna de Soltun (Yucatán) y Mr. G. Byron-Gordon, en Copán, han encontrado restos de un arte muy anterior a los maya-quichés.

82. — Ya sabemos, pues, quienes eran los fundadores de la civilización del Sur, cuándo y por dónde vinieron; mas respecto al punto por donde entraron, precisa tratarlo especialmente.

El historiador D. Carlos Pereyra, autoctonista rematado, se reduce a manifestar, sin darlo por cierto, que los maya-quichés descienden de los *constructores de montículos*, pero que su civilización es genuinamente vernácula.

El historiador don Luis Pérez Verdía, menos escéptico que su colega el señor Pereyra, creé que la población primitiva de la Península de Yucatán procede de dos inmigraciones distintas, una que llegó por el Oeste, que fue la más numerosa, y la otra de la isla de Cuba, «perteneciente a la familia maya, que fue la primitiva»; después agrega que la

(95) Así lo enseña el señor Pérez Verdía en su *Compendio de Hist. de México*, 5a. edic., México, 1911, p. 7.

raza que invadió la península por el E. fue la de los *itzaes*, cuyo caudillo y legislador fue *Zamná*, y, por último, dice que después de mucho llegaron los *maya*, de origen nahoa, y lograron sobreponerse a los itzaes. Kukulcán, fué, según él, el legislador de ese pueblo maya.

Análoga distinción hace M. Biart; para este escritor el pueblo que condujo *Yztamna* (que es el mismo Zamna) llegó por el Atlántico, ó E., y el conducido por *Votán*, civilizador de la provincia de Chiapas, procedía de las costas del Pacífico, en el Soconusco.

Fácil me sería recordar aquí otras de las muchas variantes sobre el punto de que tratamos actualmente, todas ellas más o menos gratuitas, o bien resultado de lamentable confusión de las inmigraciones propiamente dichas con los movimientos realizados por los pueblos ya en nuestro Continente.

Yo tenía antes la firme creencia de que los chanes arribaron a América por la región del Usumacinta; más estudios posteriores y muy en particular del parágrafo 12 del Cap. XIX del libro X de la *Hist. general de las cosas de Nueva España* por el P. Fray Bernardino de Sahagún, que es documento de capitalísima importancia para el caso, me han convencido que los chanes llegaron al Nuevo Mundo por el Pánuco. Esos son los *Ulmecas* de que habla el notable cronista que acabo de citar, que se asociaron desde un principio con los *xicalancas*, que habitaban Metztitlán, que ya hemos dicho donde quedaba.

83.—Es absolutamente indiscutible que las inmigraciones nahoas fueron muy anteriores a la de los *chanes* o *ulmecas* (96), por más que se diga y que sea verdadero que la civilización Maya-quiché, importada por éstos es más antigua que la nahoa, mejor dicho que la *tolteca*, pues los chanes vinieron a civilizar a los pueblos de raza nahoa, y es evidente que aunque el maestro haya llegado después que los discípulos, su cultura es anterior a la de éstos.

El señor Pereyra dice que algunos suponen que los *costructores de montículos* fueron impelidos a buscar climas tropicales y que en las costas de Texas y de las Floridas tomaron unos el camino del litoral, hasta Veracruz y Tabasco, y otros (los acostumbrados a navegar en el ancho Mississipi) el rumbo de las Antillas y Yucatán.

(96) M. Biart, aunque habla de la *fabulosa* antigüedad de los *Olmecas*, a quienes reputa de la familia nahoa, declara que históricamente el pueblo más antiguo es el *maya* de Yucatán.

El señor Chavero, por el contrario, enseña que fue la raza del Sur la que penetró desde remota época más al N. de la costa del Golfo, ocupando los extensos valles del Mississipi y del Ohio, desde Galveston hasta los lagos, en cuya región dejó como imperecedero recuerdo los colosales *mounds* o terraplenes que tanto han dado que decir a los americanistas.

Sin tratar de resolver tan ardua cuestión, me reduzco a manifestar que si los *mound-builders* pertenecían, como se ha creído, a la raza primitiva, oriunda del Brasil, son muy anteriores a los nahoas y a los chanes en el Nuevo Mundo, y de ellos han de haber descendido, en todo o en parte, los pueblos autóctonos de Méjico, y quizás de ellos también hayan descendido los verdaderos constructores de los terraplenes, caso sea cierto, como pretenden algunos arqueólogos, que los tales montículos no son tan antiguos como se había creído. «Los antiguos moradores de los montículos, dice M. John W. Harsberger, de la Universidad de Pensilvania, en su *Historia del Maíz*, fueron un enigma para los eruditos y hasta estos últimos años se han descubierto sus relaciones étnicas. Los inteligentes en la materia atribuían anteriormente una gran antigüedad a los trabajos del Valle del Mississipi; las investigaciones recientes prueban que esta opinión es errónea y estan de acuerdo en que esas tribus son relativamente modernas.»

Los arquéologos, por su parte, no han podido ponerse de acuerdo ni llegar a una conclusión digna de fe respecto a la edad de los monumentos yucatecos: en tanto que para unos son antiquísimos, coetáneos (sino anteriores) de los de Heliópolis y de Menfis, para otros son relativamente modernos. El arquéologo francés Charnay, por ejemplo, en la relación que publicó con el título de *Mis descubrimientos en México y en la América Central*, dice: «Se ha atribuído a los monumentos yucatecos una antigüedad ridícula; son relativamente modernos; tal es la teoría que defiendo, con pruebas en mi apoyo, durante el curso de mis exploraciones.» Y en otro pasaje agrega: «. . . y que en general los demás monumentos de Yucatán, habitados o no, pertenecían a la raza existente a la sazón (150 años después de la conquista) y que las más antiguas ciudades yucatecas, fundadas en varias épocas por el conquistador tolteca, datan, cuando más, del siglo XI, mientras que las más modernas deben corresponder al siglo XV, conforme hemos probado suficientemente».

Hemos de estar que aunque en nuestro concepto la llegada de los ulmecas al Pánuco remonte al siglo XV antes de C., su establecimiento en la península fué bastante posterior. M. Biart dice que, según las tradiciones, la patria primitiva de los mayas era *Tulapán* (la Tula cuyas ruinas existen en las montañas de Chimalacatlán) y que hacia el año 793 aparecieron en Yucatán. Ya explicaremos nuestra opinión sobre este punto, respecto al cual se han emitido multitud de contradictorias aseveraciones; mas desde ahora conviene anteponer que sobre la época de la salida de Quetzalcoatl del Tamoanchán y su llegada al Yucatán, con el nombre de Kulkulcán, aceptamos, de acuerdo con el señor Plancarte, la tradición conservada por Yxtlilxochitl, quien la fija en los primeros años de la era cristiana (a raíz de la disolución de la federación del Tamoanchán, según la teoría del señor Plancarte).

84.—Consagraremos este número a hablar de los muy ilustres señores *Zamná* y *Votán*, que ya hemos mencionado antes y que simbolizan respectivamente, en el lenguaje literario, a los mayas propiamente dichos, o yucatecos, y a los quichés. Los naturales de El Salvador pertenecían, por consiguiente, más o menos estrechamente a la raza de los *votánides*, por razón de la sangre quiché que circulaba en sus venas, aun de los mismos pipiles; más a éstos es preferible denominarlos simplemente *nahoas*.

Varios de los modernos historiadores de la América precolombina aseguran que según las tradiciones indigenas fué *Votán* (o *Valum-Votán*=IX Votán) el civilizador de la región del Sur; mas la verdad es que los primeros cronistas nada o casi nada nos dicen respecto a ese personaje, cuya celebridad se debe a tres escritores: D. Francisco Núñez de la Vega, 16º Obispo de Chiapas y Soconusco, autor de las *Constituciones diocesanas*, publicadas en Roma en 1702; D. Ramón de Ordóñez y Agiar, que dejó escrita una estrafalaria *Historia del Cielo y de la Tierra*, y D. Félix de Cabrera a quien se debe una Memoria relativa a los trabajos de Ordóñez y al origen de Palenque: a estos tres historiógrafos corresponde la gloria de haber descubieto (o inventado) cuanto se sabe respecto a la vida y hechos de Votán IX. (97).

---

(97) Boturini, como oportunamente lo recuerda el señor Plancarte, sospechaba que el Obispo Núñez de la Vega fué miserablemente engañado por los indios que le ayudaban en sus investigaciones históricas y filológicas. Y a propósito de los datos que

Mas he ahí que toda la gloria de nuestro ínclito caudillo se ha hecho humo, pues el señor Conde de Charencey ha demostrado que se trata de un héroe puramente mitológico, personificación de la raza invasora, de lo que ha resultado que los historiadores se creen hoy autorizados para interpretar ese mito como mejor les parece, aun restituyendo a Votán su realidad personal. Así D. Rafael Aguirre Cinta, en sus *Lecciones de Historia general de Guatemala,* (Guatemala, 1899) dice que en su concepto la mejor interpretación es la siguiente: "Votán, caudillo y hierofante de un pueblo de raza asiática, empujado por la invasión de los arios, abandonó el Asia central, y encaminándose hacia el Occidente, dejó en las bocas del Nilo, en el Africa boreal, los mismos gérmenes de población que trajo consigo hasta las marismas de Yucatán, donde se quedaron los mayas, mandados por Zamná, que decían era su hijo, en tanto que él seguía su peregrinación hasta la desembocadura del Usumacinta".

Y hoy no faltará quien diga que Votán era el presidente de la Comisión científica que llegó al Pánuco el siglo XV antes de C., a estudiar la región en que se oculta el Sol todas las tardes.

En lo que sí tiene razón el señor Cinta es en asimilar el mito de Votán, de origen asiático, conforme a las investigaciones del Conde de Charencey, con las leyendas germánicas relativas o Odin o Wuotan o Wuodam; mas en tal caso cabe sospechar que el referido mito haya sido traído a la región maya-quiché por algún o algunos de los normandos que vinieron a América allá por el siglo IX, y luego adulterado y acomodado a la historia del país que se dice vino a habitar Votán al Sur de Méjico.

El barón de Humboldt insinuó la idea de que Votán pudiera ser uno de aquellos budhistas que salieron a países lejanos a predicar la buena nueva, opinión que fué al principio bien aceptada, pero que ha caído ultimamente en el olvido. Todavía en 1885 escribía M. Biart, hablando de Votán: "Il joua dans le centre de l'Amérique le role d'un Boudha".

Para ciertos tradicionalistas los nombres de los días del mes en el calendario chiapaneco son los nombres he-

---

tomó Ordóñez del *Popol-Vuh* habla el señor Plancarte de los trabajos del abate Brasseur en estos términos: "Es increíble hasta donde llega en sus conclusiones, llevado por una férvida y exaltada fantasía: sus escritos ahora se ven con indiferencia y se hacen sospechosas sus noticias".

breos de los jefes de la raza invasora: según esa teoría el primer poblador de la región del Sur fué *Mox* o *Imox*, el segundo *Igh* y el tercero *Votán.*

El buen obispo señor Núñez de la Vega refiere, entre otras cosas, que Votán tenía por sobrenombre *Tepanaguaste*, o "señor del palo podrido", o "del palo hueco" y que era adorado como "Corazón del pueblo". El ilustre historiador Orozco y Berra, que las cogía al vuelo, observó que la expresión "Señor del palo hueco" equivale ideológicamente a "Señor de la *barca*", y que debe aludir a que la raza invasora llegó por agua. (98)

Yo creo, como el señor Pereyra, que ambos personajes, *Zamná* (*o Itzamná*, como escribe él) y *Votán*, eran la explicación y el símbolo de la vida moral de su pueblo respectivo: Zamná, "rocío del cielo", significaba que el anhelo supremo del pueblo maya era que cayese la lluvia a fecundar el suelo de la península, cuyos ríos son subterráneos, y *Votán*, "serpiente", era el emblema del pueblo quiché, una de las dos grandes ramas de la familia de los *chanes* o "culebras".

En el fondo, Quetzalcoatl, Zamná, Hueman, Kukulcán, Gucumatz &. &. son la misma cosa, variantes de un mismo personaje, mejor dicho, de un mismo mito; se confunden de tal manera que es trabajo y tiempo perdidos tratar de deslindarlos; empero el muy erudito señor don José María Melgar distingue dos leyendas fundamentales distintas: la de Votán y la de Quetzalcoatl: a la de este último refiere Kukulcán y Gucumatz. *(Boletín de la Soc. Mex. de Geog. y Estad.*, 2ª época, tomo III).

El estudio de la leyenda de Votán, descartándole ciertos detalles puramente fantásticos, es de positiva utilidad; mas debe tenerse presente que tal como nos ha llegado corresponde a una concepción histórico-etnográfica hoy inadmisible, y aun a concepciones contradictorias.

Pintan a Votán como a un sacerdote, y al pueblo que capitaneaba, o descendiente de este caudillo, suelen llamarlo *Thiopisca* o *Teopisca*, es decir "pueblo de sacerdotes".

---

(98) Según Ordóñez el mismo Votán, en un libro que escribió sobre la historia de su pueblo, se dice descendiente de Imox, de la raza de Chau. El mismo Ordóñez refiere que Votán visitó las entrañas de la Tierra, los infiernos: esta leyenda es análoga a la que refiere el Popol-Vuh respecto a Hunahpu, de quien cuenta que descendió al Xibalbai o reino de las sombras.

Por lo general se supone que vino de la isla de Cuba (99), llegando al Continente, según unos por Tabasco, según otros por el Yucatán.

Se refiere que la escasez de agua en la costa de la península yucateca obligó a Votán a ir en busca de mejor sitio para establecerse, dejando una parte de su gente a las órdenes de *Zamná.* (100)

· Los votánides, dicen los expositores de esas leyendas, llegaron a la laguna de Términos y se establecieron cerca de la boca del Usumacinta; después remontaron este río hasta la laguna de Catasasá o Castajá y en las márgenes de ésta fundaron la ciudad de *Na-chan* (o *Gho-chan* = ciudad de las culebras). Ese fué su primer asiento; más tarde se trasladó un poco más al S., al sitio en que están las ruinas de *Palenque* (= donde están los sacerdotes que hacen ceremonias a los niños). Según los cálculos de Bowditch, Palenque fué fundado el año 15 antes de C. Las ruinas de esa antigua ciudad, "de fama universal en el mundo científico, por sus ocho torres de arte singular, por sus bajo-relieves, representando escudos y personajes con yelmos, penachos, armaduras y borceguíes, semejantes a los usados en otro tiempo en el antiguo Oriente," se encuentran a unas 30 o 35 leguas en línea recta al SW. de San Juan Bautista de Tabasco: la cabecera del distrito, que antes era Santo Domingo de Palenque, se trasladó hace algunos años a la aldea de Las Playas.

Se ha dicho que Palenque no era una población, sino un Santuario, porque no se ven allí los restos de las viviendas del pueblo; mas debe suponerse que han de haber sido simples ranchos o *jacales*, que no han resistido a la acción del tiempo, quedando sólo los edificios públicos de importancia (101). El P. Juarros dice "que los indios, en tiem-

---

(99) Según Ordóñez *Valum-Votán* es la isla de Cuba. El abate Brasseur de Bourbourg dice que ese nombre es el de unas ruinas que quedan cerca del pueblo de Teopisca, que dista siete leguas de Ciudad Real de Chiapas.

(100) Los mayas daban a *Zamná* (o *Iztamna*, o *Itzmatul & &*) los epítetos más expresivos: lo llamaban *Itzamat-ul*, que significa "rocío del cielo". El mismo Zamná solía decir, según las leyendas: *Itzcen caan; itzcen muyul,* "yo soy el rocío de las nubes del cielo".

(101). Charnay en su citada obra dice: "Hasta hoy se ha asegurado que Palenque había sido una capital, y el gran edificio llamado *palacio*, el de sus reyes. Este es un error que confío rectificar. A mi humilde parecer, Palenque era un sitio sagrado, un centro religioso considerable, una ciudad de peregrinación, que abundaba en templos y oratorios, una tierra consagrada para las sepulturas." Y poco después agrega: "el palacio era, no un palacio de reyes, sino una morada de sacerdotes, un magnífico monasterio, habitado por los jefes de esta ciudad religiosa."

po de su gentilidad, tenían poblaciones; mas éstas eran como algunas que todavía existen al presente y llaman *Pajuyúes*, en que se hallan las casas tan dispersas y separadas unas de otras, que un pueblo de 500 vecinos ocupa una legua o más."

El mismo Brasseur declara que él ignora con qué fundamento llamó Ordóñez a Palenque, *Nachán*. Los tzendales, dice, llaman a este lugar *Hochán* que significa lo mismo, lo cual, a mi ver, justificaría la denominación dada por Ordóñez a Palenque, quien, además, confunde su *Nachán* con *Culhuacán*, cuya situación probable ya hemos indicado.

Lo que es el señor Plancarte cree que las leyendas relativas a Votán y a Nachán deben ser reservadas para las novelas históricas. Eso es ir harto lejos. Que se analicen rigurosamente, que se depuren esas leyendas, mas no que se desechen de plano, porque es lógico suponer que entrañan muchas utilísimas indicaciones, que la tradición había conservado, y los que nos las han referido, o no las comprendieron bien, o quisieron completarlas según sus ideas.

85.—Nuestros historiógrafos refieren que Palenque era la capital de un vasto imperio fundado por Votán y denominado de *Xibalba* o *Xibalbai*.

Según el abate Brasseur ese vocablo es una especie de apodo, derivado de *xibal*, que en quiché arcaico, o tzendal equivale a "temible", y de *ba*, "topo", y cree que alude a la costumbre que tenían los jefes votánides de pintarse la cara, o de ponerse máscaras espantosas para concurrir a sus asambleas secretas, en lugares subterráneos.

Para otros el mejicano *Mictlán*, el quiché *Xibalba* y el zapoteco *Lyobáa* son sinómimos, y designan el centro o lugar de descanso de los muertos, el "infierno" de los indígenas de que tratamos.

El señor Plancarte opina que puesto que el *Mictlán* o *Mictlampa* de los aztecas designa el N. (102) la *Tula de Xibalbay* a que se refiere la leyenda cachiquel a que aludimos en el Nº 73, es un pueblo llamado Tula, ubicado cerca de Guadalupe y denominado también Santa Isabel Tola, del Distrito Federal.

Para mí esa leyenda cachiquel sólo indica que la capital del imperio de Xibalbay (si realmente existió) fue fun-

(102). La nomenclatura mejicana de los cuatro puntos cardinales presenta algunas variantes, tal como la dan el P. Sahagun, el P. Molina y Muñoz Camargo, respectivamente; mas todos convienen en que *Mictlán* o *Mictlampa* es el N.

dada por los chanes que vinieron de Tamoanchán y que en recuerdo de la Tula que allá tenían llamaron también Tula a la que levantaron en Chiapas, y para distinguirla de aquella la apellidaron de "Xibalbay." Nótese que esta interpretación es diametralmente opuesta a la versión admitida por Milla, de que los xibalbaides fueron a fundar la Tula de Hidalgo, versión absolutamente inverosímil porque convierte a los toltecas históricos en maya-quichés, y porque estos xibalbaides, que él supone fueron a fundar la Tula de Méjico no habiendo sido, según él mismo, los fundadores y habitantes de la Tula de Chiapas, no tenían por qué bautizar con ese nombre su nueva morada. Por eso otros de nuestros poquísimos historiógrafos dicen que fueron los nahoas o toltecas los que sucumbieron y emigraron, que es siquiera más verosímil.

86. — Puesto que el objeto de este capítulo es dar una idea del origen y establecimiento de los maya-quichés, es indispensable que digamos también dos palabras respecto a los famosos *Tutul--Xiuh*, tan traídos y llevados por nuestros etnógrafos, desde que el abate Brasseur publicó el códice del anticuario yucateco D. Pío Pérez (que floreció en la primera mitad del siglo pasado), el cual códice contiene la tradición maya relativa a ellos y que el docto historiador, obispo D. Crescencio Carrillo y Ancona la comentó en su *Manual de Historia y Geografía de la peninsula de Yucatān* (103).

Según el P. Landa *(Relación de las cosas de Yucatán*, p. 49 y sgts.) los *tutul-xiuh*, fueron de Chiapas a atacar la dinastía de los Cocomes, instalada en Mayapán por Kukulcán, y éstos, para resistirlos, hicieron alianza con los mejicanos de Tabasco y del Xicalaneo.

Brasseur de Bourbourg, fundado en los escritos de Ixtlilxochtil, creía que los toltecas, vencidos por los chichimecas a fines del siglo III, se dispersaron por distintas direcciones y que su entrada en Yucatán es lo que los autores mayas han llamado la invasión de los Tutul-xiuh.

Para el señor Pereyra fueron los *meca*s (mezcla de nahoas y de otomíes, que según la dosis respectiva de cada

(103). Sin entrar aquí en discuciones que me llevarían muy lejos, me reduzco a advertir que mi relato no se refiere al gran "republicano *Tutuxiu*, que, según refiere el señor Pérez Verdía, acaudilló una revolución a principios del siglo XV contra la familia Cocom de Mayapán, ni me refiero a la provincia de *Tutuxiu*, de que habla el mismo autor.

uno de esos elementos tomó diversos nombres, tales como *amecas*, *tzapotecas*, *ulmecas* & &) los creadores de la civilización del S., y una de sus invasiones en esa región tomó el nombre de "la venida de los *tutul-shius* o "pájaros azules." Esta invasión se componía de *yaquis*, que penetraron hasta la teocracia de Votan y de los *ameca*s, que se dirigió a la de Itzamná, en el Yucatán.

En mi concepto se trata simplemente de la tradición relativa a la llegada de los chanes o ulmecas a la región del Sur, tal como la refiere el *Lello laí u tzolan katunil tí mayab* (="Serie de las épocas de la historia maya") o "Códice Pío Pérez", publicado por Brasseur en París, en 1864, junto con la citada "Relación de las cosas de Yucatán" de Fray Diego de Landa.

La cronología de todos esos acontecimientos ha sido fijada de diversas maneras, reinando respecto a todo esto la más lamentable variedad de opiniones. En otro tiempo abrigaba yo muy distintas ideas que ahora a ese respecto: me había afiliado a la escuela del señor Chavero, y a influjo de las doctrinas de éste escribí los artículos que publiqué en el "Repertorio Salvadoreño", 1892, "Sobre la distribución Geográfica de las razas indígenas de Méjico y de la América Central"; mas hoy me he formado muy distinta opinión respecto a varios puntos esenciales, la cual voy a condensar en el siguiente número, concretándome a lo pertinente al objeto del presente trabajo. Por punto general, puedo decir que he adoptado, con ligeras variantes, la exposición del señor Plancarte, por lo que hace a las dos grandes razas inmigrantes.

Y como con relación a la inmigración nahoa dije ya lo suficiente en el capítulo anterior, hablaré ahora de preferencia de la raza maya-quiché, indicando a la vez sus relaciones con la nahoa, cuando sea preciso, para que queden claramente expresadas las doctrinas que he adoptado.

87. — Para mayor claridad he numerado los puntos esenciales:

I) En el siglo XV antes de C., poco más o menos, aportaron al Pánuco un grupo de inmigrantes, procedentes del Antiguo Mundo, probablemente del Africa occidental los cuales habían hecho estación en las Antillas, donde es probable se les hayan incorporado unos cuantos *caribes*, raza oriunda de la América del Sur, cuna de la raza americana propiamente dicha.

II) Esos inmigrantes encontraron el país (Méjico) habitado por dos razas: la *otomí*, representante principal de la raza primitiva, y la *nahoa*, inmigrante muy anterior, originaria del Asia y venida por el lado del Pacífico: esas dos razas estaban a la sazón en un estado de lamentable atraso, casi salvajes.

III) Los extranjeros llegados al Pánuco, que se supone se llamaban *chanes*, y a quienes los nahoas llamaron después *ulmecas*, se aliaron con los habitantes que encontraron en dicha región y de buen o mal grado pasaron, ya unidos, al interior, hasta fijarse en el territorio del actual Estado de Morelia, donde fundaron una colonia, o federación de las tres razas, la cual ocupaba en dicho territorio el célebre *Tamoanchán*, cuya capital fué la primitiva *Tula* americana de que se tiene noticia,

IV) La colonia o federación antedicha tuvo una época floreciente, durante la cual extendió notablemente sus dominios, dando origen a diversos pueblos, tales como los *mixtecos* y los *zapotecos*,

V) La federación fundada por los ulmecas decayó notablemente hacia principios (o poco antes) de la era cristiana, y a la postre se disolvió: los nahoas y ulmecas que habían quedado chocaron entre sí: los ulmecas entonces, con sus jefes, regresaron al Pánuco, acompañados de los pocos nahoas que les habían sido fieles, y llegados allí, continuaron su marcha para el Sur.

VI) En las playas de *Nonoalco* (104) se dividieron: los nahoas y una parte de los ulmecas se quedaron, y el resto de los ulmecas, con unos pocos nahoas, atravesaron las montañas de Chiapas, dejando colonias por el camino, llegando el grueso de los expedicionarios al actual territorio de Guatemala, donde fundaron las nacionalidades de los *quichés* propiamente dichos. De entonces (hace cerca de 2,000 años) datan las primeras irrupciones de la familia maya-

---

(104) Según el señor Chavero, cuando los nahoas bajaron al Sur, aplicaron a los habitantes de esa región el nombre de *nonalcas*, que significa «mucha gente», y el de *Onohualco* al país en que vivían. Los nonoalcas componían, según él, tres nacionalidades principales: los *maya-quichés* propiamente dichos, los *olmecas* y los *xicalancas*. Conforme al sistema del señor Plancarte el *Nonohualco* o *Nonoalco* u *Onohualco* primitivo, estaba cerca del valle de Méjico, ocupado por nahoas que se unieron a los ulmecas cuando éstos llegaron al país; y el *Nonoalco* de que aquí tratamos, en el Sur, fué llamado así en recuerdo de aquel. La corriente migratoria llegó a nuestro territorio donde tuvimos también una región *nonoalca*, a la que pertenecían los pueblos hoy llamados San Pedro, San Juan y Santiago *Nonualco* (Departamento de la Paz) y su metrópoli era la ciudad de *Tehuacán*, cuyas ruinas quedan en el Departamento de San Vicente.

quiché en el suelo hoy salvadoreño, y con ellas los *yaquis* (xicalancas y nonoalcas) de sangre nahoa.

VII) Entre tanto los que se habían quedado en Nonoalco prosiguen su camino y llegan a las bocas del Usumacinta, donde se fijan los pocos *nahoas* que iban en la expedición (105), en tanto que la corriente ulmeca se bifurca. Ambas ramas se reunen después en Yucatán, donde fundan la raza *maya*, mezclándose con los aborígenes. La llegada de la segunda rama es la famosa invasión de los *Tutul-Xiuh*. (106)

VIII) Los nahoas que se habían quedado en el Tamoanchán, obligados por diversas calamidades, emprendieron su regreso al Norte, al país de donde habían venido a Méjico, a la Alta California; mas pronto regresaron de nuevo, a mediados o fines del siglo VII probablemente. Estos fueron los fundadores de la Tula de Hidalgo, capital del reino tulteca que duró hasta el siglo XII.

IX) Otros de esos mismos nahoas, que ya antes habían vivido en Culhuacán, regresaron a su antigua morada: a este grupo pertenecían los aztecas o mexicas fundadores de Tenochitlán.

X) A raiz de la destrucción del reino tulteca, se verificó una nueva dispersión: los tultecas que vinieron a Centro-América son los yaquis fundadores del reino de Hueitlato.

XI) Posteriormente y por diversas causas vinieron a estos países, especialmente a lo que hoy es El Salvador, grupos, más o menos numerosos, de mexicas y tlaxcaltecas, que tomaron aquí el nombre de *pipiles*.

88. — Generalmente se cree que la teocracia de Zamná (una o dividida) extendió sus dominios por el Sur hasta abarcar Copán y Quiriguá; nada puede asegurarse a ese respecto; mas lo más probable es que cuando los yaquis bajaron y establecieron el reino de Hueytlato ya existían los monumentos de Copán y de Quiriguá, levantados por los ulmecas, que vinieron cerca de mil años antes que los yaquis, aquellos al principio de la era cristiana, éstos ya entrado el siglo XII.

---

(105) El náhuatl de Tabasco es un dialecto bárbaro y corrompido, a que se da el nombre de *ahualulco*, según dice D. José N. Rovirosa en sus *Nombres geográficos del Estado de Tabasco*. (México 1888).

(106) El señor Plancarte cree que la península de Yucatán estaba despoblada cuando llegaron esas inmigraciones, y se funda en la unidad de raza, de lengua y de religión en todo ese vasto territorio. El argumento es bastante fuerte, y por consiguiente la sospecha bien fundada.

Bastante tiempo tuvieron los ulmecas para cruzarse en diversos grados con nuestros amerindas y con los proto-nahoas que precedieron a aquéllos, y formar diversos pueblos más o menos diferenciados, aun antes de la llegada de los toltecas que vinieron el siglo XII.

El primitivo núcleo de la rama quiché se estableció al principio en Chiapas, de donde bajaron poco a poco hacia Guatemala y Honduras, llegando la ola invasora a El Salvador y mucho más al Sur, hasta las tierras del Ecuador y del Perú. En Guatemala, como es bien sabido, establecieron una nacionalidad extensa y poderosa, que constituyó desde el punto de vista histórico el *Reino Quiché* por antonomasia.

Los quichés conservaban, según dicen, la tradición de la llegada de los *man* (o *mem*), procedentes del N., quienes vinieron capitaneados por *Tamub* e *Ylocab*, después de la destrucción de las ciudades de Palenque y Tula. (107) Esas tribus, después de haber estado con «las trece de Tecpán» y otros pueblos en el lugar de «las *siete cuevas*, donde se alteraron y diversificaron las lenguas, se fijaron por fin en el monte *Hacavitz* (en la Verapaz), teniendo por jefes a Balam-Quitzé, Balam-Agab, Mahucutah e Ig-Balam. Después desaparecieron misteriosamente esos caudillos, dejando por sucesores a sus tres hijos: *Qocabib,* hijo del primero de ellos; *Qoacutée*, del segurdo, y *Qoahau*, del tercero, no habiendo tenido sucesión el cuarto.

La leyenda agrega que estos tres príncipes emprendieron un largo viaje a Oriente, en busca del gran señor *Nacxit* (Topiltzin-Acxitl, último monarca tolteca, fundador del reino de Payaquí), para que éste los invistiera del mando supremo.

Después, habiéndose multiplicado considerablemente el pueblo que esos príncipes regían, tuvieron que dispersarse, y uno de los lugares elegidos fué *Chi-Quix-Ché* (o Quix Ché = «muchos árboles») donde fundaron la ciudad de *Izmachí* («cabellera negra»), primer capital de los quichés, cuyas ruinas se dice que existen al Sur de Santa Cruz del Quiché. Algún tiempo después la corte se trasladó a *Cumarcah* (o *Gumarcaah*), más conocida con el nombre de *Utatlán*.

---

(107) El P Juarros, con el candor propio de nuestros viejos cronistas, dice que los *tultecas* eran israelitas de los que salvó Moisés, y que por haberse corrompido tuvieron que abandonar el país, atravesando el mar, capitaneados por *Tamub*, y que vinieron a fijarse en el lugar de las *siete cuevas*, a orillas del mar Bermejo, donde fundaron la ciudad de *Tula*.

La tradición de los cachiqueles, tal como está consignada en el *memorial de Tecpan-Atitlán*, refiere que el hombre fué creado en *Tulan*, situada lejos y al W. de lo que hoy es Guatemala; que de allí vinieron por mar, navegando hacia el E., y que llegaron al país de *Nonoualcat*, donde escogieron por jefes a *Gagawitz* y *Zactecauh*, quienes, tras varias vicisitudes, condujeron al pueblo cachiquel a su asiento actual.

Esa tradición parangonada con la de los quichés, ha sido parte a que algunos escritores establezcan notable diferencia entre los quichés y los cachiqueles. «Restos de los tultecas, dice el licenciado Batres Jáuregui, fueron los cakchiqueles, mientras que los quichés eran tribu que pobló el Quix-Ché (muchos árboles) y después se extendió desde el país de los Lacandones hasta el Océano Pacífico, con excepción de parte de Izabal y de las costas de Escuintla» (*Los Indios*, p. 21).

Desde un principio se apoderaron los quichés del *Xoconochco* (Soconuzco), donde, según las leyendas tzendales, había formado Votán la ciudad de *Huehuetá*.

He aquí los límites que ordinariamente se asignan a la región quiché: al E. lindaba, Usumacinta de por medio, con los mayas peninsulares; al N., con el Golfo de Méjico; al W., terminaba en el istmo de *Dani-Gui-Bedji*, que los mexica denominaron «Tehuantepec», y al S., con el Pacífico.

Por el SW. penetraba el territorio quiché en el *Didjazá*, llamado por los aztecas «Tzapotepacán», hoy integrante del Estado de Oajaca, y cuya capital era la ciudad de *Zaachila*. Chavero supone que el territorio quiché llegaba hasta Mitla, llamada *Xibalbay* por los quichés, y *Mictlán* por los aztecas. Del lado del Pacífico estaba el *Zaklohpakab*, del que los mexicas hicieron su *Xoconochco*, hoy Soconuzco, que tenía por metrópoli la ciudad de *Mam*, o «antepasados», nombre traducido al náhuatl «Huehuetlán» o «Huehuetá», «lugar de los abuelos». En ese territorio se ha conservado la lengua quiché en su forma más arcaica que conocemos, el *tzendal*. (108)

---

(108) El tzendal comprende dos dialectos principales: el tzendal propiamente dicho del interior de Chiapas, y el *mam* o *zaklohpakab* del Soconuzco. Según el ilustre chiapaneco D. D. Manuel Larrainzar «la lengua tzendal debe considerarse como la madre de todos los dialectos que se hablan, si no en todo el Continente, por lo menos en los pueblos de que se componía la expresada provincia . . . En toda ella (la provincia de los tzendales) se ha hablado y habla la lengua tzendal, o algún dialecto de los que más se le parecen, lo cual induce a creer fundadamente que el idioma de los primitivos habitantes del Palenque fué el tzendal». (*Estudio sobre la Historia de América*).

Tumbala quedaba en la frontera maya-quiché, y el país de los *Tucurub* (buhos) separaba a los *lacandones* y los quichés.

La costa de Tabasco se denominó *Potonchán*, y la parte sudoste de la península maya, contigua al mar, se llamó *Champotón*.

Ahora bien, a la venida de los españoles el núcleo de los quichés estaba reducido a casi sólo una parte de Guatemala, ya sea a consecuencia de las invasiones toltecas, ya sea porque de la mezcla de éstos con los antiguos pobladores de la región quiché hayan salido nuevas nacionalidades, que es lo más probable, tales como los *tzotziles*, los *cachiquelcs*, los *tzutuhiles*, & &, que a pesar del cruzamiento, continuaron hablando un quiché más o menos puro, más o menos adulterado por el náhuatl de los toltecas o yaquis.

En el país en que se constituyó la federación del Tamoanchán se hablaban tres idiomas principales: el *otomí*, el *náhuatl*, y el *chan* o *ulmeca*, correspondientes respectivamente a los pueblos confederados, y como los nahoas se asimilaron la cultura de los ulmecas, su lengua se enriqueció con multitud de vocablos de origen ulmeca, según lo he patentizado repetidas veces. Así es que el náhuatl, o tolteca o mejicano que conocemos se deriva directamente del idioma de los antiguos nahoas, que vinieron de la Alta California, pero se enriqueció y pulió notablemente a influjo del ulmeca o maya-quiché.

CAPITULO QUINTO.

La cultura ulmeca y su influencia civilizadora.

89.—Hemos aceptado como lo más probable que las invasiones nahoas se verificaron mucho antes que la de los ulmecas; pero que la cultura de éstos era mucho más antigua que la de aquéllos.

Me complace que M. Squier, lo haya reconocido así, y hasta comprendió que del Pánuco había subido al valle de Méjico la corriente civilizadora: «En la época del descubrimiento, dice, se encontró una colonia o fragmento de la primitiva rama, que bajo el nombre de quichés, cachiqueles, tzendales, mayas etc,, ocuparon casi todo lo que ahora es el Estado de Guatemala, Chiapas y Yucatán, establecida en el río Pánuco. Tenían el nombre de *huestecas*, y de ellos salieron aquellos hombres benéficos que llevaron las artes de civilización y los elementos de una media religión, a aquellas regiones donde los acolhuas y aztecas, o nahuales, formaron el célebre imperio de Méjico». (109)

De la supremacia intelectual de los ulmecas o maya-quichés han deducido algunos que éstos son más antiguos que aquéllos en América, lo cual es, como dijimos ya, cosa muy distinta, y otros han llegado a la inadmisible exageración de que la región maya-quiché fué la cuna de la civilización humana.

Nadie me aventaja en afecto y sincera admiración por los *chanes* y por su preciosa lengua, que, según Pi y Margall, aventaja a la española en riqueza de expresiones y

(109) *Op. laud.*, p. 317. En la época de la conquista la tribu de los huextecas, descendientes de los ulmecas, estaba completamente degenerada por el vicio de la embriaguez.

energía de los conceptos, que es mucho decir; mas no por eso me afilio a la escuela del abate Brasseur, apóstol de la inconsulta teoría que reconoce como maestra primera del género humano a la raza maya-quiché.

Durante los muchos años que duró la federación del Tamoanchán, los ulmecas o chanes, que traían una cultura relativamente avanzada, trasmitieron ésta a sus aliados de la raza nahoa, quienes se la asimilaron más o menos, según la mayor o menor intimidad de las relaciones que los diversos grupos de nahoas, integrantes de la federación, tenían ordinariamente con los ulmecas. Los otomíes, sea por falta de aptitudes o por haber vivido más aislados que los nahoas, progresaron mucho menos que los nahoas.

Tal es el origen de la tan ponderada cultura *tolteca*, y así se explica que la lengua náhuatl cuente con incontables palabras de origen maya-quiché. (110)

Tengo la satisfacción de haber contribuido a establecer el origen quiché de muchos vocablos nahoas; más aún: a patentizar la maravillosa aptitud del quiché para explicar la genuina significación de las palabras de otras muchas lenguas, del Antiguo y del Nuevo Mundo. Así lo han reconocido varios apreciables filólogos, entre otros el ilustre quichuísta ecuatoriano D. Luis Cordero, y el docto nahuatlista español D. Juan F. Ferraz, que por muchos años ha residido en Centro-América. Dice este escritor en su *Síntesis de constructiva gramatical de la lengua quiché* (San José de C. R., 1902): «La obra *Quicheísmos* del notable salvadoreño doctor don Santiago I. Barberena, me hizo precipitarme en el plan preconcebido de mis estudios sobre lenguas americanas, y ya en posesión del Ms. (cierto curioso documento por él encontrado) que a continuación voy a dar a luz, me propuse ver en qué se fundaba aquel sabio para

(110) No pocos filólogos, por una lamentable confusión de los hechos, han tirado de la manta en sentido contrario: he aquí como se expresa el señor don José N. Rovirosa en sus *Nombres geográficos del Estado de Tabasco:* «Una de las muchas reflexiones que asaltan al filólogo, y que cuanto más se medita en ella, tanto más reviste la forma de insoluble problema, consiste en tropezar con la monarquía kiché, de origen tolteca, según hemos visto, hablando un idioma sin analogía alguna con los de procedencia nahoa. Si los antiguos moradores de Tollán, después de apoderarse de una parte del territorio de la América Central, sin rival alguno que se los disputase, abandonaron su propio idioma y adoptaron el de algunas de las tribus sojuzgadas, ésto ni es verosímil, ni lo dicen las crónicas, ni de ello nos presenta ejemplos la historia de ningún pueblo. Preciso es admitir, como consecuencia, que por efecto de una evolución, en perfecta armonía con la ley del progreso que preside a las sociedades, la lengua kiché alcanzó mayor preponderancia que la del pueblo conquistador, no quedando de la nahoa sino algunos nombres como indicios inequívocos de su existencia en aquellas comarcas».

derivar, las palabras más conocidas como de otro origen, de la lengua utlateca». Agradezco muchísimo los inmerecidos epítetos que me aplica el muy entendido y laborioso señor Ferraz; mas no acepto, ni con mucho, su peregrina aseveración de que el quiché es un idioma artificial, «el *volapük* americano».

Desde luego se comprende que el quiché que conocemos, el del Popol-Vuh y del Rabinal-Achi, no es el idioma que hablaban los ulmecas cuando arribaron al Pánuco, hace más de treinta siglos; pero sí un remoto y legítimo descendiente en línea recta de aquel idioma.

El abate Brasseur, que, como he manifestado ya, a pesar de sus fantásticas doctrinas etnográficas y de sus exageradas apreciaciones históricas, prestó inapreciables servicios al americanismo, especialmente desde el punto de vista filológico, y que sin duda alguna era un lingüista notable, gran conocedor del quiché, dice en la introducción de su Gramática de esa lengua: «el origen de gran número de palabras, pertenecientes a las lenguas indo-europeas, origen a menudo muy difícil de descubrir netamente en los idiomas de la India y de la Germania, se encuentra de la manera más clara y precisa en los monosílabos radicales del quiché y de sus dialectos...»

Eso sólo bastaría para reconocer que los chanes o ulmecas llegados al Pánuco, no eran una horda de salvajes africanos, a quienes las corrientes del mar o los caprichos del viento asignaron ese destino.

90. — La larga duración de la colonia federal del Tamoanchán fué más que suficiente para que se formara una mitología, cuyas bases debemos atribuír a los más cultos, los ulmecas, y que durante muchos años ha de haber sido común a todos los confederados; mas durante los varios siglos transcurridos desde la disolución de esa colonia federal hasta la conquista, es muy natural que cada pueblo, evolucionando por separado, haya adulterado y ampliado esa mitología, conforme a su carácter, cultura, lengua y circunstancias.

En cuanto a los otomíes más bien puede decirse que olvidaron después de la disolución lo poco que pudo habérseles comunicado en cuanto a creencias religiosas.

Así se explica la notable similitud de ciertas leyendas nahoas con las maya-quichés, y el que difieran en muchos detalles.

El señor Plancarte sospecha, fundado en muy atendibles argumentos, que la *corrección del calendario*, general-

mente atribuída a los toltecas, se verificó en el Tamoanchán en la época de la federación. Es probable que las bases fundamentales o conocimientos astronómicos necesarios para arreglar el cómputo del tiempo hayan sido traídos por los ulmecas (111); que esos conocimientos hayan sido ampliados mediante observaciones directas practicadas durante muchos años en el Tamoanchán, y que allí se haya imaginado el sistema cronológico que sirve de base común a los calendarios nahoas y maya-quichés, los cuales sólo difieren en ciertos detalles, que han de haber sido introducidos en el respectivo calendario después de disuelta la federación.

91.—Una de las más importantes y expresivas manifestaciones de la civilización del Sur es su *escritura,* que precisamente por haber alcanzado una forma muy simplificada o reducida, que pudiéramos llamar *demótica,* cuyo secreto se perdió, no tanto por incuria de los conquistadores cuanto por fanático espíritu de destrucción, de parte de algunos de ellos, hoy son letra muerta los códices e inscripciones *Katúnicos.*

Fray Diego de Landa, tercer obispo de Yucatán, dice en su citada *Relación:* "Usaban también esta gente de ciertos caracteres o letras, con los cuales escribían en sus libros sus cosas antiguas y sus ciencias, y con ellas y figuras, y algunas señales en las figuras entendían sus cosas y las daban a entender y enseñaban. Hallámosles grande número de libros destas sus letras, y porque no tenían cosa en que no hubiese superstición y falsedades del demonio se les *quemaron todos,* lo cual a maravilla sentían y les daba pena".

Landa, como es sabido, formó un *a, b, c* (como él dice) de los caracteres mayas, que ha sido de mucha utilidad. (112)

(111) El señor Plancarte opina que el *año* que trajeron los ulmecas era de 365 días, repartidos en 12 meses, y se funda en un pasaje del P. Landa *(Relación de las cosas de Yucatán,* edic. de Brasseur, p. 202) en que éste dice que los yucatecos, que eran descendientes directos de los ulmecas, "tenían un año perfecto como el nuestro, de 365 días y 6 horas". Y que por consiguiente, el sistema de 18 meses, de 20 días cada uno, más 5 días *nemontemi* fué ideado por acá.

(112) *The passage relating to the alphabet is very vague, unsatisfactory and perhaps fragmentary.* (Bancroft, *Native Races of North America,* t. II, p. 777)

De muy distinta opinión es el historiador yucateco D. Eligio Ancona, quien en su *Hist. de Yucatán* (t. I p. 119, de la edic. de Barcelona, 1889, afirma que "por incompleto, por inexacto que sea el alfabeto conservado por Landa, siempre será un poderoso auxiliar para el estudio de las antigüedades americanas" Los doctores Valentini y Seler pretendieron probar que el tal alfabeto es una superchería; mas el ilustre americanista Daniel Brinton demostró que no puede reputarse como tal.

M. Leon de Rosny, autor de un notabilísimo *Essai sur le déchiffrement de l'écriture hiératique de l'Amerique Centrale* (París, 1876) dice en su traducción del Códice Cortesiano, publicada en 1883: "La existencia de una literatura original en los pueblos de América, anteriormente al descubrimiento de Cristóbal Colón, es una revelación reciente de la erudición contemporánea . . . . . No es ya posible negar hoy, que al menos en Yucatán y en ciertas partes de la región ístmica, *se ha sabido leer, componer inscripciones y poseído verdaderos libros*".

Y el señor D. Manuel Orozco y Berra, juez competentísimo en la materia, reconoce en su *Hist. Antigua y de la Conquista* (t. I, p. 534-5) la superioridad de los maya-quichés sobre los toltecas a este respecto: "Los toltecas, dice, desde una época primitiva substituyeron las cuerdas con signos figurativos, semejantes a los de los chinos, y los pueblos que en su ciencia se abrevaron pasaron a los signos simbólicos y sin estancarse en los ideográficos, hacían esfuerzos por salir de los fonéticos. Este último paso *lo habían ya dado* pueblos de origen extraño a los mexica y muy más antiguos, los cuales, al contacto de una civilización de origen desconocido, se habían remontado al *alfabetismo*".

Lo que si creo es que el alfabeto de Landa es insuficiente. Rosny dice a ese respecto: "Landa nos da el valor de 71 signos (20 para los días, 18 para los meses y 33 para el alfabeto): el examen atento de los textos hieráticos me ha señalado más de 700 signos diferentes, de donde resulta que las nueve décimas partes de los caracteres hieráticos mayas permanecen ante el mundo sabio en el estado de profundo y desalentador enigma." El profesor Holden contó hasta 1,500 jeroglíficos diferentes.

Y Cyrus Thomas, el viejo y docto americanista del Museo Smithsoniano, ha consagrado dos notables trabajos al estudio de esos caracteres: *A study of the manuscript Troano* y *Day symbols of the maya year*, y en su concepto los caracteres mayas son "en cierto modo fonéticos, mas no son rigurosamente alfabéticos, sino silábicos.

También el arqueólogo mejicano José Ignacio Borunda (1740-1800) descubrió otra clave para descifrar esos jeroglíficos: mas el manuscrito en que exponía su sistema se ha perdido y lo poco que se conoce a ese respecto no revela que el señor Borunda haya dado en el hito.

Otros muchos eruditos se han empeñado en la tarea de descubrir el valor de esos signos (113); uno de los más curiosos ensayos que conozco es el del polígrafo español don Mario Roso de Luna, titulado *La ciencia hierática de los mayas* (Madrid, 1911), en el que trata ese señor (apenas puede creerse!) de interpretar ciertos caracteres ógmicos por medio de la teoría matemática de las *determinantes*, que es genuinamente moderna.

Preciso es confesar que *tout ce que l'on a pu déchiffrer jusqu' á ce jour des inscriptions de l'Amérique Centrale, consiste en signes servant á la computation du temps*, como dice Beuchat. Las inscripciones de ese género son numerosas y su interpretación bastante satisfactoria; mas han sido ineficaces para establecer la cronología respectiva, mediante una concordancia fidedigna con nuestro calendario, debido a que las fechas están computadas en ciclos, a partir de un origen que no ha sido posible fijar (114).

Con todo podemos decir, y eso es lo que para el caso importa, que los maya-quichés, descendientes directos de los ulmecas, tenían ya un sistema de escritura muy superior a los medios gráficos y pictóricos de que se valían los demás pueblos cultos americanos para trasmitir a la posteridad sus hechos y sus ideas.

92. — Examinando las construcciones de los maya-quichés se comprende que fueron concebidas con arreglo a un plan armónico, sujeto a modelos fijos y a bases *sui generis*, de especial gusto. En presencia de las pilastras ciclópeas de Aké, de las columnatas de Chichén, de las bóvedas de Uxmal, del arco de triunfo de Kabah, de los templos de Palenque y de Tikal, de los monolitos de Copán y de Quiriguá y de otros muchos restos notabilísimos que por doquier se encuentran en la región del Sur, no se puede menos que reconocer que los maya-quichés conocían la arquitectura y ciencias auxiliares, tales como la Geometría, la Estereotomía y la Mecánica, lo mismo que la Escultura y el Arte pictórico.

(113). La nómina es muy extensa; entre tantos merecen mencionarse, aunque sea en esta nota, los americanistas W. Bollaert, Charencey Raynaud, Le Plongeon, Forstemann, Cresson, Brinton. & &. En la ya citada tesis de M. H. J. Spinden se encuentran también muy buenos datos sobre el particular.

(114). If it were possible to connect with certainty the date 4 Ahau 8 Cumhu, from wich all these other dates are counted, with our own chronology, we could easily reach a clear knowledge of the dates on wich these monuments were erected and these inscriptions were carved (Bowditch, A *suggestive maya inscriptions*, 1903, p. 3.)

Los monumentos del país de los Incas son muy inferiores a los maya-quichés, según la opinión de entendidos arqueólogos. John W. Harsberger en su ya citado trabajo dice: "Las muestras de arqueología y de arquitectura indican un grado más elevado de civilización en los Mayas que en los Peruanos, pues las figuras esculpidas y las inscripciones jeroglíficas son muy superiores a todo lo que han producido las tribus semi-civilizadas de la América del Sur." Y después añade: "De todas las razas del Continente de la América del Norte los Mayas fueron los más antiguos en civilización. Copán, Palenque, y Uxmal fueron construidos por ellos, y los restos arquitectónicos de un orden elevado indican una larga evolución procedente de formas más primitivas."

Hoy debe considerarse como una aseveración gratuita la de que los monumentos maya-quichés son *toltecas* (en el sentido que ordinariamente se da a este vocablo), levantados después de la invasión de éstos en la región del Sur; todo lo contrario, hoy se tiene por cierto (y ya M. Gagnon lo dijo en la página 324 de su libro sobre *L'Amérique précolombine*) que las pirámides de Teotihuacán y de Cholula son obra de los ulmecas, y que después los toltecas las hicieron ciudades santas, centros populosos.

Los maya-quichés labraban con toda perfección la piedra pulida, hacían preciosos trabajos de oro y cobre, y se servían de las esmeraldas y del cristal de roca para sus joyas. En sus construcciones no emplearon el adobe, como los nahoas, sino piedras primorosamente esculpidas, y la bóveda triangular, en vez del techo de vigas y del simple terrado. Sus primitivos terraplenes (el *ku* de los mayas, que los nahoas llamaron *tlatelli*) se convirtieron en altas y hermosas pirámides (*homul* en maya; *zacualli*, en náhuatl), que a la vez servían de templos para sus dioses y de ciudades para sus guerreros. Sus obras arquitectónicas se distinguen por su rica ornamentación y bellísimas columnas, todo de un estilo original, bizarro y grandioso. En el *circus maximus* de Copán la escultura alcanzó admirables proporciones, lo mismo que el alto relieve y la ornamentación prolija.

Y vaya si hay material en la región del Sur para que se entretengan los arqueólogos! El señor Pérez Verdía cuenta "cuarenta y cuatro ruinas de edificios de cantería primorosamente labrada, entre las que descuellan las de Uxmal y Tchichén-Ytza, que acreditan su grandeza y magnificencia".

Esos monumentos, como es natural no pertenecen todos a la misma época. Según M. Biart, las ruinas de Yztamal (o Ytzamal) con sus pirámides; las de Uxmal (que Orozco consideraba como producto de la edad de oro del arte maya-quiché) y los edificios de estilo decadente de Mayapán, representan respectivamente tres épocas del todo distintas; sin embargo, según observa el mismo M. Biart, todo en esos monumentos revela que son obra de una misma raza, e inspirados por idénticas tradiciones de arte y de civilización. M. Charnay se equivocó lamentablemente al atribuir esas obras a los *toltecas*.

Tampoco todos los pueblos de estirpe ulmeca alcanzaron el mismo grado de perfección en sus obras: los arquitectos y escultores de Comacalco Palenque, Quiriguá y Copán, lo mismo que los de Chichén-Ytzá, Uxmal y Zayé, tuvieron mejores maestros que los de Mitla, Monte Albán, Papantla y Mizantla, como oportunamente advierte el señor Plancarte.

En la región quiché propiamente dicha (Chiapas y Guatemala) y que es la que más de cerca nos toca, las principales ciudades, además de Palenque, eran *Amoxtón* o *Acala*, *Zotzlem*, denominada por los nahoas *Tzinacatlán; Chamhó*, llamada después *Chamula; Balum-Canan* o "las nueve estrellas", llamada hoy *Comitán; Alanchén*, *Zaculeu* o *Huehuetenanco* (115); *Iaxbité*, o "bosque verde", la segunda después de Nachán, llamada hoy *Ocotzingo; Cancoh*, que es la actual cabecera de Chiapas, o sea San Cristóbal, y *Cumaacaah* o *Gumarcaah*, la principal ciudad del *Yximché*, llamada *Utatlán*, por los mexica y de la cual dice la leyenda quiché:

Utatlán ti zaquir pa nuleu jeri
Ri quij pa nicah quih.
"Utatlán luce en la Tierra
Como el Sol a mediodía."

93.—Mi excelente amigo el profesor C. Sapper ha hecho una clasificación metódica y completa de los monumentos maya-quichés, con su correspondiente mapa, por *estilos*, *tipos* y *subtipos* perfectamente especificados:

(115) Según el muy erudito escritor guatemalteco don Adrián Recinos, autor de una interesante Monografía del departamento de Huehuetenango el nombre primitivo de la ciudad de este nombre fué *Chinabajul*, después fué denominado *Zaculeu*, y por último *Huehuetenango*.

1er. tipo.—*Estilo de Verapaz.*—Las aglomeraciones son pequeñas; las construcciones orientadas según los puntos cardinales; escaso empleo de la mezcla.

2º tipo.—*Estilo de las tribus que habitan en las montañas* (Quichés, Mames, &. &.) Las aglomeraciones son densas; se reconoce la existencia de edificios en forma de H.

Subtipos: a) *Estilo tzental.* Las construciones no están orientadas según los puntos cardinales; no se ha empleado la mezcla.

b) *Estilo mame.* Las construcciones no están orientadas; las piedras están unidas por medio de la mezcla.

c) *Estilo quiché.* Las construcciones orientadas; empleo de la mezcla.

3er. tipo. *Estilo de los pueblos que habitan las llanuras.* Muros de piedras enlazadas con la mezcla. Construcciones orientadas; piezas interiores.

I. *Estilo maya:* pirámides de pendiente rápida, muy elevadas; dinteles de las puertas hechos con madera de zapote.

Subtipos. a) *Estilo del Petén.* Las habitaciones muy unidas; abundancia de terrazas. Fortificaciones. Empleo de la mezcla. Casas muy decoradas.

b) *Estilo del S. de Yucatán.* Las habitaciones más espaciadas; muros de piedras grandes y muy bien labradas.

c) *Estilo del N. de Yucatán.* Las habitaciones separadas. Los muros de las casas son con frecuencia de piedras ricamente adornadas con esculturas.

II. *Estilo Chol.* Los dinteles de las puertas están hechos de piedra canteada. La ornamentación del almohadillado es de estuco y con tabletas con bajo relieves y jeroglíficos.

III. *Estilo Chortí.* Las pirámides son más abundantes que en el resto de la región; muchas terrazas; en Copán hay una pirámide de pendiente abrupta.

Los monumentos maya-quiché eran generalmente poco elevados y muy largos. La disposición interior difería, no sólo conforme a los diversos estilos, sino también según el objeto del edificio. Lo corriente era que los palacios tuviesen muchos corredores estrechos y separados por muros de enorme espesor. El cielo raso de las piezas era trapezoidal; la bóveda era de salidizo y con grandes baldosas planas. A las veces el techo sostenía una galería vertical, poco gruesa agujereada o esculpida.

94.—El principal cultivo de los maya-quichés era el maíz (116), de mejor calidad en el país de los votánides que en la península que gobernó Zamná. El maíz, como es notorio, es por antonomacia el *grano* de los aborígenes del Nuevo Mundo.

Sin meterme a discutir el origen de esa planta, cuya cuna fué Nicaragua, según el naturalista De Candolle, nos concretamos a recordar que en el Popol-Vuh consta una curiosa leyenda relativa al hallazgo del maíz en *Paxil* y *Cayalá*, de donde fué traído por cuatro animales: un *yac* (tlalcoyote o taltusa), un *utu* (coyote o lobo americano) un *qel* (cotorra o loro) y un *hoh* (cuervo) (117). Es un curioso documento que tradujo don Francisco del Paso y Troncoso, y publicó con el título de *Leyenda de los Soles* (Florencia, 1903) consta la tradición nahoa correspondiente, según la cual el maíz fué descubierto por una *cuatalata* u hormiga colorada, la que comunicó a Quetzalcoatl el secreto, y éste, transformado en hormiga negra, fué a traerlo y lo llevó al Tamoanchan (118).

En muchos monumentos está representado el «Dios-Maíz», como detalladamente lo explica el señor Spinden en su ya citada obra.

Los maya-quichés cultivaban también el frijol, la yuca, el camote, el añil, la vainilla, la goma copal, la goma elástica, el cacao, el algodón, el tabaco, el henequén, etc. etc. He aquí los nombres quichés de algunos de los vegetales cultivados o utilizados por los votánides: *bob* = algodón, *ic* = chile, *ichah* = toda yerba comestible, *met* o *ziq* = tabaco, *much* = chipilín, *pilouh* = frijol, *pom* = copal, *tzer* = bledo, *tzim* = yuca,......

Fabricaban armas e instrumentos de cobre y preciosos adornos de oro y plata; hilaban y tejían el algodón. Sus

(116) En lengua maya: maíz = *ixim*, m. molido = *zacab*, m. desgranado = *ox*. pan de maíz, tortilla = *pacach*, pastel de maíz = *cuum*, harina de m. para las ceremonias religiosas = *chahal-té*, contar granos de m. para brujerías = *iximah*.

En quiché: *cor* = masa de maíz, *leh* = tortilla de m., *mux* = granos de maíz que se echan enteros en el atol, *apen* = agua con que rocían el niztamal, *pixtun* = tortilla gruesa, *pusul* = bebida refrescante hecha con m., *tzo* = masa de m., *va* = tortilla, comida, *bozc* = mazorca de m., podrido en la caña, *hal* = maíz y también mazorca de m. seco, *hoc* = hoja de maíz seca; «tusa», *mal* = mazorca podrida, *pic* = holote; *pile* o *piley* = espiga de m. tierno desollado, *pokon* mazorca de m. sin hojas, *por* = cierta clase de m.

(117) Según las leyendas de los cachiquiles el hallazgo fué en Paxil, y los inventores fueron solamente dos: el coyote y el cuervo.

(118) El señor Plancarte cree que se trata del *teocinte* o maíz silvestre *(Euchlaena luxurians)*.

tejidos eran de hermoso aspecto y de notable resistencia. Con las fibras del henequén hacían papel, redes, hamacas y otros varios tejidos, que todavía se usan en el país.

La bebida predilecta de los mayas era la espumosa *zaca*, de cacao y de maíz; los quichés usaban de preferencia la «chicha», a la que llamaban *qui* o *quiy*, que según los días que cuenta, es un simple refresco o un licor embriagante.

95.—Varios historiadores han atribuído a los maya-quichés la más grosera zoolatría, y se ha admitido esta circunstancia como prueba evidente del origen egipcio de ellos, pues es bien sabido que en el valle del Nilo se tributaba culto a los principales representantes de la fauna de aquel país, y se ha admitido también como prueba de un lamentable atraso moral de los maya-quichés. Desde luego pudiera darse la misma disculpa, respecto a la zoolatría maya-quiché, que dieron Herodoto y Cicerón, respecto a la de los egipcios: que no era más que una natural expresión de gratitud hacia ciertos animales eminentemente útiles; *Ipsi qui irridentur Ægyptii*, dice Cicerón, *nullam belluam nisi ob aliquam utilitatem consecraverunt, velut ibes maximam vin serpentium conficium. Posso de ichneumonum utilitate, de crocodilorum de felium dicere; sed nolo esse longior* (De Nat. Deor., lib. I) (119).

Yo creo muy probable que la religión que trajeron los chanes ha de haber estado fuertemente inficionada de zoolatría; mas con el curso de los siglos sus ideas religiosas se fueron transformando, de manera que en la época de la conquista tenían una teogonía antropomórfica, con culto organizado.

Hasta entre los lacandones, que hablan la pura lengua maya y que aun están en estado de barbarie, viviendo en los bosques en clanes totémicos *(yoneu)*, se ha reconocido la creencia en un Dios Superior, creador, conservador y benefactor del mundo, *Nohochaeyum*, hijo de dos flores: la *chacnicte* o «*flor de la cruz colorada*» (*Plumeria rubra*) y la *xacnite* (*P. alba)*.

Entre las deidades mayas ocupan lugar preeminente los cuatro *Bacabs*, dioses de los puntos cardinales y de los días iniciales del año.

(119) Las más engolletadas y esquilimosas deidades del Olimpo greco-romano no tuvieron empacho en convertirse en animales cuando les convenía: la casta Diana se disfrazó de gata; *fele sora Phaebi;* Baco tomó la figura de un macho cabrío, *proles semelia capra;* Juno se convirtió en una vaca, *nivea Saturnia vacca;* Venus se ocultó entre las escamas de un pez, *pisci Venus latuit;* Mercurio se metamorfoseó en ibis, *Cillentus ibidis alii;* Júpiter tomó la forma de un cisne para fecundar a Leda, y la de un toro para robarse a Europa.

La zoolatría primitiva de los maya-quichés explica el por qué tantos pueblos de esa familia se dieron nombres de animales; tales como los *tucurub* o «buhos»; los cachiqueles que se apellidaban *zog*, o «murciélagos»; los *queleenes*, o «papagayos; los *balames*, o «tigres»; los *quehes*, o «venados», &. &.

Sus fiestas èran numerosas y se preparaban a ellas con ayunos. En su ceremonial religioso entraban, como es de rigor, las danzas, y la orgía era el remate de todas las solemnidades religiosas.

Los quichés llegaron a una concepción bastante elevada de la causa primera, a la que designaban con el nombre de *Qabauil*, según el siguiente texto del libro sagrado de los votánides: *Quechecut xax qo-vi ri-cah, qo naipuch u Qux cah; ara u bi ri Qabauil, ch' u chaxic.* Es decir: «He aquí como existe el cielo, como también existe el corazón del cielo; tal es el nombre de Dios, así se llama».

Fuentes y Guzmán, que no conocía el Popol-Vuh, dice que el nombre que los Quichés daban a Dios era *Exbalanquén.* Hablando de las creencias religiosas de los indios, dice: «Pero a la verdad tuvieron uno, que era como el Dios común al culto general de estos indios de Guatemala, que llamaban *Exbalanquén*, que, según sentir de las más eminentes lenguas, quiere decir esta palabra Dios».

Xbalanqué y *Hunahpu*, hijos de la joven *Xquiq*, son los heroes de una de las más interesantes leyendas del Popol-Vuh. Según Brasseur simbolizan la revuelta de los nahoas contra Xibalba. Al primero de ellos atribuían la introducción de los sacrificios humanos, en Copán, a donde Xbalanqué se retiró, según cuenta Brasseur. (120)

Ahora bien, la concepción quiché respecto a la causa primera, no era monoteista, sino de un dualismo singular, que recuerda el *doble* de los egipcios.

Para justificar la anterior aserción basta analizar el vocablo *Qabauil*, compuesto de tres raíces quichés:

cab = «dos;»
au = «collar», por «señor», é
il = «grande», y también «cuidar, guardar».

---

(120) Según Brasseur (Introd. al Popol-Vuh, p. CCLVI) Copán fué fundado por *Balam*, guerrero feroz, que vino por el Peten-Itzá, unos quince siglos antes de la conquista española.

Así es que *Qabauil* equivale a «los dos grandes señores», o bien «los dos señores que cuidan» o que «están guardados u ocultos».

El empleo de *au* por «Señor» es corriente en lengua quiché; así, por ejemplo, *auaz,* que según el vocabulario del abate Brasseur significa «cosa santa», es decir *deidad,* y por extensión «mandato, precepto», se compone de *au*= «Señor», y de *atz,* raíz de *atza*= «mucho, grande»; quiere, pues, decir: «cosa que emana o propia de un gran señor». *Ajau,* «el mandatario, el gobernante», significa «el dueño del collar».

Ese dualismo, probablemente importado por los ulmecas, se descubre de lleno en la lengua y teogonía de los nahoas. En náhuatl «dos» se dice *ome.* Este vocablo se deriba del quiché *omey*=«viejo, anciano,» y dieron los nahoas ese nombre al número «dos», porque sus dioses, a imitación de los de los chanes, eran *dobles.*

Este dualismo nahoa, dice el licenciado Chavero, se extiende a dar a cada dios casi siempre una diosa, para formar el *par.* Los dioses mejicanos no eran, a la verdad, tan inverecundos y prostituídos como los de la mitología clásica, cada uno de los cuales contaba con inumerables bordionas, y cada diosa con centenares de maridos, por lo cual pregunta el ocurrente Propercio: *Quae dea cum solo vivere sola deo?*

Los nahoas llamaban *Ometecuhtli*» o «Dos señores» al Creador, y lo colocaban en lo más alto del cielo, en el *Omeyocan,* o «dos lugares». (121).

El estudio atento de las leyendas quichés, sugiere la idea de que entre los votánides se rendía culto a las fuerzas de la naturaleza, representadas por las deidades que designaban ellos con el nombre colectivo *Hurakán;* por *Cabrakán,* dios de los terremotos; por Chirakán, o «el gran cráter», la diosa Tierra, a la que se dió ese nombre aludiendo a las espantosas manifestaciones plutónicas de que eran teatro es-

---

(121). El cielo se denominaba *cah* en quiché: esta palabra *cah* es contracción de dos raíces: *cah*=dos, e *ih*=cáscara; por tanto *ca - ih*=*caih* significa «dos cáscaras, envolturas o esferas.» Podemos por consiguiente decir que el *ah - raxa - tzel* o «gran cajete hermoso» como llama también al cielo el Popol-Vuh, se componía, según las creencias de los quichés, de dos cáscaras, que son los «dos lugares» del *Omeyocan* de los nahoas. El término mejicano *teotl*=dios, sí es independiente de ese dualismo, pues alude a otra leyenda quiché. Se deriva de *te,* vocablo arcaico, conservado por el cachiquel, con la significación de «madre» y por extensión «potencia creadora», y de *otot,* los frijoles colorados del palo de pito (*Erythrina corallodendron*), llamados tzites en quiché, de los cuales fué hecho el hombre, y la mujer de *Zibak,* que es la médulá de una especie de espadaña. (Popol-Vuh, 1a. parte, cap. III.)

tos países en aquellos remotos tiempos, y por otros muchos dioses que sería prolijo enumerar aquí.

El fanatismo religioso de los mayas se descubre en el nombre que daban a sus sacerdotes, a los que llamaban *ahkin*, derivado del verbo *Kinyah*=«echar suertes», porque les atribuían la facultad de adivinar el porvenir y de ejecutar una multitud de actos maravillosos.

Por más que algunos cronistas hayan querido encontrar reminiscencias cristianas en los monumentos y ritos de los maya-quichés, la crítica ha declarado utópicas todas esas teorías: la *Cruz de Palenque* de que ya hemos hecho mención, no es más, según respetables opiniones, que un símbolo relacionado con el culto del *phallus*, y el famoso *caputzihil* que se pretendía que es un remedo del bautismo cristiano, no pasaba, según el señor Chavero, de ser una ceremonia alegórica del advenimiento de la pubertad, *et sic de ceteris*.

96.—Es un hecho notorio que los maya-quichés tenían la abominable costumbre de hacer cruentos sacrificios humanos en ara de sus dioses, con extraordinario refinamiento de crueldad. Esa horrible práctica, que parece claro indicio de salvajismo, inconciliable con cierto grado de cultura, se ha observado en todos los tiempos y en todos los países, si bien bajo muy diversas formas y con distintos pretextos; pero en el fondo todas idénticas, como lo ha expuesto con mucha erudición y sensatez Hans Rau, en su libro sobre *La Crudeltá*, etitado hace poco por los hermanos Bocca, de Turín.

Los quichés tenían su sanguinario dios Tohil, símbolo, según Brasseur, de la lluvia, del trueno y del estrépito de las armas, a quien inmolaron millares de víctimas, con la misma sangre fría con que las más bellas y distinguidas damas españolas asistían a los autos de fé; con la misma impavidez con que los frailes inquisidores sometían a los más horribles tormentos a sus víctimas. Por algo se ha dicho *homo hominis lupus*, y por otra parte, la experiencia demuestra que nada endurece más el corazón que el fanatismo e intolerancia en que degenera con frecuencia la exaltación del espíritu religioso, como lo patentiza la historia de la conquista de América por los españoles, y de los métodos de evangelización que emplearon.

El templo de Tohil en Utatlán era suntuosísimo: estaba erigido sobre una pirámide de gradería, de base cuadrangular, construída de piedra y lodo, y consistía en una ca-

pilla techada de maderas muy finas, y revestida por dentro y fuera de una especie de estuco muy sólido y brillante. La estatua del dios, de cuya figura no se tiene noticia, estaba sentada en un trono de oro, esmaltado de pedrería y rodeado de otros riquísimos adornos. Servían este templo muchos sacerdotes que se alternaban de trece en trece, rendían sus preces, quemaban inciensos, ayunaban y hacían penitencias.

97.—Se ha discutido mucho por los eruditos si nuestros aborígenes eran, o no, *antropófagos*, asunto respecto al cual daremos nuestra opinión con la absoluta imparcialidad que debe resplandecer en un historiador, haciendo caso omiso de las exageraciones en pro y en contra de los indios, consignadas en las obras de Fray Bartolomé de las Casas y de sus tres principales impugnadores (el capitán Bernardo Vargas Machuca, Juan Ginés de Sepúlveda y el abate Juan Nuix) por ser harto parciales: sus escritos son verdaderos alegatos abogadiles, no relatos históricos.

Entre los viéjos cronistas se advierte con frecuencia sistemática tendencia a ponderar la barbarie de nuestros indios. Muñoz Camargo, v. g., refiere en su *Historia de Tlascala* (Lib. I, cap., 17) que en las poblaciones indígenas, antes de la conquista, había carnicerías de carne humana, como si fuera de vaca o carnero, vulgaridad que repite el historiógrafo D. Antonio de Herrera.

Hoy, por el contrario, hay unos cuantos americanófilos que niegan a pié juntillas y en absoluto que los americanos hayan sido antropófagos, ni siquiera los caribes. Entre esos *optimistas* descuellan los venezolanos D. B. Tavera Acosta y D. Francisco Jiménez Arrais.

In medio estat virtus: ni *tatáculas*, ni *tataculás*, como dice el vulgo de por acá.

Desde luego advierto que no merecen el epíteto de *antropófagos* los que comen carne humana en caso de suprema necesidad, como ha sucedido repetidas veces: sabido es que entre los episodios de la expedición de Narváez a la Florida se cuenta el de la llegada de Alvaro Núñez y otros españoles náufragos a una isla, donde fueron bien acogidos; más la suma escasez de víveres los obligó a empezar a comerse unos a otros; que cuando Hernán Cortés iba de Méjico a Honduras, al llegar a los bosques de la Verapaz apretó tanto el hambre, que un tal Medrano, chirimía de la iglesia de Toledo, se comió los sesos y bebió caldo del sacabuche Medina, de Bernaldo Calderas y de un sobrino

de éste que habían sucumbido; que durante esa misma expedición de Cortés, los magnates mexicanos que traía consigo se comieron a cinco prisioneros, por lo cual fué quemado vivo el más culpable de ellos, lo que hace sospechar que no fué tanta la necesidad; que el capitán Iñigo de Bascona y sus veinticinco soldados, cuando Dalfinger los despachó de Tamalameque a Coro, se comieron a los indios cargadores, y uno de los soldados, Francisco Martín, no tuvo asco de tragarse entero y crudo el órgano sexual de uno de los indios; que cuatro españoles de la expedición de Spira se atiborraron con las suaves postas de un niño, & &. Aun en nuestros días ocurren casos semejantes: hace pocos años se publicó un artículo de un señor Peraza, en el que éste refiere, con espeluznantes detalles, que en 1870 unos derrotados, entre ellos varias personas cultas, perdidos en las selvas guayanesas y muertos de hambre, se comieron a uno de sus sirvientes, alevosamente asesinado por el corneta que los acompañaba.

La verdad es, lo confieso con dolor, que los maya-quichés, lo mismo que los toltecas y que otras muchas tribus americanas, se comían ciertas partes de las personas sacrificadas, no por necesidad, ni como un alimento cualquiera, sino en cumplimiento de un ceremonial religioso y obligatorio en determinadas solemnidades: de esa procedencia eran las viandas de carne humana que servían a Montezuma, y por las cuales Cortés lo reprendió repetidas veces

Mas aún: según el testimonio de ciertos cronistas, tal como Torquemada, los ulmecas eran verdaderos antropófagos, y por lo que hace a los mejicanos M. Jourdanet ha recogido interesantes detalles en su valioso trabajo sobre *Les sacrifices humains et l'anthropophagie chez les Azteques.*

Durante la dominación española ocurrieron en la América Central, según cuentan, algunos casos de verdadero canibalismo; mas también puede haber exageración en las narraciones. El P. Juarros, por ejemplo, hablando del martirio de los PP. Fray Esteban Verdelete y Fray Juan de Monteagudo, sacrificados por los indios en la Tololgalpa, el 16 de enero de 1612, dice: «Celebraron estos bárbaros hecho tan inhumano con un solemnísimo banquete, en que sirvieron de único plato los brazos, muslos y piernas de los santos mártires.»

Tal vez los únicos que no tenían tan horrible costumbre eran los quichuas, del Perú, según lo asegura el barón

de Juras Reales, en sus *Entretenimientos de un Prisionero*, obra bastante curiosa.

Varios escritores han tenido la humorada de justificar el canibalismo, alegando, al efecto, razones más o menos ingeniosas. Entre esos escritores se cuenta el Dr. D. Vicente Lachner Sandoval, de cuya conferencia sobre las razas del hombre primitivo, que he citado ya, tomo las siguientes líneas: «....en primer lugar debemos tomar en cuenta que esta horrenda costumbre existe aun hoy mismo en pleno siglo XX, y no por cierto en los pueblos más salvajes; en segundo lugar, no olvidemos que la humanidad, en todo tiempo y en todo lugar, ha reconocido siempre una doble moral distinta para los propios que para los extraños. Por mucho tiempo la crueldad para con los vencidos fué la norma entre hombres que se preciaban de morales, véase si no la Iliada de Homero; el egoísmo y aun el odio para los que no son de nuestra propia raza regulan aún hoy día, como factores nada inmorales, nuestras relaciones internacionales. ¿Qué de raro, pues, que los hombres más primitivos devoraran a sus enemigos vencidos? Pero hay aun algo más: la existencia del canibalismo es, por paradógico que ello parezca, una prueba de la superioridad del hombre.....»

98.—En cuanto a los ritos funerarios de los mayas-quichés, basta decir que en tanto que los nahoas acostumbraban la incineración, los mayas empleaban el túmulo y la piedra mortuoria, *menhir*, y la momificación de los cadáveres, como lo demuestran los estudios hechos en numerosos *cromlechs* americanos.

Sin ser polígamos en la extensión de la palabra, como los nahoas, los mayas eran *bigamos*, es decir que cada hombre podía tener dos mujeres, aunque según el P. Landa la generalidad de los hombres del pueblo solo tenían una esposa; eso era lo corriente.

En lo que más se diferenciaban los nahoas de los maya-quichés era en la organización social: en tanto que entre los primeros se había establecido en un principio la vida patriarcal en *casas grandes* y el más perfecto comunismo, en el Sur se organizó desde luego la propiedad particular, bajo el poder de la más despótica teocracia: el Sumo Sacerdote era el Jefe Supremo de la nación. Este tomaba el nombre de *Zamná* entre los mayas de la península; el de *Votán* entre los quichés, y el de *Kinkanek* entre los

itzaes del Petén. Poco a poco se fué elevando la casta guerrera, y el jefe de ésta igualó en poder, si no sobrepujó, al Sumo Sacerdote. El jefe de los guerreros se titulaba *Humpictok* en la península yucateca, nombre que significa «el que tiene un ejército de 8,000 pedernales»; *Chay-abah*, o «pedernal negro», en la region quiché, y *Canek*, o Serpiente negra», en el Petén.

La esclavitud estaba constituída bajo un régimen de implacable dureza; mas también los hombres libres estaban sometidos a la despótica autoridad de los sacerdotes.

El niño al nacer sufría una operación que tenía por objeto deprimir la cabeza, y era también costumbre provocar el estrabismo por medios artificiales y dolorosos.

TERCERA PARTE.

EL SEÑORÍO DE CUSCATLÁN.

CAPÍTULO PRIMERO.

Establecimiento de la nacionalidad pipil.

99. — Ya hemos dicho, y conviene repetirlo aquí, que la población indígena que existía en el actual territorio de El Salvador en la época de la conquista era el resultado de la paulatina fusión, más o menos perfecta, de cinco elementos:

a) *Amerindas* (o raza primitiva), cuya cuna fué probablemente el Brasil; divididos en grupos aislados, que evolucionaron separadamente durante muchos siglos, lo que ha de haber generado notables diferencias entre ellos.

b) *Proto-nahoas*, de origen asiático, llegados a este Continente por el Noroeste, en remotísima época. Estos se extendieron de Norte a Sur, y han de haber llegado al actual territorio de El Salvador; mas no se conoce ningún resto o huella de su presencia por acá. Eran gentes absolutamente incultas.

c) *Chanes o Ulmecas*, de procedencia africana, venidos a América unos 1500 años antes de C., por el lado del Atlántico, y a estos países poco antes o a principio de la era cristiana. Como vivieron muchos años en el Tamoanchán (Morelia) confederados con los nahoas y otomíes, y su ciudad principal fué *Tula* la antigua, podemos llamarlos *tulte-*

cas y también *yaquis* o emigrantes. Es la raza civilizadora, de la cual proceden directamente los maya-quichés. En estos tultecas predominaba el elemento ulmeca.

d) *Yaquis* o *tultecas* de sangre nahoa, pero ya civilizados por los ulmecas en el Tamoanchán, y cuya principal inmigración a Centro-América se verificó hacia el siglo XII de la E. C. Estos yaquis venían de la *Tula* histórica o del Estado de Hidalgo, y son los verdaderos *tultecas*. De éstos llegaron relativamente pocos al actual territorio de El Salvador; el grueso de la corriente migratoria se dirigió, a lo que parece, a Copán, donde fundaron el reino de Payaquí.

e) *Aztecas* o *mexicas*, también de la familia nahoa, cuyas inmigraciones por acá precedieron poco tiempo a la conquista. El P. Torquemada *(Monarquía Indiana*, lib. III, c. 40) creía que los pueblos de lengua náhuatl establecidos en la América Central descendían de una colonia de *Cholotecas*, venidos del Anahuac siete u ocho generaciones antes de la conquista. Es muy probable que así haya sido, porque cuando Alvarado vino a la conquista de Cuscatlán encontró este país muy densamente poblado, por indios de raza mejicana—nuestros *pipiles*—lo cual desde luego induce a suponer que esa población se había venido formando de bastante tiempo atrás.

100.—El grupo c) reclama ahora toda nuestra atención.

Conceptúo muy verosímil que a la columna ulmeca haya venido agregado un contingente de nahoas, y que al llegar a nuestro actual territorio la porción nahoa se fijó de preferencia en la región que se llamó primero *Nequepio* y después *Cuscatlán*, comprendida entre los ríos de Paz y Lempa, en tanto que los ulmecas se esparcieron por diversos puntos, especialmente al E. del segundo de esos ríos, y que de su cruzamiento con los habitantes que encontraron procedían nuestros *chontales*, *lencas* & &.

El señor don Manuel M. de Peralta asevera en su ya citado folleto sobre *Etnología centroamericana* que Nequepio quedaba sobre el golfo de Fonseca o de Chorotega Malalacá, en lo que hoy forma el departamento de Choluteca (Honduras) y parte del de San Miguel (El Salvador), error que extraño en él, que exhumó en el archivo de Indias de Sevilla y publicó en su preciosa obra sobre *Costa Rica, Nicaragua y Panamá en el siglo XVI* la Relación que Pedrarías Dávila dirigió al Rey el 25 de enero de 1529,

escrita en León de Nicaragua, en la cual Relación se dice categóricamente que *Nequepio* era lo que también se llamó *Cuzcatan*, la provincia de *San Salvador.* (122)

Es de suponerse que el idioma que hablaban esos ulmecas del grupo c) era ya bastante parecido al quiché que conocemos, a juzgar por los nombres geográficos de la región que ocuparon, que son por lo general de claro e indiscutible origen quiché. La terminación *tique* de muchos nombres de lugares en el antiguo *Chaparrastique*, tales como Chapeltique, Cacaguatique, Lolotique, Yayantique, & &, significa "terreno cultivado", pues se deriva del verbo quiché tic=sembrar, plantar, cultivar; de esa raíz se forma *tikon*=huerta, y *tikonah*=labrar la tierra, formar finca.

Por otra parte, los ulmecas que se fijaron en Chiapas y Guatemala crearon el poderoso reino quiché (y sus derivados), de donde es probable que hayan venido más tarde algunos emigrantes a unirse con sus paisanos establecidos aquende el Paz. De la expansión de los quichés y de su llegada a regiones meridionales relativamente lejanas, nos ministran buena prueba las huellas que dejaron en lo que hoy se llama República del Ecuador, donde la tribu de los Cañaris habla un idioma de origen quiché, pues todas sus voces pueden interpretarse por medio de esta lengua, según el docto historiador P. Federico González Suárez.

Uno de los monumentos más notables que nos quedan de los ulmecas establecidos en nuestro territorio es la famosa Gruta de Corinto, que oportunamente describiremos.

Esos antiguos toltecas construyeron, a mi entender, entre otras muchas ciudades, las de Copán, Quiriguá, Mitla, Tehuacán y Güija; ellos, en memoria del *Nonoalco* en que estuvieron, bautizaron con ese nombre una comarca, notablemente fértil, al S. del Chichontepeque, donde hoy están los pueblos de Santiago, San Juan y San Pedro, los tres de apellido *Nonualco.* Tehuacán ha de haber sido la metrópoli de esa comarca del antiguo Nequepio.

De la ciudad de *Güija* o *Güijar* se conservan muy vagos recuerdos: en mi concepto ocupaba un sitio elevado, ya en una isla del lago de ese nombre, ya a orillas de

(122) Los pipiles, pagados, sin duda, de la asombrosa fertilidad de las tierras de *Nequepio*, lo llamaron *Cuzcatlán*, por lo menos a su parte principal, pero después se hizo extensivo a toda nuestra región pipil. La palabra *Cuzcatlán* significa "tierra de la dicha": se compone de *cozcatl*="collar, símbolo de riqueza, y de la partícula abundancial *tlan*. La ortografía de ese vocablo hoy generalmente usada es "Cuscatlán"

éste, según se deduce de la significación de las dos raíces quichés de que se compone ese vocablo: *vi (hui* o *güi)* = cima, altiplanicie, y *ha (ja)* = agua. Ignoro con qué fundamento aseveran algunos que esa ciudad haya sido la antigua *Tlapallan;* respecto a cuya ubicación ya expuse la opinión que he aceptado.

Tehuacán (fundada por el contingente nahoa que se estableció en Nequepio) es vocablo de origen nahuatlaco. No creo que haya recibido ese nombre en recuerdo de su homónima de Méjico, conocida con el nombre de "Tehuacán de las Granadas", sino por haber sido un santuario, o bien por lo pedregoso de la localidad en que fué fundada. En efecto, *Teocán* o *Teohuacán*, como escriben algunos, significa "lugar de los dioses", y *Tehuacán* quiere decir "lugar pedregoso". (123)

Prefiero la segunda interpretación porque me consta que el paraje en que están las ruinas de nuestra antigua Tehuacán es sumamente pedregoso.

Por lo demás yo no creo que Güija ni Tehuacán hayan sido ciudades monumentales, como Palenque, Copán, Quiriguá, etc. etc.

101.—Sin perjuicio de que los proto-nahoas hayan avanzado bastante lejos hacia el Sur, es lógico suponer, y así lo afirman respetables autoridades, que los nahoas que acompañaron a los ulmecas no se quedaron todos en Nequepio; algunos siguieron adelante, y de ellos se ha dicho que proceden los *chorotegas* y los *niquiranos* del Sureste de Centro-América.

El hecho mismo de la expansión de la raza nahoa por ese lado es indubitable, y ya he hecho alguna referencia a ella.

Fray Toribio de Benavente (Motolinia) en su *Historia de Nueva España* y Francisco López de Gomara en su *Hist. de las Indias* aluden a esa emigración de nahoas, cuya fecha han fijado otros en el año 596 de C.

"Sé, dice Fray Toribio, que en tiempo de una grande esterilidad compelidos muchos indios con necesidad, salieron de esta Nueva España, y sospecho fué en aquel tiempo que hubo cuatro años que no llovió en toda la tierra, porque se sabe que en este propio tiempo por el mar del Sur

---

(123) Varias interpretaciones se han propuesto de la palabra de que tratamos: para unos significa "piedra de Dios"; para otros, "lugar hueco"; para otros, "lugar abundante de culebras" para otros quiere decir "vamos de prisa" etc. etc., mas yo creo que las más verosímiles son las que he aceptado.

fueron gran número de canoas o barcas, las cuales aportaron y desembarcaron en Nicaragua, que está de México más de 350 leguas, y dieron guerra a los naturales que allí tenían poblado, y los desbarataron y echaron de su señorío y ellos se quedaron y poblaron allí aquellos nahuales; y aunque hoy no hay más de cien años, poco más o menos, cuando los españoles descubrieron aquella tierra de Nicaragua que fué en el año de 1523 y fué descubierta por Gil González de Avila, juzgaron haber en la dicha provincia quinientos mil ánimas. Después se edificó allí la ciudad de León, que es cabeza de aquella provincia. Y porque muchos se maravillan en ver que Nicaragua está poblada de nahuales, que son de la lengua de México, y no sabiendo cuando ni por quien fué poblado, pongo aquí la manera porque apenas hay quien lo sepa en la Nueva España". (124)

También el historiador tezcocano D. Fernando de Alva Ixtlilxochitl habla de la dispersión de los toltecas; mas él se refiere a la que se verificó en el siglo XII, muy distinta de la a que alude el P. Motolinia. (125)

En el Popol-Vuh están lastimosamente confundidas todas las tradiciones de nuestros aborígenes, de manera que cuando se le toma por guía para una narración histórica o para una investigación etnográfica, máxime si se acepta la exégesis del abate Brasseur, indefectiblemente se cae en una confusa y complicadísima algarabía.

Estudiando yo la cuestión (que ya veremos es más interesante de lo que parece) he llegado al siguiente resultado: los *niquiranos* proceden de la antedicha expansión de los nahoas; mas no los *chorotegas*, descendientes de inmigrantes de la familia maya-quiché. Unos autores olvidan ésta, otros aquella.

Uno de los pocos autores que distingue ambas inmigraciones es el doctor Ayón, en su *Hist. de Nicaragua*, mas su conclusión no es suficientemente clara: después de

(124) Por mi parte no creo en el viaje por agua; me basta con el hecho de que haya llegado la raza nahoa hasta Nicaragua en remota época. Lo que no me explico es el cómputo de los 100 años, pues el P. Motolinia murió el 10 de agosto de 1568.

(125) "El hambre causada por una prolongada sequía, la guerra y la peste fueron las tres calamidades que, según las antiguas crónicas, causaron la total destrucción de Tula. Pero a mi entender, de esas tres calamidades sólo la guerra causó el exterminio de la ciudad que fundaron los nauas después de su tercera peregrinación con el nombre de Tula; Yxtlilxochitl nos autoriza a pensarlo; las otras dos plagas, fundándome en la comparación de las relaciones de Sahagún y Torquemada, creo se refieren a Tamoanchán y en especial a la Tula primitiva" (Plancarte, *Tamoanchán*, p. 131)

hablar de la emigración de los toltecas en 596, y de la llegada de éstos a Nicaragua, refiere que posteriormente los ulmecas u olmecas (que no dice quiénes eran) se apoderaron del Soconuzco y sometieron a dura opresión a los *mames* que lo poseían y que al fin cansados éstos de sufrir abandonaron su patria y vinieron a parar a la Choluteca y luego a Nicaragua; mas no explica el diverso origen de los *niquiranos* (descendientes de los nahoas) y de los *chorotegas* (descendientes de los mames). (126)

De los *chorotegas* y de su lengua se han dicho cosas verdaderamente pasmosas: yo no sé qué idea se ha formado de esos indios el literato chileno D. Armando Donoso, quien en su libro *Los nuevos* dice, hablando del porvenir de la raza latinoamericana: ". . . . y entonces acaso nazcan los verdaderos hijos de América, el hombre del porvenir que nada sabe de la neurastenia, del simbolismo, ni de las cocotas de Willete; el hombre músculo y apóstol de Walt Whitman y el hombre-cerebro de Emerson, con mucho de indio *chorotega* y no poco del Nietzsche de *Zaratustra*".

El doctor A. v. Frantzius, en una de sus notas a la carta-informe del oidor Palacio, da por sentado que en el gran istmo centroamericano había sólo tres lenguas principales: la *maya*, la *chorotega* y la *mejicana*, sin contar, por supuesto, las de ciertas tribus salvajes. Y luego, dice, que los idiomas de la familia chorotega se hablaban en los antiguos pueblos civilizados que tenían su asiento en El Salvador, Nicaragua y Guanacaste, agregando que no se sabe si el *Mangue* es lengua mejicana o chorotega, y que conforme a las investigaciones del Dr. Berendt hay estrecha relación entre el idioma chiapaneco y el de los *diriás* de Nicaragua.

En todo eso hay exageración e inexactitud: los chorotegas, ni por su número ni por su cultura, tenían la gran importancia que el doctor Frantzius les concede.

Ocupaban grandes porciones de terreno en la costa del Pacífico, desde el Golfo de Fonseca (127) hasta la penín-

(126) Según Fray Antonio Remesal las cosas pasaron a la inversa: de Nicaragua fueron inmigrantes a poblar a Chiapas; opinión que el señor Ayón trata de conciliar con la narración común.

(127) Algunos han creido, según el P. Juarros, que el Golfo de Fonseca es la bahia de J.quilisco, ese error tal vez ha provenido de que Fernández de Oviedo y Valdés, dice en el tomo IV de su *Hist. General*, que desde el Golfo de Fonseca "hasta el golfethe de Chorotega hay algo mas de veinte leguas", lo cual no pasa de ser un error geográfico.

sula de Nicoya. Entre sus pueblos había dos del nombre *Diriás*, uno cerca de Granada y otro en Nicoya; como había dos del nombre *Nacaome* uno en la Choluteca, Honduras, y otro en Nicoya.

La palabra *Choluteca*, como nombre de cierta porción de Honduras, nada tiene que ver con el vocablo mejicano *Cholula*, sino que es simple transformación del término *Chorotega*, cuyas transformaciones sucesivas probablemente fueron: *Cholotega*, *Choloteca*, *Choluteca*. La etimología propuesta por algunos—de *chololtía*, que en náhuatl significa "huir", o de *chololtic*="fugitivo"—es ingeniosa, mas prefiero la antedicha. En cuanto al término *Chorotega*, me parece muy razonable el origen que le asigna el señor Peralta: según él es españolización de *xoloteca* (sholoteca), habitante de *Xolotlán*, nombre mejicano de *Mangua* (Managua), cabecera del país de los *mangues*.—Es, pues, de suponerse que el primer asiento de los emigrantes de que proceden los chorotegas fué en Mangua, y que en la época de la conquista eran numerosos en la costa del Golfo de Fonseca, donde estaba la población llamada *Malalaca* (Choluteca de Honduras) lugar en que don Pedro de Alvarado encontró a Luis Marín y a Bernal Díaz del Castillo, cuando el Adelantado iba en busca de Hernán Cortés.

La lengua *mangue* o *chorotega* (que algunos han confundido con el *nagradan* o *subtiaba*) es casi idéntica con la chiapaneca. El nombre *Nequepio* lo deriva el señor Peralta del chorotega *nekupu*=al chiapanero *nacapú*="tierra".

De los toltecas nahoas que llegaron a Nicaragua al principio de la era cristiana, descienden los *niquiranos*, establecidos a orillas del gran lago.

102.—La raza nahoa se propagó grandemente en nuestro territorio debido, por una parte, a la bondad de su clima y a la fertilidad de su suelo, que les proporcionaba fáciles y abundantes medios de subsistencia, y por otra, a la fecundidad de esa raza. Ocupaban los nahoas una larga faja en la costa del Pacífico, desde el río Michatoya hasta el Lempa (128). Era según los cronistas, el distrito mejor poblado de América, en el que había, según refiere don Pedro

(128) Squier supone que los nahuales se extendían hasta Escuintla y aun hasta el río Nahualate, del lado de Guatemala. La parte comprendida entre el Michatoya y el Paz constituía la provincia de Guazacapán, en la cual, como dijimos, se hablaba al igual que en la de los Yzalcos, la lengua *sinca* y el náhuatl. Lo mismo supongo acontecía en Chalchuapa, donde se hablaban *pokomán* y náhuatl.

de Alvarado en carta dirigida a Cortés, "grandes ciudades y pueblos construídos de cal y piedra".

Mas esos nahoas no procedían simplemente de los inmigrantes que salieron del Tamoanchán con los ulmecas. En cerca de 1500 años que transcurrieron desde entonces hasta la conquista se hubiera alterado profundamente el idioma que hablaban, y hubiera sido difícil reconocerlos.

Es lógico suponer que una parte de los yaquis o de los toltecas que vinieron a Centro-América el siglo XII se dirigió a nuestro territorio, y que después ha de haber habido inmigraciones esporádicas de gentes de la misma raza, que fueron parte a mantener la pureza del idioma, que poco, muy poco, se diferenciaba del azteca, cuando vinieron los españoles.

Los nahuales de esta región fueron designados con el nombre de *Pipiles*, en razón, según se dice, de su acento aniñado, de la manera como pronunciaban las voces de su lengua. La ocurrencia de darles ese nombre, mejor dicho, de ponerles ese apodo, se atribuye por unos, a los pueblos vecinos de dichos nahuales, es decir, a los quichés de Guatemala, y por otros, a los indios mejicanos que traía don Pedro de Alvarado cuando vino a conquistar la región pipil.

En el primer caso puede asignarse a dicho nombre la raiz quiché *pi*="silbar, chillar", tomada reduplicativamente, y equivaldría el término *pipil* a "silbadores, chillones". En el segundo caso, es dicho vocablo el sustantivo nahoa *pipil*="niño" del cual se derivan *pipillot*="niñería", y *pipilpipil*="viejecito", significación ésta que recuerda aquello de que los extremos se tocan.

Ahora bien, yo he oído hablar repetidas veces el náhuatl en Méjico y en El Salvador, y no he notado diferencia alguna en cuanto al *acento*, sin atreverme a decir lo mismo respecto a la parte gramatical. Sí me pareció que el náhuatl que oí hablar en Méjico era más elegante y expresivo y más polisilábico; mas es de advertir que allá me tocó oír hablar dicha lengua a personas que la habían estudiado con esmero, y aquí sólo a unos cuantos inditos ignorantes.

Es muy natural que en la época de la conquista haya habido alguna diferencia entre el náhuatl hablado por acá y el hablado en Méjico; mas no tanto que autorice a decir que el pipil era un dialecto corrupto de la len-

gua mejicana. Tal vez había menos diferencia que la que hay entre el español de la península y el que usamos por estas tierras en la vida corriente, a pesar de nuestras continuas relaciones con la madre patria y de la eficaz acción de la prensa española; especialmente de las Gramáticas y Diccionarios castellanos que sirven de base en nuestras escuelas para el estudio del idioma nacional.

Squier dice, al respecto de que tratamos, que la principal diferencia que él notó entre el nahual de Nicaragua y de El Salvador con relación al mejicano es la contracción y aun supresión de la terminación *tli* de gran número de vocablos aztecas, y refiere que en un ejemplar del Vocabulario Nahual de Fray Alonso de Molina que adquirió en San Salvador y que sospechaba haber pertenecido este libro al antiguo convento de San Francisco de esta capital, encontró una nota manuscrita, parcialmente testada, que decía: "En esta provincia la *l* no es pronunciada; así, en *tlativez*, arrojar, la *l* se omite, y la palabra es *tativez:* no hacen.....como, por ejemplo, *totox* hace *toto*, o.....La *c* se confunde con la *q* y así en *cue*, dicen *que*.....No encontramos en estas partes ni *tla* ni *ta;* así en *tlateum*, descender, dicen simplemente *teum*."

No deben extrañar esas incorrecciones si se tiene en cuenta que la base u origen del nahual salvadoreño es el idioma que trajeron los proto-nahoas hace muchos siglos y el que importaron después, hace como 2000 años, los compañeros de los ulmecas; si se considera la suma variabilidad de las lenguas que carecen del poderoso auxilio de la literatura y de la prensa para fijarlas y de instituciones que las normalicen, máxime si el pueblo que la habla ha cambiado de *medio*, todo lo cual concurriría en el caso que contemplamos.

Y, sin embargo, si se examinan los vocabularios pipiles recogidos y publicados por varios autores, y se comparan con los mejicanos, se reconoce al instante que la decantada adulteración del nahual, que se achaca a los pipiles, se reduce a muy pocos detalles, y eso que los tales vocabularios pipiles se han formado después de los tres siglos que duró la dominación española.

Esa conservación de la lengua vernácula sólo puede explicarse admitiendo continuas inmigraciones de indios nahuatlacas. No se puede atribuír solamente a los mejicanos que enviaron Auitzotl, a fines del siglo XV, o Motecuhzo-

ma II, a principios del XVI, de que pronto hablaremos, y mucho menos a haberse quedado por acá unos cuantos indios de los que acompañaban al conquistador Alvarado, como pretende Buschman en su tratado sobre los "Nombres de lugares aztecas." Los *mexica* de Auitzotl y de Motecuhzoma no hubieran tenido tiempo para difundirlo, y cuando Alvarado vino ya se hablaba el náhuatl en la extensa faja que hemos indicado.

Finalmente, los *barbarismos* de nuestros pipiles procedían de que éstos, según el P. Juarros, eran descendientes de plebeyos mejicanos, que no han de haber hablado el *tecpiltic tlatolli*, o lenguaje cortesano de Netzahualcoyotl, el poeta soberano de Alcolhuacán ó Texcoco (129).

En una palabra, nuestro *pipil* era el mismo idioma que hablaba el pueblo mejicano, con insignificantes diferencias, que no bastan para declararlo dialecto, como nuestro idioma nacional no lo es del castellano.

103. — No están de acuerdo los autores respecto a la época y manera como vinieron los agentes o emisarios de esos "emperadores."

Del cotejo y discusión de las diversas piezas relativas a esos hechos he sacado en conclusión que se debe distinguir cuatro fases de ellas.

a) Ahuitzotl (o *Auitzotl*, o *Auzotl*, & &), elevado a la suprema categoría de *tlatohuani* de Méjico en 1486 (puesto que ocupó hasta su muerte, ocurrida en 1502) mandó, en los primeros años de su administración, un ejército, al mando del general Tlitol (o Tlitototl), con objeto de ensanchar sus estados por el lado del Sur. Según parece el único país que Tlitol logró someter fue el Soconusco, y tal vez una parte de Chiapas. El P. Clavigero habla de esa expedición, que otros consideran como fabulosa. En todo caso, es probable que entonces no hayan quedado mexicas en nuestro territorio.

b) El mismo Ahuitzotl, para asegurar el éxito de una segunda expedición, recurrió al ardid de enviar gran número de indios, al mando de cuatro capitanes y un general, disfrazados de mercaderes, quienes así lograron penetrar en el país y establecerse en la costa del Pacífico. El P. Juarros, que refiere ese hecho, agrega que la muerte de

(129). Podría oponerse a ese dato del P. Juarros la circunstancia de que el vocablo azteca *pipilli*, diminutivo de *pilli*, no sólo significa "niñito", sino también "noble", mejor dicho "noblecito."

Ahuitzotl cortó el hilo de la trama; que los tales pseudo-mercaderes eran gente de la plebe mejicana y hablaban muy mal su lengua, "como niños", motivo por que se les llamó *pipiles*, y que se propagaron prodigiosamente, extendiéndose por Sonsonate, San Salvador y San Miguel. M. Squier impugna con razón ese relato, pues por numerosos que se suponga que hayan sido los indios enviados por Ahuitzotl, no cabe concebir se hubieran multiplicado tan rápidamente para alcanzar a constituir la densa población azteca que encontraron los españoles unos treinta años después en Guazacapán y en Cuscatlán, y a imponer el uso exclusivo de su idioma.

Yo no encuentro inverosímil la intentona de Ahuitzotl, y supongo que sus emisarios, sospechosos para los pueblos de Guatemala, hayan tenido que concentrarse en nuestro territorio, donde encontraron compatriotas que les permitieron establecerse.

c) Motecuzohma II, animado de la misma ambición que su antecesor, de ensanchar sus dominios hacia el Sur, organizó una nueva expedición militar; mas esta vez ni siquiera intentaron penetrar a la región quiché, sino que se vinieron por la costa y fueron a parar a Nicaragua, siendo muy probable que algunos de los expedicionarios se hayan quedado en Cuscatlán, al pasar por este país.

A esa invasión de mexicas en Nicaragua dan el pomposo nombre de *conquista* Torquemada, en el lib. II, cap. 81 de su *Monarquía Indiana*, y Muñoz Camargo, en el lib. I, cap. 14 de su *Historia de Tlaxcala*. Este autor pretende que el imperio mejicano en tiempo de "Moctheuzoma" llegaba a más de 300 leguas adelante de "Quatimalla" y de "Nicarahua", y refiere con detalles la estratagema de que se valieron los invasores para poder establecerse en este último país.

Esta expedición ha de haberse verificado hacia 1508 (130).

d) Poco después se supo en Méjico, por unos comerciantes pochteca la llegada de los españoles, noticia que se apresuró a comunicar a Moctecuhzoma el sabio Nezahualpilli, augurando la realización próxima de cierta leyenda relativa a Quetzalcoatl (131). "Entonces, según Tezozomoc, Ixtlilxochitl,

(130). Según Milla habla de esas conquistas el Título de la Casa Ixcuin Nihaib.

(131). En efecto, desde 1506, Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez descubrieron la península de Yucatán, y en 1511 llegaron a ella los náufragos del banco de las víboras, de los que sobrevivieron Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar.

Sahagún, Durán, Clavigero, etc., el supersticioso Moteczuma, para satisfacer a los dioses, ordenó la guerra sagrada, que se declaró contra los huexotzincos, cuyos prisioneros se sacrificaron en aras de la diosa *Toci*, con motivo de la llegada de sus fiestas. En seguida, la oración, los sortilegios y el miedo más acerbo ocupan su atención, hasta el aparecimiento del cometa de 1516, que según los astrólogos europeos anunció la muerte de Fernando el Católico, en España, y según los mexica la de Nezahualpilli, en Texcoco, y con lo cual sus temores no conocieron límites,....." (Rafael Aguirre Cinta, *Lecciones de Historia General de Guatemala*, 1899.)

Por entonces (en 1512, según los *Anales de los cakchiqueles*) vino de Méjico una embajada, que, según dice Fuentes y Guzmán en su *Recordación Florida*, tenía por objeto ostensible celebrar alianzas, y por verdadero fin informarse de las fuerzas con que contaban los quichés, cakchiqueles, zutohiles, & &, y reconocer los caminos y los puntos por donde se pudiera acometer más fácilmente, y, según Milla, ha de haber tenido por objeto recoger datos respecto a los españoles y celebrar pactos de recíproca defensa.

No consta que esos embajadores hayan llegado a Cuscatlán.

Según Fuentes y Guzmán, Moctecuhzoma II trató también de sojuzgar a los quichés, cakchiqueles y zutohiles, y refiere que las huestes mejicanas fueron derrotadas en Tehuantepeque, y que a cosecuencia de esa invasión fueron perseguidos los pipiles, a quienes consideraban los quichés y demás pueblos de Guatemala, aliados, o por lo menos amigos de los mejicanos, y que muchos pipiles fueron despeñados "en los sitios que hoy se ven entre San Salvador y Tecoluca, que son unas barrancas muy profundas", y otros fueron despeñados "en la costa del Norte que llaman *Cuilonemihi*, que quiere decir *despeñadero de los Somehios* de México." Yo no sé de donde han sacado que las primeras de esas barrancas quedan en la actual hacienda de Parras, a orillas de Lempa en el Departamento de San Vicente.

Squier observa, a propósito de lo antedicho, que "las relaciones que existían entre los nahuales o pipiles y sus vecinos los guatemalanes, según los cronistas, eran las menos cordiales. "*El pueblo de Guatemala*, dice Fuentes, les tiene un grande odio y jamás se mezcla con ellos."

104. — De lo antedicho se deduce que la raza *pipil* es el resultado del cruzamiento sucesivo de los *amerindas* lo-

cales, con los protonahoas, con los ulmecas o maya-quichés (*toltecas* procedentes de la Tula del Tamoanchán), con los yaquis o toltecas (de la Tula del Estado de Hidalgo) y con los aztecas o mexicas, con notable predominio del elemento nahoa.

En cuanto a los pokomanes de Chalchuapa, a los sincas de Izalco, a los chortíes de Tejutla, a los chontales de Chaparrastique y a los lencas de las márgenes del Torola, debe considerárseles como maya-quichés, más o menos degenerados por efecto de su respectiva evolución independiente.

El dominio de los mejicanos jamás avanzó hacia el Sur más acá del actual Estado de Chiapas.

Tampoco consta que la región pipil que nos corresponde—del río de Paz al de Lempa—haya estado alguna vez sujeta a los maya-quichés de Guatemala, consérvase sí la tradición de que algunos años antes de la conquista, sin que se pueda precisar la fecha, los quichés y cachiqueles, alarmados por el notable desarrollo de los pipiles, intentaron someterlos; que éstos se aprestaron a la defensa, eligiendo a *Cuachimichín* (o *Cuaucmichín*) como jefe, y que después de haber rechazado a los invasores se vieron obligados a matar a palos y a pedradas a ese caudillo, porque intentó celebrar la victoria con sacrificios humanos. Este último detalle indica escasez relativa del elemento puramente azteca (a que sin duda pertenecía Cuachimichín) en el señorío de Cuscatlán, pues a esa raza se adjudica la triste gloria de haber introducido las hecatombes humanas como ofrenda propiciatoria a sus dioses (132).

La región pipil cuscatleca comprendía toda la porción del actual territorio de El Salvador situada del río de Paz al Lempa, es decir, casi las dos terceras partes, en la época de la conquista, inclusive la porción boreal del departamento de Chalatenango, salvo por el lado de Citalá, donde el Galel de Copán poseía un castillo o fortaleza, según refiere el señor Milla, si bien cabe suponer que el tal castillo haya sido el abrupto peñón de Cayaguanca, que está en la própia línea divisoria de esta República y la de

(132). "Según los datos más fidedignos, estos sacrficios fueron primeramente implantados por los aztecas, pues ni los toltecas ni los chichimecas sus predecesores los usaban. Y aun es de creer que los aztecas mismos, durante los primeros tiempos de su establecimiento en el Anahuac, no los usaron, pues no tenían a mano esclavos ni prisioneros," (*Diccion. de Geog. Hist. y Biog. Mexicanas*, por don Alberto Leduc, Dr. Luis Lara y Pardo y D. Carlos Roumagnac, 1910; art. "Sacrificios humanos.")

Honduras. Según ese historiador el santuario de Mictlán era una de las ciudades pipiles en la región de las afluentes superiores de Lempa.

Squier dice: "También parece que el Lempa formaba los límites del territorio de los nahuales por el Norte; y no hay más que uno o dos pueblos que tengan nombre de su dialecto en la margen izquierda del río; y si no se extendieron más en esa dirección es seguramente porque no se los permitían las altas y desiertas montañas de la cordillera que va paralela al propio río y que constituyen los límites Sur del distrito de Cerquín, cuyos habitantes fueron ligados, si no por sangre, políticamente, al pueblo de Copán. que era de la familia cachiquel. Lempira, el último jefe de Cerquín, hizo su última resistencia a los españoles en las montañas de Piraera, que dominan el valle del río Lempa, el cual fue bautizado con este nombre en conmemoración de aquél."

El señor Squier olvidó, al escribir esas líneas, la configuración de nuestro país: debió decir *Sumpul* donde dice *Lempa*, en cuanto al límite boreal de la región pipil por ese lado. No es cierto que escaseen por allí los nombres geográficos de origen nahoa: Chalatenango, Comalapa, Quezaltepeque, Azacualpa, & & son vocablos de evidente origen nahoa y están a la izquierda de Lempa. Este río sólo servía de límite boreal en la parte correspondiente al actual departamento de Cabañas, y de límite oriental con Chaparrastique.

En cuanto a que el nombre del rio Lempa se derive de el del heroico Lempira es una ocurrencia que ningún documento autoriza: en los días de la conquista ya era generalmente conocido dicho río con el nombre que hoy tiene, sin que a nadie se le ocurriera decir que el vocablo fuese derivado del nombre de Lempira. Lo probable es que ambos nombres se deriven de una misma raíz quiché: *lem*="arrastrar, golpear", aludiendo, por una parte, a la fuerza de la corriente del río, y, por otra, a la lejendaria fortaleza del Caupolicán hondureño, que era capaz de poner las peras a cuarto al Caballero de la Ardiente Espada, Amadís de Grecia, que de un solo revés partió por medio dos fieros y descomunales gigantes (133).

---

(133). En la *Relación de la Provincia de Honduras e Higueras* por el obispo D. Cristobal de Pedraza (1544) consta que cerca de Gracias a Dios corre un río llamado *Limpa* que bien puede ser variante de *Lempa* (Revista del Archivo y de la Biblioteca Nacional de Honduras, Tomo IV, p. 288.)

Los pokomanes de Chalchuapa, los sincas de Izalco y los chortíes de Tejutla constituían grupos insignificantes, rodeados por los pipiles (que probablemente los dominaban) y casi confundidos con ellos, especialmente en los últimos años anteriores a la conquista.

La región pipil cuscatleca estaba dividida, según nuestros historiógrafos, en varios cacicazgos, siendo los principales los siguientes: *Cuzcatlán, Izalco, Apanhecatl, Ahuachapán, Tehuacán, Apaxtepetl, Ixtepetl y Guacotechli.*

No se sabe si esos cacicazgos eran independientes entre sí, o si formaban una o más nacionalidades: mas lo que sí se puede asegurar es que el "Señorío" de *Cuzcatlán* gozaba de cierta supremacía, ya haya sido por su extensión o por su poder, pues dió su nombre a toda la comarca. En la época de la conquista el vocablo *Cuzcatlán* servía para designar toda nuestra región pipil, es decir la mayor parte del actual territorio de El Salvador, en que está ubicada la capital; y aun hoy en el lenguaje literario sirve ese vocablo para designar esta República: el adjetivo "cuscatleco" equivale a "salvadoreño", sin perjuicio de tener la acepción concreta de hijo o vecino del departamento de Cuscatlán.

El distrito o provincia de los *Izalcos* era también notable por su magnitud y por la densidad de su población. Su ciudad principal se denominaba *Tecuzalco*, que quiere decir "cabecera o capital de los Izalcos", pues es una simple contracción de *tecutli*="amo, señor", y de *Izalco*, nombre de la comarca, y hoy distrito y ciudad del mismo nombre, en el departamento de Sonsonate (134). Dicha provincia se extendía hacia el interior hasta Guaymoco (hoy Armenia.)

105.—La capital del señorío de Cuzcatlán era la ciudad del mismo nombre, generalmente considerada como metrópoli de la región pipil. Estaba situada como a ocho kilómetros al SW. de San Salvador, a orillas de una bonita laguna, que empezó a secarse después del terremoto de 1873. Aun hoy existe en dicho lugar un pueblucho denominado "Antiguo Cuscatlán."

Es lógico suponer que haya sido una ciudad bastante grande y poblada, con buenos edificios de cal y canto, según

(134). Algunos distinguen entre *Tecuzalco* o *Izalco* y *Tecuzcalco*, que es el lugar a donde llegó don Pedro de Alvarado cinco días después de la batalla que tuvo con los indios de Acajutla.

se deduce de la ya citada carta de Alvarado a Cortés; mas no con obras monumentales, como gratuitamente aseguran algunos escritores. Ningún resto arqueológico justifica hasta ahora esa aserción, ni nos ha quedado ninguna descripción en qué fundarla.

Según el cronista Vásquez se llamaba también *Zacualtitlán*, que significa "entre pirámides", de *tzacualli*="pirámide" y *titlan*="entre", lo cual indica que en su jurisdicción había algunas obras de arte; mas no por eso las podemos calificar de "grandiosas y bellas"; tal vez no hayan pasado de simples mamblas artificiales, o *tumuli*, de que hay algunos ejemplares por ese rumbo.

106.—Por más que Juarros, apoyado en la autoridad de Fuentes y Guzmán, hable de una monarquía establecida entre los pipiles poco antes de la conquista, de los pocos documentos que al respecto poseemos se deduce que los jefes o señores de las diversas fracciones en que estaba dividida nuestra región pipil, apenas merecen el título de *caciques*, salvo el de la metrópoli, al cual de buen grado reconocemos, como queda dicho, cierta supremacía respecto a los demás, por la cual, sin darle el pomposo título de "emperador" o de "rey", lo llamaremos "Señor de Cuzcatlán."

Sólo se conocen los nombres de cuatro o cinco de esos jefes: el ya nominado *Cuaumichín*, cuyo fin desastroso queda narrado; su sucesor *Tutecotzimit* (o *Tultecotzimit)*, que redujo a los demás jefes del ejército pipil a la simple condición de *alahuaes* o cabezas de *calpules*, y deseoso de perpetuar el poder en su descendencia, creó un Consejo, compuesto de ocho miembros, todos de su familia, a quienes elevó a la categoría de nobles. Los revistió de autoridad, y para que se distinguieran ordenó que usasen largos vestidos de colores particulares, cuyo uso era prohibido a las otras clases sociales.

La sucesión correspondía al hijo mayor, con tal de que el Consejo lo declarase capaz de administrar la cosa pública, y si no al segundo, o al pariente más inmediato del jefe supremo recién fallecido. Las mujeres estaban excluídas de la sucesión del poder, pero sí podían heredar los bienes. Todos los altos empleos eran patrimonio de la nobleza.

Esos detalles, que el P. Juarros dice haber tomado de un manuscrito pipil, hoy perdido, son poco dignos de fe, y en ellos se funda la vulgar creencia de que existió una gran monarquía cuscatleca.

Según se deduce de la narración del P. Juarros, el sucesor de Tutecotzimit fue su hijo mayor *Pilguanzimit*, quien durante el gobierno de su padre había ocupado el alto puesto de "generalísimo" del ejército pipil, con asistencia de "cuatro ministros de guerra", que le ayudaban a desempeñar debidamente tan delicado cargo.

El mismo historiador menciona otro soberano pipil, llamado *Tonaltut*, quien se alió con Zutugilebpop, jefe de los zutohiles, para hacer la guerra a Balam-Acan, quinto rey de los quichés, por lo cual los cachiqueles amigos de éstos, declararon la guerra a los pipiles. La lucha fue larga, terminando hasta la época del gobierno de Nimahuinac, uno de los soberanos que tuvieron los cachiqueles. Mas no nos dice el P. Juarros si Tonaltut fue anterior o posterior a los otros tres ya nominados aquí.

No recuerdo dónde he leído e ignoro de qué documento lo han sacado, que el antepenúltimo jefe de Cuzcatlán se llamaba *Macténsun*, que traducen "cuatro barbas", y que dicen era un hombre honrado, de cortas mientes y de baja alcurnia, agregando que tuvo por rival a *Cacahui*, apellidado *Huitzolopochtli*, por su ardor bélico, & &. Todo eso me parece puramente fantástico.

Según la versión común el último señor de Cuzcatlán fue *Atlacatl* (="marino"). Dícese que Alvarado entró en son de paz a la capital de los cuzcatlecos, que Atlacatl salió al encuentro del soberbio conquistador y lo alojó en su propio palacio, y que Alvarado no supo corresponder tan benévola recepción, pues permitió que sus soldados se entregasen al pillaje y cargó de cadenas al cacique y principales personajes del séquito de éste. Mas, según dice el abate Brasseur de Bourboug, en carta dirigida al editor de la Gaceta de Guatemala el 17 de septiembre de 1856, consta en un manuscrito cachiquel que el nombre del príncipe a la sazón reinante, cuando vino Alvarado, era *Atonal* (="Sol del agua."

Si respecto al señorío de Cuscatlán son tan escasas las noticias que nos han quedado, con relación a los demás cacicazgos pipiles se carece en absoluto de datos históricos dignos de fe.

Aun respecto a Chaparrastique, que era bastante grande y populoso, no se sabe nada de su historia precolombina: el único dato que hoy poseemos fue publicado por el laborioso historiador doctor don J. Antonio Cevallos, en un

corto estudio sobre las ruinas de la capital de dicha comarca antes de la conquista, en la cual residía, según él, el último cacique de esa región, llamado *Güistaluzziit*, quien flojamente intentó cerrar el paso a don Pedro de Alvarado, cuando éste regresaba de Honduras, sin haber logrado verse con Cortés.

CAPÍTULO SEGUNDO

Cultura de nuestras razas indígenas, especialmente de la pipil: lenguaje y escritura

107. — Respecto a los pipiles podemos aprovechar, *mutatis mutandis*, los numerosos y brillantes estudios históricos y etnográficos hechos en Méjico con relación a la raza nahoa, por hombres doctísimos, con gran copia de datos fidedignos; mas respecto a nuestros indios de cepa maya-quiché — los chontales y los lencas — sería asaz aventurado atribuirles costumbres e ideas similares a las de los mayas y quichés propiamente dichos, porque los nuestros a que nos referimos degeneraron muchísimo evolucionando aisladamente, desde la remota época en que vinieron los ulmecas al oriente de El Salvador.

El estudio, pues, de la cultura de nuestros indios en la época precolombina se referirá principalmente a la raza pipil, que, por otra parte, es la más importante de las indígenas de este país. Daremos principio con lo relativo al lenguaje.

El público en general tiene respecto al *náhuatl* (135) el más triste al par que erróneo concepto, por la sencilla razón de que pocos, muy pocos, se han tomado el trabajo de estudiarlo.

Bastaría con que leyesen el excelente «Estudio de la filosofía y riqueza de la lengua mexicana» por el presbítero

(135) *Náhuatl* o *nahoa*, o *naua*, con o sin *h*, *tolteca*, *culhua*, *azteca*, *tlascalteca*, *mejicano* y *pipil*, son vocablos indistintamente usados para designar el idioma que hablaban los cuzcatlecos. La equivalencia en el fondo es exacta, pues las diferencias que *ahora* se notan entre el *pipil* y el *náhuatl* de Mejico, son insignificantes, no pudiendo decirse que nuestros indios hablaban un dialecto. Y aun esas diferencias han de haber sido menos pronunciadas en la época de la conquista.

don Agustín de la Rosa (Guadalajara, 1889) para que se formaran una idea de las extraordinarias y excelsas cualidades de ese idioma.

Lingüistas extranjeros que lo han estudiado a fondo, cuyo voto reune la doble circunstancia de ser imparcial y autorizado, han escrito larga y doctamente sobre las excelencias del náhuatl. El eminente filólogo alemán Juan Carlos Eduardo Buschmann, que tantas apreciables obras escribió sobre la lengua de los aztecas, dice que «La lengua antigua del Anahuac está a la altura de los idiomas más perfectos del Antiguo Mundo, y ofrece material para los análisis más finos de gramática.»

Algunas personas, no pudiendo señalar defectos al náhuatl de una manera concreta, se reducen a decir que les suena muy mal al oído. Esa es cuestión de gusto y depende también de otras varias circunstancias. Lo que es a mí me parece sumamente sonoro y melífluo, y de ese mismo pareçer era M. Biart, juez competente en la materia, quien dice que la lengua azteca es *douce et harmonieuse á entendre parler.*

Nuestros aficionados a la arqueología nacional debieran ante todo adquirir ese indispensable auxilio para sus investigaciones. Lanzarse al estudio de nuestros monumentos e historia antigua sin conocimiento del náhuatl es tan vano y ridículo como pretender estudiar las inscripciones de las catacumbas romanas sin el previo conocimiento del latín.

Si Juan Francisco Champollion logró descubrir el sistema de la antigua escritura egipcia fué porque poseía profundamente el copto.

Ahora bien, hoy, gracias al Museo Nacional de México, se puede conseguir fácilmente flamantes ediciones de las mejores gramáticas de la lengua azteca, obras que hace pocos años era muy difícil y costoso adquirir, tales como la de Fray José de Carranza, la de Fray Agustín de Vetancurt, la del P. Horacio Carochi y la de Fray Diego de Galdo Guzmán, a las cuales se ha agregado una buena traducción de la de M. Remi Simeón. Con esas gramáticas y con el gran Diccionario Náhuatl-francés del último de esos autores, basta para adquirir un buen conocimiento de esa lengua.

108. — *Nahoatl* o *nahuatl*, según el Vocabulario de Molina, significa «cosa que suena bien», de modo que viene a ser un adjetivo que aplicado a un idioma puede traducirse por *armonioso.*

Según el señor Pimentel las lenguas mejicanas, mejor dicho, habladas en el extenso territorio de los EE. UU. mexicanos, pueden distribuirse en cuatro grandes grupos desde el punto de vista morfológico, siendo uno de ellos el *Mexicano-ópata*, que comprende nueve familias, una de las cuales es la *Mexicana*, cuyo idioma fundamental es el *náhuatl* o *azteca*, al que acceden como dialectos el *conchos*, el *sinaloense*, el *mazapil*, el *jaliscience*, el *ahualulco*, el *pipil* y el *niquirán*, y, además, la lengua *cuitlateca*.

Según el doctor don Nicolás León las lenguas indígenas de Méjico forman 17 familias, que comprenden 35 idiomas y más de 130 dialectos; una de esas familias es la *Nahuatlana*, con el náhuatl, el acojé, el cora, el colotlán y el huite, con 21 dialectos, uno de los cuales es el pipil.

Todo eso y mucho más que han discurrido Brinton, Seler, Powell, Kroeber y otros ilustres americanistas, es sin duda muy sabio, mas yo prefiero la vieja clasificación de Orozco y Berra, que identifica el náhuatl con el pipil, pues, repito una vez más, no hay razón ninguna para considerar a éste como un dialecto de aquél.

Hoy se habla el azteca en el Estado de Chihuahua, por los indios Conchos y por los Chinarras; en gran parte de Sinaloa y por algunas tribus de Durango; en varios pueblos de San Luis Potosí, en algunos cantones de Jalisco, en unos cuantos pueblos de Colima, en la costa de Michoacán, en la mayor parte de los Estados de México, Guerrero, Tlascala y Puebla y en algunos lugares de Veracruz, Oaxaca, Chiapas y Tabasco. Háblase, además, al SE. de Guatemala, en varios pueblos de El Salvador y en unos pocos puntos de Nicaragua y aun de Costa Rica.

Al NW. de El Salvador, en la rinconada comprendida entre el río Ostúa y el Cerro del Brujo, se hablaba *alagüilac*, que es un dialecto del pipil, formado a influjo de la lengua chortí de los pueblos vecinos. El alagüilac es un idioma completamente muerto, respecto del cual presentó el Dr. Brinton a la Sociedad Filosófica Americana un interesante trabajo, el 4 de noviembre de 1887, en que se evidencia la similitud, casi identidad, del alagüilac y del pipil.

109.—Creo oportuno dar una ligera idea de la índole del náhuatl, ya que tan poco conocido es por acá.

Su alfabeto consta de 17 letras: a, c, ch, e, h, i, l, m, n, o, p, q, t, u, x, y *y* z, cuya pronunciación no ofrece dificultad ninguna, suenan como en español. En muchas pa-

labras hay doble *l*, que no debe leerse como *ll:* así *tlalli*= «tierra», se pronuncia *tlal-li*, siendo digno de notarse que ninguna voz azteca principia con *l*. En cuanto a la v, el doble uso que antes se hacía de ella, como consonante y como vocal, en la escritura, y que algunos conservan, ha hecho que algunos pronuncien muy mal ciertos vocablos, v. g. *vevetl*, ortografía usada por los españoles de antaño, lo leen algunos hoy «a la moderna», dando a la *v* el sonido de consonante, en vez de decir *ueuetl*, o mejor *huehuetl*, que es el nombre azteca del tambor.

Hemos de estar que según Olmos y Paredes, nahuatlistas eminentes, las mujeres sí pronunciaban *vevetl*, por lo que algunos incluyen la letra v en el alfabeto mejicano.

En cuanto a las vocales sólo la *o* tiene un sonido que podemos llamar ambíguo, entre *o* y *u*. De allí proviene que unos digan *Teotl* y ofros Teutl, «Dios»; unos *ichpotli* y otros *ichputli* (doncella); & &. El P. Carochi, autor de una magnífica gramática de la lengua náhuatl, se inclina, por lo general a dar el sonido correspondiente a nuestra *o* en esos casos dudosos.

Respecto al nombre de la metrópoli pipil el uso ha hecho prevalecer la forma *Cuzcatlán* (que hoy se escribe con *s*,) en vez de *Cozcatlán*, que sería más correcto; mas ya sabemos que el uso es el árbitro del lenguaje.

Por lo demás, es desesperante la diversidad de maneras con que hoy se escriben corrientemente los nombres mejicanos: así el de *Montezuma*, lo he visto escrito en incontables formas, y yo mismo empleo varias ortografías, según la fuente de que tomo los datos y para que los lectores se familiaricen con esas variantes. (136)

Una de las peculiaridades del idioma azteca, al respecto de que tratamos, es que hace mucho uso de la consonante *l* precedida de *t*, combinación muy poco empleada en español: en nuestro idioma casi sólo las pocas palabras derivadas de *Atlas* tienen la detonante *tl*, y algunos vocablos hoy admitidos en el lenguaje castellano y tomados del náhuatl, como *tlazole*, la punta de la caña de maíz.

---

(136) Ya habrá notado el lector que unas veces escribo México y otras Méjico; unas veces *Oaxaca*, y otras *Oajaca*, etc. Por mi parte prefiero escribir con j, mas conservo, por lo común, la ortografía del escrito de que tomo el dato respectivo, o cuando me refiero a alguna institución, como el "Museo Nacional de *México*," pues, es bien sabido que la ortografía *oficial* empleada en aquella República ocupa la *X*, en vez de la j, en ciertos nombres geográficos, como *Xalapa*.

Los nombres terminados en *tl*, o en *tli*, que son muchísimos, forman su plural de diversas maneras, pero las más usadas son cambiando dicha terminación por la sílaba *me*, o por la sílaba *tin*. Así *cuicuitzcatl*, golondrina, hace *cuicuitzamé*, golondrinas, y *cuauhtli*, águila, hace *cuauhtin*, águilas. Los terminados en *hua*, que también son muchísimos, hacen su plural, por lo común, añadiendo la terminación *que;* v. g. *ahua*, dueño de agua, hace *ahuaque* dueños de agua.

El náhuatl carece de género gramatical: *mixtli*, por ejemplo, significa a la vez el león y la leona; cuando se quiere distinguir el sexo de los animales, se anteponen al nombre respectivo las palabras *oquichtli*, varón, o *cihuatl* mujer, según el caso, ligeramente contraídas: así *oquimixtli* es el león macho, y *cihuamixtli*, la leona.

Carece también de formas especiales para el superlativo y para el comparativo, que se suplen por medio de ciertas partículas antepuestas a los adjetivos. En compensación, es riquísimo de aumentativos y de diminutivos.

Su léxico es asombrosamente extenso, debido, sobre todo, a su prodigiosa aptitud para formar derivados verbales. Un verbo transitivo, en su forma primitiva, da por lo menos once verbales, que son: el sustantivo en *ni*, formado del presente de indicativo en activa; el de terminación de pretérito imperfecto de indicativo en activa; el que se toma del pretérito perfecto, del mismo modo y voz antedichos; el terminado en *liztli;* los que acaban en las posposiciones *n*, *yan* y *can;* el que termina en *ni*, formado del impersonal del verbo; el adjetivo en *oni*, el terminado en *oca*, y el que termina en *tli* o *li* o alguna vez en *tl*. En cada una de sus transformaciones vuelve a dar el verbo transitivo todos esos verbales; de lo cual resulta que este verbo, por sus trasformaciones, e incluído él mismo en su forma primitiva, y por las derivaciones inmediatas que tiene en su forma primitiva, y en cada una de sus trasformaciones, da por lo menos las siguientes palabras:

Verbos	64
Participios.	64
Verbales . . . . 11×64=	704
Total	832

El P. de la Rosa, de quien es el cálculo anterior, agrega: «Mas no son éstas todas las palabras que pueden obtenerse

de un verbo mejicano, porque de los verbales se derivan nombres abstractos y nombres posesivos; y también se pueden derivar verbos de verbales; v g: de *tlatoani* viene *tlatocati*, ser señor o príncipe».

El P. Francisco Javier Clavijero, el más conocido de los historiadores de Méjico, se expresa con gran entusiasmo respecto al náhuatl, es decir: respecto a nuestro bellísimo pipil: «De la abundancia de esta lengua tenemos una buena prueba en la Historia Natural del Dr. Hernández, pues describiendo en ella 1200 plantas del país de Anáhuac, más de 200 especies de aves y un gran número de cuadrúpedos, de reptiles, de insectos y de minerales, apenas se encontrará alguna cosa que no tenga su nombre propio: ¿pero qué maravilloso es que abunde de voces significativas de objetos materiales, cuando casi ninguna le falta de aquellas que se necesitan para explicar las cosas espirituales? Los más altos misterios de nuestra religión se hallan bien explicados en mexicano, sin que jamás haya sido necesario servirse de voces extranjeras. El P. Acosta se admira, que habiendo tenido los mexicanos noticia de un ente Supremo, criador del cielo y de la tierra, no hubiesen tenido igualmente en su lengua voz para significar lo equivalente al *Dios* de los españoles, al *Deus* de los latinos, al *Theos* de los griegos, al *El* de los hebreos, y al *Alá* de los árabes, por lo cual los predicadores se han visto precisados a servirse del nombre español. Pero si este autor hubiera tenido algún conocimiento de la lengua mexicana, hubiese sabido que lo mismo vale el *Teotl* de los mexicanos, que el *Theos* de los griegos, y que no hubo otra causa para introducir la voz española *Dios*, que la demasiada escrupulosidad de los primeros predicadores, los cuales, así como quemaron las pinturas históricas de los mexicanos, porque las tuvieron por sospechosas de alguna superstición (de lo que se queja justamente el P. Acosta), del mismo modo rechazaron también el nombre mexicano *Teotl*, porque se había usado para significar los falsos dioses que adoraban». (137)

(137) Por análogo motivo se suscitó en Guatemala, hacia 1551, una polémica larga y ruidosa, respecto al Catecismo del franciscano Fray Pedro Betanzos, escrito en quiché, cachiquel y zutohil, en el cual el autor se abstuvo de emplear la voz indígena *Qabauil*, «Dios», empleando exclusivamente este vocablo español. Los domínicos criticaron acerbamente esa obra, llegando su inquina contra el P. Betanzos, hasta negarle su competencia en dichas lenguas, según consta en la obra del P. Remesal (lib. X, cap. 3). Ese Catecismo se imprimió en Guatemala en 1724, como obra del P. Marroquín, primer Obispo de este reino.

Juzgar de la riqueza del náhuatl, sin más base que las diminutas e imperfectas listas de palabras que han recogido entre nuestros indios unos cuantos aficionados, es como juzgar de la riqueza del español sin otro dato que el escasísimo y tosco vocabulario de ciertos chapetones que llegan por estas tierras.

110.—En un pueblo que poseía una lengua tan rica, sabia y armoniosa, es muy natural que haya florecido la oratoria, y, en efecto, así lo fué. Una de las más bellas muestras de la grandielocuencia y gravedad de los oradores nahoas es el discurso que el rey de los Acolhuas dirigió a Montezuma II el día en que éste fué elegido emperador. Es un modelo de elegancia, de seriedad y de sensatez.

El don de la palabra era tenido en tanta estima entre los aztecas, que lo consideraban como una cualidad principalísima para obtener las altas dignidades de la nación.

La gaya ciencia fué también cultivada con esmero y notable inspiración por numerosos bardos nahoas, entre los cuales descuella el famoso rey-poeta Netzahualcoyotl, cuyas canciones heróicas fueron muy elogiadas por los literatos españoles del siglo XVI. Don Fernando de Alva Pimentel Ixtlilxochitl, tradujo a nuestra lengua dos de las odas de su ilustre ascendiente.

Hace algunos años reencontró D. José María Vigil en la Biblioteca Nacional de México un códice que se había extraviado, el cual contiene una preciosa colección de cantares aztecas (que en parte tradujo al inglés Mr. Brinton), varias fábulas de Esopo traducidas al náhuatl y otras piezas importantes.

Ocioso es decir que entre los poetas nahoas había no pocos ramplones, que apelaban al ripio con frecuencia, y con la particularidad de que para completar la medida de los versos usaban hasta palabras sin sentido alguno. «En los restos que nos quedan de su poesía, dice Clavigero, hay algunos versos, en los cuales, entre las palabras significativas, se ven entremetidas ciertas interjecciones o sílabas que carecen de toda significación, y solamente usadas, a lo que parece, para completar la medida».

Como en náhuatl es corriente el empleo de vocablos sumamente largos, formados mediante la reunión de una serie de palabras ligeramente deformadas, vocablos que constituyen verdaderas frases, en los versos, aun de *arte mayor*, con frecuencia una o dos palabras forman verso entero, como en los siguientes que cita Carochi:

Tlauhquechollaztalehualto tonatoc.
Ayauhcozamalotonameyotimani
Xiuhcoyoltzitzilica in teocuitlahuehuetl.
Xiuhtlapallacuilolamoxtli manca.
Nicchalchiuhcozcameca quenmach totoma innocuic.

Que vertidos al español dicen:

«Está relumbrando con color encarnado como el pájaro Tlauhquechol.»
«Y está resplandeciendo a manera del arco iris.»
«El atambor de plata suena como cascabeles de turquesa.»
«Había un libro de anales escrito y pintado con colores.»
«Voy de mil maneras desatando mi canto como sarta de piedras preciosas.»

Había también dramaturgos, no faltos de ingenio, pero que del todo desconocían aquellos preceptos soberanos que dictó Horacio a los Pisones. Es sumamente curiosa la descripción que nos ha dejado el P. Acosta de una función dramática en náhuatl, que se verificó en Cholula, con motivo de la fiesta de Quetzalcoatl.

111.—Era notable la habilidad de los indios de raza nahoa para el arte pictórico, mas, por desgracia la mayor parte de las obras que existían en la época de la conquista fueron mandadas quemar, por orden de los españoles, como obras diabólicas. A las pocas que se salvaron se agregaron bien pronto otras nuevas, hechas por los pintores mejicanos del siglo XVI, a petición y para uso de los cronistas, y también para facilitar la difusión del cristianismo,

Desde principios del siglo XVIII principiaron a recogerse y coleccionarse esa clase de documentos históricos, que son de capitalísima importancia. El primero que logró reunir una buena colección fue el anticuario milanés Lorenzo Boturini Benaducci, que vino comisionado por la condesa de Santibáñez, a cobrar lo que a ésta se debía por una pensión de que gozaba como descendiente de Montezuma, y con misión especial de la curia romana de regularizar el culto de la Virgen de Guadalupe. Muchos de los documentos recogidos por Boturini formaron parte, casi un siglo después, de la famosa colección Aubin-Goupil.

El barón de Humboldt formó también otra gran colección, que en 1806 obsequió a la Biblioteca real de Berlín.

Poco a poco iban apareciendo nuevos documentos, dispersos en las principales ciudades de Europa y de América, y por consiguiente de muy difícil consulta para los americanistas. En 1831 Lord Kingsborough publicó con enormes gastos, que perjudicaron seriamente su fortuna,

una gran colección de *Antiquities of Mexico, comprising facsimiles of ancient Mexican paintings and hieroglyphics*, en cinco tomos infolio. Y en estos últimos años el duque de Loubat, el generoso y sabio Mecenas de los estudios americanistas, ha reeditado, con notables mejoras, muchos de esos documentos, y hecho imprimir otros nuevos.

Entre esos *Códices* hay unos cuantos (como el *Borgiano*, el *Vaticano B.*, el *Cospiano* y el *Féjerváry-Mayer)*, admirablemente comentados por M. Seler, que constituyen una de las más sólidas bases de nuestros estudios históricos relativos a los tiempos precolombinos.

Los medios gráficos, mejor dicho pictóricos de que se servían los aztecas para conservar la memoria de los acontecimientos eran muy defectuosos, no merecen en realidad el nombre de «escritura.»

Es probable que en la época de la federación en el Tamoanchán los ulmecas mismos no hayan estado tan adelantados a ese respecto, como lo estuvieron después sus sucesores, los maya-quichés, o bien los nahoas no supieron ponerse a la altura de sus maestros.

Su escritura era por lo general puramente representativa, es decir que expresaban los objetos por medio de la imagen de ellos, entera o en parte; así para escribir «Sol», pintaban un disco. Varias de esas figuras eran puramente convencionales, como las correspondientes a templo, casa, montaña, piedra, corazón, líquido (si de color azul, indicaba «agua»; si rojo, «sangre»), humo, viento, palabra, &, &. También empleaban algunos símbolos, para expresar, por ejemplo, la idea de «tiempo» dibujaban una culebra enroscada.

Sin duda llegaron a la concepción del fonetismo, más lo aplicaron de una manera harto limitada, sin formar un sistema coherente de escritura fonética. Así, para expresar por escrito el nombre *Quauhtitlan*, de cierto lugar, pintaban un árbol (*Quauhitl)*, cuyo tronco presentaba una abertura en forma de boca con dientes (*tlantli*).

Algunos de esos dibujantes-escritores revelaban bastante ingenio. El sobrenombre de Montenzuma I, *Ylhuicamina*, que significa «el que tira (flechas) al cielo,» lo he visto representado por un bonito geroglífico que representa un dardo hundido en la bóveda celeste.

A las veces apelaban a la metáfora : para escribir el nombre de un individuo llamado *Ycnoix*, «el viudo», pintaron un ojo derramando lágrimas.

Los signos de los meses, de los días y los correspondientes a ciertos números, eran convencionales y bastante bien conocidos.

Max Müller considera como una andulazada de Fray Bartolomé de Las Casas el que éste diga que los mejicanos «tenían grandes libros; los cuales estaban compuestos con tal ingeniosidad y arte que nuestro alfabeto no fue realmente de gran ayuda para ellos».

Lo que es innegable es que los indios de que tratamos hacían una especie de papel, bastante resistente, con la corteza del árbol que llaman *amatl*. Este vocablo es de claro origen quiché: se deriva de *ama*=viejo, raíz de *amegelah*= perpetuar, aludiendo al objeto principal de la escritura, perpetuar el recuerdo de los hechos, de las cosas. También empleaban para hacer papel las fibras del maguey o *agave americana*, y ciertas pieles.

Sus manuscritos están generalmente hechos en grandes tiras de papel, cubierto con un fino barniz calcario. Se pintaban por ambos lados divididos en rectángulos, que se doblaban a manera de pequeños biombos. Según parece trazaban primero las figuras con un punzón, y después las coloreaban.

112.—Como quiera que el pueblo mejicano daba capital atención o importancia a la educación de la juventud; es muy lógico suponer que los pipiles, que pertenecían a la misma raza, han de haber participado de esas elevadas ideas, si bien sus circunstancias no les han de haber permitido dar a ese ramo el mismo ensanche que en la gran ciudad de Tenochitlán.

Yxtlilxochitl, refiere que había escritores para cada género. Unos trataban de los anales consignando por escrito, en orden cronológico los principales hechos acaecidos; otros se ocupaban de la genealogía de los reyes y de la nobleza; otros estaban encargados del *archivo de tierras* y de los datos catastrales, y otros de los libros de leyes, ritos y ceremonias. Había, dice, filósofos y sabios encargados de enseñar los cantos relativos a sus tradiciones, creencias y conocimientos.

«No contentos con la instrucción y la educación doméstica, dice Clavigero, los mexicanos enviaban a sus hijos a las escuelas públicas que estaban anexas a los templos, donde aquellos eran instruidos por tres años en la religión y buenas costumbres.»

Y según el P. Sahagún, los jóvenes nobles eran enviados al *calmecac*, a los 10 o 12 años de edad; a los 15 se les enseñaba todo lo correspondiente al arte militar, y a los 20 su respectivo padre los llevaba a la guerra, a recibir el bautismo de sangre.

A los que se dedicaban a la oratoria se les acostumbraba a hablar con propiedad su idioma nacional y se les hacía aprender de memoria y recitar frecuentemente las arengas más notables de sus antepasados (Clavigero, lib. VII, c. 12).

CAPÍTULO TERCERO.

Conocimientos científicos de los nahoas: su Calendario y su Sistema de Numeración.

113. — Ciertos apologistas de la raza nahoa ponderan con términos tan exagerados e inverosímiles la excelsitud de la *Astronomía tlapalteca*, que si diéramos crédito a sus aserciones, tendríamos que declarar que allá en la fantástica *Tlapallan* californiana, a donde vinieron a parar aquellos famosos *toltecas*, que, según el visionario autor de la *Historia de los Atlantes*, M. W. Escott-Elliot, imperaron sobre todo el continente platoniano "por miles de años, con gran poderío y gloria", y que pertenecían según él a la raza "más elevada, que organizó el imperio más poderoso de todos los pueblos atlánticos", brillaron astrónomos más sabios que Merlín y que Lepe, y que arreglaron el cómputo de los años solares mucho antes y mucho mejor que los cosmógrafos de Melik-Shak y Gregorio XIII.

Ya hemos dicho que según las doctrinas que hemos aceptado al escribir este libro, el arreglo de lo que comunmente llaman "Calendario tolteca", se verificó en el Tamoanchán, a influjo de la raza civilizadora, la ulmeca, y que de allí proviene la identidad fundamental del sistema cronológico de los nahoas con el de los maya-quichés, por todos reconocida.

No tenemos pruebas directas de que nuestros pipiles hayan tenido conocimientos astronómicos y que hayan utilizado en la práctica las complicadas reglas del calendario mejicano, que después de disuelta la federación del Ta-

moanchán adquirió la forma definitiva que conocemos; mas es de suponerse y más que probable que entre los inmigrantes aztecas que vinieron por acá en diversas épocas hayan venido algunos conocedores del "cómputo tolteca", y lo hayan introducido entre nuestros pipiles.

En todo caso, a las personas aficionadas al estudio de nuestra Historia Antigua, y sobre todo a las que se dedican a investigaciones arqueológicas, les es absolutamente indispensable, como dijimos respecto al idioma náhuatl, el estudio del Calendario Mejicano, que, a decir verdad, es a lo que se reduce la tan ponderada "Astronomía tolteca".

El Calendario Mejicano está constituído a la vez por dos períodos: uno de 260 días, o sean 20 *trecenas*, y otro de 365, días o 18 *veintenas*, más 5 días adicionales. El primero se llama *Tonalamatl*, o "Libro de los días", y de él poseemos bellísimos especímenes en diversos códices antiguos, de indiscutible autenticidad. El segundo, denominado *Tonalpouali*, o "Cuenta de los días", ha sido detalladamente explicado por varios cronistas e historiadores, si bien con muy poco acuerdo respecto a varios puntos esenciales.

He aquí su expresión fundamental numérica:

Tonalamatl . . . 260 días $= 13 \times 20 = 5\ (4 \times 13)$
Tonalpouali . . 365 días $= (18 \times 20) + 5 = (28 \times 13) + 1$.

El Tonalamatl es considerado como más antiguo y base del segundo. Su origen lo refieren unos a las prácticas mágicas; otros opinan que está basado en los movimientos de la Luna. La docta americanista Celia Nuttal avanzó la ingeniosa idea de que representa el lapso de la gestación humana, y otros suponen, que es lo más probable, que tiene por base la revolución sinódica del planeta Venus, fundados en las siguientes relaciones:

$584 = 2\ (20 \times 13) + (4 \times 13) + 12$
$365 = (20 \times 13) + (8 \times 13) + 1$
$5 \times 584 = 8 \times 365$, y por tanto:
$13\ (5 \times 584) = 13\ (8 \times 365) = 146 \times 260 = 104$ años,

que es el gran ciclo mejicano, o *Ueuetiliztli*, al cabo de los cuales los tres períodos vuelven a su punto de partida.

He aquí los nombres de los veinte signos del Tonalamatl:

1 —	*Cipactli*	Lagarto	11 —	*Ozomatli*	Mono
2 —	*Cuetzpallin* . . .	Lagartija	12 —	*Ocelotl*	Tigre
3 —	*Mazatl*.	Venado	13 —	*Olin*	Movimiento
4 —	*Itzcuintli*	Perro	1 —	*Xochitl*	Flor
5 —	*Acatl*	Caña	2 —	*Calli*	Casa
6 —	*Cozcaquauhtli* . .	Buitre	3 —	*Miquiztli*	Muerte
7 —	*Quiauitl*	Lluvia	4 —	*Atl*	Agua
8 —	*Ehecatl*.	Viento	5 —	*Malinalli*	Liana
9 —	*Cohuatl*	Culebra	6 —	*Quauhtli*.	Aguila
10 —	*Tochtli*	Conejo	7 —	*Tecpatl*.	Pedernal

Estos signos estaban numerados por trecenas, de 1 a 13. El primer grupo comenzaba con 1 *Cipactli* y terminaba con 7 *Tecpatl*, como se ve en el cuadro anterior. El segundo grupo comenzaba con 8 Cipactli. Se continuaba contando en orden cíclico, y al terminar el 13º grupo de veinte signos se volvía a decir 1 Cipactli, pues se había contado un múltiplo de 13 y de 20.

M. de Jonghe ha demostrado con sumo ingenio que los días del Tonalamatl se designaban también con otra anotación particular para distinguirlos mejor: ha establecido que para eso servían los nueve "Señores de la noche" *(Yohualtecuhtin)*, cuyas funciones eran desconocidas. He aquí sus nombres: *Xiuhtecuhtli, Itztli, Piltzinteotl, Tzinteotl, Mictlantecuhtli, Chalchiuhtlicue, Tlazolteotl, Tepeyollotl* y *Tlaloc*.

Aun está en discusión el peliagudo problema de cómo se combinan entre sí el Tonalamatl y el Tonalpoualli, cuestión que ha inducido a algunos de los sabios que han tratado de esta materia a admitir dos sistemas de combinación, que han distinguido con los nombres de "Año ritual" y "Año civil", distinción hoy poco aceptada.

114. — La nomenclatura generalmente usada para las veintenas del Tonalpoualli, llamadas por comodidad *meses*, y la traducción española de los vocablos es la siguiente:

1	*Atlacahualco*	Terminación de las lluvias
2	*Tlacaxipehualiztli*	Desollamiento de hombres
3	*Tozoztontli*	Pequeña velada
4	*Huey Tozoztli*	Gran velada
5	*Toxcatl*	Soga
6	*Etzacualixtli*	Comida de buñuelos
7	*Tecuilhuitzintli*	Fiesta menor de caballeros
8	*Hueytecuilhuitl*	Gran fiesta de caballeros

9	*Tlaxochimaco*	La florescencia
10	*Xocohuetzi*	Caída de la fruta
11	*Ochpanixtli*	Aseado, barrido
12	*Teotleco*	Llegada de los dioses
13	*Tepeilhuitl*	Fiesta de los montes
14	*Quecholli*	Ave preciosa
15	*Panquetzalistli*	Izar las banderas
16	*Atemoztli*	Fin de las aguas
17	*Tititl*	Recoger el grano
18	*Itzcalli*	Casa de obsidiana

Los nombres de los veinte días son los nombres que ya dimos de los signos del Tonalamatl, si bien cada autor los cuenta a su manera, lo cual engendra muchas dudas y dificultades.

El mes se divide en el orden civil en cuatro quintiduos al cabo de cada uno de los cuales se celebraba *tianquiztli* o mercado; en el orden religioso se contaban los días, como ya dijimos, por trecenas. (138)

115. — El orden en que se suceden los *meses* es indiscutible; mas no cual sea el primero de la serie. La mayoría de los antiguos cronistas enseñan que comienza con *Atlacahualco*, mas hay respetables autoridades que opinan comienza por el siguiente, *Tlacaxipehualiztli;* varios autores sostienen, sin embargo, que *Tititl* es el mes inicial, otros que *Atemoztli*; el señor Orozco y Berra, gran conocedor del asunto, principiaba la serie por *Itzcalli;* y últimamente los eminentes americanistas Dr. Eduardo Seler y M. Eduardo de Jonghe han emitido muy atendibles razones para dar la prioridad al mes *Toxcatl.*

Como 18 veintenas sólo equivalen a 360 días, los mejicanos agregaban otros 5 días complementarios o *nemontemi*, respecto a cuya colocación en el año discrepan los autores. Para unos se agregaban al fin, que parece lo más natural, y para otros al principio del año, que prácticamente viene a ser lo mismo, pues en el orden cíclico los extremos se confunden; mas M. Jonghe opina que la colocación de los días adicionales era variable.

A lo que parece no adoptaron ninguna *era* para la cuenta de los años; es probable que lo hayan hecho por *ciclos* (de 52 años cada uno), como lo hacen hoy los chinos, para quienes el 15 de septiembre de 1913, por ejemplo, es el

(138) De *tianquiztli* se deriva el vocablo *tiangue* (o *tianguis)* que empleamos en El Salvador para designar el local destinado para la venta de ganado, y en Costa Rica se da ese nombre a las ventuchas en que a la orilla de los mercados se venden dulces, refrescos, & &. En Filipinas es usada en análogo sentido.

15º día, del VIII mes, del año 50, del 76º ciclo (de 60 años). Ese vacío en la cronología nahoa ha tratado de llenarlo —aunque ya muy tarde—el historiógrafo mixteca D. Abraham Castellanos, quien en una Conferencia que dió en el Museo Nacional de México el 1º de agosto de 1911 y publicada en los *Anales* de ese establecimiento, trató de establecer y fijar la *Era del Chicomoztoc*, cuyo origen se remonta, según él, a 6386 años antes de Cristo, de manera que ahora (1914) se cuenta el año 8300 de dicha era. Su trabajo es, sin duda, ingenioso, pero no demuestra que se haya usado alguna vez esa manera de contar los años.

116.—La tan famosa corrección bisextil de los astrónomos toltecas pertenece al género de «cuentas alegres» por más que Fray Bernardino de Sahagún diga categóricamente que los mejicanos intercalaban un día más cada cuatro años. Motolinia, Torquemada y el desconocido autor de la «Crónica de la S. Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala», escrita en 1683, niegan rotundamente que se haya hecho tal intercalación: el año mejicano era, según parece, un año *vago*.

Este asunto ha sido muy controvertido: el P. Jacinto de la Cerna, autor de un «Manual de Ministros de Indias», escrito en el siglo XVII y publicado en Madrid en 1829, no creyó en la intercalación cuadrienal; según él la corrección se hacía cada *siglo*, o sea cada 52 años. Tal parece haber sido también la opinión de Sigüenza y Góngora, y la misma adoptaron Clavigero y otros historiadores del siglo XVIII. La intercalación de 13 días cada 52 años, que es la que indican, equivale sin duda a la juliana, de un día cada cuatro años.

El célebre León y Gama, no contento con esa aproximación, pretendía que la intercalación era de 13 y de 12 días alternativamente cada 52 años, o sea de 25 días cada 104 años, lo cual aun no es bastante aproximado. El ilustre jesuita mejicano Lino Fábrega, y con él el sabio barón Alejandro de Humboldt, suponen que la intercalación era de 13 días cada 52 años, pero que se suprimían 7 de ellos al cabo de 20 siglos o 1040 años. El señor Orozco y Berra suprimía 8 días.

Está claro que así se consigue admirable aproximación: En efecto, dando al año trópico la duración de 365 días 2422, la duración de los 1040 años equivale a 379,851 días 888.

Ahora bien, 1040 años mejicanos, de 365 días, componen 379,600 días; agregando a ese número 260 días, de las veinte intercalaciones seculares, y restando después los 8 que suprimía el señor Orozco y Berra, quedan 379,852 días, que sólo exceden al primer resultado en $0^{\text{días}}{,}112$ o poco más de 2 horas y media.

Todo eso es muy bonito, pero sólo significa lo que se debió hacer para corregir el año mejicano, no lo que realmente se hacía. M. Jonghe ha discutido ampliamente el problema y ha llegado a la conclusión de que no hay documento alguno, auténtico y de valor, que justifique la realidad de esa corrección. A ese mismo resultado había llegado el señor Seler en su estudio de los documentos de la colección Humboldt, publicado en Berlín en 1893; pero diez años después emitió la idea, nada feliz por cierto, de una intercalación de 10 días cada 42 años. La señora Nuttal ha propuesto otra, de 20 días cada 82 años.

M. Jonghe en su «Ensayo de síntesis y coordinación del calendario mejicano», publicado en el *Journal de la Soc. des Américanistes de Paris* (1906), dice: «Persistimos en creer que hasta ahora ningún dato positivo prueba que los antiguos mejicanos hayan corregido la duración de su año, como contaban simultáneamente el curso del Sol y del planeta Venus, toda tentativa de corrección hubiera complicado atrozmente su sistema cronológico.»

Y vaya si era ya complicado!

Nueve ciclos distintos componían el embrollado rodaje del Calendario mejicano.

I—El *Tonalamat* de 260 días (20×13).

II—El *Tonalpoualli*, o año solar, de 365 días=(20×18)+5

III—La revolución sinódica de Venus, de 584 días

IV—El ciclo de cuatro años, al cabo de los cuales el año solar comienza de nuevo por el mismo signo, pero afectado de distinta cifra.

V—El ciclo de cinco años venusinos, ó 2920 días (584×5), terminado el cual el año venusino recomienza con el mismo signo, pero con distinta cifra.

VI—*El tlapilli*, de trece años solares, al cabo del cual el año solar recomienza con la misma cifra pero con diferente signo.

VII—La trecena venusina (584×13) que hace principiar el año venusino con la misma cifra, pero con distinto signo.

VIII—El *xiuhtonalli* de 52 años solares, ó 73 tonalama-

tes, al cabo del cual estos dos períodos concuerdan de nuevo, y el año solar recomienza con el mismo signo y la misma cifra.

El *Huehuetiliztli* de 104 años solares, ó 146 tonalamates, ó 65 años venusinos, que quedan concordados.

117.—Bien se comprende que no habiendo seguridad respecto a cuál es el mes inicial, ni respecto a la colocación de los días intercalados, ni sobre otros muchos detalles, es punto menos que ilusorio tratar de concordar el año mejicano con el romano con matemática precisión, tarea a la cual se han dedicado con laudable empeño gran número de computistas.

Ante todo hay que advertir que siendo *vago* el año de que tratamos no es posible fijar la fecha juliana, o gregoriana, de su día inicial, de una manera permanente. Eso de que siempre haya comenzado el 2 de febrero juliano, como lo dicen unos; o el 24 de febrero, como dicen otros; o el 1º de marzo, como pretenden varios autores, es absolutamente inadmisible. (139)

Se han hecho esfuerzos para concordar la fecha de la toma de Méjico, que según nuestro cómputo fué el 13 de agosto de 1521, y según los anales indígenas acaeció el día 1 *cohuatl* del año 3 *calli*. León y Gama cita un pasaje de Cristóbal del Castillo, en que éste dice que el "Señor de la noche" de ese día fué *Chalchiuhtlicue*, con lo cual, dicen, queda bien determinada la fecha mejicana.

Partiendo de esos datos y poniendo a contribución otros muchos documentos ha llegado el señor Seler a la conclusión de que el día inicial de ese año (o primer día del mes *Toxcatl*) correspondió con el 3 de mayo.

Por su parte el R. P. Camilo Crivelli, S. J., compuso y publicó hace pocos años (1909) un "Ensayo para reducir años, meses y días de la era gregoriana á la azteca" en el cual, aceptando de lleno el sistema cronológico del señor Chavero, da reglas y tablas bastante claras para hacer tal reducción; lo cual no ofrece dificultad alguna, si se acepta como verdad demostrada un sistema cualquiera, como lo habían hecho ya otros varios, sobre diversas bases, tal como los señores don Eufemio Mendoza y don Manuel A. Romo, que compusieron un *Tonalamatl ihuan metztlipohualli* para 1874.

(139) Lo mismo digo respecto al calendario de los quichés y cachiqueles, cuyo principio coincidía con el 19 de noviembre, según Hernández Spina; o con el 24 de diciembre, según Basseta.

No se puede, pues, señalar fecha fija a las numerosas fiestas que celebraban los aztecas y a buen seguro nuestros pipiles, aunque haya sido con menos esplendor, especialmente la gran fiesta secular que recuerda la que hacían los romanos cada 110 años *(undenos decies per annos)* y para la cual compuso Horacio su celebérrimo *Carmen Soeculare.*

El docto historiador D. Luis Pérez Verdía, que varias veces he citado en las páginas anteriores, da respecto a esa augusta solemnidad interesantísimos datos. Al terminarse cada siglo (52 años) se verificaba, según él, la gran fiesta secular, porque creyendo los mexicanos que el Sol que les alumbraba era el *quinto* habiéndose destruído los cuatro anteriores en otros tantos cataclismos (140), suponían que la destrucción del que les daba vida, y con ella la destrucción de la humanidad entera, había de verificarse precisamente al terminar uno de esos grandes períodos.

Por eso, dice el señor Pérez Verdía, cada 52 años los mexicanos esperaban la muerte, mejor dicho, sentían extraordinaria zozobra, y solemnizaban con interesantes ceremonias el nuevo siglo.

Esa fiesta se denominaba *Toxiuhmolpilia,* o sea «Liga o atadura de los años,» nombre que algunos han creído que alude a la corrección secular, refiriéndose tan sólo a la continuación de la serie de los años, o sea a la prolongación de la vida de la humanidad.

«En el último día secular, escribe el nominado historiador, todos los habitantes rompían sus trastos, ropas y muebles, arrojaban sus pequeños dioses al agua, apagando en todas partes el fuego, pues de nada de eso necesitaban, si como temían y esperaban que sucediese, ya no había de volver a alumbrar el Sol. Preparados desde temprano, a la puesta del Sol, todos los sacerdotes revestidos con las insignias de los dioses, se ponían en marcha procesionalmente para el cerro Huixachtecatl o de la Estrella, junto a Yxtapalapan, poco más de dos leguas al Sur de México, llegando a la cumbre, donde estaba un teocalli, a la media noche, la que conocían en ese día por estar en el meridiano las Pléyades (141.) Esperaban este solemne momento en el mayor silencio y obscuridad, ro-

(140) La leyenda de *Los Cuatro Soles* ha sido narrada en hermosos versos blancos por el notable filólogo y distinguido poeta mejicano don Cecilio A. Robelo. Una elegante edición ilustrada de su poema, se publicó en 1912.

(141) Tratándose de un siglo compuesto de 52 años vagos, no se puede afirmar esa coincidencia con los movimientos siderales.

deados todos los habitantes de la cumbre del cerro, y si al llegar la media noche no se destruía el mundo, era ya señal segura de que duraría otros 52 años por lo menos. Al instante los sacerdotes producían nuevo fuego frotando fuertemente dos maderos a propósito y encendían una gran hoguera, sacrificaban una víctima que tenían preparada y bajaban a gran prisa con el nuevo fuego en las manos: la muchedumbre prorrumpía en un grito unánime de alegría, luego que veían en lo alto la luz de la hoguera y se entregaban a fiestas y danzas místicas, practicando algunas nuevas ceremonias. Cuatro veces celebraron esta fiesta los mexicanos: en 1351, sin haber aun fundado su monarquía; en 1403, bajo el reinado de Huitzilihuitl; en 1455, siendo rey Motecuhzoma Ylhuicamina, y en 1507, bajo Motecuhzoma Xocoyotzin.»

118.—En incontables obras he leído que los toltecas eran consumados astrónomos, insignes matemáticos y otras flores por el estilo; por supuesto que sin exponer detalles que confirmen tales aseveraciones. Los autores de esos gratuitos ditirambos deben ignorar, o por lo menos olvidan, que la astronomía es una ciencia sumamente difícil. Hay mucha diferencia entre la simple descripción de los movimientos celestes, tal como los explica la Cosmografía, y la determinación de los valores numéricos respectivos y la predicción de los fenómenos astronómicos.

Lo que pomposamente llaman "Astronomía tolteca" no es más que una maraña de leyendas mitológicas, sin duda muy interesantes desde otros puntos de vista, de unas cuantas nociones elementalísimas y con frecuencia erróneas, respecto a los astros, y de algunos datos filológicos, que pueden servir para otros géneros de inducciones.

Esa impresión deja la lectura del estudio sobre *La astronomía de los antiguos mejicanos* por el Dr. Hermann Beyer, por más esfuerzos que éste hace para darle interés científico.

Humboldt examinando el códice Telleriano-Remense encontró una figura que según él representa un eclipse del Sol, al que oculta la Luna; y sin más ni más dedujo que los antiguos toltecas conocían la verdadera causa de los eclipses, conclusión que el mismo Beyer conceptúa por demás atrevida, sin el necesario fundamento.

El único detalle verdaderamente notable, si admitimos las interesantísimas investigaciones del Dr. Forstemann respecto al Códice de Dresde, es el relativo al período de 584

días, que es, con admirable aproximación, la revolución sinódica de Venus, valuada por los astrónomos modernos en 583 días, 22 horas, 6 minutos y 40 segundos.

Dicho período se divide en cuatro partes: 90 días para la invisibilidad del planeta en la época de la conjunción superior; 250 días, para su aparición como estrella vespertina; 8 días para su conjunción inferior, y el resto, 236 días, para su visibilidad como astro de la mañana.

119.—El estrecho parentesco entre gran parte de los aborígenes de El Salvador y los maya-quichés de Guatemala, me obliga a decir dos palabras respecto al sistema cronológico de éstos, en obsequio de las personas que se dedican al estudio de nuestros monumentos arqueológicos y a las investigaciones históricas.

La mayoría de nuestros historiógrafos han aseverado, con más aplomo que conciencia, que el calendario de los quichés y de los cachiqueles era idéntico, por lo menos en sus líneas generales, con el mejicano: 18 meses de 20 días cada uno, más cinco días complementarios (dedicados a Votan, dice el P. Basseta) y con intercalación bisextil cada cuatro años, según el señor Milla, de acuerdo con el abate Brasseur.

Esa identidad la han explicado los unos diciendo que de la Tula de Chiapas llevaron los toltecas a Méjico el cómputo del tiempo, y otros diciendo que, por el contrario, fueron los toltecas de la Tula californiana los que introdujeron en la América Central la antedicha forma de calendario. Ya queda indicada nuestra opinión a ese respecto, de acuerdo con las teorías del P. Plancarte.

El abate Brasseur da los nombres de los meses quichés, conforme al *Vocabulario quiché* del P. Domingo Basseta, y los de los meses cachiqueles, tomados, según parece, de una crónica franciscana. Ambas listas las reprodujo D. Francisco Gavarrete en su *Geog. elem. de Guatemala* (1868), con algunas variantes ortográficas. También el señor Aguirre Cinta trae los de los meses quichés, en sus *Leccion. de Hist. Gen. de Guatemala*, tal como los da el licenciado don Jesús E. Carranza, autor de un interesante trabajo titulado: «Un pueblo de los Altos—Apuntes para su Historia.» Con esos datos he formado los dos cuadros siguientes:

NOMBRES DE LOS MESES QUICHÉS

1. *Nabe Tzih*. . . . . Primera palabra
2. *U Cab Tzih*. . . . . Segunda palabra

3.	*Rox Tzih*	Tercera palabra
4.	*Ché*	Arbol
5.	*Tecoxepual*	Siembra
6.	*Tzibe Pop*	Pintura de estera (petate)
7.	*Zac*	Blanco
8.	*Chab*	Arco (de flecha)
9.	*Huno Bix Gih*	Primer canto del Sol
10.	*Nabe Mam*	Primer viejo (o abuelo)
11.	*U Cab Mam*	Segundo viejo
12.	*Nabe Ligin Ga*	Primera mano suave
13.	*U Cab Ligin Ga*	Segunda mano suave
14.	*Nabe Pach*	Primera nidada o incubación (o trenza)
15.	*U Cab Pach*	Segunda nidada
16.	*Tziquin Gih*	Tiempo de pájaros
17.	*Tzizi Lagan*	Coser el estandarte (o estandarte cosido)
18.	*Cakam*	Tiempo de flores rojas (o muy colorado)

NOMBRES DE LOS MESES CACHIQUELES

1.	*Bota* (o *Y Bota)*	Rollo de esteras
2.	*Qatic*	Siembra de comunidad
3.	*Izcal* o *Ixcal*	Retoños
4.	*Pariché*	Leña para quemar
5.	*Tecaxepual*	Tiempo de sembrar
6.	*Nabey Tumuzuz*	Primeras hormigas con alas
7.	*Rucab Tumuzuz*	Segundas hormigas con alas
8.	*Cibuic* o *Cibixic*	Tiempo de humo o de vapores
9.	*Uchum*	Tiempo de resembrar
10.	*Nabey Mam*	Primer viejo o abuelo
11.	*Ru Cab Mam*	Segundo viejo o abuelo
12.	*Ligin Ka*	Mano dulce
13.	*Nabey Togic*	Primera cosecha
14.	*Ru Cab Togic*	Segunda cosecha
15.	*Nabey Pach*	Primera nidada
16.	*Ru Cab Pach*	Segunda nidada
17.	*Tziquin Gih*	Tiempo de pájaros
18.	*Cakam*	Tiempo de flores rojas.

En cuanto a los nombres de los días, que se dice son idénticos en quiché y en cachiquel, no sólo hay variantes de los vocablos y de su significación, sino también del orden en que se contaban los 20 días de cada mes. El cuadro siguiente lo he formado teniendo a la vista la nomenclatura del P. Francisco Ximénez, la adoptada por el abate Brasseur, la del P. Vicente Hernández Spina, cura de Ixtlahuacán (Ms. de la «Colección Padilla»), todas tres reproducidas por Milla, y la del citado señor Carranza, reproducida por el señor Aguirre Cinta.

1. *Imox* o *Imux*. . . .	«Envidia del yerno», según Ximénez; «Espadón, un pez», según Brasseur; «Marmita», según Carranza; «Malo», según Hernández Spina. Agrega éste: «Los sacerdotes del Sol o *Ajquijes*, van a pedir a sus genios el mal para sus contrarios. Este día está consagrado al *Genio* que gobierna el viento; o por mejor decir el viento que es el mismo Genio como los antiguos tenían a Eolo» (142).
2. *Ic* o *Ig*	«Luna» o «chile», según X.; «Espíritu, soplo», según B.; «Luna», según C.; «Día malo, como el anterior», según H. S.
3. *Acbal* o *Akbal* . . .	«Casa», según X.; «Cosa confusa, caos», según B. y C.; «Día malo. Ocurren los Ajquijes a pedir el mal para sus enemigos», según H. S. (Este escribe: *Bacbal).*
4. *Cat* o *Quat*.	«La red del maíz y lagarto», según X.; «lagarto», según B.; «Red», según C.; «Día malo. Lo mismo que el anterior», H. S.
5. *Can* o *Kan*.	«Amarillo y culebra», X., «Serpiente», B. y C.; «Malo, como los dos anteriores», H. S.
6. *Camey* o *Kamé*. . .	«Toma con el diente y muerte», X.; «muerte», B. y C.; «Malo, como los tres antecedentes», H. S.
7. *Quej* o *Quiej*. . . .	«Venado», X., B. y C.; «Día bueno. Se da principio a los contratos matrimoniales», H. S.
8. *Canel* o *Ganel* . . .	«Conejo», X. y B.; «Madurez», C. (pero escribe *kanil)*; «Día bueno, en que se pide todo lo que es sustento del hombre», H. S.
9. *Toh* o *Toj*	«Paja y aguacero», X.; «Lluvia», B. y C. «Día malo. ¡Infeliz el que nace bajo la influencia de este día! En él influyen únicamente los genios malignos» H. S.
10. *Tzi* o *Tzii*.	«Perro», X., B. y C.; «Malo. Los sacerdotes piden la enfermedad, la miseria y toda clase de males para los que no son de su cariño», H. S.

(142). El vocablo «Malo» que da Hernández Spina, no es traducción de la voz *Imox*, sino la *calidad del día*, pues hay días *buenos*, *malos*, e *indiferentes*.

11. *Batz* o *Bat*. . . . . «Mono e hilo», X., B. y C.; «Malo. Los sacerdotes piden igualmente las enfermedades, pero con especialidad la gota, a fin de paralizar a sus enemigos», H. S.

12. *Ci*, o *Balam* o *Ee* . «Diente», X.; «escoba, tigre», B.; «diente», C.; «Bueno. En él se consuman todos los contratos y los sacerdotes piden a los Genios todos los bienes», H. S.

13. *Ah* o *Aj* . . . . . . «Maíz tierno, caña», X; «caña», B.; «helote», C.; «Bueno. Consagrado a pedir el aumento de los animales domésticos». H. S.

14. *Balam*, o *Itz*, o *Ix*. «Tigre», X.; «brujo», B.; «vosotros», C.; «Día bueno. Consagrado a los genios que reinan en los montes. En él se pide a estos mismos Genios contengan a las bestias carnívoras, para que no destruyan los rebaños y animales domésticos», H. S.

15. *Tziquin* o *Ziquin* . «Pájaro», X., B. y C.; «Bueno. Aunque estén consumados los contratos matrimoniales, no se unen los casados en una misma casa, sino es en este día, precedidos de muchas oraciones y votos por su felicidad», H. S.

16. *Ahmac* . . . . «Pecador, buho», X., B. y C.; «Día bueno. Gonsagrado al Genio de la Salud, aquí se hacen muchas oblaciones», H. S.

17. *Noh* . . . . «Llenar, temple», X.; «temperatura», B.; «Genio, arbitrio». C.; «Día bueno. Consagrado al Genio de la razón. En él se pide el buen entendimiento para sí y para sus hijos», H. S.

18. *Tihax* . . . . «Muerte, rasgando, cuchillo de pedernal», *X.*; «obsidiana», B.; «comestible, pedernal», C.; «Bueno, lo mismo que el anterior. Estos dos dias están consagrados al alma humana», H. S.

19. *Caok* o *Caoc* . . . . «Lluvia», X. y B. «Símbolo», C., que lo llama *Kabek*; «Día indiferente», H. S., que lo llama *Cagnoc*.

20. *Hunapuh* . . . . . . «El que bajó al infierno», X.; «un tirador con cerbatana», B.; «tirador de cerbatana», C., que lo llama *Ahpú;* «Indiferente», H. S., que también lo llama *Ahpú*.

El P. Ximénez y el abate Brasseur cuentan los días en el orden antedicho; el señor Carranza principia por el día *Noh*, y el P. Hernández Spina por el día *Cagnoc*, ó 19º del cuadro.

La ya citada crónica franciscana hace principiar el año cachiquel con el mes Tecaxepual el 31 de enero; Ximénez hace comenzar el año quiché con Imox, el 21 de febrero; otros opinan que principiaba por octubre; el P. Hernández Spina optó por el 19 de noviembre, y el P. Basseta por el 24 de diciembre. Esta es la opinión más generalmente aceptada.

120.—Todos esos datos respecto al calendario de los quichés y de los cachiqueles han sido declarados poco menos que inútiles por los americanistas Brinton, Seler y Raynaud. Estos sabios apenas admiten como auténticos los nombres de los días cachiqueles, y han descubierto que el sistema cronológico de éstos se componía de dos períodos: el *ch'oh-k'ih*, usado para las operaciones mágicas y astrológicas, y que, según M. Seler, era, como el *tonalamat* de los nahoas, un ciclo de 260 días, y el *may-k'ih*, usado para los cómputos cronológicos y compuesto de 20×400=8000 días, o veinte años cachiqueles.

Porque es de advertir que el año cachiquel no se componía de 365 días, como se había creído hasta ahora, creencia de que participó el mismo Dr. Brinton, sino de 400 días, lapso a que daban el nombre de *huna*. La misma duración tenía el año de los quichés.

Eso de un año de 400 días hubiera parecido una ocurrencia estrafalaria sino procediera de americanistas de la talla y autoridad de Seler y de Raynaud; hoy es admitida por gran número de especialistas, entre ellos M. Beuchat, el sabio autor del *Manuel d' Archéologie Américaine*.

121.—Tiene también mucha importancia para los arqueólogos el sistema de numeración nahoa, tanto hablada como escrita, y a este respecto no cabe duda razonable de que fue el usado por los pipiles. Los indios actuales de por acá lo han completamente olvidado, por haber tenido que aprender, siquiera rudimentariamente, a contar a la española, para el ajuste de sus salarios y jornales y para sus negocitos de compra y venta, todo lo cual siendo de menor cuantía, les ha bastado aprender a contar hasta un límite bastante bajo.

La base de la numeración nahoa es 20=4×5, y para expresar las cantidades empléanse *once* palabras distintas,

con adición de algunas letras de origen adverbial o puramente eufónicas. Dichas once palabras sirven para expresar los números 1, 2, 3, 4, 5, 10, 15, 20, 400 y 8000, correspondiendo dos al 5.

Los primeros cinco dígitos se denominan: *Ce* = 1, *ome* = 2, *yey* = 3, *nahui* = 4 y *macuilli* = 5.

Los cuatro siguientes se forman añadiendo sucesivamete los antedichos a 5, que toma el nombre de *chico*, y así se tiene: *chicohuace* o *chicuace* = 6, *chicome* = 7, *chicuey* = 8 y *chiconahui* = 9. El número 10 se denomina *matlactli*.

De manera análoga se expresan los cuatro números que siguen: *matlactli occe* = 11, *matlactli omome* = 12, *matlactli omey* = 13 y *matlactli onahui* = 14.

El 15 se llama *caxtolli*, y por adición, como antes, se tiene: *caxtolli occe* = 16, *c. omome* = 17, *c. omey* = 18 y *c. onahui* = 19.

La veintena se denomina *pohualli*, y se cuenta por veintenas, anteponiendo a ese vocablo los 19 números de 1 a 19, así: *cempohualli* = 20, *ompohualli* = 40, *yeipohualli* = 60, ... *caxtollnahupohualli* = 380, o 19 veintenas.

Los números intermedios, 21 . . . 39, 41 . . . 59, 61 . . . 79, & &, se expresan añadiendo a los antedichos el nombre de las unidades que quedan deducidas las veintenas; así, para expresar $351 = 17 \times 20 + 11$, se dirá: *caxtolliompohualli matlactlionce*.

Veinte veintenas toma el nombre de *tzontli* = 400, y con este nuevo guarismo se cuenta como con el de una veintena: *centzontli* = 400, y *ometzontli* = 800, *yeyzontli* = 1200, y así hasta $20 \times 400 = 8000$, exclusive.

Para los intermedios, 401 . . . 799, 801 . . . 1199, 1201 . . . 1599, & &, se procede análogamente a lo que queda indicado, reduciendo el número a la forma $n400 + m20 + p$, y dando a cada parte el nombre que le corresponde.

El número 8000 se denomina *xiquipilli*, con el que se expresan los números mayores que 8000 descomponiéndolos en cuatro partes (alguna o algunas de las cuales pueden reducirse a cero, y entonces no se enuncian): $k8000 + n400 + m20 + p$, suponiendo los coeficientes k, n, m y p menores que 20. Así se puede contar hasta $19.\ 8000 + 19.\ 400 + 19.\ 20 + 19 = 159999$. (143)

(143) Solían usar también por comodidad el número *mototl* = 40000, y así *matlactli mototl* = 10.40000 = 400000.

Empleando el vocablo *xiquipilxiquilli* por $20^6 = 64000000$ se puede llevar la numeración mejicana hasta el número 10.239.999.999.999 que equivale a $19(20^9 + 20^8 + 20^7 + \ldots 20 + 1)$.

Supongamos, v. g., que se quiere expresar el número 9.437.678.406.524; para ello lo descompongo en diez partes, de las cuales se enuncian nueve, porque una de ellas se reduce a cero, diciendo *ipan* = «más», entre cada dos de ellas.

18×20×400×8000×800	=	9216000000000
8×400×8000×8000	=	204800000000
13×20×8000×8000	=	16640000000
3×8000×8000	=	192000000
14×400×8000	=	44800000
10×20×8000	=	1600000
16×400	=	6400
6×20	=	120
4	=	4

Lo cual en mejicano se enuncia así:

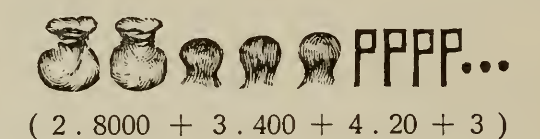
Caxtolliomeypohualtzonxiquipilxiquipilli, ipan
Chicueytzonxiquipilxiquipilli, ipan
Matlactliomeypohualxiquipilxiquipilli, ipan
Eypohualtzonxiquipilli, ipan
Matlactlionnahuitzonxiquipilli, ipan
Matlactlipohualxiquipilli, ipan
Caxtollioncetzontli, ipan
Chicoacepohualli, ipan
Nahui.

Ahora bien, es de suponerse que los maya-quichés, descendientes directos de los ulmecas, conserven más genuinamente las costumbres e ideas de éstos, y como el sistema de numeración quiché, aunque tiene la misma base 20, que el nahoa, es muy distinto, se colige que los nahoas fueron los que modificaron el procedimiento para contar, mejorándolo notablemente. Para apreciar la diferencia entre ambos sistemas basta contemplar un ejemplo: sea el número $27839 = 3.20^3 + 9.20^2 + 11.20 + 19$. Conforme al sistema mejicano basta enunciar esas cuatro partes, una en pos de otra, en orden *decreciente;* los quichés las enuncian en orden *creciente* y de un modo verdaderamente peregrino:

dicen: «19 para *(ri)* 12.20 (=240, con lo que da a entender que *pasa* de 11.20, es decir, que deben agregarse 220 unidades); para 10.400 (=4000, con lo que se da a entender que pasa de 9.400, o que deben agregarse 3600); para 4.8000 (vale decir que deben agregarse 3.8000=24000)». Mucho más lacónica sí es la expresión quiché: el antedicho número se expresa diciendo:

Belehlahuh ri cablahuhqal ri lahuhgo ri cahchuvy.

Para la numeración escrita empleaban ciertos signos, bastante sencillos y claros, pero no tenían noción del valor relativo, apelando a la simple repetición de dichos signos. Los más conocidos de esos signos son: simples puntos, para las unidades simples, de 1 a 19; una banderita para la veintena o *pohualli;* una cabellera para el *tzontli*=400, y un saquito de cacao para el *xiquipilli*=8000. Así el número 17283 se escribiría de la manera siguiente:



(2 . 8000 + 3 . 400 + 4 . 20 + 3)

CAPITULO CUARTO.

Medicina e Historia Natural de los nahoas: su agricultura y su alimentación.

122.—La cultura de los pueblos nahoas, aun de los más adelantados entre ellos, presenta extraordinarios contrastes, desde cualquier punto de vista que se considere se encuentra una abigarrada mezcla de nociones elevadas y de prácticas supersticiosas, ceremonias ridículas y ritos pueriles.

Estaban dotados de tan perspicaz y perseverante espíritu de observación, que Monseñor Moxo juzga que los conquistadores ganaron tomando a los indios por modelo a ese respecto.

Ahora bien, cuanto caracteriza al pueblo nahoa es aplicable, con las debidas restricciones, a nuestros pipiles, quienes, sin duda, tenían, como los mexica, sus más próximos parientes, notable aptitud para la observación de los fenómenos naturales, los mismos prejuicios, la misma habilidad médica y el mismo amor a las flores que distinguía a los aztecas. (144)

No obstante tan bellas cualidades, tenían los nahoas, en cuanto a las causas patogénicas, algunas ideas bastante curiosas: para ellos todas nuestras dolencias se debían al influjo de los *pecados* cometidos, por lo cual el primer deber del médico era hacer que se confesara el enfermo, de-

(144) V. las *Notes sur la Médecine et la Botanique des anciens mexicains* por el R. P. A. Gerste, S. J. (Paris, 1910) y Physiological and medical observations among the indians, por M. Ales Hrdlika. Sobre el mismo tema leyó una notable Conferencia en la Universidad Nacional de El Salvador, el doctor don Manuel Zúniga Idiáquez, el 12 de octubre de 1913.

clarando la falta o faltas que le tenían postrado. (145) Esta práctica, a primera vista estrafalaria, tenía sin duda por origen la creencia de que la mayor parte de nuestras enfermedades son debidas a incontinencias o descuidos, y en tal caso no andaban tan descaminados los nahoas, sólo que exageraron y generalizaron la doctrina, y, por ende, las prácticas correspondientes.

Por el doctor Darío González sabemos que cosa semejante hacían los doctores pipiles: «En casos graves, dice, recetaba (el médico) alguna yerba; pero si la enfermedad era grave, el médico obligaba al enfermo a que confesase sus pecados, y por este medio llegaba a indicarle qué clase de voto debía hacer para curarse» (*Estudio histórico de la República de El Salvador,* 24).

Por lo demás, a lo que parece, los antiguos babilonios abundaban en las mismas ideas, según se deduce de la siguiente fórmula de conjuro, descubierta en la biblioteca de Assurbanipal, según Fr. Kaulen:

«Atrás! Espíritu maligno; retírate de este hombre.
Por lo menos serás el pecado de su padre.
O el pecado de su madre.
O el pecado de su hermano mayor.
O el pecado de uno cualquiera.
Atrás!!

Según las leyendas de la mitología nahoa la principal deidad tutelar de la Medicina era la diosa *Tocitzin* o *Toci* (=nuestra abuela) a la que daban también otros nombres: *Teteoinnan*, *Tlalli iyollo*, *Youalticitl*, *Temazcalteci*, etc. etc. Se representaba a Toci como una anciana, con la cara blanca en la parte superior, y negra de la nariz para abajo. Su fiesta, que se celebraba en el mes *ochpanitztli*, era solemne-

(145) «El Papa Inocencio III (1198-1216) prohibió, por medio de un decreto, a todo médico, hacerse cargo de la curación de un enfermo, si éste no principiaba por confesarse. Pío V (1566-1572) agregó que si el enfermo se rehusaba a cumplir ese precepto el médico debía abandonarlo después de tres días. Exigió, además, que antes de recibir el diploma de doctor, los médicos se comprometiesen por juramento a llenar ese deber. Más aún, ordenó que toda escuela de medicina al conferir ese grado exigiese el tal juramento». (Del libro titulado, *Médecin chrétien*, por Monseñor Angel Antonio Scotti, trad. del italiano al francés por Monseñor B. Grassiat)

Varios Concilios renovaron esas prescripciones. Luís XIV, a instancias de la Maintenon, del P. Le Tellier y de Louvois, extremó la cosa, reduciendo a dos días el plazo para que se confesara el enfermo.

En España no cayó bien la disposición de Pío V, según consta en la carta XII del P. Feyjóo, cuyo tema es: «si deben o no los médicos cumplir la bula *Supra gregen Dominicum*, de San Pío V, no aceptada en España, y que prescribe a los médicos que abandonen al enfermo de peligro que se obstina en no querer recibir los Sacramentos».

De esas *aberraciones* nos quedan muchísimas. (V. el libro titulado «*Soliloquios y conversaciones* del doctor Unamuno, p. 234)

mente celebrada por las *Titici*, o doctoras y parteras, con ciertos sacrificios.

Es indiscutible que los médicos nahoas eran bastante acertados, porque conocían muchísimos secretos para curar las enfermedades, sin perjuicio de poner en práctica multitud de ridículos procedimientos, y de prácticas risibles, tales como las de los *techichinani*, o «chupadores»; las de los *tetlacuicuiliqui*, o «sacadores de gusanos»; las de los *tizitl*, o «curanderos de hechizos», etc. etc. (146)

El P. Sahagún enumera muchísimas enfermedades de que padecían los indios e indica los remedios con que se curaban, y el P. Motolinia refiere con minuciosos detalles las variadas medicinas que se vendían en el mercado los días de *tianquiztli*.

Su clínica comprendía los tratamientos hidroterápicos, las fumigaciones, los masajes, la pequeña cirujía y otros muchos *modus faciendi*. Entre sus medicamentos preferidos figuraban en primera línea el *ololiuhqui* o *coaxiuitl*, convolvulácea del género *Ipomoea*, el *peyotl* (Anhalonium lewinii), el *picietl* (tabaco), el *coanenepilli*, el *poztecpatli* y otras valiosas panaceas. (V. en el *Journal de la Soc. des Americ.*, tomo IV, No. I, 1907, un excelente trabajo de M. León Diguet respecto al *peyotl*).

El reino animal también suministraba algunos específicos, v.g. el *tlacuatzin* (Didelphys Virginiana), y también aprovechaban el reino mineral, especialmente las piedras llamadas *quauhteocuitlatl* y *xiuhtomoltetl*, con las que preparaban una poción para curar las enfermedades cardiacas.

El hecho es que los *curanderos* del país gozaban de mucho mejor concepto entre los indios, que los médicos españoles entre los conquistadores. Tanto es así que Cortés suplicó al Rey de España en 1522 no dejara venir a América a ningún galeno del Viejo Mundo, según refiere el señor Icazbalceta en su *Bibliografía mexicana*. (147) Y el P. Remesal enumerando las calamidades que atormentaron a Gua-

---

(146) España tenía también sus médicos *saludadores*.—D. Miguel Moraita en su libro sobre *El Padre Feyjóo*, dice a ese respecto: «Y sin embargo de eso (de lo inútil de sus procedimientos) en su tiempo (del P. Feyjóo) y aun hoy se ganan holgadamente la vida algunos embusteros, sin más trabajo que soplar fuerte los breves ratos que ejercen su ministerio»,

(147) Vasco Núñez de Balboa, por el contrario, le decía al Rey, en carta fechada en Santa María de la Antigua, de la provincia del Darién, el 21 de enero de 1513: «Ruego a V. A. que ordene que ningún Bachiller en Derecho o en otra Ciencia, a excepción de la medicina, venga jamás a estas comarcas, bajo pena de un grave castigo, pues no viene aquí uno que no sea un demonio. . .»

temala en 1541, cuenta entre ellas la llegada de un médico «que enterró él solo en la ciudad más españoles en un año, que habían acabado en diez las guerras de Nueva España. Y este año de cuarenta y uno en particular se encarnizó de suerte que no se le escapó hombre que visitase. Y asi en cinco de agosto (demás de otras muchas veces que en diferentes tiempos le habían requerido, que no curase, ni recetase para la botica, y no aprovechaba, por el ímpetu con que seguía, una arte tan dichosa como la medicina, cuyas faltas cubre la tierra) le mandaron so graves penas que no visitase enfermos, ni ejercitase la medicina, añadiendo a las pasadas el destierro de la ciudad». (*Hist. de la Prov. de S. Vicente de Chiapa y Guatemala*, lib. IV, C. V.) (148)

Todo lo contrario entre los nahoas: «Los hombres que se dedicaban a la curación de las enfermedades pasaban a la categoría de dioses y se les dedicaba altares», según refiere el P. Gerste.

Dice este escritor que entre los médicos aztecas había verdaderos especialistas, y el célebre naturalista Hernández, autoridad de primer orden en la materia, les concede conocimientos positivos, tanto en Patología como en Terapéutica. En Méjico, Texcoco, Tlaxcala, Cholula y en otras ciudades había asilos para los enfermos, (*Cocoxcacalli*), en los que la juventud que se dedicaba a la carrera de la Medicina podía adquirir conocimientos prácticos. Y según Mendieta (*Hist. ecles. indiana*, lib. II., C. 26) tenían los aztecas el servicio de *ambulancias*, que acompañaba a los ejércitos.

Entre sus procedimientos de curación, figuraba el baño de vapor, que ellos llamaban *temaxcalli*, y cuyo uso por los nahoas remonta a tiempo inmemorial. Se le ve figurado en el códice Magliabechiano y en el códice Mendozino. Usaban también las sangrías, las cuales hacían con las espinas de nuestro puercoespín, *uitztlacuatzin*, llamado aquí *miztacoaz*. Y, según refiere el venerable Gregorio López, en su *Tesoro de Medicina*, empleaban anestésicos, lo cual lo confirma un pasaje del P. Sahagún, en que refiere que en ciertos casos se ahorraban dolores a los sacrificados por medio de una sustancia llamada *yauhtli*.

(148) Todavía a fines del siglo XVII tuvo el Rey que prevenir a las justicias de San Salvador y de San Miguel, respectivamente, que no permitiesen que un tal Juan Marcareno, barbero de Izalco, ejerciese la Medicina, conminándolo con un año de cárcel y $ 100 de multa.

Hay fidedignos testimonios de que conocían y practicaban ciertos principios de Higiene, y Alonso de Zurita nos ha conservado en su *Breve y sumaria relación* interesantes detalles respecto al empeño y severidad con que perseguían la embriaguez, y «tenían por infame al que se entregaba a ella», según ese autor.

Muchas de las supersticiones y patrañas que se atribuyen a los indios deben ser exageraciones de los cronistas del siglo XVI, imbuídos de las ideas corrientes en su época, aun entre los médicos de más renombre. En 1591 publicó en Méjico el Dr. Juan de Cárdenas sus *Problemas y secretos maravillosos*, en los que consigna una multitud de aseveraciones ridículas. Dice, por ejemplo, que cerca de la ciudad de Goa corre un río y en sus márgenes hay unos árboles, cuyas hojas si «caen dentro del agua, se convierten en pescados, y si sobre la arena se buelven en paxaros que son al modo de mariposas».

123.—El pueblo nahoa era sumamente aficionado a los estudios botánicos y a la floricultura, no sólo para fines médicos e industriales sino también por razón de ornato y de deleite de los sentidos. (149) Claramente demuestra la importancia que daban a la recolección de especies, que según cuenta Torquemada en su *Monarquía indiana* (Lib. II, cap. 69) Montezuma II declaró la guerra, destronó e hizo perder la vida a Malinal, señor de Tlachquiauhco, por haberse negado éste a dar un ejemplar de la planta denominada *tlapalizqui xochiquautli*, que es una borragínea que produce flores tan bellas como perfumadas.

A esa familia y al género *Ehretia* pertenece nuestro preciosísimo *esquinsuche (izquixochitl* = «flor muy perfumada»), delicia de los pipiles, y que hoy está a punto de extinguirse, debido a nuestra incuria.

En todos los grandes centros aztecas había jardines de aclimatación y ésto en una época en que en Europa no se soñaba en ello todavía. «Tenían, dice Muñoz Camargo en su *Hist. de Tlaxcala*, vergeles, arboledas extrañas y peregrinas, traídas de extrañas tierras por grandeza». El jardín botánico de Huaxtepec medía, según Cortés, dos leguas de circuito. Los españoles lo conservaron y utilizaron para el servicio de su Hospital: el célebre y filantrópico anacoreta

(149) V. *Estudios sobre la historia de la Medicina en México. Primer estudio: la Botánica entre los Nahuas*, por el Dr. D. Francisco del Paso y Troncoso, en los *Anales del Museo*, 1886.

Gregorio López lo tuvo largo tiempo a su cargo. Allí encontró Hernández el *hoitziloxitl* o *chuchte* de los huaxtecas, que el señor Troncoso identifica con el *Myrospermum Pereirae* o sea nuestro «Bálsamo»: probablemente de por acá fué llevado.

Para apreciar la importancia de los estudios botánicos de los nahoas, basta tomar en consideración que a Hernández le indicaron el nombre y virtudes de más de1200 plantas, muchas de ellas con dos o mas denominaciones. El análisis de esa larga nomenclatura revela que los nahoas tendían al establecimiento de un sistema lógico de taxinomía y de fitografía.— «Con su lengua sintética, dice el P. Aquiles Gerste, tan rica de palabras y de formas, tan variada en sus combinaciones, los Nahuas estaban en capacidad de dar a cada planta un nombre que pusiese de relieve los puntos salientes de su organización, resumiendo sus principales caracteres, marcando sus aplicaciones económicas o medicinales».

Así, con los radicales *a* (de *atl*=agua), *aten* (de *atl* y de *tentli*, borde) *te* (de *tetl*=piedra), *tepe* (de *tepetl*=montaña), etc. etc., dan a entender que el vegetal es acuático, o que crece al borde del agua, que se produce en terrenos pedregosos, o en lugares montañosos. La raíz *e*, de *ei* o *yey*= tres, sirve para los nombres de las plantas trifolias, como *etl*=frijol.

El códice Mendozino es un documento precioso para el estudio de los principios iconográficos adoptados por los botánicos nahoas, a propósito de lo cual explica el P. Gerste cómo representaban las bambusáceas, las cácteas, las coníferas, las convulvuláceas, las gramíneas, las leguminosas, las sapotáceas, las capulíferas, etc., etc.

Muy dignas de atención son las siguientes palabras de ese docto jesuita: «Tomando aisladamente cada nombre (de planta) lo encontraremos por lo general formado por varias raíces, más o menos alteradas en su terminación, salvo la última. Esta expresa casi siempre la idea dominante, la noción principal, en tanto que las otras tienen por objeto diferenciar y precisar la planta, indicando su tamaño, coloración, consistencia, virtudes, terreno donde nace, etc., etc. Así el *género* y la *especie*, si es permitido decirlo, están marcados con una sola palabra».

Con el vocablo *tollin* (=junco, macolla), que el vulgo dice *tule*, se ha formado una larga serie de derivados:

Itztollin = tule cortante; de *itztli* = obsidiana, empleada como instrumento cortante.
Ixtollin = tule para curar las oftalmías; *de ixtli* = ojo.
Iztactollin = tule blanco; de *iztac*, nombre de ese color.
Petlatollin = tule para petates; de *petatl* = la estera que se hace con él.
Popotollin = tule para escobas; de *popotl* = escoba.
Nacacetollin = tule anguloso; de *nacace*, que eso indica.
Tliltollin = tule negro; de *tliltic*, nombre de ese color.
Tepetollin = tule de montaña; de *tepetl* = montaña.
Tzontollin = tule peludo; de *tzontli* = cabellera.

De una manera análoga se han formado los nombres de numerosas especies de los géneros *copalli* (para árboles resinosos), *zauhtli* (orquídeas), *ayotli, quilitl, tzapotl, xocotl*, etc. etc.

124. — Nuestro compatriota Dr. D. Leopoldo A. Rodríguez, en su *Estudio geog., hist., etnograf., filológ. y arqueológ. de la República de El Salvador* (México, 1912) da algunos interesantes detalles respecto a las prácticas supersticiosas de nuestros pipiles, en materia de agricultura. Dice que colocaban en unas *jicaritas* las semillas que querían sembrar, y que así las llevaban a poner ante los altares de sus ídolos, y luego las enterraban en un hoyo, poniendo sobre la tierra que las cubría un brasero con copal y hule, y luego los *papas* hacían ciertas ceremonias, sacándose sangre de varias partes del cuerpo, y finalmente ordenaban a los interesados se ayuntasen con sus esposas y que en seguida fuesen a sembrar al campo las semillas. (150)

Y el doctor González *(Op. laud.)* hablando de nuestros aborígenes, dice: «La agricultura consistía en el desmonte de terrenos, que hacían con hachas de bronce (liga de cobre y estaño) y de piedra. Para hacer las siembras usaban gruesas estacas de madera, barras de piedra y algunos instrumentos aratorios, con que abrían la tierra. Dejaban los terrenos en barbecho y hacían rozas y quemas de los campos en tiempo seco, para que las cenizas sirvieran de abono. Así se practica todavía. Donde había necesidad, aprovechaban las aguas de los ríos o fuentes para regadíos. Cultivaban maíz, frijoles, yucas, plátanos, camotes, papas y chiles, y con mucho esmero el cacao, algodón y tabaco».

(150) En el *Tratado de las supersticiones y costumbres gentílicas de los indios de Nueva España* por el Br. D. Hernando Ruiz de Alarcón, escrito en 1629, están textualmente consignados los conjuros de que se servían, para asegurarse de buen éxito, al sembrar la semilla de los granos, o al plantar las estacas de los vegetales que se siembran de esa manera, y el conjuro para entrojar el maíz.

Respecto a la inclusión del plátano en la lista de las plantas que cultivaban nuestros indios es punto muy discutible: yo me inclino a creer que no lo conocían.

Es cierto que el P. Acosta habla de las excelencias del "plátano de Indias", en su *Hist. Nat. y Moral* de esta parte del Mundo; pero también lo es que el célebre cronista D. Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés en su *Hist. Gen. y Nat.* de la misma región, que es la obra más autorizada para el caso, refiere que el primero que trajo a América el plátano fué el dominico Fr. Tomás Berlangas, quien lo llevó de las Islas Canarias a la Española, en 1516, y de esa isla fué importado a tierra-firme. Clavigero lo más que concede es que el *guineo* era silvestre en Nueva España.

Respecto a esta cuestión, como sobre otras muchas, cabe un término medio, que tal vez sea la solución más plausible: admitir que el plátano es indígena de la América del Sur, que es la parte de este Continente que mejor conoció el P. Acosta, y a la cual probablemente se refiere.

Lo que es en Méjico y en la América Central se tiene ahora casi plena seguridad de que no existía allí el plátano antes de la conquista. Un biógrafo del célebre obispo de Michoacán D. Vasco de Quiroga, citado por el Dr. A. Peñafiel, dice con relación al punto de que tratamos: "determinó traer consigo, el obispo Quiroga, de la isla de Santo Domingo, donde estuvo a hacer agua (a su vuelta de España, en 1547), algunas plantas. Y de hecho sabemos que hasta esta provincia traxo cinco, las cuales puestas en un terreno, que consideró a propósito, han multiplicado progresivamente, se plantaron en Tziriquaretiro, cerca de Taretan, lugar sin duda el más acomodado por la semejanza en el temperamento con la isla de Santo Domingo". Y en otro lugar dice el mismo biógrafo: "Aquí fué donde se dieron los primeros plátanos de la Nueva España, y de aquí se ha llenado toda ella".

En las adiciones al tratado de *Agricultura general* de Alonso Herrera se lee: "El árbol conocido con el nombre de platanero o plátano de América, higuero de Adán, &, así como la especie llamada por el vulgo *bananos* o *bananero (Musa sapientium)* son originales de las Indias Orientales". (Tomo II, p. 457).

Con todo, hay respetables autoridades para sostener el origen suramericano del plátano, de donde pudo ser llevado a las Antillas en los primeros años de la conquista. El inca Garcilazo en su *Comentarios*, tratando de la flora

del Nuevo Mundo, dice: "el primer lugar se debe dar al árbol y a su fruto que los españoles llaman *plátano*". Y don José de Velasco en su *Hist. del reino de Quito*, refiere, a propósito de la ciudad de Quilichao, que "tenía el sitio de ésta el retrayente de las malas aguas; pero al mismo tiempo dos alicientes: uno, de los ricos minerales de oro; y otro, de un platanar inmenso desde la remota antigüedad de los gentiles, con nombre de Julú. Se conserva aún esta memoria y son libres cuantos quieran proveerse con abundancia de su fruto".

125.—Nuestros indígenas tomaban sus alimentos cocidos, sazonados con sal *(iztatl)* y condimentados con chile, achiote y diversas yerbas aromáticas, como el *chipilín (crotallaria vitellina)* y el *epazote (chenopodium* sp), las cuales plantas, además de comunicar a los guisos un olor aperitivo, les dan un sabor particular, que todavía es muy del agrado de muchas gentes de por acá.

La base de su alimentación era el maíz *(tlaolli)*, que aun es el más importante de los cereales que consume el pueblo centroamericano; ya cocido con agua y ceniza (hoy se prefiere la cal) forma el *niztamalli*, que se muele después, previamente lavado con agua, en el *metlatl* (piedra de moler), por medio del *metlapilli* (piedra o mano de moler), para hacer las "tortillas" *(tlaxcalli)*, que se cuecen sobre el "comal" *(comalli)*, disco de barro, ligeramente cóncavo y de unos 40 centímetros de diámetro. Algunas personas preparaban las tortillas con mucha más curia, aromatizando la masa con chile y a las veces con *tlilxochitl* o vainilla.

Tenían buenas legumbres, siendo una de las mejores el suculento *chayotli* (que aquí llamamos "huisquil" y también "huisayote"), del cual utilizaban los frutos, los cohoyos y la raíz, denominada *tzinchayotli* en náhuatl, pero hoy conocida aquí con el nombre de *ichintal*. Tenían asimismo varias clases del azoado frijol, o *etl*. Con las pepitas de ayote *(quauhayohuachtli)* preparaban su sabroso *pipián*.

Entre los trastos que componían la batería de cocina figuraba el *molcaxitl*, ordinariamente de piedra, para moler las especias y el chile, por medio del *texolotl*, pilón, o mano de mortero. (151)

(151) A propósito de trastos de cocina y de vajilla de mesa indígenas, es curioso y lo considero como un provincialismo pipil, que lo que en Méjico llaman *huacal* es lo que aquí llamamos *cacaste;* lo que allá llaman *jícara* es nuestro *huacal;* lo que allá llaman *guaje*, es nuestra *jícara*, de forma aovada, y lo que llaman *tecomate* es nuestro *tarro*, palabra castiza.

El *chocolate* era una de las bebidas predilectas de los naturales de estos países, y, por cierto, era relativamente caro, como que se fabricaba con el puro dinero (cacao). El etnólogo venezolano D. Tulio Febres Cordero ha demostrado que "el uso del cacao como bebida indígena no era una especialidad de los pueblos de origen tolteca y azteca, según se ha creído hasta el presente, pues que también existía el chocolate, con el nombre de *chorote* en las cordilleras de Mérida y Trujillo, en Venezuela, que etnográficamente formaban parte del vasto imperio *muizca*".

Más, aún: aunque el P. Gili haya hecho ver, apoyándose en Torquemada, según lo anota Humboldt, que los mejicanos al preparar el chocolate hacían la infusión en frío, y que fueron los españoles los que tuvieron la feliz ocurrencia de hervirlo, parece ser que ya en Nicaragua (y probablemente en Cuzcatlán) se preparaba desde antes de la conquista una bebida de *cacao cocido*, como dice Fernández de Oviedo, semejante, según Febres Cordero, al *chorote* de Mérida, descrito por el P. Zamora.

Según M. Beuchat los aztecas preparaban el chocolate moliendo y mezclando partes iguales de granos de cacao y de granos de *pochotl* (Bombax ceiba), previamente tostados. Cuando lo querían tomar disolvían una cantidad suficiente de la pasta así formada en agua fría, agregando unos cuantos granos de maíz tostado y molido y lo cocían a fuego lento, batiéndolo frecuentemente con el molinillo (152).

Entre los menjurjes que solían y aun suelen agregar al chocolate figura la almendra del *zapuyulo* o pepita de nuestro zapote. Es de advertir que la fruta que aquí llamamos *zapote* se denomina en Méjico *mamey*, y la que aquí llamamos *mamey* la designan con el nombre de «zapote amarillo» o «zapote borracho» (*atzapotl* o *cozticzapotl*). El Dr. Hernández da a nuestro zapote el nombre de *tezontzapotl*, porque su color se parece al de la piedra *tezontli*.

La almendra del zapote servía para la bebida llamada *cacaoatl* (chocolate) según el mismo Dr. Hernández. Para

(152). La receta que da el Dr. Juan de Cárdenas en sus *Problemas y Secretos Maravillosos*, publicados en México en 1591, ya es el resultado de sucesivos perfeccionamientos posteriores a la conquista, con aditamento de alcomanías extranjeras. Según él se empleaban para confeccionarlo, cacao, canela, pimienta, anís, ajonjolí, mecasuchil (*Piper amalago*, Linn.), tlixochitl (*Vanilla sativa*, Schiede), achiote (*Bixa orellana*, Linn). y gueynacaztle (*Enterolobium cyclocarpium, Griseb*). Nótese que no menciona ninguna sustancia dulcificante.

algunos esa almendra es venenosa, empero en el Estado de Oajaca es muy usada una especie de horchata (*choue*) confeccionada con esa almendra llamada allí *pixtle.*

Generalmente se cree que el chocolate de los indios era simple, sin dulce (cosa que algunos niegan), y se cuenta que fue el P. Jerónimo de Aguilar, quien, yendo en 1511 del Darien a Santo Domingo, y habiendo naufragado en las costas de Yucatán, tuvo en este lugar ocasión de ver cómo se preparaba el chocolate, y entonces perfeccionó la confección de esa bebida, añadiéndole azúcar.

El docto nahuatlista D. Jesús Sánchez, en un *Glosario de voces castellanas derivadas del nahuatl o Mexicano*, pubublicado en los *Anales del Museo Nacional* (1ª época, tomo III, entrega 2ª, 1883), dice: «Presento, aunque con duda, la palabra *pozolatl*, bebida de maíz cocido, como la que más probablemente dio origen a la castellana chocolate. Los indios preparaban esta bebida de muy distinta manera de la actualmente usada, mezclándole varias sustancias, entre las que se contaba casi siempre el maíz: tal vez esto influyó en que de la palabra pozolate *pozolatl* derivaran los conquistadores la muy semejante *chocolate*, universalmente admitida ahora. Los aztecas designaban la bebida de cacao con el nombre de *cacauaatl*, de la cual no pudo formarse chocolate, como tampoco de *cacahuquahuitl*, árbol de cacao, según opina Mayans (orígenes de la lengua castellana, número 108.»

Otros han propuesto la etimología *xocoatl,* nombre de cierta bebida de maíz, según Molina; mas la raíz *xoco* significa «cosa agria», epíteto que en modo alguno corresponde al chocolate.

El P. Gage dice que el vocablo de que tratamos se compone de la voz *atl*, agua, a la que se antepuso el radical onomatópico *choco*, que es «el ruido que hace el agua en la vasija donde se echa el chocolate que al hervir parece que repite *choco, choco, choco,* cuando se bate con el molinillo hasta que sube la espuma a borbotones.» (*Viajes en la Nueva España,* t. II, p. 355.)

En cuanto al vocablo *chocolat*, que según Clavigero era el nombre azteca de la susodicha bebida, el señor Sánchez conceptúa muy dudoso que sea así, pues esa palabra no figura en el Vocabulario de Molina.

Yo creo que la voz *chocolate* se deriva del quiché: de *xocol* = lodo y *a* o *at* = agua; de modo que significa

«agua de lodo», aludiendo al aspecto que presenta esa poción (153).

Tenían algunas aves de corral, tales como patos, pavos y otras gallináceas, y, además, aprovechaban la abundancia de animales comestibles en los bosques y en los ríos y lagos. Carecían de leche y de manteca para comer, y en cuanto a huevos preferían los de iguana y los de tortuga.

Entre los platos favoritos de los aztecas se cuenta una especie de pastel que hacían con las moscas denominadas *axayacatl* y con maíz. Aun hoy fabrican una masa alimenticia, llamada *ahuautle*, hecha con los huevecillos de ese hemíptero *(Coriza mercenaria* y *C. femorata)*, muy abundante en los lagos próximos a la ciudad de Méjico. Los indígenas arreglan unos haces con las hojas del tule *(Thypha longifolia)*, sobre los cuales depositan las hembras sus huevos en inmensas cantidades, y se preparan para comerlos cociéndolos en hojas de maiz.

La principal de sus bebidas fermentadas era el *octli* o *pulque*, hecho con el jugo del *agave americano*. En la América Central dejó de fabricarse pulque desde que a fines del siglo XVII el obispo don Fr. Andrés de las Navas prohibió, pena de excomunión, el uso de esa bebida.

Por punto general podemos decir que nuestros indios eran notablemente parcos. «Esta gente vive de muy poco y no hay nación tan sobria como ella», dice *El Conquistaaor Anónimo*. (Ternaux-Compans, Recueil de piéces rilatives á *la conquete du Mexique*, I, p. 70.) Con *chian* y maíz hacían el chianzo *tzootlatelli*, bebida exquisita que era el principal apero que llevaban los soldados en tiempo de guerra, según refiere Clavigero.

La lista de los *atoles* o bebidas preparados con maíz cocido y molido, es muy larga: *iztatole*, o atol blanco, o atol común; *chilatole*, cargado de chile; *nectinatole*, endulzado con miel de maguey o de abejas; *xocoatole*, o atol agrio; *exquiatole*, con granos de frijol cocidos; *epazoatole*, con hojas de epazote; *chianatole*, con grano de chian; *tlamizatole*, con chile *guaque* y epazote; *eloatole*, con maíz tierno, o *elotes*.

(153) Según el Dr. Cárdenas el chocolate quebranta el ayuno; mas Fr. Augn. Dávila dice que él vió la consulta que sobre el particular se hizo al papa Gregorio XIII, por mano del Dr. Azpilcueta Navarro, a instancias del Procurador de la Provincia de Chiapa, y que el papa resolvió por dos veces que no quebranta el ayuno.

CAPITULO QUINTO.

Artes e industrias de los pipiles.

126.—Por más que sea yo sincero admirador de nuestros aborígenes, mi entusiasmo no raya en ceguera, para atribuírles cualidades que no tenían, tal como la de que hayan sido excelentes músicos y cantores, como aseveran algunos de nuestros modernos historiógrafos, cuyo patriotismo les inspira la inconsulta tendencia a declarar a los pipiles de Cuzcatlán la más privilegiada de las razas humanas.

El señor Pérez Verdía, con la franqueza e imparcialidad que debe caracterizar al historiador, dice, y dice muy bien, que la música de los nahoas era monótona y poco armoniosa. Y el P. Clavigero, verdadero mejicanófilo, confiesa que el canto de los aztecas era áspero y desagradable para el oído de los europeos, lo cual no obsta a que los adoradores de Hiutzilopochtli cantasen todo el santo día cuando celebraban sus fiestas, que eran numerosas. Y agrega: "Tal era incuestionablemente el arte en el que los mexicanos mostraban menos adelanto."

Y es de advertir que esa deficiencia no procedía de falta de aptitudes naturales para la música, pues los indios tienen bastante buen oído, sino de falta de educación apropiada para desarrollar y utilizar esas aptitudes.

La música militar de los nahoas era estridente y pavorosa. Bernal Díaz del Castillo, mucho tiempo después del sitio de Méjico, recordaba con espanto el lúgubre sonido de la trompa de Cuautemotzín.

Consignada la anterior advertencia paso a describir los principales instrumentos musicales de nuestros indios, varios de ellos todavía en uso, más o menos corregidos y aumentados.

127.—El principal de esos instrumentos era el *teponaztli*, llamado hoy vulgarmente "teponaguaste", que es el *tun* de los quichés (llamado también "tepanabal" en algunos pueblos de Guatemala) y el *tunkul* de los yucatecos.

Nuestro Museo poseé un especimen, que, aunque por su pátina revela ser moderno, pretenden algunos de nuestros arqueólogos que es el *stradivarius* de Atlauhka, famoso *teponazoam* de la corte de Atlacatl, el último soberano de Cuzcatlán.

He aquí como describe ese instrumento el erudito escritor don José Sáenz Poggio en su *Hist. de la música guatemalteca:* "El *tun* trozo de madera hueco, con dos lengüetas en su cara superior, de las cuales la más corta da el tono agudo *sol*, y la más larga el tono bajo *do*. Así es que el tun forma una quinta. Lo tocan los indígenas con båquetas, cuyas extremidades libres están envueltas en hule. Este instrumento casi siempre es acompañado por unas trompetas de metal de más de una vara de largo (154), o bien de unos flautones, también de más de una vara de largo, hechos de caña del Rabinal, y del ruido que produce la concha de una tortuga golpeada con una baqueta. Esta especie de música la usan en casi todas sus fiestas, pero particularmente en el juego del *volador*." (155)

Hemos dicho ya que Votán era llamado "Señor del teponaxtle", y en el Museo de Méjico ví un pequeño bajo relieve de serpentina que representa a la deidad de la Música tocando uno de esos instrumentos, lo cual indica que para los nahoas ese venía a ser la *lira de Apolo*, y por ende el símbolo del arte lírico.

Se usaba también otro tun, de pequeñas dimensiones, llamado en náhuatl *tecomapiloa*, el cual tenía dos aberturas diametralmente opuestas; en una de ellas se ataba una cuerda que llevaba en su extremo inferior un huacal, que descansaba en el suelo al tocar el instrumento para dar sonoridad

(154) Las trompetas de que habla el señor Sáenz Poggio es acompañamiento introducido después de la conquista y que por acá no sé que se haya usado nunca.

(155) Juego característico de los pueblos de raza nahoa. Consistía en dar trece vueltas pendientes del extremo de una cuerda que estaba enrrollada en la parte superior de un poste muy alto. Un individuo permanecia en el extremo superior del poste, tocando un tamboril, en tanto que otros se lanzaban desde la altura a lo largo de las cuerdas, y hacian prodigios de agilidad pasando de una cuerda a otra. Según los historiadores mejicanos el juego del volador entraña un simbolismo relacionado con el sistema cronológico de los aztecas.

a éste. El tecomapilero llevaba su instrumento bajo el brazo, según cuenta el P. Sahagún. (156)

El *huehuetl* o *tlapanhuehuetl* correspondía a nuestro actual y sonoro "tamborón", considerado como el tuáutem y el trastulo de nuestras fiestas populares: era el *gohon* de los quichés. En su forma primitiva no era más que un cilindro hueco de madera, uno de cuyos extremos se tapaba con un cuero de venado, o de otro animal, bien curtido y estirado. Se tocaba con las manos y en los saraos indígenas era el compañero del tun, con el que armonizaban perfectamente, según el cronista Gomara.

El *ayacaxtli* o *axacaxtli* era un sonajero orbicular, compuesto de una calabaza hueca, con pequeños agujeros, a la que se introducían unas cuantas piedrecitas, adaptándole, además, un mango, a manera de hisopo, para llevarlo en la mano en el acto de bailar y sacudirlo de cuando en cuando, como hacen los niños con su *chinchín*. Los quichés lo denominan *zoch*, que también significa "víbora cascabel", y en Cuba lo conocen con el nombre de *maruga* o *maraca*.

128.—No se sabe a punto fijo dónde fue inventada la *marimba*, ni de qué idioma se deriva esta palabra (157). Generalmente se cree que el tal vocablo fue importado al Nuevo Mundo por los negros africanos y que a éstos servía para designar un instrumento musical de percusión, el cual, notablemente mejorado en América, es el que conocemos aquí con el nombre de «marimba.»

Ninguno de nuestros antiguos cronistas, que tan minuciosamente describen las armas, vestidos, utensilios domésticos, bailes, &. &. de los aborígenes de estos países, habla de

(156) Aludiendo a la manera como se toca el *teponaxtli*, golpeando más o menos fuerte las lengüetas, el general Rafael Cravioto dice al *prevost* del calabozo en que lo tenían encerrado los franceses en Puebla, en un precioso soneto que grabó con los dientes de un tenedor viejo en una de las paredes de la prisión:

> Permita Dios que todo tu *xinaxtle* (raza)
> Víctima sea de un fiero *cacomixtle*, (tabardillo)
> Y que tu panza de aserrín y *alpixtle* (alpiste)
> Sirva en una función de *teponaxtle*.

La voz *alpixtle* la emplea por broma, y la terminación en *e* por eufonía.

(157) La Real Academia Española dice indistintamente *marimba* o *marimbula;* Salvá distingue entre ambos términos; el Profesor Ramos ha oído *malimba*, y el erudito Antonio Bachiller y Morales *(Cuba primitiva*, 2a. edic., p. 297.) escribió *marimbo*. Don Juan Ygnacio de Armas *(Origenes del lenguaje criollo)* incluye el vocablo en la lista de voces originarias de las lenguas africanas; mas D. José Miguel Macías, en su *Diccion. cubano* observa que *marimba* es *sincopa* de *marimbula*, palabra cuya desinencia es latina, al igual de "Sonámbulo".

Según Elíseo Reclús (*Geog. Univ.*, t. XVII, p. 370) es voz derivada de la lengua bantú de Africa.

ese instrumento, lo cual es claro indicio de que su introducción no remonta a los primeros tiempos de la Colonia.

Sin embargo hay no pocos escritores que atribuyen a los indios del Sur de Méjico la invención de la marimba, o por lo menos aseveran que fué introducida en esa región muchos siglos antes de la conquista, y por eso la cuentan entre los instrumentos indígenas.

Entre esos escritores citaré al licenciado don Ramón Mena, quien dió lectura en 1909 a una pequeña disertación respecto a dicho instrumento, en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, publicada en el *Boletín* de élla (5a. época, tomo III, No. 7). El señor Mena dice: «Asunto bien averiguado es que de las islas Pitcairn, Tocupia y Pascua pasaron los polinesios a la América del Sur, desde donde puede seguirse su peregrinación hasta nuestro Estado de Chiapas, en que encontramos al zoque y al tzel-tal, conocido comunmente por tzendal, y que son representantes del tipo étnico antes mencionado; pues bien, fueron los zoques y tzendales, quienes trajeron la marimba en su prístina forma un tanto distante de la actual».

No se extrañe, pues, que haya quienes cuenten ese instrumento entre los que tenían los pipiles, desde mucho antes de la conquista: los inmigrantes polinesios o de origen polinesio, de que habla el señor Mena, lo pueden haber introducido a su paso por acá, o traídolo después de Chiapas.

Arturo Morelet iba más lejos: creía que varios de los instrumentos musicales europèos son de origen indiano: el clarinete, derivado de la chirimilla, y el piano, marimba reformada.

Mas en mi concepto la marimba es instrumento exótico.

El Diccionario de la Real Academia registra dos acepciones de ese término: según la primera, la marimba es una «especie de tambor que usan los negros de algunas partes de Africa», y según la otra (calificada de *americanismo)*, es idéntica al *tímpano*, instrumento que según la misma Academia, «consta de varias tiras de vidrio, que van disminuyendo gradualmente, las cuales descansan sobre dos cuerdas o cintas, y se toca con unas bolitas de corcho o de badana».

Esta última definición corresponde, sin duda, a una de las primeras modificaciones que recibió la marimba en América, salvo las tiras, que han de haber sido primeramente

de madera, y no de vidrio, tal como la conocemos desde tiempo inmemorial.

Según parece fué en el Estado de Chiapas o en los Altos de Guatemala donde se dió a la marimba su forma actual, que ha venido mejorando paulatinamente. (158)

Para apreciar las mejoras que ha recibido, basta comparar nuestra actual marimba con la antillana. Tomo ésta por término de comparación, porque en las Antillas, además de haberse extinguido la raza vernácula, hay gran número de negros, que conservan las costumbres de sus mayores.

Bachiller y Morales *(Op. laud.)* dice: «La Revue Esp. Port., T. I, llama así (marimba) a un instrumento músico de Haití: consiste en un tronco que está hueco, al que se le abre una boca en el medio y sobre la abertura se colocan juncos, láminas de oro, láminas delgadas de carey: sacaban de este instrumento sones dulces y melancólicos con que acompañaban sus cantares. La que usan los africanos es menos complicada».

En efecto, M. Rident, según refiere el licenciado Mena, viajando por las cercanías de Natal, en Sud-Africa, vió un instrumento músico que consiste en un arco de madera, sobre el cual hay teclas de igual materia, y abajo de cada una, calabazas huecas, con abertura superior.

José García de Arboleya *(Vocabulario cubano)* se reduce a decir: «Instrumento músico de los negros bozales»; mas el texto de donde tomó esas palabras (el *Diccion. prov. de voces cubanas* de Esteban Pichardo) continúa así: «en forma de cajoncito, con varios palillos, o tablitas, elásticas, que a modo de teclas, y heridas con las puntas de los dedos pulgares, dan diversos sonidos secos o de poca sonoridad».

Y don José Miguel Macías la describe en los siguientes términos en su ya citada obra: «Hoy la marimba es un cajoncito armónico con delgadas cintas de acero, que se hacen vibrar resbalando los dedos por sus extremidades».

La nuestra es mucho mejor y más complicada. He aquí cómo la describe el señor Sáenz Poggio: «Especie de piano,

---

(158) «El Dr. Juan G. Saldaña (dice el licenciado Mena) hijo del Estado de México, pero que ha residido largo tiempo en Chiapas, ideó la última reforma de la marimba: la marimba-piano; consiste en una caja de piano; el arpa está substituida por el bastidor de la marimba, y los martinetes por los bolillos de hule crudo; además en la caja hay aberturas circulares cubiertas con parche de tripa de cerdo. Cuando esta reforma quede ultimada, un solo hombre podrá ejecutar en la marimba, que ganará en condiciones acústicas».

pero sin teclas para los medios tonos. Las hay hasta de siete octavas, las cuales se tocan por cuatro individuos, cada uno con un par de baquetas, cuyas extremidades libres están forradas con hule. Sus teclas son de madera, de acero o de cristal. Estas, entrando en vibración al ser tocadas con las baquetas, representan las cuerdas del piano, así como los tecomates o los tubos cuadrados de madera sobre que van sentadas esas teclas, vienen a hacer las veces del registro o de la caja acústica de un piano. Para subir o bajar el tono, emplean los indios unos plomitos redondos, que pegan con cera en la cara inferior de las teclas. Para hacer los sostenidos o bemoles, se valen de tocarlas en sus orillas y con el cuerpo solo de las baquetas».

Los quichés bautizaron a la marimba con el expresivo nombre de *gog*, que significa «hacer gemir o llorar».

129.—La *caramba*, muy usada antes por nuestro pueblo, es probable sea de invención posterior a la conquista, después que los españoles introdujeron por acá los instrumentos de cuerda; porque, además de que su nombre es de claro origen español y de que no ha sido descrita por los primeros cronistas, los indios carecían del material necesario para hacerla, pues está constituída por una vara larga, medianamente flexible, reducida a arco de pequeña sagita mediante un *hilo de alambre*, que se mantiene tenso. La tocan con una baqueta y el ejecutante aproxima su boca a la cuerda para comunicar a ésta las inflexiones de su voz, sin que los circunstantes lo noten, mientras que con dos de los dedos del pie izquierdo aplica de cuando en cuando el extremo inferior del instrumento a la superficie convexa de un huacal, que hace de caja sonora.

Por análoga razón omito hablar de la *chirimía*, de la *zambumbia*, del *bitoy*, de la *carrasca*, del *sacabuche* (al que los pipiles llamaron *cuyututún)*, etc. etc.

130.—Si para la música no aprovecharon sus aptitudes nuestros indios, lo que es en el arte coreográfico dieron inequívocas muestras de suma habilidad y mucha gracia, según el testimonio unánime de los cronistas. M. Biart da interesantes detalles respecto a los bailes de los aztecas.

La mayor parte de esas danzas eran tan animadas como decorosas y con frecuencia acompañadas de canto por los mismos danzantes, mas también había algunas que eran cancanescas en grado superlativo, tal como el famoso *cuecuextli*, de inverecunda mímica y de procaz letra. Ese baile

se efectuaba en la fiesta de la diosa *Nixtocoihuitl*, en el mes *tecuilhuitlzintli.*

Los pipiles, según dice el Dr. Rodríguez, celebraban sus fiestas con músicas y bailes, y con la legendaria *cuhtancuyamet* o *partesana*, que tal como la conocemos se reduce a lo siguiente: dos individuos, con una lanza cada uno, como de cuatro metros de largo, de madera y con la punta de hierro; otro, con una pequeña, terminada en tres puntas, como de metro y medio de largo, que es propiamente la *partesana* (159); otro con una banderita en una vara, como de un metro; otro con un arquito lleno de reliquias, o listones benditos; un tamborón, un tambor y un pito. Los hombres de los lanzones, después de saludar reverentemente la imagen del santo celebrado, apoyan sus lanzas en el suelo, por el lado de la punta, tomándolas con una mano por el otro extremo y colocándolas en forma de X; después el del arquito, tomándolo por un extremo y balanceándolo de un lado a otro, toca con él las lanzas grandes; en seguida el de la banderita, haciéndola flamear de derecha a izquierda, la pasa sobre las lanzas cruzadas, las que al momento levantan los indios, las arrojan hacia arriba y las hacen girar para tomarlas en su descanso por el lado opuesto, o sea el de la lanza, con una mano; y así continúan tirándolas, cambiando el extremo de que la toman en cada vez. Lo que no explica el Dr. Rodríguez es el papel que representaba el de la lanza de tres puntas, que era, según parece, el principal, el que tenía la *partesana.*

Y luego agrega: «Algunos creen que la *pica* o *partesana* es una imitación de la milicia española; pero otros dicen que es de la indígena, y nosotros lo creemos así, porque los ejercicios que hacen son muy extraños a la milicia europea. Respecto a que los indios usaban estos lanzones antes de la conquista, puede verse a Milla (*Hist. de Centro-América*) donde se refiere a *Cuzcatlán*, pues hace mención de una carta de Alvarado a Cortés, en que le refiere que en un encuentro que tuvo, después de la toma de Acaju-

(159) La voz *partesana*, usada en España, es de origen francés: se deriva de *pertuisane*. El Diccionario de Zerolo la define así: «Arma ofensiva, especie de alabarda, de la que se diferencia en tener el hierro en forma de cuchillo de dos cortes, y en el extremo una como media luna. Era insignia de los cabos de escuadra de infantería.

Aunque se me pongan puntas
De aceradas *partesanas*.
Cast. y Sol».

tla, vió a unos indios armados de unas grandes lanzas, como de treinta palmos. Al presente estas ceremonias de la partesana existen en Apastepeque, Ostuma, Izalco y en algunos pueblos de Honduras. Antes, según dice el doctor Reyes en su Historia de El Salvador, iban a la capital las partesanas de los pueblos circunvecinos a acompañar la bajada o procesión de El Salvador del Mundo, el 5 de agosto.»

En cuanto al baile, con mímica y recitado, que llamamos *Historia*, y que todavía se acostumbra en varios pueblos de esta República, en la época de sus respectivas fiestas, Reclus (*ubi supra*) dice que primitivamente aludía la letra de ese baile a las leyendas cosmogónicas e históricas de los aborígenes, y que después de la conquista le adaptaron la que hoy se usa, referente a Carlo Magno y a Tamerlán, por lo que también lo llaman «Baile de los moros y de los cristianos.»

131.—Los pueblos de raza nahoa no fueron aventajados en el arte pictórico; aun en el centro de su cultura, la gran Tenochitlán, no hubo émulos de Apeles. Clavigero observa que los mexicanos eran más felices en la escultura, en el arte de vaciar metales y en los trabajos de mosaico que en la pintura.

Ixtlilxochitl refiere que Netzahualcoyotzin ordenó a todos los artistas de su nación que hiciesen su retrato y dice: «los plateros hicieron una estatua de oro muy al natural; los lapidarios otra de pedrería; los plumeros dibujaron en un cuadro con varias plumas su retrato, tan al natural que parecía estar vivo; los pintores hicieron otro, lo mejor que pudieron.....»

Tampoco puede decirse que hayan sido grandes escultores, y menos en *nuestra* región pipil, donde no se han encontrado monumentos que revelen que el arte escultórico haya florecido por acá. Mas bien en la región pipil de allende el Paz se han encontrado algunas reliquias notables a ese respecto: en 1862 el Dr. S. Habel descubrió en Santa Lucía Cozumalhuapa (o Cutzumalhuapa) varios antiguos monumentos, en los que encontró algunos tableros de piedra, esculpidos en magnífico bajo relieve. Las mejores de esas piedras fueron llevadas al Museo Etnográfico de Berlín y han sido objeto de un docto y minucioso estudio del profesor Bastian.

En arquitectura, aunque los aztecas no hacían uso del arco, estaban sin embargo bastante adelantados y de sus

edificios hablan con gran encomio los informes de los conquistadores y los escritos de los primeros cronistas, quienes refieren que los había tan grandes, con tantas estancias, aposentos y jardines que era fatigante recorrerlos; que tenían salas capaces de contener hasta 3,000 personas, y sus azoteas alcanzaban en algunos edificios un tamaño tal, que podían correr treinta hombres a caballo.

No creo que los edificios de los pipiles de Cuzcatlán hayan sido tan grandes y suntuosos como los de Méjico; mas tampoco creo que hayan sido pobres jacales, pues D. Pedro de Alvarado en su segunda carta a Cortés (colección de Barcia) habla de la importancia y riqueza de las ciudades de nuestra región pipil, en las que había edificios de cal y canto.

Las casas particulares eran de dos clases: la denominada *teopantzintli*, constituída por una pieza rectangular, de paredes hechas con piedras canteadas, y después revocadas y encaladas; el suelo de tierra pisoneada y cubierto con *petates*, y el techo de paja, de una o dos aguas. Y las llamadas *tezcalli*, más pequeñas, de paredes de adobes o de piedras sin labrar, o de *bajareque*, no blanqueadas. Había también cabañas, aun más humildes, llamadas *xacalli*.

Toda casa, por poco acomodado que fuera el dueño, tenía dos dependencias contiguas: el *cencalli*, o granero y el *temazcalli*, o baño de sudor.

132.—Era notable la habilidad con que los indios de Méjico, Centro-América y el Perú trabajaban en el arte plástico de la arcilla, con la cual fabricaban innumerables objetos, inclusive instrumentos musicales, como pitos y caramillos: he visto sonajas de barro, verdaderamente curiosas.

Ignórase si contaban con algo parecido a la rueda de los alfareros, mas, a juzgar por sus obras, parece que no la conocían. «Examinando los ejemplares rotos de su altarería, vese que sus dibujos más complicados estaban formados de piezas y forjados en moldes. En general está imperfectamente cocida y es inferior en dureza, tanto a la antigua como a la moderna alfarería europea. Un elemento semi-bárbaro queda también de manifiesto en el sacrificio frecuente de la conveniencia y de la utilidad a las formas grotescas, o en su ingenua ignorancia de las leyes más sencillas de la acústica.» (D. Wilson, *Prehistoric Man).*

En El Salvador se han recogido incontables restos de la alfarería indígena, muchos de ellos precolombinos y muy

diversos entre sí, no sólo por su forma y objeto a que estaban destinados, sino también por la calidad del material, grado de pulimento, adornos, etc. etc., lo mismo que otros muchos utensilios de piedra, más o menos fina, y más o menos labrados.

Los adornos de los utensilios para uso corriente son ordinariamente sencillos, formas geométricas poco complicadas; mas hay otros, probablemente destinados para el culto, con adornos simbólicos.

E. B. Tylor, en su libro sobre el Anahuac (Londres, 1861), después de hacer un cumplido elogio de la cerámica tolteca, dice que el arte de *vidriarla* es probable que haya sido introducido por los españoles.

Nuestra cerámica indígena ha sido objeto de importantes estudios de los señores Montessus de Ballore, Dr. Sapper y Dr. Lehmann.

133.—Los nahoas hilaban y tejían perfectamente el algodón. Sus malacates eran de barro cocido, a manera de gruesos botones, perforados en el centro, donde fijaban un espetón delgado de madera.

Sus telares eran muy sencillos: dos travesías, colocadas a una distancia correspondiente a la magnitud o largo de la obra que se intentaba hacer, mantenían la cadena, cuyos hilos estaban separados, dos a dos, por medio de una regla pacha movible de un extremo a otro del telar, y los hilos que formaban la trama se enrollaban en lanzaderas formadas por pequeños trozos de madera, aguzados en ambos extremos. Con tan primitivo aparato lograban hacer telas sumamente finas.

No tenían lana, ni seda común, ni lino, ni cáñamo, pero suplían la lana con el algodón; la seda, con plumas, pelo de conejo y de nutria, y el lino y el cáñamo, con *iczotl*, o palma de montaña, con *quetzalichtli*, con *patí* y otras plantas textiles. Remojaban bien las hojas, después las limpiaban y las ponían al Sol, y ya bien secas las aporreaban, hasta que quedaban bien limpias las fibras, que se recogían en perfecto estado para utilizarlas.

Para teñir el hilo contaban con variadas sustancias tintóreas: el reino vegetal les proporcionaba el "palo de Brasil," que da un hermoso color rojo; el "camotillo," cuyos rizomas contienen una materia colorante amarilla; el "irayol," de cuya corteza se extrae un tinte azul oscuro; el *xiuhquihuitl,* de que se saca el añil; el *maxhaxte*, bejuco

que los indios empleaban para teñir el tul de rojo o de negro; el "ojo de venado," especie de *dolichos*, que produce un tinte amarillo; & & &. Del reino mineral aprovechaban también varias tierras de color más o menos vivo, tales como el *tecocauitl*, que da un buen color amarillo, y el *tizate*, para el blanco. Empleaban también el conchil (*murex purpureus*,) que da un espléndido color de púrpura.

Hacían una especie de sellos de barro para el estampado de las telas, que así quedaban muy vistosas.

134. — La indumentaria de nuestros indios era sumamente sencilla, como que constaba solamente de tres piezas, y aun la primera de ellas con frecuencia la suprimían, sobre todo en los lugares calientes, y la tercera no siempre era necesaria: la manta o *tilmalli*, prenda que ordinariamente se usaba para el traje de calle; era una tela cuadrangular, que por uno de sus extremos se ataba al cuello, cayendo por detrás hasta las pantorrillas, a manera de capa, algo angosta; el *maxtlatl* o faja, con el cual se liaban las caderas, cayendo sus puntas anudadas por delante y por detrás, y los *cactli*, ó zapatos, que eran unos pedazos de suela, convenientemente recortados y sujetos al pie por medio de correas.

Las mujeres usaban un *huipilli*, o camisa sin mangas, que les bajaba hasta las piernas, poniéndose a la vez dos o más, en los días de gala, de distinto largo y de diversas labores, y unas enaguas o *cueitl*, atadas con una faja y que les llegaban hasta los tobillos. Usaban también caites sobre todo cuando tenían que ir lejos de su casa.

Las hembras se peinaban con bastante cuidado y todos se bañaban con suma frecuencia.

135. — Los conocimientos metalúrgicos de los indios nahoas eran muy poco avanzados. Respecto a la plata sólo aprovechaban la *nativa* o *virgen*, y en cuanto al oro, sólo tenían el recogido en los ríos. Ambos metales eran sumamente escasos en nuestra región pipil. Sabían fundir el cobre, sin hornos, y preparaban un bronce bastante duro y resistente.

El arte de vaciar, grabar, cincelar y esculpir los metales lo practicaban con mucha habilidad. Había entre ellos buenos batihojas y espertos *tlatcalcani*, que adornaban cualquier cosa con oro y plata.

Clavigero dice que se hacían instrumentos de cobre para uso de los carpinteros, y Dupaix habla de un depósito que se encontró conteniendo más de 270 cabezas de hacha, vaciadas, de cobre ligado. A ese respecto conviene recordar

que Fr. Bartolomé de las Casas, hablando de las tropelías y abusos que cometieron las huestes de Alvarado en la ciudad de Cuzcatlán en 1524, refiere que los señores de este lugar, acosados por las exigencias de ese conquistador, le llevaron gran cantidad de hachas de cobre dorado, lo que lo irritó muchísimo y dijo a los suyos: "dad al diablo tal tierra; vámonos, pues que no hay oro." *(Destrucción de las Indias*, art. VIII.)

Herbert Spencer, en su curioso libro sobre *Los antiguos mexicanos*, traducido del inglés al español por los señores D. Daniel y D. Genaro García (México, 1896), consigna interesantes datos respecto a la manera como trabajaban la obsidiana, para hacer navajas, cuchillos, lancetas y otros instrumentos cortantes. De ese género de obras sí se han encontrado varios preciosos especímenes en el territorio del antiguo señorío de Cuzcatlán.

A juzgar por varias obras de piedra muy fina que se han exhumado en este país, no cabe duda que los pipiles sabían labrar la jadeíta *(chalchiuitl,)* el cristal de roca *(iztactehuilotl)* y aun el amatista *(tlapal tehuilotl.)*

136.—El muy ilustrado presbítero y doctor D. Santiago R. Vilanova (hoy Obispo de Santa Ana,) autor de unos interesantes *Apuntamientos históricos sobre los antiguos pueblos indígenas* (S. Salvador, 1912) dice que "su comercio consistía en permutar sus artículos, sirviéndose del cacao como moneda. Contaban éste por contles (*tzontles)*, jiquipiles y cargas; 400 granos hacían un contle; 8,000 o 20 contles, un jiquipil, y 24,000 granos, o tres jiquipiles, una carga; 200 granos equivalía a 12 centavos. El comercio lo hacían con los países limítrofes, estableciendo en algunos lugares ferias, a las que concurrían los comerciantes; como no tenían mulas y caballos, empleábanse los indios que llamaban *Tlamemes*, que conducían las cargas a espaldas; hacían el paso de los ríos, lagos y esteros en canoas con remos, con toldos de petate, conteniendo muchas de éstas capacidad para 50 personas. Tenían mercados públicos, donde además vendían esclavos, telas, alhajas y plumas......"

CAPITULO SEXTO.

Instituciones políticas, civiles y militares de los aborígenes de El Salvador.

137.—Hemos dicho ya que el territorio del antiguo Nequepio, bautizado después con el expresivo nombre de *Cuzcatlán* (160), o «Tierra de la dicha», formaba un grupo de cacicazgos, de los cuales el más importante era el de este nombre, que es probable haya gozado de cierto grado de supremacía respecto a los demás, sin que conste hayan dependido nunca de la monarquía quiché, ni que hayan sido colonias de ninguno de los reinos nahuatlacas de México.

Desgraciadamente poco, muy poco se sabe respecto a las instituciones políticas, civiles y militares de nuestros aborígenes, pues la *Historia pipil* que cita el P. Juarros y que a buen seguro daba algunas luces a ese respecto, se ha perdido. No nos queda otro recurso, para suplir esa falta, que recoger aquí y allá los pocos datos dispersos en las obras de los cronistas y apelar con frecuencia a la inducción, basada en la identidad de raza con los aztecas de Méjico.

En mi concepto nuestra región pipil ha de haber sido el asiento de una confederación análoga en el fondo a la mejicana de la época de Montezuma, constituída, no por un gobierno feudal, sino por una democracia militar, cuya organización se fundaba en el régimen por tribus, con propiedad común de la tierra, y no dudo que Cuzcatlán era la metrópoli de esa federación.

(160) Hoy se acostumbra por acá escribir «Cuscatlán», en vez de Cuzcatlán; mas, si queremos respetar el origen del vocablo, su etimología, debemos escribir con *z*, no con *s*, esa palabra, porque el sonido de esta última consonante falta en el idioma nahoa.

138.—Es muy general la idea de que nuestros indios carecían en absoluto de sentido moral, de toda noción de justicia. Para convencerse de lo contrario basta examinar su sistema de esclavitud, mucho menos bárbaro que el que ha regido, hasta hace pocos años, en las naciones que pretenden marchar a la vanguardia de la civilización humana.

La palabra *tlacotli* (plural: *tlacotin*), que se ha traducido por «esclavo», expresaba por acá una idea muy distinta de la que significaba en el lenguaje español, y ciertamente no excedía en significación a la voz «Vasallo». Un esclavo entre nuestros indios, como lo hizo presente Fr. Bartolomé de las Casas, poseía su rancho, su esposa, su mobilario, una porción de terreno, sus hijos y su libertad, excepto en épocas determinadas, que estaba obligado a trabajar para su señor. Así consta en una carta dirigida a Carlos V por los Oidores de México en 1552, en la que dicen que aunque entre los indios existía la esclavitud, esa servidumbre era muy distinta de la otra. Que los indios trataban a sus esclavos como parientes y vasallos y los cristianos como perros.—(161).

M. Beuchat explica de otra manera el origen y condición de esos peseudo-esclavos: según él, los que se negaban a trabajar la tierra, o que rehusaban casarse, eran excluidos de la tribu, perdiendo a la vez los medios de subsistencia y la personalidad civil, teniendo que ir a buscar amparo en aquellos que no podían labrar sus campos, quienes les proporcionaban trabajo y alimentos, o bien que acomodarse de cargadores al servicio del ejército. La suerte de estos *tlacotin*, advierte M. Beuchat, no se asimilaba a lo que entendemos por esclavitud: en ciertas condiciones podían volver a su tribu, sus hijos eran libres y estaban al amparo del *calpulli* respectivo.

La clase proletaria, los jornaleros *(tlalmactes* y *mayeques)* eran tratados con consideración y se les daba la cantidad de alimentos necesaria para conservar el vigor.

---

(161). Qué concepto se formarían de los conquistadores los habitantes de Cuzcatlán, al ver que a pesar de haber recibido éstos con la más cumplida benevolencia a los tales conquistadores, éstos redujeron a los pobres cuzcatlecos a la más dura servidumbre, herrándolos como bestias. De ese modo se pretendía catequizar a los indios americanos, y después castigaban cruelmente a los que conservavan apego por sus antiguas creencias. Da horror la lectura del célebre *Informe contra idolorum cultores*, publicado en 1639 y escrito por el P. Pedro Sánchez de Aguilar, Obispo de Yucatán, el cual informe tiene por objeto sostener la inicua doctrina de que los obispos tenían pleno derecho de encarcelar y hacer azotar a los indios que recayesen o conservasen sus creencias y prácticas idolátricas.

Tenía por oficio el cacique el gobierno de sus súbditos, procurando siempre el orden y la paz de su pueblo y evitando que sus súbditos estuviesen ociosos, pues los obligaba a la siembra, a la caza y a la pesca.

Cuando fallecía el cacique lo lloraba todo el pueblo durante cuatro días, terminados los cuales, se declaraba solemnemente que su espíritu estaba ya con los dioses y se procedía al sepelio del cadáver, el cual se inhumaba sentado y vestido con sus mejores prendas.

El poder era hereditario, correspondiendo al hijo o hija del difunto (aunque algunos aseguran que regía la *ley sálica*), y si no los tenía, tomaba el puesto algún hermano o pariente de él. La *coronación* del nuevo señor era ruidosamente celebrada.

Se ignora a cual de los tres supremos jefes de los aztecas (el *cihuacohuatl*, el *tlacochcalcatl* y el *tlacatecatl)* se asimilaba más el soberano cuzcatleco, por lo cual nos reducimos a llamarlo simplemente «Señor».

139.—Había en la sociedad pipil, como en todos los pueblos de raza nahoa, tres castas o clases: los nobles *(pipiltzin)* que eran los más denodados guerreros y los más austeros y virtuosos ciudadanos; sus respectivas familias; la clase media, o de los comerciantes y artesanos, y los plebeyos o *mazeguales* (162).

La nobleza se componía, pues, de los militares más valientes y entendidos, y de los *tecuhtin,* que eran personas que en su juventud se habían sometido a ciertas ceremonias y pruebas, sumamente severas, en los establecimientos denominados *calmeca.*

Los comerciantes *(pochteca)* tenían su importancia política: organizados en numerosa carabana emprendían lejanas expediciones, con el fin ostensible de cambiar sus productos, pero iban, además, tomando nota de cuanto veían y oían, y a su regreso daban puntual cuenta de ello al jefe de la tribu.

Todas las profesiones y oficios honestos eran considerados como honrosos: el historiador *(altapetlacuilo)*, el librero *(amanamacac)*, el pintor *(tlacuilo)*, el escribano *(amatlacuiloliztli* o *amoxicuilo)*, el arquitecto *(calmanani)*, el zapa-

(162). «Los habitantes estaban divididos en nobles, *capules* o *chinanacalli*, rama compuesta de las familias distinguidas que poseían una porción de tierra y que no podían enagenar, y en *Mazaguales* o plebeyos formada por la gente ínfima del pueblo». (L. A. Rodríguez).

tero *(cacchiuani)*, el barbero *(texinqui)*, el carpintero *(tlaxinqui)*, el lapidario *(chalchiuhiximatqui)*, etc., etc., gozaban de buena posición social: no estaban obligados a labrar personalmente sus tierras, pero sí a hacerlas cultivar.

El P. Motolinia explica en sus «Memoriales» el origen del vocablo *mazehual*, derivado, dice, del verbo *mazehualo* =trabajar, adquirir mérito, hacer algo digno de premio. Por eso a ciertos bailes, que se hacían para alcanzar gracia de los dioses, los denominaban *mazehualiztli*, en tanto que las danzas de puro recreo se llamaban *netotiliztli*.

140.—La sociedad conyugal, base de la organización de la familia, estaba sólidamente establecida entre los pueblos de raza nahoa. El matrimonio participaba del doble carácter de contrato civil y de acto religioso. Los derechos del marido *(namictli=namique=oquichtli)* sobre la esposa *(cihuatl =namictli=nemactli=tetichitanqui)* no eran ilimitados: el nombre *namictli*=«compañero», común a ambos cónyuges, entraña un concepto de igualdad, incompatible con el de sumisión absoluta de uno respecto al otro. *Tetechitanqui* era más bien la «novia», «la prometida».

La monogamía era la ley y la costumbre general, salvo los poderosos, que se permitían el lujo, mejor dicho, que tenían el descaro de introducir en el hogar unas cuantas concubinas, previa celebración con cada una de ellas de una especie de matrimonio menos-solemne. Costumbre análoga existe en la China, como detalladamente lo expone y lo defiende el Coronel Tcheng-Ki-Tong en su libro titulado "Los chinos pintados por sí mismos." (163)

Cosa parecida sucedía respecto a los impedimentos para casarse, por razón de parentesco entre los pretendientes a unirse: los caciques y sus favoritos se casaban con quienes querían; mas para el pueblo en general estaba prohibido entre los parientes en línea recta, entre los consanguíneos hasta el cuarto grado colateral y aun entre los afines inmediatos, o cuñados. Nada tiene eso de extraño: en todo tiempo y en todo lugar los poderosos se arrogan los más absurdos privilegios.

Los pipiles se casaban, mejor dicho, se les hacía casarse, apenas llegaban a la pubertad. Era ese un asunto

(163) La Biblia refiere que Sara, mujer de Abraham, no habiendo tenido hijos y contando con una criada egipcia, llamada Agar, dijo a su esposo: "El Eterno me ha hecho estéril, id, yo te lo suplico, con mi criada, tal vez tendré yo hijos por medio de ella" "Entonces Sara toma a Agar y la da por mujer a su marido." Y el patriarca no tuvo empacho de hacello.

que correspondía arreglar a los respectivos padres, en términos que los contrayentes venían a conocerse hasta el día de su boda. Esa premura tenía por objeto evitar la prostitución, que fué siempre sistemáticamente perseguida por nuestros aborígenes.

Llegado un muchacho a los 14 ó 15 años, su padre buscaba y elegía una chaborrita *(ichpuchtli)* para el nene. Escogida la futura, se encargaba a una o más personas de respeto fuesen a pedir la mano de ella, llevando los correspondientes obsequios: si éstos eran aceptados, se presumía que la solicitud tendría favorable acogida. La demanda se repetía por segunda y por tercera vez, y hasta verificada esta última, daba el padre de la novia su expreso consentimiento y se señalaba día para celebrar la boda.

El ceremonial del casamiento *(nenamictiliztli)* era bastante sencillo: un grupo de parientes y amigos del novio iba a traer a la novia, la cual era conducida en andas, lujosamente ataviada, a casa de sus futuros suegros, donde se celebraba el matrimonio. Era de cajón que los contrayentes se bañasen antes de casarse, y hacer sacrificios y ofrendas a los dioses para asegurar la felicidad de los contrayentes. El acto matrimonial, presidido por el cacique, se reducía a darse las manos y a una simple atadura de los vestidos. Hecho eso, empezaba el baile y demás festejos.

El contrato matrimonial era *per vitam:* el divorcio era tolerado; pero no estaba legalmente establecido.

La seriedad e importancia que los pipiles atribuían a la sociedad conyugal puede colegirse de la severidad con que era castigado el adulterio, y aun los conatos de cometerlo, los simples cuchicheos con una mujer casada.

El adulterio propiamente dicho era castigado con la pena capital, y al que sorprendían haciendo señas a una mujer casada lo desterraban del pueblo y le quitaban todos sus bienes.

Por lo demás, bien sabido es que las indias son generalmente castas y formales, nada pródigas del dulce *xizo.* (164)

141.—El nacimiento de un niño, sobre todo si era varón, lo consideraban una felicidad. La operación de cortarle el ombligo constituía un acto religioso. Comenzaban por esco-

(164) La voz *xizo* es peculiar de las indias aztecas, y equivale a nuestro adverbio "si"

ger para ello un día propicio y llegado el momento de efectuarlo, colocaban el resto del cordón umbilical sobre una mazorca de maíz y lo cortaban con una cuchilla de obsidiana, arrojándolo después al río, La mazorca que había servido para esa operación era guardada, para sembrar sus granos con especial esmero, pues ellos debían producir el primer alimento sólido destinado al niño después de su destete.

El recién nacido (*conechichilli* = "niño que mama") tomaba el nombre de la deidad que presidía el día de su nacimiento, y era sometido a una ablución semejante al primitivo bautismo cristiano, tal como lo recibió Jesús en las aguas del Jordán, a todo lo cual se mezclaban diversas prácticas supersticiosas.

La madre estaba obligada a purificarse, pocos días después del parto, por medio de lustraciones y ofrendas a los dioses.

Era admirable el profundo respeto que los hijos tenían a su padre *(tatli o izcacauhtli)* y a su madre *(nantli)*, pues aun cuando el hijo fuese ya todo un hombre, guardaba respetuoso silencio en presencia de sus progenitores, a quienes obedecía ciegamente y a quienes consideraba como infalibles oráculos.

La herencia correspondía al hijo mayor, que quedaba como jefe de la familia, y a falta de herederos los bienes eran recogidos por la nación.

La tierra estaba bastante bien dividida en pequeñas propiedades, y la pobrería, los *mayeques*, que eran arrendatarios, pagaban a sus señores respectivos, mas no a la nación, salvo en tiempo de guerra o de gran necesidad.

Los propietarios sí pagaban tributo, que estaba bien establecido, por *calpullis* o barrios en cada población.

Tenían una especie de plano catastral en cada pueblo, en el que estaban marcadas las tierras de los calpules con color amarrillo claro; las tierras de los nobles, *pillalli*, con encarnado y las del cacique con rojo. "Al extender una de esas pinturas se veían el pueblo y sus límites, las personas a quienes pertenecían las propiedades y los puntos donde estaban situadas.

142.—Su jurisprudencia penal era muy severa, pero con claras tendencias moralizadoras, que dan, si en en ello se para mientes, una alta idea de la honorabilidad de los pueblos aztecas. Ha de haber un atavismo, hasta hoy no estu-

diado, en el carácter tan noble y simpático del pueblo salvadoreño.

El homicidio, el robo, la violación, el incesto, el ayuntamiento con esclava ajena, y aun la simple fornicación, eran castigados con durísimas penas. También se castigaba a los mentirosos y a los que hacían escarnio de los dogmas y ritos religiosos.

Bien se comprende que los legisladores nahoas, a pesar de sus sanas intenciones, no tenían ni remota idea de los derechos del hombre.

He aquí una corta lista de los delitos que se castigaban con la pena capital: el homicidio, el adulterio, disfrazarse con vestido del otro sexo, alterar los mojones de los *tlalmilpa* o lotes distribuidos por la autoridad, negligencia (por lo menos durante dos años) en el cultivo del terreno destinado para mantenimiento de los huérfanos de la tribu, la traición, la usurpación de funciones o insignias militares, el sacrilegio (v. g. la seducción de las jóvenes que habían hecho voto de castidad) y la embriaguez de los sacerdotes.

Según Fr. Gerónimo de Mendieta, el marido que mataba a su esposa, sorprendida en flagrante delito de adulterio, pagaba con la vida por haberse hecho justicia con su propia mano, sin tener en cuenta el irresistible impulso del caso.

Al robo, según las circunstancias, se habían señalado penas relativamente moderadas; salvo el de plata u oro, que según el mismo Mendieta, era castigado con la muerte. En caso de que el autor del robo no pudiese devolver la cosa robada, quedaba reducido a la condición de *tlacotlí* (esclavo) del ofendido, y se le quitaba el *tlalmillí*, o porción de tierra que tuviera asignada, por lo menos mientras no hubiese reparado el daño causado.

Como medio indagatorio se *colgaba* a los presuntos reos, barbaridad que, por desgracia, suele cometerse todavía entre nosotros.

Los reos eran encerrados en la cárcel *(teilpilollán* o *tecaltzacualoyan)* donde permanecían privados de aire y de alimentación.

La pena de muerte se ejecutaba despeñando al delincuente en un barranco abrupto y profundo, salvo los destinados para los sacrificios.

Es notable el empeño con que perseguían la embriaguez, la cual solo era tolerada en las fiestas públicas y en las

personas de 70 años arriba. Si el culpable era un noble, se le privaba del título de *tecuhtlí*; si era empleado público, perdía la colocación, y a los demás dipsómanos los pelaban al rape para entregarlos a la befa del público.

143.—Ninguna profesión gozaba de tanto prestigio y estimación en los pueblos nahoas, como la de las armas. La deidad de la guerra era la que más reverenciaban y la que consideraban como principal protectora de la nación. A ningún príncipe se le elevaba a la primera magistratura antes de que hubiese dado pruebas de valor y de pericia militar, y merecido el honroso cargo de general del ejército, y aun se agrega que a ningún soberano se entregaba el poder supremo sin que antes hubiese apresado con sus propias manos a las víctimas que debían sacrificarse el día de su exaltación.

Los nahoas hacían consistir su mayor gloria en las hazañas militares; los nobles eran los principales soldados y los que no pertenecían a la nobleza podían obtenerla sirviendo y distinguiéndose en la guerra.

El servicio militar era rigurosamente obligatorio: al cumplir los quince años el niño *(piltontlí)*, se convertía en mancebo *(telpochtlí)*, y previo cumplimiento de ciertos ritos religiosos, se le llevaba al *(telpochcalco)*, para ejercitarse en el arte militar.

Entre esas gentes no se acostumbraba la previa declaratoria de guerra; el pueblo que la llevaba a otro procuraba sorprenderlo. Debido a eso la mayoría de las poblaciones estaban fundadas en cerros escarpados o *peñoles*, para dificultar el acceso a ellas, y las que ocupaban llanuras, estaban fortificadas con murallas concéntricas de piedras, tal como se crée estaba la ciudad de Tehuacán.

Para averiguar si había guerra, el papa y sus cuatro adjuntos apelaban a ridículos sortilegios, y cuando creían que era de temerse una invasión de sus enemigos, lo comunicaban al cacique y demás jefes militares, e inmediatamente se ponían en pié de guerra, reuniendo cuanta gente podían, armada de flechas *(tlanitollí*=el arco, y *mitl*=la flecha*)*, lanzas *(tlatzontectlí* o *tepoztopillí)* que a las veces tenían más de seis metros de largo; espadas de madera, con fragmentos cortantes de obsidiana *(maquahuitl)* hondas para arrojar piedras *(tematlatl)*, etc., etc. La mayor parte de la tropa llevaba cotas de algodón *(ichcahuipilli)*, y escudos de cuero *(chimalli)*.

Ocioso es decir que ignoraban aun los más elementales principios de táctica y de estrategia, así es que entraban al combate sin orden ninguno, por pelotones, al són de trompetas, caracoles y otros instrumentos ruidosos, con acompañamiento de gritos y alaridos. El éxito de la batalla dependía del número de los combatientes y del valor y fuerza corporal de éstos.

Los jefes y oficiales iban a la guerra vestidos con pieles de diversos animales (león, tigre, águila, etc., etc.) y el general en jefe era conducido en andas, con sus mejores paramentos.

La tribu vencedora celebraba el triunfo con grandes fiestas, dedicadas unas veces a Quetzalcoatl y otras a Ytzqueque, según lo decidía el papa; en el primer caso duraban hasta quince días los festejos, y en el segundo solamente cinco. El *clou* de esas solemnidades era el sacrificio de los prisioneros que se verificaba diariamente, durante la temporada, en el patio del templo.

Cada soldado se apropiaba el botín que recogía durante la pelea, y cuando entraban vencedores a una población, la saqueaban, mejor dicho, la arrasaban, no dando cuartel a ninguno. Los únicos a quienes se dejaba con vida era a los que podían ser vendidos para esclavos.

El Derecho de Guerra de la culta Europa no era más humano en la época de la Conquista.

CAPITULO SÉPTIMO.

Ideas religiosas y supersticiones de los pipiles.

144.—No me propongo exponer, porque me sería imposible hacerlo, ni siquiera a grandes rasgos, el complicadísimo laberinto de la *Teogonía tlapalteca* (165), constituída por incontables leyendas, fraguadas sobre una base común en las diversas regiones ocupadas por la raza ňahoa, y la mayor parte de esas leyendas completamente extrañas a la nación pipil.

Quien quiera iniciarse en ese estudio, absolutamente indispensable a los aficionados a la Arqueología americana, puede adquirir excelentes nociones en el primer tomo de la monumental obra titulada «México a través de los siglos» y en el inapreciable «Diccionario de Mitología Nahoa», escrito por mi ilustre y bondadoso amigo el señor Ldo. D. Cecilio A. Rovelo.

Respecto a las creencias y prácticas religiosas de los pipiles, aparte de los dogmas fundamentales comunes a todos los pueblos nahoas y aun a los maya-quichés, tal como el dualismo de sus dioses, de que ya hemos hablado, pocos detalles se conocen con relación al credo y ritos de nuestros aborígenes, (166).

(165) Muchas de las deidades mejicanas fueron adquiridas por derecho de conquista, llevándose prisioneros a los dioses de los pueblos vencidos, cuyo culto se implantó después en Méjico. Así se estableció el de *Tlaloc*, deidad de los otomíes; el de *Camaxtli*, antiguo dios de los chichimecas; el de *Xochipilli* y el de *Xochiquetzal*, deidades mixtecas, etc. etc. (Beuchat, *op. laud.*, p. 313).

(166) Entre las singularidades de la teogonía nahoa, señalaremos la de la repartición de las divinidades por grupos correspondientes a los cuatro puntos cardinales, repartición que se hizo extensiva a diversos planos y estrechamente relacionada con el simbolismo de ciertos números. Esa particularidad ha sido objeto de un estudio especial y profundo de los señore sDurkheim y Mauss.

La inextricable confusión que muchos historiógrafos hacen de las leyendas pipiles y maya-quichés, no sólo es excusable, sino también muy natural, porque tanto la mitología de los pueblos nahoas como la de los de la región del Sur se incubaron simultáneamente en el Tamoanchán, en la época de la federación, y puede decirse que primitivamente eran idénticas, y que después se modificaron, ampliaron y diferenciaron, según las ideas y circunstancias de cada una de las nacionalidades que surgieron disuelta la federación; porque esa confusión la justifican los cruzamientos realizados en nuestro territorio entre los nahoas y los maya-quichés, y porque los primeros cronistas son en gran parte culpables de esa confusión, pues en sus relaciones mezclan sin empacho alguno, las creencias y tradiciones de ambas razas.

145.—Nada se sabe respecto a las creencias primitivas de los nahoas, cuando vinieron a América; mas es de suponerse que han de haber sido simplísimas, reducidas al culto de la naturaleza y a una noción más o menos vaga de un Ser Supremo. El licenciado Chavero opinaba que la religión primitiva de los nahoas era un sabeísmo poco erudito, en tanto que la de los del Sur era zoolátrica.

El hecho es que en la época de la conquista los pueblos nahuatlacas, inclusive, por consiguiente, los pipiles, adoraban a la causa primera con el nombre de *Teotl* (vocablo de origen maya-quiché, como se dijo en la nota 121), a quien, por juzgarlo incomprensible, no lo representaban de modo alguno, pero deificando sus atributos, se dice que formaron un cortejo de trece deidades principales. De buen grado creo que se hayan elevado a la concepción de una Causa Primera, cuya existencia espontáneamente sugiere a la razón el espectáculo del Universo, y que hayan personificado y deificado cada uno de los atributos que le reconocían, pues parece ser instintiva tendencia humana la diversificación de las advocaciones.

Para algunos el cuadro de la teogonía pipil era de infantil sencillez, exento de leyendas antropomórficas y genealógicas: como deidades superiores el dios de los cerros, el del hogar, el de las sementeras y el de los muertos, y como deidades inferiores, el dios de los ganados (?), el de las aguas etc., etc.

Mas yo tengo para mí que la mayor parte, si no todos los dioses de los aztecas han de haber sido conocidos y

venerados en la región cuzcatleca, y de ello pueden aducirse como pruebas fehacientes numerosos restos arqueológicos recogidos en la región pipil, y tradiciones conservadas por los cronistas. Admitida la realidad y consecuencias de las invasiones toltecas y aztecas de que hablamos oportunamente ya, es imprescindible admitir que hande haber importado las creencias y ritos religiosos de los países de que venían.

Podemos, por tanto, aseverar que los pipiles adoraban al Sol, como representante de la causa primera (167), dándole el nombre de *Ometecuhtli*=«Dos Señores», macho y hembra a la vez, lo cual significaba que tenía en sí mismo su razón de ser. El mismo Sol, considerado como primera creación de sí mismo, toma la denominación de *Tonacatecuhtli*=«Señor de nuestra carne», o que nos alimenta, y en ese concepto ya no es bisexual, tiene por esposa a *Tonacacihuatl*, la Tierra, y de su unión nacieron *Quetzalcoatl*, la estrella vespertina, Venus, y *Tezcatlipoca*, la Luna. Este último nombre significa «espejo brillante que humea», denominación muy gráfica y apropiada para designar al astro de la noche. (168).

El mismo Sol fue llamado *Tonatiuh*, como astro del día; *Tzontemoc*, «el que cae de cabeza», en el acto de ponerse, y *Mictlantecuhtli*, «Señor de los muertos,» cuando ha desaparecido en el Ocaso.

Según una antigua leyenda nahoa, 600 años después del nacimiento de Quetzalcoatl y Tezcatlipoca fue producido el fuego, por acuerdo de los dioses, y en seguida la primer pareja humana, *Cipactli* y *Oxomoc*.

146.—Mas entre las leyendas cosmogónicas de la raza nahoa, la más interesante y curiosa es la de «Los Cuatro Soles», de que ya hablamos en el Nº 69. Hay respecto de ella algunas variantes en los antiguos cronistas y en los modernos expositores. Aquí adoptamos la narración del

(167) En nuestro Museo existe un hermoso Sol de piedra que recogí cerca de la Aldea de Cara Sucia, en el departamento de Ahuachapán; es decir, donde se hablaba antiguamente el idioma jinca, precisamente donde algunos suponen existió una colonia lenca.

(168) Son infinitas las variantes relativas al origen, vida y hechos de Quetzalcoatl, absolutamente inconciliables. Unos lo consideran como puramente mítico, mas otros, a cuya opinión me adhiero, creen que todo ello encierra un fondo histórico, la dificultad está en desentrañarlo. Varios autores han sostenido que era el Apóstol Santo Tomás; otros que era Santo Tomás de Meliapor; otros que uno de los normandos que vinieron a las costas del NE. de América en el siglo X de nuestra era. Yo creo, como el señor Plancarte, que se trata del jefe de los Ulmecas, que llegaron al Pánuco hace la friolera de treinta y cinco siglos.

ilustre franciscano Fray Andrés de Olmos, que vino a Nueva España en 1524, y a quien Fray Martín de Valencia y el Oidor Ramírez de Fuenleal encargaron escribiese las antigüedades de los indios de Méjico, y aunque esa obra no ha llegado a nosotros, M. de Jonghe descubrió varios fragmentos de ella, traducidos y publicados por el cosmógrafo francés Thevet, en su *Histoire du Mechyque*, escrita el siglo XVI.

Según dicha leyenda los dioses crearon sucesivamente cuatro mundos, cada uno de ellos iluminado por un Sol diferente. El primero, llamado *Chalchiuhtonatiuh*, «Sol de piedra preciosa», o *Chalchiuhtlicue*, diosa de la lluvia, terminó con aguaceros torrenciales, que ahogaron a la mayor parte de los hombres, convirtiéndose los sobrevivientes en peces. El segundo, llamado *Tletonatiuh* o «Sol de Fuego», iluminó una humanidad miserable, que se alimentaba con zizaña; los hombres de ese período fueron destruídos por el fuego, y unos cuantos convertidos en pollos, mariposas y perros. En seguida fue el *Yohualtonatiuh*, o «Sol de obscuridad»: en esa época los hombres se alimentaban con jugos resinosos, y fueron destruídos por grandes terremotos y devorados por animales feroces. El cuarto Sol fué el *Ehecatonatiuh*, o «Sol de viento», durante el cual los hombres se alimentaban con frutas, y fueron destruídos por furiosas tempestades y convertidos algunos en monos. Cada uno de esos soles duró 23 años, y terminado el cuarto surgió el Sol que nos alumbra.

Como dijimos hay muchas variantes respecto a esa leyenda, en cuanto al nombre y duración de cada Sol, y en cuanto al orden en que se verificaron. Según el *Códice de Chimalpopoca* el primero fué el *Atonatiuh;* el segundo el *Ocelotonatiuh*, que corresponde al tercero de Olmos; el tercero, el *Quiauhtonatiuh*, que corresponde al segundo de Olmos, y el cuarto el *Ehecatonatiuh*.

147.—El dios *Camaxtli* de los pipiles, su deidad principal, lo asimilan algunos con el terrible Huitzilopochtli de los aztecas, el más sanguinario de sus dioses. Su nombre, por lo menos, no lo recomienda mucho: se compone de dos raíces quichés, y del subfijo *tli*, característico de los vocablos nahoas. Dichas raíces son: *cam* = «morir», raíz de *camizah* = «matar», y *atz* = «traidor».—En nuestras leyendas indígenas, tal como las ha recogido y refiere D. Juan J. Lainez, es llamado *Camascatl*.

Había una complicada serie de jerarquías divinas, desde el innominado y todopoderoso *Teotl*, hasta los humildes penates y otros diosecillos lares, titulados en conjunto *Tepitoton*, o «dioses chicos».

El oidor García del Palacio, en su importante carta-informe, consignó varios detalles de sumo interés al respecto de que ahora tratamos, y aunque estos detalles se refieren directamente al templo de *Mictlan,* como éste se encontraba, según dijimos oportunamente, en la región pipil, creemos que lo que dice ese escritor puede hacerse extensivo a toda esa región, y así lo han entendido antes que nosotros otros expositores.

Según el señor García del Palacio, nuestros aborígenes tenían dos deidades principales: Quetzalcoatl, que lo representaban en figura de hombre e *Itzcueye*, en figura de mujer.

148.—El cuerpo de los sacerdotes o *tlamacazque* (sing. *tlamacazqui)* era sumamente respetado y ejercía múltiples y elevadas funciones. Según dicho cronista, «allende del cacique y señor natural, tenían un *Papa*, que llamaban *Tecti*, el cual se vestía de una ropa larga azul, y traía en la cabeza una diadema y a veces mitra, labrada de diferentes colores, y en los cabos de ella, un manojo de plumas muy buenas, de unos pájaros que hay en esta tierra, que llaman *quetzales*; traía de ordinario un báculo en la mano, a manera de obispo, y a éste obedecían todos en lo que tocaba a las cosas espirituales. Después de éste, tenía el segundo lugar en el sacerdocio otro que llamaba el *Tehua-Matlini*, que era el mayor hechicero y letrado en sus libros y artes, y el que declaraba los agüeros y hacía sus pronósticos. Había, allende destos, cuatro sacerdotes que llamaban *Teupixqui* (169), vestidos de diferentes colores y de ropas hasta los pies, y eran negros, colorados, verdes y amarillos, y éstos eran los del consejo de las cosas de sus cerimonias, y los que asistían a todas las supersticiones y boberías de su gentilidad. Había también un mayordomo, que tenía cuidado de guardar las joyas y preseas de sus sacrificios, y el que abría y sacaba los corazones a los sacrificados, e hacía las demás

---

(169) A estos sacerdotes daban títulos altamente reverenciales: los denominaban *Tlateochihualli* [*teopixqui*. El epiteto que precede al sustantivo equivale a «bendito, consagrado». Se compone de *tla*, partícula que equivale a «algo», o al nombre genérico «cosa»; de *teotl*, «dios», o de *teoyotl*, «cosa divina», y de *chihualli*, «hecho», derivado de *chihua nitla*, «hacer algo»: así es que puede traducirse por «cosa hecha para Dios». *Teopixqui*, «guardador de Dios», se compone de *teôtl*, «Dios», y de *pixqui*, aféresis de *Tlapixqui*, «guardador de algo»—También solían llamarlos *Notlazomahuiz-teopixcatatzin,* o sea «sacerdote venerable a quien amo como a mi padre».

cosas personales que eran necesarias. Sin los dichos había otros, que tenían trompetas e instrumentos de su gentilidad, para conocer y llamar la gente a los sacrificios que habían de hacer».

El término *Papa* (o *Papahuaqui)* con que se designaba al sacerdote principal en la región pipil, es muy digno de atención. Según parece, era vocablo también de uso corriente en Tlaxcala. Algunos creen que esa palabra ha de haber sido introducida en Méjico por algún o algunos de los normandos que llegaron a las costas de la América del Norte hacia el siglo X, y que por algún acaso vino o vinieron a dar un poco más al Sur. Ese o esos individuos se supone descendían de los irlandeses que, según la Saga de Olaf Triyggvason y el Landnámabok, descubrieron la Islandia en 795, los cuales colonos irlandeses tenían el nombre de *Papæ* o *Papar*, «hombres del Occidente que profesan la religión cristiana». (Vigfusson en su *Icelandic-English dictionary*, Cambridge, 1875, *sub voce* «*Papi*» traduce el término *papar* por «*monks of the west*».)

Otros opinan que dicho nombre fué dado a los sacerdotes indígenas por los españoles, debido a un *mal entendu:* preguntaron éstos a los indios por qué los sacerdotes llevaban el pelo largo, y los indios les contestaron «*papa*», que significa «cabello», y los españoles creyeron que les querían decir que así se titulaban esos funcionarios. Yo creo que el vocablo de que tratamos se deriva de *papatli* = «cabellos enhetrados», según el vocabulario de Molina, y que la costumbre de usarlos así los *papaces* (plural muy usado en la Recordación Florida) ha de tener relación con las antiguas leyendas relativas a Quetzalcoatl, que se dice gastaba hermosa melena y luenga barba.

Después los cronistas evitaron el empleo de ese término, por su homonimia con el título del Pontífice de la Iglesia romana.

149. — Según el mismo señor García del Palacio, cuando el Papa fallecía lo enterraban vestido, sentado en un banco pintado en su propia casa, y lo lloraba el pueblo, con grandes alaridos y ayunos rigurosos durante quince días. Terminadas las exequias, el cacique y el sabio elegían otro Papa, sorteando el cargo entre los cuatro teopixques, y la nueva elección se celebraba con ruidosos mitotes o bailoteos. El agraciado, por su parte, hacía un cruento sacrificio, sacándose sangre de la lengua y del miembro genital, para

ofrendarla a sus dioses. El Teopixque elevado al rango de Papa elegía a su sucesor, entre los hijos del Papa muerto, y a falta de uno de éstos, se elegía a un hijo de cualquiera de los otros sacerdotes.

Cada año hacían dos sacrificios solemnes: uno al comenzar el invierno y el otro al comenzar el verano. Esta ceremonia sólo la presenciaban el cacique y altos empleados y se hacía en el interior del templo, y los sacrificados eran niños de 6 a 12 años, «bastardos y nacidos entre ellos».

El ceremonial de los tales sacrificios era bastante complicado: tañían sus trompetas y atabales, desde temprano de la víspera del día señalado para la solemnidad, para que el pueblo se reuniese oportunamente en los contornos del templo. Cuando ya había público y a eso de las seis de la mañana, salían del *Cu* (170) los cuatro teopixques, con sendos braseritos, en los que se quemaba hule y copal, y se encaminaban a Oriente, y en un lugar apropiado se hincaba a saludar al Sol, incensariándolo y dirigiéndole preces. En seguida se dividían los teopixques, yéndose uno de ellos a cada rumbo cardinal, predicando su creencias y ritos. Terminado el sermón se metían en unas casas que habían hecho a cada rumbo, donde descansaban un rato. A continuación se dirigían a casa del Papa, que estaba próxima al *Cu*, y allí tomaban al muchacho que se iba a sacrificar, y daban con él cuatro vueltas en el patio, en paso de baile. Terminada esa danza, salía el Papa con el sabio y con el mayordomo, y subían al *Cu* con el cacique y principales, los cuales se quedaban a la puerta del adoratorio. Los teopixcas tomaban al muchacho en peso, cada uno de una mano o de un pie, y se lo llevaban al mayordomo quien le sacaba el corazón y se lo presentaba al Papa, para que lo guardara en una bolsita hecha *ad hoc*. Los teopixcas tomaban la sangre del sacrificado en cuatro *jícaras*, y bajaban uno en pos de otro al patio, y asperjaban la sangre a los cuatro rumbos, con la mano derecha, y si sobraba

---

(170) La voz *cu* o *cue* (que muchos escriben con *k*) es de origen maya y adoptada por los conquistadores para designar los templos indígenas, como sinónima de *teocalli*, *teopantli*, *teopan* (o *teupan*), que son los vocablos que para ello empleaban los aztecas. *Cu* equivale propiamente a *tetelli*, a *momoztli*, a *tzaqualli*, vocablos de que se servían los aztecas para designar sus construcciones de forma piramidal, más o menos perfecta (montículos artificiales, *tumuli*, mamblas), destinados al culto religioso. Los españoles formaron el plural *cues* y el diminutivo *cuesillos*.

Es digno de atención que en súmero *kur*=«montaña, lugar elevado», y más aún que en egipcio *khu* es el elemento *ígneo* del alma, la inteligencia, lo cual tiene evidente relación con el origen de la voz *pirámide*, derivado del griego *piramis*, «fuego», aludiendo a la forma de la llama.

alguna se la llevaban al Papa, para que la introdujese, junto con la susodicha bolsa, en el cuerpo del sacrificado, por la propia herida por donde se le había extraído el corazón, y finalmente lo inhumaban en el mismo *Cu*.

Entre las funciones más delicadas de la corporación sacerdotal era averiguar, por medio de sortilegios, si convenía o no llevar la guerra a algún pueblo vecino o si había peligro de que atacasen al pueblo en que ellos servían. En caso de afirmativa, se lo notificaban al cacique, para que saliese al encuentro del enemigo. Si se obtenía victoria, lo comunicaban inmediatamente al Papa, para que determinara a cuál de las dos deidades principales se debía hacer sacrificios, en acción de gracias. Si era a Quetzalcoatl, duraba el mitote quince días; si era a Ytzqueye, sólo cinco, y en ambos casos se sacrificaba cada día uno de los cautivos. El sacrificio se hacía así: reunidos los soldados que habían asistido al combate que se celebraba, se organizaba una danza, con sus respectivos cantos, llevando a la víctima adornada con plumas y chalchihuites en los pies y manos y sartas de cacao en el cuello. La comitiva se dirigía al templo, donde el Papa recibía solemnemente a los asistentes, y en el patio del templo, en la piedra para ello destinada, el mayordomo inmolaba a la víctima, sacándole el corazón, arrojándolo sucesivamente hacia cada uno de los cuatro rumbos cardinales, y por último lo arrojaba en medio del patio, a presencia de todo el pueblo, diciendo solemnemente: «Toma, Dios, el premio de esta victoria.»

150. — Los templos pipiles eran simples casucas de madera, o techadas con paja, construidas en la parte superior de unas pirámides de mediana altura: la parte delantera era el patio, donde estaba la piedra de los sacrificios, o *techcatl*, y otras construcciones anexas.

Las flores naturales eran el principal adorno con que se engalanaban los templos los días festivos, y las ceremonias del culto corriente se reducían a quemar hule y copal ante los altares y a ejecutar ciertos bailes en honor de los dioses, a los cuales se ofrendaban frutas y flores y a las veces se inmolaban animales y también se hacían sacrificios humanos.

Los días festivos eran numerosos, pues además de las dos deidades principales Quetzalcoatl e Ytzqueye, el panteón nahoa contaba centenares de dioses más o menos prominentes.

Los cronistas hablan en sus respectivas relaciones de gran número de reminiscencias cristianas que, según ellos, ofrecían las prácticas religiosas de los indios (adoración de la cruz, bautismo, confesión auricular y pública etc. etc.); mas la crítica moderna ha declarado que las analogías señaladas son por lo general «traídas por los cabellos", y las similitudes concluídas puramente ilusorias.

Lo verdaderamente detestable en nuestros indios era su canibalismo so pretexto religioso. Si el sacrificado era prisionero de guerra recogía el cadáver, el que lo había aprehendido, y llevábalo con sus parientes y amigos para guisarlo convenientemente y celebrar al siguiente día una fiesta, en que se lo comían: igual derecho tenía el dueño del esclavo sacrificado.

Vanos esfuerzos han hecho varios indianófilos para palidecer y excusar esas repugnantísimas prácticas.

151.—El templo de *Mita (Mictlán)* era el más famoso de la región pipil: a ese santuario acudían en romería los cuzcatlecos y otros muchos indios de las comarcas vecinas. Estaba situado en tierras del antiguo reino de Payaquí, ya integrantes de la región pipil en la época de la conquista, a 12 kilómetros al Oeste de la Laguna de Güija, paraje perteneciente hoy a Guatemala. Es probable haya sido construído por los maya-quichés que llegaron a estos países a principios de la era cristiana, o por los toltecas venidos el siglo XII.

La homonimia con el templo de Lyobaa en el Tzapotecapan prehispano (Oajaca), hace pensar que la construcción de esos dos templos fué inspirada por el mismo dogma religioso, sin duda relacionado con el culto de los muertos, a juzgar por la etimología del nombre.

La interpretación vulgar de dicho vocablo, como equivalente a *Infierno*, en el sentido que los cristianos dan a esa palabra, es absolutamente inadmisible.—*Mictlán* se deriva de *mic-qui*=«difunto», y de la terminación locativa *tlán;* significa, pues, «estancia o paradero de los muertos.»

El pueblo refería una leyenda respecto al origen de ese templo: según ella un anciano venerable salió de la laguna de Güija, acompañado de una joven de singular belleza, vestidos ambos de largas túnicas azules. Habiéndose separado, el viejo fué a sentarse en una piedra que estaba en la cumbre de un cerro y dispuso que allí se erigiera un gran templo, al que se dió el nombre de Mictlán, y se consagró a Quetzalcoatl.

Y, a propósito de leyendas *lacustres*, creo oportuno recordar que el abate Brasseur de Bourbourg refiere otra relativa al templo que tenía la diosa *Xochiquetzal* en Ilopango: según ese docto y ocurrente escritor, anualmente, en la época en que está para sazonar el maíz, se hacía a esa deidad un sacrificio de cuatro jóvenes doncellas, de lo más granado del país, las cuales, coronadas de flores, eran conducidas al lago de Ilopango, donde las arrojaban desde unas altas peñas, previa una alocución sobre la bienaventuranza eterna y encarecimiento de que intercedieran por el pueblo ante la divinidad. Y en seguida cuenta que poco tiempo antes de nuestra conquista, cuando ya corría el rumor de la llegada de los españoles, por estas tierras, una de las jóvenes que iban a ser sacrificadas logró escaparse manifestando resueltamente que en vez de interceder en favor del pueblo, iba a demandar su pronta ruina, y que lo hizo con tal elocuencia y energía, que el público espantado impidió que la arrojaran al agua.

152. — Nada, absolutamente nada se sabe respecto a las creencias religiosas de los chontales de Chaparraxtique. García del Palacio refiere que en Sesori tenían un ídolo de piedra, llamado *Icelaca*, redondo, con dos caras, como el dios Jano, y con muchos ojos, para ver el pasado y el porvenir. Tenía untadas ambas caras con sangre y le sacrificaban venados, gallináceas, conejos, chile, chian etc. etc.

El vocablo *Icelaca* parece derivado del quiché *itzelah*= «hacer daño», cuya raíz es *itz*=«hechicero», que también es la raíz principal del nombre *Itzqueye*, la diosa predilecta de los pipiles.

153. — Los ritos funerarios variaban muchísimo según la condición social del difunto, la época y circunstancias de su muerte. El método generalmente empleado era el de la cremación, y se creía que el alma del individuo se iba al mundo subterráneo, al *Mictlán*, residencia de *Mictlantecuhtli* y de *Mictlancihuatl;* los ahogados, los que morían de lepra, de sífilis o de cualquier enfermedad cutánea, reputadas impuras, eran inhumados, e iban al *Tlalocan*, otro infierno, gobernado por Tlaloc; en fin, los guerreros que morían en el combate o que eran sacrificados, lo mismo que las mujeres muertas de parto, eran divinizadas, iban a habitar el cielo del zenit, mansión del Sol.

154. — De todas las supersticiones de nuestros indios sin duda la más curiosa es la conocida con el nombre de *nagualismo*.

El abate Brasseur de Bourbourg ha dado una detallada explicación del origen de la voz *nahualli*, "secreto, cosa misteriosa, oculta" (171) y de cómo ese vocablo vino a servir para designar cierta clase de brujería, a la vez que a la raza que llamamos "nahoa." Por mi parte me concreto a llamar la atención a que la raíz primitiva de ese término parece ser el monosílabo quiché *na*="astuto, experto, sabio", raíz de *naual*="brujo"

En concepto de M. Beuchat, el nahualismo es una forma *sui generis* de totemismo.

El *náhuatl* o *nahual* era, por una parte, un hechicero, un hombre dado a las prácticas diabólicas de la magia, el cual tenía, entre otros muchos poderes, el de convertirse en animal, y por otra, era un animal de creación satánica, que servía de amparo y *mascota* a los indios.

En el primer sentido nos dice el P. José Antonio Gay en su *Historia de Oaxaca*: "Regularmente el *náhuatl* comenzaba por dirigir torvas miradas que llenaban de consternación y de espanto a la multitud que imaginaba el cúmulo de desgracias que seguiría a tan fatídico anuncio. Luego, en el suelo o en algún muro cualquiera, con groseros trazos, el *náhuatl* delineaba los perfiles del rostro de aquel a quien deseaba perjudicar y en el lugar correspondiente a las sienes, fijaba una espina: en el mismo instante la persona representada sentía un intenso dolor de cabeza, que no se calmaba sino hasta que el brujo lo curaba con conjuros y ensalmos.

Esta clase de brujos estaban divididos en varias especialidades: había *tecotzquani* o "comedores de pantorrillas"; *teyolloquani* o "comedores de corazones", *tecochtlazqué* o "dormidores"; *temacpalitotiqué* o "danzantes con los muertos"; los *tlatlatecolo*, u "hombres-buhos" que difundían las enfermedades; etc. etc.

Para ponerse a salvo de los maleficios de esos entes malévolos se ponía en la puerta de la casa una vasija con agua, conteniendo, además, una placa de obsidiana: eso bastaba para que «no entrase el mal.»

Respecto a la otra clase de nahualismo, dice el señor Milla: «el indio que tenía que elegir nahual, que traducen por compañero, o guardián, se iba a un lugar escondido en un monte, junto a un río, o a algún cerro solitario, e

(171). *Cartas para servir de introducción a la historia primitiva de las naciones civilizadas de la América septentrional*, México, 1851. Edición de M. Murguía, en francés y en español.

invocando con lágrimas a los objetos que lo rodeaban, pedía a los demonios le concediesen lo que sus padres habían poseído. Sacrificaba un perro o alguna ave y se dormía, impresionado por lo agreste de la localidad y por las ceremonias mismas que acababa de practicar. Entonces, agregan, veía en sueños algunos de los animales cuya forma solía tomar el enemigo de las almas, apareciéndosele bajo la figura de león, tigre, coyote, lagarto, culebra o pájaro. El indio le pedía abundancia de los objetos que entre ellos constituían la riqueza, y el animal, acogiendo la súplica, le hablaba en estos términos: *Tal dia irás a cazar; el primer animal que vieres seré yo, y me tendrás por compañero y nahual en todo tiempo.* Con esto dicen aquellos crédulos escritores (los antiguos cronistas) se establecía de tal modo la amistad y la unión entre el indio y su nahual, que cuando moría éste, dejaba de existir aquél. Tanta fe abrigaban en eso del nagualismo, que creian que el que no tenía nagual no podía ser rico.»

Eran, pues, dos formas distintas de una misma superstición.

Lo curioso del caso es que los españoles creyeron en la realidad de tales maravillas, atribuyéndolas, por supuesto, al demonio.

Según M. Beuchat los mágicos aztecas empleaban la sugestión *teixcuepaliztli* (=«cambio de faz»), y había entre ellos magnetizadores, *tetlacuicuiliqui*, que tenían fama como curanderos de ciertas enfermedades, o como descubridores de los ladrones y paradero de las cosas robadas.

Por punto general, los médicos, los barqueros, los saltimbanquis, los titiriteros etc. etc., eran tenidos por mágicos. Adivinos había de varias clases, según el procedimiento que empleaban: unos lo hacían arrojando cierto número de granos de maíz o de frijoles, *tlaolchalyauhqui*, *tzompanquahuitl;* otros por medio de unas cuerdas con nudos, *mecatlapouhqui;* otros por medio del agua, *atlan teitlani* etc. etc.

Otra curiosa superstición de nuestros indios es la relativa al *cuyancúatl*, que es una serpiente que gruñe como un jabalí, y tiene la particularidad de anunciar los cambios de estación y las catástrofes. En este último caso no gruñe, sino que da agudos gritos. Las impropiamente llamadas *caniculas* entre nosotros, las anuncia el cuyancúatl. (J. J. Laínez, *op. laud.*)

La distinción de los días en *fastos*, *nefastos* e *indiferentes*, es decir, más o menos propicios para ejecutar deter-

minados actos, es una superstición verdaderamente mundial, pues todos los pueblos participan de ella; mas hay ciertas particularidades que llaman la atención. Así entre los nahoas, el día noveno de cada trecena del *tonalamatl*, especialmente de la décima octava, era considerado como eminentemente favorable para metamorfosearse en bruto y cometer así cualquier diablura, lo cual desde luego trae a la memoria el *nona fugae melior* de Virgilio, si bien éste advierte que aunque sea buen día para escaparse de la casa, no lo es para hurtos y pendencias.

En cuanto a la *Ciguanaba*, al *Duende*, al *Justo Juez de la noche*, al *Zipite* (o *Zipitillo* o *Zizipite*), al *Gritón*, y otras abusiones populares por el estilo, omito hablar de ellas porque no consta remonten a la época precolombina.

CAPITULO OCTAVO.

Monumentos arqueológicos de El Salvador.

155.—El territorio de El Salvador es riquísimo de restos arqueológicos de la época precolombina, mas no existen monumentos grandiosos, como los de Palenque, Copán, Quiriguá y otras célebres ruinas de la región maya-quiché. Los arqueólogos que han visitado Centro-América, tales como Stephens, Catherwood, Maudsley, Charnay etc. etc., poco o nada han dicho respecto a nuestras antigüedades. El docto alemán don Carlos Sapper ha estado dos o tres veces en esta República, mas casi sólo se ha ocupado de cuestiones geológicas y algunas pocas investigaciones lingüísticas. Hace pocos años vino el Dr. W. Lehmann, de Munich, quien ha publicado interesantes estudios respecto a la etnografía de nuestras razas indígenas, y entre ellos algunos relativos a Arqueología. En cuanto al Conde de Perigny, autor de un librito sobre Centro-América, no hizo ningún estudio formal de nuestras antigüedades. Ultimamente ha estado por acá el señor don Pablo Henning, colector de restos arqueológicos para el Museo de Méjico, mas no tuvo ocasión de visitar los monumentos precolombinos existentes en El Salvador. Las pocas personas del país aficionadas a ese género de estudios no han estado en condiciones de poder efectuar exploraciones formales: han sido simples visitantes. Coleccionistas de idolitos, vasos, ollas y otros *tapalcates* hay unos cuantos, mas ninguno de ellos ha hecho un estudio científico de esos objetos, ni existe ninguna colección sistemáticamente arreglada.

Los objetos arcaicos encontrados en El Salvador se pueden distribuír, según la región en que han sido hallados, en seis grupos: *jincas*, *pocomanes*, *pipiles*, *chortíes*, *chontales*

y lencas; mas esta clasificación puramente geográfica no basta; es necesario clasificarlos también etnográfica y objetivamente. Para lo primero deben formarse siete grupos: *amerindas, proto-nahoas, maya-quichés, toltecas, pipiles, posteriores* a *la conquista* y *de origen desconocido.* Esa es la parte verdaderamente difícil, que exige mucho estudio y sagacidad y que rarísima vez permite aseveraciones categóricas.

En cuanto a la objetiva hay excelentes modelos que seguir: los objetos se distribuyen en destinados al culto, armas, utensilios domésticos, instrumentos de labranza, prendas para uso personal, instrumentos musicales etc. etc. Ciertos objetos (los más toscos) basta clasificarlos conforme a la nomenclatura usada para los "de arte primitivo".

La cuestión batallona es la definición de los *estilos*, y la distinción de los *motivos.* El de Quetzalcoatl, por ejemplo, se presenta bajo mil formas diversas, que sin embargo corresponden en último análisis a una misma leyenda original, de la cual el ojo experto descubre el rasgo característico en cada caso particular.

156.—De todos nuestros monumentos arqueológicos el que más me ha llamado la atención es la *Gruta de Corinto,* en el territorio ocupado por los lencas de El Salvador, precisamente en el centro de la región donde se hablaba y aun se habla el dialecto denominado «chontal de Matagalpa», según resulta de las investigaciones de los señores Sapper y Lehmann. (V. la nota 67.)

Corinto es uno de los pueblos del departamento de Morazán: está situado cerca de la línea divisoria con el de La Unión, y separado de Honduras por el río Torola, que por ese lado sirve de frontera. Ocupa el lugar de la antigua hacienda del «Espíritu Santo de la Cueva», y cuando en 1888 fue erigido el pueblo recibió su actual e histórico nombre, a propuesta, según dicen, del P. Cruz.

A fines de 1888 visité por primera vez esa preciosa reliquia y poco tiempo después publiqué en *Los Debates* (abril 6 de 1889) una descripción algo detallada de él, que más tarde amplifiqué en *La Quincena* (1º de agosto de 1905.)

Como a doce kilómetros del pueblo, hacia el N., está la cueva: su entrada, que mira al E., está constituída por un inmenso arco natural de 25 metros de altura en su parte media, por 50 metros de base. Está vaciada en una roca, en forma de huso esférico, siendo sumamente clara. La cara

interna de la bóveda, que es de piedra, está cubierta de innumerables inscripciones, de distintas formas, pintadas con una sustancia roja, la mayor parte de ellas, y a una altura, en tal número y de tal tamaño, que no cabe sospechar sean obra de uno o más ociosos. El tiempo y sobre todo la incuria han borrado más o menos completamente algunas de esas inscripciones. De las que se conservan en mejor estado citaré una que representa un hombre alto y desnudo, parado, haciendo arco con las piernas. Hay gran número de figuritas apareadas, cogidas de las manos, y muchísimas manos aisladas, de tamaño poco mayor del natural, pintadas de varios colores (unas coloradas, otras azules, otras amarillas, etc., etc.) También se ven otras figuras, que parecen geroglíficos. Vese asimismo otra figura, medio borrada, que representa un hombre con resplandor y otro adorándolo.

Esas numerosas *manos* de la Gruta de Corinto constituyen por sí solas un curiosísimo monumento petrográfico de muy alta significación. La mayor parte de ellas están extendidas y con los dedos separados y hacia arriba. Dos o tres de dichas manos me parecieron haciendo higa, bastante exagerada, en cuanto al tamaño exterior del pulgar.

Sabido es que la mano era en la escritura acrofónica de los antiguos egipcios el signo correspondiente al sonido de nuestra T, como inicial de *Tot*, nombre de esa parte del cuerpo (Brugsch, *Ueber Bildung und Entwickelung der Schrift*, Berlín, 1866.) Ahora bien, *Tot*, o *Thot*, es el más conocido de los dioses egipcios, y la letra T *(tau)* es un signo misterioso que se encuentra grabado en la mayoría de los antiguos monumentos del valle del Nilo, en las manos de los dioses, en el pecho de las momias, etc., etc.

Ahora bien, el egipcio *tot* corresponde al hebreo *teth*, nombre de la novena letra del alfabeto judaico. Eusebio *(Praeparatio evangelica*, lib. X, cap. V) y San Jerónimo *(Epist. ad Paulam. De alphabeto hebraico)* atribuyen a ese vocablo la significación de «bueno.» García Blanco *(Anal. de la escrit. y lengua hebrea)* pretende que quiere decir «lodo», y el Dr. Barzilay *(Ideografía semítica)* la hace derivar de un verbo equivalente a «replegarse o enroscarse.» Esta última interpretación corresponde con la que enseña Gesenio en su *Thesaurus philol. criticus* respecto a la significación del *signo* de dicha letra, cuyo nombre significa «serpiente.»

Y, en efecto, según observa el Dr. Marzolo *(Brevissimo sunto della storia dell' origine dei caratteri alfabetici)* la figu-

ra de la letra hebrea *thet* en los alfabetos semíticos es la de una serpiente, representada, como dice él, «nell atto di erigersi e di procedere.» Grabada así corresponde, lo mismo que la mano en el sistema de geroglíficos fonéticos egipcios, al sonido de nuestra T, que también es la inicial del vocablo *Teotl* de la lengua náhuatl.

«La *mano*, dice el Dr. José A. Alvarez de Peralta en su *Iconografía simbólica de los alfabetos fenicio y hebraico* (Madrid, 1898) era símbolo muy principal en los Misterios de la remota edad: tenía escritas en dos dedos siete letras y, en esta forma significaba:

a) la *Musa (=*la *Harmonía de todas las enseñanzas),*

b) el *No Probado* (=el *No sometido a prueba*, el *Profano*, el *Amistos*, el *iniciado)*, y

c) el *Hado* (=el *Misterio*, lo *Insondable.)*»

Esa *mano harmónica* era también, según ese autor, el símbolo de la *Virtud teúrgica* y de sus maravillosos efectos. De aquí las numerosas locuciones en las cuales figura el término «mano» para expresar los conceptos de «salud inspiración divina, castigo de Dios», etc., etc., conservadas en el Antiguo y en el Nuevo Testamiento. (V.: II Reyes, v., 11; Act., III, 6-7; VI, 5-6; IX, 12-17; Ezeq., I, 3, XI, 9; Deut., XXXIV, 9; II Cron., XXX, 12; Isaías I, 25, etc., etc.)

Corruptela de esas doctrinas son los delirios de la quiromancia, tan en boga hoy entre ciertas gentes.

Una mano aislada, dice el señor Alvarez de Peralta, saliendo de una nube era símbolo entre los primitivos cristianos de Dios Omnipotente, Creador del Universo: *Digitus Dei intelligitur Dei Potentia per quam afficitur creatio coeli et terrae*, enseña San Clemente en el libro sexto de sus *Stromata.*

Algunos teólogos medioevales opinaron que la mano de Dios es su hijo (el Verbo), por quien todas las cosas fueron hechas.

«Nada es más natural que la expresión figurativa de la idea de *hacer*, por medio de la imagen de la mano, que es el miembro hacedor por excelencia», dice el señor don Daniel Barros Grez, en un precioso estudio sobre el pilar esculpido del subterráneo de Chavin (172), en el cual está representada, según él, entre otras cosas, la *Triada* incásica, de la cual forma parte «el poder creador o hacedor», figu-

(172) Chavin de Huantar, ó San Pedro Chavin, es capital del distrito del mismo nombre en la provincia de Huarí, del departamento de Ancach, Perú.

rando en ese monumento por medio de una *mano*, que, con el brazo respectivo, parece unir a las tres personas en una sola entidad creadora (173)

La íntima relación, agrega el señor Barros Grez, por vía de nota, entre la idea de *mano* y la de *hacer*, aparece especialmente en la formación de algunos vocablos de ciertas lenguas. El sánscrito, que es tal vez la lengua más lógica en formación y derivación de las voces, tiene dos vocablos para denominar la mano: el primero es *hastas*, derivado del verbo *his*, «golpear», y el segundo, *karas*, del verbo *kar*, «hacer». Aquel nombre hace ver que la mano es la que golpea, aporrea, etc., y éste pone de manfiesto la *mano hacedora*. Además, el mismo nombre *Karas* significa también «el que hace». De aquí es que el griego tenga *jeir* «mano», y que esta misma combinación radical figure en la composición de voces cuyo significado alude a la idea de *hacer*, tales como éstas: *epi-jeireo*, «comenzar a hacer», *epi-jeirema*, «empresa»; etc. etc. El latín tiene el arcaico *hir (jir)*, que significó «mano», y después «palma de la mano», y *gerere*, «hacer»; *germen*, *cerus*, *creare*, y otros de la misma procedencia. La voz *manus* es la raíz de muchas voces que entrañan la misma idea de *hacer*, como éstas: mudar, manifestar, manejar, maniobrar, manipular, menear, mantener, ...

Don Enrique Camacho en su notable obra titulada *América a través de los siglos* (de la cual se publicaron solamente los dos primeros tomos y una parte del tercero), hablando de la religión de los antiguos mayas, dice: «se le edificó un segundo templo, tan suntuoso como el primero, donde se adoraba a Zamná bajo el nombre de *Kab-ul*, o «la mano que opera y obra». En efecto, una mano era la imagen, la forma bajo la cual fué presentado el legislador a los ojos del pueblo; mano mirada por todos como el talismán más precioso contra todos los males, contra todas las dolencias; mano que tocada por los enfermos que llenos de confianza concurrían al templo de Izamal, curaba indefectiblemente; mano, finalmente, que fué reproducida en miles de lugares».

El Ser Supremo está designado en el *Popol Vuh*, como dijimos en el número 95, con el nombre de *Qabauil*. Ahora

(173) La segunda persona de la Triada es *Viracocha*, o el Sol, y la tercera Mama Cocha, que complementada con Mama Pacha, constituye la Madre Tierra.

bien, este vocablo se compone de tres raíces quichés: *qab*= «mano»; *au*, por *ahau*=«poseedor de collar», vale decir «Señor, Soberano», e *il*, que a la vez significa «guardar» y «mucho, grande»; puede pues traducirse: «La mano poderosa» o «La gran mano señoril.»

Como *cab* significa también «dos», dicho nombre puede también interpretarse como alusivo a la teogonía dualista, conforme al análisis que dimos en el mismo número 95, según el cual *Qabauil* significa «los dos grandes señores» o bien «los dos señores que cuidan, o que están guardados u ocultos.»

Desiderio Charnay, en el libro que publicó con el título de *Mis descubrimientos en Méjico y en la América Central*, refiere haber encontrado unos jarrones de redonda panza que tenían sobre fondo negro una mano pintada de encarnado. "Es un recuerdo tolteca, dice, que conmemora la impresión de la mano de Hueman, su legislador, a la vez que las de esa mano misteriosa que se ve en los numerosos palacios yucatecos, impresiones que también se han observado en los monumentos de ciertas tribus de la América del Norte."

Según Yxtlilxochitl, *Hueman* era nombre de Quetzalcoatl, y luego agrega: "dicen unos que le pusieron este nombre de Hueman porque imprimió y estampó sobre una peña sus manos como si fuese en cera muy blanda, en testimonio que se cumplirá todo lo que les dejó dicho: otros quieren decir que significa el de la mano grande y poderosa."

Mr. Augusto Le Plongeon, que, como es sabido, tuvo la chifladura de sostener que los maya-quichés establecieron ritos y ceremonias masónicos mucho antes de los tiempos de Salomón, aduce, entre otras pruebas de esa tesis, en su tratado sobre los *Sacred Mysteries among the mayas and the quichés* el allazgo de un fragmento de estatua, en Uxmal, que representaba un personaje que llevaba sobre el traje un mandil con una mano extendida.

Como se ve hay muchos cabos que atar para hacer un estudio concienzudo de la Gruta de Corinto, el más curioso de nuestros monumentos petrográficos, verdadera joya arqueológica.

157. — Siguen en importancia intrínseca las ruinas de *Tehuacán*, de que ya hemos hablado en las páginas anteriores.

Están ubicadas en la falda oriental del Chichontepeque, entre la ciudad de San Vicente y la población de Tecoluca, en tierras pertenecientes a la hacienda de *Opico*, hoy propiedad

del doctor don Nicolás Angulo. Como dijimos en la nota 104, Tehuacán era la metrópoli de nuestra región *nonualca*, y fué fundada por los primeros maya-quichés que llegaron por acá, entre el territorio que después ocuparon los pipiles, y el de los chontales de Chaparraxtique, de la misma raza que los tehuacanes.

Squier y Bancroft visitaron esas ruinas a mediados del siglo pasado; mas la primera descripción detallada de ellas es la que publicó el doctor don Darío González, que las estudió en 1891.

Según sus cálculos ocupan una superficie de unos tres kilómetros cuadrados, de los cuales corresponden cerca de medio kilómetro cuadrado a la parte central, donde estaba el asiento prnicipal de la población. La altura media del terreno es de 460 metros sobre el nivel del mar.

Encuéntranse los restos de una serie de terraplenes rectangulares, escalonados de N. a S., con murallas de piedra, que desde luego sugieren la idea de inmensas graderías, y de que aquello era una plaza fuerte a la usanza indígena. Muchas calles, bastante bien empedradas, se hallan todavía en buen estado de conservación.

En la parte central se hallan unos rectángulos de piedra canteada, que se supone son los cimientos de los edificios que ocupaba la aristocracia de Tehuacán. El más notable de esos restos es una loma artificial que mide 60 metros de N. a S. por 35 metros de E. a W., y que tal vez era la base del templo mayor. (174)

Al S. de un lugar que parece haber sido la plaza hay una pirámide truncada de base rectangular, de 65 m. de E. a W., por 40 m. de N. a S., y que aun mide unos 20 m. de altura. Sus flancos han de haber sido graderías de piedra canteada, a juzgar por la apariencia que presenta y se cree que en su cima había un templo, como en la generalidad de los *cues* de nuestros indios.

Por todos lados se encuentran restos de piedra labrada, que indican que la población era grande y bien construída.

Se han recogido allí una multitud de objetos antiguos, de piedra y de barro, muy semejantes a los que se recogen en Méjico. Bancroft habla de una piedra labrada, de ocho pies ingleses de largo por cuatro de ancho, de estilo mejica-

(174) Ese local sirve hoy de cementerio del caserío denominado «*León de piedra*», por haberse encontrado allí, hace algunos años, la escultura de un león, según refieren personas fidedignas.

no, y que supone él representaba a un príncipe o algún gran guerrero. El doctor González encontró también una gran piedra de forma irregular, con dos círculos en relieve, el uno como de 90 y el otro como de 10 centímetros de diámetro, por lo que supone que esa piedra ha de haber estado consagrada al Sol y a la Luna.

Llamo la atención de los arqueólogos respecto al nombre que conserva el paraje en que están esas ruinas: *Opico.* El Dr. don Antonio Peñafiel en su *Nomenclatura geográfica mexicana* dice respecto a ese vocablo: "Alteración fonética de la palabra mexicana *Yopi-co,* que literalmente quiere decir "lugar en que se arrancan corazones:" de *co,* lugar; *pi,* arrancar, y *yollot* o *yullotl,* corazón. Y adelante agrega: "*Yopi-co,* del mexicano; lugar de *Yopi,* o *Xipe* o *Totec,* el señor espantoso y terrible que pone temor; se le representaba vestido con una piel humana desollada de un sacrificado."

Probablemente ese era el *Patrón* de Tehuacán y por eso conservó su nombre, como acontece ahora respecto a muchos pueblos. (175)

158.—De la ciudad de *Chaparraxtique,* capital del territorio del mismo nombre, nada nos dicen los cronistas del siglo XVI, mas existen de ella abundantes restos en las cercanías de San Miguel, especialmente a unos dos kilómetros hacia el N.—El doctor don Antonio Cevallos los estudió con cuidado y publicó una interesante descripción de ellos. "Según sus vestigios escombrados, dice, se comprende que fué una población indiana de importancia. Así lo vimos escrito en un documento antiguo del incendiado archivo municipal de San Miguel; y nosotros, situados en aquel lugar, hemos reconocido las señales de sus antiguas plazas, calles y templos, surcados en la actualidad por el arado del labrador migueleño."

A la misma zona arqueológica pertenecen las ruinas de la ciudad de *Quelepa,* de que trató el doctor don Atilio Pecorini en una notable conferencia que leyó en el Salón de la Sociedad de Americanistas, en París, el 7 de diciembre de 1912.

Quelepa es una antigua población de indígenas, situada a ocho kilómetros al Occidente de San Miguel, sobre las faldas del volcán del nombre de esa ciudad. De la descrip-

---

(175) H. H. Bancroft da al Chichontepeque el nombre de «Volcán de Opico», en el cap. III del tomo IV de su gran obra sobre *The Native Races of the Pacific States.*

ción del doctor Pecorini se deduce que es una region que promete muchas sorpresas al explorador que busque con arte y empeño las huellas del pasado. Hasta ahora los hallazgos se reducen a dos piedras de sacrificios, a unas cuantas calzadas, a numerosos *tumuli* y a diversos objetos de barro y de piedra, y a otros indicios que justifican la hipótesis de que allí existió una gran ciudad en los tiempos prehistóricos.

159.—Oportunamente mencioné la ciudad de *Güijar*, que se dice existió a orillas de la laguna de ese nombre. Esta fué formada por el hundimiento de un gran volcán, de cuyas antiguas erupciones hay numerosos vestigios en las cercanías de la laguna, la cual tomó el nombre de la principal de las poblaciones riberanas, *Güijar*, convertido después en *Güija*. Posteriormente se levantaron allí cerca los pequeños volcanes de San Diego, Masatepeque y de La Isla, y sus lavas obstruyeron el desagüe de la laguna, cuya ubicación en aquel entonces no a sido posible fijar. En consecuencia de la obstrucción del desagüe las aguas rebosaron e inundaron las partes bajas circunvecinas, inclusive las ciudades de *Tzacualpa* y *Güijar*, de las que aun se descubren, según cuentan, algunos restos en el fondo del lago y en ciertos puntos de sus orillas.

En las faldas del volcán de San Diego y cercanas al lago, se encuentran, según varios escritores, las ruinas de *Azacualpa* o *Zacualpa*, grande y sólida construcción y aun en la isla Teotipa se han hallado vestigios de antiguos edificios.

El nombre *Zacualpa*, mejor dicho *Tzacualpa*, significa, según la *Recordación Florida* (tomo I, p. 67, de la edic. de Madrid) "pueblo viejo"; mas el licenciado Rovelo da en sus *Nombres geográficos indígenas del Estado de Morelos*, (Cuernavaca, 1897) explica de muy distinto modo y a satisfacción el origen y significación de ese vocablo. Según él se compone de *tzacualli*, "lo que tapa, oculta o encierra algo", derivado de *tzacua*, "atapar o cerrar algo" (como dice el P. Molina), y de *pan*, "en"; y literalmente significa: "En el encerradero o tapadero". Los nahoas construían montículos en forma de conos, de pirámides, de torres, etc., y los dejaban huecos, para encerrar joyas, ídolos, objetos del culto y a las veces cadáveres. A esos montículos huecos llamaban *tzacualli*.

La analogía de significado de la palabra *Güijar*, de origen quiché (V. el No. 100) con lapalabra *Tzacualpa*, me

hacen sospechar que tal vez esas dos ciudades de que habla la tradición, bastante vagamente por cierto, hayan sido una misma y sola ciudad.

160.—El doctor don Francisco Guevara Cruz, dio a conocer por la prensa hace pocos años las ruinas de otra ciudad prehistórica, existentes en el paraje de *Las Mataras*, cerca de Tejutla, es decir en nuestra región *chortí*. El doctor Guevara Cruz hizo allí algunas excavaciones y logró encontrar varios objetos curiosos.

161.—Monumentos aislados, como el *Idolo de Talpa*, (que algunos me han asegurado es puramente mítico) en el departamento de La Paz, y petroglifos curiosos, como los de Estanzuelas y Sesori, son abundantes en El Salvador; mas no han sido estudiados científicamente, ni nada puede precisarse respecto a su autenticidad e importancia.

Entre los petroglifos de nuestro país son muy mentados también el de la «*Piedra-Bruja*», cerca de Sensuntepeque, y el de la «*Piedra Pintada*», a orillas del Titihuapa, a donde, según el doctor Rodríguez, iban los indios de Apastepeque a celebrar sus sacrificios en honor de sus dioses. «Es un altar de piedra de sacrificios, a la vez. En ella están pintados pies y manos, imágenes del Sol y de la Luna e inscripciones geroglíficas» (j. J. Laínez).

En cuanto a objetos de cerámica y de piedra puede decirse que El Salvador entero es una inmensa *huaca*, pues por do quier se han recogido objetos antiguos, más o menos bien conservados. A ese respecto es muy digno de especial mención el extremo occidental de nuestro territorio, donde se encuentran la *Isla del Cajete*, en la Barra de Santiago, y la aldea de *Cara Sucia*, próxima al río de Paz. En este último punto encontró el autor de estas líneas varias interesantísimas antigüedades, entre ellas un hermosísimo disco de piedra, representativo del Sol, existente hoy en nuestro Museo.

En el No. 65 hablé ya de los monumentos que traje de la región *pokomán* (Chalchuapa) entre los que figura la célebre «Virgen de Tazumal» el mayor monolito que posee nuestro Museo.

CUARTA PARTE.

CONQUISTA DEL SEÑORÍO DE CUZCATLÁN Y FUNDACIÓN DE SAN SALVADOR.

CAPÍTULO PRIMERO.

Breves consideraciones respecto a la vida y hechos de Cristóbal Colón y a la historia del descubrimiento de América.

162.—Es ya vulgarísimo lugar común, verdad resabida y universalmente aceptada, que el descubrimiento de América es el hecho más grandioso y trascendental de los iniciales de la edad moderna; mas la historia de ese acontecimiento y la biografía del hombre que lo realizó están plagadas de vacíos y obscuridades tales, que hoy por hoy no sabe uno a qué atenerse respecto a una multitud de cuestiones y detalles relativos a ellas.

La vida y hechos de Colón ha sido objeto de numerosos y pacientes estudios, como los relativos a Copérnico, a Shakespeare, a Cervantes y a otros hombres perilustres, pudiéndose formar hoy una gran biblioteca de solo libros, folletos y artículos concernientes a esa especialidad. Basta leer la lista bibliográfica con que termina el artículo «Colón» de la *Enciclopedia Universal Ilustrada*, que están publicando los señores J. Espasa e hijo, de Barcelona, para formarse una idea de la riqueza de la literatura *columbina*, y eso que dicha lista está muy lejos de ser completa.

Se han tildado muchos de esos estudios de rayanos en pueril nimiedad, indigna de gente seria; mas en mi concepto justifican y avaloran esos trabajos la importancia del personaje a que se refieren (176); que con frecuencia, detalles, al parecer insignificantes, sirven para elucidar cuestiones de verdadera importancia; que para columbrar la *psicología* de un hombre son un precioso recurso ciertas pequeñeces, pues, como dijo Cicerón, *si acres ac diligentes judices esse volumus, magna saepe intelligemus ex parvis*, y que el conocimiento de esa psicología es indispensable para apreciar en su justo valor los hechos respectivos.

Se han exhumado incontables documentos columbinos, muchos de los cuales forman parte de la valiosa *Raccolta* que hace algunos años publicó el gobierno italiano, y cada año se hacen nuevos hallazgos, que por lo común vienen a sugerir nuevas complicaciones y dificultades.

Dichosamente, desde que el *americanismo* se constituyó como genuina especialidad, el número de sus devotos va en rápido incremento, y entre ellos ha habido y hay críticos de positivo mérito que han abordado con inteligencia y perseverancia el problema *columbino*, tales como d'Avezac, Harrise, Winsor, Markham, Fiske, Uzielli, Vignaud, Fernández Duro, Altolaguirre etc. etc., y han ido poco a poco resolviendo algunas dificultades y aclarando algunas dudas.

Por mi parte me reduciré a decir cuatro palabras respecto a unos cuantos puntos, que considero capitales respecto a la personalidad de Colón y para juzgar cumplida y justamente su obra.

163.—No ha sido posible averiguar a ciencia cierta qué año nació Cristóbal Colón. Infunden poco favorables sospechas respecto a su honorabilidad, su reserva y contradicciones a ese respecto. Ramusio y con él Navarrete, remontan a 1430 el año en que advino al mundo el descubridor de América; Peschel, por el contrario, lo ha fijado 26 años después, en 1456. Entre esos dos extremos parece, hasta hoy, lo más probable, que acaeció de septiembre a octubre de 1451, que es la fecha que mejor satisface a las condiciones del problema, según lo ha demostrado con suma erudición y sagacidad M. H. Vignaud. Esa es hoy la fecha generalmente adoptada.

(176) Fontenelle, después de dar algunos minuciosos datos respecto a las costumbres de Newton agrega: *son nom doit justifier ces petits détailes.*

Aún mas discutida ha sido su cuna: muchas ciudades y lugarejos de Italia (Génova, Pradella, Finale, Oneglia, Savona, Boggiaco, Cagoletto, Cúcaro etc. etc.) se disputan la gloria de contarlo entre sus hijos; respetables escritores han aseverado que Colón era portugués, otros pretenden que nació en Córcega (que por aquel tiempo pertenecía a España); otros dicen que era francés, y no han faltado quienes digan que era griego y aun inglés. Mas a ese respecto la novedad que está hoy en boga y que la prensa de ambos mundos ha propalado con empeño, es que resulta que Colón era español, puro, purisísimo gallego, de la ciudad de Pontevedra.

Se debe tan inesperado descubrimiento a don Celso García de la Riega, quien lo expuso detalladamente en una conferencia que dió en 1898 ante la Real Sociedad Geográfica de Madrid, apoyando sus aseveraciones con varios documentos auténticos y fidedignos (pero no concluyentes) y con diversos datos y argumentos sumamente ingeniosos y con mucha habilidad puestos en cuenta.

Aunque España ha producido muchos hombres ilustres, es innegable que el hallazgo del señor García de la Riega halagó el orgullo de los españoles, así es que no debe extrañarse haya tenido entusiastas secuaces en la península y en la América Latina, entre los cuales han descollado los doctores don José María Riguera Montero, de la Coruña, y D. Constantino Horta y Pardo, residente en la Habana, y con ellos el erudito escritor D. J. de Olmed; el doctor D. Valentín Letevier, Rector de la Universidad de Santiago de Chile; la elocuente conferencista doña Eva Canel, y otros muchos escritores, más o menos notables.

Con todo, preciso es reconocer y confesar que ninguna de las pruebas aducidas por el señor García de la Riega y sus admiradores, es bastante para prevalecer sobre el tenor literal y categórico del testamento y codicilo de Colón, otorgado en Valladolid el 19 de mayo de 1506, en el cual documento, auténtico y extendido en una hora por demás solemne para ese ilustre marino, declara éste haber nacido en la *ciudad* de Génova.

Colón tenía la chifladura de hacerse pasar por de noble origen: *encore une prétention qui ne résiste pas a la critique*, dice M. Gabriel Marcel en el Boletín de la Sociedad Geográfica de París (15 de septiembre de 1905). Fernando Colón (como es natural) y el P. las Casas hablaban de la

alta alcurnia de la familia del marino genovés. Por el contrario, varios escritores del siglo XVI y compatriotas de Colón, aseveran que era de extirpe plebeya: *vilibus ortus parentibus*, dice Giustiniani, en su *Psalterium hebraeum; da ignobili parenti*, según Salinerio, en sus *Annotationes* a Cornelio Tácito. Empero, la verdad es que su padre — Domingo Colón — era tejedor (cardador dicen algunos) de lana, y que este oficio era muy bien visto en Génova en aquel entonces. Podemos, pues, decir, que era hijo de un honrado industrial; ni plebeyo, ni aristócrata.

164. — Mucho más interesantes son las disquisiciones relativas al género y grado de ilustración que recibió. Quieren algunos entusiastas admiradores suyos que haya sido un cosmógrafo eminente, un marino tan entendido y ducho, como audaz y afortunado, un genio en el pleno sentido de la palabra. Don Benjamín Endara, por ejemplo, en un folletito que publicó en 1904 con el título de «Cristóbal Colón» (escrito en El Ecuador y editado en Friburgo de Brisgovia), llama a éste «sabio entre los sabios», y aun le otorga el título de «semidiós».

Esas exageraciones no las justifican los documentos que poseemos, según los cuales Colón, como hombre de ciencia, nunca pasó de medianía, lo cual no empece que haya tenido gran talento.

Es muy probable que en los primeros años de su vida sirvió Colón a su padre, en calidad de aprendiz. Consta por documentos auténticos, que remontan a 1472 y 1473, que por ese tiempo residía en Génova (o en Savona), dedicado a la industria de la lana, y después del 7 de agosto del segundo de esos años no se encuentra rastro alguno de él en Italia, por lo que se supone que a mediados de ese año abandonó el hogar y empezó a recorrer el Mediterráneo. (177.)

Su hijo Fernando asegura que Colón era hombre de letras. y el P. Las Casas, en un pasaje le concede que sabía latín, pero en otro agrega que lo sabía muy mal, lo cual no habla muy alto del saber de Colón, pues en aquel tiempo el conocimiento de esa lengua era absolutamente indis-

---

(177) Fernando Colón asegura que su padre empezó a navegar a los catorce años de edad, que hizo una campaña al servicio del rey René, que en 1505, tenía 40 años de navegar, que perdió catorce años en la Corte de Portugal, solicitando se le encomendase una misión de descubrimientos, etc. etc. Todos esos datos son inconciliables con la cronología que ha establecido M. Vignaud, con arreglo a documentos auténticos.

pensable para abordar el estudio de las ciencias. Según su citado hijo, Colón había hecho sus estudios en la Universidad de Pavía, mas según los modernos críticos el plantel a que asistió el futuro descubridor de América era una escuela elemental de Génova, establecida en el *Vico di Pavia,* donde los laneros ponían á sus hijos a aprender las primeras letras. Consta, además, que la posición pecuniaria de la familia de Colón, no le hubiera permitido enviar a éste a la verdadera Universidad de Pavía.

En cuanto a sus conocimientos técnicos no los abonan por cierto los errores que cometió en la determinación de la posición geográfica de La Mina, la Española, la Islandia, etc. etc., errores que en vano ha tratado de justificar M. Luigi Hughes en su tratado sobre *L'opera scientifica di Cristoforo Colombo.* (Turín, 1892.)

Sin embargo, Colón, como dice con mucho acierto el señor Altolaguirre y Duvale, "con su temperamento enérgico, su claro talento, su espíritu observador y su prolongada práctica de mareante, había adquirido, al llegar a Portugal, en 1476, aquella tenacidad en sus empeños, aquel dominio sobre sí en los críticos momentos en que peligraba su vida y la de sus compañeros, y aquella resolución firme y serena con que se lanzó a través del inexplorado Atlántico, que son y serán siempre la admiración de cuantos conozcan la larga peregrinación que realizó hasta salir adelante con la empresa y las conmovedoras notas del diario de su primer viaje." (*Cristóbal Colón y Pablo del Pozo Toscanelli,* Madrid, 1903, pp. 399-400.)

165. — El colmo del entusiasmo inconsulto respecto a Colón fué el de los que hacia mediados del siglo pasado principiaron a gestionar, con gran empeño, la *canonización* del ilustre genovés, que a la postre no consiguieron más que excitar a los críticos a que le sacasen sus trapitos al Sol, como vulgarmente se dice, y demostrasen hasta la evidencia que no fué un dechado de virtudes teologales, digno de dulia de la grey cristiana. (178)

El principal promotor de esas gestiones fué Antonio Francisco-Félix, conde Roselly de Lorgues, escritor francés, descendiente de distinguida familia italiana, quien publicó

(178) Con mucho empeño y sagacidad han tratado, los partidarios de la santidad de Colón, de probar que es falso que éste haya tenido relaciones ilícitas con doña Beatriz Enríquez de Arana, madre de don Fernando, como si no hubieran tantos Agustines y tantas Magdalenas en la Corte Celestial.

en 1843 un libro titulado *La Croix dans les deux mondes*, que constituye un elocuente panegírico de Colón, "Mensajero de Dios" y su "Enviado para extender la fe de Cristo."

El libro del conde Roselly de Lorgues fué muy bien acogido en el mundo entero y despertó vivo y general interés por rehabilitar y glorificar a Colón. Entre los entusiastas figura en primera línea el conde Mastai Ferretí, a la sazón Cardenal del título de San Pedro y San Marcelino, y cuando, tres años después, fué elevado éste a Pontífice, se apresuró a comisionar a aquél a que escribiese una extensa y documentada biografía del marino genovés, la cual apareció en 1856, con el título de *Christophe Colomb, histoire de sa vie ex de ses voyages*, en dos tomos en 8°.

Esa biografía, mejor dicho, esa leyenda mística de Colón, tuvo aun más resonancia que la anterior. En ella aduce Roselly de Lorgues variadas e ingeniosas pruebas de que cuantas faltas se han atribuido a su héroe evangélico. son calumnias forjadas por los enemigos de la religión cristiana, Robertson, Humboldt, Prescott, Irving y otros escritores protestantes y por fanáticos españoles tan ignorantes como D. Martín Fernández Navarrete y D. Juan Bautista Muñoz.

Como nunca falta una nota discordante, el entusiasmo por las aseveraciones del conde Roselly de Lorgues respecto a la santidad de Colón tuvo la suya: un canónigo genovés, Angelo Sanguineti, con ostensible apoyo del arzobispo, Monseñor Magnosco, publicó una serie de artículos y folletos contra las ideas de dicho escritor y aun contra el gran Almirante. El señor conde se vió obligado a contestar y lo hizo dando a luz un nuevo libro: *Satan contre Christophe Colomb.* (179)

Inteligente y decidido colaborador del conde Roselly de Lorgues fue el cardenal Donnet, primado de Aquitania y Arzobispo de Burdeos, quien en 1868 inició con instancia ante Pío IX la introducción, por orden excepcional, de la causa de la beatificación de Colón, suplicándole que se dignara firmar el decreto de introducción de la causa del Siervo de Dios, con las dispensas del caso, puesto que oportunamente no se formaron los debidos procesos sobre su vida y virtudes, ni es posible que se puedan formar al presente. Poco después se presentaron de diversas partes

(179) La más furibunda contestación a Rosselly de Lorgues es la publicada en Nueva York, en 1874, por Aarón Goodrich, titulada: *A History of the character and achievemens of the so-called Christopher Columbus;* un tomo en 4º (Appleton.)

del mundo cincuenta solicitudes en el mismo sentido. Más tarde se presentó al Pontífice, sobre este mismo asunto, otra postulación, firmada por 21 cardenales, 5 patriarcas y 683 arzobispos y obispos; mas por motivos que sería largo referir nada se logró por fin.

El señor conde continuó siempre impertérrito en la brecha: en 1874 publicó una nueva obra con el sugestivo título siguiente: *L'Ambassadeur de Dieu et le pape Pie IX* (180), que provocó nuevas impugnaciones del abate Sanguineti, *fidéle avocat de Satan*, como lo llama el abate Lyons, en su libro sobre C. Colón, publicado en París, en 1891.

Según los partidarios de la canonización del Almirante, poseía éste las más excelsas virtudes, en grado heroico, e hizo varios milagros, tan patentes como maravillosos. Eso de los milagros, según parece, es indispensable en asuntos de la clase del que tratamos, y que no basta con uno, pues bien sabido es que *per un miracolo non si va sull'altare.* Entre los atribuídos a Colón hay tres dignos de recordación: el de las flechas, el de la tempestad y el de la Cruz.

El primero, que es el más original, dicen que lo hizo el 24 de marzo de 1495 en la isla Española (Santo Domingo): sucedió que en un combate con los indígenas, el número de los soldados de Colón era tan exiguo, en comparación con el de los isleños, que hubiera sido imposible vencerlos si el Almirante no alcanza con sus méritos, que se realice un prodigio: las flechas de los indios se volvían contra ellos.

El segundo se refiere a una tempestad que Colón anunció al ingrato Ovando, con dos días de anticipación y sin que hubiese la menor señal o indicio de ella en el cielo, conjurándolo inútilmente no dejase partir todavía la flota, tempestad que el Angel del Señor desató puntual y terriblemente.

El tercero alude a una Cruz que Colón plantó en una colina en la misma isla Española, a vista de la llanura consagrada a la Virgen de Concepción, y a la cual Cruz iba con frecuencia el Almirante a hacer oración. Los indios trataron de destruirla, mas resistió al fuego y al hacha: quisieron después arrancarla, y entonces se presentó la Virgen en uno de los brazos de la Cruz, y los indios huyeron espantados.

(180) En 1884 se publicó una nueva edición de esa obra, con el título un tanto cambiado: *Christophe Colomb serviteur de Dieu, son apostolat, sa sainteté.*

Hoy creo que ya nadie piensa en la tal canonización: la crítica histórica ha dado la razón al abate Sanguineti. He aquí como se expresa a ese respecto M. Gabriel Marcel en el ya citado artículo: «Il serait aujourd'hui bien difficile de le béatifier. Si l'on examinait toute son existence, comme l'a fait pour sa jeunesse M. Vignaud, on serait surpris de toutes les vilaines actions qu'on recontrerait. Certainement la rébelion de Roldán, le départ de Margarit et du P. Boyle pour l'Espagne, les envois successiffs de Bobadilla et d'Ovando eurent pour cause les exactions et les cruantes sinon de Colomb et de ses fréres, de celles, au moins, qui furent commises en leur nom.»

Con todo, es innegable que Colón fue, desde el punto de vista moral, infinitamente superior a Hernán Cortés y a Pedro de Alvarado: no fue un Santo, pero sí excelentísimo sujeto, con relación a su época.

166.—He aquí su semblanza, conforme a datos fidedignos:

Era alto, bien formado, musculoso y de gentil y noble continente. Tenía el rostro largo, ni lleno ni enjuto; era blanco, pecoso y algo colorado; de nariz aguileña, altos los huesos de las mejillas; de ojos grises, claros y vivarachos; sus cabellos, que fueron rubios, blanquearon muy temprano.

Era moderado y sencillo en ropas y alimentos; de palabra fácil, afable con todo el mundo, y sumamente suave y cariñoso en el hogar. Aunque propenso a irritarse, logró dominar su carácter.

Según el cronista Esteban de Garibay, Colón fue de grande ingenio y de altos pensamientos; bien hablado, cauto y gracioso en lo ordinario; constante y sufrido; etc. etc.

Ahora para que el lector aprecie en su justo valor la magna empresa de Colón, preciso es que digamos otras cuatro palabras respecto a sus precursores.

CAPITULO SEGUNDO.

Los precursores de Colón y el origen y fundamentos de su proyecto.

167.—A fines de la edad media era muy general entre las personas leídas la arraigada creencia de que al Oeste del mundo entonces conocido existía todo un Continente. Esa tradición se fundaba en ciertos pasajes lacónicos y obscuros de los antiguos escritores y en relatos, no menos deficientes, de algunos navegantes.

Es de advertir que dicha creencia no se refería a la famosa Atlántida, de que ya hemos hablado, pues para todos era notorio que esa gran isla se había hundido mucho antes del nacimiento de Cristo. Tampoco se referían de una manera directa a los descubrimientos de los normandos en Groenlandia y costas orientales de la América boreal; mas es innegable que esos descubrimientos han de haber contribuído a mantener y fortalecer la convicción de que existía el tal Continente occidental.

Entre las tierras de ese lejano Oeste los geógrafos mencionaban unas cuantas islas, más o menos legendarias, tales como la de *Mag-Meld* (país de la eternidad), la de *San Brandan*, la del *Brazil*, la *Antilia*, la de *Roydo*, la de *Man*, la de *Satanaxio*, la *Stocafixa* etc. etc., de las cuales se contaban maravillas que hoy harían sonreír a un niño.

Más aún: se narraban viajes, con detallados incidentes, a esas misteriosas tierras occidentales, como el que, según Adam de Breme, hicieron unos cuantos nobles frisones, y como el realizado por Madoc al Owen Gwynedd, Príncipe de Gales.

De todo ello lo único verdaderamente auténtico y que reclama nuestra atención es lo relativo a los antedichos descubrimientos de los escandinavos o normandos.

De un cúmulo de documentos fehacientes, que han sido minuciosa y doctameate estudiados por una falange de sabios especialistas, resulta: que a fines del siglo VIII los irlandeses descubrieron la Islandia, pero no la colonizaron formalmente; que en 861 fué redescubierta por el pirata noruego Naddod, arrojado allí por una tempestad, y que dos años después, en 863, llegó el sueco Gardar Svafarson, también a consecuencia de malos vientos.

Poco después empezaron a afluir a Islandia numerosos emigrantes noruegos, y así se constituyó una importante colonia en esa apartada región, que por muchos es tenida como la *última Thule* de Séneca (181).

En 920 el islandés Gunnbjarn vislumbró la Groenlandia, y en 986 fué definitivamente descubierta por Erik el Rojo, y enseguida se empezó a colonizar.

En 999 o 1000, Leif Eriksson, hijo de Erik el Rojo, descubrió por casualidad las costas del Continente americano, y en 1003 fué enviada la primera comisión a reconocer sus costas, comandada por Thorfinn Karlsefni.

Tales son los hechos y las fechas generalmente aceptadas, mas algunos autores, tomando en cuenta ciertos documentos, cuentan esa historia de distinto modo, haciendo intervenir, como uno de los principales protagonistas, a un tal Bjarni Herjulfsson; mas esas variantes son hoy tenidas por la mayoría de los críticos como novelescas.

Es, pues, innegable que los normandos descubrieron el Continente americano en los albores del siglo XI, sin que se pueda precisar hasta qué latitud bajaron, pero en todo caso bastante boreal, y lo importante es que, como dice M. Beuchat, del estudio de los documentos relativos a esos

(181) Pronto alcanzó la Islandia un alto grado de cultura. «Es un hecho, escribe Reclus, que durante buen número de siglos los islandeses fueron, puede ser, las gentes más cultas de Europa; todos aquellos que se refugiaron en Islandia eran personas principales de la Escandinavia, quienes dieron a la madre patria gran impulso literario. «Y el escocés Alejandro Mackensie, en la relación de su viaje a las regiones boreales del Nuevo Mundo, dice que la civilización y las ciencias habían alcanzado un alto grado de progreso en Islandia, cuando el resto de Europa aún estaba en tinieblas. Aun en nuestros días es notable la cultura del pueblo en esa isla: refiere Marmier que cierto día la hija de un pescador, que semanalmente le llevaba pájaros de mar y pescado, lo encontró ocupado en estudiar la saga de *Nial*. «Ah! yo conozco ese libro le dijo la joven, lo he leído muchas veces cuando era niña», y al instante se puso a recitar ante el ilustre viajero los más bellos pasajes de esa saga. «Yo quisiera—agrega Marmier—saber dónde encontraríamos en Francia una hija de pescador que conociése la Crónica de Saint-Denis».

descubrimientos, resulta que los escandinavos nunca se establecieron, no colonizaron el Continente americano, ni dejaron huella ninguna de su paso por las costas que visitaron. (182)

En Groenlandia se estableció una colonia que subsistió durante muchos años, llegando a tener unos 5,000 habitantes, distribuídos en diversos puntos, y hasta llegó a ser sede episcopal; mas al fin fue abandonada, debido a las constantes hostilidades de los esquimales. En el siglo XIV ya no existía la tal colonia, ni volvieron a Groenlandia los europeos sino hasta el siglo XVII.

Esos viajes y descubrimientos de los escandinavos no son, ni con mucho, equiparables con los de Colón, como docta y elocuentemente lo manifestó, hace ya bastantes años, don Pedro José Pidal: «... si la gloria consiste, dijo ese ilustre español, en concebir, en medio de un siglo ilustrado que unánimemente lo deniega, que hay más allá de los mares frecuentados por tantos siglos, un continente y regiones nuevas y desconocidas, en consagrar su vida a la invención de este Nuevo Mundo, en arrostrar y vencer millares de obstáculos y dificultades, y, sobre todo, en producir inmensos resultados, ¿quién negará aquella gloria a Colón y a la gran nación que lo supo comprender y apreciar? La obra de Colón y de Castilla fue la obra del saber, del génio y de una alta y fecunda inteligencia; la de los escandinavos, la del azar y de la casualidad. La primera produjo resultados inconmensurables, inmensos en el orden político y social de las naciones y causó una completa revolución de las relaciones de los pueblos; la segunda no produjo la más pequeña utilidad, ni fué de la menor trascendencia.» (*Revista de Madrid*, 2a. época, t. II, 1839.)

168.—A fines del siglo XIV los venecianos Nicolás y Antonio Zeno hicieron un viaje a Islandia y a otros países boreales, cuya relación, publicada muchos años después, por un miembro de su familia, es reputada por muchos críticos como apócrifa, si bien tiene en su abono dos respetables autoridades: R. H. Major y O. Nordenskjold, quienes aseveran que es auténtica y que los hermanos Zeno llegaron a Terra Nova, Canadá y costas de los Estados Unidos. Es de advertir que la relación fué publicada hasta

(182) El petroglifo de Dighton Rock, la inscripción de Mohegan y la torre de Newport, que han sido señalados como recuerdos dejados por los normandos en las costas de la América del Norte, hoy ya no son considerados como tales por los americanistas mas distinguidos.

1558, después que Juan Caboto y Corte Real descubrieron Terra Nova, y que Roverbal arribara al Canadá.

Es de advertir también que el viaje de Joas Vaz Corte Real, que se dice descubrió Terra Nova en 1467 (o en 1474), es hoy tenido por muy poco fidedigno, lo mismo que el del piloto polaco Juan de Kolno (1476), el del portugués Juan Ramalho (1490), el que pretende haber hecho Martín Behaim en 1493 etc. etc.

Entre todos esos viajes, más o menos ilusorios, hay uno digno de especial mención, por lo cacareado que ha sido: el del marino francés Juan Cousin, reputado por algunos como el inmediato precursor de Cristóbal Colón.

Entre los propaladores y defensores de esa leyenda figura en primera línea el profesor Geleich y el capitán de la marina real británica J. W. Gambier, quien publicó en enero de 1894, en *The Fortnightly Review* de Londres, un trabajo titulado *The True Discovery of America*, en el cual sostiene a capa y espada la realidad del viaje de Cousin a este Continente.

Su objeto, según dice el ilustre marino español don Cesáreo Fernández Duro, es proclamar que ese navegante, Capitán de Mar de Dieppe, descubrió el río de las Amazonas en 1488 y que fué despojado de la gloria que le correspondía mediante la más vergonzosa de las conspiraciones, urdida por los Reyes Fernando e Isabel, el Papa Alejandro VI y Cristóbal Colón (V. el *Bol. de la Sec. Geog. de Madrid* enero, febrero y marzo de 1894).

Según el Capitán Gambier llevaba Cousin como lugarteniente al experto marino español Vicente Pinzón, quien se portó muy mal durante todo el viaje, especialmente cuando venían de regreso. Llegados a Dieppe a fines de 1489, dos años después de la salida, no se hizo gran caso del descubrimiento realizado, pero sí de la mala conducta observada por Pinzón, quien fué sometido a Consejo de Guerra y condenado a perpétuo destierro de Francia. Pinzón, agrega M. Gambier, regresó a Palos, donde refirió a sus hermanos todo lo relativo a la expedición, y por ellos llegó a oídos de Colón, a quien acompañó Pinzón en su glorioso viaje de descubrimiento de América en 1492.

También quiso arrebatar a Colón la gloria de tan gran hallazgo, anticipándose a dar cuenta de ello a los Reyes de España.

Hubo en realidad en Dieppe un marinero y hábil cartógrafo llamado Juan Cossin, pero éste vivía en 1570, épo-

ca en que no era ya posible que figurase como marino el individuo que se pretende descubrió la América en 1488.

Gaffarel, sin acordar entero crédito a la leyenda de Cousin, la ha popularizado en Francia, con algunas variantes respecto a como la refiere el Capitán Gambier, y Fernández Duro demostró en el citado artículo la inverosimilitud del cuento prohijado y aderezado por Gambier.

169.—Cuentan algunos entre los precursores de Colón al marino italiano Juan Caboto, al servicio de armadores ingleses, quien llegó al Continente americano el 24 de junio de 1497, más de un año antes de que llegara a él Cristóbal Colón, que no lo hizo sino hasta su tercer viaje, el 1.º de agosto de 1498, sin que se sepa a punto fijo a qué parte de las costas de la América del Norte corresponde el título de «Prima terra vista» por Juan Cabot. (183)

Como quiera que en 1498 Colón sólo divisó de lejos, en el Golfo de Paria, las costas de nuestro Continente, en las que realmente tocó hasta cuatro años después, el domingo 31 de julio de 1502, que ancló en Punta de Caxinas, pueden contarse, con igual título que Caboto, como precursores de Colón, el ya mencionado Yáñez Pinzón, Diego de Lepe, Pedrálvarez Cabral y otros varios descubridores del Brasil antes de 1502.

A propósito de Caboto, creo oportuno recordar otra de las injusticias que se ha pretendido hacer a Colón, negándole la prioridad en el descubrimiento de la declinación de la brújula, el cual atribuyen algunos a Sebastián Caboto y aun a Fernández de Oviedo; dichosamente el erudito barnabita Fray Timoteo Bertelly ha puesto las cosas en su lugar, demostrando hasta la evidencia la prioridad de Colón, quien el 13 de septiembre de 1492 reconoció una línea sin declinación, como a tres grados al Oeste del Meridiano de una de las Azores. (184).

---

(183) Respecto a la vida y hechos de Juan Caboto y de su hijo Sebastián, escribió una interesante memoria el abogado Ricardo Biddle, publicada en Filadelfia en 1831; después han tratado del mismo asunto Henry Harrise, F. Tarducci, D. Eduardo Madero, Fernández Duro y otros varios historiadores. Según la cronología adoptada por el señor Tarducci el descubrimiento hecho por Caboto fué en 1494, tres años antes de la fecha generalmente admitida.

(184) Klaproth y Estanislao Julien, trataron de demostrar que la declinación de la brújula fué descubierta por los chinos mucho antes de la época de Colón; otros han pretendido probar que ya se habla de ese fenómeno en ciertas notas agregadas a una epístola escrita por Pedro Peregrini en 1269, y otros, que fue descubierta por Leonardo Dati el siglo XIII; mas hasta ahora nadie ha aducido pruebas fehacientes contra la prioridad de Colón a ese respecto.

170.—No concluiré este corto capítulo sin decir dos palabras acerca de otra de las patrañas con que la envidia ha tratado de empañar el alto renombre del descubridor del Nuevo Mundo; patraña, que por desgracia fué difundida por cronistas españoles que han gozado de más o menos autoridad: Fray Bartolomé de las Casas, Oviedo, Garcilasso de la Vega, Gomara, y en nuestro tiempo el ya citado M. Vignaud. Refieren que un marino de Huelva (cuyo nombre averiguó, no se sabe cómo Garcilasso de la Vega, quien lo llama Alonso Sánchez), habiendo partido de España para Inglaterra, fué sorprendido por un fuerte viento del Este, durante 28 o 29 días, y así llegó a una isla desconocida (la Española, o Santo Domingo, según las Casas), cuya posición geográfica determinó cuidadosamente. De regreso murieron la mayor parte de los tripulantes y los pocos que quedaban abordaron a la isla de Madera, donde fueron sucumbiendo poco a poco. Sánchez que fué el último que sucumbió, murió en casa de Colón, a quien, poco antes de morir, reveló el secreto de la existencia de dicha isla.

171.—La profunda fé que tenía Colón en el éxito de su proyecto es claro indicio de que éste no fué fraguado á humo de pajas, que ha de haber tenido sólida base, o, por lo menos, grandes probabilidades de salir airoso.

Desde mucho antes de que naciera Colón los gobiernos europeos, especialmente de España, Portugal e Italia, tenían vivo interés de que se descubriese una vía directa para la India, porque los árabes establecidos a lo largo del Mar Rojo y del Golfo Pérsico cobraban enormes tasas por las mercaderías procedentes del Asia y destinadas a Europa, y al efecto se organizaron varias expediciones en demanda de la ansiada ruta.

La toma de Constantinopla por los turcos agravó la necesidad. El Papa Pío II trató de organizar una cruzada contra ellos, mas su muerte, acaecida el 14 de agosto de 1464, tres días después de la del Cardenal de Cusa, hizo que se quedara en proyecto esa empresa.

Fué por entonces que el sabio físico y cosmógrafo Pablo del Pozzo Toscanelli empezó a ocuparse seriamente de esa cuestión.

«El momento era, en efecto, oportuno, dice don Angel Altolaguirre y Duvale, para que un gran talento, viendo cerrado por los turcos el camino de las regiones orientales, perdida la esperanza de que la cruzada pudiera abrirlo,

apreciando, como Toscanelli podía apreciar, por dedicarse su familia al negocio de las especias, la gran fuente de riqueza que el comercio con el Asia representaba, e impresionado por los ya importantes descubrimientos que los portugueses realizaban a lo largo de la costa africana, concibiese el atrevido pensamiento de establecer una comunicación directa entre Europa y Asia, a través del Atlántico, que arrancase de manos de los turcos el monopolio del comercio con el Oriente». *(Cristóbal Colón y Pablo del Pozzo Toscanelli,* Madrid, 1903).

En 1474 Alfonso V de Portugal, ansioso de que se encontrase cuanto antes dicha ruta, consultó a Toscanelli por medio del canónigo Fernando Martins, conocido de aquél, y con tal motivo escribió Toscanelli la famosa carta de 25 de junio de ese año, en la que contesta a la consulta. Colón que entonces estaba en Lisboa, y deseoso de conocerla se dirigió a Toscanelli, quien le envió copia de ella. (185).

Esa fué sin duda una de las primeras o principales luces que pusieron en la pista al marino genovés, lo cual no quita un ápice a su inmarcesible gloria de haber realizado la idea. (186).

Es de advertir que la empresa se consideraba más fácil de lo que realmente era, error proviniente de la exagerada extensión que atribuye Tolomeo al Mundo Antiguo, lo que hizo creer a los cosmógrafos del siglo XV que yendo a la vela desde las costas de Europa, hacia el Oeste, se llegaría rápidamente a las costas orientales de Asia. El fantástico itinerario de Marco Polo, según el cual de Venecia al Catay había 8,000 leguas, caminando hacia el Este (estimándose entonces la circunferencia de la Tierra en 10,000 de esas leguas) confirmaba la falsa idea que se tenía respecto a la facilidad de llegar al Asia por el Oeste. (187)

(185) Esa carta, de la cual existen tres textos (uno latino, otro italiano y otro español) es considerada por algunos como apócrifa: de esa opinión era M. Vignaud. El señor Altolaguirre la considera auténtica, pero dice que no se sabe por qué medio consiguió copia de ella Cristóbal Colón. Doña Eva Canel, en su ya citada conferencia, asevera, por el contrario, que Toscanelli «sostuvo copiosa y científica correspondencia con C. Colón, cuando residía éste en Portugal».

(186) M. Vignaud creía «que los documentos atribuídos a Toscanelli, en nada influyeron en las ideas y decisiones de Colón . . . .»

(187) Consta que Colón había leído el libro titulado *Ymago Mundi*, escrito por el Cardenal Pedro d'Ailly y publicado en 1480 a 1487, en el cual se habla de la posibilidad de ir al Catay por el Oeste.

172.—Según la historia de la vida y hechos de Colón por su hijo Fernando, refería el almirante haber hecho en 1477 un viaje a Thule (Islandia), y aun haber caminado sobre 100 leguas *más allá.* Esta expedición, que varios críticos tienen por fabulosa, fué emprendida, según otros, en busca de datos respecto a los decubrimientos de los normandos en Groenlandia y países vecinos, de los que tenía noticia Colón, tanto por la *Historia Eclesiástica* de Adam de Bremen (que aun estaba inédita), como por narraciones verbales, más o menos vagas, que había oído. Todo eso es inverosímil, aunque se suponga que realmente hizo el viaje a Islandia, pues ya en el siglo XV nadie se acordaba de las expediciones de los normandos al Norte de nuestro Continente, ni se relacionaba con el problema de la ruta que se buscaba para la India.

Más probable es que Colón haya aprovechado algunos de los datos consignados en los papeles de Bernardo Perestrello, piloto italiano al servicio de Portugal, y que llegó a ser el primer Gobernador de la isla de Porto Santo (Madera), con cuya hija, Felipa Muñiz o Monis de Perestrello, casó Colón; los cuales papeles fueron entregados a éste por la viuda de dicho piloto. M. Vignaud, que refiere algunos detalles poco edificantes respecto al origen de la privanza de que gozaba Perestrello en Portugal, considera el antedicho matrimonio como la base de la fortuna de Colón.

El hecho es que Colón había recogido una multitud de datos, más o menos importantes, tendentes todos a justificar su proyecto, y hasta se dice que escribió una memoria recapitulativa de ellos, de la que hacen referencia su hijo Fernando y el P. de las Casas.

CAPÍTULO TERCERO.

Los cuatro viajes de Cristóbal Colón a América.

173.—Entre las incontables obscuridades que desgraciadamente presenta la historia de Colón, se cuenta la relativa a sus primeros ocursos en demanda de apoyo para emprender viaje por el Oeste en busca de la extremidad oriental de la India.

Generalmente se ha dicho que a impulso de su amor a la tierra que lo vió nacer, se dirigió de preferencia y antes que a otra parte, a la República de Génova, y en segundo lugar al Senado de Venecia; mas la crítica moderna ha puesto en tela de juicio que Colón haya dado tales pasos, reputándose hoy por la generalidad de los colombistas como primera solicitud la que hizo al Gobierno de Portugal en 1484. (188).

Esa primer tentativa fracasó, mas la jugarreta que cuentan hizo a Colón el rey Juan II de Portugal, a iniciativa de Calzadilla, enviando en secreto una expedición a reconocer la ruta propuesta por Colón, muchos, y entre ellos el señor Altolaguirre, la reputan falsa.

Desechado el proyecto de Colón por el Gobierno de Portugal, se dirigió él inmediatamente a España, donde consta se encontraba ya el 20 de enero de 1486.

Todo lo relativo a las gestiones de Colón en España está plagado de dudas y contradicciones, siendo muy difícil adquirir algunas nociones fidedignas a ese respecto. Su llegada, por ejemplo, al convento de la Rábida, al desembarcar en Palos, que todo el mundo tenía por cierta, resulta

(188). Otros aseguran que los ocursos a Géndva y Venecia los entabló después de haber desechado Potugal su proyecto.

que es una fábula; que Colón arrivó al puerto de Santa María, y que fué don Luis de la Cerda, duque de Medinaceli quien lo acogió y tuvo de huésped cerca de dos años. El famoso guardián Fr. Juan Pérez de Marchena, tan mentado antes por los biógrafos de Colón, resulta que es un personaje ficticio, refundición de dos reales, el *prior* Fr. Juan Pérez y Fr. Antonio de Marchena, decidido protector de Colón. La tan cacareada venta, o empeño, de las joyas de la reina Isabel, para subvenir a los gastos de la expedición, es una bola que hoy no pasa, porque como dice el señor Fernández Duro en sus *Tradiciones infundadas*, aunque es verdad que las joyas reales «se empeñaban repetidamente como arbitrio usual......al aceptar las proposiciones de Colón, lo estaban las joyas principales de la Corona y aun la corona misma, así es que la reina no podía ofrecerlas.» El dinero lo facilitó el judío Luis de Santángel, alto empleado de la Tesorería de Aragón. (189).

174.—Haciendo, pues, caso omiso de la historia de dichas gestiones, me reduzco a consignar que el resultado de ellas fué a la postre satisfactorio, obteniendo Colón las concesiones que deseaba, y que los reyes Católicos firmaron las capitulaciones respectivas, en Santa Fé, el 17 de abril de 1492, y luego en Granada el 30 del mismo mes, en virtud de las cuales fue reconocido Colón como Almirante, Virrey y Gobernador de las islas y tierra firme que descubriese en el mar Océano.

Aún tropezó Colón con nuevas dificultades; mas, gracias a que Fray Juan Pérez lo puso en contacto con los hermanos Pinzón (Martín Alonso, Vicente Yáñez y Francisco Martín) pudo allanarlas, y por fin el viernes 3 de agosto del mismo año de 1492 zarpó la expedición del puerto de Palos, a eso de las cinco y media de la mañana.

De tres pequeñas carabelas se componía la armada: la «Santa María», que venía *dragoneando* de «buque-insignia» (190); la «Pinta», que traía por Capitán a Martín

---

(189). El señor Ibarra y Rodríguez, autor de un interesante estudio sobre *Fernando el Católico y el Descubrimiento* (Madrid, 1892) fue el primero que esclareció esa cuestión. El tesoro de Castilla estaba exhausto, mas el de Aragón contaba con muchos fondos, que Fernando reservaba secretamente para su guerra contra Francia. Llegado el caso de Colón, consintió en que se tomase el dinero necesario de dichos fondos; mas para que no se supiese de donde procedía ese dinero, consintió en la farsa de que Santángel apareciera prestándolo,

(190). Dicen que se llamó primero «Gallega», y otros la denominan «Marigalante», y también la «Capitana»: era propiedad de Juan de la Cosa, que venía en la expedición, y que después adquirió justa fama como cartógrafo.

Alonso Pinzón y por piloto a su hermano Francisco Martín (191), y la «Niña», mandada por Vicente Yáñez, trayendo por maestre a Juan Niño, dueño de la nave.

El barco almirante — la «Santa María» — apenas era de 26 metros de largo y de tres palos con cinco velas; la «Pinta» medía 20 metros, y la «Niña», 17.

La tripulación total ascendía, según unos a 120 hombres, entre civiles y marineros; mas otros la reducen a 90 individuos, lo cual no parece admisible, pues M. Vignaud ha logrado recoger los nombres de 103.

No seguiremos a esos atrevidos navegantes durante su largo viaje a través del Atlántico, mas sí creo oportuno manifestar que el famoso incidente de la *sublevación* es purísima grilla. «En todo el *Diario de Navegación*, dice el docto historiador D. J. M. Asensio, no se encuentra vestigio de la sublevación de los marineros, de que tanto partido han sacado poetas y novelistas. Vense en él, en repetidas ocasiones, referencias al disgusto de las tripulaciones cuando ya llevaban corridas 700 u 800 leguas, siempre navegando hacia Occidente por un mar desconocido y llevados por vientos casi constantes; pero no existe indicación alguna de que faltasen al respeto a los jefes, ni mucho menos de que amenazaran a Cristóbal Colón hasta el punto de que peligrase su existencia y tuviera que transigir con su tripulación sublevada, ofreciéndoles poner la proa con rumbo a España si en el preciso término de tres días no encontraban la anhelada tierra.» *(Martín Alonso Pinzón*, pp. 75-76.)

Al cabo de setenta días de viaje (pero no de navegación, pues en Canarias demoraron como un mes reparando ciertas averías) y después de mil incidentes y zozobras, la noche del 11 de octubre Colón mismo descubrió una lumbre y las costas de una isla. «Un marinero, dice Oviedo en su *Historia de Indias*, de los que iban en la «Capitana», natural de Lope, dijo: *¡lumbre! ¡tierra!* E luego un criado de Colón, llamado Salcedo, replicó diciendo: «Esso ya lo ha dicho el almirante, mi señor» y encontinente «Colón dijo: «Rato ha que yo lo he dicho y he visto aquella lumbre que está en tierra.»

Cuatro horas después, como a las dos de la mañana del viernes 12, un marinero de la «Pinta», llamado por unos Rodrigo Sánchez de Triana, y por otros Juan Rodrí-

(191). Pertenecía a Gómez Rascón y Cristóbal Quintero.

guez Bermejo, dio el grito de «tierra», y disparó un cañonazo, que era la señal convenida. Esta última es la fecha que generalmente se asigna al descubrimiento del Nuevo Mundo: 12 de octubre del año 1492 de C., según el Calendario juliano, a la sazón en uso, la cual fecha corresponde al día 21, retrotrayendo el calendario gregoriano, que fué establecido noventa años después.

La tierra descubierta y en que desembarcaron el día 12, pertenecía a una de las Bahamas o Lucayas, denominada *Guanahaní* por los indígenas y bautizada por Colón con el nombre de San Salvador. No ha sido posible después identificarla con precisión; mas hoy la mayoría de los autores que han tratado de este punto, se inclinan a creer que la isla descubierta en dicha fecha es la denominada actualmente *Watling*.

En ese primer viaje descubrió Colón la isla de Cuba, a la que llamó *Fernandina;* la de Haití (Santo Domingo), a la que denominó *Isabela* o *La Española*, y otras de menor importancia.

Colón creyó a pie juntillas (y lo que es peor, jamás salió de ese error) que las tierras que había descubierto eran las regiones de la India allende el Ganges. De Haití decía: «Esta isla es Tarsis, es Cethya, es Ofir y Ophaz e Cipanga.» El nombre de «Cibao», dado por los naturales de esa isla a un distrito aurífero, le sonó claramente «Cipango.» (192).

El Almirante fué muy bien recibido por los *indios* de las islas en que tocó, mas bien pronto él y sus secuaces preludiaron la conquista con actos de injustificable dureza y de vergonzoso pillaje.

Después de haber perdido la Santa María en las costas de Haití y de haber estado separado un instante de la Pinta, entró Colón en el puerto de Palos, con las dos naves que le quedaban, el 15 de marzo de 1493.

La Corte y el público en general le hicieron en Barcelona un fastuoso y entusiasta recibimiento, no obstante que parecía poco el oro que había llevado, según observa Bernaldez.

Entre las atenciones y obsequios que le prodigaron se cuenta el banquete que le obsequió D. Pedro González de

(192) Colón llegó al grado de suponer que la Tierra tiene la forma de una pera, ocurrencia que le sugirió la vista de las montañas de la Trinidad (Véase: Navarrete, I, 255.)

Mendoza, Arzobispo de Toledo y gran Cardenal de España (a quien, por el gran influjo de que gozaba se le llamaba el *tercer rey de España)*, durante el cual banquete refieren acaeció el incidente del «huevo de Colón». — Cuentan que un cortesano imprudente, envidioso de los honores que se hacían a Colón, preguntó a éste si creía que de no haber él descubierto las Indias, no las hubiera podido descubrir otro navegante, y que Colon, por toda respuesta, tomó un huevo y propuso a los concurrentes lo pusiesen en equilibrio sobre uno de los extremos de su eje mayor, cosa que ninguno logró hacer, y que en seguida, cogiendo el almirante el huevo, le dió un golpecito sobre la mesa, y una vez ligeramente aplastada la punta, lo pudo fácilmente poner en equilibrio, tal como se deseaba, con lo cual quiso dar a entender Colón, según los autores que refieren esta anécdota, que una vez señalado por él el camino para América, ya era muy fácil seguirlo. Este episodio es muy dudoso que sea auténtico. (193)

175.—El 25 de septiembre de 1493 emprendió Colón su segundo viaje, trayendo 17 navíos y como 1,500 personas a bordo de éllos, entre los cuales figuraban su hermano Diego, Alonso de Hojeda, Juan Ponce de León y Juan de la Cosa. La travesía no duró más de tres semanas a partir de Canarias. Durante este viaje reconoció Colón varias de las pequeñas Antillas (Dominica, Marigalante, Guadalupe) y Puerto Rico; exploró la costa sur de Cuba; mas en ninguna parte encontró oro en abundancia. Tras varias expediciones y trabajos regresó a Cádiz el 11 de junio de 1495.

Como fueron poco halagüeños los resultados positivos de los dos viajes anteriores, se enfrió un poco el entusiasmo, no se dieron a Colón más que seis navíos para su tercer viaje, que lo emprendió en mayo de 1498. La ruta que siguió esta vez es poco conocida; consta sí que estuvo en la isla de la Trinidad; mas en cuanto a que haya desem-

---

(193) La anécdota del «huevo de Colón» la atribuyen algunos al arquitecto florentino Brunelleschi, y en España es más corriente decir «el huevo de Juanelo» que «de Colón». Calderón de la Barca dice en una de sus composiciones:

. . . . Ahora, ¿sabes
Lo del huevo de Juanelo,
Que los ingenios más grandes
Trabajaron en hacer
Que en un bufete de jaspe
Se tuviese en pie, y Juanelo
Con sólo llegar y darle
Un golpecillo, le tuvo?

barcado después en el Continente, como lo aseguran varios escritores, es muy dudoso: parece que sólo divisó de lejos las costas bajas y pantanosas del delta del Orinoco.

Por otra parte, el Rey, sabedor de los desórdenes ocurridos en la naciente colonia española del Nuevo Mundo, mandó como juez pesquisidor a Bobadilla, y éste se vió en el caso de remitir a Colón y a sus hermanos a España, cargados de cadenas. El Soberano los puso en libertad inmediatamente y hasta les dió auxilios pecuniario, pero no reintegró al Almirante en sus funciones de Virrey. (194)

176.—Aun hizo Colón un cuarto y último viaje al Nuevo Mundo, viaje que nos interesa especialmente, porque en esa vez descubrió la región centroamericana. Lo narraremos con algunos detalles.

Física y moralmente principiaba a decaer el ilustre Almirante al iniciarse el siglo XVI; su espíritu, eminentemente místico, se exaltó, y hasta pretendía haber alcanzado el don de profetizar; por ese tiempo compuso su *libro de las profecías*, que aun se conserva inédito, escrito para advertir a los reyes de España y al público en general que el fin del Mundo se aproximaba, (como que no faltaban más que 150 años para que acaeciese el cataclismo final), y que era preciso que se rescatase cuanto antes el Santo Sepulcro, para lo cual proponía un cuarto viaje a las regiones recién descubiertas en el lejano Oeste, para recoger los recursos necesarios para dicho rescate.

Fernando e Isabel, accedieron, pero con muy poca largueza: se le proporcionó a Colón una flotilla compuesta apenas de tres carabelas y de un barquichuelo insignificante, con 140 o 150 hombres, la cual zarpó de Cádiz el 11 (otros dicen que el 9) de mayo de 1502.

Se ordenó al Almirante fuese a descubrir nuevas tierras, y, sobre todo, recogiese cuanta riqueza le fuese posible. Para mayor seguridad de la Real Hacienda, enviaron con la expedición al escribano Diego de Porras, para que inventariase y remitiese los valores que se fueran recogiendo. En previsión de dificultades y choques, prohibieron a Colón tocase en la isla Española, donde estaban sus enemigos y rivales más salientes.

(194) Se nombró un nuevo gobernador, Fray Nicolás de Ovando, caballero de Alcántara, que partió para la Española en febrero de 1502, con una escuadra de treinta navíos, llevando unas 2,500 personas.

Concretándome a los incidentes que nos interesan directamente diremos desde luego que el 27 de julio descubrió Colón la isla *Guanaja*, próxima al Golfo de Honduras a la que denominó «Isla de los Pinos», en cuyo centro se levanta una mole de 360 metros de altura, con bosques de esos árboles. Dicho lugar ha conservado, sin embargo, su nombre indígena, reservándose el ideado por Colón para otra isla, situada en el golfo de Batabanó, en Cuba.

Habiendo desembarcado en la Guanaja D. Bartolomé Colón con algunos de los expedicionarios, vieron llegar una canoa o bote, hecha del tronco de un solo árbol, la cual tenía ocho pies de ancho y tan larga como una galera. Para resguardar a los pasajeros del Sol y de la lluvia tenía en medio una especie de cámara, formada con petates o esteras, y en ella había mujeres, niños y muchas mercaderías: mantas de algodón muy labradas, camisas sin mangas *(huipiles)*, hachuelas y patenas de cobre, cascabeles, cacao, maíz, camotes, crisoles para fundir metales, espadas de madera con navajas de pedernal embutidas, *tecomates con chicha* etc. etc. Tripulaban la canoa veinticinco hombres. Algunas de las mujeres subieron a la *Capitana* (una de las caravelas), cubriéndose honestamente con sus mantas de algodón. El Almirante devolvió la libertad a todos, menos a un viejo, para que le sirviese de guía. Interrogado éste acerca de los lugares en que pudiera encontrarse oro, señaló hacia el Ocaso.

Por los informes que los isleños de Guanaja dieron a Colón, tomó éste el rumbo Sur, en los primeros días de agosto, y a las pocas horas de navegación descubrió un cabo, al que puso el nombre de *Caxinas* (o *Cajinas)* por los muchos árboles que allí había de este fruto, y este fué el primer lugar de la tierra centroamericana continental descubierto por Colón. Hoy se denomina ese punto Cabo de Honduras o de Trujillo.

En Caximas bajaron a tierra, y el día 14 se dijo allí la primera misa que se haya celebrado en esta parte del Continente Americano, a la cual asistió Colón; si bien algunos autores dicen que por estar postrado en cama no pudo hacerlo, asistiendo en su lugar el adelando don Bartolomé.

La escuadrilla continuó navengando a lo largo de la costa, luchando con vientos contrarios y acercándose a tierra durante la noche. A quince leguas de punta Caxinas en-

contraron la boca de un gran río (el actual *Tinto)* el cual remontaron en un corto trayecto, bajando después a tierra el Almirante y una parte de su gente, a enarbolar el real estandarte y apoderarse del país, lo cual efectuaron el 17 de agosto, fecha en que comenzó la dominación española en Centro América. El río fué bautizado entonces con el nombre de «La Posesión», poco usado ahora.

En las márgenes del río Tinto vieron los conquistadores una casta de indios muy diferentes en el aspecto y en el lenguaje a los que ya conocían: unos medio vestidos y otros enteramente desnudos, y en general profusamente tatuados. Estos indios proporcionaron a los españoles algunos víveres, en cambio de baratijas de poquísimo valor.

Varios días anduvieron después costeando aquella tierra, a la que pusieron el triple nombre de *Guaymura* (nombre de un pueblo de la costa), *Hibueras* (vocablo con que designaban en Santo Domingo a las calabazas, muy abundantes en la costa de que tratamos), y *Honduras*, porque anduvieron un gran trecho sin encontrar fondeadero. De esos tres nombres, el último, que es el más castizo de ellos, es el que ha prevalecido.

Sumamente penosa fué la navegación de ellos hasta el 12 de septiembre, que lograron doblar el cabo, a partir del cual principió a soplar viento bonancible, por lo que Colón lo bautizó con el nombre de *Cabo de Gracias a Dios.* Allí dejaron al viejo que traían de la Guanaja.

Colón, en carta escrita a los reyes de España, en Jamaica, el 7 de julio de 1503, refiere su azarosa navegación hasta llegar a ese cabo: «Ochenta y ocho dias, dice, había que no me había dejado espantable tormenta, a tanto que no vide el Sol ni estrellas por mar; que a los navíos tenía yo abiertos, a las velas rotas, y perdidas anclas y jarcia, cables, con las barcas y muchos bastimentos, la gente muy enferma, y todos contritos, y muchos con promesa de religión, y no ninguno sin otros votos y romerías. Muchas veces habían llegado a se confesar los unos a los otros. Otras tormentas se han visto, mas no durar tanto, ni con tanto espanto. Muchos esmorecieron, harto y hartas veces, que teníamos por esforzados. El dolor del fijo que yo tenía allí (D. Fernando) me arrancaba el ánimo, y mas por verle de tan nueva edad de 13 años en tanta fatiga, y durar en ello tanto: nuestro señor le dió tal esfuerzo que el avivaba a los otros, y en las obras hacía él como si hubiera navega-

do ochenta años, y él me consolaba. Yo había adolescido y llegado fartas veces a la muerte. De una camarilla que yo mandé facer sobre cubierta, mandaba la vía. Mi hermano (D. Bartolomé) estaba en el peor navío y más peligroso. Gran dolor era el mío, y mayor porque lo truje contra su grado; porque por mi dicha poco me han aprovechado veinte años de servicio que yo he servido con tantos trabajos y peligros, que hoy día no tengo en Cstilla una teja; si quiero comer o dormir no tengo, salvo el mesón o taberna, y las mas de las veces falta para pagar el escote. Otra lástima me arrancaba el corazón por las espaldas, y era de D. Diego mi hijo, que yo dejé en España tan huérfano y desposesionado de mi honra e hacienda, bien que tenía por cierto que allá como justos y agradecidos príncipes la restituirían con acrescentamiento en todo.»

Colón continuó navegando frente a la costa de la actual República de Nicaragua, costa que hoy llaman de los Mosquitos, y que no es propiamente el antiguo *Cariay*: el 17 de septiembre perdió una lancha de la caravela *Vizcaina* en la boca de un río, que por eso se llamó «río del *Desastre*», y fué por fin a anclar entre la isleta *Quiribrí* (Uvita) y el pueblo de *Cariay* (puerto Limón), el 25 de septiembre de dicho año de 1502. A la preindicada isla la llamaron ellos «*La Huerta*», porque parecía, según las Casas, un hermoso vergel. (El historiador don Joaquín Bernardo Calvo asigna la fecha 5 de octubre, en vez de la de 25 de septiembre).

177.—Los indios recibieron pacíficamente a los españoles y hasta trataron de agasajarlos: entre los obsequios que quisieron hacer al Almirante uno de los mas significativos fué el de dos chaborritas que le llevaron a bordo de la capitana, tan descocadas y desenvueltas que merecieron de parte de él el más denigrante de los epítetos aplicables a una mujer (en la ya citada carta a los reyes de España).

Lo naturales de Cariay parecieron a los españoles «la mejor gente.... que habían hasta allí hallado», como escribió fray Bartolomé de Las Casas. Trabajaban muy bien el oro y el cobre y fabricaban excelentes mantas. El hermano de Colón visitó algunos puntos del interior y vió con sorpresa que tenían los indios sepulturas y dentro de algunas, cuerpos embalsamados, envueltos en lienzos de algodón y con adornos de oro y sartas de cuentas. Tapando las urnas funerarias había tablas esculpidas, que representaban hombres y animales.

De Cariay pasaron el 5 de octubre a la bahía de *Zorobaró* (o del Almirante) donde lograron recoger algún oro, y de allí se fueron a la de *Aburená* (laguna de Chiriquí), y continuando su viaje vieron una isla situada a 15 leguas de Aburená, a la que llamaron «el Escudo» (según refiere el escribano Diego de Porras en su derrotero), y se detuvieron en el río *Guaiga* (o Chiriquí o Calobébora) donde fondearon el 28 de octubre. Los indios de ese lugar recibieron bastante mal la visita de los españoles, no obstante lo cual lograron éstos quitarles un poco de oro.

De Guaiga pasó Colón a Catiba, donde adquirió buena cantidad del codiciado metal. En seguida pasó frente a Cobraba, Veragua y Cubiga hasta llegar al famoso puerto del Retrete (hoy de Escribanos), descubierto en 1500 por Rodrigo de Bastidas, viniendo en opuesta dirección, de la que llevaba el Almirante en 1502.

Como en el puerto del Retrete ya no encontró oro, determinó regresar, y vino a fundar cerca de la desembocadura del río *Yebra* o Belén, la colonia de Santa María que subsistió muy poco tiempo.

Colón estaba literalmente encantado de la riqueza de las costas de Veragua, que juzgó ser el antiguo *Aurea Chersonesus* o sea la península de Malaca.

Pocos días después emprendió su regreso a España, a donde llegó el 7 de noviembre de 1504, después de una ausencia de dos años y 6 meses.

CAPITULO CUARTO.

Ultimos años de Colón. — Honores póstumos que se le han tributado. — Origen del vocablo «América».

178. — Pocos días después de haber regresado Colón a España, después de su cuarto y último viaje a América, murió la reina Isabel, en el castillo de la Mota, en Medina del Campo, el 26 de noviembre de 1504, a medio día.

Entre los diversos juicios que se han formulado respecto a esa ilustre mujer, me ha llamado la atención el del doctísimo historiador Martín Hume, consignado en su notable trabajo sobre *Las Reinas de la España Antigua:* «Isabel la Católica fué una gran reina y una gran mujer, porque sus ideales eran elevados. No era tierna ni benigna, o, diríamos mejor, femenil. Si lo hubiera sido no hubiera hecho de Castilla una de las potencias más grandes de Europa en su reinado de treinta años. No era escrupulosa, pues de serlo, no se hubiera dejado persuadir tan fácilmente en aceptar el trono en contra de la Betraneja. No era de blando corazón, y esto explica que contemplara sin conmoverse las matanzas y expulsiones en circunstancias de inhumanidad atroz, de los judíos y de los moriscos, con quienes quebrantó su solemne juramento, con pretexto leve. No poseía ninguna de estas cualidades apacibles; ni fué aquella mujer del hogar, santa y dulce, con que de ordinario se la representa. Si lo hubiera sido, no fuera ella, Isabel la Católica, una de las más poderosas personalidades, la mujer más grande tal vez que el mundo ha visto en la dominación de los pueblos; mujer cuya virtud no osó nunca atacar la misma maledicencia; cuya santa piedad y consagración a su fe la cegaba los ojos en las cosas humanas, y cuyo anhelo por servir al

Dios de las misericordias la hizo inmisericordiosa con los que consideraba enemigos del Altísimo». *(La España Moderna*, 1914).

Poco me importa que a solicitud de Isabel, instigada por el inolvidable y odioso Fray Tomás Torquemada, haya decretado Sixto IV se estableciese en España el tenebroso Tribunal de la Inquisición; para mí es bendita la memoria de esa reina, que fué la primera protectora de los indios americanos. Y con el más sincero y profundo respeto visité su sepulcro en enero de 1912, en la Capilla Real de la Catedral de Granada, y contemplé en la magnífica alameda del Salón, en esa misma ciudad, la hermosísima estatua que allí se ha erigido en honor de ella.

Notorio es que Colón, por debilidad de carácter, por no decir otra cosa, permitió que los conquistadores principiasen a llevar indios a España, para venderlos como esclavos, entre otros, nada menos que 300 infelices que se pusieron a la venta en Andalucía. Al saberlo la reina, exclamó indignada: «¿Cómo se atreve Colón a disponer así de mis súbditos?», e inmediatamente ordenó fuesen puestos en libertad y repatriados a costa del Almirante.

Seis días antes de morir, en un codicilo firmado el día 20, dejó a Fernando, su esposo, de Gobernador de Castilla, en nombre de su hija Juana, inponiéndole solemnemente la misión de atraer con suavidad y dulzura a los indios de América a la fe cristiana y remediar la opresión que sufrían. (Ley I, tit. X, libro VI de la *Recop. de Indias)*.

179. — A consecuencia de la muerte de la reina Isabel, Colón se vió obligado a permanecer en Sevilla, pasando (según dice él, en carta dirigida a su hijo Diego, el 1º de diciembre de 1504), serios apuros. En eso ha de haber alguna exageración, pues consta que gozaba de muy buen crédito en las casas bancarias genovesas, por medio de las cuales remitía con frecuencia respetables sumas de dinero a su citado hijo. Su decaimiento era debido, sobre todo, a sus dolencias físicas.

Por otra parte, al desaparecer la reina Isabel, Colón perdió la esperanza de que se le hiciese justicia, cumplimentando el gobierno las obligaciones contraídas con él cuando se lanzó en su temeraria empresa.

«Contra lo que se ha dicho, dice el ilustre historiador D. Ricardo Fernández Guardia, el rey D. Fernando no lo recibió mal; pero este monarca era demasiado hábil político

para no comprender el riesgo que correrían andando el tiempo los vitales intereses de la nación española, por motivo de los grandes privilegios concedidos al Almirante, entre los cuales se contaba el establecimiento de un virreinato hereditario a una enorme distancia de la metrópoli. En sana justicia al descubridor se le debía dar lo suyo, pero hay que convenir en que de parte del rey militaban poderosas razones de estado para eludir el cumplimiento de lo prometido. D. Fernando bien deseaba conciliar los opuestos intereses de la monarquía y del Almirante, dándole una compensación, pero éste no quiso ceder un ápice de sus derechos, y en estas luchas le sorprendió la muerte . . . .» *Hist. de Costa Rica = El descubrimiento y la conquista).* (195)

Los verdaderos apuros del Almirante comenzaron cuando el rey Fernando ordenó el embargo de las pocas rentas que quedaban a Colón, para cubrir ciertas deudas que éste había contraído, pues desde entonces ya no se le consideró más que como deudor insolvente.

El pobre viejo permaneció en Sevilla hasta febrero de 1505, yendo después a Segovia, a Salamanca y a Valladolid en pos de la Corte, implorando justicia.

Al fin, agobiado de penas y dolores, sucumbió el descubridor del Nuevo Mundo, el día de la Ascensión del año 1506 (es decir el 21 de mayo, no el 20, como equivocadamente dice el P. Las Casas), en un miserable chiribitil de una casa-posada, en la «Calle Ancha de la Magdalena», N.º 2, en Valladolid. (196)

180. — La posteridad ha hecho cumplida justicia al gran Colón, pues aun los que no creemos en su decantada santidad y reconocemos que cometió no pocos errores y desmanes, no le escatimamos imperecedera e inmarcesible gloria.

Aureas liras, diestros pinceles y primorosos buriles han contribuído a porfía y con suma eficacia a inmortalizar la memoria del insigne marino genovés. De todas esas obras

(195) Aunque M. Beuchat diga que se creyó bastante con ofrecer a Colón *une seigneurie infime, située dans le pays de León,* otros cuentan entre las compensaciones que se le otorgaron haberle dado heredamientos en Castilla y haberlo hecho marqués de Jamaica, duque de Veragua y grande de España. Se le ofreció también el señorío de Carrión de los Condes, en Castilla, oferta que rehusó Colón, obstinado en recuperar su virreinato.

(196) Hoy se llama esa calle «Calle de Colón», y la casa en referencia está marcada con el No. 7. En la época de la muerte de Colón la casa-posada en que murió estaba arrendada a un marinero, a quien el Almirante menciona en su último codicilo: «Y digo yo que hallándome en trance de muerte, sin más testigos de mi última hora que el marinero Jil García, en cuya casa de limosna me hallo etc. etc.»

aquí mencionaré tan sólo las tres estatuas que se le han erigido en la culta ciudad de Guatemala, una de las cuales, la más hermosa, es el *clou* del Parque Central; otra de ellas adorna la plazoleta del Teatro Nacional, y otra ocupa el centro del patio principal del Colegio de Infantes o de Seises, anexo a la Catedral. Esta es la primera estatua que se levantó a Colón en Centro América, y bien merece digamos dos palabras acerca de ella.

Ese monumento fué descubierto el 12 de octubre de 1880, y es debido a la iniciativa y esfuerzos del P. Alberto Rubio Piloña, a la sazón Rector de dicho Colegio de Infantes. Es bastante artístico y bien pensado: sobre una ancha base cuadrada, circuida de una buena verja de hierro, se levanta un prisma cuadrangular, en cuya cara superior se apoya el arranque de una columna cilíndrica cortada por su base, que sirve de pedestal a la estatua de Colón. Tiene ésta cerca de seis cuartas de altura (1 ^{m} 33). Colón, con la diestra levantada hacia arriba muestra con ella a la faz de los cielos y de la Tierra el Hemisferio Occidental, mientras que con la siniestra extendida a lo alto de la cintura sostiene el otro hemisferio, ostentándose a los pies del Almirante el globo completo, como resultado de su empresa, y al otro lado, también a sus pies, está una caravela, en recuerdo de las tres con que zarpó del puerto de Palos en 1492.

En cada una de las caras del pedestal hay una inscripción, grabada en bronce: la del Oeste, frente a la puerta de entrada, en español; la del Este, en latín; la del Norte, en quiché, y la del Sur, en griego,

He aquí el texto y traducción de la tercera:

Atoc quiban, Tijoxibal gua, cheri chutac ajau Lokobal guaé cochiguach, cheri jevel Ixlap xu ban uinimaj maijabal; raj quire güi, quebé cajuyubal chabal junan riqui utzilah tzij rech caxlagüinac, tziban chic; are rumal cheri entoo ri huleu coui pá canimá ru bicheri lokolaj, nimalaj Achí, xu recó cacunabal, e xuban utzit chiguech; e xinibij ojman quibisoj rumal.

Xpé güi Rajan Colón pa cahuleu, para cabilajuj Kijcheri ik Nabé Mam, cheri carucaj ko Guacxac rocal, cheri elenac guaral Raja guaxel Chicaj.

«Al levantarse en este Colegio de Infantes el hermoso monumento que tenéis presente, dedicado a la memoria del Genio brillante, queremos que nuestro idioma salvaje se una a las buenas palabras escritas en loor suyo por los

extranjeros; así como que se entienda en toda la tierra lo que hay en nuestras almas en favor del grande y santo varón que encontró el remedio de nuestros males diciéndonos: ya no tendréis de que entristeceros».

«Vino el señor Colón a esta tierra el día doce del mes nabémam (octubre) del año del nacimiento del gran Señor del Cielo mil cuatrocientos noventa y dos».

Incontables son los hombres de letras que han escrito respecto a la vida y hechos de Colón y sobre otros puntos relacionados con la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo: basta leer las catorce columnas de datos bibliográficos con que termina el artículo relativo a él en la *Enciclopedia Universal Ilustrada* que están editando los señores Espasa, en Barcelona, para formarse una idea de la abrumadora riqueza de esa especialidad de los estudios históricos. Solamente citaré por mi parte la *Vida y viajes de Colón*, publicada en Guatemala, hace algunos años, y escrita por la docta y honorable profesora doña Natalia Górriz v. de Morales, gloria de las letras centroamericanas.

181.—Voy ahora a exponer, aunque sea un tanto a la ligera, lo que pienso y creo acerca del tan debatido origen del vocablo *América*.

Reputábase indiscutible que se deriva del nombre del cartógrafo florentino *Amerigho Vespucci*, mas en 1876 el geólogo francés M. Jules Marcou, sabedor de que en Nicaragua hay un monte y una tribu llamados *Amerrique*, tuvo la feliz idea de relacionar este término con el nombre de nuestro Continente, idea que desarrolló en varias publicaciones, logrando demostrar con mucho ingenio, que es cierto que la voz «América» se deriva del nombre de dicho cartógrafo, pero convertido ese nombre en *Americo*, para relacionarlo con el vocablo *Amerrique*.

Esa es la tesis que sostuvo M. Marcou y la que yo tengo por más plausible, sin perjuicio de no aceptar algunas de sus aserciones. (197)

Como se ve tenemos los centroamericanos, en particular los nicaragüenses, la satisfacción de que sea originario de

(197) La primera publicación de su idea la hizo M. Marcou en el *Atlantic Monthly*, de marzo de 1876; mas sus dos folletos principales respecto a esa cuestión son los titulados: *Amerriques=Amerigho Vespucci=et=Amérique*, París, 1892, y *origin of name America*», publicado en el *Goldthwaite's Geographical Magazine* y en folleto separado, Nueva York, febrero de 1893. Muchos de sus trabajos han sido traducidos al español y a otras lenguas, y sus aseveraciones han sido ampliamente discutidas. Entre los americanistas españoles el más notable de sus competidores fué D. Marcos Jiménez de la Espada.

estos países el término que se combinó con el nombre de Vespucci para bautizar el Continente Occidental. (198)

Hace cuarenta años nadie tenía noticia de que existieran la sierra y tribu de *Amerrique* hasta que el geólogo inglés Tomás Belt, que residió algunos años en Nicaragua, hizo mención de ellas en su estimable obra *The Naturalist in Nicaragua*, publicada en Londres en 1874. Tan ignorada era la existencia de esos montes que todavía en 1888 decía el historiador nicaragüense D. José Dolores Gámez que no sabía que hubiese ni que hubiera habido nunca «cordillera montañosa conocida con el nombre de América».

Hoy nadie duda de la realidad de la existencia de *Amerrique*, entre el Lago de Nicaragua y la Mosquitia; que es una región en que hay bastante oro, muy maleable, y que la tribu que allí habita se extendía en otro tiempo hasta la costa atlántica.

En la citada obra del señor Gámez se dice que el vocablo *Amerrique* quiere decir «país del viento»; a mi entender es voz de origen quiché, y significa «pueblo o lugar extenso». Se compone de *am* o *ame*, raíz de *amag*=pueblo, y de *riq*=extensión, extenderse.

La forma *Amerrisque* usada por algunos en Nicaragua es una simple corruptela; los indígenas de la localidad de que tratamos dicen *Amerrique*.

Hemos de estar que la noticia de la existencia de *Amerrique* la obtuvieron los conquistadores desde antes de 1504, y aun puede decirse que fué vulgar durante algunos años, y después cayó en olvido, por haber pasado el vocablo a designar al Nuevo Mundo entero. M. Marcou formuló tres hipótesis respecto a la época y medio como se obtuvo esa noticia. En primer lugar apeló al problemático «primer viaje de Vespucci» (199), verificado, según dicen, del 10 de mayo de 1497 al 18 de octubre de 1498, siendo jefes de la expedición, según Varnhagen, Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís, quienes llegaron de Canarias al Cabo de

---

(198) Nuestro Continente era designado en un principio con el nombre de «Indias», con el de *Alter Orbis* o *Mondo Nuovo* (Nuevo Mundo), introducido por Pedro Mártir de Anglería; con el de *Terra Sanctae-Crucis*, y otros por el estilo.

(199) *Amerigho* o *Amerigo* Vespucci, nacido en Florencia el 18 de marzo de 1452, se dedicó durante muchos años al comercio, y como a la postre le fué mal, se convirtió en cosmógrafo, marino y, sobre todo, cartógrafo, al servicio de España. Respecto a la verdadera forma de su nombre hay muchos datos contradictorios más las dos que principalmente usó, y de que hay constancia auténtica, son las dos preindicadas, y aun *Alberico*, salvo después de 1507, que empezó a firmar *Amerrigo*.

Gracias a Dios, y recorrieron la costa hasta cerca de la laguna de Caratasca, y tuvieron ocasión de hablar con algunos de los indios de la comarca, algunos de los cuales ostentaban adornos de oro, quitados a sus vecinos, con quienes vivían en guerra. Marcou cree probable que los españoles hayan oído en esa ocasión mencionar el nombre *Amerrique*, como lugar de procedencia del precioso metal, y que así empezó a conocerse y a adquirir fama el país de *Amerrique*. Desgraciadamente ese primer viaje de Vespucci tiene todas las apariencias de apócrifo, dicho sea con perdón de éste, de quien el cándido de Colón decía que era «mucho hombre de bien». El mismo señor Marcou, en una de sus primeras publicaciones respecto al origen del nombre de este Continente, avanzó la hipótesis de que Vespucci vino a Gracias a Dios después de sus cuatro primeros viajes, y que respecto a ese último nada publicó. La verdad es que todo lo relativo a esos viajes está envuelto en sombras.

También considera plausible el señor Marcou que la noticia la hayan adquirido los españoles cuando Hojeda hizo su primer viaje, en 1499, que fué cuando trajo a Vespucci y a de la Cosa, probablemente en la travesía de la costa de Paria a la provincia de Coqui-bacoia y cabo de la Vela; mas a mí se me dificulta creer que los indios de esa costa conociesen el nombre *Amerrique*. Según el ilustrado geólogo la isla imaginaria que se ve en el mapa de Cantino (dibujado en Lisboa en 1502), con la doble designación de *Tamarrique* (que está muy clara) y de *Ilha Riqua* (que no me parece diga así la leyenda), es la tierra de *Amarrique*, pues *Tamarique* está por *T. Amarique*, o *Terra Amarique*. Y, a decir verdad, la posición de la isla no deja de corresponder a la posición en que realmente está la sierra de Amerrique respecto a Arqua de Bocoia, o provincia de Paraguaná.

Harrise sospechaba y Marcou lo cree probable que Vespucci sugirió a Cantino la colocación de esa isla, y como la voz *Amerrique*, se parece al nombre de Vespucci, algunos creyeron que el cartógrafo florentino hacía poner su nombre en las cartas. Schoner, en 1533, lo acusó formalmente de esa falta. Ya veremos que cabe sospechar haya habido malicia en la supresión de una *r* de la voz *Amerrique*, caso de ser cierto que él haya sugerido a Cantino la colocación de la isla, y que *Tamarique* quiera decir «Tierra de Amerique».

Mucha más propicia ocasión para adquirir noticias de la montaña y tribu de *Amerrique*, y de la riqueza aurífera

de esa región, fué el cuarto viaje del Almirante, por más que el tal nombre no figure en la *lettera rarissima* de Colón, exhumada por el Conde Luis Bossi en 1816, y que citamos ya en el capítulo anterior. (La fechada en Jamaica, el 7 de julio de 1503). Que entonces hayan oído hablar a los indios acerca de la sierra de Amerrique, es cosa muy aceptable, y tanto Colón como sus 150 acompañantes pudieron difundir después en España la fama de esa región aurífera, que por esta sola circunstancia se ha de haber hecho notoria y vino a ser el nombre con que se designaba a toda esa costa, a las tierras descubiertas por Colón en su último viaje.

El estado de abatimiento y de postración en que se encontraba el Almirante cuando escribió dicha carta justifica su olvido de ciertos detalles y el poco orden que emplea en la exposición de los hechos, advertido ya por Humboldt, sin que sea preciso suponer en Colón (como lo supone M. Marcou) cierto despecho por el poco provecho que sacó de la expedición.

Bien puede ser también, como sospecha M. Marcou, que Vespucci haya contribuído a popularizar la fama de Amerrique, consignando este nombre en algunas de las cartas que hacía.

182. — Vespucci, era, a no dudarlo, uno de esos hombres que se pirran por llamar la atención del mundo, y no omitía medio alguno de ponerse en exhibición. Mostró decidido empeño en dar a conocer sus viajes, valiéndose de diversos artificios para aparecer siempre en primera línea.

Había escrito una relación minuciosa de sus cuatro navegaciones, la cual nunca logró publicar, ni ha llegado hasta nosotros; pero sí un resumen o compendio de esa relación, el cual remitió a diversos personajes. Una de las copias, traducida al francés, fué enviada a René, rey de Sicilia y de Jerusalén, y duque de Lorena, en 1506, acompañada del mapa correspondiente, que se ha perdido, en el cual supone M. Marcou figuraba el nombre *Amerrique.*

El rey dió el manuscrito a su secretario Gaultier o Guatrin Lud, para que lo tradujese al latín, y éste lo puso en manos de su amigo el canónigo Juan Basín, persona reconocida como eminencia literaria, y a éste se debe la versión latina titulada *Quatuor Navigationes.*

En Saint-Dié existía por entonces un club o academia escolar, llamado «*Gimnasium Vosagense*», fundado por Gaultier Lud, y al cual pertenecían los principales personajes de la abadía y de la ciudad, entre ellos Nicolás Lud, Juan

Basín, Matías Ringmann, Martín Waltzemüller (o Waldseemuller) etc. etc. En la época de que tratamos el Gimnasio vosgiano estaba preparando una traducción latina de las obras de Tolomeo, para lo cual contaba con una imprenta, de la que era corrector de pruebas *(castigator)* el mencionado Waltzemüller, que también era hombre de ciencia, que firmaba sus escritos con el nombre de *Martinus Ilacomylus* o *Hylacomylus.*

Este Gimnasio creyó aportuno anteponer a la traducción de los viajes de Vespucci una introducción geográfica con un planisferio, trabajo que fué hecho por varios de los miembros, y que constituye la famosa *Cosmographiae Introductio.* La parte que nos interesa, en que está «el pasaje fatal», fué escrita por Basín, el cual pasaje dice así, traducido literalmente al español: Más ahora que estas regiones han sido más detalladamente exploradas, y cuatro nuevas partes han sido descubiertas por «Americus Vespuccius», como se verá adelante, me parece muy justo llamarlas *Amerige*, esto es, tierra de *Americ*, de *Americus*, el descubridor, hombre de pensamientos elevados, o mejor *America*, ya que Europa y Asia tienen nombres femeninos».

La forma *Amerige* desde luego se reconoce que fué sacada del nombre de pila de Vespucci (200), mas la segunda, *America,* parece que fué sugerida por el término *Amerrique,* que es probable haya figurado en la carta que acompañaba a la versión francesa, y que por entonces era bastante conocido, como antes digimos, gracias sobre todo a los 150 individuos que acompañaron a Colón en su cuarto viaje, que lo han de haber difundido.

Se daba gran importancia a los descubrimientos de Vespucci y por eso se creyó justo poner su nombre a las tierras recién descubiertas, mas a causa del parecido que tienen su nombre *Amerigo* y el vocablo *Amerrique*, se confundieron ambos términos, formándose el nuevo vocablo *Americus* y su forma femenina *America.* Tanto es así, que Vespucci, a quien naturalmente halagaba en gran manera la ocurrencia del canónigo Basín, para acentuar más el antedicho parecido, dió en firmar *Amerrigo.*

La *Cosmographiae Introductio* apareció en 1507 (de la que se hicieron varias ediciones); cuya redacción se apropió

(200) Todavia en 1535 el geógrafo Nicolini de Sabio, en la edición que publicó en Venecia de la *Cosmographiae Introductio*, aboga por que se prefiera la forma *Amerige*, derivada directamente del nombre de Vespucci:

Waltzemüller, en términos que hoy generalmente se le atribuye la obra.

La *Cosmogrophiae Introductio* se publicó con su correspondiente carta, de la cual no existe ahora más que un ejemplar conocido (aun no descubierto cuando escribió M. Marcou sus citados folletos), en el palacio de Wolfegg, residencia del príncipe regente de Waldburg-Wolfegg-Walsee, donde lo descubrió el año de 1900 el R. P. Jos. Fischer, S. J. Esa es la «partida de bautismo» de *América*, (por la cual han llegado a ofrecer al príncipe hasta 200,000 dólares) por ser el primer mapa en que aparece ese nombre. (201)

Y, cosa rara, el nombre «América» no figura en la carta del Nuevo Mundo agregada por Waltzemüller a su *Tolomeo*, publicado en 1513.

La *Ca Cosmographiae Introductio* vulgarizó el nombre con que el canónigo Basín bautizó nuestro Continente, en términos que, según Schoener, era ya de uso popular en 1515.

Ahora bien, pocos días pasaron sin que se empezase a hacer justicia a Colón, en cuanto a la prioridad de su descubrimiento: el mismo Gimnasio vosgiano, al publicar su Tolomeo, de 1512, declara que Colón fué el descubridor del Nuevo Mundo.

A pesar de eso, nadie pensó en cambiar el nombre, sino hasta algunos años después, debido sin duda, a que el vocablo «América» hacía también alusión al nombre «Amerrique», con que se empezó a designar la tierra firme del Continente Occidental.

M. Marcou hacía hincapié, y con mucha razón, en una circunstancia que revela a las claras que al fraguar el canónigo Basín el nombre «America», trató de asociar en un solo vocablo el nombre *Amerrique* y el nombre de pila de Vespucci, y es la siguiente: si se hubiera tratado simplemente de tomar el nombre de éste, se hubiera adoptado el apellido, no el nombre, según se acostumbra en esos casos, salvo que se trate de personas de sangre real.

(201) M. Marcou reputaba como primer mapa en que aparece el nombre de América, el de Apiano (Pedro Bienewitz), inserto en el *Polyhistor* de Solino, en 1520; extrañándome no haya visto que también figura ese nombre en la carta de Juan Schoener, (de 1515) cuya *Luculentissima quaedam terrae totius descriptio* cita repetidas veces. M. Beuchat considera como primer mapa con el nombre de América el atribuído a Leonardo de Vinci, que remonta a 1514, fecha en que apareció también el globo de Luis Boulenger, en el cual la voz América designa la tierra firme al Sur de las Antillas. Según M. Beuchat fué hasta 1541 cuando se publicó la primera carta en que dicha voz aparece como nombre del Continente Occidental entero: la de Mercator.

CAPITULO QUINTO.

Primeros conquistadores del suelo centroamericano después del cuarto viaje de Cristóbal Colón.

183.—Inmensa resonancia produjo en el Mundo entero, especialmente en España el descubrimiento del Nuevo Mundo. Claramente lo comprueba la multitud de personas de todas las clases sociales que se aprontaron a acompañar al almirante a su segundo viaje, época en que estaba él en el apogeo de su gloria y de su influjo en la Corte.

Ese entusiasmo, aunque pronto decayó un tanto, subsistió lo suficiente para provocar una serie de expediciones en son de conquista, de las cuales sólo mencionaremos las relacionadas más o menos con el objeto de este libro.

Fué aquello una verdadera irrupción de buitres famélicos, como lo confiesa el ilustrado escritor español don Angel Ruiz de Obregón y Retortillo, en la preciosa biografía de Vasco Núñez de Balboa que hace poco publicó: «La desmedida y ciega codicia, dice, que como una mortal epidemia se extendió por toda la nación y se apoderó de todos los ánimos, fué causa de que una inmensa falange de españoles se aprestase a caer como bandada de aves de rapiña en los nuevos territorios, ansiosa de apropiarse los tesoros que se escondían en su seno, y nadie vió más allá de esos ríos en que el oro se pescaba con redes, ni pensó más que en conseguir una parte del botín».

El Rey, que tenía vivo interés en que se colonizara en forma «Tierra Firme», acogió favorablemente las propuestas que al efecto le presentaron el gentil y noble caballero baezano Diego de Nicueza y el experto navegante Alonso de Ojeda, respectivamente. El primero fué nombrado Goberna-

dor de Veragua (atropellando los derechos que respecto a esa región tenía D. Diego el hijo legítimo de Colón) y el segundo de «Nueva Andalucía»; extendiéndose la jurisdicción de Nicuesa desde la mitad del Golfo de Urabá o del Darién hasta el Cabo Gracias a Dios, y la de Ojeda, desde la mitad de dicho golfo hasta el cabo de la Vela.

Ambas expediciones fracasaron. Ojeda, después de varios combates con los indios, en que la fortuna le fué casi siempre adversa, logró establecer un embrión de colonia en el Golfo de Darién bajo la advocación de San Sebastián, mas las continuas hostilidades de los aborígenes y la escasez de víveres lo obligaron a ir en persona a traer refuerzos y vituallas, y tras una serie de novelezcas aventuras, falleció en Santo Domingo.

Nicuesa emprendió su expedición en 1509, con tan mala estrella, que tras varios desgraciados percances, tuvo que recorrer a pié una gran parte de la Costa Atlántica de Costa Rica; trató de establecer una colonia en el Río Belén, que no tuvo mejor suerte que la que allí organizó Colón en su cuarto viaje, y por fin llegó al puerto de Bastimentos, donde construyó un fuerte que denominó «Nombre de Dios».

Inter tanto que esas peripepcias ocurrían el bachiller Martín Fernández de Enciso organizó otra expedición en Santo Domingo, para ir en socorro de Ojeda. Entre los expedicionarios iba el célebre Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Pacífico. El bachiller Enciso y sus secuaces sufrieron también muchos contratiempos, y a la postre llegaron a la desembocadura del Río de Darién, donde fundaron la población de Santa María de la Antigua, en tierras pertenecientes a la Gobernación de Nicuesa.

Balboa logró pronto sustituír a Enciso en el mando de la colonia, no sin provocar serios trastornos. Para remediar éstos se resolvió llamar a Nicuesa para que se hiciese cargo del mando; pero éste tuvo la indiscreción de soltar ciertas expresiones que le enagenaron la confianza de sus futuros subalternos, al grado que ni siquiera pudo desembarcar en Santa María, y al fin fué obligado a regresar en un mal barquichuelo, el 1o. de marzo de 1511, sin que hasta hoy se sepa a donde fué a parar.

Libre ya Balboa de rivales y competidores desplegó sus admirables aptitudes como militar y como gobernante, haciéndose a la vez respetar y querer, y cultivando buenas relaciones con los caciques de las tribus vecinas á Santa

María, de los cuales sacaba con hábil modo provisiones de boca y oro en abundancia, sin perjuicio de ir Balboa a *tomarlo* cuando era necesario, lo cual aconteció más de una vez.

Cuenta el cronista Herrera que deseoso Balboa de trabar amistad con el Cacique Camargo fue a visitarlo y que éste, sus siete hijos y los principales miembros de la tribu lo recibieron muy bien y le obsequiaron de diversos modos: el primogénito del cacique le regaló setenta esclavos y oro por valor de cuatro mil pesos. Balboa, después de apartar la cuarta parte correspondiente al Rey, trató de repartir el resto entre sus soldados, pero éstos metieron tal alboroto, que el hijo de Camargo donante del oro los reprendió amargamente por su codicia, diciéndoles que podían ir a adquirirlo en tal abundancia que llegarían a despreciarlo, yendo a cierto país en que había muchísimo oro.

Calmado el tumulto y hecha la repartición, Balboa interrogó minuciosamente al hijo del cacique respecto a ese país, y fué en esa ocasión que tuvo por primera vez noticia de la existencia del otro Océano. Conocida es la historia de la expedición que organizó e hizo para ir a buscarlo, logrando descubrir el Pacífico el 26 de septiembre de 1513 y tomar posesión de él, en nombre de España, el día 29, en el golfo que desde esa fecha se llamó de San Miguel.

184.—Mientras Balboa realizaba su gloriosa odisea, Enciso y sus parciales no se durmieron: fueron a la Corte y presentaron graves acusaciones contra el actual Gobernador de Tierra Firme, las que fueron atendidas por el obispo Fonseca (200), a la sazón árbitro de cuanto asunto se refería a Indias, y enemigo de cuantos se metían a conquistadores sin contar previamente con su apoyo.

Por recomendaciones de ese prelado se nombró el 27 de julio de 1513 Gobernador y Capitán de Castilla del Oro (nombre que desde entonces recibió Tierra Firme) a un hidalgo de Segovia llamado Pedro Arias de Avila (o Pedrarias Dávila; por contracción), que aunque era ya setentón conservaba mucha energía; casado con doña Isabel de Bobadilla, sobrina de la Condesa de Moya, que había sido gran amiga de Isabel la Católica.

(200) Don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos (fallecido el 4 de noviembre de 1524) tuvo a su cargo la superintendencia de los negocios coloniales de España durante el Gobierno de Felipe II, y también de Carlos V. Fué dean y arcedeán de la Catedral de Sevilla, después obispo de Badajoz, luego de Córdova, en seguida de Palencia y por último de Burgos, a la vez que arzobispo de Rosano.

Pedrarias salió de Sanlúcar el 12 de abril de 1514, llevando 15 navíos y unos mil quinientos hombres, entre los cuales iba el obispo nombrado de Tierra-Firme, Fray Juan de Quevedo, y llegó al Darién el 30 de junio. Inmediatamente buscó a Balboa, que estaba en la colonia de Santa María, y lo sometió a juicio de residencia. Condenándolo a pagar daños y perjuicios al bachiller Fernández Enciso.

Desde los primeros días de su Gobierno se mostró Pedrarias digno del expresivo título o apodo que le aplicó el P. Las Casas: *Furor Dómini*, por su carácter bélico, duro y sanguinario. Sus relaciones con Balboa eran cada día más tirantes, y aunque gracias a los esfuerzos de doña Isabel de Bobadilla y del obispo Quevedo, se creyó por un instante haberlos reconciliado, concediendo a Balboa, en señal de paz y amistad, la mano de una de las dos hijas que tenía Pedrarias en España, doña María de Peñalosa, a la que nunca llegó a conocer Balboa, poco tiempo después y con un fútil pretexto fué degollado el descubridor del Pacífico, por orden de su suegro, en 1517.

Ahora bien, desde 1516 principiaron los agentes de Pedrarias a explorar la costa del Pacífico hacia el Oeste. Bartolomé Hurtado, enviado por el licenciado Espinosa, favorito del Gobernador, llegó hasta 60 leguas adelante de Natá, descubriendo así parte de la costa occidental de Costa Rica.

Después de la fundación de Panamá (15 de agosto de 1519) emprendió una expedición de descubrimientos el licenciado Espinosa, llevando por piloto a Juan de Castañeda: Espinosa se quedó en Burica, en tanto que Castañeda y Hernán Ponce de León fueron al golfo de Osa (Golfo Dulce) y a la comarca de los Cuchiras, yendo después hasta el golfete de San Vicente (antiguo puerto de Caldera). Así es como fué descubierto el Golfo de Nicoya por Castañeda y Ponce de León, por cuenta de Pedrarias, en 1519.

185.—Con el descubrimiento de la Mar del Sur se abrió una nueva ruta para empresas marítimas: uno de los primeros que se presentaron en la Corte pidiendo licencia y auxilios para explorar el Pacífico fué Andrés Niño, piloto de mucha fama, pero falto de la influencia necesaria para conseguirlo. Esta circunstancia lo obligó a buscar una persona que estuviese en mejores condiciones a ese respecto, y tuvo la fortuna de encontrar a un caballero de Avila

llamado Gil González (201) contador de la isla Española y protegido del obispo Fonseca, quien logró arreglar satisfactoriamente el asunto, poniéndose, por supuesto, a la cabeza de la empresa. El 18 de junio de 1519 se firmó un contrato con el Rey para ir a descubrir hasta mil leguas por las costas del Pacífico, hacia el Oeste, quedando nombrado Gil González Capitán General de la armada (v. el tomo XIV de los *Documentos inéditos del Archivo de Indias).*

Se gastaron para arreglar la armada, 3.795,833 maravedises, de los cuales puso el Rey 1.800,000; Gil González, 358,941; Cristóbal de Haro, 551,814, y Andrés Niño, 1.058,078; se componía de tres naos, Santa María de la *Merced*, de 100 toneles; *Santa María de la Consolación*, de 75 toneles, y Victoria, de 55 toneles, compradas por Niño, y de 150 tripulantes, con todo lo necesario para fabricar barcos si fuera necesario. Salieron de Sanlúcar el 13 de septiembre de de 1519 y a principios de enero llegaron al puerto de Acla, fundado por Pedrarias en Castilla del Oro.

En obsequio de la brevedad no referiré los titánicos esfuerzos e indecibles trabajos de Gil González y sus compañeros hasta lograr tener una flotilla en la isla de las Perlas, en el Pacífico, de donde salieron para el Oeste en 1522.

Gil González desembarcó en Chiriquí y siguiendo por tierra con 100 hombres, pasó por Burica, Golfo Dulce y Térraba hasta llegar a la bahía de Caldera, donde encontró sus naves. Continuó viajando por tierra, explorando el Golfo de Nicoya. En el pueblo de este nombre, capital de los Chorotegas, fué muy bien recibido y agasajado con oro. Pasó después a Nicaragua, donde descubrió el gran lago, y tras reñidos combates con los indios regresó a Panamá, (25 de junio de 1524), habiendo recorrido a pie unas 224 leguas, y recogido bastante oro. Por su parte Andrés Niño descubrió el Golfo de Fonseca y llegó hasta el de Tehuantepeque, en México.

En el territorio de Costa Rica continuaban luchando, mientras tanto, por cuenta de Pedrarias, Diego de Albitez y después Francisco Campañón, sin que hubieran logrado someter al indomable cacique Urraca.

Pedrarias quiso arrebatar a Gil González una parte siquiera del oro que había recogido; mas éste se escapó a

(201). No debe confundirse este Gil González con su homónimo el erudito autor del *Teatro eclesiástico de la primitiva Iglesia de las Indias Occidentales*, que nació hacia 1578 y murió en 1658.

tiempo a preparar una segunda expedición, y Pedrarias, temeroso de que su rival se le adelantase otra vez, organizó apresuradamente una escuadrilla al mando de Francisco Fernández de Córdova.

Este caudillo fué el fundador de la ciudad de Bruselas (cuya ubicación no es bien conocida), (202) a principios de 1524, la cual contó muy pocos años de existencia. Después pasó a Nicaragua y fundó las ciudades de León y de Granada.

185.—Gil González a su vez preparó una segunda expedición, cuyo principal objeto era buscar el desaguadero del lago de Nicaragua y el estrecho dudoso entre ambos océanos.

Emprendió la marcha con una pequeña escuadra, llevando 300 hombres y 50 caballos. Llegó a la costa de Honduras, de donde pasó al Golfo Dulce, perteneciente hoy a Guatemala. Allí fundó en 1524 la ciudad de San Gil de Buenavista, que duró muy poco tiempo. De San Gil se fue hasta el valle de Olancho. Al saberlo Fernández de Córdova, mandó a Hernando de Soto con unos cuantos soldados a atacar a Gil González, pero éste derrotó, por medio de un indigno ardid, al futuro adelantado de Florida y descubridor del Mississippi.

Agravóse la situación con la llegada de un tercer pretendiente a colonizar Honduras: Cristóbal de Olid, enviado por Hernán Cortés, el conquistador de México. Embarcóse Olid el 11 de enero de 1524 en el puerto de Veracruz, al que llamaba San Juan de Chachicueca. A su paso por la Habana, el Gobernador de la isla, Diego de Velásquez y otros enemigos de Cortés, malearon a Olid, concertando con éste que ocuparía la tierra de Honduras en nombre del Rey, y que los beneficios que produjera la empresa se partirían entre él y Velásquez.

El 3 de mayo de dicho año llegó Olid a Honduras, desembarcando en una rada que está a 15 leguas adelante de Puerto-Caballos, donde tomó posesión del país en nombre del Rey y de Cortés (pues no creía oportuno se supiese todavía su arreglo con Velásquez) y fundó la villa del Triunfo de la Cruz.

---

(202) Según el sabio historiador Dn. León Fernández, Bruselas estaba en la costa del Golfo de Nicoya, otros han creído que estuvo en la culata de ese golfo, y D. Manuel M. Peralta (cuya opinión acepta don Ricardo Fernández Guardia) la coloca cerca del Puerto de Puntarenas.

Mas pronto llegó a oídos del conquistador de México la traición de Olid, y para castigarlo mandó inmediatamente otra escuadra, al mando de su primo político Francisco de las Casas.

La fortuna se mostró al principio muy propicia para Olid, pues al poco tiempo de su llegada había logrado tener en su poder, en calidad de prisioneros, a Las Casas y a González.

Pocos días después se trasladó Olid a Naco, llevando consigo a Las Casas, a González y a otros individuos, a quienes hospedó en su propia casa, tratándolos más como amigos que como prisioneros.

Las Casas y González fraguaron una conjuración, principiando el primero de ellos por herir gravemente a Olid y hacerlo ultimar después. En seguida organizó Las Casas la Colonia lo mejor que pudo, regresando inmediatamente a México, llevando preso a Gil González, quien fue remitido a España, donde murió el 21 de abril de 1526.

Al saber la audiencia de Santo Domingo lo acaecido en Honduras, mandó al fiscal Pedro Moreno para que restableciese el orden con instrucción de dejar la Gobernación de Nicaragua a Gil González, misión que desempeñó cometiendo muchos abusos. Por su parte Fernández de Córdova se reveló contra Pedrarias en el mismo Nicaragua, con el propósito de que la Gobernación de esa colonia dependiese directamente de la Audiencia de Santo Domingo. Eso obligó a Pedrarias a venir de Panamá a Nicaragua, logrando pronto apoderarse de Fernández de Córdova. Juzgando estaba a éste cuando supo que don Pedro de Alvarado estaba en Chorotega Malalacá: en el acto se traslada Pedrarias a León, llevando a su prisionero y manda a Hernán Ponce de León, Andrés Garabito y Francisco Campañón a detener al adelantado de Guatemala; mas todo se redujo a unas cuantas discusiones sobre límites, de las que resultó que Alvarado enviase un comisionado especial, Gaspar Arias de Avila, para que se viese con Pedrarias, ignorándose que instrucciones llevaba. Pedrarias entretanto hizo degollar a Fernández de Córdava.

186.—Es de advertir que Cortés, no contento con haber mandado a su primo Las Casas, resolvió ir personalmente a Honduras: salió de México el 12 de octubre de 1524, con numerosas huestes, gran pompa e inmensos pertrechos, y tras una marcha verdaderamente prodigiosa, a

través de selvas vírgenes, venciendo incontables dificultades, arrostrando peligros y contratiempos, llegó cerca del actual puerto de Livingston, perteneciente a Guatemala, donde supo que a dos jornadas de distancia, en la colonia de Nito, estaban los españoles, y poco después obtuvo detallada relación del fin trágico de Olid, y de que al partir Las Casas con Gil González para México dejó por gobernador a un tal Armenta, a quien poco después ahorcaron los españoles, poniendo en su lugar a otro individuo, llamado Antonio Nieto.

Cortés se trasladó incontinenti a la colonia de Nito, situada a unas dos leguas al Este de la boca del Río Dulce no lejos del local en que Gil González Dávila había fundado a San Gil de Buenavista.

Encontró Cortés a los moradores de Nito, en la más espantosa miseria, así es que su primer cuidado fue proporcionar medios de subsistencia, para ellos y para la gente que él traía. Eso lo obligó a emprender una penosa excursión por la laguna de Izabal y Río Polochic y a cometer verdaderos actos de bandidaje con los indios de las comarcas vecinas, pasando Cortés y sus soldados apuradísimos lances. Para disminuír los consumidores en Nito mandó una parte de su tropa a Naco, a las órdenes de Gonzalo Sandoval.

De Nito se trasladó Cortés a Puertocaballos donde fundó la villa de la Natividad el 8 de septiembre de 1525. En seguida se fué a Trujillo recién fundado por orden de Francisco de Las Casas, nombrando Gobernador de la colonia a su primo Hernando de Saavedra.

Sandoval procuró reorganizar la colonia de Naco, pero nuevos disturbios paralizaron sus esfuerzos: supo que cerca de allí andaban merodeando unos cuantos españoles y salió inmediatamente a buscarlos: eran unos cuarenta hombres al mando del Capitán Pedro de Garro, y pertenecían a los parciales de Fernández de Córdova, e iban en busca del bachiller Moreno, para concertar con él que Nicaragua dependiese en lo sucesivo de la Audiencia de Santo Domingo.

Sandoval dió parte de lo ocurrido a Cortés y éste creyó que la ocasión era propicia para anexar a Nicaragua a *su* gobernación de Honduras, entendiéndose con Fernández de Córdova; mas la llegada de Pedrarias y consiguiente prisión de Fernández de Córdova hizo fracasar el proyecto.

Cortés recibió noticias alarmantes respecto a la situación de México que lo obligaron a preparar inmediatamente su regreso a Nueva España, y aunque tropezó con algunas dificultades, logró al fin realizarlo: mandó el grueso de su ejército por tierra, al mando de Luis Marín, y él se fué por agua, desembarcando en Veracruz el 24 de mayo de 1526.

D. Pedro de Alvarado, capitán de Cortés y conquistador de Guatemala, habiendo recibido carta de su jefe, llamándolo a Honduras, salió en seguida en busca de él; mas en la Choluteca se encontró con Marín, y enterado de lo que había pasado, determinó regresar a Guatemala, junto con los soldados de Cortés. Entonces fue cuando se verificaron las conferencias de Alvarado con los agentes de Pedrarias,

187.—Por real cédula escrita en Toledo el 20 de noviembre de 1525 fué nombrado gobernador de Honduras Diego López de Salcedo, a quien también acometió la ambición de apoderarse de Nicaragua, a la que llamó "Nuevo Reino de León», mas pronto cayó en poder de Pedrarias, que lo tuvo algún tiempo preso. Y este aventurero, depuesto de la Gobernación de Castilla del Oro, a causa de sus manejos, logró que se le nombrase Gobernador y Capitán General de Nicaragua, expidiéndosele el título de tal en Valladolid, el 1.º de junio de 1527.

En la relación que Pedrarias dirigió al Rey, escrita en León a 25 de enero de 1529, le pedía que los territorios que hoy componen las republicas de Honduras y de El Salvador, quedaran dentro de los términos de su jurisdicción; petición de que no se hizo caso.

CAPITULO SEXTO.

Conquista de Guatemala

188. — Repetidas veces hemos mencionado en las páginas anteriores la conquista de México por Cortés y la de Guatemala por Alvarado, y aunque no nos corresponde historiar ni una ni otra conquista, haremos no pocas referencias a la primera, al tratar de las proezas del Adelantado, y nos es indispensable narrar, aunque sea sumariamente, la segunda, preludio y base de la conquista de Cuzcatlán.

No contento Cortés con el territorio que había sojuzgado en Méjico, dispuso que su predilecto capitán D. Pedro de Alvarado fuese a conquistar el reino de Guatemala, con intención, sin duda, de que abarcara las tierras que se disputaban Pedrarias y Gil González en Honduras y Nicaragua, pues a la vez dispuso, como queda dicho, fuese por mar a esas tierras Cristóbal de Olid, que salió primero que Alvarado a desempeñar su comisión.

Los *cachiqueles* (no los *quichés*, como lo da a entender Alvarado en una de sus dos cartas a Cortés) se habían apresurado a enviar una embajada a Cortés recabando su amistad, acto inspirado por el deseo y necesidad de contraer *alianzas*, para combatir a sus vecinos y rivales, los utlatecos, con quienes vivían en perpetua discordia.

Alvarado salió de México el 6 de diciembre (no el 13 de noviembre, como asevera el P. Juarros) de 1523, trayendo, según Bernal Díaz del Castillo, 300 soldados de infantería (de los cuales 130 eran ballesteros y escopeteros), 120 de caballería, 200 indios auxiliares, tlaxcaltecas y 100 mexicanos, con 4 piezas de artillería, 40 caballos de reser-

va, buena cantidad de pertrechos de guerra, y gran número de *tlamemes* o cargadores. No hay tal que haya traído 10,000 mexicanos y otros tantos acolhuas, como refiere el abate Brasseur de Bourbourg. Lo acompañaban también varios caballeros españoles, ávidos de hacer fortuna, y los clérigos Juan Godínez y Juan Díaz, en calidad de capellanes. (203)

De paso y en la forma expedita y breve que empleaban los conquistadores con los indios rebeldes, vale decir sanguinaria y cruel, pacificó Alvarado ciertos pueblos de la provincia de Tehuantepec, en cuya cabecera fué bien recibido y se proveyó de abundantes vituallas.

En el Soconusco principió Alvarado a encontrar oposición, por más que Fr. Francisco Ximénez (cuya *Historia*, ya trunca por desgracia, se conserva inédita en Guatemala) asegure que fué acogido amistosamente y que no obstante eso devastó los pueblos de esa provincia. Por el contrario, un numeroso ejército de quichés y soconuscos salió al encuentro del conquistador, con el cual tuvieron los españoles un reñido combate, cerca de Tonalá, logrando éstos desbaratar las fuerzas indígenas.

Por medio de algunos de los prisioneros que cogió envió recado a los jefes indígenas de Guatemala, notificándoles su llegada, recordándoles que se habían sometido voluntariamente al Rey de España (lo cual sólo era en parte cierto respecto a los cachiqueles) e intimándoles rendición, so pena de hacerles la guerra y reducirlos a servidumbre, como súbditos rebeldes.

189.—Los quichés no se amilanaron con motivo del descalabro de sus tropas en Tonalá, sino que organizaron inmediatamente otro ejército, aun más numeroso, apelando a los pueblos aliados de ellos.

Ejercía la magistratura suprema de *Ahau-Ahpop* el princípe Oxib-Queh, teniendo por adjunto o *Ahpop-Camhá* al príncipe Beleheb-Tzy; la de "gran elegido de Cawek" la desempeñaba Tecun-Umán (el anciano), y Tepepul estaba investido con la dignidad de "Gran Sacerdote de Tohil". Tecún fué elegido general en jefe.

Si bien es inaceptable, por evidentemente exagerado, el número de soldados de que, según Fuentes y Guzmán,

---

(203) El señor Milla hace ver que no es exacto que haya venido con Alvarado el mercedario Fr. Bartolomé de Olmedo, como lo asegura el Bernal Díaz impreso por Fr. Alonso Román, y que según el Título de la casa de Ixcuin Nihaib vinieron también cuatro franciscanos (Fr. Gonzalo, Fr. Francisco, Fr. Domingo y Fr. Juan, Doctor) y aun dos domínicos.

se componía el ejército quiché, sí ha de haber sido mucho mayor que el de los españoles.

De Tonalá se dirigió Alvarado a Zapotitlán o Xetulul, capital de la provincia de Xuchiltepec. A los tres días de marcha atravesando las montañas desiertas de Palahunoh, capturó tres espías quichés, a los que no sólo trató muy bien, sino que aprovechó para mandar un nuevo requerimiento pacífico a los señores de Xetulul.

Como no obtuvo contestación ninguna continuó su marcha, y bien pronto avistó en las márgenes del Tilapa, límite entre el Soconusco y Xuchiltepec, a las huestes quichés, que venían a rechazarlo. Se trabó tremenda lucha, quedando victoriosos los españoles, a pesar de su inferioridad numérica, gracias a su pericia y elementos bélicos con que contaban, nunca vistos por los indios.

Por fín y después de otros varios encuentros logró apoderarse de Zapotitlán.

Alvarado continuó avanzando hacia Tzakahá. Con gran trabajo subieron la gran cuesta llamada hoy de Santa María de Jesús, batiéndose a cada instante con los indios. Al llegar a la meta descubrieron un nuevo cuerpo de ejército, compuesto, según Alvarado, de unos 30,000 hombres, a los que lograron debelar, no sin gran trabajo. Alvarado buscó en seguida un lugar apropiado para descansar, donde había unas fuentes; mas apenas se había apeado del caballo, vió llegar otro cuerpo de ejército, que se dice iba al mando del príncipe Ahzumanché, pariente de Tecún y uno de los principales jefes del Quiché. Trabóse al instante una nueva y aun más reñida batalla, de funestas consecuencias para los indios: Ahzumanché fué una de las víctimas.

El terreno en que se libró ese combate está cruzado por el río de Olintepeque, cuyas aguas se enrrojecieron ese dia con la sangre de los combatientes, por lo cual se le llamó desde entonces *Xequiquel* o "río de sangre"; si bien el P. Ximénez traduce de muy distinto modo ese vocablo: según él quiere decir "bajo del hule".

Al siguiente día entró Alvarado en *Tzakahá*, y tres días después se trasladó a *Xelahuh*, situado a dos leguas de distancia (204), ciudad populosa, que encontraron completamente desolada.

---

(204) Cuenta el señor Milla (en la pág. X de la Introduc. a su primer tomo de *Hist. de la América Central)* que una de las ramas de la poderosa familia de los Mames tenía por capital a *Qulahá*, situada al pie del volcán de *Excanul* (Santa María), que habiéndose apo-

Tres días después recibió noticia Alvarado de que un nuevo ejército quiché venía a atacarlo: era el último cartucho con que contaba Tecún Umán para defender sus hogares, y esta vez venía él en persona a la cabeza de sus tropas.

Alvarado dispuso salir al encuentro del enemigo, y en una hermosa llanura (probablemente la que queda entre Quezaltenango y Totonicapán) se verificó la batalla, último y estéril esfuerzo de los pobres quichés: Tecún murió gloriosamente en el combate.

Tal es, en resumen, la narración de los hechos ocurridos desde la invasión de Alvarado hasta la muerte de Tecún, consignada en la obra del señor Milla; mas respecto a muchos detalles encuentro notables variantes en los documentos y autores que he consultado.

La *Isagoge histórica*, por ejemplo, dice que fué en la cuesta misma de Santa María donde se verificó el combate que dió origen al epíteto *Xequiquel*, lo cual me parece una evidente equivocación del autor de ese escrito, porque dicho vocablo, a mi entender, significa literalmente "pie o falda ensangrentada". Más bien el combate que a continuación refiere el mismo documento pudo dar origen a la tal denominación, pues se verificó yendo los indios en retirada, arriba, al llegar "cerca de una colina de la cual se baja a una Vega por donde corre un bastante Río", y fué tan reñido "que por mucho tiempo corrió convertido en sangre el Río de aquella Vega".

Llegados los españoles al llano de Quezaltenango descubrieron el cuerpo principal del ejército quiché, al mando del rey Tecún Umán, de su capitán general Ahzu Manché y del Gran Rodelero Ahpocob. Empeñada la refriega, en medio del furor de la batalla, dió muerte D. Pedro de Alvarado al monarca quiché. "Estando ya libre la campaña toda de enemigos, agrega la Ysagoge, entró el Exército Español en el gran pueblo de Quezaltenango".

derado después los Quichés del territorio de los Mames, cambiaron el nombre a la capital, dándole el de *Xelahuh* o *Xelahun quiché*, que significa "bajo los diez venados" (*)

Después (en la pág. 70 de dicho tomo) dice el señor Milla que los aztecas que acompañaban a Alvarado pusieron a Tzacahá el nombre de *Quezaltenango;* que esa población se trasladó pocos años después al lugar que hoy ocupa la metrópoli altense, y que los vecinos de Xelahuh fueron obligados a trasladarse allí, por lo que le pusieron también ese nombre. Mas según el erudito anticuario guatemalteco D. Manuel García Elgueta, Zakahá ("agua blanca amarga") nunca se llamó Quezaltenango, fué siempre un pueblucho entre San Cristóbal y Salcajá, y Xelahuh o Quezaltenango siempre ha estado donde está.

(*) Brasseur trata durísimamente a Fuentes y Guzmán porque éste dice que *Xelahu* significaba "bajo los diez señores".

También el Título de la Casa de Yxcuin Nihaib refiere que en el encuentro ocurrido en el llano del Pinal, es decir, a orillas del Pachab, en el punto de Pakahá, donde estaba situada la población de Xelahuh, fué donde nuestro conquistador mató a Tecún Umán, y añade: "lo estuvo mirando muy despacio, (Alvarado al cadáver del rey) y estaba lleno de plumas de Quetzal, muy que por esto le quedó el nombre de *Quezaltenango*, porque aquí en este sitio, nombrado Pakahá, sucedió la muerte de este indio Capitán Tekún".

Según dicho Título *después* de esa acción los españoles continuaron persiguiendo y matando a los indios, "Eran tantos, dice, los indios que mataron, que se hizo un río de sangre que viene a ser por Olintepek por eso se le quedó el nombre de *quiquel*, porque quedó el agua teñida de sangre y también el día se volvió colorado por la mucha sangre que hubo aquel día".

190.—Al saberse en Ufatlán la derrota y muerte de Tecún el pánico fué general: las mujeres y los niños huyeron a esconderse en las barrancas, para salvarse de los españoles, a quienes consideraban como seres sobrenaturales maléficos.

Oxib-Queh y Beleheb-Tzy reunieron un Consejo, y todos convinieron en que no había otro recurso posible que apelar a la astucia para acabar con los *teules*, y a moción de un tal Cailil-Balam, príncipe de los Mems de Zakuleu se convino en llamar amistosamente a Alvarado y los suyos, hacerlos entrar en la ciudad, y una vez en ella darle fuego y caer sobre los españoles.

Alvarado y sus compañeros hubieran caído en la emboscada, pues creyendo sincera la sumisión de los quichés, entraron en Utatlán; mas ciertos indicios hicieron entrar en recelos a Alvarado, y, además, uno de los principales de Xelahuh logró descubrir el plan de los quichés y dio parte al jefe español.

Inmediatamente, pero sin dar la menor señal de desconfianza ni de enojo, sino pretextando que necesitaban salir al campo para que los caballos pastasen libremente, salieron de la ciudad.

Al día siguiente fueron Oxib-Queh y Beleheb-Tzy a visitar al astuto conquistador, quien los recibió con la mayor amabilidad; pero al poco rato cayó sobre ellos una partida de soldados que los cargó de grillos y cadenas, lo mismo que a los principales de su séquito. Alvarado entonces, dando rienda suelta a su enojo, los reconvino durí-

simamente. Incontinenti fueron juzgados por un consejo de guerra, y condenados a ser quemados vivos, sentencia que se ejecutó al día siguiente, ante una multitud de indígenas, presa de asombro y de terror.

«Espectáculo extraño a la verdad!, exclama el señor Milla. Un extranjero audaz, a la cabeza de un puñado de aventureros atrevidos, se arroga el derecho de declarar rebeldes y traidores a los que defienden la independencia de su país, y hace morir bárbaramente a los jefes de una nación grande y culta, que cuenta siglos de existencia.»

Tal fue el triste fin de la monarquía quiché!

El antedicho historiador dice que el horrible acontecimiento que acabamos de recordar «debe haber tenido lugar en los primeros días del mes de abril del año 1524, durante la semana santa.»

Hay en eso un evidente error cronológico: en el año *juliano* 1524 se tuvo 5 de áureo número; 21 de ciclo solar y C B de letras dominicales (dos, porque fue bisiesto). He calculado con esos elementos la fecha en que cayó la Pascua ese año, y resulta que fue el 27 de marzo.

El señor Milla cita en apoyo de su cómputo una relación de la conquista, que escribió el indio Diego Reinoso por orden del obispo Marroquín, relación que tuvo a la vista el historiador Fr. Francisco Ximénez, quien dice que en ella consta «que *Tonatiú* (Alvarado) llegó en el mes de abril, por Pascua de Resurrección.» Mas a mi entender la expresión «por Pascua de Resurrección» se refiere a la semana siguiente al Domingo de Pascua propiamente dicho, la cual semana se extendió ese año hasta el sábado 2 de abril. (205) Alvarado, pues, ha de haber llegado del 1º al 2 de abril, y la ejecución de Oxib-Queh y de Beleheb-Tzy, ha de haber ocurrido el día 4 a más tardar, pero no durante la semana santa, que transcurrió en marzo. La carta de Alvarado a Cortés, en que le da cuenta de ese hecho, está fechada el 11 del mismo mes de abril.

(205). Toda esa semana es de carácter esencialmente pascual: el lunes se conmemora el acontecimiento de Emaus; el martes, la aparición del Señor en medio de los apóstoles; el miércoles, la aparición del Resucitado en el lago de Genesaret a Pedro y a los demás; el jueves, su aparición a María Magdalena en el jardín del Santo Sepulcro; el viernes, su aparición en un monte de Galilea, y el Evangelio del sábado trata de la aparición de Jesús a Maria Magdalena inmediatamente después de la Resurrección.

El domingo siguiente al de Pascua fue llamado *octava pashae* o *pascha clausum* y más tarde «domigo blanco,» *dominica in albis*, scil. *deponendis*, porque los neófitos llevaban hasta este día el vestido blanco que les habían puesto en el bautismo, sacramento que se administraba en Pascua.

191.—Después de la espantosa tragedia que acabamos de relatar, Alvarado mandó arrasar Utatlán, y con objeto de tranquilizar a los quichés que se le habían sometido, sacó de la prisión en que los tenía a un hijo de Beleheb-Tzy y a otro de Tecúu Umán, y los invistió con el poder real, ridículo simulacro de coronación, que de ningún modo puede considerarse como continuación de la monarquía quiché.

En seguida se trasladó con su ejército a Ixinché o Tecpán-Quauhtemallan, capital de los cachiqueles, que de antemano se le habían ofrecido como amigos y aliados, coadyuvando a someter a los quichés.

Los reyes Beleché-Qat y Cahi-Imox (de los que se ha hecho un solo personaje, el famoso *Sinacán)* salieron a recibirlo con grandes muestras de respeto y adhesión, conduciéndolo al palacio de Tzupam, residencia que apenas ocupó un día, temeroso de una traición, prefiriendo alojarse en el del príncipe Chicbal.

Los cachiqueles tuvieron la triste ocurrencia de solicitar la ayuda de Alvarado, para atacar a los zutohiles, implacables y sempiternos enemigos de los cachiqueles; petición que el conquistador acogió favorablemente, pues le permitía extender su dominación. Cinco días después de haber llegado a Ixinché salió Alvarado para Atitlán, tierra de los zutohiles, cuyo rey Tepepul hizo cuanto pudo para defender la autonomía de su nación; mas al fin tuvo que rendirse.

De varias partes llegaron comisionados a rendir parias al invicto capitán español. Entre esos comisionados se dice que fueron los de los *pipiles* a pedirle auxilio contra los indios de Panatat, que con frecuencia talaban sus sementeras. El hecho debe ser cierto, pero los pipiles en referencia, no eran los de Cuzcatlán, sino los que existían allende el Paz, y de que hablamos oportunamente.

Alvarado accedió a la petición, mas tuvo antes que regresar a Ixinché.

Por entonces podemos decir que estaba ya el Reino de Guatemala, sometido a la dominación española.

CAPÍTULO SEPTIMO.

La conquista de Cuzcatlán.

192. — A principios de junio, es decir, cuando la estación de las lluvias está ya plenamente entablada en estos países, salió de nuevo de Ixinché el incansable y valiente D. Pedro de Alvarado, el año de 1524, con un reducido contingente de tropa española y buen número de indios auxiliares, y se encaminó directamente a Itzcuintlán, capital de la provincia o cacicazgo de Panatacatl, en cumplimiento de la oferta que había hecho a los cachiqueles.

En honor a la verdad, en esa expedición, que fué cuando vino a dar por vez primera a estas tierras cuzcatlecas, mostró Alvarado más que nunca la dureza de su corazón y los terribles desmanes de que era capaz.

Toma por sorpresa a Itzcuintlán en altas horas de una obscura noche, y hace pasar a cuchillo a sus indefensos habitantes, siendo una de las víctimas el Señor de ese lugar. Ni la más ligera intimación precedió a tan tremenda carnicería. Cuando más tarde se le hizo cargo por ese hecho, contestó, por toda disculpa, que él había mandado llamar a los principales de aquella ciudad, y que éstos habían hecho matar a los mensajeros, lo cual, como observa el señor Milla, es completamente falso.

Ocho días permaneció Alvarado en Itzcuintlán, arreglando la sumisión de las provincias cercanas, y enseguida continuó su marcha hacia el Sudeste, por la costa del Pacífico.

Sucesivamente pasó por Atiepac, Tacuilula, Taxisco, Guazacapán, Chiquimulilla, Tzinacantán, Nancintlán y Paxaco, cometiendo no pocos abusos y tropezando con dificultades de todo género. (206)

(206) Varios de esos lugares han desaparecido y aun se ignora donde estaban ubicados.

A fines de junio atravesó Alvarado el río Paxa (hoy Paz), penetrando en el actual territorio de El Salvador. (207)

193.—El primer pueblo a que llegó el conquistador, aquende dicho río, fué el de *Mojicalco* (*Moquicalco*, se lee en el «Proceso de Alvarado»), que se cree, según el historiador Milla, haya sido el hoy llamado *Nahuizalco*, el cual lo encontró completamente desolado, sin duda por haberse escondido en los montes los habitantes, al saber que se acercaban los españoles.

En mi concepto, el lugar donde llegó don Pedro con su gente era la cabecera o metrópoli de la provincia «de los Izalcos», llamada así por componerse de varios puebluchos o *pajuyúes*, pertenecientes todos a la misma tribu de los *Izalcos*, y el nombre de la localidad debe haber sido *Mochizalco*, que significa «todos los Izalcos», para significar que era la capital de la tribu o nación. Dígase, pues, que llegó a Izalco.

A orillas y al S. de esa población, en la quebrada de los Olotes, existe una poza, mejor dicho, una piedra, denominada, «de la Conquista», porque, según la tradición popular, en ese punto estuvo D. Pedro de Alvarado y desde allí requirió a los indígenas para que se sometieran a España.

De Izalco pasó nuestro conquistador a *Acatepec*, población que también encontró solitaria.

No sé que nadie haya tratado de averiguar qué lugar se llamaba así y dónde estaba situado.

Para mí *Acatecpán* (como creo debe decirse) es el pueblo a que el Oidor García del Palacio da el nombre de *Tecpa* (vocablo que el cronista Herrera convirtió en *Tupa)*, arruinado, probablemente cuando el San Marcelino hizo su última y formidable erupción, el 12 de marzo de 1722. (208)

Los vecinos de Armenia (antiguo *Guaymoco*) conservan el recuerdo de la existencia de *San Juan Tecpán*, cuyos moradores se refugiaron allí después de la catástrofe antedicha,

(207) Según el señor Milla la expedición de que tratamos duró 45 días, concluyendo el 21 de julio, día en que Alvarado regresó a Ixinche; de manera que ha de haber comenzado hacia el 6 de junio. En tal caso no es posible que haya permanecido 8 días en Itzcuintlán, otros 8 en Nancintlán y 17 en Cuzcatlán, como dice ese historiador, pues apenas quedarían 12 días para el viaje de ida y el de regreso, lo cual es absolutamente inverosímil. Es este un punto que necesita especial estudio; entre tanto me reduzco a consignar esta advertencia.

(208) El doctor Frantzins, en una de las notas con que ilustró su edición de la carta del Oidor García del Palacio, tuvo la desgraciada ocurrencia de asimilar *Tecpa* con *Tecapa* o Alegría.

y ofrecieron a los guaymocos hacer comunidad de intereses con ellos, lo que les fué concedido: tal es, dicen, el origen del barrio de San Juan, en Armenia. En 1753 se englobaron en una sola medida las tierras de ambos pueblos.

San Juan Tecpán ha de haber estado situado en o cerca de la actual hacienda de Las Lajas; yo creo que quedaba un poco al Sur.

Réstame explicar el prefijo de *Acatecpán.*

Ac o *aca* entraña en náhuatl, según el P. Olmos, la idea de gobierno, de mando, de soberanía, y se ha de haber antepuesto al nombre de pueblo para indicar que éste era la cabecera o capital de la tribu, como *Mochizalco* respecto a los Izalcos.

Confirma mi aserto el que esta última cabecera, Izalco, era también designada con el nombre de *Tecuzalco,* según consta en un informe que dió la Municipalidad de esa ciudad a la Dirección General de Estadística el 22 de marzo de 1895. El prefijo *tecu* es contracción de *tecutli* = «amo, señor», y su anteposición a *Izalco* (cuya *i* se omitió por razón de eufonía) tuvo el mismo objeto que la de *ac* o *aca* a *Tecpán.*

Las dos tribus estaban fusionadas en la época en que estuvo el Oidor García del Palacio, correspondiendo la supremacía a la de Izalco, de lo cual nada dice él; mas en el Capítulo que celebró la Provincia de San Vicente de Chíapa y Guatemala, de la orden de San Francisco, el 20 de enero de 1570, al tratarse de la fundación de una Casa en la provincia de los Izalcos, se da a la metrópoli de ellos el nombre de *Tecpanizalco,* que indica claramente que estaban fusionadas, dependiendo Tecpán de Izalco. (V. la *Hist.* del P. Juarros, t. II, p. 106 de la edic. de 1857).

194.—De Acatecpán se dirigió D. Pedro a la costa propiamente dicha, llegando hasta *Acaxual,* «donde baten las olas», que ha de haber sido un lugarejo próximo al mar, un poco al Este de la actual puerto de Acajutla, y dependiente del pueblo de *Tacuzcalco,* de que pronto hablaremos.

De Acaxual, donde no se detuvo, continuó marchando el conquistador, tomando una dirección casi contraria a la que traía, hacia el interior: a media legua de distancia, en la llanura, descubrió al ejército enemigo (organizado, a lo que parece, en Tacuzcalco), viéndose ondear los vistosos plumeros de los jefes. Detúvose el experto capitán, tanto

para esperar al grueso de su gente, que se había quedado un poco atrás, con su hermano Jorge y D. Pedro Portocarrero, como para reconocer el campo. Pronto descubrió una montaña vecina, a la que era posible se acogiesen los indios al ser derrotados, y para privarlos de ese auxilio recurrió a una de sus acostumbradas estratagemas: dió orden de contramarcha, para que los indios, creyendo que los españoles huían atemorizados, los persiguiesen, y así los llevó hasta alejarlos de la susodicha montaña, y enfrentándoseles entonces bruscamente, los atacó con vigor, haciéndoles destrozos con la caballeiía. Los pobres indios, por lujo de precaución llevaban armaduras de algodón acolchado, que les cubrían el cuerpo entero, pero tan pesadas e incómodas, que a los que caían les era imposible volver a ponerse en pie; sin embargo, lograron herir a bastantes españoles, inclusive D. Pedro de Alvarado, que recibió un flechazo en la pierna izquierda, que lo dejó lisiado para el resto de su vida.

Terminado el combate, los españoles se replegaron al caserío de Acaxual, donde permanecieron cinco días.

195. — De Acaxual pasaron a *Tacuxcalco*, que también encontraron solitario; mas pronto descubrieron que venía un gran ejército a atacarlos, gracias a que Alvarado envió a Portocarrero y otros emisarios a hacer un reconocimiento por los alrededores del pueblo. Inmediatamente salió al encuentro de ellos, yendo Jorge a la descubierta con cuarenta jinetes. La fuerza que venía a atacarlos era en efecto numerosa y la mayoría de los soldados con enormes lanzones de 30 palmos de largo. Alvarado contaba con 250 españoles y como 6,000 indios auxiliares, que distribuyó en tres cuerpos: el ala izquierda, al mando de Gómez de Alvarado, hermano del conquistador, con veinte caballos y unos cuantos infantes; el ala derecha, al mando de Gonzalo, también hermano de D. Pedro, con 30 jinetes y otros cuantos infantes; y el centro, a cargo de Jorge, con el resto de los españoles y con los indios auxiliares. D. Pedro, que no podía tomar parte activa en el combate, por no estar aún curado del flechazo, se situó en una pequeña eminencia, desde donde podía dirigir la acción.

La refriega duró pocas horas, pero fué sumamente desastrosa para los indios, que quedaron completamente develados.

Las ruinas de Tacuxcalco se encuentran a un kilómetro al Sur de Sonsonate. Ha de haber sido un pueblo grande

en la época de la conquista, sin duda el principal de la comarca, a juzgar por el ejército que reunió. Todavía existía cuando se verificó nuestra Independencia de España; mas en 1823, el P. José Antonio Peña declaró que quedaría descomulgado el que osara seguir viviendo allí, por haber sido profanado el templo por unos campistos de la hacienda del Mico, quienes estando borrachos, riñeron y uno de ellos fué a caer al propio atrio del templo. La sentencia del P. Peña fué plenamente obedecida, y en consecuencia Tacuxcalco fué abandonado por sus habitantes.

De Tacuxcalco pasó Alvarado a *Miahuaclán*, cuyos vecinos se escondieron, y en seguida a *Atehuán* (que se supone ser el que hoy llamamos *Ateos)*, ya en tierras del señorío de Cuzcatlán.

196. — Las autoridades de Atehuán estaban preparadas, de orden superior, para recibir amistosamente a los españoles y proporcionarles los auxilios necesarios. Allí se presentaron a Alvarado unos agentes especiales de Atlacatl (v. el Nº 105), a ofrecer su obediencia y la de sus vasallos al Monarca de Castilla.

Inmediatamente se trasladó la columna expedicionaria a la cabecera del señorío, donde fueron muy bien recibidos y alojados, sin que nada les faltara; sin embargo,en su relación a Cortés se queja de que el pueblo de Cuzcatlán huyó a los montes mientras él estaba aposentando a sus tropas, lo cual debe tener mucho de cierto, pero ha de haber sido a causa de abusos de la soldadezca invasora, de los que D. Pedro hacía siempre caso omiso en sus informes.

He aquí los duros términos en que el P. las Casas narra en su tratado de *La destrucción de las Indias* la conducta de Alvarado en Cuzcatlán: «De infinitas obras horribles que en este reino hizo este infelice malaventurado tirano y sus hermanos, porque eran sus capitanes no menos infelices e insensibles que él con los demás que le ayudaban, fué un harto notable, que fué a la provincia de Cuzcatlán, donde agora o cerca de allí es la villa de San Salvador, que es una tierra felicísima, con toda la costa de la mar del Sur, que dura cuarenta y cincuenta leguas; y en la ciudad de Cuzcatán, que era la cabeza de la provincia, le hicieron grandísimo recibimiento, y sobre veinte o treinta mil indios le estaban esperando cargados de gallinas y comida. Llegado y recibido el presente, mandó que cada español tomase de aquel gran número de gentes todos los indios

que quisiese para los días que allí estuviesen servirse de ellos y que tuviesen cargo de traerles lo que hubiesen menester. Cada uno tomó ciento o cincuenta, o los que le parecía que bastaban para ser muy bien servidos, y los inocentes corderos sufrieron la división y servían con todas sus fuerzas, que no faltaba sino adorarlos. Entre tanto, este capitán pidió a los señores que le trajesen mucho oro, porque a aquello principalmente venían. Los indios responden que les place darles todo el oro que tienen, y ayuntan muy gran cantidad de hachas de cobre (que tienen, con que se sirven) dorado, que parece oro, porque tiene alguno. Mándales poner el toque, y desque vido que era cobre dijo a los españoles: «Dad al diablo tal tierra; vámonos, pues que no hay oro, y cada uno, los indios que tiene que le sirven échenlos en cadena y mandaré herrárselos por esclavos». Hácenlo así y hiérranlos con el hierro del rey por esclavos a todos los que pudieron atar, y yo vide el hijo del señor principal de aquella ciudad herrado. Vista por los indios que se soltaron y los demás de toda la tierra tan gran maldad, comienzan a juntarse y a ponerse en armas. Los españoles hacen en ellos grandes estragos y matanzas y tórnanse a Guatemala . . . . »

De buen grado admito que ha de haber alguna exageración en las palabras transcritas del obispo las Casas, pero también un gran fondo de verdad. Coinciden en esencia con uno de los cargos (el XXIV) hechos a Alvarado, en el juicio de residencia que se le siguió en 1529, el cual dice a la letra: «Iten si saben etc., que llegado el dicho Pedro Dalvarado con la gente a otro pueblo principal que se dize Coscatlan que es el mas principal de aquella provincia los señores e principales del le salieron a recibir de paz e le tenían por los caminos muchos montones de frutas e de otras cosas de comer e llegados al dicho pueblo se aposentaron los españoles e los dichos yndios les proveyan muy bien de agua e leña e yerva e comida e de las otras cosas necesarias estando ansy de paz el dicho Pedro Dalvarado mando a los españoles cada uno tomase los mas de ellos que pudiese e los guardase por que se quería bolver de allí e dende a ciertos días mando que todos los españoles traxesen todos los yndios que trayan ansi del dicho pueblo como de los otros pueblos contenidos en las preguntas antes desta e los dichos señores los traxeron todos e el dicho Pedro de Alvarado los hizo herrar e los dió por esclavos syendo libres e se

bolvio a Guatemala haziendo guerra e destruyendo los pueblos por donde yva».

Los cuzcatlecos que escaparon de las garras de Alvarado y sus soldados huyeron a los montes, y ni por buenas ni por malas logró D. Pedro que volviesen a la población, negativa que el audaz aventurero tuvo la audacia de reputar como un acto de rebeldía y en consecuencia fraguó un proceso, según él mismo refiere en su segunda carta a Cortés, y sentenció a los señores de Cuzcatlán a muerte de horca, y a los demás a ser vendidos como esclavos, para pagar con el producto de la venta de ellos el precio de once caballos que habían muerto y las armas y pertrechos que se habían perdido.

Diez y siete días permaneció el ejército en Cuzcatlán sin que pudiera decirse hasta entonces que estuviese conquistado y sin adelantar nada a ese respecto, por lo cual, y en atención al rigor del invierno, determinó Alvarado regresar a Ixinche, a donde llegó el 21 de julio, después de 45 días de ausencia. (V. la nota 207)

Conforme a la relación histórica del P. Juarros la conquista de Cuzcatlán se verificó a fines de 1524, o a principios de 1525, y aduce como prueba o por lo menos indicio de que Alvarado logró someterlo el que este caudillo lo haya atravesado sin obstáculo alguno en 1526, yendo de Guatemala a Honduras, si bien a su regreso la encontró sublevada y tuvo que sojuzgarla de nuevo, respecto a lo cual pronto daremos nuestra opinión.

El mismo buen éxito atribuye el abate Brasseur de Bourbourg a la expedición de Alvarado en 1524, en la carta que escribió al editor de la «Gaceta de Guatemala» el 17 de septiembre de 1866: «El manuscrito cachiquel que he traducido, dice que Cuzcatlán fué conquistado por Alvarado el mismo año que fundó a Guatemala. Su expedición fué de las más rápidas. Veinticinco días después de la reducción de Atitlán marchó sobre lo que hoy es Estado del Salvador, y en una batalla derrotó todas las fuerzas del rey de Cuzcatlán. Este príncipe, que se llamaba *Atonal* (Sol del agua) pereció en el combate junto con la flor de sus guerreros y sus Estados fueron presa de los castellanos. En cuarenta días sometió Alvarado ese hermoso país y se volvió a Guatemala».

Mas yo he preferido la narración de Milla, ajustada a las cartas del conquistador mismo, que coinciden a ese

respecto con lo que refiere el cronista Herrera en su *Historia general:* «.... y habiéndose detenido aquí (Alvarado en Cuzcatlán) veinte días, *sin poder atraer a esta gente,* se volvió a Guatemala». (Cap. X del Libro V de la Década III).

197. — Cuatro días después de haber regresado Alvarado a Ixinché, el 25 de julio de 1524 (que en ese año cayó en lunes), fundó solemnemente en ese lugar la villa de *Santiago de los Caballeros de Goathemala,* que ya a fines de ese mes era llamada ciudad.

Insaciable sed de oro indujo a D. Pedro a cometer con los cachiqueles, y muy especialmente con Belehé-Kat y Cachí-Imox, actos de excesiva violencia y crueldad, que provocaron una insurrección que costó bastante debelar.

Los quichés y los zutohiles, enconados con los cachiqueles, cometieron la infamia de ayudar a los españoles en la guerra de exterminio que éstos emprendieron para sofocar la rebelión.

Alvarado se vió obligado a trasladar la ciudad a otro sitio, estableciéndola en un lugar llamado *Xepau,* cuya ubicación precisa se ignora, y donde permaneció la *capital* muy poco tiempo.

A fines de 1524 o a principios de 1525 es más que probable hayan emprendido los españoles una segunda expedición a Cuzcatlán, que tuvo mejor éxito que la primera, pues existe prueba fehaciente de que ya en mayo de 1525 existía la villa de San Salvador.

Desgraciadamente no se conocen los detalles de esa segunda expedición, de cuya realidad no dudaban el P. Ximénez y el señor Milla.

Según el Dr. D. Alberto Luna, esa segunda expedición venía capitaneada por D. Diego de Alvarado y salió de Guatemala a principios de noviembre de 1524, llegando (a causa del mal estado de los caminos y de las dificultades que ofrece la marcha en país desconocido) hasta el 6 de diciembre al valle de Suchitoto, y en uno de los días restantes de ese mes fundó la villa de San Salvador en el paraje de la Bermuda.

En los últimos meses de 1525 trató Alvarado de emprender viaje a México, proyecto que fué muy mal acogido por el Ayuntamiento y por los allegados al conquistador. El personal del Ayuntamiento de 1526 fué menos hostil a la idea, mas en enero de 1526 recibió Alvarado la carta de Cortés en que lo llamaba a Trujillo, y le fué forzoso dejar para más tarde su viaje a México.

El señor Milla refiere en la página 165 del primer tomo de su *Historia* las dificultades con que tropezó Alvarado para organizar su expedición a Honduras, y que al fin la emprendió tomando el camino de Cuzcatlán. Atravesó el Lempa, cruzó la provincia de Chaparraxtique y llegó a la de Choluteca. Allí encontró, como referimos en el número 186 a Luis Marín, con una parte del ejército de Cortés, y de allí regresaron todos juntos para Guatemala.

198.—Bernal Díaz del Castillo, que venía con Marín, refiere en su *Verdadera historia* algunos detalles de la contramarcha de Alvarado: dice que en Chaparraxtique fué hostilizado por los indios el ejército castellano; que de una partida de soldados que andaba buscando provisiones, mataron a uno e hirieron a otros tres; mas no da ningún indicio de que entonces haya estado ya fundado San Miguel, que ya lo hubiera estado, a ser cierto que Gil González de Avila fué el fundador, como lo asevera Francisco Montejo, en la carta que escribió al rey en Gracias a Dios, el 1º de junio de 1539.

Encontraron muy crecido el río Lempa, y para pasarlo tuvieron que fabricar con un tronco de ceiba una canoa, que resultó bastante grande, como que Díaz de Castillo declara que no había otra igual en el país.

El historiador Milla, en la segunda nota de la página 173 del tomo I de su *Historia*, atribuye a olvido de Díaz del Castillo el que éste refiera que el paso de Lempa fué antes de la llegada a Chaparraxtique; mas fué el señor Milla quien cometió el olvido, pues no dudo haya leído y releído la *Recordación Florida*, en la que consta el siguiente pasaje, que confirma y aclara la narración del ilustre cronista: «Venía don Pedro más aumentado de gente; con que traía consigo a Luis Marín y a Bernal Díaz del Castillo con los soldados de su cargo, y a esta causa se hacía más penosa aquella detención (para fabricar la canoa), respecto del grande gasto de vituallas que se crecía; pero perfeccionada la canoa, fué necesario gastar cinco días en pasar el río, y propasado el ímpetu de su curso, llegaron al pueblo de Chaparraxtique, que aun todavía es en la provincia de San Miguel; y habiendo los indios de este pueblo obrado mal con ciertos soldados, por lo acelerado de la jornada, se quedó sin remedio el haber muerto a Nicueza y herido a otros tres de aquel ejército, poniéndose en armas sin ocasión alguna». (Cap. II, Lib. IV)

Que los chontales de Chaparraxtique se extendían aquende el Lempa, por ese lado, lo confirma la carta del Oidor García del Palacio, pues dice que en Ixtepeque (que está cerca de la ciudad de San Vicente) «comienza otra lengua de indios, que llaman los *chontales*. . . .»

Aunque se dice, y es natural que así haya sido, que la rebelión de los indios se extendió hasta Cuzcatlán, Bernal Díaz del Castillo, testigo ocular y fidedigno, refiere que fueron bien recibidos en ese lugar, donde les suministraron abundantes mantenimientos. Las batallas que el cronista Vázquez y el historiador Juarros cuentan se libraron entre españoles y cuzcatlecos en esa ocasión, son imaginarias, inclusive, por supuesto, la famosa del 6 de agosto de 1526, que fué, según ellos, la decisiva, la que dió origen a que se diese el nombre de *San Salvador* a la primera y principal villa que los españoles fundaron por acá.

199. — El 14 de agosto de 1529 se presentó al Ayuntamiento de Guatemala un tal Francisco de Orduña, a quien la Audiencia de México había nombrado Alcalde Mayor, Juez de Residencia, Gobernador y Capitán General de Guatemala, cargos que a la sazón desempeñaba interinamente Jorge de Alvarado, por ausencia de D. Pedro. Poco tiempo después Orduña mandó al capitán Diego de Rojas, para que tomando 60 españoles de la villa de San Salvador y un cuerpo de indios auxiliares, fuese a reducir ciertos pueblos ultralempinos que se habían revelado.

Buen trabajo le costó a Rojas desempeñar la comisión que se le había dado: al llegar a Lempa se encontró con que en la orilla opuesta había una nube de indios, dispuestos a impedirle que lo pasara; mas logró pasarlo con su gente, valiéndose de unas cuantas canoas, batiéndose con los indios, que hirieron con sus flechas a veinte españoles. Continuó el combate en tierra, y al fin tuvieron que volver la espalda los indios, corriendo a acogerse en un peñón, a donde Rojas les plantó sitio, durante cerca de un mes, pues no se consideraba suficientemente fuerte para dar el asalto.

Se trató en seguida de un arreglo, para que se sometiesen los rebeldes, pero cuando ya estaba bastante adelantado el asunto, un indio sirviente de Rojas le dió parte de que había averiguado que todo aquello era una comedia, que ya los sitiados se habían entendido con los indios auxiliares, para en un momento dado caer sobre los españoles y matarlos. Rojas inmediatamente prendió a los jefes de los

rebeldes, los cuales confesaron el plan que tenían, y en consecuencia fueron ahorcados.

Intertanto recibió Rojas aviso de que a dos jornadas de distancia se encontraba un grupo de españoles, lo cual le produjo gran alarma, y a fuer de valiente dispuso ir con cuatro infantes, otros tantos jinetes y unos pocos indios auxiliares, a averiguar quiénes eran y qué querían. Pronto topó a los invasores, que eran nada menos que 110 infantes y 90 soldados de caballería, a las órdenes de Martín Estete, agente de Pedrarias Dávila, gobernador de Nicaragua, los cuales se dirigían a San Salvador.

Estete prendió a Rojas y a los ocho españoles que lo acompañaban; mas los indios auxiliares que llevaba se escaparon de caer, y volaron a dar parte al resto de la fuerza, que había quedado atrás, y ya juntos se replegaron inmediatamente a San Salvador.

El Alcalde de esta villa comunicó al Ayuntamiento de Guatemala la que había ocurrido, y aquel cuerpo, constituyéndose en Cabildo abierto, bajo la presidencia de Orduña, tuvo la candidez de resolver, a iniciativa del visitador, que fuese un escribano a requerir en forma legal a Estete pusiese en libertad a los presos y saliese en seguida de la provincia. Fué, en efecto, el escribano; mas el agente de Pedrarias se negó a poner en libertad a Rojas y los otros ocho españoles y a salir de la provincia, so pretexto de que ésta correspondía a la gobernación de Nicaragua, y amenazando con sacar él a los españoles que estuviesen en ella.

Reunido segunda vez el Cabildo abierto en Guatemala, y enterado de la contestación de Estete, propuso Orduña que se diese parte de lo ocurrido a la Audiencia de México, lo cual, por supuesto, pareció a todos harta negligencia, y requirieron a Orduña para que fuese en persona a lanzar a Estete. (209)

El Visitador se avenía a ir, con tal de que se le proporcionase la tropa necesaria para guarda de su persona. Se hizo un llamamiento a las armas, pero sólo se presentaron unos sesenta, que no le parecieron suficientes a Orduña

---

(209) El señor Milla, a propósito de la invasión de Estete, dice que la Gobernación de Guatemala llegaba por este lado hasta el río Lempa. Eso no es exacto: la expedición misma de Rojas, a pacificar o reducir pueblos ultralempinos, prueba que llegaba la jurisdicción más allá de cse rio. La fundación de San Miguel, pocos años después, por orden de Alvarado, y la reunión de sus naves en el puerto de Amapala, cuando emprendió su expedición al Perú, confirman que la jurisdicción de Guatemala llegaba por ese lado hasta la bahía de Fonseca, desde los primeros años de la colonia.

(quien exigía lo menos cien), y a la postre recayó la comisión en el capitán Francisco López.

Cuando salió éste de Guatemala, en marzo de 1530, hacía ya algunos días que Estete había llegado a San Salvador, y requerido a su Ayuntamiento lo reconociese como gobernador, a lo cual se negó la Corporación, confiada en que pronto llegaría auxilio de la metrópoli, y el agente de Pedrarias, en obvio de dificultades, creyó oportuno fundar otra villa y crear otro Ayuntamiento, y en efecto estableció la «Ciudad de los Caballeros», en Perulapán, no lejos del sitio que entonces ocupaba San Salvador.

Estete, que por lo visto era un follón, al saber que se acercaba López a Perulapán, salió para Chaparraxtique, llevándose unos dos mil indios cuzcatlecos herrados, y como el Síndico del Ayuntamiento que él había creado se oponía a que se los llevase, lo mandó ahorcar antes de emprender la marcha, barbaridad que disgustó a sus soldados, quienes empezaron a desertar, yendo a incorporarse a la fuerza que venía de Guatemala.

López alcanzó a Estete como a doce leguas más allá del Lempa, y aunque aquél tuvo intención, según dicen, de resistir, viendo que su gente estaba disgustada, optó por ponerse en cobro, huyendo con unos cuatro de sus más allegados, con destino a Nicaragua.

La tropa de Estete, al verse abandonada, puso en libertad a Rojas y demás presos, soltó a los indios cuzcatlecos y se presentó voluntariamente a López, quien permitió a varios de los españoles que componían dicha tropa que regresaran a Nicaragua.

El éxito de esa expedición fué parte para que los indios de esta provincia permaneciesen en paz durante cuatro o cinco años,

Vamos ahora a dar algunos detalles respecto a la fundación de San Salvador, respecto a la cual hay algunas dudas y se han propalado varias patrañas.

CAPTULO OCTAVO.

Fundación de San Salvador.

200. — Como indicamos en el capítulo anterior, es muy probable que San Salvador haya sido fundado en diciembre de 1524 por D. Diego de Alvarado, primo del conquistador, y que el lugar que se escogió para establecer esa *villa* fué el paraje de la *Bermuda*, a unos ocho kilómetros al Sur de Suchitoto.

Si se quiere precisar la fecha tal vez la más plausible sea el 25, día en que la Iglesia celebra el nacimiento del Salvador del Mundo.

Por el *Libro de Actas del Ayuntamiento de Guatemala*, correspondientes a los años de 1524 a 1530, palografiado por D. Rafael Arévalo e impreso en Guatemala por D. Luciano Luna, en 1856, sabemos que en el mes de mayo de 1525 existía ya la villa de San Salvador, de la que era Alcalde Diego Holguín.

Poco tiempo permaneció la población en el sitio de la Bermuda, porque pronto se reconoció que era un lugar sumamente perseguido por los rayos, por lo cual fué trasladada al lugar que hoy ocupa, que por lo frecuente que allí tiembla la tierra lo llamaron «Valle de las Hamacas». (210)

Aun subsisten en la Bermuda los restos o *rafiros*, como dice el P. Vásquez en su famosa *Crónica*, que indican claramente que allí estuvo asentada la población.

(210) El P. *Motolinia* vino a San Salvador cuando todavía estaba en la Bermuda, y cuenta como cosa notable que allí «son (los truenos) muy desaforados y espantosos, tanto, que pone grima y muy gran temor morar en aquella villa.»

Scherzer *(Wanderungen durch die Mittel-Amerika's freistaaten Nicaragua, Honduras und San Salvador*, 1854) asevera, ignoro con qué fundamento, que San Salvador se trasladó de la Bermuda a su asiento actual, hacia 1538 ó 1539: por motivo de grandes temblores, ignorando, por su puesto, que era peor, a ese respecto el nuevo local.

El vocablo «Bermuda» es de claro origen español, y ha de haber sido puesto al local de que tratamos por alguno de los *chapetones* que vinieron con D. Diego, en razón de abundar allí la planta forrajera, semejante a nuestra grama, llamada, «Bermuda» en las Antillas.

Según el P. Vásquez, la fundación de San Salvador en el antedicho paraje al Sur de Suchitoto, fué en 1528, y agrega que a los 15 años de fundado obtuvo el título de ciudad; que éste le fué concedido por Real Cédula de 27 de septiembre de 1543, y que entonces ya ha de haber estado en el lugar que hoy ocupa, porque nunca se dijo «Ciudad de la Bermuda», sino simplemente «Villa de la Bermuda».

La misma fecha, 1528, indica el P. Juarros, pero no habla de cambio de lugar. Antes de citar las palabras de este historiador conviene recordar que don Pedro de Alvarado a raíz de su regreso de la Choluteca, a fines de 1526, se dirigió a México, de paso para España, dejando encargados del mando de la Colonia a los Alcaldes Portocarrero y Carrillo; que en la capital de Nueva España, a la sazón regida por el licenciado don Marcos Aguilar, Alvarado consiguió de éste que nombrara a su hermano Jorge Gobernador y Capitán General de Guatemala (211) y que el 20 de marzo de 1527 presentó sus despachos el nuevo Mandatario al Ayuntamiento y prestó el juramento de ley.

«Este caballero (D. Jorge), dice el P. Juarros, digno hermano de don Pedro, para tener sujeta la provincia de Cuscatlán, que era una de las más ricas de esta Gobernación, dispuso se fundase en ella una villa Española, a que nombró San Salvador, por haberse ganado la última batalla que sujetó esta provincia a los Españoles, el 6 de Agosto de 1526, día en que la Iglesia celebra la Transfiguración del Señor y por esta misma razón se dedicó la Iglesia parroquial al Salvador y se hacía la reseña de este triunfo, sacando el real pendón la víspera y día de dicha fiesta, por las calles principales, con lucido acompañamiento de Caballeros. Más esta pomposa ceremonia se ha trasladado a la pascua de Navidad, en atención a que el expresado

(211) El señor Milla, tratando del viaje de D. Pedro y del nombramiento de su hermano Jorge, dice que éste fué casado, o por lo menos vivió con Doña Lucia Xicotencal, hermana de Da. Luisa, la madre de la célebre Da. Leonor, y que Jorge se casó en México con la hija del tesorero Alonso de Estrada; pero olvida hacer mención de que en la *Recordación Florida* (pág. 96 de la edic. de Madrid) consta que la primer esposa de Jorge fué Da. Francisca Xirón.

día 6 de Agosto están en sus haciendas casi todos los vecinos de esta ciudad y que es tiempo de lluvias en estos países. = Llegaron a Cuscatlán los Españoles que *envió* Jorge de Alvarado a fundar la referida villa, que todos eran de la primera nobleza de Guatemala, a fines de marzo de 1528, y escogido el sitio para plantar la población, el día 1°. de abril de dicho año establecieron y fundaron la *Villa de San Salvador*, tomando posesión de sus empleos los oficiales nombrados por Jorge de Alvarado: Diego de Alvarado, Justicia Mayor y Teniente de Capitán General de entoda la provincia; Antonio de Salazar y Juan de Aguilar, Alcaldes Ordinarios; Pedro Gutiérrez de Guiñana, Santos García Cristóbal Saluago, Sancho de Figueroa, Gaspar de Zepeda, Francisco de Quiroz y Pedro Núñez de Guzmán, Regidores: Alguacil Mayor, Gonzalo Ortíz; Visitadores de la provincia, Gaspar de Zepeda y Francisco de Quiroz; Tenedor de bienes de difuntos, Antonio Bermúdez, y Procurador de la Villa Luis Hurtado.»

El P. Vásquez habla de una lista de los conquistadores de Cuzcatlán, que le contaron había existido en la Iglesia parroquial de San Salvador, mas él ya no alcanzó a verla.

Según Fr. Antonio de Remesal *(Hist. de la Prov. de San Vicente de Chiapa y Guatemala*, cap. III, lib. IX) la translación de San Salvador, de la Bermuda a su actual ubicación, se verificó en 1575, fecha absolutamente inadmisible, porque en la famosa carta del Oidor García de Palacio, escrita el 8 de marzo de 1576, pocos días después de haber estado él en esta ciudad, se habla de San Salvador en términos de que claramente se infiere que ya tenía algunos años de existencia: «Junto al dicho lugar (Cuscatlán), dice la carta, está la ciudad de San Salvador, es de buen temple y fértil tierra, está en altura de 13° y 36′. Cuando llegué a ella, casi estaba despoblada, porque un temblor grande, que hizo el segundo día de la Pascua del Espíritu Santo pasado, les derrocó y movió todas sus casas, que, aunque muchas eran fuertes e buenas, se cayeron e abrieron; fué el más espantoso que jamás se ha visto.»

Ni se puede decir que García del Palacio se refiera al primer asiento de San Salvador, porque da suficientes detalles para reconocer que trata del actual.

Yo me inclino a creer que aunque D. Diego de Alvarado haya fundado San Salvador en 1524, en la Bermuda, y aunque Diego de Holguín haya sido su primer Alcalde, la

existencia de la villa fué casi nominal, porque (como lo sospechaba el licenciado Gómez Carrillo) Holguín no logró organizar el Ayuntamiento, y así se explica que se haya reputado como fecha de la fundación la de 1528, a partir de la cual quedó constituído de una manera formal el Ayuntamiento de San Salvador. Todo queda conciliado admitiendo que la fundación de 1528 se efectuó en la Bermuda, y que poco después, hacia 1541 ó 1542, se trasladó la población al sitio que hoy ocupa. En cuanto a la fecha que indica Remesal, debe rechazarse de plano.

Es probable que el informe que se ha de haber dado a la Corte respecto a esa translación y a las ventajas que ofrecía, haya sido parte para que Carlos V otorgase a San Salvador el título de ciudad.

201.—Ahora bien, constando que San Salvador ya existía en 1524, por lo menos nominalmente, es absurdo pretender que ese nombre le fué dado en recuerdo de una batalla ganada el 6 de agosto de 1526.

Lo probable es que dicho nombre fué sugerido por especial devoción al Misterio que celebra la Iglesia en la indicada fecha, devoción que ha de haber estado muy en boga a principios del siglo XVI, como de reciente institución para la Iglesia Universal (212), con motivo de un ruidoso triunfo de los cristianos contra los infieles, la cual devoción inspiró a Rafael, hacia 1520, su maravilloso cuadro de la Transfiguración.

Yo he tratado de averiguar cuál es el origen de la leyenda relativa a la batalla del 6 de agosto de 1526, pues no creo la hayan inventado a humo de pajas. En mi concepto, lo más probable es que haya sido forjada en el siglo XVI por simple *adaptación* de los hechos que dieron origen al establecimiento de dicha fiesta. Tratándose de un público ignorante y devoto (como ha de haber sido el de San Salvador en aquel tiempo) cuyo tema favorito de conversación era las funciones de Iglesia, nada tiene de extraño se hayan confundido y *trasladado* los hechos.

Es bien sabido que el papa Calixto III instituyó la fiesta de la Transfiguración en recuerdo de una gran batalla, ganada a los turcos cerca de Belgrado por el fraile abruzo San Juan

(212) Esa fiesta se celebraba antiguamente en diferentes días del año, en algunas iglesias particulares de Oriente y de Occidente. Parece que para la elección del día 6 de agosto se rigió Calixto III por el calendario de los griegos. Se halla ya en las Sinexarias de los coptos en Selden y Mai; en el Menologio de Constantinopla, del siglo VIII; en el Menologio Napolitano y entre los sirios ortodoxos.

de Capistrano y Juan Hunyada, apellidado Corvino, vaivoda de Transilvania.

Así es que la festividad del 6 de agosto, aunque tiene por principal objeto conmemorar la aparición de Jesús, con Moisés y Elías, a los apóstoles Pedro, Santiago y Juan, está también asociada al recuerdo de una gran victoria de las huestes cristianas contra un ejército de infieles.

Los primeros panegiristas de nuestro Augusto Patrón es natural que hayan aludido al gran triunfo que motivó la institución oficial de la fiesta de la Transfiguración, y es lógico suponer que hayan parangonado ese hecho con el triunfo de nuestros conquistadores sobre los infieles cuzcatlecos, y como a raíz de la sujeción de éstos fué fundado San Salvador, paulatinamente se fueron confundiendo los hechos en la mente del vulgo, y se acabó por creer que la victoria conmemorada había sido obtenida por los soldados de Alvarado contra las fuerzas de Atlacatl, hecho de armas a que se ha de haber atribuido la importancia de triunfo definitivo, digno de perpetua recordación.

Favorecía esa adaptación la circunstancia de que no hay relación directa entre el Misterio de la Transfiguración y el triunfo de Capistrano y de Corvino cerca de Belgrado.

Por otra parte, los primeros panegiristas han de haber referido también, a fuer de buenos conocedores del caso, que dicho triunfo de los cristianos contra los turcos precedió cerca de dos años a la institución de la fiesta que se celebra el 6 de agosto, y de ese detalle provino que se dijese que el imaginario triunfo de los conquistadores de Cuzcatlán había precedido cerca de dos años a la fundación de San Salvador, y para que la especie fuera más verosímil se le asignó la fecha de la festividad conmemorativa de dicho triunfo. Ahora bien, como era reputada como fundación de San Salvador la efectuada el 1º de abril de 1528, que en realidad fué la efectiva, se fijó el 6 de agosto de 1526 como fecha de la batalla y triunfo decisivo de los españoles.

202.—En cuanto al nombre mismo, «San Salvador» he aquí lo que se me alcanza: la fiesta del 6 de agosto fue designada con el título de *Transfiguratio Sanctissimi Salvatoris nostri*, que por lo largo fué reducido por unos a su parte esencial, *Transfiguratio*, y por otros a la parte expletiva, *Sanctissimi Salvatoris nostri*, de donde resultó a la postre que dicha fiesta fuera designada indistintamente ya con el título de «Transfiguración», ya con el de «Día del Salvador

del Mundo» o de «Nuestro Salvador». En cuanto a la anteposición del adjetivo contracto «San», creo que es reducción, en gracia de la eufonía y de la brevedad, del superlativo «Santísimo», epíteto que los fieles cristianos anteponían al vocablo «Salvador», como hoy lo anteponen al término «Sacramento» y a otros análogos.

El único bienaventurado de nombre «Salvador» de que tengo noticia es el *beato Salvador de Horta*, pero éste murió mucho después de fundada nuestra capital, en 1567, y aunque se le venera en Cataluña, creo que aún no ha sido canonizado.

203.—Según el P. Juarros el día de El Salvador se sacaba en triunfo en esta ciudad la espada de D. Pedro de Alvarado, que se guardaba cuidadosamente en Mejicanos. El hecho en sí debe ser cierto, pues es verdad que se guardaba allí esa espada, que después fué llevada a Guatemala, donde figuraba entre las pocas antigüedades existentes en el Museo Nacional; mas en cuanto a la autenticidad de esa prenda no hay garantía alguna. Yo la tuve varias veces en mis manos, y, francamente, no me pareció corresponder, por su aspecto, al aparatoso fausto que gastaba nuestro conquistador.

204.—El mismo P. Juarros refiere que el primer cura de la villa de San Salvador fué el P. Pedro Ximénez, quien lo sirvió hasta el 24 de agosto de 1529; entonces, a petición de los vecinos, vino de Guatemala el P. Francisco Hernández, quien principió a servir este curato el 15 de octubre de ese año, y lo desempeñó hasta el 17 de junio de 1530 en que recibió un oficio de Fr. Domingo de Betanzos en que le comunicaba que el obispo de México D. Fr. Zumarraga había nombrado cura de San Salvador al P. Antonio González Lozano.

205—He aquí el texto de la Real Cédula de Carlos V en que otorga a la ciudad de San Salvador el título de ciudad. (213)

«Don Carlos, por la divina clemencia, Emperador siempre augusto, Rey de Alemania: Doña Juana su madre y el mismo don Carlos, por la misma gracia Reyes de Castilla, de Leon, de Aragón, de las dos Cicilias, de Jerusalem, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de

(213) La fecha de esa Cédula es de 1543; según las diversas transcripciones de ella que he tenido ocasión de ver; mas en la publicada en *La Quincena* (1º de noviembre de 1905), por don Leopoldo Rodríguez aparece como de 1546.

Galicia, de Mayorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdova, de Córcega, de Murcia, de Jaen, de los Algarbes, de Algecira, de Gibraltar, de las islas Canarias, de las Indias, islas y tierra firme del Mar Océano: Condes de Flandes, e del Tirol—*Por tanto:* Somos informados que en la provincia de *Cuscatlán*, hay un Pueblo que llaman Villa de San Salvador, el cual diz que está en sitio y tierra fértil y abundansa, y hoy acude mucha gente Spañoles e Indios comarcanos y decat modo esto tenemos voluntad que dicho pueblo se ennoblesca y otros pobladores se animen a ir a vivir a él, y porque de hoy nos lo suplicaron por suxte al de Oliveros y Hernand Mendez de Soto Mayor, es nuestra merced y mandamos que agora e de aquí adelante se llame e intitule Cibdad e que goze de las preeminencias e inmunidades que puede y debe gozar por Cibdad y encargamos al Illmo. Príncipe don Felipe nuestro muy caro y muy amado nieto e hijo, e mandamos a los Infantes, Duques, Prelados, Marqueses, Condes, Ricos Omes, Maestros de las Ordenes Povres, Comendadores, y Sub-Comendadores, Alcaides de los Castillos y Casas fuertes y llanas, y a los de Nuestro Consejo, Presidentes e Oidores de nuestras audiencias e a los de nuestra casa e Corte Real Cancillería, Alcaldes e Alguaciles, veinte e cuatro Regigores, Caballeros, Escuderos, Oficiales e omes buenos de todas las Cibdades, villas y lugares asisi de estos mis Reinos e Señoríos como de las nuestras indias, Islas y tierra firme e Mar Océano, que guarden e cumplan e hagan guardar e cumplir, lo en esta nuestra cédula contenido, y contra el tenor y forma de ello no vayan ni pasen ni consientan ir ni pasar en manera alguna, so pena de la nuestra merced e de veinte mil maravedis para la nuestra Camara.»

«Dado en la Cibdad de Guadalajara a los 27 dias del mes de septiembre de 1546.»

«Yo el Rey»

«Yo Juan de Camaras, secretario de sus Cesares y Catolicas Majestades, lo prevengo por mandato de su Alteza.»

206.—Repetidas veces he oído aseverar, como dato conservado por la tradición, que el local en que se empezó a formar la actual ciudad de San Salvador, es decir su núcleo primitivo, fué a orillas del Acelhuate; que lo más probable es que la hondonada perteneciente al barrio de Candelaria, del Palo Verde a dicho río, haya sido el tal núcleo primitivo.

Se asegura que cuando más tarde se empezó a construír en el plano en que está hoy la parte principal de San Salvador, quedó un espacio vacío entre los nuevos edificios y el prístino casco de la ciudad, bautizándose éste, desde entonces, con el nombre de «La Aldea.»

Todo eso no pasa de pura leyenda, sin más fundamento, a lo que creo, que considerarse muy natural que se haya establecido la población cerca de una corriente de agua potable, sin atender a que la del Acelhuate es muy sucia gran parte del año, por lo que se hizo preciso captar el agua de otras fuentes para el servicio de los vecinos de esta ciudad.

Además, existen pruebas fehacientes de que no es cierto que el núcleo primitivo haya estado en las márgenes o muy cerca de ese río.

El cosmógrafo-cronista Juan López de Velasco dice en su ya citada *Geografía*, escrita hacia 1574, que a media legua de San Salvador «nace un río, entero desde su nacimiento, de agua tan caliente que no se puede sufrir, y sirve de baños para diversas enfermedades; no hay huertas en esta ciudad porque no hay río cerca, aunque en el que hay, hay moliendas buenas.»

Así recien trasladada la ciudad al valle de Las Hamacas, las vegas del Acelhuate no quedaban cerca, y estaban ocupadas por *trapichitos*.

El río de agua caliente a que se refiere López de Velasco era sin duda formado por los manantiales del «Caite del Diablo.» A ellos también alude el Oidor García del Palacio en su carta-informe, escrita en 1576: «En los arrabales de la ciudad, dicen, salen tres ojos muy grandes de agua caliente, muy buena e clara e sin ningún mal sabor, y que es sacándola se enfría y bebe; en su nacimiento es algo cálida aunque se puede sufrir, y como va corriendo, se va resfriando; no creo que en el mundo puede haber mejor disposición para baños que en las dichas fuentes.»

Fr. Francisco Vásquez, cuya *Crónica* se publicó a principios del siglo XVIII, confirma lo antedicho respecto al Acelhuate: «tiene un río, no muy distante de la ciudad, en tal disposición que sin ser penosa la bajada a él va tan hondo que parece materia imposible el que por él, en algún tiempo se pueda inundar la ciudad» Y después agrega: «El río que corre de la parte Sur azia Oriente (aunque desemboca en el mar del Sur) corre por la circunvalación

oriental de la ciudad, a raíz de una sierra; de donde brollan a trechos algunos manantiales de agua caliente, que incorporada con la del río, que es frío, haze una temperatura muy suave para baños, más o menos tibia, según la elección y gusto de los que los usan.»

La Sierra a que se refiere el P. Vásquez es sin duda la de San Jacinto, a cuyo pie nacen como doce fuentes termales que afluyen al Acelhuate al E. de San Salvador.

Desde un principio se ha de haber formado el plano de esta ciudad, y el núcleo primitivo de ella ha de haber correspondido a la situación de su centro actual, es decir a los contornos de la antigua «Plaza de Armas», hoy convertida en el precioso «Parque Dueñas.»

Precisamente en la época en que escribieron López de Velasco y el Oidor García del Palacio, llegaron a San Salvador Fr. Bernardino Pérez y otros religiosos, e inmediatamente se principió a construir la iglesia y convento de San Francisco, que ocupaba la manzana en que está hoy la Artillería.

Es de suponerse que dos o tres manzanas a cada rumbo de la plaza sería por entonces, a lo más, la parte edificada de la población.

Hemos de estar que San Salvador no creció como la espuma ni era un emporio de riquezas en la época del gobierno colonial, según nos informa el P. Tomás Gage, que estuvo por acá hacia el año 1637.

En aquel tiempo ha de haber habido bosques vírgenes al N. de esta ciudad y bastante cerca, a los que el citado viajero inglés llama «Montes Chontales.»

CAPÍTULO NOVENO.

Datos relativos a la vida y hechos de don Pedro de Alvarado.

207. — Nuestro conquistador alcanzó fama de insigne varón, a juzgar por el siguiente expresivo recuerdo que le consagró el inmortal Cervantes en uno de los abundantes versos que amenizan las páginas de la *Galatea:*

> ¿Callaré yo lo que la fama canta
> del *ilustre* don Pedro de Alvarado,
> ilustre, pero ya no menos claro
> por su *divino ingenio* al mundo raro?

Y eso fué escrito a pesar de que treinta años antes había publicado Fr. Bartolomé de las Casas sus violentas diatribas contra los conquistadores de América.

Yo no creo que D. Pedro haya sido un «ingenio divino»; tampoco «un infeliz malaventurado tirano», como lo llamó el obispo de Chiapas; sino uno de esos hombres chapados a la antigua, que presentaban una inexplicable y extraña mezcla de virtudes heroicas y de instintos brutales; profundamente piadosos y capaces de las más execrables acciones, y que a fin de cuentas se hicieron dignos de que olvidemos sus crímenes y errores, en gracia de los grandes y positivos servicios que prestaron.

Ante todo digamos quién era ese hombre.

Don Pedro de Alvarado y Mecia nació en Badajoz (en Lobón, según algunos), Extremadura, hacia el año 1485: era de la misma provincia que Cortés, y coetáneo de éste. Todos sus biógrafos hasta 1905 lo hacían hijo de

D. Diego de Alvarado, Comendador de Lobón, en la orden de Santiago, y de doña Sara de Contreras (214); mas dicho año, D. Angel Altolaguirre y Duvale, en su discurso de recepción en la Real Academia de la Historia, hizo constar que conforme a los libros de registro de la orden de Santiago, los padres de don Pedro se llamaron Gómez de Alvarado y doña Leonor de Contreras, y sus abuelos: el Comendador Juan de Alvarado y Diego Contreras.

Pertenecía nuestro conquistador a noble familia, que se había ilustrado en las guerras de Aragón y de Italia, y cuyo solar estaba en el paraje de la Secadura, de la merindad de Transmiera, en la provincia de Santander. En cuanto al Comendador D. Diego, lo más probable es que haya sido tío de don Pedro, y que a él se refiera el P. Remesal cuando dice: «un tío suyo del hábito de Santiago, le dió un hábito de terciopelo de su persona; para usar de él. Pedro de Alvarado quitóle el hábito, aunque el terciopelo quedó tan prensado que jamás perdió la señal de la cruz, y por esto los soldados, cuando se ponía el sayo de su tío los días de Pascua y fiesta, le llamaban el Comendador».

Por aquel entonces era raro el hijodalgo que sabía leer y escribir medianamente; por lo general no pasaban de aprender la doctrina cristiana, el manejo de las armas, andar a caballo y nociones de genealogía y de blasón; muy contados eran los que sabían un poco de latín. Don Pedro era uno de esos cuasi analfabetos, buen espadachín, apuesto ginete y hombre de mundo.

Siendo mozo, y según dicen todo un buen mozo, ejecutó varias hazañas que probaron su extremado valor y suma agilidad, según cuentan los cronistas Vásquez y Fuentes y Guzmán. Refieren que cierta ocasión, yendo de caza el el joven Alvarado, en unión de algunos de sus amigos, encontraron a unos labriegos entretenidos en saltar un pozo, de gran diámetro. Los camaradas de nuestro héroe apostaron con éste a que no era capaz de dar tamaño salto. Alvarado se acercó en silencio al brocal, saltó juntos los pies, cayendo apenas con las puntas de éllos en el borde opuesto, e inmediatamente brincó para atrás, volviendo al punto de partida.

(214) En el P. Vásquez se lee *Sarra*, (por Sara), que era la ortografía generalmente usada antaño para escribir el nombre de la esposa de Abraham, como doctamente lo expone Clemencín en una de sus notas al cap. XII de la primera parte del Quijote. Según Cejador el nombre *Sarra* empleado por Cervantes, es el de un personaje ficticio, símbolo de la vejez, cuyo nombre se deriva del éuskaro *zarra*=«viejo» *(Diccion. Cervantino, sub voce* «Sarra».

Esta proeza, que bien puede ser cierta, se ha aducido para probar que nuestro conquistador era muy capaz de dar el famoso *salto* en la *noche triste;* mas este episodio está hoy relegado al dominio de la fábula.

Le atribuyen también haber cometido, como García de Paredes (o Alonso de Ojeda), la locura de pasearse a lo largo de un tablón que salía de una ventana de la Giralda de Sevilla, a una respetable altura; travesura peligrosísima, como fácil es comprenderlo.

208.—En 1510 emprendió D. Pedro su primer viaje a América, vinendo con sus hermanos Jorge, Gonzalo, Gómez y Juan a la isla Española, probablemente invitados por su tío Diego, que estaba allí desde 1499. Pasaron también al Nuevo Mundo otros miembros de la familia Alvarado: sus primos Hernando, Alonso, Diego, Luis y Francisco, y su tío Juan, todos del mismo apellido Alvarado.

Es, por consiguiente, casi seguro que ha de haber todavía en América descendientes de esos señores, aunque no lo sean directamente de D. Pedro.

Dice el señor Milla que «pasaron ocho años sin que el futuro conquistador de Guatemala se ocupara en otra cosa que en los trabajos pacíficos a que se dedicaban generalmente los colonos». (215) No fue así: muy poco tiempo después de haber llegado D. Pedro a la Española, en 1511, se enganchó y tomó parte en la expedición que Diego Velázquez organizó para ir a la conquista de Cuba, la cual expedición tuvo muy buen éxito, con muy poco derramamiento de sangre y sin grandes fatigas ni gastos enormes.

Lo que es Alvarado ha de haber sacado bastante provecho de esa empresa, pues desde entonces comenzó a figurar como persona acomodada.

Entusiasmado Velázquez con el buen resultado de la antedicha expedición, organizó otra lo más pronto que pudo, con destino a Yucatán, recién descubierto por Francisco Hernández de Córdoba, quien contaba maravillas de ese país. Alistó Velázquez tres navíos y un bergantín, al mando del

(215) Por ese tiempo fué cuando Alvarado, según dice el señor Milla, usaba el sayo que le regalaron al venirse para América, al cual, según cuentan algunos la especie, no le quitó la cruz roja de la orden de Santiago; la autoridad lo reconvino por ese abuso, mas D. Pedro, en vez de abstenerse de portar el sayo con la cruz, empezó a darse a conocer y a firmar como Comendador. Ese fué uno de los cargos que le hicieron al procesarlo, cargo que contestó de una manera bastante evasiva, lo que indica que había habido realmente algún abuso.

joven Juan Grijalba (jefe de la expedición), Francisco Montejo, Alonso Dávila y Pedro de Alvarado, respectivamente.

Zarpó la armada el 8 de abril de 1518 y después de descubrir la isla de Cozumel, recorrió las costas de Yucatán y de Tabasco y en seguida tocó con las del actual estado de Veracruz, donde Alvarado cometió una imprudente falta de disciplina, que dichosamente no tuvo funestas consecuencias: al llegar a la desembocadura del *Papaloapa*, se metió en él, sin orden de su jefe, remontándolo hasta Tlacotálpan. Los indios riveranos lo recibieron bien y pudo regresar sin novedad, no obstante lo cual fue duramente reprendido por Grijalba. El río Papaloapan fue denominado desde entonces «Río de Alvarado».

No perdió, a lo que parece, la confianza que en él se tenía, a pesar de la antedicha falta, pues pocos días después fué encargado de adelantarse con dirección a Cuba, llevando todo el oro que se había recogido, para entregarlo a Diego de Velázquez.

209. — Aun más ilusionado que antes el gobernador Velázquez, alistó a raíz del regreso de Alvarado, una nueva y más formal expedición, capitaneada por el célebre Hernán Cortés, que llevaba once bajeles, 508 soldados, 109 tripulantes y 16 caballos. Figuraban en élla varios capitanes ya famosos por sus hechos, entre ellos Pedro de Alvarado, a quien acompañaban sus cuatro hermanos. Cortés zarpó de la Habana el 10 de febrero de 1519.

No me corresponde historiar la conquista de México; mas como en ella tomó principalísima parte nuestro héroe, me es indispensable hacer referencia a ciertos hechos, que patentizan los méritos y defectos de éste.

Nunca me han convencido las razones que algunos autores alegan para establecer que Cortés tuvo ineludible necesidad, para asegurar el éxito de la empresa, de declararse independiente de Velázquez y asumir el mando absoluto de la expedición, y como toda deslealtad me parece punible, condeno la conducta de Cortés y considero como una mancha para Alvarado haberse adherido a esa traición, que tal vez pudo evitar. Por el contrario, fué uno de los principales secuaces de Cortés, como que desde luego aceptó el cargo de «Capitán de entradas» de Villa Rica de la Veracruz, puesto de la mayor confianza, y siempre fué su capitán preferido para las misiones más importantes y delicadas.

Hasta en los menores detalles se nota esa preferencia: cuando Xicotencatl, señor de Tlaxcala, obsequió a Cortés cinco doncellas, cuatro de las cuales fueron repartidas entre sus más íntimos allegados, la principal de ellas, la quinta, doña Luisa, hija de dicho cacique, que iba destinada para Cortés, éste se la asignó a Alvarado, quien tuvo en ella a la célebre doña Leonor, la heroína de una de las novelas históricas que escribió el señor Milla, *La Hija del Adelantado.*

Se atribuyen a Alvarado varias acciones indecorosas y criminales ejecutadas durante la tal conquista, que, a decir verdad, empañan la gloria de sus heroicas hazañas. Tanto es así, que don Fernando Pizarro y Orellana dice en su *Barones* (sic) *ilustres del Nuevo Mundo:* «que a pesar de que por su valor y gran corazón, con valentía de ánimo manifestada y experimentada en todas las conquistas, merecía uno de los mayores lugares entre los famosos de la Fama, no lo quise poner entre ellos».

El robo descarado de unas cuantas cargas de cacao y otros objetos de valor, pertenecientes al tesoro de Montezuma, hecho de que se le hizo cargo en el proceso que se le siguió más tarde, da triste idea de su delicadeza y moralidad. (216)

En cuanto a la horrible matanza de indios que ejecutó Alvarado en el templo de Huitzilopochtli, uno de los días que quedó ese capitán en Méjico, custodiando a Montezuma, mientras Cortés iba a combatir a Narváez, matanza que se cita siempre como uno de los mayores crímenes cometidos por nuestro conquistador y que tuvo funestas consecuencias para los españoles, en cuanto a ese hecho creo, como el señor Altolaguirre, que se debe tomar en cuenta las críticas circunstancias en que se encontraba D. Pedro, y el inminente peligro en que estaban él y sus compañeros de ser matados por los indios.

Era Alvarado un hombre verdaderamente incomprensible: cierta ocasión cortó con su propia espada la soga con que se estaba ahorcando, por orden de Cortés, a un sol-

(216) Contrasta el pillaje de Alvarado con la suma generosidad de Montezuma: cuenta el cronista Herrera que durante la prisión de éste a las veces se entretenia jugando al *bodoque* con Alvarado, pagándolo siempre perdiera o ganara, con la diferencia de que si el augusto prisionero ganaba, daba un *chalchihuite*, y si perdía pagaba un tejuelo de oro, que por lo menos valía 50 duçados, y algunas tardes llegó a perder de 40 a 50 tejuelos, y «holgábase las más veces de perder, por tener ocasión de dar».

dado que había cometido una ratería; otra vez, en un arranque de noble desprendimiento, perdonó al Adelantado Francisco de Montejo, 28,000 ducados, que éste le debía, y ese mismo hombre, como queda dicho, cometía verdaderos robos.

La admiración y simpatía que inspiran sus actos de heroísmo decaen completamente ante la hoguera en que quemaba vivos a los principales prisioneros que caían en sus garras, y ante el horrible espectáculo de los indios despedazados por los perros feroces, que como arma de combate empleaba con frecuencia el capitán Alvarado.

Con todo, preciso es reconocer que a D. Pedro corresponde buena parte de la gloria de la conquista de Méjico, que no resalta en las cartas de relación escritas por Cortés, pero sí en las narraciones de los cronistas, especialmente en la de Bernal Díaz del Castillo.

210.—Ya referimos los hechos más salientes de la conquista de Guatemala y de Cuzcatlán, hasta el regreso de Alvarado, de Honduras a Guatemala, a mediados de 1526, y tuvimos ocasión de recordar algunos de los actos de nuestro conquistador, propios de la dureza de su carácter. En esa época cometió uno de los más repugnantes desmanes de que se le hizo cargo al procesarlo: la violación de la joven princesa Xuchil, en Yxinché, poco antes de la primera expedición a Cuzcatlán.

Uno de los príncipes cachiqueles se había casado hacía poco con esa joven, que tuvo la desgracia de ser vista y encender la carne de D. Pedro. Éste la mandó llamar a su palacio, so pretexto de pedirle ciertos informes acerca de los pueblos de la costa del Sur; pero ni ruegos, ni lágrimas, ni dádivas bastaron después al enamorado esposo de la joven, para arrancarla de los brazos del lascivo conquistador.

D. Pedro, para desvanecer el cargo que se le hizo a ese respecto, dijo que la tal Xuchil era una vieja esclava, de más de 50 años de edad, y alegó, como prueba de lo absurda que era la acusación, el hecho notorio de que los indios entregaban voluntariamente sus mujeres e hijas a los conquistadores.

A mediados de 1526, como queda dicho, regresó D. Pedro de Hibueras a Guatemala, y pocos días después emprendió viaje a México.

Gran sorpresa causó a Alvarado la situación en que encontró la capital de Nueva España: Cortés entusiastamen-

te recibido a su regreso de Honduras tuvo el desagrado de ver llegar pocos días después a don Luis Ponce de León, con cédulas reales para tomarle residencia, como resultado de las acusaciones que contra él elevaron al Emperador, Salazar y Chirinos, y aunque nada pudo hacer Ponce de León, por haberlo sorprendido la muerte a los veinte días de haber llegado a México, dejó encomendado el Gobierno y la instrucción de la causa al licenciado Marcos de Aguilar, que con él había venido de España.

Lo que es él, Alvarado, fué el hombre de moda en México, esa ocasión. «Por casas, calles y plazas, dice el P. Remesal, las pláticas comunes eran de las proezas y hazañas del Capitán Pedro de Alvarado, que con grande acompañamiento de españoles entró estos días en México, y de la valerosa gente que llevó consigo a la provincia de Guatemala, la mucha tierra que pisaron, las grandes provincias que descubrieron, los caciques y reyes que sujetaron a la Corona de Castilla, las riquezas que hallaron, las valentías que hicieron, y, sobre todo, la ciudad que fundaron entre dos volcanes de elementos tan contrarios como fuego y agua, del gran número de los naturales de aquellas partes, de sus usos y costumbres y modo de vivir; y como había partes por todas partes, que eran los Alcaldes y Regidores de la nueva ciudad de Santiago de los Caballeros, como apasionados de la obra de sus manos, todo era alabanza y ponerla en las nubes y dar esperanzas de que dentro de pocos años sería un Valladolid o Toledo».

Alvarado se aprovechó también del influjo que adquirió en México su hermano Jorge, al casarse con la hija del antiguo Tesorero Alonso de Estrada, persona de gran valimento, inmediato sucesor del licenciado Aguilar, en la gobernación de Nueva España. Cuéntase, a propósito de lo antedicho, que habiendo tenido Alvarado (D. Pedro) la audacia de mandar construír en Méjico una casa con cuatro torres, al igual de la de Cortés, la autoridad le mandó suspender la obra; pero que gracias al influjo de su hermano Jorge, logró que se hiciese la casa, tal cual él la deseaba, durante la gobernación de Estrada, que duró de marzo a fines de agosto de 1527.

Aprovechando la estancia en Méjico de unos doce Domínicos recién llegados de España (a cuatro de los cuales, que estaban enfermos, ofreció pasaje gratuíto en su buque) consiguió se destinasen cuatro para ir a doctrinar a

los indios de Guatemala (que no llegaron a ir), y para tranquilizar su conciencia se confesó con uno de ellos, Fr. Domingo de Betanzos, quien, según cuenta el P. Remesal, impuso a D. Pedro, por vía de penitencia, diese un *terno* de terciopelo o de damasco a la iglesia de Santiago de Guatemala, penitencia que no cumplió Alvarado.

En febrero de 1527 se embarcó para España, en el puerto de Veracruz.

211.—Hondas contrariedades sufrió Alvarado los primeros días que estuvo en la Corte. Gonzalo Mexica, hombre importante, había llegado poco antes, con plenos poderes de las autoridades de Nueva España, y había presentado al Consejo de Indias un extenso memorial, en que acusaba a Alvarado de una multitud de fechorías y en particular de haberse quedado con los *quintos* del Rey. El Consejo de Indias ordenó a la Casa de Contratación de Sevilla procediese inmediatamente contra Alvarado, y este tribunal, tras breves trámites, decretó se embargara al acusado el oro que llevaba.

Por fortuna, don Pedro supo captarse la amistad y afecto del comendador Francisco de los Cobos, secretario del Consejo de Indias y uno de los más allegados al emperador, y logró también que aceptara su mano la bella y discreta doña Francisca de la Cueva, sobrina del Duque de Alburquerque y cuya familia protegía el comendador Cobos.

Alvarado, dicho sea de paso, al contraer ese matrimonio faltó a su deber, a la lealtad debida a su compañero de armas, antiguo jefe y amigo, Hernán Cortés, pues estaba comprometido a casarse con una prima de éste, Cecilia Vázquez, persona sumamente apreciable.

Lo que sí es cierto es que, gracias a su amistad con el comendador Cobos y a su enlace con doña Francisca, la suerte de D. Pedro cambió como por ensalmo: se suspendió el proceso que se le seguía, se levantó el embargo de sus bienes; se le permitió el uso del *Don*, se le agració con la Cruz de Santiago y por cédula de 18 de diciembre de 1527 se le nombró Gobernador y Capitán General de Guatemala, con 572,500 maravedises de salario, y absoluta independencia de México. Es *probable* que desde entonces se le haya concedido también el título de *Adelantado,* con que incontables documentos lo designan y él mismo comenzó a usar por ese tiempo.

El emperador mismo le devolvió, como regalo de boda, una magnífica esmeralda que Alvarado le había llevado de

Nueva España. (En el proceso que se le siguió a Alvarado se hace alusión a esa piedra, que se dice valía 5,000 pesos de oro).

Don Pedro estaba muy contento en la Corte, mas al fin recibió orden de volver a su Gobernación. En consecuencia, el 26 de mayo de 1528 presentó sus despachos a la Casa de Contratación de Sevilla, para que se tomase razón de ellos, y en seguida se embarcó para Veracruz, trayendo, entre su numerosa comitiva, al licenciado don Francisco Marroquín, futuro primer obispo de Guatemala, a don Francisco de Castillanos, nombrado Tesorero; a don Francisco de Zorrilla, provisto para el puesto de Contador; a Gonzalo Ronquillo, que venía para Veedor, y a otros muchos caballeros destinados al Ayuntamiento de Guatemala.

212.—Muy distinta suerte tocó a don Pedro desde su arribo a Veracruz: pocos días después de su llegada cayó enferma doña Francisca, y fué imposible salvarla de la muerte.

Profundamente abatido por tan duro golpe llegó a México nuestro conquistador, donde encontró las cosas en un estado muy poco favorable para él.

El tesorero Estrada, que como se dijo gobernó de marzo a fines de agosto de 1527, había desterrado a Cortés, sometiéndolo a tales vejaciones que lo obligó a ir a Castilla en demanda de justicia: el emperador creyó resolver las dificultades e implantar orden en Nueva España, creando para gobernarla una Audiencia, de la cual fue nombrado presidente Nuño de Guzmán, amigo de Estrada, y oidores los licenciados Matienzo, Delgadillo, Posada y Maldonado.

Apenas constituído el nuevo régimen comenzó Nuño de Guzmán a hostilizar a Cortés, apoderándose de sus bienes, e hizo publicar el 11 de febrero de 1529 un bando en que declaraba abierto por 90 días juicio de residencia de él.

El odio que el Presidente de la Audiencia tenía a Cortés se hizo extensivo a Alvarado, a quien embargó los bienes, lo mandó procesar, y envió a Guatemala a Francisco de Orduña a residenciar a Jorge de Alvarado, que gobernaba allí interinamente. Ya daremos respecto a esa residencia más amplios detalles; concretándonos en este número a lo que pasaba en México.

La Audiencia tenía un buen pretexto para proceder contra Alvarado: uno de los capítulos de las instrucciones que había recibido contenía el encargo de averiguar "si era

verdad que cuando Pedro de Alvarado estuvo en Guatemala no hubo buen recabdo en la cobranza de los Quintos y Derechos Reales" (Herrera, Dec. IV, cap. X).

Con todo, la historia ha declarado inicua la conducta de Nuño de Guzmán con relación a nuestro Adelantado: he aquí como se expresa acerca de eso el ilustre historiador mexicano D. Joaquín García Icazbalceta, en su precioso estudio respecto al primer obispo y arzobispo de México, D. Juan de Zumárraga: "No toca a mi intento hablar de los agravios, persecuciones, deshonras, robos y daños con que aquellos indignos jueces afligieron a Cortés y a sus compañeros, en especial a Pedro de Alvarado, mas no dejaré de lamentar que escritores estimables hayan dado inmerecido crédito al proceso de residencia formado por el encono, guiado por la mala fé y sostenido por el terror o por las declaraciones interesadas de enemigos notorios o de ruines sobordinados." (217).

El único que se atrevía a oponerse a las barbaridades que Nuño de Guzmán cometía con Cortés y Alvarado era el obispo Zumárraga, hombre de incontrastable energía y rectitud (218), único que se atrevió a denunciar al emperador las arbitrariedades de la Audiencia, en carta escrita el 27 de agosto de 1529, de la cual tomo las siguientes líneas:

«Asimismo, de aviso con el Factor, han procedido el Presidente é Oidores, de oficio contra D. Hernando y Pedro de Alvarado y contra otros muchos que jugaron naipes y dados ocho y nueve años ha andando en la guerra y conquista de esta tierra, y han metido mano en esto y con tanta solicitud, siendo ellos los acusadores, que ovo días de 20,000 pesos de oro de condenación, y las condenaciones otras son en mucha cantidad; hanme informado que al Presidente é Oidores ha cabido muy gran parte; lo que se ha visto es la cárcel llena de presos contra quien procedían,

(217). En cuanto a este último, no obstante la respetabilísima opinión del señor García Icazbalceta, yo considero el «Proceso de Alvarado», como un documento preciosísimo.

(218) El obispo Zumárraga, «el Omar de Occidente», es generalmente execrado como destructor de preciosos documentos históricos; mas a ese respecto yo creo muy sensata y justa la observación del general Riva Palacio: " . . . .; terrible proceso podría formarse por esto a un hombre del siglo XIX, a un individuo del Instituto de Francia, o a un miembro de la Academia Real de Londres; pero querer juzgar al obispo Zumárraga y a los misioneros franciscanos que llegaron a la Nueva España, bajo el punto de vista de la especialidad histórica a que se han dedicado algunos de los escritores que lo acusan, es llevar a extraño y reducido campo lo que objeto debe ser de altas consideraciones filosóficas; porque esta cuestión, aunque parece de pasajero interés, entraña el estudio y conocimiento del carácter de los hombres y de los acontecimientos del siglo XVI» (*México a través de los siglos*, tomo II, p. 302.)

y para cobrar estas condenaciones se han vendido en almoneda muchas haciendas en bajos precios; especial sé decir y afirmo, que á Pedro de Alvarado han destruido é robado, porque de todo cuanto trajo de Castilla, que fué tanto aparato y cosas ricas como un Conde principal desos reinos pudiera traer, de todo no le han dejado un pan que coma; la plata mucha y por extremo bien labrada, la tapicería mucha y buena y otras cosas de mucho valor, hoy día las tienen y se sirven della el Presidente é Oidores como les cupo de sus partes; caballos y acémilas y todo lo demás le han tomado, y sólo una mula que le quedaba, en que andaba por estas calles con luto por su mujer, en ésta le hicieron ejecución habiendo venido cabalgando a la posada del Presidente en ella, y allí de la puerta se la tomaron y le hicieron ir a pié, no mirando su autoridad, que es adelantado intitulado por mano de V. M., y de esta manera han perseguido a cuantos han sido de contraria opinión del Factor, y, sobre todo, no queriéndoles otorgar apelación para ante V. M., ni dar testimonio de lo que pasa . . . y de todas estas cosas tendría V. M. información y muchas relaciones y quejas, mas ni Escribano las osa hacer, ni ellos las osan enviar, porque todas las cartas se toman en los puertos aunque vayan intituladas a V. M. . .; como Alvarado viese y conociese la demasiada codicia del Presidente é Oidores, les comenzó a tentar con cohechos y dádivas, y desta manera les dió valor de más de 4 o 5000 pesos de oro en que le han cohechado en cosas que aún en esta tierra valen más».

Detalladamente especifica el obispo los regalos hechos por Alvarado a Nuño de Guzmán y a los Oidores Delgadillo y Martienzo, únicos que quedaban por haber muerto poco antes Posada y Maldonado, y concluye diciendo: «Y después que dió estos cohechos al Presidente y a los Oidores, han dado su palabra a Alvarado de le despachai brevemente sus negocios».

113.—Un desagradable incidente ocurrido a Alvarado, permitió a sus perversos enemigos dar pábulo a su odio contra él: he aquí lo que pasó:

Se decía públicamente en México que Cortés, a la sazón en España, había logrado recobrar su ascendiente con el Emperador, y que estaba próximo su regreso a gobernar, y una tarde que andaban de paseo Nuño de Guzmán, el Factor Salazar, Alvarado y otros caballeros, uno de és-

tos aludió a los rumores que corrían, y al oírlo Salazar, no pudiendo contener su despecho, exclamó: «El Rey que a tal traidor como Cortés envía es hereje y no cristiano». Los circunstantes guardaron silencio por respeto al Presidente; mas al día siguiente presentóse Alvarado a la Audiencia pidiendo permiso para retar y batirse con Salazar, por la ofensa que había inferido al Emperador. Nuño de Guzmán se puso furioso al enterarse de tal petición y exclamó indignado: "Pedro de Alvarado miente como ruin caballero, si lo es, que el Factor no dijo tal, porque es servidor de S. M. y no había de decir tal palabra".

Al día siguiente fué reducido a prisión D. Pedro, y engrillado como el más temible criminal.

Los rumores que corrían respecto a Cortés eran verdaderos: volvía de España, cargado de honores y de autoridad. Nuño de Guzmán al cerciorarse de ello, temiendo que Alvarado se uniese a los partidarios de Cortés, optó por ponerlo en libertad, para que fuese a Guatemala, a donde llegó a principios de abril de 1530, a raíz de la invasión de Estete en la provincia de San Salvador.

214.—Ya hemos hablado de la inquina con que la Audiencia de México persiguió a Alvarado por el simple hecho de considerársele como uno de los mejores amigos de Cortés (219) y hemos dicho que le instruyó un verdadero proceso, exigiéndole estrecha cuenta de todos sus actos. El espediente que al efecto se formó permaneció perdido e ignorado durante más de trescientos años, en un legajo de «*Papeles inservibles*» del Archivo Nacional de México, hasta que en 1847 lo descubrió, palografió y publicó el licenciado don Ignacio L. Rayón, proporcionando así a los aficionados a estudios históricos relativos a estos países un documento preciosísimo de innegable autenticidad.

Nuestros cronistas, desde Bernal Díaz del Castillo hasta el arzobispo García Peláez, no tuvieron conocimiento de la existencia de ese arsenal de datos, que los historiadores utilizan hoy sin olvidar la perfidia con que fué seguido tal proceso.

---

(219) Por ese tiempo la amistad entre Cortés y Alvarado había decaído notablemente, sobre todo de parte del primero de ellos, tanto por haber dejado don Pedro burlada a Cecilia Vásqnez, como por haber celebrado éste, durante su permanencia en la Corte, capitulaciones con la corona para ir a las islas de la Especiería y navegación en la mar del Sur, cosas ambas a que se consideraba Cortés con exclusivo derecho. Cortés estaba, pues, herido en dos fibras muy delicadas: el interés y el amor propio.

El referido documento consta de siete partes principales, sin contar los datos relativos al proceso de Nuño de Guzmán y a las adiciones con que enriqueció la edición el licienciado D. J. Fernández Ramírez:

I.—Interrogatorio, compuesto de treinta y siete preguntas, relativas a la conducta de Alvarado, desde su llegada a las Indias, hasta su expedición a Honduras: es decir a un lapso como de diez y seis años.

II.—Declaraciones de diez testigos acerca de esas preguntas.

III.—Relación de treinta y cuatro cargos deducidos contra Alvarado de una información secreta.

IV.—Escrito de Alvarado contestando los cargos.

V.—Interrogatorio presentado por don D. Pedro, constante de ochenta y cuatro preguntas.

VI.—Declaraciones de treinta y dos testigos presentados por el acusado.

VII.—Certificación del Contador de Nueva España de las cantidades de oro y plata fundidas por cuenta de Alvarado, y pagado el quinto de ellas, y de las joyas que para satisfacer el correspondiente derecho había presentado. El valor del oro ascendía a 31.700 pesos oro, el peso de la plata, a 444 marcos (sin expresarse su valor). (220)

Faltaban al original algunas piezas accesorias, principalmente las diligencias que instruyó D. Pedro contra los indios de Soconusco, Utatlán y Cuzcatlán, presentadas por el acusado, para justificar su conducta con ellos, piezas que proporcionarían hoy valiosos detalles para la historia de nuestra conquista.

El proceso a que aludimos no llegó a sentenciarse.

215.—Preciso nos es ahora volver un instante sobre nuestros pasos y dar una idea de lo que pasaba en Guatemala, cuando D. Pedro estaba en México bregando con Nuño de Guzmán, Delgadillo y Matienzo.

Desde que llegó Alvarado a la Metrópoli de Nueva España otorgó poder formal a favor de su hermano Jorge, para que tomase posesión del empleo de Gobernador y Capitán General de Guatemala y sus provincias, y los desempeñase mientras él llegaba, en el cual poder se insertó la

(220) El señor Milla calcula en medio millón de pesos, por lo menos, en moneda actual guatemalteca, el valor de los metales y piedras preciosas que Alvarado hizo quintar en Méjico.

Real providencia de 18 de diciembre de 1527, o sea el nombramiento de D. Pedro.

Amplias facultades había dado el Emperador al Adelantado de Guatemala, pero todavía con cierta sujeción (especialmente por lo que hace a lo judicial) a la Audiencia de Méjico, a la cual podía apelarse de las sentencias pronunciadas por Alvarado, tanto en el ramo criminal, como en el civil, cuando se ventilase una cantidad mayor de 45,000 maravedís. (221)

Jorge presentó el antedicho poder al Ayuntamiento de Guatemala el 9 de mayo de 1529 y tomó posesión de los empleos, previo juramento. Recogió las varas de los alcaldes y acto continuo se las devolvió para que continuasen funcionando, como interinos, mientras llegaban los nombrados en la Corte.

Como D. Pedro se entretuvo bastante en México, los oficiales reales y regidores que venían con él, con destino a Guatemala, no lo esperaron, y vinieron a tomar posesión de sus respectivos empleos. Por ese tiempo vino también el dominico Fray Domingo Betanzos a fundar el primer convento que hubo por acá, de la orden de Santo Domingo, que siempre se distinguió, preciso es reconocerlo, por su celo en favor de los indios.

La administración de Jorge de Alvarado fué bastante mala: su insaciable codicia lo indujo a cometer muchas arbitrariedades y a apropiarse diversas exacciones. Cansados de sufrirlo los vecinos de Guatemala pidieron a la Audiencia de México enviara un Juez de residencia, y en efecto, vino Francisco de Orduña, de quien hemos hablado oportunamente.

El gobierno de Orduña, a pesar del violento carácter de éste, fué más benéfico para el país, salvo ciretros actos, notoriamente injustos, a que lo arrastró su animadversión por los Alvarado y sus amigos.

Tocó a Orduña organizar las expediciones que fueron a someter a los indios de Uxpantlán; la que sofocó la insurrección de la provincia de Chiquimula, y la que arrojó de la provincia de San Salvador a Martín Estete, como relatamos en el número 199.

(221) La Provincia de Guatemala estuvo en un principio, *de hecho*, sometida a México esa dependencia fue legalmente establecida por cédula de 13 de diciembre de 1527 (*Cedulario de Puga*, tomo I, p. 41 de la edic. de México, 1878). Tres días después se dieron a don Pedro facultades tales que la tal dependencia quedó muy reducida, y Felipe II al crear la Audiencia de Guatemala (Ley 6a., título 15 del libro 1o. de la Recop.) la hizo pretorial e independiente en absoluto de México.

CAPITULO DECIMO.

Continúa la biografía de Alvarado..

216. — Don Pedro, al posesionarse del mando, en abril de 1530, lo primero de que se preocupó fué de restablecer el orden y la calma en Guatemala, a la que había encontrado profundamente conmovida. Para lograr su objeto tuvo que desplegar mucha energía, amenazando con la pena de muerte a los que provocasen disturbios, a los que removiesen cuestiones enojosas, ya fuese por escrito o de palabra.

Es de advertir que nuestra metrópoli en aquel entonces apenas contaba con 250 vecinos o sean unos 750 habitantes; mas el carácter levantisco e indómito de los aventureros que formaban el grueso de la población, exigía mano de hierro para gobernarlos.

Lo curioso del caso fué que Alvarado, de acuerdo con el Ayuntamiento, sometió a residencia al Juez Orduña, quien con gran trabajo logró fugarse y regresar a México.

El Adelantado se creía con facultades para todo: separó del curato de Guatemala al P. Juan Godínez, y lo sustituyó con el P. Marroquín, quien por respeto al mandatario aceptó el cargo, no sin recurrir inmediatamente al Obispo de México, para la confirmación de su nombramiento, y el prelado de Nueva España, no sólo confirmó lo hecho, sino que elevó al P. Marroquín a la jerarquía de su Provisor y Vicario general en Guatemala. (222)

(222) El P. Remesal, hablando de este incidente, dice que el P. Marroquín se vió obligado a aceptar el curato, "por respeto a la autoridad del Adelantado *y de Doña Beatriz de la Cueva*, su mujer, que no tenía poca mano en el gobierno." Esto último está en oposición con documentos auténticos, que demuestran que en 1530 aun no se había casado Dn. Pedro con Dña. Beatriz; sin embargo, debo recordar, a propósito de esto, que el abate Brasseur de Bourbourg pretendía haber encontrado que Dn. Pedro cuando llego a Guatemala, en abril de dicho año, ya venía casado con Dña. Beatriz.

Corresponden a la época de que venimos hablando la fundación de San Jorge u Olanchito, en la provincia de Tuzulutlán, como dice Herrera, o en la de Honduras, como dice Juarros, y la de San Miguel, en Chaparraxtique, encomendada la primera a Diego de Alvarado (a quien Milla —tomo I. p. 228—llama *hermano* de D. Pedro, hablando de esas fundaciones) y la segunda a Luis Moscoso. (223)

Los reyes Belehé-Qat y Cahí-Ymox, que andaban por los montes desde el desastre de Yximché, se presentaron espontáneamente a los conquistadores, en el pueblo de Paruyalchay, y fueron recibidos con demostraciones de amistad por Alvarado, que les concedió seguir gozando de su alta categoría, si bien con una autoridad puramente nominal.

Belehé-Qat se retiró a Sololá, donde murió pocos días después, y Alvarado, que arreglaba las cosas a su antojo, se trasladó a ese lugar y escogió entre los miembros de la familia real al príncipe Tzaya-Qatu, o D. Jorge, y lo hizo reconocer como *Ahpopzotzil* o rey, sin atender a que a Cahí-Ymox (hasta entonces *Ahpopxail*) correspondía esa dignidad, según las leyes del reino, conforme a las cuales lo que se debió hacer era elevar al rango de Ahpopxail al hijo mayor del difunto. Cahí-Ymox, despechado, se retiró a Yximché.

Alvarado abusaba de una manera terrible de su posición: además del tributo que se hacía pagar en oro y plata, por los indios de sus encomiendas, empleaba millares de brazos en sus lavaderos de metales preciosos y en otros trabajos, tratando a sus vasallos con excesiva dureza.

217.—Tócanos ahora hablar de la famosa expedición al Perú, realizada por nuestro incansable y atrevido Adelantado, en 1534.

Con flagrantes contradicciones y aun evidentes errores he tropezado al consultar los autores que han escrito respecto a esa expedición, mas a la postre creo haber coordinado los hechos satisfactoriamente.

Don Pedro, como indicamos oportunamente, se había comprometido en la Corte a organizar un viaje marítimo en la mar del Sur, en demanda de descubrimientos y conquistas, inclusive en las entonces muy mentadas islas de la Especiería, compromiso que, como dijimos, no fué del agrado de Cortés, que se creía ser el único que tenía

(223) Véanse lo que digo en el número 198 de esta obra, y mi *Monografía del departamento de San Miguel*, San Salvador, 1911.

derecho a realizar esa empresa, y aunque este conquistador quiso entrar en arreglos con Alvarado a ese respecto, no logró nunca entenderse con él.

Desde que regresó Alvarado a Guatemala, a principios de abril de 1530, se ocupó en iniciar los trabajos necesarios para ponerse en aptitud de llenar su compromiso, cosa que le interesaba y halagaba sobremanera.

Lo que principalmente necesitaba eran buques, y como no había modo de conseguirlos, se resolvió a fabricarlos. Aquellos hombres eran de un temple extraordinario, especialmente D. Pedro: nada lo arredraba ni detenía.

Al efecto hizo buscar en la costa de la mar del Sur, correspondiente a su jurisdicción un lugar apropiado para astillero, y fué elegido el de *Yztapa*, al Este del actual puerto de San José.

Se instaló en Yztapa una falange de carpinteros, calafates y maestros y se reunieron todos los elementos necesarios para realizar la obra y llevar a cabo la empresa, a costa de indecibles fatigas y sudores de los indios, a quienes D. Pedro trataba de la manera más inhumana. Desde San Cristóbal de Chiapa hizo llevar a hombros de los indios dos piezas de artillería que le proporcionó el Ayuntamiento de esa población. (224)

Con entusiasmo y habilidad hacía D. Pedro activa propaganda en favor de su empresa, ponderando la honra y provecho que reportarían cuantos tomaran parte en ella.

Alvarado, para formalizar su contrata, envió el correspondiente escrito al Consejo de Castilla, a fines de 1531, o principios de 1532; el 2 de abril de este último año se dió cuenta al emperador de la tal petición, y el 5 de agosto se le otorgó, a D. Pedro, la autorización que solicitaba, "para descubrir los secretos de la mar del Sur, por tener noticias de muy ricas islas é de otras tierras en la costa de aquella mar." De esa resolución tuvo conocimiento Alvarado por octubre o noviembre de 1532.

Entre tanto llegaron a Guatemala noticias sumamente tentadoras respecto a la riqueza del Perú, noticias que con-

(224) El P. de las Casas, hablando de las expediciones de Alvarado en la mar del Sur, dice: "Mató infinitas gentes con hacer navíos: llevaba de la mar del Norte a la del Sur, ciento treinta leguas, los indios cargados con anclas de tres y cuatro quintales, (?) que se les metían las unas de ellas por las espaldas y lomos: y llevó de esta manera mucha artillería en los hombros de los tristes desnudos, y yo vide muchos cargados de artillería por los caminos angustiados..... Dos armadas hizo de muchos navíos cada una, con las cuales abrazó, como si fuera fuego del cielo, todas aquellas tierras."

firmaron y exageraron los tripulantes de una nao que D. Pedro envió a Panamá, en solicitud de algunos objetos que necesitaba para su expedición.

El Adelantado mismo no hallaba qué hacer: si ir a buscar las islas Molucas, o lanzarse hacia el Perú. Todavía en la carta que escribió Alvarado al Emperador el 1º de septiembre de 1532 (que consta en el tomo 79 de la *Colec. Muñoz)* le decía que había tenido el propósito de ir al Perú, pero que eran tales los informes que dos pilotos portugueses le daban de las islas de la Especiería, que estaba resuelto a ir a conquistarlas. (225)

En esa carta daba cuenta de los principales elementos con que contaba, que eran ocho buques: el galeón San Cristóbal, de 300 toneles, "la más hermosa pieza que se pudiera hacer en Vizcaya"; la nao Santa Clara, de 160; la Buenaventura, de 150; otra fabricada en el golfo de Chira, por orden de Pedrarias Dávila, también de 150; una caravela de 60; un patache de 50, y otras dos embarcaciones más pequeñas. "Lo que ha sido mucho hacer, añadía, en tierra tan apartada de donde se pueden traer las cosas necesarias . . . y he gastado más de 50,000 castellanos en hacer la más hermosa Armada que se podía ver en estas partes . . . habiendo consumido cuanto teníamos yo, mis hermanos, amigos y deudos". Enumeraba también los equipos y aprestos que había reunido.

218.—Los Oficiales reales que por entonces funcionaban en Guatemala eran: Francisco de Castellanos, tesorero; Francisco de Zorrilla, contador, y Gonzalo de Ronquillo, veedor. Estos sujetos, aunque se detestaban cordialmente entre sí, estaban de acuerdo en la necesidad de poner coto a las arbitrariedades de Alvarado, y corregir sus desaciertos, y como tal consideraban la proyectada expedición.

Escribieron largas cartas al Emperador, poniendo de manifiesto los abusos del Adelantado y haciendo ver los inconvenientes que tenía el que fuese a entrometerse en las conquistas de Pizarro, y los graves perjuicios que esa expedición acarrearía a Guatemala, y manifestando que en vano le habían hecho reflexiones, para que desistiese, y

(225) El señor Milla (p 241 del tomo I), siguiendo al P. Remesal, alude a esa carta, pero dice que en ella decía Alvarado al Emperador que "iba al Perú a ayudar a D. Francisco Pizarro", lo cual no es exacto. El texto de la carta (que sin duda no conoció el señor Milla) fué publicado por el señor Altolaguirre, con otras piezas relativas a Alvarado, sacadas de la Colección Muñoz.

terminaban pidiendo al Emperador enviara una persona prudente y de confianza que gobernara durante la ausencia de Alvarado, con absoluta independencia de éste.

El obispo de México, D. Sebastián Ramírez, a la sazón Presidente de la Audiencia, tuvo conocimiento de las cartas antedichas y en consecuencia ordenó a Alvarado se abstuviese de realizar la expedición; mas este no hizo caso, atribuyendo esa orden a intrigas de Cortés.

El Rey mismo, contestando la Carta de D. Pedro, le previno que no fuese al Perú, que enviase su armada a las islas de la Especiería, "o a descubrir alguna otra tierra que otro no hubiese descubierto".

El tenor de ese pasaje y las voces de su capitulación, en la que se le autorizaba para ir a descubrir, conquistar y poblar "cualquier parte de la tierra firme que hallarades por la dicha costa del Sur hacia el Poniente *que no se haya hasta agora descubierto* ni entre en los límites y paraje (paralelos) Norte Sur de la tierra que está dada en gobernación a otras personas", lo salvoguardaban suficientemente.

En efecto, a Pizarro se le había concedido la Gobernación del territorio comprendido entre Tumbez y Santiago, que descubrió en su primer viaje, y los que descubriese, desde este puerto hacia el Sur, hasta Chincho, que se suponía estaba a 200 leguas; de consiguiente, la provincia de Quito, situada al Norte de Tumbez, no entraba en la demarcación de Pizarro, ni podía alegar haberla descubierto, porque su teniente Sebastián Benalcázar, no penetró en ella sino hasta año y medio después de la fecha de la capitulación de Alvarado.

Acabó de decidir a nuestro Adelantado la llegada a Guatemala del piloto Juan Fernández, que había acompañado a Pizarro en su expedición al Perú, y que informó a Alvarado que la provincia de Quito no había sido ocupada por Pizarro, agregando que era probable que en esa provincia estuviesen los tesoros de Atahualpa, que había residido en ella.

219. — Al recibir Alvarado, a fines de 1532, las capitulaciones, se apresuró a trasladar, ignoro con qué objeto, todos los elementos con que contaba, al puerto de Amapala, (226), lo cual efectuó a principios de 1533 — no a

(226) *Amapala* es el nombre indígena de una tribu que habitaba antes de la conquista la parte de costa del golfo de Fonseca perteneciente ahora a nuestro departamento de La Unión. Se dice que el territorio de los amapalas comprendía seis pueblos, siendo su asiento principal el volcán de Conchagua. Uno de esos pueblos, hoy extin-

fines, y menos a principios de 1534, como dice el señor Milla. El P. Federico González Suárez en su *Hist. del Ecuador* (tomo II, p. 206) observa la variedad de fechas asignadas a la salida de D. Pedro, pues en tanto que unos, como Garcilaso de la Vega (siguiendo a Gómara) la fijan en 1535, otros, como el cronista P. Velasco, la ponen en 1533, y otros en 1534. Esa variedad depende de que no distinguen entre la salida de Guatemala para el puerto de Amapala, que fué a principios de 1533, como queda dicho, y la verdadera salida de la expedición, que se verificó un año después, como pronto veremos. En cuanto a la fecha que da Garcilaso de la Vega, es completamente inadmisible, pues poseemos la carta escrita por Alvarado en el puerto de la Posesión (Realejo) el 20 de enero de 1534, en la que dice que está en vísperas de partir.

Llevaba Alvarado como 500 hombres bien armados, 227 caballos y como 2,000 indios auxiliares y de servicio. Entre las personas de su séquito menciona el señor Milla a sus dos hermanos Gómez y Diego (que ya hemos recordado que éste era tío del Adelantado, no hermano) y a Garcilaso de la Vega, "Natural del Cuzco, emparentado con la familia real de los incas, y que escribió después los *Comentarios reales*". No sé cómo se escapó a Milla tamaño anacronismo: en 1533 el futuro autor de esa apreciable obra era un párvulo, si es que ya había nacido, pues algunos opinan que nació en 1539. El que venía con Alvarado era Sebastián Laso de la Vega (a quien llamaban también Garcilaso de la Vega) natural de Badajoz, como el Adelantado, y que llegó a ser Gobernador del Cuzco, donde casó con una princesa de la sangre de los incas, o sea con una *Palla*, de cuyo matrimonio nació

---

guido, se llamaba en particular *Amapal*, (quizás por haber sido el primitivo). y estuvo adscrito al curato de Yayantique, donde se quedaron muchos de los indios que llevó Alvarado de San Juan Sacatepequez, como indicamos en el número. El puerto de Amapala, a que se refiere el texto era probablemente la pequeña ensenada o golfete que está en el extremo actual del departamento de La Unión, al cual puerto llamaban también "de Fonseca" por estar a la entrada de la bahía de este nombre. El puerto de Amapala de que habla Milla en las páginas 318 y 370 del tomo II de su Historia, y Gómez Carrillo, en la pág. 22 del primer tomo de los 3 que él agregó, es el mismo "Puerto de Fonseca", pues el primitivo pueblo de San Carlos (hoy puerto de La Unión), fué fundado en el propio paraje llamado Amapala, y fué lo que se llamó "Puerto de Fonseca". (V. el Informe de Francisco Valverde de Morcade, publicado en 1908 en la *Revista de la Universidad de Honduras*, números 3, 4, 5 y 6).

Ocioso es advertir que el puerto de Amapala de que aquí tratamos nada tiene que ver con el que se fundó en la isla del Tigre.

el autor de los *Comentarios reales*, que vivió más de setenta años. (227)

220. — No le fué propicia su estancia en Amapala a D. Pedro, pues dos de sus buques se fueron a pique, poco tiempo después de su llegada a ese puerto. Construír dos nuevos hubiera sido tardado y difícil; dichosamente tuvo noticia de que en Nicaragua se vendían dos en pública subasta, procedentes de la testamentaría de Pedro Arias, y aunque se apresuró a hacerles postura y le fueron adjudicados, no llegó a recibirlos, porque el licenciado D. Francisco de Castañeda, sucesor de Pedrarias Dávila en la Gobernación de Nicaragua, se apoderó de ellos. Entró en negociaciones para adquirir otros dos, mas cuando ya se había firmado el contrato, supo que el mismo Castañeda trataba de quedarse con ellos. Indigdado Alvarado fué al puerto de la Posesión, donde los buques se hallaban, y los tomó por la fuerza, llevándoselos a Amapala.

Ese rasgo de energía hizo comprender a Castañeda con qué clase de hombre trataba, y cambió radicalmente de conducta con respecto a Alvarado: lo invitó para que se trasladase al puerto de la Posesión, más seguro que el de Amapala, para hacer los últimos arreglos previos a la expedición.

En eso se pasó la mayor parte de 1533, y a fines de ese año, se trasladó Alvarado a dicho puerto.

Todavía el 23 de diciembre de 1533 y el 19 de enero de 1534 escribió Francisco de Barrionuebo, Gobernador de Tierra-firme, al emperador, en sentido poco favorable respecto al proyecto de Alvarado, de ir al Perú.

El Adelantado zarpó del puerto de la Posesión el 23 de enero de 1534, según él mismo lo dice en la carta que dirigió al nominado gobernador de Tierra-firme el 10 de marzo de ese año, escrita en Puerto Viejo, y publicada por el señor Altolaguirre. No hay tal, pues, que haya salido de Amapala el 31 de enero, como se lee en la *Recordación Florida*, (pág. 134 del tomo I, edic. de Madrid).

A poco andar encontró dos navíos que había armado Gabriel de Rojas para llevarlos a Pizarro, con 200 hom-

(227) Según algunos autores el padre del Inca Garcilaso de la Vega no fué ese Sebastián Laso, sino un noble español llamado D. Diego, que siguió a Pizarro en la conquista del Perú y que se casó con una princesa peruana que le tocó en repartimiento, después de la toma del Cuzco, en 1525. Pero en todo caso el que venía con Dn. Pedro de Alvarado era Sebastián, haya sido o no el padre del historiador, lo que es éste no era posible que viniera.

bres que había enganchado. Yo no sé cómo y dónde consiguió más buques, pero el hecho es que en la citada carta de 10 de marzo, escrita en Puerto Viejo, dice Alvarado que llevaba "doce velas", desde que salió del puerto de la Posesión, probablemente contando con las de Rojas, que las tomó casi al salir.

221.—No me corresponde narrar las peripepcias de la expedición al Perú, que tardó cerca de un año y en la que perecieron gran número de los hombres que llevó Alvarado; baste decir que a la postre se vió obligado a vender la armada a Almagro, por 100,000 castellanos, con lo cual no alcanzó a resarcirse de los gastos que había hecho, pues según escribió el 18 de enero de 1534 al emperador, acompañando los comprobantes, tenía gastados hasta esa fecha, más de 130,000 pesos oro. (El *castellano* equivalía al *peso oro*, y correspondía nominalmente a 11 pesos 5 1/2 reales de nuestra moneda).

Viniendo ya de regreso para Guatemala escribió Alvarado al Emperador, en el puerto de San Miguel, el 15 de enero de 1535, anunciándole que pronto iría a España a darle cuenta de todo lo ocurrido en el Perú, declinando toda responsabilidad en Almagro y manifestándole que si había aceptado arreglo con éste fué por evitar una guerra civil, con "esperanza que V. M. me desagraviaría, aunque desto no podré dejar de sentir la fuerza que se me hizo y que por servir a V. M. me fué forzado sufrirlo porque sabía que de cualquier desconcierto se me había de echar a mí la culpa."

Alvarado llegó a Guatemala, de regreso del Perú, el 20 de abril de 1535 (no a fines de este año, como dice el señor Milla en la p. 267 del tomo I) y ya el 12 de mayo siguiente escribió de nuevo a Carlos V reiterando su petición de que se le hiciera justicia por los agravios que le habían inferido Almagro y Pizarro, y ofreciendo realizar a su costa la magna empresa de atravesar el Pacífico para descubrir y conquistar en el mar de la China las islas de la Especiería. (228)

(228) Almagro, por su parte, se quejaba de que habían pagado los buques y el armamento tres veces más de lo que valían. Lo que sí es cierto es que dos de los buques comprados eran de Pizarro, los quitados por fuerza a Gabriel de Rojas. No faltó, según el P. Remesal, quien aconsejara al conquistador del Perú que capturase a Alvarado y no le pagara la suma convenida; mas Pizarro no quizo mancharse con esa felonía. Almagro instruyó un informativo contra Alvarado, que ha sido publicado por D. Toribio Medina en el tomo IV de su Colección de documentos inéditos para la historia de Chile.

222.—La gobernación de Guatemala quedó encomendada otra vez a Jorge de Alvarado. Durante su administración (de principios de 1533 a principios de 1535) el único hecho memorable es el envío de una comisión, al mando de D. Cristóbal de la Cueva, para que fuese a descubrir camino a Puerto-Caballos.

Hasta entonces las comunicaciones de Guatemala con España, por el mar del Norte, se hacían por el puerto de Guazacualco, distante unas 200 leguas, de infernal camino.

Cueva se entendió con Andrés de Cerezeda, gobernador de Honduras, para el desempeño de su comisión, y éste escribió al Emperador encareciéndole la conveniencia de fomentar y protejer la población de Buena-Esperanza, (que hacía poco había fundado él), haciendo valer su posición central entre Puerto-Caballos y la bahía de Fonseca, a distancia relativamente corta de Guatemala y de San Salvador, y demostrando la conveniencia de que las comunicaciones con Castilla se hiciesen por Puerto-Caballos y no por Nombre de Dios, y con el Perú, por la bahía de Fonseca y no por Panamá, todo lo cual era muy justo y rozonable. El gobierno español no hizo caso a Cerezeda, pues todavía en 1590 tuvo de nuevo que demostrar la conveniencia de esos cambios D. Francisco Valverde de Morcade, en el informe o "Razón y parecer" que dirigió al Rey, y de que hicimos referencia en la nota 226.

Poco después de haber regresado Alvarado a Guatemala, llegó a esa ciudad Fray Bartolomé de las Casas, llamado por el P. Marroquín, obispo electo de estas provincias, para que ocupara el convento fundado en 1529, y que a la sazón estaba abandonado. Fr. Bartolomé trajo consigo a otros dos misioneros dominicanos.

Don Pedro no pensaba más que en su futura expedición marítima, y comprendiendo que era muy peligroso lanzarse en pequeñas naos en la mar del Sur, proponía en su citada carta de 12 de mayo, que en España se construyesen seis o siete barcos grandes, bien artillados, enjarciados y marinados, los cuales, con 700 soldados y muchos bastimentos, deberían ir por el estrecho de Magallanes hasta la Especiería, desembarcar allí la gente, en el local más apropiado que se hallase, y volver a las costas de Nueva España, a recojer unos 2,000 hombres, mandados al efecto de Castilla, y buen número de caballos, los cuales transportarían al punto escogido en la Especiería, que serviría de

base de operaciones, para desde allí salir a hacer descubrimientos y conquistas "en el Maluco".

Ofrecíase a mandar la expedición y a contribuír con 70,000 castellanos que le quedaban de la venta de su armada en el Perú, y terminaba pidiendo licencia para ir a España, no sin advertir que no efectuaba desde luego el viaje por haber sido requerido por el Cabildo de Guatemala a no abandonar su gobernación.

Sin esperar contestación principió a organizar una nueva escuadra, comprando dos navíos y un bergantín y comenzando a construír tres galeones, según refiere el señor Altolaguirre.

223. — Al saber la Audiencia de Nueva España el regreso de Alvarado a Guatemala, y enojado porque éste desatendió sus órdenes, de abstenerse de ir al Perú, dispuso, lo más secretamente que le fue posible, enviar a tomarle residencia, comisionando al efecto al honorable y docto licenciado D. Alonso de Maldonado, miembro de la misma Audiencia; mas Alvarado supo a tiempo el peligro que lo amenazaba y trató de escapar el bulto. (229).

Su buena suerte le proporcionó un magnífico pretexto para ausentarse de Guatemala, antes de que llegase el Visitador: los españoles residentes en Honduras, exasperados por el despotismo de Cerezeda y por la más extremada miseria, comisionaron al tesorero real Diego García de Celis para que fuese a suplicar a Alvarado que pasara a Honduras a poner remedio a los males que sufrían.

Alvarado atrapó gustoso la ocasión que se le presentaba de prestar un nuevo servicio a la Corona y de tener plausible motivo para ausentarse, mas no lo hizo inmediatamente, sabedor, sin duda, de que Maldonado aún no venía.

Deudas que había contraído para arreglar su expedición al Perú, y que le fue preciso ir pagando, disminuyeron notablemente los 70,000 castellanos que había ofrecido, y eso lo obligó a hacer una nueva propuesta a la Corte el 20 de noviembre de 1535; pidiendo autorización para que salieran a hacer descubrimientos los dos navíos y el bergantín que había adquirido, y después las naos que estaba construyendo. En el escrito que al efecto remitió (y de que probablemente

(229). Según el señor Altolaguirre las quejas que las autoridades de Guatemala dirigieron al Emperador al marchar Alvarado al Perú, fueron parte a que el Soberano ordenara, por cédula de 27 de octubre de 1535, a la Audiencia de Méjico que se tomara residencia a Alvarado.

no tuvo noticia el señor Milla) se queja de que se trate de residenciarlo, lo cual perjudicaría, según él, su proyecto: «pues cualquier estorbo que para esto se pusiese sería dar conmigo y con ellos (los navíos) al través e yo quedarme con lo gastado y S. M. sin ningún servicio ni provecho que yo espero deste viaje, pues irá también enderezado, se descubrirá cosa por donde S. M. sea Señor de toda esta mar, que con ser los navíos de remos se podrá saber los secretos della.»

Cuando Alvarado supo que Maldonado venía para Guatemala, se apresuró a pasar a Honduras, donde Cerezeda le entregó la Gobernación. De los días que estuvo gobernando esa provincia quedan como imperecederos recuerdos dos poblaciones hoy florecientes, Gracias a Dios y San Pedro Zula, fundadas en esa época.

La noticia de que don Pedro de Alvarado estaba preparando una nueva expedición marítima, corría por todas partes: en Panamá se creía que la intención del Adelantado era ir «al Perú a satisfacerse de lo pasado o perder la vida,» como escribió el licenciado Espinosa a Carlos V, el 1º de abril de 1536, y hasta se llegó a decir que intentaba volverse corsario, sospecha que Pascual de Andagoya no tuvo empacho en comunicar al Emperador.

Por fin se embarcó D. Pedro, con destino a España, en Puerto-Caballos, a fines de julio o principios de agosto de 1536.

Pocos días antes de salir para la Habana, escribió al Ayuntamiento de Guatemala una carta de despedida, en la que decía, entre otras cosas, haber recibido permiso del virrey de México para aquel viaje. *(Colec. de doc. ant. del arch. del ayunt. de Guat.*, p. 178). (230)

224. — Forzoso me es ahora detenerme y aun retroceder en mi narración para esclarecer cómo y cuándo se verificaron las negociaciones entre nuestro Adelantado y Francisco de Montejo respecto a la Gobernación de Honduras, acerca de lo cual encuentro lamentables contradicciones y anacronismos en nuestros cronistas e historiadores, inclusive el señor Milla, el más diligente de ellos.

---

(230). Ese pasaje de la carta parece corroborar la aseveración del señor Altolaguirre, quien refiere que Maldonado instruyó la pesquisa, y que Alvarado quedó en libertad mediante la prestación de la fianza que le fue exigida, sin decir una palabra respecto a que el Adelantado haya rehuido verse con el juez visitador. El General Riva Palacio, aun es más explícito: aceptando la narración de Fuentes y Guzmán, dice: «Pedro de Alvarado, antes de consentir en aquel juicio, mañosamente protestó contra él, y dando fianza a satisfacción del juez, marchóse para Méjico, y de allí a España, quedando mientras en el gobierno el mismo visitador Alonso Maldonado.»

Montejo, conquistador de Yucatán (que nunca logró someter de una manera sólida y efectiva) pretendía desde 1529 se le anexase la provincia de Honduras, según consta en su carta al Emperador, fechada en Veracruz de 20 de abril de 1529. *(Docum. inéd. de Indias*, tomo XIII, p. 86). Más tarde, el Soberano, tomando en consideración que la Provincia de Honduras lindaba con la de Yucatán, le otorgó la deseada gobernación, enviando el nombramiento al virrey Mendoza, para que despachase a Montejo, que estaba en la capital de Nueva España, por no serle posible residir en Yucatán.

Tan luego como Montejo tuvo noticia de su nombramiento y de acuerdo con el virrey empezó a gestionar a fin de que Alvarado le cediese la gobernación de Chiapas, en cambio de la de Honduras. El simple hecho de que esa negociación se haya iniciado de acuerdo con el virrey indica claramente que no era grande el enojo de las autoridades de Nueva España con Alvarado.

Don Pedro, por su parte, había solicitado esa gobernación, en su citada carta de 20 de noviembre de 1535, en la que decía al Soberano que si Honduras se concedía a otro, que no fuese él, Guatemala quedaría sin puerto en el mar del Norte para comunicar con España y con las islas, y para introducir los pertrechos necesarios para la expedición a las Molucas. Esta petición fue denegada por la Emperatriz, previniéndole que «no se entrometiese en cosa ninguna tocante a las tierras de Honduras» *(Docum. inéd. de Indias,* tomo XXIV, p. 236).

Alvarado demoró su contestación a Montejo.

Según el señor Altolaguirre fue por entonces (a raíz de haber escrito Alvarado dicha carta) cuando llegó a Guatemala el comisionado Celis, a rogar a Alvarado pasase a Honduras.

Montejo, no recibiendo contestación de Alvarado, dispuso enviar a Honduras a Alonso de Cáceres: Alvarado al saberlo mandó disolver la tropa de Cáceres y dio a éste un empleo en el ejército de Guatemala.

Llegamos ahora al punto más obscuro del incidente de que tratamos: según el General Riva Palacio *(México a través de los siglos*, tomo II, p. 326), Alvarado aceptó al fin el canje que Montejo le proponía, pero éste recibió la contestación cuando ya tenía preparado su viaje de México a Honduras, y ya no quiso detenerse, viniendo a Guate-

mala, donde aun estaba Alvarado, que por cierto le prestó 1,500 castellanos de oro. (V. la carta de Montejo al Rey, fechada en Gracias el 1º de junio de 1539: *(Docum. inéd. de Indias*, tomo XXIV, p. 250).

Montejo, según el citado historiador, fue después a tomar posesión de su gobernación de Honduras, y tuvo que soportar contínuas hostilidades de Alvarado, que «no dejaba de la mano el empeño de apoderarse de la provincia de Honduras». No gozó de tranquilidad sino hasta que Alvarado se fue a España.

225.—El señor Milla, sin duda para conciliar las antedichas versiones, retarda la llegada de Alonso Cáceres a Honduras, y en seguida la de Montejo, aseverando que ambas se efectuaron después del embarque de Alvarado con destino a España. (Tomo I, p. 278). (231),

La verdad es que falta un estudio especial y minucioso que haga luz suficiente acerca del punto de que tratamos. Lo que sí creo indubitable es que el convenio entre Alvarado y Montejo no se llevó a efecto, por más que la Reina, por cédula fechada en Valladolid el 25 de mayo de 1538, autorizó al virrey Mendoza para que aprobara el contrato, si lo creía conveniente. *(Cedulario de Puga*, tomo I, p. 414).

226.—Antes de proseguir adelante digamos dos palabras respecto de la administración del señor Maldonado, a partir del 10 de mayo de 1536, fecha en que presentó sus despachos al Ayuntamiento de Guatemala y se hizo cargo de la gobernación de la colonia en sustitución de D. Pedro, o sea del residenciado, y a partir de la cual «cesaron los lavaderos de oro y plata, el tributo de los muchachos y muchachas, las muertes por fuego y por horca; cesaron, en fin, las violencias de toda especie que los castellanos cometían y las cargas que a todos habían impuesto,» como se lee en el MS. de Arana Xahilá.

El hecho más notable de ese período es sin duda el ensayo de conquista y catequización pacífica hecho por el P. las Casas y otros tres domínicos en la provincia de Tezulutlán (Alta y Baja Verapaz) y que dió magníficos resultados.

(231). El señor Milla dice que cuando Montejo fue nombrado Gobernador de Honduras ya le habían quitado la gobernación de Yucatán. Eso es inexacto: todavía cuando se estableció la Audiencia en Gracias, Montejo tenía ambas gobernaciones, y le quedó la de Yucatán y Cozumel,» por tenerle con el assiento que hizo con su Magestad quando fue a conquistar aquellas provincias.» *(Remesal*, Libro IV, cap. XIV).

A esa época corresponde también la consagración del señor Marroquín, primer obispo de Guatemala.

Y como sincrónico recordaremos el interesante episodio de Lempira, ocurrido en Honduras por ese mismo tiempo.

227. — Alvarado, dijimos, se embarcó para España en Puerto-Caballos a fines de julio o principios de agosto de 1536 (232), que es la fecha que indica el señor Milla; mas bien puede ser que haya sido algo después, porque según parece aún estaba Alvarado en Honduras cuando recibió la carta de Pizarro, pidiéndole fuera en su auxilio, escrita en la ciudad de los Reyes el 9 de julio de 1536, y que desde luego ha de haber tardado en llegar a sus manos. (233).

En febrero de 1537 llegó Alvarado a Angra, en la isla Tercera, continuando las otras naves que llevaba su ruta para España; allí permaneció más de tres meses, por temor de caer en manos de unos corsarios franceses que andaban por allí. Se embarcó al fin en una carabela portuguesa, mas un fuerte temporal hizo volver la embarcación al punto de partida, hasta que por último logró irse en la armada del Rey de Portugal, que lo condujo a Lisboa, desde donde comunicó el 10 de agosto de 1537 a los oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla su próxima llegada a la Corte.

Obtuvo magnífica acogida, como lo comprueban las reales cédulas de 16 de abril y de 22 de octubre de 1538, en las que se le otorgan varias gracias y honores, entre los cuales el principal fue declarar que cualquiera que hubiera sido el resultado de la residencia, continuara siete años más desempeñando la gobernación de Guatemala.

El Emperador se interesó grandemente en que la Curia romana concediera licencia a Alvarado para casarse en segundas nupcias con su cuñada doña Beatriz de la Cueva, lo que le aseguraba la protección del Duque de Aburquerque.

Para su regreso a Guatemala organizó una armada compuesta de tres grandes naves, con 300 arcabuceros y muchos voluntarios (sólo del 17 de septiembre al 18 de

(232). Ignoro de dónde sacó el señor Altolaguirre que Alvarado al marcharse de Honduras para España pasó primero a Guatemala, después a México y que en Veracruz se ambarcó.

(233). El señor Altolaguirre hace la juiciosa observación de que si Alvarado, accediendo al pedimento de Pizarro, se hubiera encaminado al Perú, con los elementos que tenía dispuestos para los descubrimientos del Pacífico, se hubiera encontrado, al surgir más tarde las disensiones entre Almagro y Pizarro, en condiciones de hacerse dueño de la situación.

octubre de 1538 se inscribieron 292 personas), y traía un lucido séquito de caballeros y de señoras; entre éstas figuraban Dª María de Orozco, Dª Isabel de Amaya, Dª Francisca de San Martín, Dª Ana y Dª Luisa Fabrique, Dª María de la Caba y Dª Ana Méjica.

El 2 de abril arribó a Puerto-Caballos y dos días después dirigió al Ayuntamiento de Guatemala la tan conocida carta en que da parte de su llegada y de que traía a su esposa Dª Beatriz, a la cual acompañaban veinte gentiles doncellas.

228. — Alvarado tardó bastante en Honduras, tanto por las dificultades que presentaba la traslación a Guatemala del numeroso personal e inmenso tren que traía, como para terminar con Montejo el arreglo del contrato relativo a la gobernación de dicha provincia.

A pesar de que había traído gran cantidad de provisiones, le fue preciso ocurrir a Montejo en demanda de auxilios, y éste se mostró muy remiso a proporcionárselos.

En Honduras encontró Alvarado al licenciado D. Cristóbal de Pedraza, obispo electo de esa provincia, a quien el Emperador había encargado intervenir en los arreglos entre ambos Adelantados. (234). Estos al fin llegaron a un arreglo en virtud del cual quedaba a Alvarado la gobernación de Honduras, y a Montejo la de Chiapas, más algunas compensaciones complementarias a favor de éste.

Ambos gobernadores informaron al Soberano respecto al arreglo que habían hecho, refiriendo y apreciando los hechos cada cual a su modo: la carta de Alvarado, fechada en Gracias el 4 de agosto de 1539, consta en el tomo II, p. 253 de la *Colec. de doc. inéd. de Indias*, y las de Montejo, fechadas ambas en la misma ciudad de Gracias el 1º de junio del mismo año, están publicadas en el tomo XXIV, pp. 250 y 298. Montejo se quejaba de violencia de parte de Alvarado y de parcialidad de parte del obispo.

Alvarado llegó a Guatemala el 15 de septiembre, el 16 presentó sus despachos al Ayuntamiento y en consecuencia tomó de nuevo posesión del gobierno de la colonia.

229. — El señor Milla da a entender que en los catorce meses que transcurrieron desde la llegada de D. Pedro a

(234). Este obispo Pedraza fue un hombre verdaderamente temible: cierta ocasión hizo pasear por las calles de Trujillo a un clérigo, «con un freno de rozin en la boca,» por haber murmurado del obispo, aunque muy ligeramente. (Remesal, Lib. IV, cap. IX).

Puerto-Caballos, a principios de abril de 1539, hasta su salida para las islas de la Especiería, principios de junio de 1540, organizó el Adelantado la armada para esa expedición, lo cual me parece poco verosímil: él mismo dice que cuando D. Pedro escribió la carta al Rey, de fecha 4 de agosto de 1539, sólo tenía una pequeña galera de 20 bancos, y había dado orden de hacer otra igual. Así quedarían apenas diez meses para construír las otras naves. El señor Altolaguirre (cuya narración acepté al escribir el Nº 223 reservándome hacer después la presente comparación de datos) asevera que desde el 20 de noviembre de 1535 comunicó Alvarado al Consejo de Indias que tenía dos navíos y un bergantín y que estaba fabricando tres galeones, y después refiere que cuando Alvarado regresó de España se dedicó con ahinco a preparar la escuadra para ir a las Molucas, y que el 18 de noviembre de 1539 tenía reunidos 12 galeones y naos gruesas, una galeota de 20 bancos y un bergantín de 13.

Prefiero la narración del señor Altolaguirre, por parecerme más verosímil y porque la corroboran Bernal Díaz del Castillo y el P. Ximénez: el primero (que da una fecha evidentemente errada) cuenta que en Acajutla se construyeron trece naves, a costa de muchas fatigas y enormes gastos, y el segundo refiere en su *Historia*, aun inédita, que durante la permanencia del Adelantado en España, su mayordomo Alonso de Paz hizo construír en Iztapa una escuadra de trece velas, probablemente, agrego yo, en el mismo astillero en que se fabricaron las destinadas para la expedición al Perú, y así como entonces se llevaron a Amapala, en 1539 se prefirió Acajutla para el embarque, no que precisamente se hayan construído allí, como dice Bernal Díaz del Castillo.

De cinco de las naves da Milla los nombres: «Santiago» que era la capitana, «San Francisco,» «Antón Hernández,» «Alvar Núñez» y «Figueroa». (235).

La expedición zarpó, como queda dicho, de Acajutla, uno de los primeros días de junio de 1540.

(235). En el asiento y capitulación de compañía celebrado en Toripitio, el 29 de noviembre de 1540, entre D. Pedro y el Virrey Mendoza, se habla de nueve navios, una galera, una fragata y una fusta, designando los navios con los nombres que da Milla y con los de «San Jorge,» «San Antón,» «Diosdado» y «Juan Rodríguez,» para los otros cuatro *Doc. inéd. de Indias*, tomo XVI, p. 342).

En otros documentos se da a dos de esos navios los nombres de «San Salvador» y de «Victoria».

El gobierno de la colonia quedó encomendado al licenciado D. Francisco de la Cueva, cuñado de D. Pedro y pretendiente a la mano de Dª Leonor, hija de éste. (236).

Entre las personas que llevó Alvarado en esa ocasión cuentan ordinariamente a Cahí-Imox y a Tepepul (llamados por lo común Sinacán y Sequechul); mas, según un documento auténtico, el primero de ellos fue ahorcado por orden de D. Pedro antes de la partida, así es que el único de ellos que acompañó a Alvarado fue Tepepul.

---

(236). El General Riva Palacio dice que cuando quedó D. Francisco de la Cueva gobernando Guatemala, ya era casado con doña Leonor (*Méx. a través de los siglos*, tomo II, p. 267). Eso no es exacto: el mismo señor de la Cueva, en carta que escribió al Emperador el 29 de septiembre de 1541, a raíz de la ruina de Guatemala y muerte de doña Beatriz le dice: «De la tempestad que sobre esta ciudad vino escapó por gran milagro doña Leonor, hija del Adelantado, y viéndola huérfana me casé con ella,..» (*Colec. Muñoz*, tomo 82).

CAPÍTULO UNDÉCIMO.

Muerte de don Pedro de Alvarado y detalles complementarios acerca de él.

230. — El único percance notable que acaeció al Adelantado durante su navegación hacia el NW. fué haberse varado una de las naves (fragata) al pasar por el puerto de Acapulco.

Continuó navegando sin novedad, hasta la altura del puerto de la Purificación en la provincia de Jalisco, al que entró para proveerse de agua y de víveres frescos. (237).

El virrey Mendoza tenía gran deseo de hacer compañía con Alvarado, y como supo el viaje de éste, envió a D. Luis de Castilla, y a su propio mayordomo, Agustín Guerrero a avocarse con el Adelantado, en dicho puerto y proponerle cierto negocio.

Es el caso que el honorable señor Mendoza, creyendo a pie juntillas los fantásticos relatos de Fray Marcos de Niza respecto a la portentosa riqueza de las *siete ciudades de Cibola*, había organizado dos expediciones para explotar ese emporio: una marítima, al mando de Hernando de Alarcón, y otra por tierra, capitaneada por Francisco Vázquez de Coronado, y pretendía que Alvarado prescindiese por de pronto de ir a las islas de la Especiería, y formase compañía con él para ir a Cibola.

Es de advertir que el Rey, reconociendo a favor del virrey derechos de prelación, dispuso, al hacer las capitulaciones con Alvarado, que éste debía dar a Mendoza la

(237) Otros llaman «Puerto de Navidad» al en que se detuvo Alvarado, y según Riva Palacio fué en el puerto de Santiago de Buenaventura de Colima, o Manzanillo.

tercera parte de lo que descubriera y conquistara en la mar del Sur.

Como se trataba de un asunto bastante serio, el Adelantado creyó oportuno pasar inmediatamente a México a tratar con el virrey, y al efecto, se encaminó a esa ciudad por el rumbo de Colima, mas el señor Mendoza, que ardía en deseos de verse con Alvarado, le ahorró buen trecho de camino, yendo a recibirlo al pueblo de Tiripitío (en Michoacán), que era encomienda de un tal Juan de Alvarado, deudo de D. Pedro.

Allí trataron el virrey y el Adelantado, con asistencia del señor Marroquín, obispo de Guatemala, que andaba a la sazón por México, y de D. Alonso de Maldonado, el que había residenciado a D. Pedro.

En legal forma se extendió el contrato de compañía, cuyas cláusulas esenciales fueron: el señor Mendoza se obligó a dar a Alvarado la cuarta parte de los aprovechamientos que hasta entonces hubieran obtenido Alarcón y Vázquez de Coronado, y la mitad de lo que obtuvieran después; Alvarado, por su parte, se obligó a dar a Mendoza la mitad de los aprovechamientos que obtuviese, y la mitad de la propiedad en la armada que había organizado; los gastos hechos íbanse los unos por los otros, sin compensaciones ni reembolsos, y los futuros a medias, y se convino en que la sociedad duraría veinte años. (238)

El documento fué firmado y jurado el 29 de noviembre de 1540 en presencia de varios respetabilísimos testigos. (v. la nota 235)

Dice el señor Milla que después de cerrado el contrato se fué Alvarado para México, en compañía del virrey, para arreglar ciertos detalles, y que permaneció en esa ciudad hasta fines de mayo de 1541; y según el general Riva Palacio, el Adelantado regresó al puerto de Colima, después de terminado el negocio en Tiripitío; pero que ya haya sido por esperar a la fragata que se había quedado en Acapulco, o por hacer algunas reparaciones en la armada, o, que es lo más probable, para esperar que pasase el in-

(238) En una de las cláusulas se estableció que la carga y descarga de lo perteneciente a la compañía debería hacerse en el puerto de Acapulco, y que el astillero para la construcción de navíos se establecería en el de *Xiraballique*, en la provincia de Guatemala. Milla declara ignorar donde quedaba este puerto. Yo he encontrado que quedaba en la bahía de Fonseca: su nombre es análogo a Chaparaxtique, Lolotique, Chapeltique, etc. etc. En la Geografía de López de Velasco consta entre los pueblos pertenecientes a San Miguel.

vierno, época peligrosa para navegar en el Pacífico, se quedó algún tiempo en la costa, en el pueblo de Zapotlán, hasta fines de abril o principios de mayo de 1541. Ese es uno de tantísimos detalles que la crítica irá esclareciendo.

231.—En la época de que ahora tratamos los indios de Nueva Galicia estaban sublevados contra los españoles, y al gobernador interino, Cristóbal de Oñate había sido imposible someterlos. Una parte de esos indios, como 10,000, se habían fortificado en el pueblo de Nochistlán, ubicado en la cima de una eminencia peñascosa.

En análoga situación se encontraba Juan Fernández de Hijar, gobernador de la Villa de la Providencia. Este escribió a Alvarado, refiriéndole las tristes circunstancias en que estaba Nueva Galicia y pidiéndole en nombre de Jesucristo y del Emperador que se apresurara a ir a socorrer a los españoles que se encontraban en esa región. A la vez fué en busca del Adelantado, en nombre de Oñate, Juan de Villareal, a hacerle la misma súplica.

Alvarado inmediatamente dispuso que uno de sus capitanes, con 50 de sus soldados de desembarque fuese a auxiliar a Fernández de Hijar; otro, con 25 españoles, fuese a Ezatlán; otro, con igual número que el anterior, al valle de Tonalá, y dejando en Zapotlán un capitán con 50 soldados, salió Alvarado con 100 hombres escogidos hacia Guadalajara.

Entre tanto Oñate había mandado al capitán Miguel de Ibarra a hacer un reconocimiento en Teocaltiche y Nochistlán, por ser el encomendero de esos pueblos; mas no consiguió siquiera entrar.

Lo que más disgustaba a los conquistadores era que muchos de los indios rebelados en Nueva Galicia estaban ya bautizados.

Llegó Alvarado a Guadalajara el 12 de junio de 1541. Lo recibieron como ángel de salvación, e inmediatamente lo enteraron detalladamente del estado en que se encontraba la plaza y de las posiciones y fuerzas de los insurrectos. El Adelantado echó en cara a Oñate y sus soldados la flojedad y cobardía con que se habían portado: se le hacía difícil creer que «cuatro gatillos encaramados en los cerros, dieran tanto tronido, que alborotaban dos reinos». Seguro Alvarado de que debelaría a los indios y no queriendo que otros participasen de esa gloria, prohibió severamente a Oñate que lo acompañase o hiciese acompañar por los suyos.

En vano trató Oñate de detener a D. Pedro, haciéndole presente la conveniencia de esperar que pasara la estación de las lluvias, por encontrarse a la sazón los caminos en pésimo estado, absolutamente intransitables, y de aguardar los auxilios que a buen seguro mandaría el virrey Mendoza, a quien ya se habían pedido.

Don Pedro no hizo caso de las prudentes reflexiones de Oñate, que más bien lo irritaban, y se despidió de sus compatriotas residentes en Guadalajara diciendo: «Ya está echada la suerte: en el nombre de Dios, a marchar, amigos; cada uno haga su deber, pues a esto venimos».

Oñate creyó oportuno marchar en pos de D. Pedro, sin que éste lo supiese, para ayudarlo llegado el caso. «Dispongámonos para el socorro, dijo Oñate a los suyos, que discurro necesario para los que nos lo han venido a dar».

El 24 de junio llegó D. Pedro al pie del peñol de Nochistlán. Siete albarradas o trincheras de piedra suelta lo defendían, y tras ellas había una muchedumbre de hombres y mujeres armados con flechas, varas y piedras. Alvarado, al ver las fortificaciones, echó pie a tierra, diciendo «esto ha de ser así», y su ejemplo fue seguido por los demás capitanes. Hizo dos sucesivos asaltos infructuosos, que le costaron veinte bajas el primero, y diez el segundo. Los indios envalentonados tomaron la ofensiva, y D. Pedro, convencido de que no le era posible resistirlos al pie del peñol, emprendió la retirada, con intención de volver a la carga en un momento propicio.

La retirada fué sumamente penosa, por las malas condiciones del terreno y por las hostilidades de los indios, que iban persiguiendo a los españoles. Hubo que caminar cerca de tres leguas para llegar a un campo que permitiera obrar a la caballería y rehacerse la infantería. Ese trayecto lo recorrió Alvarado a pie, espada en mano, a la retaguardia, protegiendo la marcha de sus soldados.

Llegaron en seguida a una empinada cuesta, que empezaron a subir uno tras otro, por una angosta y difícil vereda: Alvarado continuaba caminando a pie, y lo precedía inmediatamente un tal Baltasar de Montoya, natural de Sevilla y escribano del Adelantado, sirviendo a la sazón como soldado de caballería. A éste se le había cansado el caballo (en el que iba montado, según unos, y arreándolo, según otros), y a pesar de eso pretendía obligarlo a subir ligero,

temiendo los alcanzaran los indios. El Adelantado para tranquilizarlo, le dijo: «sosegaos, Montoya, que los indios parece nos han dejado»; mas repentinamente el caballejo perdió tierra y rodó para el abismo, llevándose de encuentro a D. Pedro, que, embarazado por la armadura, no pudo esquivar el golpe.

El golpe fué tremendo, y desde luego se tuvo que suspender la marcha, la cual permitió que los indios los alcanzaran y continuasen hostilizándolos. Don Pedro no perdió su gran presencia de ánimo en tan crítico instante, a pesar del estado en que se encontraba, y dispuso que uno de sus capitanes se pusiera su armadura y tomase su bastón para que los indios no fueran a notar su falta en el combate. Con la mayor sangre fría dió sus órdenes y en cuanto a su funesto percance se redujo a manifestar que ya lo sucedido no tenía remedio, y que aquello merecía quien llevaba consigo hombres como Montoya.

Como una prueba de la cristiana resignación se cita su contestación a uno de los que lo rodeaban (D. Luis de Castilla, caballero de la orden de Santiago, si mal no recuerdo) quien le preguntó qué le dolía: «el alma, repuso el enfermo, llévenme a do confiese y la cure con la resina de la penitencia».

Del teatro de la catástrofe fué trasladado al pueblo de Atenguillo, y de allí a Guadalajara (casa de Juan Camino).—Ordenó, poco antes de morir, a sus capitanes y soldados volviesen a Guatemala con la armada, para entregarla a doña Beatriz, y a los que estaban destacados en Zapotlán, Autlán, Etzatlán y Chapala, les previno no abandonaran sus puestos hasta que recibiesen órdenes del virrey. Otorgó una disposición testamentaria ante los escribanos Diego Hurtado de Mendoza y Baltasar de Montoya, ordenando se le sepultase en la iglesia de Santo Domingo de México, y que para los gastos que ocurriesen se vendieran ciertos bienes que tenía en esa ciudad y en Guadalajara; que sus funerales fueran muy solemnes; instituyendo heredera universal de sus bienes a doña Beatriz, a la que encargó cumpliera por su parte el contrato de sociedad celebrado con el virrey, y dando poder al obispo Marroquín y a Juan de Alvarado, pariente suyo y vecino de México, para que en su nombre otorgaran más detallado testamento.

Alvarado falleció, según el P. Ximenez, el 29 de junio, y según otros varios autores el 4 de julio, y tal vez esté en

lo cierto el primero; porque la carta en que el virrey Mendoza comunica la muerte del Adelantado al Ayuntamiento de Guatemala es de fecha 5 de julio, y en aquellos tiempos era imposible saber al cabo de 24 horas, ni de 48, lo acaecido a cerca de cien leguas de distancia. La sospecha de Remesal de que la carta ya estaba *preparada*, es gratuita e insuficiente.

232. — Los restos del Adelantado fueron sepultados provisoriamente en la iglesia parroquial de Guadalajara (otros dicen que en la de Atenguillo) debajo del púlpito; después fueron trasladados a Tiripitío, y en seguida a la iglesia de Santo Domingo de México. Allí estaban en 1558, año en que Bernal Díaz del Castillo terminó su Historia, quien habla en ella del sepulcro que se había *preparado* en Guatemala para recibirlos. Poco después fueron en efecto llevados a ese sepulcro, por empeño y a costa de doña Leonor, hija de D. Pedro. Cuando en 1680 se demolió la Catedral de Guatemala, no se tuvo cuidado de recogerlos, según generalmente se dice, aunque Juarros dice que allí estaban cuando él escribió su Historia, a principios del siglo XIX.

Juan Díaz de la Calle, Oficial Mayor de la Secretaría de Nueva España, dedicó a Alvarado el siguiente epitafio, según refiere el historiador Gil González Dávila en su *Teatro Eclesiástico* (tomo I, p. 140, de la edic. de 1649):

«Yaze en este angosto monumento, el que le merecía más Augusto, que fue para la Nobilíssima Ciudad de Guatimala, lo que para Roma Rómulo. El famoso por la virtud de su valor y victorias, Don Pedro de Alvarado, del Abito de Santiago, Adelanlado, Gouernador, Capitan General, Conquistador, Fundador y Poblador desta Ylustrísima Ciudad de Guatimala. Que la dio templos, Leyes, Costumbres y Ritos. Despues de aver deshecho en muchas batallas el engaño de la Ydolatria, poniendo para siempre cessación en sus Altares y Aras».

«Passo á la inmortalidad de que ya goza en el año 1541».

233. — *Pronto* se supo en Guatemala la muerte de D. Pedro.

Yo no creo que en 1541 se haya verificado por acá un milagro semejante al que pocos años después (en 1558) acaeció en el convento de Terécuato, Michoacán, donde Dios reveló a Fr. Jacobo Daciano la muerte de Carlos V, momentos después de ocurrida, según cuenta el cronista Fr.

Alonso de la Rea, ni creo que el portador de la noticia haya venido volando, como fué de Guatemala a México cierto individuo, en el corto lapso de dos días, con el simple objeto de abrazar a su mujercita, y por virtud de ésta, que era bruja, (239) conforme refiere el teólogo español D. Luis de Páramo en su tratado *De origine et progiessu Oficii Santae Ynquisitionae* (Madrid, 1598).

Pero el hecho es que desde principios de agosto empezó a circular en Guatemala la triste nueva de la muerte del Adelantado. Lo que es la carta del virrey Mendoza fué recibida por el Ayuntamiento hasta el día 29, y produjo general y sincera consternación: hasta los enemigos de D. Pedro recordaban entristecidos las buenas cualidades de éste.

Doña Beatriz, la ilustre viuda del Adelantado, lo sintió sobremanera y en su dolor soltó cierta expresión que la gente timorata é ignorante de aquella época calificó de blasfemia: dijo que *Dios no hubiera podido hacerle mayor mal que el que le había hecho, de arrebatarle a D. Pedro.*

Su dolor mismo fué considerado pecaminoso. «El castigo que hizo Dios en casa de aquella señora, dice el P. Motolinia en sus *Memoriales*, fué espantoso, porque el sentimiento que por su marido hizo fué muy demasiado, no queriendo comer ni beber, ni recibir consolación ni consuelo, mas antes a los que la consolaban respondía y dijo muchas veces, que ya no tenía Dios mas mal que le hacer. Hizo teñir toda su casa de negro, de dentro y de fuera, y hacía cosas que ponía espanto a los oyentes». (240)

Aun existen uno o dos ejemplares de una hoja volante, escrita en Guatemala, impresa en México por Juan Pablos, primer tipógrafo que allí hubo, y suscrita por Juan Rodríguez, en la cual hoja se describe la ruina de Guatemala ocurrida en 1541. El señor Rodríguez disculpa hasta cierto punto la *blasfemia* de doña Beatriz, y añade: «Su bondad y castidad la salva: posible es que la quería Dios martirizar en el cuerpo . . .»

234.—Conocido es el trágico fin de la inconsolable viuda de D. Pedro, «La sin ventura», como se tituló ella mis-

(239) Ese fué uno de los atroces delitos atribuidos a esa mujerzuela, que fué una de las heroínas del Auto de fé celebrado en México el 28 de febrero de 1574.

(240) Dice el F. Remesal que la idea de hacer pintar toda la casa (inclusive el techo) de negro, le vino a doña Beatriz al enterarse que la comarca en que recibió don Pedro el golpe que causó su muerte, se denominaba *Muchiltic*=«todo negro».

ma. El P. Juarros pretende que esta señora tuvo dos hijos con el Adelantado, que murieron sin sucesión; mas el señor Milla observa que a ser cierto ese dato, D. Pedro no hubiera podido, conforme a las leyes españolas, instituír heredera universal a doña Beatriz.

Bernal Díaz del Castillo menciona dos hijos naturales, llamados Pedro y Diego, respectivamente, sin decirnos quien fue la madre. El mayor de ellos, Pedro, se fué a España con su tío Juan de Alvarado, en demanda de gracias y mercedes, y el otro fué a acabar en el Perú, donde murió en un combate.

Algunos cronistas mencionan a otros tres: D. Gómez, doña Inés y doña Anica: ésta murió en la catástrofe de septiembre de 1541; pero la única descendencia de don Pedro procedió de su hija Leonor, la que casó con don Francisco de la Cueva, según digimos oportunamente. «Esa descendencia, se lee en la *Recordación Florida* (p. 95 de la edic. de Madrid) pára hoy en don Tomás de Alvarado Villacreces, Cueva y Guzmán, sus hermanos y los demás que probaron descender de D. Pedro de Alvarado». Mas es de advertir que según el P. Juarros (tomo I, p. 345 de la edic. de 1857 de su *Historia*) los Alvarado, Villacreces, Cueva y Guzmán, proceden de Jorge, hijo de Jorge de Alvarado y de la hija de Alonso de Estrada, su *segunda esposa.*

En vano he procurado rastrear la descendencia de nuestro conquistador; lo único que he logrado averiguar es que, en el Archivo Federal de El Salvador, quemado la luctuosa noche de 19 de noviembre de 1889, existía una real cédula, firmada por su Majestad en Aranjuez, el 1o. de mayo de 1774, en la cual constaba que doña Rosa Romana de Cuéllar y Eguilaz, viuda de don Manuel de Alvarado y Guzmán, y sus cuatro hijos José María y Antonio, presbítero; Pedro, subdiácono, y Petronila, que probablemente fué monja, vecinos de Guatemala, habían acudido a la magnanimidad del Rey, pidiendo una pensión anual, como descendientes de don Pedro de Alvarado.

En el mismo Archivo encontré un documento titulado «Relación de los créditos líquidos no cubiertos y existentes que contra sí tienen estas Cajas, procedidos de los pagos atrasados en los anteriores Reinados, por Encomiendas, Pensiones, Mercedes y limosnas». Una de las partidas decía así: «Nueve mil seiscientos noventa pesos tres reales que desde el anterior siglo pertenecerán a cuatro nietas de

don Pedro de Alvarado, procedidas de mil pesos que gozaban de pensión anual; cuyo atrazo se debió haber satisfecho a razón de 300 pesos al año, por Real Cédula, desde el 1602; y por no haber ocurrido en tiempo los Acrehedores a justificar su pertenencia contra la Testamentaría de aquel Reynado, mandó Su Majestad excluir lo vencido a dicho respecto en el anterior siglo; por lo que se redujo dicho crédito a la cantidad de seis mil novecientos noventa pesos tres reales. En 30 de octubre de 1779, y igual dia de 1784 se pagaron a los hijos y nietos de doña Rosa María de Alvarado (una de las referidas cuatro nietas que tuvo subcesión) en virtud de Real Cédula del año de 1766, por el seis por ciento del tiempo corrido desde el 63 hasta el recibo de la Real Orden de suspensión $ 46,881=Resultan a favor de tres nietos que existen interesados dos mil trecientos dos pesos dos reales». El cuadro antedicho estaba fechado a dos de noviembre de 1786 y firmado por el Contador don Juan Antonio Gómez de Argüello y por su Secretario don Francisco Navera.

En el *Bosquejo de la República de Centro América* escrito en inglés por el Conde de Pechio, y traducido al español por M. S. (Guatemala, 1829) hay una nota relativa al asunto de que tratamos. Dice así: «Los descendientes de aquel conquistador (D. Pedro de Alvarado) habitan en el Estado de Costa Rica. Aquella familia de excelentes e ilustrados ciudadanos tenía a uno de sus individuos en el Congreso Federal y a otro en el Senado. Desgraciadamente el señor Conde no aduce prueba ninguna que justifique su aseveración.

De Jorge de Alvarado, el fundador efectivo de esta ciudad, había descendencia en Guatemala, según Fuentes y Guzmán, proviniente de su *primer* matrimonio (allí celebrado) con doña Francisca Xirón.

Según el P. Juarros (en el pasaje que acaba de citarse) don Jorge fué también casado con doña Lucía Xicotenga Tecubalsi, hermana de doña Luisa, la madre de doña Leonor, y de ese matrimonio nació una hija, que fué después esposa de Francisco Xirón Manuel, padre de Pedro Xirón de Alvarado, abuelo de Isabel Xirón de Alvarado, que casó con don Juan de la Tobilla y Gálvez, tronco de numerosas familias, de Tobillas, Alvarez de Vega y Toledo, Montúfares, Batres, Delgados de Nájera y Larraves. Del mismo tronco procedían los Xirones de Nicaragua.

—24—

Don Alonso Vides de Alvarado, uno de los fundadores de la ciudad de San Vicente, era consanguíneo en cuarto grado con don Gonzalo de Alvarado, y en quinto grado con don Jorge.

235.—El Ayuntamiento de Guatemala posee un magnífico retrato de nuestro conquistador, de cuerpo entero, obsequio del Capitán de Dragones don Juan Miguel Rubio, en 1808, y retocado en 1854 por la señorita Delfina Luna, a quien esa corporación gratificó por dicho trabajo con una medalla de oro.

Como se encuentra litografiado en varias obras y revistas muy conocidas, creo ocioso describirlo.

Milla, aunque reconoce que ese retrato conviene con la descripción de don Pedro por Bernal Díaz del Castillo, opina que probablemente es copia de alguna pintura de fantasía, trazada con arreglo al texto de ese cronista.

No tiene ni lejano parecido con otro retrato de D. Pedro, que también ha sido reproducido muchas veces por medio del grabado y cuyo original existió en poder del sabio mejicano D. José Gómez de la Cortina. Mas esta efigie de don Pedro no recuerda, ni con mucho, que haya tenido un semblante tan agraciado «que parecía que estaba riendo», como dice el citado cronista.

236.—La literatura ha sacado ya partido de la historia del personaje de que tratamos: entre las obras que ha inspirado solamente citaremos el novelón (cerca de 2,300 páginas en 8º) titulado «Pedro de Alvarado o la conquista de Guatemala», por D. Sebastián de Mobellán y D. Antonio Hidalgo de Mobellán (Madrid, 1886), a quienes Dios perdone los incontables disparates y anacronismos que cometieron en esa desgraciada producción.

Con sólo decir que al Rey *Sequechul* lo hacen aparecer corriendo a todo escape en un brioso corcel entre las llamas del incendio de Utatlán, pueden estimarse los quilates de respeto a la verdad histórica que resplandece en esa obra. He aquí como se expresan los señores Movellán en el pasaje a que aludo:

«Imposible es describir el cuadro espantoso de sangre y de duelo que ofreciera la toma de Utatlán».

«Dando rienda suelta a su caballo brioso, que galopaba con la ligereza del viento, vióse un hombre que atravesó por medio de las llamas.»

«Era el infame Sequechul».

Y qué diremos del inmenso palacio, construído y amueblado a la europea, en que vivía Alvarado la víspera de ese incendio, en las afueras de Utatlán? En esa soberbia residencia (levantada no se sabe cuándo ni por quién) nada faltaba: hasta un gran museo tenía allí el alquimista Alonso de Villanueva, en el cual museo se veían «serpientes y cocodrilos disecados por los techos; basijas y botellones por doquiera; cuándo el cráneo de algún orangután; cuándo, la cabellera lacia de algún cacique; aquí, el ídolo de barro de Exbalanqüen; allá la estatua del marqués del Valle; en un ángulo de la estancia montón de libros abiertos en atriles los unos, cerrados y en desorden los otros, . . . »

Toda la obra está plagada de desatinos por el estilo de los dos que dejo apuntados, a guisa de botones de muestra.

Muy distinta cosa es «La hija del Adelantado», novela histórica de don José Milla, escrita y publicada en Guatemala, escrupulosamente atenta a la *verosimilitud*, en todos los detalles imaginarios con que revistió el fondo, estrictamente histórico.

Entre las obras en verso relativas a Alvarado figura un poemita, muy interesante por cierto, del bardo guatemalteco D. Salvador Barrutia.

237. — Quien quiera escribir una biografía, en cuanto es posible por ahora, completa del Adelantado de Guatemala, debe ante todo leer y releer las dos cartas de Alvarado a Cortés, cuyos originales existen, según don Pascual Gayangos, en la biblioteca imperial de Viena (Códice Nº CXX), y que forman parte de la preciosa colección de documentos históricos que publicó el académico D. Andrés González Barcia, en Madrid (no en México, como dice el señor Milla, en la p. 64 del tomo I de su *Historia*) en 1749, con el título de *Historiadores primitivos de las Indias Occidentales.* De esas dos cartas se publicó en el periódico guatemalteco *La Sociedad Económica* (tomo III, nos. 43 a 46) una preciosa edición en que están corregidos por D. Juan Gavarrete los nombres geográficos que se mencionan en ellas, lastimosamente deformados en la edición de Barcia. Esas cartas no fueron conocidas por nuestros cronistas, y todavía el Arzobispo Peláez, que escribió sus *Memorias* hacia 1833, se lamentaba de que se hubiesen perdido tan preciosos documentos.

En las dos Colecciones de documentos inéditos relativos a las Indias se encuentran varias piezas concernientes

a Alvarado, entre otras las capitulaciones sobre descubrimientos y conquistas en el mar del Sur; tres cartas de Alvarado al Emperador, en las que refiere interesantes pormenores de su expedición al Perú, y otra del licenciado Espinosa, concerniente a las naves que en aquel entonces navegaban en el Pacífico.

El tomo LXXX de la monumental «Colección Muñoz», aun inédita, contiene la carta de pago, en que consta que Alvarado recibió de Pizarro 100,000 castellanos por la armada que llevó al Perú. En los otros tomos hay varias cartas referentes a Alvarado. Para la consulta de esa gigantesca obra precisa ver antes el índice analítico de ella, que existe (ó por lo menos allí estaba hace pocos años) en la Biblioteca Valenciana de don Justo Pastor Fuster, también manuscrito.

El biógrafo debe también tener a la vista la «Colección de documentos antiguos del archivo del Ayuntamiento de la ciudad de Guatemala, formada por su secretario, D. Rafael Arévalo», y publicado por D. Luciano Luna, en 1857, lo mismo que la colección citada en la nota 228.

FIN

